

20[💎] divorcios
y
1 *boda real*



Julianne May

20[💎] divorcios y
1 boda real

Título: 20 divorcios y 1 boda real

© 2015, Julianne May

© 2015, Marcelo H. Pissinis, por diseño y portada

Imagen: Can Stock Photo Inc.

Modelo de tapa en versión impresa: Maricel Coello

Buenos Aires, Argentina

Obra registrada en DNDA

© Julianne May. Todos los derechos reservados.

www.juliannemay.com.ar

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

A mis hermanos, Lu y Rochito, porque con ellos aprendí lo que es reírse de verdad. Pero por sobre todo, porque son de las personas más importantes en mi vida. ¡Los quiero mucho!

Prólogo

*¡Hola, a todos mis wedding fashionistas! Sé que esperan ansiosos las fotos del último casamiento. ¡Sí, lo sé! Pero no pueden enojarse conmigo y a estas alturas. ¡Vamos! ¡Prometo que la espera valdrá la pena! ¡Lo juro! Y saben que no miento... ¡Claro que lo saben porque estoy más que segura que todos intuyen lo hermoso que es el vestido **Pnina Tornai** que usé y que tan bien me hizo sentir! (como si decirlo fuera necesario, ¡jajaja!).*

*Como sea, todos los detalles de la boda (además del vestido y que, claro, ¡pequeñez no es!), las fotos y también el último novio saldrán publicados en el próximo número de **Revista Emotiva** (¡Uf! Ya sé que no hace falta que lo diga, pero ya imagino a la Jefa de Redacción machacándome la cabeza al modo de un molesto pájaro carpintero...) y que estará a la venta la semana próxima. Creo que no tengo más nada por contar...*

¡Jajajajaja! ¡Lo sé! ¡Lo sé! ¡Era una broma! OK... Aquí va la bomba...

La próxima boda a celebrar será dentro de... ¡DOS MESES!

Listo. Ya lo he dicho y no hay marcha atrás (¡Perdóname, Florence!). Y es obvio que ya saben que será la más fabulosa de todas, ¿verdad? Es que no es para menos, ¡la revista cumple treinta años! (¡Wow! ¡Aún no lo creo!).

Bueno, ahora sí se acabó, pues si sigo, terminaré por develar cosas que aún no puedo.

Besos y ¡nos vemos en la próxima entrada! (Si para entonces aún no me ha asesinado nadie de la revista, claro... XD)

Publicado por AdamsMel en 9.15

Capítulo 1

No soy romántica, no.

Con treinta y siete años he aprendido bastante como para evitar esa faceta que, en cuanto ellos detectan, saben aprovechar sin que les importe una mierda los daños que puedan causar. De hecho, miro a los hombres de la misma manera que ellos siempre lo hicieron y hacen conmigo: como si fueran simples y deliciosas golosinas (y claro que sé distinguir «las deliciosas» de «las empalagosas» y de «las vencidas e incomibles», jajajaja). Y ya saben, los dulces no son necesarios en la dieta alimentaria ni para evitar morir de hambre (incluso hasta el más experto de los médicos les dirá que ¡son perjudiciales para la salud!). Por eso soy libre. No necesito de ningún hombre para ser quien soy, ni para vivir y tener todo lo que deseo. Camino siempre firme, al modo de una pantera que amenaza con desgarrar a quien se me cruce en el camino (más si se trata de un «infartante» ejemplar masculino, jajajaja). Y mis sensuales tacones Louboutin son los creadores de la melodía que denuncia la elegancia con que muevo mis seguras y ardientes caderas. Pero eso no sería nada sin mi salvaje cabello rubio y mucho menos comparado a mi filosa lengua que, además de carecer de cualquier tipo de filtro social, repele y, contradictoriamente, atrae hombres a lo «loco» (aunque, por supuesto, ese término siempre me lo dedican ellos a mí. Como sea...). Y a tal punto repelo el romanticismo que, nadie, absolutamente nadie, se atreve a mencionar la palabra «amor» en mi presencia, pues se sabe que soy capaz de librar la Tercera Guerra Mundial antes de que alguien hable sobre ñoñerías... Nada me importa y así me manejo a diario: libre de sentimentalismos.

¡Jajajajajaja! Y sí, definitivamente que así es. O, al menos, eso es lo que muestro a la gente que me rodea y a más de medio millón de lectores que esperan semana a semana leer mi maldita columna sobre bodas. Fuera de eso...

¿A quién demonios voy a mentir?! ¿A mi espejo?! ¿Al pobre *Puddle*, mi pequeño *bulldog* francés que me acompaña todas las malditas noches en que devoro mi cuarto de helado de chocolate suizo mientras lloro desconsoladamente e insulto a Lizzy cuando rechaza a Mr. Darcy bajo la lluvia en la última versión fílmica de *Orgullo y Prejuicio*?! ¿O a los cientos

de libros románticos que tengo secreta y celosamente guardados en mi *tablet*?! ¡Vamos! ¡No puedo hacerlo!

¿Si soy hipócrita? Bueno, si lo soy (en un sentido muy estricto), no me diferencio del 98% de los habitantes de este planeta. Ahora, puedo decir en mi defensa que si así me muestro, no es más que para evitar ser herida. Digamos que es mi especie de coraza o armadura contra abusadores y que me permite vivir relativamente equilibrada sin necesidad de miles de pastillas u horas y horas con el psicólogo, (cuya vida se torna un infierno que debe repetir indefinidamente a diario con otros tantos pacientes). Aunque, claro, (como no podía ser de otra manera) tengo mi propio terapeuta: *Sísifo*[\[1\]](#) (¡Jajaja!)... ¡OK! ¡OK! Así lo llamo yo solamente... Su nombre es Albert. Él sí que sabe calmar mis aguas, lástima que ya tiene pareja y con la que no podré competir a menos que una hada madrina (o bruja, claro) me lance un hechizo/maldición, regalándome un pene y un par de fuertes testículos. En fin... No sé si realmente soy o no una hipócrita, pero de serlo no me molesta reconocerlo...

Oh, cierto... ¿A quién corresponde ese 2% restante? ¿Quiénes son los afortunados «no hipócritas»? Pues: 1) Los bebés. Se cagan y mean sin importarles el contexto, si estás en una boda o en un fastuoso evento como los *Oscar*. Gritan y babean como también ríen sin parar, aunque estén en un maldito funeral. Sí, no hay dudas de ello; pueden ser cualquier cosa menos hipócritas. Y 2)...

Él.

¡Y no me refiero a Dios, por todos los santos!

Pero no voy a hablar de «Él» sin antes empezar por el principio: las consecuencias de la impulsiva entrada en el blog (y que ya leyeron, claro).

Estaba en el pasillo, a punto de entrar a la oficina, cuando tuve un presentimiento de lo que vendría. Di media vuelta para hacer tiempo en el *toilette*, pero la maldita justicia divina despertó su intuición antes de que pudiera hacerlo.

—¿Adónde vas, conejo Blas? —preguntó, cerrando silenciosamente la puerta.

Volví a girar. Sus ojos estaban entrecerrados al modo de Clint Eastwood en las películas de vaqueros. La imité y quedé enfrentada a ella. Nos faltaban el par de armas, una cámara y listo.

—¿Algún día dejarás de hacer ese chiste molesto del conejo Blas? —

inquirí, simulando fastidio. Y en realidad me había venido como anillo al dedo. En otra ocasión, me hubiera enojado en serio, pues todo el mundo sabía que ese tema musical había sido mi favorito de pequeña... Pero «D-e p-e-q-u-e-ñ-a», tiempo pasado, por todos los cielos... Me lo cantaba mi niñera María—. La próxima vez que lo repitas, traeré la puta escopeta y haré de cuenta que eres el lobo... Lo juro, eh.

—Mmmmh... Digamos que no estaría mal eso de ser la loba. —Apoyó sus manos en las rodillas quedando en una pose muy sensual y aulló.

Sí, aulló... Y era de lo más tranquilo que pudo haber hecho mi querida Kate Lawrence, Jefa de Redacción. Pero nadie dice nada de esa faceta «tan personal», pues en su trabajo es la mejor de todas. Sabe enfocarse y dirigir muy bien a quienes tiene debajo de sus alas. Incluso a mí que, más de una vez, le hago la vida imposible. Es que sabe manejarme; creo que es la única que puede hacerlo. Y por eso es también mi mejor amiga. Ahora, es ahí donde está el problema. Es «mi amiga» y eso implica saber ciertos asuntos de su vida que aún hoy estoy intentando ayudarla a, digamos, cambiar...

—¿Qué demonios haces, Kate?! ¡Florence pudo haberte escuchado! —La tomé por los hombros y la obligué a erguirse, aunque ella seguía riendo.

—¡Oh, claro! ¿Cómo no lo pensé antes? ¡Florence tiene memoria de pez! Y como lo que ha ocurrido no es para nada importante, seguramente olvide todo el asunto para cuando vuelvas del *toilette*. ¡Qué buena idea para evitar patadas en el culo, Mel! —expresó irónica y con su enorme sonrisa de piano.

—Bueno, ya. Cierra esa boca que, de tantos dientes que tienes y de tan blancos que son, me dejarás ciega.

—Envidiosa —dijo, elevando una ceja de forma graciosa.

Le saqué la lengua. Sí, muy maduro lo nuestro, muy maduro.

—¡Kaaaaate! —Se oía su voz acercarse a la puerta opalinada—. ¿Estás con Mel? —Su sombra se hacía visible—. ¡¿Estás con Mel?!

Y la puerta se abrió. Era Florence. Florence Le Bon, el Director de Moda.

—¡Oh! ¡Mira quién se ha dignado a llegar! —exclamó, cruzando los brazos y clavando sus ojos en los míos para comenzar su «evaluación».

No hay día en que Florence olvide hacerlo. Nadie, ni siquiera yo misma, logra salvarse de su escaneo. Es una especie de detector (pelón, por cierto) de ropa y accesorios «antimoda». Clava sus ojos enmarcados con anteojos (cuya forma y color varía según el día y ánimo) en tu rostro y recorre tu cuerpo hasta llegar a lo más importante para él: los zapatos. Y, por supuesto, a medida que va bajando su mirada, lanza su veredicto. Pero no es por nada, lo

hace para decidir si eres digno de entrar o no a trabajar. Así de estricto es y no duda un segundo en enviarte de nuevo a tu casa si no estás lo suficientemente «a la moda».

—Y bien, ¿qué dices? —inquirí con las manos en la cintura y uno de mis pies tratando de lucir los inigualables Louboutin.

Puso una de sus manos en la barbilla y simuló pensar.

—Funeral.

Kate lanzó una carcajada.

—¿Qué?!

—Lo que has oído, querida. Tienes un cuerpo de infarto, pero con ese vestido negro al cuerpo generas la impresión de estar a punto de entrar al más terrible de los velorios.

—¿Y no estás para nada equivocado, Florence! ¡Creo que se ha vestido para la ocasión!

—¿Kate! —exclamé enfurecida y con los labios tan fruncidos que la hicieron reír más.

—Eso es cierto, Mel. Y no seré yo quien dé el sermón. R está furiosa... No creo que te lo torne tan fácil como la última vez.

La puerta volvió a abrirse y Kate borró su sonrisa al instante. Sus particulares ojos celestes se volvieron tan fríos que parecían hielo.

—Humm... Humm[2], disculpen que interrumpa, pero...

—Y haces bien en disculparte. ¿Acaso no ves que estamos ocupados? —dijo agresiva.

—Ya, Kate, tranquilízate. Seguro tiene algo importante que decir, ¿verdad, Sophy? —preguntó Florence, tratando de calmar las aguas.

Kate y Sophy no se llevaban para nada bien. De hecho, el odio que mi amiga sentía por esta jovencita era más que conocido por todos. Y no era para menos, pues... En fin, ahora no va al caso.

—Sin dudas, Florence. Siempre que intervengo es por algo importante. —Regaló una sonrisa maliciosa a Kate.

—¿Maldita mocosa descarada ya verás que...!

—¿Ya, Kate! ¡Basta! ¡Dios mío! —grité, evitando que se abalanzara sobre la insoportable Sophy. Luego me dirigí a ella—. Y tú, habla de una vez por todas, ¿qué quieres?

—Humm, humm. —Acomodó de nuevo la voz—. R dice que ya sabe que estás aquí gracias a «sus agudos gritos». —Sonrió de nuevo haciendo que Kate bufara enfurecida—. En fin, me pidió que ni bien cruzaras esta puerta,

fueras directo a su oficina, Mel.

—Demonios...

Sí, «demonios». Sinceramente me importaba un bledo que la presidente, creadora y dueña de la revista me llamara para enviarme al infierno por haber adelantado detalles de la última boda en mi blog. Lo que en realidad me molestaba era que Rachel Adams, a quien solíamos llamar «R», fuera ni más ni menos que... mi madre.

Se hizo un largo silencio antes de que Sophy entrara de nuevo. Kate me regaló una última mirada de consuelo y cruzó la puerta. Solo quedábamos Florence y yo. Mi cara debía denotar la «enorme alegría», pues podía sentir su mirada llena de preocupación. Suspiré, lo miré y caminé hacia la entrada. Ya comenzaba a odiar aquella puerta con el nombre de la revista grabado en negro.

—Hermosa elección, cariño —dijo sonriente. Y señaló mis zapatos con sus ojos en el mismo momento que yo cruzaba la entrada al mismísimo infierno.

No hice más que responderle con una efímera sonrisa. Efímera, sí, pues tenía que concentrarme e intentar mostrar la seguridad que solía tener todos los días.

«Izquierda, derecha, izquierda, derecha». Solo en eso pensaba: en el movimiento gatuno de mis caderas. No quería angustiarme por lo que vendría, pero mucho menos por todas las miradas de las víboras que mi madre contrataba para que trabajaran cerca de mí. Oh, sí, fabulosas especialistas en moda, pero que día a día intentaban arruinar mi imagen para llegar lo más alto posible. Y al fin, a dos pasos de la «gran puerta», me detuve, suspiré y a punto de golpear para entrar, oí su voz.

—Entra, Mel. No hace falta que golpees... —dijo con su típica tranquilidad.

Mierda.

Tragué saliva, respiré hondo y, sin más, abrí.

—Buen día, R.

Giró su silla, quedando de perfil al enorme ventanal que estaba detrás de su escritorio. Y a pesar de la luz, pude notar que la seriedad de su rostro aumentó en cuanto la llamé «R». Me miró de arriba abajo, elevó una ceja y clavó sus ojos en los míos.

—Funeral.

—Lo sé. Ya me lo dijo Florence. —Me senté en el enorme sillón blanco y

crucé mis piernas en dirección a ella—. No tuve tiempo.

—¿Ni siquiera para un accesorio? —agregó luego de «escanearme» rápidamente por segunda vez.

—No tuve tiempo, R. Acabo de decírtelo.

—Entonces hubieras escogido algo un poco más «feliz», querida.

—Pues ahora ya sé que un vestido negro y ajustado solo es utilizable en funerales, ¿qué te parece recordarlo en una próxima nota de moda?

—No me tomes el pelo, Mel —dijo más seria, pero sin perder esa calma tan fría e inalterable que la caracterizaba.

—No lo hago, «R» —expresé, remarcando la última palabra.

Suspiró y negó con la cabeza.

—Si no lo haces, entonces acuéstate a dormir más temprano la próxima vez y así tendrás el tiempo suficiente para vestirme como debes.

—¡Oh! ¿Ahora controlas también mi vida personal? No sabía que *Revista Emotiva* había comprado la totalidad de las acciones de mi vida —le dije con una sonrisa que, sabía, la sacaba de sus casillas.

—Si controlase tu vida, puedo asegurarte que serías muy diferente a lo que eres.

Primera patada en el culo. R: 1; Mel: 0.

—¿Quieres decir tan feliz como tú?

«¡Empatadas, maldita bruja!»

Sonrió, aunque no pude terminar de ver su expresión, pues volvió a girar la silla quedando de espaldas. Sus ojos seguramente se habían enfocado en algún punto del paisaje urbano de Nueva York.

—Me importaría muy poco si el motivo de tus llegadas tardes fuera por quedarte toda la noche comiendo helado de chocolate junto a «ese» horrible animal que lo que menos parece es un perro.

«¡Mierda, mierda, mierda!». Otra vez Kate. Nadie más sabía de mi... de mi... pasatiempo.

—Ya, R. Dilo de una vez. Es por la entrada en mi blog personal, ¿verdad?

—Si lo sabes, ¿por qué lo hiciste? —preguntó a secas.

—¿Saber el qué?

—Déjate de boberías, Mel. Sabías que, además de prohibido, publicar ciertos detalles de la fiesta no harían más que fastidiarme.

¡Oh, claro! ¡Todo siempre se trata de ella!

—¿Crees que lo publiqué para fastidiarte?

—¿Y por qué lo harías si no?

—¿El que miles y miles de lectores esperen ansiosos algún adelanto no es motivo suficiente?

—Lo que hiciste fue calmar sus ansias y eso puede significar una disminución en las ventas —contestó severa.

—¿En serio? ¡Pues no lo creo! Durante varios números lo hicimos a tu manera y ¿qué sucedió, R?

Su silla giró ferozmente, haciendo que esta vez quedara de frente a mí.

—Tal vez tus bodas ya no interesen tanto.

—¡Oh, por todos los cielos! —exclamé, poniéndome en pie—. ¡Lo que faltaba! ¿Acaso nunca podrás reconocerte un error?

—Pues lo veremos el lunes cuando tenga los resultados de ventas.

—Bien. Que así sea. —Me dirigí a la puerta para irme de una vez por todas, pero su molesta voz volvió a detenerme.

—Espera, aún no he dicho que puedes retirarte.

Di media vuelta y puse rostro de «hueca a tu servicio».

—Oh, disculpa, R. ¿Puedo irme a seguir trabajando en las notas que generan los millones y millones que guardas en tus bolsillos? —pregunté con un tono nasal y burlón.

Hizo una mueca de disgusto.

—¿Podrías algún día tratarme como a una madre? —reclamó impulsiva e hiriente.

—¡Por supuesto, R! Y será cuando tú me trates como a una hija.

Oh, sí. El silencio fue largo. Digamos que muuuuuy largo.

Tomó su *tablet* y, mientras corría imágenes, volvió a mover sus labios.

—La próxima boda será diferente —dijo, tratando de cambiar de tema.

Me acerqué hasta el respaldo del mullido sillón en el que me había sentado.

—¿Cambiamos de diseñador? Porque no sólo yo, sino la gran mayoría de los lectores aman los vestidos de Pnina. Te recomiendo que antes de hacerlo, realices una investigación de mercado para que...

—No es eso —me interrumpió—. He recibido innumerables mensajes de organizaciones de mujeres quejándose del tratamiento que tenemos con la imagen del novio.

—¿Qué?

Sorpresa. Graaan sorpresa.

—Creen que tratas a cada novio como si fuera un objeto, una cosa. ¿Entiendes?

—¡Oh, por favor! Años y años siendo la mujer la cosificada y ahora no los hombres, sino las mujeres mismas son las que se quejan... ¡No lo puedo creer!

—Menos yo.

—¿Y por qué creen eso si nunca los tratamos así? Todos y cada uno de ellos aceptaron casarse conociendo las condiciones. Jamás se habló de ellos como cosas, ni tampoco se los desprestigió, de hecho, ¡hasta publicidad se les ha dado! ¡Vamos! ¡Esto no es cierto!

—Lo sé y entiendo lo que dices. Expuse exactamente lo que acabas de decir..., y mucho más, claro.

Por supuesto, «la gran R» siempre hace más y mejor que nadie...

—¿Y entonces qué?

—Les he dicho que el objetivo de las bodas siempre ha sido revivir en el lector el manojito de sentimientos que produce tal evento en la vida de las mujeres. Y por supuesto, también indicar lo último en moda, pero no hubo caso. Sostienen que de alguna manera, aunque indirecta, se menosprecia la importancia del matrimonio y del amor.

—Oh, por todos los santos, no empecemos...

—¿Crees que me agrada hablar de esto? —inquirió, clavando sus ojos en mí.

Si algo compartíamos con R era el rechazo por hablar sobre «ñoñerías del amor».

—Entonces ¿qué propones? —pregunté, agotando las últimas gotas de mi paciencia.

—Propongo que esta vez le des un papel más importante al novio, que hables de él, de sus gustos... Que lo conozcas, en definitiva.

—¿Pides que arme una especie de nota o entrevista con el que será mi esposo de turno?

—No. Tiene que ser más sentimental. —Movía sus manos y miraba hacia una de las esquinas del techo como si estuviera imaginando, pensando—. Los lectores necesitan saber quién es el afortunado novio... No, no, más aún, quieren saber qué tan afortunada serás. —Sonrió y me miró con entusiasmo—. ¡Eso es! ¡Debes hacerles creer que tú serás la afortunada al casarte con él!

OK. R podía ser muchas cosas, pero jamás imaginé que una loca...

—¿Perdón? —Fruncí el ceño y acerqué mi rostro—. ¿Y cómo demonios crees que haré eso? ¡¿¿Mmmh??!

—¡Transmitiendo la magia y el cosquilleo que siente toda novia que

profesa amor hacia su prometido!

WTF?![3]

—¿Estás pidiéndome que me enamore del próximo novio?

Sonrió y enarcó las cejas. No le había disgustado la idea. ¡Demonios y más demonios! ¡Maldita mi boca!

—¿Y por qué no?

No, no estaba tomando mi vida como si se tratara de una maldita empresa a la que se le puede comprar la mayoría de las acciones. No, claro que no...

—Estás loca, sí, eso es... Estás loca, R... —dije, afirmando con mi cabeza mientras me dirigía hacia la puerta.

—¡No quise decir eso, Mel! —se apresuró a decir.

—¡¿Y cómo crees que podré hacer una nota así sin que deje de parecer creíble, R?! ¿Ingiriendo decenas de dosis de azúcar hasta que me torne la mujer más dulce del maldito planeta? ¿Cuándo me has visto capaz de algo así? ¡Yo hablo de moda! ¡De vestidos de novia, de los últimos y mejores planificadores de bodas! ¡Yo hablo del evento, no de amor, por todos los cielos!

Bufó.

—Lo sé.

—Es lo único que sabes decir y, aun así, siempre te sales con la tuya...

—Lo sé...

«¿En serio? Oh, Dios...»

—No puedo hacerlo, lo siento, pero no puedo.

—¿Qué tú no puedes hacer algo? Eso sí que me resulta extraño escuchar de ti.

Víbora manipuladora.

Tragué saliva. Realmente me conocía.

—Entonces dime cómo, porque enamorarme no es una opción negociable, R.

—Simplemente te pido que salgas con él, que lo conozcas y lo cuentes al público. Escribe notas sobre tus citas con él. Cuenta qué es lo que hace, qué es lo que no y una vez que hayas detectado algunas de sus virtudes, exagéralas. Haz de él el maldito príncipe azul que todos los lectores desean. Solo eso te pido.

—¿Algo más, R? ¿No quieres mi alma también? —ironicé.

—Sí, algo más.

Por supuesto, no podía esperar menos.

—Dime, soy puro oídos... —expresé sonriente y burlona.

—Que nadie sepa su nombre hasta el día de la boda. Y, ¡ah!, me olvidaba. Puedes contar con la ayuda de Kate, si lo deseas. —Volvió su mirada a la *tablet*, dando por cerrado el asunto.

—¿Kate? ¿Por qué necesitaría de ella?

Elevó sus fríos y pequeños ojos con el ceño fruncido. Sonrió.

—¿Y por qué crees? ¿No acaba de ser abandonada por su prometido? ¿Quién mejor que ella para darte los *tips* que debe poseer el hombre ideal? — Y negando con la cabeza, sin dejar de sonreír, retornó a su trabajo.

Si hubiera tenido algo en mi estómago, juro que lo hubiera vomitado sobre su escritorio. Lo juro.

Salí tratando de contener mi ira, aunque la forma en que cerré la puerta había dejado bastante claro mi verdadero ánimo.

—Una mierda, ¿verdad? —me preguntó Kate, acercándose lo más posible para que ninguna de las arpías escuchara.

—Peor que eso. He vendido mi alma al Diablo, Kate —afirmé, haciéndome el cabello a un lado.

—Tendrás que contarme con más detalle. —Disimuladamente, me tomó del brazo y caminamos hacia la puerta, pero...

—¡Mel! —Su tono agudo era inconfundible—. Eh... Perdón... Señorita Adams, quise decir.

—Norman Bates^[4] a la vista... —dijo Kate burlona. Y así lo llamaba toda la oficina a sus espaldas...

Puse los ojos en blanco y me di media vuelta para quedar de frente al buen muchacho.

—Ralph... ¿Qué cuentas? —pregunté con tono obligado—. ¿Terminaste la entrevista a Connie Jo, la planificadora?

—¡Oh, sí! ¡Ya está terminada! Y por eso yo...

—¡Perfecto! —Lo interrumpí para que no empezara a tocar aquel tema con el que me hartaba todos los malditos días—. Envíamela para ver si está lista para salir en el próximo número. ¡No hay nada más que hablar! ¡Nos vemos!

Giré, quedando nuevamente de espalda y con toda la intención de dar por terminada la conversación, pero... Ralph no tiene límites, no.

—¡Señorita Adams! —Rio nervioso, acercándose un poco más. Kate enarcó una ceja y dio un paso hacia atrás. Por poco largué una carcajada—. Disculpe que la moleste con lo mismo, pero me gustaría ayudarla con su

columna...

—¡Claro! ¿Quieres entrevistar a alguno de los diseñadores preseleccionados para la próxima boda? Puedes hacerlo. Dile a Sophy que te agende una cita con...

—No —interrumpió agresivo. Las dos nos paralizamos. ¿*Psicópata Americano*? Mmmh, tal vez, tal vez...—. Quise decir... no es esa la manera en que quiero ayudarla —se corrigió, dulcificando su tono, pero elevó una mano para que no lo interrumpiera—. En realidad, me gustaría ser el próximo novio con el que se case.

Kate metió los labios para adentro como si se los hubiera devorado. Estaba a punto de cagarse de la risa. Pero yo debía contenerme.

—Oh... Claro, entiendo... —Disimuladamente, me tapé la boca para contener lo que hubiera sido escupirle una carcajada en su cara y simulé pensar—. No es mala idea, per...

—Pienso igual —se aventuró a concluir. Sus manos le temblaban y sus enormes ojos verdes estaban clavados en mi figura. Wow... Comenzaba a darme miedo.

—Claro, sí... —Sonreí forzada—. Pero no será posible esta vez, Ralph.

Se adelantó, quedando a solo unos dos pasos de distancia.

—¿Por qué no? Si todavía no hay nadie confirmado como próximo novio. Eso dijo hoy R en cuanto llegamos —expresó nervioso y moviendo los ojos de un lado a otro sin cesar.

¡Mierda, mierda, mierda! ¿Por qué las pocas veces que R hablaba no hacía más que complicarme la existencia?

—Pues justamente acabo de confirmárselo —afirmé con una enorme sonrisa y abriendo ambas palmas como si hubiera dado una sorpresa.

Su rostro cambió a uno serio y extraño... Oh, Dios, ¿sacaría un cuchillo y me cortaría en juliana? ¡Jajajajajaja! Pobre Ralph, pero es que era inevitable compararlo con un psicópata.

—Pero yo...

—Ya lo oíste, Ralph. Ahora vete y sigue con tus asuntos. Y si puedes, asesina a Sophy.

Abrí los ojos como dos platos y la fulminé con mi mirada. ¡¿Qué demonios...?!

—Perdón, ¿qué ha dicho de Sophy? —inquirió Ralph. Gracias a Dios estaba perdido, desconcertado por la noticia que le había dado.

—Que... que continúes con tu trabajo y, si puedes, que ayudes a Sophy.

¿Sí? —me adelanté. Si no lo hubiera hecho, Kate no habría dudado en repetir todo tal cual lo había pronunciado. Hablando de locos...

Aún desconsolado, afirmó con la cabeza y yo, veloz como un rayo, tomé a Kate para salir antes de que dijera algo más.

**

—¿Enamorarte? ¡Puff! ¡Ahora sí que se ha vuelto loca! Y comienzo a entender por qué contrata gente como Ralph... —dijo mientras tomaba el vestido de mi boda número dieciséis.

Sí, uno de la docena de pisos de la empresa era pura y exclusivamente de moda para novias, y medio de él correspondía a todo lo que yo había preseleccionado y usado en cada evento. Y allí estábamos, revolviendo entre cientos de vestidos para inspirarnos para la próxima y especial boda. Pronto vendrían los diseñadores y tendría que saber decirles lo que deseaba para este nuevo traje. Claro que todos hacían diseños distintos y exclusivos que luego eran publicados en diferentes números. Cada uno de ellos era declarado como el posible vestido a usar en la boda. Así, nosotros recibíamos diseños sin costo, y los diseñadores miles de pedidos gracias a la publicidad que les hacíamos.

—No seas así, Kate. Ralph es un buen chico, además de inteligente. Si R lo contrató, no es por nada. Sabemos que hace muy bien su trabajo. No se le escapa un solo detalle. Es especialista en eso, debes reconocerlo.

Bufó.

—¿Y me dirás que ocurre lo mismo con Sophy? —Clavó sus ojos en los míos y, al ver que yo no emitía un solo sonido, se colocó la diadema que había tomado. Se miró al espejo y comenzó a llorar.

«¿Por qué?». Sí, eso fue lo que me pregunté al vernos encerradas en el último lugar del planeta en que debía estar Kate.

Me acerqué, la abracé y, con delicadeza, intenté quitarle la maldita diadema, pero me pegó en la mano, impidiéndomelo.

—Déjala ahí, Mel. —Se sonó la nariz con la falda del vestido. Genial—. Deberían hacer una con la inscripción «estúpida» y te aseguro que la usaría todos los malditos días de mi vida. —Rompió en llanto de nuevo. Pero, esta vez, con tanta intensidad que no pudo evitar hacer eso que ella tanto odiaba... ¿Cómo llamarlo? ¿Ronquido de cerdo? En fin...

Bufé y, en contra de su voluntad mientras me daba palmaditas para evitar

mi acción, le saqué el adorno de la cabeza y me coloqué detrás de ella. La tomé de los hombros y la sacudí para que se viera en el espejo.

—¡Mírate, Kate! ¡Esa no eres tú! ¡No es la poderosa y segura Jefa de Redacción que conozco!

Se limpió el delineador corrido con uno de los velos. ¡Fabuloso! Ya podía imaginarme la cara de R...

—No, claro que no lo es. Esa que está allí no es más que una idiota que no hizo nada por cuidar su felicidad...

—¡Oh, vamos! ¿Y crees que llorar hasta lograr que tus ojos parezcan los de un panda ayudará en algo?

—No, pero que Sophy no trabaje más aquí me ayudaría y mucho.

Suspiré. No podía decir nada frente a eso. Nada distinto de lo que vivía repitiendo.

Tragué saliva y calmé mi tono.

—Kate, yo deseo lo mismo que tú y lo sabes, pero R...

—Sí, ¡ya lo sé, maldita sea! ¡No echa gente que trabaja con eficiencia! ¿Es que no puede encontrar a otra que trabaje de igual manera? ¡Dile que yo misma me ofrezco a hallar a alguien mucho mejor y de naturaleza humana, no una víbora como ella! —Volvió a llorar desconsoladamente.

—Ya, ya... —Traté de tranquilizarla. Realmente estaba muy sensible. Demasiado... Y ahí fue cuando la pregunta llegó a mi cabeza: ¿Cómo le diría que R esperaba que me aprovechara de su sufrimiento para «crear la imagen del príncipe azul»? ¿Qué tipo de amiga era yo para cagarme en su estado y vomitarle como si nada aquella noticia? Realmente me sentía una mierda y no pensaba decir nada, pero mi inconsciente me traicionó...—. No puedo hacerlo...

¡Mierda! ¿Es que nada me iba a salir bien ese día?

Kate deshizo mi abrazo y me miró con el ceño fruncido. Era obvia su reacción; yo nunca decía algo como eso.

—Que tú no puedes ¿el qué? —Sonrió desconcertada.

—Nada... —Empecé a tomar varios de los modelos que más amaba de Lazaro y los coloqué sobre mi cuerpo—. ¡De este estilo me encanta! ¿Qué dices?

—¿Qué digo? Que eres una pésima actriz... —Se acercó, me arrebató los vestidos, los dejó sobre uno de los sillones y volvió a clavar sus hinchados ojos en mi rostro.

Oh, sí. Esa era la inteligente Kate.

—¿Ninguno te gusta? —pregunté con la mirada esquiva.

—Ya, Mel. Cántamelo. ¿Qué más te pidió R que no puedes hacer?

Y bueno, no hacía falta mucho más para que también Kate comenzara a odiar a R. No era mi culpa...

Suspiré.

—Quiere que hable del novio como si fuera el príncipe azul que todos desean...

—Sí, eso ya me lo has dicho.

—Bueno... Sabe que enamorarme no es una opción y si invento, será muy poco creíble, tratándose de mí y...

—¿Y qué, Mel?! —Graciosa, hizo un gesto con su dedo para que redondeara.

Bufé.

—Oh, ¡al demonio! ¡Quiere que me ayudes con las notas, pues cree que no hay nada mejor que una mujer abandonada para hablar del puto príncipe azul! ¿Está bien? Pero ya te adelanto que no espero que te involucres en semejante idiotez... —finalicé furiosa, colocándome otro de los vestidos debajo de mi cuello.

—Está bien. Lo haré.

«¿Qué carajo...?!». Quedé boquiabierta.

—¿«Está bien»? ¿Esa es tu respuesta? Pensé que me mandarías a la mierda directo y sin escalas.

—¿Y por qué haría eso? R tiene razón, no hay nada mejor que una mujer con el corazón roto para hablar sobre el ideal de hombre en el que su mente se escabulle todas las putas noches.

Como si nada, continuó a lo que habíamos ido. Tomó un vestido Pnina y lo separó para buscar entre otros.

Nada. No pude decir absolutamente nada.

—OK... —fue lo único que salió de mi boca.

—Eso sí —se atajó impulsiva—, será mejor que anotes ciertos puntos que sí o sí deberá tener el perfil de quien vaya a convertirse en el maldito príncipe. ¿Tienes para anotar?

Saqué mi móvil y, rápida, comencé a apuntar.

—Uno: debe ser un empresario o profesional reconocido; nada de artistas como pintores, músicos o roqueros *sexies*, ¿OK?, no apuntamos solo a jovencitas soñadoras. Dos: debe tener un buen pasar, tener casa, automóvil y toda esa mierda que ya sabes. Ninguna mujer querría un príncipe que no

pueda comprarte ni un paquete de *snacks*. Tres: debe ser unos años más grande que tú; intenta no superar los cinco años. No queremos que piensen que tu príncipe puede llegar a ser resultado de tu deseo por ser madre, esto por si eliges comerte a uno mucho más joven que tú, ni de un complejo por la ausencia de tu padre, por si te buscas uno veinte años más grande... Por todos los cielos... —Sacudió la cabeza y yo reí—. Cuatro: debe estar más bueno que la fusión entre Brad Pitt, Antonio Banderas y Usher.

Claro, y yo era la mujer perfecta para hallar alguien así. ¡Claro que sí! ¡Cómo no!

—Explícame cómo demonios hago para encontrar a alguien así, querida Kate. —Sonreí exagerada, ladeando mi cabeza.

—No lo sé. Ese es tu problema. Yo simplemente debo darte una guía. —Sacó la lengua. Siempre tan madura, sí...—. Cinco: debe ser muy dulce y caballero, pero no al punto de empalagarte. Además, se corre el riesgo de que piensen que es un actor o un gran amigo *gay* que te hace el favor de quererte y tratarte de la manera que, en realidad, ningún hombre puede. Seis: debe hacer ejercicio bien masculino y cuidar su figura, pero no al punto de resultar metrosexual. No sería bueno que los lectores se enteren que él se depila más veces que tú. Y siete, anótalo bien: debe tener un paquete de madre mía.

—¡Kate!

Oh, sí. La Kate de siempre había vuelto. ¡Yeah!

—¿Qué? ¡Es verdad! ¡Todos quieren eso!

—No me acostaré con el que sea que vaya a ser mi prometido... Conoces mis reglas.

—¡Yo lo haría, más si logras cumplir con el punto cuatro! Vaya boba, si no lo haces. Aunque no me ofendería reemplazarte, eh... —Entrecerró los ojos y se mojó los labios con la lengua.

—¡OK, OK! Lo tendré en cuenta...

—Y que sea un «Salta, Willy, salta».

Sabía que diría ese imposible. Lo sabía. Bueno, es que era nuestra forma de clasificar los penes. De menor a mayor: 1) «Buscando a Nemo» (talle *small*); 2) «Mi amigo Flipper» (talle *medium*); y 3) «Salta, Willy, salta^[5]» (talles del *large* al XXXL. Y, por supuesto, este último hasta entonces nunca encontrado, ¡jajajaja!). No hace falta que recuerde que me refiero a las dimensiones, ¿verdad?

—Kate...

—¡¿Qué?! No me fastidies, Mel. Hago mi trabajo. Y de paso, estoy siendo

más que una buena amiga. Así que recuerda... —Puso cada una de sus manos a los costados de su pecho indicando el tamaño de un «Salta, Willy, salta» y guiñó, sacando su larga lengua.

Y, claro, reímos a carcajadas. ¿Qué más podíamos hacer?

Capítulo 2

¿«Vestido número dieciséis»? ¿Medio piso dedicado a «todo lo usado por mí en mis diferentes bodas»? ¿Novios? ¿Diseñadores y publicidad? Entiendo lo que deben estar pensando... «¡¿Qué demonios es lo que hace esta mujer?!».

Bueno, es que en realidad, no es fácil de explicar. Pero empezaré por lo más sencillo: escribo notas sobre lo último en moda nupcial. Y fue lo único que hice desde que me recibí de periodista. ¿Pude haber elegido otra rama como Economía, Política o ser corresponsal de guerra? Claro que sí, pero esta fue mi elección. De hecho, lo tuve muy claro desde pequeña. Siempre amé la moda porque creo que dice mucho más de lo que la gente piensa. Habla de todos y cada uno de nosotros de una forma tan especial que no muchos saben detectar y apreciar. En fin, jamás dudé a qué me dedicaría. Sin embargo, el cómo expresaría aquella pasión fue tan inesperado como original (y redituable para la revista, por supuesto...).

No voy a negar que desde mi infancia los malditos cuentos de príncipes y princesas llenaron mi cabeza hasta hacerla explotar. Amaba a tal punto los vestidos y la fantasía que envolvían a aquellas historias de amor que las bodas de los famosos comenzaron a ser los eventos que más se asemejaban a esos cuentos que me habían alimentado por años. Y así, la moda en bodas se convirtió en el cómodo colchón que le daría sentido a mi vida profesional. Escribía no sólo sobre los novios, sino sobre cada uno de los detalles de la fiesta. Y me iba bien, muy bien. *Revista Emotiva* creció en gran parte por esta sección a la que yo sola me dedicaba. El orgullo era inmenso y las ansias por más también. Pero claro, con este perfil, ¿cómo demonios no iba a fantasear con mi propia boda? De hecho... ¡era lo que más esperaba en todo el maldito mundo!

«¿Cómo será mi vestido? ¿Estilo sirena o de gala? ¿Encaje o satén? ¡Oh! ¿Qué diseñador escogeré? ¡El peinado! ¿Recogido o suelto con un toque salvaje? ¿Y el *wedding planner*? ¿Y el lugar? ¿Al aire libre? ¿En un lujoso hotel?»

¡Cielos! Las preguntas nunca cesaban y siempre surgían más y más. Definitivamente, tenía deseos de tener una boda. Y en secreto no dudé en organizar todo para volverlo real. Sin embargo, había olvidado lo supuestamente más importante para lograr el maldito casamiento: el novio.

¡Sí! ¡En lo último que pensé fue en el futuro esposo! Me sentí una adulta estúpida que lo único que estaba haciendo era jugar a cumplir los sueños de su niña interior y, así, decidí olvidar el asunto.

Los meses pasaron y al fin se anunció una boda realmente inesperada. Rich Bob, el roquero con más onda de ese momento, se casaría con la modelo más deseada de ese entonces. Los medios estaban encima de la pareja como moscas sobre la miel, aunque Rich Bob los esquivaba tanto como podía. Pero *Revista Emotiva* no se perdería la oportunidad de conseguir la nota previa al evento. Y así, R no dudó en mover cielo y tierra para conseguir la bendita entrevista con él. ¿Quién lo entrevistaría? La respuesta está más que clara, ¿verdad?

Pensé que me llevaría quince minutos, media hora tal vez. No era el primer músico que entrevistaba y conocía la ciclotimia que solía caracterizar a la gran mayoría. Así que entré a su oscura habitación y me senté a la espera de que su ego descendiera hasta que se hiciera presente. ¿Cuánto aguardé? Pues ya perdí la cuenta. Lo único que recuerdo es que estaba a punto de irme de aquel oloroso y estrafalario lugar cuando su voz, sí, su melodiosa y particular voz, lo evitó. Y eso fue todo, pues, en cuanto me di media vuelta quedé inevitablemente rendida a sus pies. ¿Hice la entrevista? No. ¿Se enojó R por aquello? Dicen que en un principio sí, pero al verme regresar luego de una semana, en la que estuve encerrada con él en su habitación, su parecer cambió en cuestión de segundos y más aún al volver tomados de la mano (sí, Rich Bob ingresó al piso principal de *Revista Emotiva* tomado de mi mano) y con la mejor de las noticias que pudo haber recibido alguien como R: Yo, su «querida hija», sería la futura esposa del roquero más codiciado.

Lo sé, lo sé... Se estarán preguntando qué fue de la vida de la joven modelo y por qué me cagué en ella. Bueno, en cuanto a lo primero sé que mucho no le afectó, pues en cuanto Rich le informó por medio de su representante que ya no tenían una relación, no dudó en irse a la Polinesia con un reconocido empresario con el que se casó antes que Rich y yo. Ahora, en cuanto a lo segundo... No sabría decirles. Por un momento me sentí mal por la chica, pero estaba tan cegada por lo que «sentía» por Rich que todo me importaba un carajo... No hay otra forma de decirlo, disculpen. Y el solo pensar que gracias a él cumpliría mi gran sueño de casarme... Bueno, ¡qué demonios me importaba!

Y si el hecho de que se fuera a casar había generado un gran revuelo en los medios, ¿tiene sentido que mencione lo que causó su «cambio de novia»?

Cada vez que salía de la oficina eran cientos y cientos los flashes que me dejaban ciega por un largo rato. Y el único lugar donde podía escabullirme y huir sin que me persiguieran era el bar «Ofelia» que estaba a solo dos pasos de mi trabajo y poseía una salida de emergencia ideal para salir rápido. Oh, ese bar... En fin...

Cada vez faltaba menos para el gran momento y mi madre, o mejor dicho R, se encargaba de que todo lo relacionado a la boda estuviera perfectamente organizado e impecable. Mientras tanto mi tía abuela Violet, una tímida y dulce anciana de casi ochenta años que hacía más de una década que no veía, era quien me daba la contención maternal y sentimental que tanto necesitaba. «Serás muy feliz, querida. ¡Muy feliz!», me decía cada vez que podía y con su tierna sonrisa de abuela. Y yo... Yo volaba en una nube, una maldita nube que se esfumaría en cuanto volviera a salir el infernal sol de su ego.

«Connie Jo, la más reconocida planificadora de bodas de toda Nueva York, ha sido la encargada de organizar lo que están viendo ahora, en vivo y en directo», recuerdo que dijo una reportera que transmitía la previa al evento. «Todavía nadie conoce el diseño escogido por la novia, pero en instantes lo sabremos...» dijo otra. Y esos fueron los únicos comentarios en los que puedo decir se me dio un poco de importancia, pues el resto solo se refirió a él. «Hoy, el más duro y sexy roquero de todos los tiempos dará el sí. ¿Qué sentirán sus fans? ¿La novia está a la altura? Jenny de Michigan dice que hubiera dado lo que sea por ser ella la novia; Susan de California nos dice que no ha parado de llorar desde que se enteró de la boda; Barby de Seattle dice que reza para que Rich olvide sus votos matrimoniales. Rose de Virginia dice que la novia puede irse bien a la... ¡Hum hum! (el periodista simuló toser)... ¡Oh, Dios mío! ¡No me alcanzarán los programas para decir todas estas opiniones!». Y así podría escribir unas trescientas páginas más en las que solo mencionaría todos los comentarios de los medios, pero no tendría sentido; el mensaje era claro: Yo simplemente era «la novia de...».

Aun así, nada me importaba. ¡Yo estaba cumpliendo mi maldito sueño de princesa y con uno de los hombres más deseados del mundo, por todos los santos!

Y si en algún momento los flashes me fastidiaron, no podría explicar cómo lo hicieron en el momento que aparecí en la alfombra roja vestida novia. Mi traje era único, lleno de piedras austríacas que hacían de mi figura una especie de muñeca de cristal. El peinado recogido dejaba caer mi cabello en una larga cascada rubia y la cola del fastuoso vestido hizo que, al menos la

mitad de los presentes, suspiraran al unísono. No negaré que mi pecho se hinchó de orgullo, haciendo que se me dibujara una sonrisa llena de suficiencia y satisfacción. No obstante, hoy puedo decir que aquello no agradó mucho a Rich. No fueron más de diez minutos en los que fui el centro de atención. Pero alguien como él jamás soportaría ni un solo segundo ser el segundo en algo. Como pudo, estoy segura, lo disimuló bastante bien, pues durante los votos y gran parte de la fiesta (en la que siempre se mostraba como el centro de atención, claro) se comportó casi con normalidad, aunque... no pasó mucho tiempo más para el final que todas las *fans* querían.

Ya era la madrugada y si bien la fiesta continuaba, nosotros, los recién casados, debíamos marchar para disfrutar nuestra noche de bodas en uno de los hoteles más lujosos de la ciudad. Pero Rich no estaba por ninguna parte. Lo llamé a su móvil una, dos, tres y hasta cincuenta veces, pero no respondía. Su representante, mi planificadora y hasta los hombres de seguridad lo buscaban incansablemente, aunque con suma discreción para evitar sospechas y revuelo en los medios. Pero nada. Ni un solo rastro del famoso, y en ese entonces ya esposo mío, Rich Bob. Los nervios lentamente fueron adueñándose de mi cuerpo y más de un invitado comenzó a notarlo, pues luego de preguntarme si estaba bien, me cuestionaban sobre el paradero de Rich. Y allí fue cuando la veloz R entró en acción. Discreta, fría y segura, solo hizo lo que me salvó de un escándalo con los medios que ya habían notado la ausencia del flamante esposo. Advirtió a los de seguridad que en cuanto lo vieran lo enviaran, reservadamente, al hotel donde yo ya estaría esperándolo. Claro que no tardó un segundo en anunciar a todos los medios que los dos novios se habían marchado «al estilo Rich Bob» para disfrutar cuanto antes su primera noche de amor como esposos.

Y así fue. El chófer de la limusina no dejó de mirarme por el espejo retrovisor hasta que le pedí que, por favor, subiera el vidrio separador. Tomé la botella de *champagne*, la abrí y, a punto de servirme un poco en una de las copas, tomé directamente del pico hasta dejarla medio vacía. ¡Al demonio con el ceremonial y protocolo estilo R! Respiré agitada y para cuando logré relajarme un poco, el hermoso coche se frenó, anunciándome la llegada.

«Mierda...», pensé. De alguna manera intuía lo que se avecinaba.

Tomé la falda del vestido y la levanté lo más que pude para que no se manchara con nada que pudiera haber en el piso. Ingresé y, si bien la bienvenida fue más que elegante, pude ver en los ojos del empleado ese típico nerviosismo que tiene quien trata de evitar lo inevitable.

—Calla y solo dime la habitación —lo atajé. No quería que hiciera más tiempo. No era estúpida; ya había visto a su compañero levantar el teléfono con desesperación mientras me miraba desconcertado, aunque parecía no tener suerte, pues era evidente que nadie atendía su llamado.

—Es el *penthouse* que está en el...

—Ya lo conozco. Gracias —lo interrumpí antes de subirme al ascensor lo más rápido posible.

«Tin-tun-tin-tun» era el sonido que hacía el maldito elevador por cada piso que subía. Y mis nervios ya no aguantaban más. No me quedaban uñas para seguir devorando al son del «tin-tun» hasta que, gracias y desafortunadamente, llegué al piso. Pero a segundos de abrir, la duda comenzó a carcomerme. ¿Debía entrar o pasar la noche en otra habitación? Después de todo, ya conocía la naturaleza de Rich, aunque... ¿realmente era así? ¿Tanto lo conocía como para estar preparada para soportar eso? ¿Acaso había pensado en todo aquello o me estaba llevando la mejor/peor de las sorpresas? Ya no sabía qué era lo que había meditado y lo que no antes de casarme con él. Lo único en lo que hasta entonces había pensado no había sido más que en la maldita boda de mis sueños...

Respiré profundo y... ¡A la mierda! ¡Entraría como debía ser: como la esposa de Rich Bob!

Y maldije el momento en que pensé aquello.

Jamás sentí tanta vergüenza de ser «la esposa de...»

¿Qué es lo que vi? ¿Una hermosa cama con una morena despampanante haciéndolo suyo en una extravagante posición del *Kama sutra*? ¿Una rubia? ¿Una pelirroja?

Pues no.

Jamás olvidaré el primer plano de su culo velludo. Estaba estático, sin movimiento gracias a su extraña posición y al profundo sueño en que había caído luego de tomar y consumir todo lo que yacía alrededor de la cama. No sé cuántas veces negué con la cabeza, tratando de eliminar de mi mente aquella imagen que no hacía más que repetirse una y otra vez de forma fotográfica e insistente en mi memoria. ¿Vergüenza? Ya ni sé, aunque la razón me iluminó... Y la rabia, claro, pues fue esta la que despertó en mí aquella faceta despiadada. Tomé el móvil y, con desagrado, aunque satisfecha por la ocurrencia de mi cabeza, tomé una foto de su parte «desconocida». Ya podía visualizar los titulares de la sección de espectáculos: «El lado más oscuro (y velludo) de Rich Bob». ¡Jajajajajaja! Pero no perdí más tiempo.

Quería saber quién demonios estaba debajo de él. Quería saber quién era la/él maldito que había arruinado mi noche de bodas y que había logrado que, en solo un minuto, tomara la decisión de un inminente divorcio.

Me acerqué por el costado y, luego de apreciar la posición con forma de «A» en que había quedado Rich (con su cabeza graciosamente hundida en la entrepierna de la tercera persona en discordia), descubrí su identidad quedando boquiabierta...

«WTF!!!! WTF!!!» me repetí una y otra vez con el ceño fruncido. Es que era imposible, impensable, inimaginable que quien estuviera debajo de «mi esposo» fuera ni más ni menos que... ¡mi tía abuela Violet!

¡Vamos! ¡Aquello no podía ser cierto! ¡Tenía casi ochenta años! ¡¿En qué demonios habían pensado estos dos?! No lo sabía. Pero lo que sí era seguro es que la había pasado de maravillas porque aquella «dulce sonrisita», con la que me había dicho que sería muy feliz, se había transformado en un teclado de piano a punto de expresar «¡Gracias por compartir tu felicidad conmigo, querida!».

Maldije y maldije hasta que la razón volvió a iluminarme. Mis ojos dejaron a un lado sus figuras para enfocarse en el descontrolado entorno y entonces... «¡Oh, por Dios! ¡¿Estará muerta?! ¡Demonios!»

Empujé a Rich, logrando que despertara de mala gana, y me acerqué a la nariz de mi tía abuela. Nada.

¡Cielos!

Hice a un lado todas las porquerías que yacían a su lado y comencé lo que había aprendido de resucitación en mi secreta época de *scout*. «¡Uno, dos, tres y respiración boca a boca! ¡Uno, dos, tres y respiración boca a boca!» Pero nada. Mi «querida» tía abuela no daba siquiera una sola señal de vida. Suspiré y, aún *shockeada*, me alejé un paso. Su rostro seguía sonriente como si le hubieran dado el mejor obsequio de su vida.

¡¿Qué demonios!?

Y Rich, sin inmutarse por lo extraño que debía resultarle aquella escena, se desperezaba como si hubiera despertado de su mejor noche.

¿Si imaginé alguna vez que mi matrimonio podía llegar a su fin por una infidelidad? Tal vez. ¿Si imaginé que esa persona en discordia podía ser alguien de ochenta años? Claro que no. Pero ¿si imaginé mi noche bodas, vestida con semejante vestido tratando de resucitar a mi tía abuela quien parecía haber muerto de felicidad por una descontrolada noche orgásmica y de excesos junto a mi esposo? ¡Absolutamente noooooo!

Ahora, por supuesto que esto no fue lo que se dio a conocer en los medios. La autopsia de «la dulce y querida tía abuela Violet» confirmó que simplemente había fallecido por un ataque cardíaco. Y en cuanto a Rich solo puedo decirles que debió guardarse el ego en su «lado más oscuro», pues luego de su comprometedor situación con mi tía abuela y aquella foto, no tuvo más opción que aceptar la condiciones que mi madre (por medio de sus abogados, claro) impuso sin posibilidad de negociación (a menos que prefiriera el fin de su imagen pública y carrera artística).

Y tan solo al día siguiente de la boda, los titulares anunciarían «El matrimonio de famosos más corto de la historia americana». Además, no tardarían en dar a conocer los motivos que tan bien pensó mi madre para lograr más fama a la revista (aunque a mí me dijo que no fue más que para proteger mi imagen. Sí, claro, cómo no. Seguro que no pensó en los millones de dólares que le haría ganar semejante idea...): «La famosa periodista y el representante de Rich afirman que la boda fue solo un *show* para despertar y hacer vivir las sensaciones que atraviesa una novia en tan importante momento. Fue un evento para homenajear y realzar la importancia que tiene una boda en la vida de las mujeres. ‘No se trata de un momento cualquiera. Las emociones y la felicidad que genera una boda no tienen comparación. Y nuestro proyecto, gracias al apoyo de Rich Bob, se basó en poder transmitir todas esas sensaciones al lector que aún no ha vivido dicho momento o que desea revivirlo’, sostuvo Rachel Adams, Directora de Revista Emotiva.»

Oh, sí. Las críticas tampoco tardarían en llegar, aunque fueron más las organizaciones que apoyaron «la supuesta idea planificada». Y nadie supo la verdad..., salvo unos pocos.

Realmente hubiera sido genial que todo terminara allí, pero no fue así. De algo que a la vista de los demás pareció una original sorpresa, surgieron preguntas como «¿Y cuándo será la próxima boda de Mel Adams? ¿Qué vestido escogerá para hacer suspirar a sus lectores y a los fanáticos de la moda? ¿Qué novio escogerá esta vez?». Preguntas extremadamente incómodas para mí, pero excelentes motivadores para R, pues le despertaron el lado más comercial y creativo que pudiera tener. Lo que había sucedido no alcanzaba. Una nueva y alocada idea llegó a su mente: continuar la pantomima de las bodas.

Al principio se le daría más importancia al novio «a escoger», pero luego de varias estrategias de R, se logró que el público y los medios enfocaran su atención solamente en todo aquello relacionado al evento en sí: decoración,

vestido, música, estilo, *wedding planner*, Estado y lugar en que se celebraría (hasta han llegado a llamarme «la novia de los viajes»), etc. Y claro, no hubo diseñador, planificador y marcas que no desearan estar involucrados en cada evento. De allí, la revista comenzó a crecer a pasos agigantados. Los contratos con las más famosas firmas de indumentaria y moda no tardaban en llegar y crear más ingresos. Inclusive, comenzaron a presentarse conocidos empresarios y artistas ofreciéndose como «futuros esposos», pues aquello no era más que excelente publicidad para ellos mismos, sus carreras y empresas. Y así, se comenzó también a lucrar con «la elección del novio». Cada aspirante debía presentarse a un discreto *casting* cuyo selector no era ni más ni menos que el equipo de moda de la revista. Claro que había varias rondas, pero el veredicto final siempre lo tenía ella: R. Y una vez seleccionado el «futuro esposo» se le hacía firmar el contrato (minuciosamente confeccionado por los abogados de la revista) entre cuyas especialísimas cláusulas figuraba la de un divorcio inminente y un acuerdo prenupcial de bienes (en pocas palabras, el hecho de casarse y luego divorciarse no daba derecho, a ninguna de las dos partes, a reclamar bienes personales, ni gananciales). Aunque claro, ese novio escogido pagaba un buen monto por el uso de mi imagen y de la revista. Digamos que abonaba en concepto de «servicios publicitarios».

En fin... Siempre pensé que, en un futuro, cuando fuera a hablar sobre mi vida matrimonial diría «la primera vez que me casé» o a lo sumo «la segunda», «la tercera», «la cuarta» o «la última». Realmente no lo sé, pero de lo que sí estoy segura es nunca imaginé referirme a aquellos momentos como «mi boda n° 1», «mi boda n° 9», «mi boda n°17». ¡Rayos! ¡Qué locura!

Como sea... Y los que saben la verdad, me han preguntado qué sentí al ver a mi madre aprovechar un momento tan triste como el que pasé para hacer de ese el negocio más perfecto de moda. Vaya... qué difícil pregunta, pues, en realidad, no sentí nada. Incluso, debo reconocer que aún no sé si viví algo similar a la «tristeza». Más bien diría que me decepcioné, pero no de ella, si no del momento en sí. Y lo peor es que durante mucho tiempo no supe por qué...

¿Si alguna vez imaginé que mi primer matrimonio llegaría a su fin tan rápido? Tal vez, como ya he dicho, pero nunca que terminaría en la noche de bodas y siendo la tercera en discordia una difunta y dulce tía abuela, claro...

¿Si alguna vez pensé que llegaría a casarme con diecinueve hombres más a los que nunca, ni siquiera en la boda misma, besaría? Pues... Eso

definitivamente no me lo esperaba ni en un millón de años luz.

Pero si había algo que nunca había dudado, al menos hasta mi primer matrimonio, era que una boda no podía ser más que un motivo de felicidad en toda mujer. Sin embargo, luego de celebrar veinte veces distintas, pude detectar un punto común en todas ellas, igual y repetitivo: un profundo vacío (y alivio al divorciarme, jajajaja). Y así, mi mente no dejó de pensar por qué nunca sentí «esa felicidad» de la que hablaba falsamente en mis malditas y deseadas notas...

¿Qué era lo que no estaba viendo? Pues no lo sabía, aunque, al menos, había una duda que parecía bastante clara: «Casarse o no casarse. ¿Esa es la cuestión?».

Y ahora que ya conocen más o menos el trasfondo de mi «trabajo» creo que entenderán mejor lo que luego sucedió (o eso espero, ¡jajajaja!).

Después de anotar todos los puntos que, según Kate y su destrozado corazón, debía tener todo príncipe azul del siglo veintiuno, corrí a uno de los escritorios e imprimí la lista de mis veinte exmaridos. La necesitaría, pues tal vez el hecho de anotar las características más relevantes de cada uno me permitiera aclarar un poco mejor el tipo de hombre a buscar. Por lo menos para volver un poco más realista la visión de Kate... Pero, antes de que pudiera hacerlo, mi caprichosa memoria me frenó.

—¡Mierda! ¡El turno! —exclamé, saltando del asiento bajo la mirada horrorizada de las víboras bien vestidas.

Sí, lo había olvidado. Entre que ya no tenía problemas y compromisos en mi vida, debía ir a la cardióloga para que me diera el *OK* a mi último chequeo. De lo contrario, no podría continuar con mi reciente y fastidiosa rutina en el gimnasio. Ya me lo había advertido mi entrenador: «Si la próxima semana no traes el chequeo médico actualizado, comenzarás a hablar sobre moda en decoración de interiores, pues tu trasero recibirá tantas patadas de mi pie que se convertirá en el más grande y mullido almohadón que jamás hayas visto, Mel. No entrarás aquí hasta que lo traigas. Ya estás advertida, corazón». Así, tomé el bolso y salí antes de que se hiciera la hora... En realidad, ya había pasado el horario, claro, pero debía ir sí o sí. No era que tuviera tendencia a engordar, pero sabía que las dosis diarias de helado de chocolate suizo (y que últimamente iban aumentando) harían estragos en solo cuestión de días si no mantenía la actividad física. Ya podía leer los titulares: «Mel Adams, de famosa periodista casa-divorcios a amenaza para *Charlie* y

la fábrica de chocolate», «Divorcios y adicciones: Mel Adams, el nuevo cementerio de helados».

Cielos...

Bajé lo más rápido que pude y salí para tomar un taxi. Pero, para mi suerte, un horrible aguacero (no anunciado por el servicio meteorológico) comenzó a caer sobre mi cabeza y ¡mi hermosa y carísima ropa!

Trataba de frenar cada uno de los taxis que pasaban, pero todos iban ocupados.

¡Mierda! ¿Por qué demonios tenía que pasarme todo junto en un mismo día?

Milagrosamente uno, el más destartado, por supuesto, frenó haciéndome llegar en quince minutos al consultorio.

Entré, alboroté un poco mi pelo en el afán de secarlo y, con mi mejor sonrisa, me acerqué hasta la recepción.

—Buenas tardes. —No obtuve respuesta—. Hum... Humm. ¡Buenas tardes! —exclamé, tratando de sonar lo más cordial posible.

La joven, que saboreaba goma de mascar «abiertamente», me miró de arriba abajo y sonrió, pero no de buena manera. Era claro que me había reconocido.

—¿En qué puedo ayudarla? —preguntó de mala gana.

¿Y en qué demonios podía ayudarme? ¡Vamos! ¡Era obvio! ¿No?

Sonreí.

—Tengo turno con la doctora Rowling. Mi nombre es...

—Ya lo sé. No hace falta —me interrumpió con tono odioso.

Sin dudas, no era mi día. En el 97% de mis salidas al mundo exterior me cruzaba siempre con alguna lectora o admiradora, lo cual hacía de mi momento uno más agradable. Pero no. Justo ese día, luego de la descabellada conversación con R y de una espantosa lluvia, me recibía una de esas lectoras odiosas que formaban ese puto 3% que cagaba mi bella semana.

—Oh... Bueno, gracias... —expresé, simulando no haberme percatado de su mala vibra.

«Tic-tic-tic» empecé escuchando hasta que la fuerza y rapidez de sus dedos convirtieron su sonido en un «toc-toc-tooooooc» que amenazaba con destruir el pobre teclado. No faltaba mucho para que comenzara a darle puñetazos...

—Su turno ya expiró. El próximo disponible es para dentro de «veinte» días —dijo, remarcando el número.

«Ohhh, ¡qué coincidencia el número!, ¿no? Maldita zorra. Con que quieres jugar a la guerra fría, eh...»

Arqueé las cejas y sonreí.

—¡Oh! ¡Pero qué maravilla! ¡Sí que eres precisa, eh! ¡No dudaré en recordárselo a tu jefe! Quizás hasta te asciendan, ¿no crees? —inquirí burlona. Su rostro se llenó de furia—. Pero verás, necesito ver con urgencia a la doctora Rowling. Estoy segura que, si te acercas y le consultas, no tendrá inconveniente en atenderme. Solo han pasado veinte minutos...

—No puedo hacerlo. Además hay otros pacientes esperando.

Me di vuelta para ver la sala de espera. Una sola señora.

Entrecerró los ojos y sonrió con malicia.

Perra.

—Entiendo lo que quieres decirme, pero...

—Si me entendiese, no seguiría insistiendo, señora o señorita Adams... —me interrumpió sagaz y con todo el deseo de mandarme al infierno.

—Escúchame un momento. —Elevé el tono de voz—. No sé por qué te has ensañado conmigo, pero como te he dicho antes, la doctora me conoce y no creo que ningún «paciente» —dije, remarcando la palabra para que la señora se diera por aludida— se ofenda por unos minutos que hable con ella.

—¡Oh! Si lo dice por mí, señorita, no debería sentir ningún impedimento. Solo estoy esperando a que mi hija salga de la consulta —dijo la señora con un tono lleno de dulzura.

¿Encima eso? ¿No era una paciente? ¡Maldita recepcionista rencorosa!

—Pues ahí tienes. Ni siquiera espera a ser atendida. ¿Crees poder tener la suficiente «amabilidad» de, al menos, consultarle a la doctora si puede verme? —cuestioné con un tono extremadamente sobreactuado.

—La doctora Rowling no ha venido hoy. Tome el turno que le ofrecí antes y hable con ella ese día. ¿Está bien?

Es decir que ¿estuve desperdiciando minutos de mi preciada vida en intercambiar, inútilmente, palabras con una de esas mujeres que tanto me odiaban? ¡¿Qué carajos...!?

«Escúchame pedazo de zorra, ¿eres medio tonta o no te dieron bien anoche que te desquitas conmigo?»

Sí, eso me hubiera encantado decirle solo para ver qué expresión hubiera puesto su cara. Pero me contuve y fui civilizada, claro.

—¿No pudiste habérmelo mencionado antes?

—No lo preguntó —respondió a secas y con una sonrisa al estilo Cruella

de Vil[6].

Esa sonrisa fue demasiado. La escena comenzó...

Grité como loca y la tomé de los pelos. Con todas mis fuerzas, tiré de ellos hasta lograr elevarla por encima de su escritorio. No dejaba de gritarme «¡Loca, loca! ¡Por algo no te duran los esposos!». Y eso hizo que brotara mi más espeluznante carcajada. La arrastré tan fuerte que hasta la *notebook* cayó al suelo. «¿Con que no me duran los esposos? ¿Y tú tienes uno al menos? Mmmhhh, déjame pensar... Si lo tienes, debe estar con otra y en este preciso momento. Pero no desesperes, no vaya a ser que te afecte al corazón. ¡Oh! ¡Pero si trabajas para una doctora cardióloga! ¡Quédate tranquila! ¡Yo sí soy amable y te llevaré conmigo hasta la puerta del maldito consultorio! Eso sí... ¡a la rastra, perra!»

Sí, todo eso es lo que imaginó mi creativa mente. Y lo hubiera hecho con mucho gusto de no haber sido por esa vocecita interior que no dejaba de contenerme: «eres civilizada, eres civilizada, Mel...».

Suspiré profundo y volví a la realidad. Ella seguía allí, con esa maléfica sonrisa llena de satisfacción. Y estuve a punto de liberar mi lengua para al menos descargar de forma socialmente aceptable todo lo que mi mente había creado segundos atrás. No obstante, la puerta del consultorio se abrió, dándome una nueva posibilidad. La sonrisa de la recepcionista se borró.

«Toma, bruja. ¿Y ahora que dirás, eh?»

—Muchas gracias, doctor. Lo tendré en cuenta. Hasta luego —dijo la joven, hija de la dulce señora que aguardaba.

Esperen: ¿doctor? Seguro se había equivocado en el apuro.

—Por nada, señorita Redford. Nos vemos dentro de tres meses. Cuídese.

«Oh-Oh...»

OK. O bien la doctora Rowling había hecho un cambio de sexo, algo esperable, o bien quien había hablado era un hombre...

Y sí, el universo tuvo un momento de misericordia conmigo y me regaló una imagen de infarto. ¡Y bien digo, pues quedé dura dura!

Digamos que casi dejé de respirar. El oxígeno dejó de llegar a mi cerebro y, por ende, la escena se tornó ridículamente cinematográfica. Y, claro, mi mente no tardó en darle *play* al tema *Everybody get up* de Five, al mismo tiempo que comenzó a ralentizar todos sus movimientos en un intento de recordar todos y cada uno de sus gestos. Por supuesto que no faltó la típica brisa que hizo bailar sus cabellos y guardapolvo médico, haciéndome disfrutar la más sensual imagen que haya visto alguna puta vez. Oh, sí... Era

una excelente forma de hacer eterna aquella figura que se imponía en mi vista a la manera de un semidiós griego.

Me importó un bledo si la baba estaba a punto de caer o si la mal atendida recepcionista no dejaba de pronunciar mi apellido como loca. Su rostro, varonil como pocos, sus movimientos, seductores pero elegantes a la vez y su cuerpo (¡su cuerpo! ¡Dios!) eran suficientes para tornar aquel día de mierda en uno soleado... y caliente, por qué no ¡jajajajaja! Pero su sonrisa hizo que mi razón frenara la estupidez que estaba quemando mi cabeza. Y me sonrojé, era claro que se había dado cuenta.

La recepcionista bufó.

—Disculpe, ¿es usted la próxima paciente?

—¡Sí! —No dudé.

—¡No! —exclamó la zorra al mismo tiempo que yo afirmé.

El ángel *hot* (que por cierto mi imaginación ya había empezado a desplumar) rio.

—Seguramente es una paciente de la doctora Rowling, ¿no es cierto? —preguntó. Yo afirmé con la cabeza. Si hubiera intentado hablar, habría tartamudeado—. Bien, lo imaginé. Por favor, pase. —Sonrió y me invitó a entrar.

Y por supuesto que iría con un gran y enorme gusto, aunque no sin antes mirar de reojo a la odiosa.

«A ver cómo te tragas esta, maldita», dije por dentro, entrecerrando los ojos y con la barbilla en alto. ¡Jajajajaja!

Pero todo se complicaría. Oh, sí... Y mucho.

Había perdido la cuenta del tiempo que había pasado desde que un hombre, sin tocarme directamente, había sido capaz de ponerme tan «nerviosa». ¿Cómo era eso posible? ¡Y justo a mí! Pensé que al entrar todo se tranquilizaría, pero muy lejos de que aquello ocurriera, mi corazón (sí, ¡justo mi maldito corazón!), comenzó a bombear a lo loco.

—Siéntese, por favor —me dijo mientras él hacía lo mismo de su lado del escritorio.

Y lo hice, pero con la boca más cerrada que nunca. ¡Quién iba a decir que yo, por más de cinco segundos, no estuviera hablando!

Me miró y volvió a sonreír.

¡Carajo! ¿Tan obvia era mi expresión que cada vez que me veía sonreía?

Tragué saliva.

—Emmmh... —No pude evitar hacerle una especie de veloz radiografía,

pero que, gracias al cielo, terminé a la altura de su abdomen. ¡Por todos los santos! ¿Qué me sucedía? ¡Tenía que, al menos, intentar disimular! Cerré los ojos y con una de mis manos los presioné como si estuviera exhausta—. Disculpe, doctor...

—¡Oh! Perdona la descortesía. Soy el doctor Alex Said. —Extendió su mano.

Me quedé observándola durante tres segundos. Sí, lo juro. Como boba, me quedé mirando esa enorme mano que, además de gozar de un tono tostado, lucía un hermoso y *sexy* tatuaje tribal.

No podía ser cierto. Simplemente, no.

«Oh, Dios... ¿Por qué a mí? ¡Por qué a mí!»

Al instante, noté su incomodidad, pues yo, aún embobada con su imagen, no había aceptado el saludo. Y por mi salud mental, hubiera sido preferible evitarlo.

—Oh, un gusto doctor Said. Melany Adams, aunque... —Le di la mano y sentí mis piernas temblar. Qué demonios... Acomodé la voz como pude—... Hum, hum... Aunque todos me conocen como Mel.

Suspiró. ¡Sí! ¡Lo hizo en cuanto sintió mi mano! ¡Y no fue mi imaginación, lo juro!

—Hum... Hum... —Luego de unos segundos deshizo el contacto que evidentemente habíamos disfrutado ambos—. Mel Adams... ¡Claro! ¡La periodista! Y ahora que la veo mejor —clavó sus ojos en los míos. Cielos... —, me doy cuenta que es más bella en persona que en TV o revista.

No. Nooooooo. ¡No podía ser cierto! ¿Lo había dicho o mi cabeza había vuelto a imaginar escenas irreales e imposibles?

—Oh... Jajajaja —me limité a expresar con tono bobo.

Sonrió incómodo.

—Disculpa si te ofendí, es que...

¡Entonces no lo había imaginado! ¡Lo había dicho! ¡Lo había dicho! Y... ¿me estaba tuteando? ¡Ay!

—¡No! —exclamé, apresurándome. Se hizo un breve silencio en el que él volvió a sonreír. Miré hacia todos lados sin saber qué hacer—. Quise decir que no tienes por qué disculparte. Me has honrado.

¿«Honrado»? «¡Trágame, tierra, trágame!» ¿De dónde demonios había sacado esa expresión? ¿De mi difunta tía abuela Violet? No creo... (Y menos recordando su «última voluntad»).

Pero sin darle importancia, solo volvió a mostrar aquella blanquísima y

perfecta sonrisa que le formaban unos tiernos hoyuelos. Mmmhhh... Ya podía imaginar mi lengua pasar por allí para luego arrancarle su uniforme blanco con los dientes y...

—¿Mel? —inquirió, haciéndome despertar del ensueño.

—¡Oh, disculpa! Hoy no he tenido un buen día en el trabajo y mi cerebro parece haber llegado a su límite. ¿Me decías?

¡Al fin había podido coordinar más de tres palabras con coherencia!

—Entiendo. A mí suele sucederme lo mismo y más aún sobre el final del día. —Otra vez esa sonrisa (baba...)—. Disculpa, no tienes por qué soportar escucharme. Es que...

—Oh, no, por favor, no me molesta en absoluto. Puedo escuchar lo que deseas.

Y ahí, de nuevo, la babosa arruinaba la escena perfecta. ¿Había perdido la experiencia? ¡Puf!

Rio. (Gracias a Dios)

—Pues será mejor que escuchemos tu corazón, ¿no crees?

«¿¡Que, qué!? ¡No, noooooooooooooooooo! ¡Por favor, no! ¡Ya he pasado suficiente vergüenza como para que lo confirme y de esa manera!»

—¿Es... es... escuchar mi corazón? —pregunté idiotizada.

—Creo que sí. De lo contrario, no sería un buen cardiólogo, ¿verdad?

¡Pero y claro! ¡Si era cardiólogo! ¿Tenía otro sentido lo que había propuesto? ¡Seguro! Aunque solo aquella mente de niña descontrolada y enamoradiza, que había despertado en mí, podía esperar algo como eso.

Reí como tonta. Sí, eso hice. Y no dejé de hacerlo hasta que logré sentarme en la camilla que me había señalado con su enoorme y sexy mano... Enmudecí de repente, pues pude sentir el aroma que su cuerpo emanaba. ¡Dios! ¡Qué delicia!

—Mel, ¿existe la posibilidad de que solo quedes en sostén?

«Oh-Oh.»

Lo había pedido «de esa manera» y se le había notado el tono nervioso. Parecía que pronto comenzaríamos una de esas películas de bajo presupuesto y sin historia, pero con alto contenido erótico. ¡Jajajajaja!

Pero claro, recuerden que tenía puesto el vestido de «funeral». Me hubiera encantado saber que habría dicho Florence. ¿Se convertiría en un vestido de fiesta?

—Creo que no habrá inconveniente, doctor. El único problema es que necesitaría ayuda con la cremallera...

¡Ajá! ¿Y ahora quién era la zorra?

—¡Oh! Claro. Déjame ver... —Se sentó en la camilla y, con una suavidad extrema, hizo a un lado mi cabello. Pude sentir sus dedos rozar mi piel. Cielos... Y muy lento, pero muy lento, bajó el cierre hasta el final de mi zona lumbar—. Creo que así estará bien...

«¿Seguro? ¿Crees que es suficiente? Porque si lo deseas, y solo por si acaso, podemos bajarlo un poco más. Quizá hasta sería bueno deshacernos de él. ¿Qué piensas? Oh... no me voy a sentir incómoda. Traigo puesto un conjunto nuevo...», soñé expresar.

—Genial... —me limité a decir.

Hizo que me pusiera de perfil. Aun sentado, colocó una mano sobre mi espalda y con la otra colocó el extremo del estetoscopio cerca de mi seno. ¡Oh, Dios! Pude sentir la caricia inconsciente que su mano temblorosa me regaló sin previo aviso.

«Agárrala», imaginé decirle mientras yo hacía lo mismo con su entrepierna.

—¿Cómo has dicho, Mel? —cuestionó de improviso.

¡Mierdaaaa! ¿Lo había dicho en voz baja sin darme cuenta?

—¿Eh? —respondí como pude, pero para mi sorpresa me hallé con la mirada clavada en la zona de su pene.

—¡Wow! ¡Tú corazón sí que late, Mel! No creo que tengas ningún problema, pero sería bueno que dejes a un lado lo que te tiene tan alterada o estallará en cualquier momento! —exclamó divertido sin haberse percatado de que mi mirada seguía estancada allí.

—Oh...

«Estallar»... Sí, no tenía problema con eso siempre y en tanto él hiciera lo mismo, pero con su...

—¿Estás bien? —me preguntó, posando una de sus manos en mi hombro. De reojo, pude notar que me miraba perplejo.

Y sí, en algún momento se iba a dar cuenta, pues evidentemente la orden de mi cerebro no había llegado a tiempo a mis ojos que seguían fijos en su generosa parte (oh, sí... Con pantalón y todo podía asegurarse eso).

Sinceramente, ya no sabía qué más podía suceder. Todo, absolutamente todo, estaba fuera de control. Pero creo que jamás, bajo ninguna circunstancia, excepto esa, hubiera estado tan agradecida de su interrupción.

Mi teléfono sonó.

—Oh, disculpa... Es del trabajo —dije antes de pararme para alejarme y

atender.

—Claro, sin problema. —Sonrió aliviado.

—Kate... Dime lo que necesitas, pero apresúrate porque estoy en la consulta médica. —Sí, era Kate, pero en versión vulnerable. Lloraba sin cesar. Otra vez había intentado comunicarse con su exprometido. Resultado: Llanto incontenible y verborragia inentendible por obstrucción de una segura y espantosa mucosidad nasal—. OK, no hay problema. Nos vemos donde ya sabes en media hora. ¿Sí? —Y colgué.

—¿Mucho trabajo? —inquirió sonriente.

Y al oír su voz, mi mente volvió otra vez al mundo irreal de los semidioses desnudos y complacientes.

—Sí, un poco... —Me acerqué hasta la silla. Él no dejó de mirarme hasta que me senté. Parecía perdido, hipnotizado...

—Está bien... Hum... Hum... —Carraspeó su garganta al mismo tiempo que bajó la mirada—. Oh, Mel, si quieres ya puedes subirte el vestido... —expresó con timidez.

¡Carajo! ¿Había caminado hasta el asiento con «todo al aire»? Es más... ¡Seguramente me había estado observando cómo hablaba, medio desnuda, con la desconsolada Kate!

—¡Oh! ¡Mierda! —No pude evitarlo. ¿Qué otra cosa pude haber hecho?

Río por mi expresión. Y luego por mis constantes y fallidos intentos de subir la cremallera.

—Yo te ayudo. No sea cuestión de que te disloques un hombro... —Comenzó a subirlo y luego continuó—: Mmmh, aún estás muy mojada... Por la lluvia, me refiero —aclaró nervioso. Luego, suspiró—. Trata de secarte en cuanto llegues...

«Mojada, eh... ¿Y por qué también no me ayudas a secarme?»

Ya era demasiado. Oh, Dios...

¿Y qué hice? Por supuesto, eso mismo: suspirar y sonreír con la baba colgando hasta los pies.

—Sí, claro... Gracias. —Y al decirlo me di cuenta que estaba a segundos de terminar la consulta. Lo que equivalía a decir: «Adiós, no sé si alguna vez te volveré a ver...»

—Por nada, Mel... —Se sentó—. Bueno, por lo que dicen los estudios más el chequeo que acabamos de hacer —sonrió—, puedo asegurarte que tienes corazón por mucho tiempo.

—Genial... ¿Y cuándo debo volver?

—Oh, con que regreses el año que viene, estará más que bien —resolvió mientras escribía el OK para el gimnasio.

Sentí que toda Grecia, el Partenón y medio Olimpo se me caían encima. ¿No volvería a verlo hasta dentro de un año?

—Oh... ¿Un año? —inquirí desanimada y en voz alta.

Automáticamente, elevó esa celeste mirada y la clavó en mí. Yo no dejé de mirarlo... como boba, claro. Hizo a un lado uno de sus rubios mechones y, sereno, dibujó una dulce sonrisa.

—Me refiero en cuanto a consulta médica...

Desperté del ensueño.

—Claro, claro... —dije, pestañeando más de la cuenta.

Se hizo un breve silencio.

Me entregó el papel con los estudios y se irguió. Lo imité. De más está decir lo estúpida que me sentí, ¿verdad?

Abrió la puerta y, a punto de dejarme salir, se colocó frente a mí.

Demonios.

—Pero me encantaría volver a verte... —dijo, buscando mi mirada que aún permanecía en su pecho. Era alto el desgraciado. Y cuando logró su objetivo, volvió a hablar—. ¿Tal vez mañana? ¿Un almuerzo?

¡Sí, sí, sí! A pesar de mi ridículo comportamiento había conseguido que el semidiós tatuado quedara enganchado.

Le regalé una media sonrisa. Al fin mi seguridad había vuelto.

—Claro, me encantaría...

—Estupendo. Es un hecho, señorita Adams.

—Que así sea, doctor. —Sonreí y salí para que pudiera apreciar mi andar.

—Hasta mañana, Mel.

«Hasta mañana, semidiós. Ya me demostrarás tus poderes...»

—Hasta mañana, doctor Said —expresé sin darme la vuelta, aunque con un tono bien claro para que no solo lo oyera él, sino también la mal atendida. Su rostro de «vete a la mierda» lo dijo todo.

Salí del lugar y, suspirando de satisfacción, lo recordé: Kate, mi amiga, me esperaba.

No podía tardar un segundo más o pronto moriría ahogada en llanto.

Capítulo 3

Bien. Ya había llegado donde siempre nos juntábamos para escapar literalmente de la realidad. Levanté la vista y contemplé el cartel que hacía años lucía de la misma manera el nombre del bar: «Ofelia». Suspiré y entré.

Era oscuro (¿qué bar no lo es?) y se caracterizaba por una decoración de estilo irlandesa. A la izquierda estaba la enorme barra atendida por la fiel Lindsay, una mujer que lo que tenía de robusta lo tenía también de corazón, y a la derecha una docena de mesas perfiladas hacia un pequeño escenario que yacía en el fondo del bar.

Claro, olvidé mencionar que más que un bar era un «canto-bar». Había veces que iban humoristas, pero la mayoría de las ocasiones la gente (luego de beber varios tragos) subía a participar del «karaoke». Por supuesto que eso solo era posible cuando Kate no se apropiaba indefinidamente del micrófono... Tal como lo estaba haciendo en ese mismo momento.

—¿Hace cuánto está así, Lindsay? —le pregunté mientras me sentaba en una de las altas banquetas.

—Buenas, mi reina. Hará solo una hora. —Tomó una copa y me miró sonriente—. ¿Lo de siempre?

—¡¿Una hora y ya está así?! ¡¿Qué demonios tomó, Lind? —Bufé y luego me di cuenta de mi descortesía—. Disculpa, no te he saludado... ¿Tú todo bien? —y después respondí a su pregunta—. No, esta vez me gustaría probar ese trago irlandés del que siempre hablas. ¿Qué te parece?

Abrió los ojos como platos.

—Si tienes primicias, no saldrás de aquí hasta que me las cuentes. Lo sabes, ¿verdad?

Sonreí.

—No hace falta que lo menciones. Tú siempre eres de las primeras en enterarte. Y eso jamás cambiará, te lo aseguro. —Le guiñé.

—Pues si quieres probar mi famosa «Fiebre irlandesa», deberás soltar lo que tengas guardado, cariño.

Ambas reímos.

Y no tardé en contarle todo lo que me había sucedido en el día, incluyendo «la consulta médica».

Saqué la lista de mis exmaridos y suspiré.

—Pero aún estoy preocupada con la elección del próximo novio. Esta vez ha quedado a mi cargo. No sé por dónde demonios empezar... —Tomé un largo sorbo del fabuloso trago.

—Cariño, ¿es un chiste? —Se apoyó en la barra con los brazos cruzados. Fruncí el ceño sin entenderla.

—¿Chiste? ¿A qué te refieres, Lind? Realmente me tiene preocupada. Rio negando con la cabeza.

—Acabas de contarme que tuviste un encuentro con un semidiós de infarto, ¿y aún estás pensando quién será tu próximo esposo? ¿En serio?

Oh, sí. Definitivamente mi cerebro estaba funcionando en modo piloto o a media máquina. ¿Cómo era que no se me había ocurrido?

—Cierto...

Miré la lista con detenimiento y noté que ninguno de mis exmaridos era médico. Tal vez pudiera resultar. Claro, siempre y en tanto él quisiera, aunque deberíamos seguir algunas reglas... o quizás no, quién sabía... Tomé mi lapicera y lo anoté al final «21) ¿Alex Said?». Y hubiera continuado hundida en mi pensamiento de no haber sido por el «agudo canto» de Kate, por no decir «desafinado aullido de perro».

Me di vuelta y la vi allí, junto a otras dos muchachas cantando un tema romántico. Agitó su mano en mi dirección... Un intento de un saludo. Cielos...

—No le falta mucho para que termine —dijo Lindsay mientras secaba una copa.

—Eso creo... Y a mí tampoco —agregué sonriente. Definitivamente su trago me había hecho efecto.

—Oh, sí... Esa es mi chica —oí a un baboso.

Era claro que se refería a la pobre Kate que no estaba haciendo más que descargar de forma animada su frustración.

—Baboso... —expresé en voz baja. Y tomé el último sorbo de la «Fiebre irlandesa».

—Es el momento de Roxette, Lindsay. Avísale a Francis —lo escuché decir. Estaba a mi derecha casi al final de la barra.

Oh, no. Eso sí que no... Poner un tema de Roxette haría que Kate se descontrolara sin límites.

—Lindsay, por favor, no —le rogué, aunque con un tono de orden.

La pobre mujer tragó saliva. No sabía qué hacer. ¿Por qué hacía eso? Tanto a Kate como a mí nos conocía hacía años.

—Lindsay... Ya sabes... —expresó seguro de sí mismo.

Ella, con una mirada llena de arrepentimiento, me miró, pero marchó a dar la orden al *dj*.

«¿Qué demonios?!»

Me paré como pude y fui hasta donde estaba el sinvergüenza que tanto había intimidado a Lind.

—Oye, tú, ¿quién demonios te crees que eres? —le pregunté de mal modo mientras me acercaba.

Sus ojos eran oscuros al igual que su pelo. Y la incipiente barba crecida no le quedaba nada mal. En fin...

Frunció el ceño y miró a sus espaldas. Creyó que le hablaba a otra persona.

—Disculpa, ¿me hablas a mí? —inquirió burlón y señalándose a sí mismo.

—Y si no, ¿a quién demonios? —respondí enfurecida.

—Bueno, por tu nivel de alcohol, pensé que podías estar hablándole a tu amigo imaginario... Quién sabe, ¿no?

¿Qué?! ¿Acaso no había terminado esa etapa del día en la que todo no era más que una mierda?

—Te crees demasiado para responder así.

—Lo suficiente como para contestar del mismo modo en que se me dirigen —dijo a secas antes de dar un sorbo a su bebida.

Carajo...

De pronto, el tema comenzó a sonar: *Spending My Time*. Maldita sea.

Fue automático. Kate empujó a las otras jóvenes y se adueñó del micrófono de forma posesiva y «poseída», claro. Y no era para menos. No solo se trataba de su banda favorita, era también la de Martin, su «ex casi esposo». Y, como si fuera poco, *Spending My Time* era el tema con el que se habían conocido. Cómo olvidarlo...

Kate estaba que explotaba de la emoción por asistir a ese concierto y yo no había dudado en acompañarla. Pero cuando sonó este tema gritó de una manera que solo detuvo al notar al joven que tenía a su lado vociferando más fuerte que ella. Ambos, sorprendidos, se quedaron en silencio, se miraron e, irracionales, se comieron las bocas olvidándose de Roxette y de todo el maldito *show*. Y cuando digo que se olvidaron es en serio, pues Martin dejó solo a su amigo al que tampoco, por nada en el mundo (y por más que quisiera), podré olvidar. Aún recuerdo su rechoncha cara llena de granos intentando besarme a toda costa. Dudé por un largo rato, pero no tenía mucho

qué hacer y... sí, estuve a punto de permitirlo de no haber sido por su nivel de borrachera. ¡Dios salve al ángel guardián que me empujó hacia un costado y evitó que esa boca me besara! Aunque dudo que lo que hubiera recibido fuera un beso, pues en cuanto intentó besarme (y, gracias al cielo, yo justo fui empujada) lanzó la más asquerosa vomitada que haya visto alguna vez. ¡Maldito cochino! ¡Me habría bañado en su mierda! ¡Oh, cielos! ¡De solo pensarlo me dan náuseas!

En fin... El tema es que, desde entonces, estuvieron siempre juntos. Años y años de noviazgo hasta que decidieron dar el siguiente paso: casarse. Pero claro, eso fue hace unos meses cuando todo estaba bien hasta que... hasta que Martín decidió dar por finalizada la relación. Sí, de un momento a otro... ¿Tiene sentido que ahora cuente por qué? No. Definitivamente es más importante saber lo que siguió ocurriendo en el bar...

No era la primera vez que lo hacía. Pero era algo que deseaba que cambiara, por su honor o cómo demonios se llame.

Gritaba, no cantaba. Las lágrimas corrían unas tras otras hasta que... Hasta que llegaba esa parte del tema en la que ella siempre respondía de la misma manera: revoleando su sostén. Sí, así como acabo de expresarlo. Aunque por lo menos en el último tiempo habíamos avanzado un poco, pues antes lanzaba otra prenda...

Y así, el enorme sostén morado voló por los aires, cayendo en una de las mesas que aplaudieron por su ¿pasional osadía?... Ya ni sé cómo llamarlo.

—Yyyyyy ¡amén! —exclamó el degenerado que había incitado a que esto ocurriera.

—¿«Amén»? ¿Te das cuenta de lo que acabas de hacer? —pregunté con un tono que declaraba mis ganas de asesinarlo.

—¿Acabo de volver feliz al 99% de la gente del bar? —Pestañeó, haciéndose el gracioso—. Y no digo el 100% porque pareciera que tú no estás tan de acuerdo con la idea, ¿no es cierto?

—«Feliz»... ¿Quieres que te diga lo que me haría feliz? Pues con subirte al escenario y bajarte los calzones harías que el 100% del bar muriera de risa. Y te incluyo.

Oh, sí. Lo había dicho. En esta ocasión había dado lugar a la «Mel sin filtros».

Elevó su pequeña botella y sonrió.

—Con tal de verte feliz, soy capaz de hacerlo, cariño. No te decepcionaré... —Guiñó.

«¿En serio? Vamos...»

—¿Quién – demonios – te – crees?

—Lo mismo te pregunto yo a ti.

Enarqué las cejas y puse mis manos en la cintura. Él continuó sentado en la banqueta.

Los ojos de Lindsay no dejaban de moverse de un lado a otro, siguiendo nuestra discusión.

Seguro que era de las primeras veces que iba al bar. No había nadie de allí que no supiera quién era yo.

—Mira, pedazo de mequetrefe, no sé por qué demonios hoy has decidido usar un solo hemisferio de tu cerebro, pero estoy a solo dos pasos de una de las revistas más leídas en todo el maldito país y en la que, por cierto, trabajo. —Me acerqué hasta quedar a unos centímetros de su oído—. Créeme, no creo que al dueño del bar le vaya a gustar enterarse de que me has fastidiado.

—Ajám... —Tomó un sorbo de su botella—. Perdón, pero estoy confundido. O tienes un nombre muy largo o me has llenado la cabeza de palabras que no han respondido a mi pregunta. ¿Quién demonios eres?

¡¿Cómo?! ¡¿Qué rayos era todo eso?! ¡¿Era en serio?!

—¡Mel Adams, idiota! —le grité, haciendo que salieran chispas de mis ojos.

—Oh... Un gusto, Mel Adams... —extendió su mano.

—¡¿Te haces o eres?! —Quitó su mano de mi vista—. ¿Acaso no sabes quién soy?

—Sí, claro. Acabas de decírmelo. Mel Adams. —Sonrió antes de volver a dar un sorbo.

WTF! WTF! Me estaba sacando de mis casillas...

—¡Estúpido! —le grité ya sin saber qué hacer de la impotencia.

—Es la periodista de las bodas de la que siempre te hablo, ¿recuerdas? —intervino Lindsay.

«¿Dijo ‘siempre te hablo’? ¿Qué carajo...?»

—¡Oh! ¡La que se casa y se divorcia enseguida! Sí, sí, la recuerdo Lind. Y es la misma que se ha adueñado de la puerta de emergencia, ¿cierto?

Lindsay, seria y nerviosa, afirmó con la cabeza.

OK... ¿Qué rayos era lo que estaba sucediendo?

—Mel, ¿envío a Kate a su casa o a la tuya? —Señaló en dirección al escenario. Sí, la Jefa de Redacción estaba en el suelo, acurrucada junto al micrófono que otros clientes estaban intentando tomar.

Cielos...

—A mi departamento, Lind. Gracias.

—Por nada, cielo. —Y se retiró.

¡Genial! ¿Y quién respondería a mi duda? ¿El baboso?

—Ahora empiezo a sospechar que en realidad te casas queriendo engancharlos de por vida, pero ellos son los que huyen en cuanto descubren tu humor, ¿me equivoco? —Rio, volviendo a tomar del pico de su botella.

Yo hice la típica mueca de «Qué gracioso...».

—Ya... —dije cansada—. Esperaré a que Lindsay vuelva para pedir hablar con James. No te salvarás de esta, baboso —finalicé, sentándome. Mis piernas comenzaban a sentir el efecto de la «Fiebre irlandesa».

—Entonces empezaré a cobrarte por cada vez que uses la puerta de emergencia. Me haré rico... —De nuevo esa sonrisa impulsiva y llena de soberbia que pude ver de reojo.

Bufé fastidiada y lo miré directo a la cara. Tenía mucho más para decirle, pero al estar sentada pude darme cuenta de que no era muy alto. Y bueno... el alcohol.

—¿Sabes? Te crees demasiado para tan pequeño envase. —Lo miré de arriba abajo, simulando desprecio. Es que en realidad, no estaba nada mal. Por lo menos era lo que podía apreciar en la oscuridad.

Su sonrisa se borró en un segundo.

¡Sí! Mel Adams: 1; Enano baboso: 0.

—¿Me estás llamando «enano»? —preguntó con el ceño fruncido.

Mmmhh, y no sé por qué no lo había notado antes, pero su acento era ligeramente diferente...

—No. Por tu acento puedo jurar que eres un maldito duende irlandés —dije sin tapujos, adueñándome de su bebida.

OK. Lo sé. Debía ir al mecánico para cerebros humanos. Los filtros no estaban funcionando bien. «¡Albert! ¡Prepárate para la próxima sesión!».

—¿Y dónde están los modales y el maldito ceremonial y protocolo del que hablas?

—Y yo me pregunto dónde está la olla de oro... ¡Vamos! ¡Dímelo!

Y reí. ¿Quién no hubiera aprovechado la ocasión para preguntar lo mismo? ¡Jajajajaja!

Suspiró con todas sus fuerzas, hinchó su pecho (como si eso le fuera a dar más altura) y se paró. Debo reconocer que, en realidad, no era tan bajo. Incluso yo, sin mis tacones, era más baja que él.

Aun así, reí a carcajadas. Tenía que hacerlo.

Él enarcó una ceja y me miró de arriba abajo. Cruzó los brazos (por cierto, bastantes robustos) y clavó sus ojos en mi rostro. No dejé de reír hasta que se me acabó el aire y, finalmente, decidí responder a su llamado. Era claro; me invitaba a erguirme.

«OK. Cumpliré tu deseo, duendecillo.»

Muy despacio y elegantemente, acomodé mi ajustado vestido para quedar de frente a él. Elevé mi barbilla y, entrecerrando los ojos, lo miré desafiante.

Sus labios comenzaron a fruncirse de tal manera que parecían estar intentando contener algo. Algo como una risa que no tardó en salir.

Maldito duende.

Bufé enfurecida y me acerqué hasta quedar a unos pocos centímetros de distancia. Oh, sí, eso hizo que dejara de reírse.

—¿Te das cuenta, pequeño bufón irlandés? —Marqué la diferencia de altura que había entre los dos—. Lo siento, pero tendrás que decirme dónde está la olla de oro. Está confirmado: eres un duende. —Sonreí maléfica.

Pero volvió a reír. ¿Qué carajo...?

—Disculpa, es que somos tan distintos...

—¡Sin dudas! ¡Tú eres un enano y yo no!

—Oh, vamos... Sabemos que eso no es cierto. —Volvió a mirarme de arriba abajo—. Aunque lo de «bufón» no me molesta que lo digas. Después de todo, te entiendo. —Se sentó.

—¿Me entiendes? ¿Qué demonios quieres decir con eso?

—Bueno, ¿es que no vienes de un funeral? Ahora comprendo tu humor... —Rio, llevando hacia su lado la botella que, en realidad, le pertenecía.

—¡¿Qué?!

—¡Oh! ¿¡Pero cómo no lo pensé antes!? —Se giró para clavar su penetrante y entusiasmada mirada en mí—. ¿Puede ser que estés vestida así porque desde ahora escribirás sobre los funerales de tus exesposos? —Dio un sorbo sin pestañear—. ¡Eso sí que sería genial! —Sonrió, hirviéndome la sangre.

«Quieres guerra, eh...»

—No precisamente. En realidad, me he vestido así para conocer al último hombre con el que me casaría en todo el puto planeta. —Le arrebaté la botella y tomé un poco—. Y dime, pequeño duende baboso, ¿qué sientes ahora que sabes que serás tapa de una revista?

Entrecerró los ojos y muy despacio comenzó a dibujar una sonrisa que no

supe por qué me agradó. O sí supe... El alcohol había hecho un rotundo efecto en mi cuerpo.

—Alivio. —Tomó la botella, pero la hizo deslizar hasta el otro extremo de la barra.

Quedé boquiabierta... y enfurecida, claro. ¿Lo había dicho en serio? Bastardo.

—Pues al fin algo en común. —Pero mi maldita curiosidad hizo que bajara la guardia—. Ahora, ¿qué es lo que te hace sentir tanto alivio, minibufón?

«¡Alerta roja! ¡Alerta roja!». Acercó su banqueta a la mía.

—¿Por qué siento alivio? Porque no me casaría con ninguna mujer, pero menos con una que me rechaza. Y dime, futura periodista de funerales de exesposos, ¿qué es lo que te lleva a sentir el mismo alivio?

Acomodé la voz. Me estaba poniendo nerviosa sentirlo tan cerca.

—Hum... Hummm... Pues sentiría alivio por no tener que casarme con un hombre más bajo que yo.

—¿Solo eso? —preguntó, acercándose un centímetro más.

Mierda... Olía bien el duende... ¿Viviría en un jardín lleno de florecillas? ¡Jajajajaja!

—Claro que no. Estaría tranquila porque además de no tener que casarme con un enano, evitaría al peor de los babosos.

—¿«Baboso»? ¿Dices que yo soy un baboso?

Sonreí burlona.

—No, se lo estoy diciendo al hombre de aquella punta, pero parece que no me oye. —Señalé el otro extremo del bar.

—No soy eso que dices.

Fruncí el ceño.

—Ahora dirás que alucino y todo para evitar ser descubierto. Sí, claro... Hombres... A una sola cosa pueden ser fieles: al engaño —expresé al pasar.

Su rostro se bañó de una seriedad que hasta ese entonces no pensé posible. ¡Oh, Dios! ¿Se convertiría en una especie de *Chucky, el muñeco diabólico*?

—Yo no miento... —dijo sin muchas más vueltas.

—¿En serio? ¡Vamos! ¡Quita esa expresión de Chucky y reconócelo! Después de todo no soy nadie a quien le debas explicaciones...

—No tengo por qué reconocer algo que no es cierto, periodista casa-divorcios-funerales. —Se hizo sonar el cuello.

—Claro, «¡amén!» —exclamé burlona. E, irónica, continué—: ¡Oh, no!

¡Espera! ¿Antes debía lanzar mi sostén o mis bragas?

Enarcó las cejas y suspiró.

—Podrías ser más clara y nos evitaríamos tus chistes irónicos, ¿sabes? — Bufó—. Si te refieres a lo de tu amiga, ella misma me solicitó esa canción. Yo solo hice de intermediario, ¿OK?

Sí, claro... Aunque... De solo recordar cómo mi amiga había llorado por teléfono, supe que el enano no mentía.

Mi rostro se llenó de preocupación y, de reojo, descubrí que él lo había notado.

—Oh, Kate... —dije en voz baja.

Tosió para llamar mi atención.

«No hace falta, duende. El arcoíris que tienes detrás ya llama bastante la atención». ¡Jajajaja!

—Entonces el único motivo que me convierte en el último hombre de la Tierra con el que te casarías es mi estatura.

—Bueno, en realidad hay tantos asuntos que...

—¡Lo siento! —me interrumpió con un gesto gracioso al mismo tiempo que se erguía de nuevo—. Antes te pregunté los motivos y solo dijiste esos dos. Juguemos limpio ¿o deberé pensar que también eres una de esas mujeres comunes y tramposas que usan estrategias baratas para escapar de una conversación en la que saben perderán?

OK, ¿por qué había dicho eso? No lo sé, pero había tocado mi orgullo y lo supo antes de decírmelo. No era ningún tonto el enano.

Sonreí y enarqué las cejas.

—Está bien. —Levanté las manos al modo «me rindo»—. La altura te convierte en ese último hombre.

Me ofreció su mano. «¿¡Por qué!?!». Me quedé observándolo con inseguridad.

—Vamos, he ido al baño, pero las he lavado. Confía en mí.

Oh, cielos... Ni había pensado en eso. Qué asco...

En fin, ya estaba allí. Coloqué mi mano sobre la suya y nada. Ningún cosquilleo ni calor. Pero no estaba sudada y, al menos, sentí tranquilidad. Sí, eso sentí. Tranquilidad... hasta que me acercó, haciéndome quedar a solo un centímetro de distancia de él.

¡Mierda! Tenía que decir algo, tenía que hacer algo... ¡Algo distinto a mirarlo fijo tal como él lo estaba haciendo conmigo!

—¡Hum! —Sonreí forzada. Él... ¿volvió a respirar con normalidad? En

fin...—. ¿Ves? No hay caso, te llevo vaarios centímetros —dije con los ojos bien abiertos y haciéndole una mueca de burla.

Y me giré para volver a tomar asiento, pero su voz lo impidió.

—¡Aaallltoo, periodista casa-divorcios-funerales y podríamos agregar «tramposa» —dijo gracioso, remarcando la última palabra en mi oído.

Entrecerré los ojos, enarcando una de mis cejas y, con los brazos cruzados, volví a quedar de frente a él. Su sonrisa, enorme y blanca, destilaba una alegría que hacía tiempo no veía en ninguna persona. No pude evitar reír, pero al ver sus manos supe que la batalla no había terminado, al menos para él. Sus dos dedos índices señalaban mis zapatos... Corrección: mis amados zapatos.

Sonreí, descrucé mis brazos y, con gran seguridad, le mostré mi dedo mayor. Él volvió a dibujar una media sonrisa.

—Ni lo intentes. Mel Adams es quien es con estos zapatos. ¿OK?

—Digamos que naciste con los tacones puestos, duermes con ellos y hasta te bañas sin quitártelos, ¿verdad?

—Mmmhh... Algo así. —Sonreí satisfecha.

—OK... Entonces acabamos de descubrir un motivo más por el que no me casaría contigo: o bien eres una mentirosa o bien una maldita loca, querida periodista.

Su sonrisa me fastidió hasta los huesos.

—Pues de nada te servirá esa sonrisita estúpida que dibujas en tu rostro a cada rato. De cualquier manera, eres más bajo que yo y eso cierra el asunto antes que cualquiera de tus tontos y absurdos motivos.

—¿Absurdos? ¿Los míos? ¡Claro! Porque desechar a alguien por la estatura tiene mucho sentido, ¡por supuesto! —exclamó irónico.

—¡Claro que lo tiene! ¿Cómo demonios crees que podría besarme? ¿Poniéndose de puntillas de pie? ¡Cielos! —expresé ya sentada en la bendita banqueta.

—¿Ese es tu argumento?

Bufé.

—¡Sí! ¡Ese es mi maldito argumento! —Y en cuanto vi a Lindsay acercarse, elevé mi mano para que me trajera algo de beber.

—¿Estás segura?

Él seguía de pie y a solo un centímetro de distancia. Giré mi rostro y, además de notar que aquella ajustada y violeta sudadera le sentaba más que bien, me percaté que yo estaba sentada y él parado. En apariencia, nada

importante hasta que... descubrí que así la diferencia de estatura quedaba a su favor. Maldita sea.

—Ni se te ocurra...

Intenté advertirle, pero no pude continuar. No.

Su brazo se adueñó de mi cintura y su boca se fundió con la mía no sé cuándo. Tampoco podría decirlo porque lo único que me importó era lo que me estaba haciendo sentir el beso del descarado duende irlandés. Cielos... Por un lado, mi cuerpo parecía relajado y libre, mientras que por otro tenso y prisionero de su calor. Era una extraña mezcla de sensaciones que no podía dejar de disfrutar. ¿Habría sido el día? ¿Estaría en mi período de ovulación que todo hombre me parecía apetitoso? Tal vez, pero, me gustase o no la idea, este sabía a una de las mejores golosinas. Y aunque lo más probable era que al día siguiente me empalagara o se me fuera el antojo, no dejaría pasar ese exquisito momento de empacho.

Me desprendí de su boca. Nos miramos unos segundos y, al dibujar su típica media sonrisa de satisfacción, le estampé una bofetada.

—¡Wow! ¡Eres salvaje! ¿Te gusta el juego duro? —logró decir con su tono de bufón.

—Idiota... Solo haciendo trampa lograste esto.

—¿Decir que tus tacones son parte de tu anatomía no es una forma ingeniosa de hacer trampa? Vamos, Mel, tú creaste el juego. Conoces las reglas y yo también... —dijo, volviéndose a acercarme.

Sí, estábamos a un dedo de volver a besarnos. Nuestros ojos se desafiaban mutuamente y sin descanso.

—No tienes idea de lo que sucederá cuando James se entere. Lo conozco desde hace años...

Entrecerró los ojos y, con una expresión de astucia que me fascinó, tomó mi barbilla.

—Mentirosa... —dijo en un susurro antes de apoyar nuevamente sus labios en los míos.

—Enano irlandés... —logré decir antes de volver a hundir mi desesperada lengua en su boca.

¿Y tiene sentido que diga lo que ocurrió después?

La verdad es que sí, pero lo único que recuerdo son mis piernas entrelazadas en su cintura, sus gruesas manos sosteniendo mi amplio trasero y su hombro haciendo fuerza para abrir la puerta de emergencia.

Demonios...

Capítulo 4

Su lengua pasó una y otra vez por mi cara hasta que logró su objetivo: despertarme. Solía empezar la mañana con muy mal humor, pero esta vez, aunque la cabeza me pesaba diez toneladas, sentía una especie de liberación. Miré a Puddle que aún permanecía en mi pecho (no se sale de encima hasta que me ve sentada. Sin dudas, él es el mejor despertador) y le di un beso en esa cabezota blanca y negra. Pero a diferencia de otras veces, no se hizo a un lado

—Vamos, Puddle, si no te mueves, no podré sentarme. —Se me quedó mirando y luego llorisqueó un poco, pero no se movió un centímetro.

Fruncí el ceño, pues aquella actitud era realmente extraña. Siempre hacía caso y más tratándose de algo tan sencillo como ponerse a mi costado, a menos que...

«¡Oh! ¡Dios mío!»

Sí, lo había olvidado. Pero en cuanto vi al duende irlandés a mi izquierda, totalmente en pelotas, recordé en un santiamén. Bueno... No todo, claro.

Traté de hacer el menor ruido posible y puse mi dedo índice en mi boca, haciendo un gesto de silencio a Puddle. El pobre paró las orejas y giró la cabeza hacia un lado sin entender por qué hacía yo eso. Despacio, me senté, respiré profundo y lo miré. Era lindo, sí. Mejor de lo que había visto en el bar; incluso nada mal para alguien de unas cuatro décadas y monedas. La barba crecida le sentaba de maravilla y su boca lo volvía más tentador. Sus hombros estaban muy bien torneados, al igual que sus robustos brazos y, haciendo armonía, su torso lucía bien trabajado. Sí, hasta ahí estaba más que bien, pero al llegar a su pelvis, noté que la única porción de sábana que tapaba a su cuerpo estaba allí, impidiéndome ver lo que más me intrigaba.

—¿Tú qué dices, Puddle? ¿Lo veo o no lo veo?

Sacó la lengua jadeando. Listo, eso para mí era un claro «OK».

Y despacio, muuuy despacio, corrí la molesta sábana...

Cielos... ¡Eso era imperdible!

Como pude salí de mi habitación y, en puntillas de pie, corrí hasta el cuarto donde debía estar Kate aún recuperándose de su noche de «canto».

—Kate... —susurré, dándole pequeñas y suaves palmaditas, pero nada, nada de nada—. Kate... Kate... ¡Kate! —vociferé.

Y se giró, dándome la espalda.

OK. Yo había hecho todo lo posible y de la forma más dulce. Además, me lo había dejado servido. No fue mi culpa. Sin más, le pellizqué el trasero.

—¡Auuuuuchhh! —Clavó sus hinchados ojos en mí—. ¡Zorra mal nacida! ¡La próxima seré yo quien te pellizque, pero lo haré en una de tus tetas! ¡Ya verás!

Sonreí. Me encantaba verla con tanta energía.

—¡Shhh! ¡No grites! —le susurré y luego señalé hacia mi dormitorio con el dedo pulgar.

Abrió los ojos como platos y, lentamente, dibujó una sonrisa más que traviesa.

—¿Hay un machote en tu cuarto? —inquirió ansiosa.

Puse los ojos en blanco.

—No, solo Puddle lavándose sus partes. Y bueno, quería que te acercaras para que lo vieras. ¡Es tan divertido! —respondí burlona.

Kate sonrió y, alegre, negó con la cabeza.

—Ya, chica lista... ¿Y? ¿En qué nivel de la escala se ubica, eh? —preguntó, frotándose las manos como una mosca.

Sonreí. Estaba muy tentada en decírselo, pero como él aún dormía, preferí que lo viera con sus propios ojos. Así nos divertiríamos un rato.

—¡Me lo tendrás que decir tú! —Y salí del cuarto para que me siguiera, aunque nuevamente de puntitas de pie.

Kate se irguió de un solo salto y me siguió hasta que, despacio, hice a un lado la puerta.

—Oh, Mel... —dijo con un tono de preocupación.

—¡Hey! No te adelantes, «señorita karaoke». Espera a estar más cerca para dar un veredicto justo.

—Es que...

—¡Shhh! ¡Después, Kate, después! —le susurré, invitándola a acercarse.

Las dos. Sí, Kate y yo, lo mirábamos pasmadas, como si se tratase de alguien de otro planeta. Mientras él, despatarrado, boca arriba y tal como llegó al mundo, dormitaba como un tronco sobre mi mullida cama, nosotras, con el entrecejo fruncido y los brazos cruzados, nos preguntábamos lo mismo aunque en silencio: «¿Era posible?»

—Dios mío, Mel. —Suspiró y, luego de tragar saliva, continuó—: No hay dudas. Es un «Salta, Willy, salta».

—¡Lo sé! ¡En cuanto lo vi tampoco pude creerlo, Kate! —dije, tratando de

contener la risa para no despertarlo. Sin embargo, el rostro de Kate mostraba una preocupación llamativa—. ¡Hey! ¿Qué sucede? No estarás preocupada por mí, ¿verdad? Si es así, puedes quedarte tranquila. Aún estoy viva... —Y reí sin poder contenerme.

Kate tragó saliva. Y él se despertó.

Sus ojos (al ritmo de su típico, impulsivo y gracioso movimiento) primero se clavaron en mí, luego en Kate (que estaba del otro lado de la cama tapándose la boca), después en Puddle que lo miraba con la lengua afuera y, finalmente, en su entrepierna. Rápido, tomó uno de mis hermosos cojines y lo puso sobre «su generosa parte».

Por favor... ¿Era necesario hacer eso? ¡Puaj!

—¿Estamos en una especie de concurso de desnudos? Porque si es así, creo que no es justo que los únicos a evaluar seamos este extraño perro con ¿moño rosa? y yo... —dijo con el ceño fruncido, al mirar a Puddle.

—Ya... —dije, revoleando los ojos—. Solo veníamos a despertarte.

Seguro me había escuchado, pero aún seguía con la mirada inmersa en mi perro y su moño. Lo alzó, tomándolo por debajo de las patas delanteras y, sin dejar de sostenerlo, hizo que Puddle quedara suspendido en el aire al mejor estilo Simba-Rafiki en el film *El rey león*.

—¡Pero tiene pelotas! —exclamó con sus ojos clavados en «la zona» de Puddle—. Y flor de p...

—¡Guau! —lo interrumpió contento y moviendo su rabo de un lado a otro. Gracias a Dios...

Sonreí sarcástica.

—No hace falta que lo digas. Ya lo sabemos, duende.

—Y si lo saben, ¿por qué lo humillan con un moño rosa? —dijo horrorizado mientras lo volvía a apoyar en la cama. Puddle se sentó a su lado y sacó la lengua para jadear un rato más. Eso era señal de que se sentía a gusto. Cielos...

—¿Humillar? ¿Acaso usar color rosa es humillante para los hombres? —inquirí, acercándome un poco más.

En cuanto me vio acercarme, se presionó «mi» elegante cojín sobre sus partes. Cochino...

—Digamos que no es el color más feliz para usar, y menos teniendo semejante...

—Te recuerdo —lo interrumpí, señalando su ropa que aún yacía sobre el piso— que «tu» sudadera es violeta, señor de los colores felices.

Bufó, pero sin desanimarse.

—OK, pero no es lo mismo una sudadera que un ¿¿moño?!? Vamos, reconócelo... —Frunció el ceño y Puddle ladró seguido de un corto llorisqueo.

¿Puddle estaba de su lado? No, no podía ser cierto...

—Es una cuestión de moda —refuté impulsiva y con los brazos cruzados.

—¿Moda?! —exclamó horrorizado—. ¡Me estás jodiendo! ¡No me digas que pronto deberé empezar a usar una de estas cosas! —dijo, tomando con asco el moño que Puddle ya estaba intentando sacarse—. Yo no creo que... —Se detuvo un segundo y, sin previo aviso, clavó sus ojos en mi amiga que aún permanecía callada y cabizbaja—. Oye, Kate, tú qué piensas de lo que acaba de anticipar sobre la moda masculina, ¿eh?

OK... ¿¿Cómo demonios sabía su nombre?!

—¿Eh? ¿Qué dijiste, James?

«¿James? Ese nombre... ese nombre yo lo he estado pronunciado más que seguido porque... porque... ¡Mierda! ¿Por qué a mí!? ¡Por qué a mí!»

—¿«Por qué a mí»? —me preguntó el bufón irlandés.

Evidentemente no había podido evitar preguntármelo en voz alta.

—Mel, tranquilízate...

—¿¿Qué me tranquilice?! ¿Me estás jodiendo, verdad? —Bufé enfurecida. Estaba que echaba chispas.

—¿Qué le sucede? —le preguntó a Kate.

—Tu nombre... —llegó a decir antes de acercarse para apoyar sus manos en mis hombros.

—¿Por qué no me lo dijiste enseguida, Kate?

—Es que no me dejaste hacerlo... De todas formas, no hubiera servido de mucho, ¿no crees? —lo señaló con la mirada.

—¡Oh! ¡Cierto que no me diste tiempo para presentarme, periodista mentirosa! —Se paró, tapando su masculinidad con, ya saben, mi cojín—. James O'Brian, dueño del bar Ofelia. —Y, con «esa» sonrisa fastidiosa, extendió la única mano que le quedaba libre.

—Saca esa mano, duende.

Y de pronto... Timbre.

Kate y yo fruncimos el ceño. Él seguía parado con el almohadón allí. Sí, tan tranquilo como si estuviera vestido.

—OK. Yo no soy porque estoy aquí. —Luego, señaló con el pulgar a James—. Él tampoco porque también está aquí, aunque... —Desconcertada,

frunció un poco más su entrecejo—, tampoco debería estar tocando el timbre, claro. Se supone que no se conocen... Y R no puede ser, pues... —Suspiró— ... directamente no es una opción. ¿Pediste helado o alguna comida al *delivery*, Mel?

«Gracias, Kate, gracias...»

—Oye, periodista, eso no habla muy bien de ti, eh... —Sonrió burlón.

—En tu lugar cerraría el pico, duende, a menos que quieras saber lo que le suceden a los hombres que, desnudos y encerrados en un espacio sin escapatoria, ofenden a dos mujeres.

Timbre de nuevo. Cielos...

—¿Quieres que atienda? —preguntó Kate.

—No, será mejor que lo haga yo y de una vez por todas.

Corrí hasta el comunicador, apreté el botón para ver la imagen y... «¡Putá madre! ¡¿Qué carajos...?!»

—Buen día, Mel. ¿Te he despertado? Porque si es así, puedo volver más tarde. —Y sonrió.

Era Alex... Alex Said, ¡el médico! ¿Pero qué demonios hacía en la puerta de mi casa? Y más aún, ¿cómo había obtenido mi dirección?

—Oh... No, por favor... —Acomodé la voz—. Es bueno volver a verte.

Sí, claro... Era bueno, ¡pero no con un irlandés desnudo a dos pasos de mí!

—¿Te has olvidado de nuestro almuerzo? —Dibujó una media sonrisa de infarto.

—¿Almuerzo? —cuestionó Kate, intentando acercarse, pero lo evité dándole un pisotón.

—¡Oh! ¡Por supuesto que no! Solo es que...

—¡Buen día, señorita Mel! —exclamó Peter, el conserje del edificio. Su cara regordeta mostraba tanta energía como la de Alex que se veía a su lado—. ¿Lo conoce?

Sonreí.

—Claro que lo conozco, Peter. Es mi...

—¡Entonces ya lo dejo pasar! ¡Qué tengan un bello día!

«¡¿Que, qué?! ¡Nooooooooo! ¡Por favor! ¡Eso noooooooooo!»

—Oh, muchas gracias. Pero tal vez... —dijo Alex.

—No sea tímido, hombre. ¡Suba! —lo interrumpió mientras lo empujaba en dirección al elevador.

Y yo... Yo no emití un solo puto sonido. Solo giré y, más blanca que un

papel, miré al irlandés (que seguía desnudo, claro), luego a Kate y, sin más, me desmayé.

**

—¡Mel! ¡Mel! —escuché a Kate decir mientras me acariciaba el brazo para despertarme.

Me habían recostado sobre mi amplio sillón. Traté de despejarme y, despacio, abrí los ojos. A mi derecha, y más próximo a mí, Alex tomándome el pulso. Le sonreí, claro. Luego, detrás de él y sosteniéndome la mano, Kate, quien esbozó una sonrisa al verme despertar. Y por último, a las espaldas de Kate, él...

A la mierda con la tranquilidad.

—¡Por qué sigues en pelotas! —exclamé en una mezcla de furia con impotencia. Y me tomé el rostro sin saber si lloraría de rabia o de vergüenza.

Alex y Kate giraron sus rostros y fueron directo a... Bueno, ya sabemos: mi cojín.

Alex acomodó la voz y tosió incómodo.

—Creo que están un tanto ocupados... Lo mejor será que pase más tarde o...

—¡No! —exclamó Kate. Siempre tan oportuna. Él la miró extrañado—. Hum, hum... En realidad, no interrumpes nada... —Hizo un gesto con la mano para que le dijera su nombre.

—Oh, disculpen. Soy Alex, el médico de Mel —respondió, irguiéndose y extendiendo su mano a Kate, quien, sin tapujos, dio un vistazo a su notoria y exagerada entrepierna. Y claro, contuvo la sonrisa, pero no el guiño que me dedicó mientras Alex le daba la mano a... al duende. Sí, le extendió la mano a James, y este, sin dejar de sostener «el almohadón de Adán», le dio la suya.

Qué demonios...

—Como te decía, Alex, no estabas interrumpiendo nada. —Todas las miradas fueron a James y, ¿gracias al cielo?, Kate se avivó—. James es... es un primo de Mel... —Tosió—... que acaba de llegar de... Irlanda —finalizó, acomodando la voz para dar más seriedad a su argumento de cuarta.

¿Primo? ¿Recién llegado? ¿Y de Irlanda? ¡¿Pero qué tipo de primo se anda en pelotas en la casa de una prima que vive al otro lado del mundo?!

—Oh... Ya veo... —expresó Alex, rascándose la punta de la nariz.

James no emitía sonido alguno, aunque sus ojos, entrecerrados, decían

todo. Aquello lo estaba fastidiando. Pues mejor. Que se fuera al infierno por casi cagarme mi posibilidad de un ideal futuro esposo.

—Claro que si está así es porque justo estaba por tomar una ducha. —La sonrisa de Kate era exagerada... Algo típico de ella cuando está satisfecha de sí misma—. Pero bueno... Escuchó a Mel desplomarse y, tomando lo primero que encontró a mano, se acercó hasta aquí.

—Y no tomó una toalla —me adelanté— porque su familia de Irlanda suele dormir y andar así: en pelotas —afirmé con la intención de ofenderlo mientras me sentaba.

Pero no. El sincero y maldito dueño del bar no dio acuse de recibo.

—Bueno, eso es cierto. Duermo y a veces camino así por mi casa. ¿Quién no? ¿Verdad? —inquirió increíblemente sonriente y con la mirada fija en Alex.

Negué con la cabeza. ¿Era cierto? Por todos los santos...

—Mmmhh... —Lo miró de arriba abajo y, luego, acomodó la voz—. Sí, claro... En fin... —Suspiró y volvió a mí—. Entonces, ¿te sientes bien como para salir a almorzar... conmigo? —aclaró con marcada exclusividad.

Kate, a espaldas de Alex y con los ojos como platos, afirmaba nerviosamente con la cabeza y ambos pulgares.

—Claro. Solo permíteme unos minutos y, enseguida, estaré contigo —dije sonriente. Segura, caminé en dirección al baño y, antes de marcharme, apoyé mis manos en los hombros de James—. Tendrás que esperar, querido duende, pero nadie se ofenderá si, mientras tanto, te vistes...

—No, creo así estoy más cómodo. Ya sabes... —Clavé mis uñas en su piel sin dejar de sonreír—. ¡Auchhh! Aaaaauuuunque tienes razón —disimuló sonriente.

Sí, así es como se hace, chicas.

Mel, periodista domadora: 1; Duende irlandés y exhibicionista: 0.

Fin de la partida.

Capítulo 5

En uno de los más elegantes restaurantes de «La Gran Manzana». Allí estaba yo junto al doctor que había conocido el día anterior y que, por poco, había hecho que me meara encima de lo guapo y sensual que se me había presentado. Sí, sentada en una finísima mesa con una delicada música ambiente que, aunque lo intentara, no lograba sacarme de la cabeza toda la escena previa en mi departamento. Y mucho menos la imagen del irlandés en pelotas que Kate había presentado como ni más ni menos que mi primo recién llegado... ¿Cómo es que en tan poco tiempo ya había atravesado todo aquello? ¡Puf! Quién demonios lo sabe...

—Humm... —Acomodó la voz—. ¿Has encontrado algo que te apetezca, Mel? —me preguntó, dejando la carta a un lado. Era evidente que ya había decidido. En cambio yo, si tenía que pedir de acuerdo a lo que había estado pensando, estaba en serios problemas.

«Ballena irlandesa al natural, ¿puede ser?», imaginé contestarle.

—Mmmhh... No estoy segura, pero creo que, como plato principal, me inclinaré por el salmón a las finas hierbas.

Sonrió.

—Excelente elección. —Pestañeó sorprendido—. Y debo decir que increíble coincidencia.

«¡Carajo!»

—¡Oh! ¡Disculpa! No sabías que tú ya lo habías escogido, pero si lo deseas puedo cambiarlo por...

Tomé la carta para ver otro plato entre los cientos que ofrecía el lugar, pero él no me permitió seguir. Apoyó su mano sobre la mía y me invitó a mirarlo. Cielos... Qué bueno que estaba...

—Mel, por favor. Simplemente lo dije porque aprecié la coincidencia. Es maravilloso que, ya desde el inicio, tengamos algo en común. ¿No crees?

«Dijo ‘inicio’... ¿Inicio de qué? ¡Cielos! ¡Diablos!»

Sonreí.

—Oh, bueno... Qué bien que lo tomes así, Alex. —Y miré su mano que aún permanecía sobre la mía. ¡Ay, esa mano!

Al instante, la retiró sonrojándose.

—Perdona si te incomodé, pero es que... no pude evitarlo... Quiero

decir... Me haces sentir muy cómodo, tranquilo y..., bueno, eso me lleva olvidar algunas formas.

«Olvídate de todo el protocolo que quieras, capullo.»

—Por supuesto que no me incomodas. —Sonreí—. Mmmh... E incluso me llama la atención el tatuaje que tienes en tu mano. Es genial —logré comentar con naturalidad.

—¿En serio? ¿Te gusta? —Afirmé con la cabeza, pero Alex no pudo responder hasta luego de hacer el pedido al hombre que se había acercado hasta la mesa. Solo después, continuó—: Pues me lo hice antes de volver de mi estada en Etiopía, África. Fue una experiencia que me marcó para siempre y... ¿Qué mejor que un tatuaje para recordarlo?

¿Etiopía? ¿África? ¿Era en serio? Ya lo estaba imaginando tostado y vestido al estilo *Indiana Jones* (con la camisa medio abierta, jaja), pero salvando vidas. Grrr...

—Oh, qué interesante... ¿Allí son bien pagos los puestos de médico? —pregunté, imaginando la respuesta afirmativa de su parte.

Puso cara de niño bueno y resignado.

—Mmmh, en realidad, no sabría decirte, Mel. —Se rascó la nariz y sus mejillas se sonrojaron de nuevo—. Es que cuando fui, lo hice de forma voluntaria...

—¿Voluntaria? —inquirí sorprendida. Sí, sí, la baba estaba a punto de caer.

—Hum... Humm... Claro, es decir como «voluntario», sin cobrar dinero a cambio. ¿Comprendes? —Se sintió nervioso, pero no pudo seguir, pues acababan de traer la entrada pedida por él y la bebida. Sin embargo, en cuanto el camarero se retiró, siguió desesperado para aclarar—: Pero no quiero que pienses que soy un bohemio irresponsable. Lo hice porque sabía que no tendría inconvenientes a nivel económico, ya sabes... —Suspiró aliviado.

¡¿¿Qué??!! ¿Encima se vio en la necesidad de aclarar el porqué de semejante buena acción? ¡Si hubiera sabido que estuve a punto de deshacerme de todo lo que estaba sobre la mesa para solamente arrojarme sobre ella y decirle «¡Hazme tuya, solo tuya!»!

Reí y él se volvió a asombrar.

—¿Y por qué debería pensar que eres un bohemio irresponsable? De hecho, me has dejado con la boca abierta. Lo que hayas hecho allí no merece más que admiración, Alex. Y estoy segura que no soy la única que piensa así.

Admiración, oh, sí.

«A ver, a ver, doctor, déjeme pensar cómo podemos retribuirle semejante acto de humanidad...»

—Bueno, tal vez tú, pero... —Negó rápido con la cabeza y cambió de tema—. Mejor dime algo sobre ti.

—Oh, no, eso sí que no. Ya te has metido en el lío, así que dime quién ha sido la persona que, muy equivocadamente, ha logrado que te sientas así.

Suspiró sonriente.

—Había olvidado que eres periodista y no dejarás que se me escape nada. —Rio y se limpió los carnosos labios con la servilleta—. Pues... Digamos que mi ex. Cuando le expresé mi deseo de ir allí unos meses, se volvió loca, pero se puso peor al enterarse de que a cambio no recibiría más que agradecimientos. Le expliqué que no tenía por qué preocuparse, ya que el dinero nunca fue un problema para mí ni tampoco para mi familia, pero no hubo caso. Y de allí la etiqueta «bohemio irresponsable». En fin... —Y dio un bocado al jugoso plato.

OK. Ya lo sé. Alex = «Hombre perfecto». Y «Hombre perfecto» = «Príncipe azul».

—Pues ya es tiempo de que sepas que esa etiqueta es una bobería. Mejor olvídala. —Sonreí y él respondió de igual manera.

—Tienes razón. Pero ahora quiero saber algo de ti. ¿Qué me dices?

«Oh, bueno, ya sabes, Alex. Mientras tú has estado salvando vidas desinteresadamente, yo me he casado y divorciado unas... ¿veinte veces? Como ves, dos formas distintas de aportar a la humanidad... ¡Claro que sí!»

¡Demonios!

—¿Qué puedo decirte? Pues nada similar a lo tuyo. Creo que ni en la próxima vida llegaré a aportar con algo tan noble como lo que haces con tu profesión. Lo único que lograría contándote de mí es que rieras. Créeme... — Y, resignada, di un bocado.

—Disculpa, ¿y crees que eso es poco? —Automáticamente lo miré. Me había sorprendido—. No tienes idea lo importante que es lograr que una persona sonría. Pero como si eso fuera poco, creo que ni yo imagino lo importante que debe ser lograrlo en miles de lectores.

Aún anonadada, le sonreí.

—Bueno, no lo había visto desde ese punto de vista. Aun así no se compara. No creo que hacer sonreír un rato sea tan importante, ya sabes...

—Pues disculpa si difiero, pero, así sea un segundo, lograr que alguien ría es sinónimo de «felicidad». Y créeme, hacer feliz a alguien no es tarea

sencilla, Mel. —Me sonrió antes de dar un sorbo a su copa.

«Y hablando de felicidad... ¿Quieres que te haga feliz, doctor semidiós? Porque conozco varias formas de hacerlo y que, por cierto, también me pondrían muy contenta a mí. ¿Qué dices, eh?»

Babosa...

—Gracias, Alex. Creo que, hasta ahora, nunca me habían dicho algo así. Eres el primero en ver algo tan noble en el hecho de casarse casi veintiuna veces...

—Has dicho «casi». ¿No tienes pensado llegar a la próxima?

Acomodé la voz.

—Bueno, si fuera por mí, dejaría de casarme.

—Entiendo, imagino lo difícil que debe ser enlazarse con personas por las que no sientes nada.

—En realidad, eso es lo más fácil. Pero en fin, cambiemos de tema...

Enarcó las cejas y sonrió.

—Oh, no. Ahora soy yo el que no dejaré que te escapes tan fácilmente. ¿Cómo es eso de que es lo menos complicado?

Bufé.

—Es difícil de explicar... Verás, cuando no sientes nada por el otro y viceversa, el casamiento no es más que un evento. Alguno mejor y más divertido que otro, pero no pasa de ser eso: un simple, efímero y sencillo festejo.

—Pero y entonces, ¿por qué es que deseas dejar de casarte? Después de todo, tú misma lo has dicho: disfrutas de cada evento y, además, haces felices a miles de lectores.

Suspiré.

—Pues allí está lo difícil. —Sonreí—. Aunque suene increíble, siempre he soñado con mi gran boda y con todo lo que sentiría en el momento. Parece mentira, ¿verdad? —Tomé un sorbo de la copa—. Creo que lo complicado no es sobrellevar la boda o el divorcio en sí, pues no hay sentimiento hacia el otro que haga de aquello algo terrible. Lo difícil es tapar el vacío, borrar la decepción de no sentir absolutamente nada al cumplir uno de tus más ansiados sueños... ¿Sabes lo terrible que se siente darte cuenta que no siempre hacer realidad los sueños es sinónimo de «felicidad»? —Y negué con la cabeza.

Él, con el ceño fruncido, cruzó los brazos y se apoyó contra el respaldo de la silla.

—Creo que no lo has intentado bien...

Reí.

—¿Que no lo he intentado bien? —Simulé contar con los dedos de la mano—. ¡Sí! ¡En total veinte veces! —Volví a tomar un sorbo.

—Lo sé, lo sé. No me expresé bien. Quise decir que no lo has hecho de la forma correcta. —Apoyó sus codos en la mesa y entrecruzó sus manos al estilo señor Burns de *Los Simpson*—. ¿No has pensado en casarte enamorada?

Casi escupo el vino en toda su cara, pero gracias a Dios los nervios no me vencieron tan fácilmente. Descargué todo en una carcajada.

—¿Enamorarme? —Volví a reír, pero al ver su rostro lleno de ingenuidad, me calmé—. Pues... no es una opción en mi vida. No... —Tragué saliva. Empecé a sentirme nerviosa de solo pensarlo—. De hecho, creo que no haría más que complicar aún más las cosas. Además, mi sueño ha sido el hecho de casarme, no de enamorarme.

—Sí, entiendo lo que dices, pero no puedo evitar pensar que ese vacío que sientes es porque no hallas el motivo por el cual casarte, ¿comprendes? Y, aunque te lo niegues a ti misma, creo que en el fondo sabes que el único motivo por el que debe efectuarse una boda es por amor. —Se hizo un breve silencio hasta que sonrió—. Pero si esto no es una opción en tu vida, tal vez debas cambiar tu sueño o, más bien, el tipo de evento. ¿Qué crees?

Mierda... Jamás me había suspendido tanto.

—Sí, tal vez... —me limité a decir delicadamente. Pero luego dejé que mi maldita lengua se soltara—. Y quizás tú debas replantear tu profesión... Digo, pareciera que la Psicología te sienta más que bien...

Ambos reímos.

—Entonces, ¿no habrá boda número veintiuno? —preguntó risueño.

—Bueno... Aunque resulte paradójico con todo lo que acabo de decir que siento, sí habrá una vigésima primera.

—Wow... ¿Y ya te han escogido el futuro esposo?

—Gracias al cielo, no. Aunque, tampoco es algo que me llene de alegría, pues esta vez la elección ha quedado a mi cargo...

Dibujó una media sonrisa... Oh, sí «esa» media sonrisa.

—Sé que es fastidioso que lo repita, pero creo que es una buena oportunidad para que tengas en cuenta lo que hemos hablado.

—¿Amor? —pregunté enarcando una ceja.

Él elevó los dos hombros y endureció su boca al modo de un «tal vez, no

lo sé...».

—Como sea... —Se acomodó en su silla y tomó la copa, elevándola—. Te propongo un brindis.

—OK. Pero tú dirás por qué. Yo no soy buena para estas cosas... —Elevé la copa.

—Bien. —Se sentó firme e hizo a un lado uno de sus mechones—. Brindo por tu próxima boda...

—Perfecto...

—Por la alegría de tus lectores...

—Genial...

Y, al mismo tiempo que ambas copas chocaron con suma delicadeza, lo dijo... Sí, lo dijo.

—Y por nuestra felicidad.

Sus ojos me miraron intensos y yo no pude evitar hacer lo mismo. Me hundí en los suyos, aunque sin poder librarme de sus últimas palabras: «nuestra felicidad».

**

Menudo almuerzo. En mi vida entera hubiera esperado una velada así... ¡Hacía solo un día que lo conocía! Aunque, pensándolo bien, nada en mi vida encaja con lo que llaman «normal» así que, en definitiva, no tenía nada de extraño.

Como fuera, la había pasado genial y, por primera vez, había disfrutado de la madurez de un hombre. Incluso llegué a sentirme inhibida o una estúpida niña sin saber qué decir. Más allá de meter alguna que otra respuesta o comentario, me dediqué a contemplarlo, a admirarlo... Y sí, ¿qué más hubiera podido hacer? ¡Sin dudas, era el puto príncipe azul con el que debía casarme, demonios! Y no podía quejarme, pues además de disfrutar y contemplar por primera vez otro tipo de hombre (o al menos la faceta más deseada por la mayoría de nosotras) había encontrado la solución a mi enorme problema laboral: el novio.

De pronto, entrando al edificio, me crucé con Peter, quien me sonrió de oreja a oreja y me hubiera detenido para husmear de no haber sido porque mi móvil sonó con un tono de Roxette. Obviamente, era Kate.

—Buen día de nuevo, borracha dormilona —le dije entre risas.

—¡Oh, Dios mío! ¡Ha hablado la embajadora de la sobriedad!

—OK, OK... —le dije mientras subía en el ascensor—. Estaba exhausta y cometí el error de pedirle a Lindsay su «Fiebre irlandesa». No tenía puta idea de lo fuerte que sería...

—Oh, sí, claro, claro...

Irónica. Siempre igual.

—Como sea, no tienes autoridad alguna para decirme nada, karaoke desafinado. —Cambié el móvil hacia mi otra oreja y comencé la búsqueda de las llaves en el bolso—. Tendrás que contarme con lujo de detalle lo que te ha llevado a desbarrancar así otra vez.

—¿Y para qué quieres eso? Ambas sabemos por qué. —Aquello era muy cierto—. En cambio, decirme qué demonios ha sucedido con aquel guapetón de infierno parece más interesante, ¿no crees, cariño?

Tomé el móvil y lo miré con el ceño fruncido. Luego volví a colocarlo entre mi oreja y hombro para continuar con la búsqueda.

—¿Es una broma? Si ya lo conoces, Kate. Y, aparentemente, mejor que yo... —dije concentrada en mi bolso. El ascensor se abrió.

—¿Qué estás diciendo, Mel? ¿Todavía estás bajo los efectos del trago de Lind? Si yo... —Hizo un silencio. Un terrible, profundo e incomodísimo maldito silencio que entendí enseguida—. Oh-Oh... Tú te estabas refiriendo a...

«¡Mierda! ¡Mierda! ¡Y más mierda!»

—¡Al médico, Kate! Y no te hagas la tonta, eh. Vi cómo le mirabas el trasero... —dije, tratando de disimular. De todas formas, sabía que no mucho más tarde me atosigaría de preguntas. No era estúpida, no. Ni un pelo.

—«Culo», Mel, «Culo» —me corrigió según su lengua—. En fin... Y dime, ¿cómo demonios consiguió tu dirección? Eso sí que es... ¿cómo decirlo? ¿Sensual?

—¡Pero dónde demonios están! —exclamé enfurecida y ya en la puerta de mi apartamento.

¡¿Por qué siempre que uno busca las condenadas llaves nunca aparecen?!

Kate bufó.

—¿Otra vez las putas llaves, preciosa? —me preguntó. Refunfuñé cosas inentendibles y rio—. ¿Te fijaste en el bolsillo interno? Siempre resultan estar allí...

Cielos...

Las tomé y, a punto de abrir, un entusiasmado ladrido de Puddle llamó mi atención. Eso sí que era raro, ni aunque tiraran la puerta abajo ladraba.

—Óyeme, Kate, te llamo luego, ¿sí?

Corté la llamada y, con el rostro contraído de la intriga, apoyé mi oreja en la puerta. Puddle, además de ladrar, estaba corriendo. Negué con mi cabeza y, sin más, abrí la puerta.

Veloz como nunca antes y ladrando sin parar, pasó por mis narices hasta llegar a mi hermosa cocina de estilo abierto, en donde se quedó quieto unos segundos como si buscara algo. Extrañada, fruncí el ceño y me acerqué hasta él.

—¿Puddle? —lo llamé. Instantáneamente, giró y se lanzó a mis brazos, lleno de felicidad. Felicidad que, pronto entendí, no era por verme, sino por lo que llevaba en su boca.

—¿Qué carajos?! —exclamé enfurecida, sacándole mi..., el... El dildo. Sí, el consolador.

—Es de buena calidad. Es de silicón cien por ciento puro. Lo leí en su envoltorio. Tienes buen ojo, querida periodista.

Era su voz. La voz del irlandés... Ahora, ¿qué demonios hacía en mi casa?! ¿No debió haberse ido? Y lo que más me preocupaba: ¿estaría todavía en pelotas?

Dejé a Puddle en el piso, le arrebaté mi... el dildo, cerré los ojos de la furia y me di vuelta para enfrentarlo.

—¿No deberías haberte ido ya? ¿Qué es lo que haces aquí?

—Eh... Puedes abrir los ojos. Si mal no recuerdo, me obligaste a vestirme antes de marchar. Ahora si lo deseas, puedo volver a...

—¡No! —exclamé al mismo tiempo que abrí los ojos como platos. Era cierto, estaba vestido... No sé por qué esperé verlo desnudo. Suspiré profundo—. OK... Solo dime por qué aún sigues aquí.

Suspiró y bajó la mirada, acercándose hacia donde yo estaba, pero inconscientemente di varios pasos hacia atrás. Él sonrió. Se había dado cuenta.

—Bueno... Digamos que me quedé encerrado. En cuanto marchaste, tu querida Kate no tardó en hacer lo mismo. Claro que quise seguir sus pasos, pero sus creativas amenazas, hicieron que cumpliera con lo que me pidió.

Bufé.

—¿Qué te pidió?

—Que te diera explicaciones. No sé a qué se refirió precisamente, pero espero que tú puedas aclarármelo un poco mejor. No tengo mucho tiempo... —dijo, acariciándose el cabello hacia atrás mientras se desplomaba sobre el

sillón.

Sí, a su manera, era muy *sexy* el maldito.

Volví a bufar.

—Pues no sé a qué se refirió Kate. Su cabeza no piensa como la mía, así que puedes... —De pronto, vi que Puddle se le sentó encima de un solo salto. Estaba sin su moño. Eso realmente me fastidió hasta los huesos. Me acerqué a él y, haciéndole sombra, lo enfrenté—. Qué - le - hiciste - a - mi - perro... —Sonrió al ver mi rostro enfurecido—. ¡Dímelo ya! —exclamé enardecida.

Sus ojos se abrieron como platos, pero no apuntaban a mí, sino al enorme y robusto dildo color fucsia con el que lo amenacé sin darme cuenta.

—Si piensas usar esa arma contra mí, diré lo que quieras con tal de que no lo hagas... —dijo con las manos en alto y ese aire cómico que parecía no despegársele en ningún momento del puto día.

Miré mi mano derecha. Sí, mi posición era amenazante, pero más aún «el objeto» que, al verlo, hizo que me sonrojara de vergüenza. Suspiré y, vencida, me dejé caer sobre el sillón.

—¿Por qué? —pregunté, mirando hacia el techo. De reojo, pude notar que me estaba mirando.

—Créeme, no fue mi intención tomarlo. —Se acomodó para que lo mirara. Y lo hice, aunque frunciendo el ceño, pues no entendía qué era lo que estaba explicando—. Verás, cuando Kate me obligó a quedarme, bueno..., decidí tomar una ducha. No sabía cuánto tardarías y... En fin... Cuando salí, noté que Puddle lloraba y saltaba en dirección a uno de tus mullidos cojines. —Automáticamente, lo recordé desnudo con mi almohadón. ¿Ni mi mente me daría un respiro? Rayos... Y luego continuó—: Me acerqué y, al ver que movía el rabo, lo tomé pensando que era eso lo que quería, pero... enseguida me percaté que lo que en realidad buscaba era... pues... eso —dijo señalando, con su mirada, el dildo. Lo miré resignada y volví a dejar mi cabeza caer sobre el respaldo del sillón—. Pero te compraré uno nuevo. Y puedes quedarte tranquila que nadie lo sabrá. En serio. —Puso su mano sobre la mía.

Tragué saliva.

«No, gracias, pero puedes venir tú y, en compensación por los daños ocasionados, hacerte cargo de las debidas funciones», imaginé decirle. Reí de solo pensar la escena.

—No, gracias. —Me erguí y fui hasta la isla de la cocina. Necesitaba un café—. No es algo que use. Lo compré para una de las notas. Uno de sus

fabricantes es cliente nuestro.

Sí, claro.

—Pensé que hacías notas sobre bodas, no sobre consoladores, pero bueno, tiene lógica. Si has cambiado tanto de esposos, por algo debe ser...

«Ja-ja-ja. Muy gracioso.»

Lo fulminé con la mirada y extendí la cuchara en su dirección.

—Ni te atrevas o...

—¿O te vengarás con esa cuchara? Bueno, lo prefiero. Al menos sé que con eso no puedes hacer ciertas cosas, ¿verdad? —expresó risueño.

Sonreí.

—No te creas, todo es posible... —Y reí al ver los ojos de huevo que puso mientras negaba con la cabeza.

—En fin... —Se puso de pie y se acercó hasta la puerta. Puddle lo siguió, pero al recibir una caricia de despedida en su cabezota, comenzó a llorisquear —. Me marcho.

—¿Tan rápido? —inquirí como una estúpida niña impulsiva.

Él, confundido, enarcó una ceja.

—¿Acaso no es lo que habías deseado desde un principio?

Acomodé la voz como pude.

—Hum... Hum... Sí, claro. Solo que pensé que esperabas un café — argumenté tontamente.

Él movió su cabeza muy lentamente hacia arriba, con ambas cejas elevadas al modo de un «Ahhhh, seguro...».

Me acerqué hasta la puerta y la abrí. Trataba de esquivar su mirada.

—Bien... Hasta luego...

—James —completó, y me miró fijo. Yo hice lo mismo, por supuesto.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco... ¡Cinco segundos mirándonos los rostros con expresión perdida! Pero, afortunadamente, mi maldita razón despertó de su largo descanso.

—Sí. James... —Sonreí y, antes de cerrar la puerta, volví a despedirme, aunque sin mirarlo y en un susurro—. Hasta luego.

Capítulo 6

Luego de cerrar la puerta, me quedé mirando la máquina del café por quince minutos aproximadamente. La medida que había puesto era para dos... De pronto, mi móvil sonó con «su» tono.

—OK, ahora solo me dirás lo que acaba de ocurrir... —Seguramente pensativa, hizo un silencio—. Espera... ¿Aún está sucediendo?

Bufé y revoleé los ojos al mismo tiempo.

—Hola. Buenas tardes, querida amiga mía. ¿Cómo te trata el día? ¿Todo bien? —ironicé exageradamente.

—No seas boba, Mel. Hablamos antes, ¿OK? Ahora, vamos. Lanza todo de una puta vez —me dijo con ese típico tono suyo lleno de ansiedad. Por el ruido a papel que hizo luego de hablar, me di cuenta que estaba devorando una barra de chocolate. Al menos yo no era la única adicta.

Suspiré profundo y ella expresó su «Oh-Oh».

—OK, ven rápido. Te espero. Tengo café. Ah, y tráeme una barra igual a la que estás tragando, de lo contrario no pasarás por esta puerta. ¿OK?

No me dio tiempo ni a despedirme. Sí, así de impulsiva era Kate.

Dejé el móvil junto a las tazas y miré hacia el sillón. Puddle, sentado junto al dildo, lloraba desconsoladamente. Me lancé a su lado y, llenándolo de mimos, calmé sus ánimos.

—Vamos, Puddle, es solo un juguete. —Me miró con esos ojitos tipo gato de *Shrek*—. Oh... ¿Quieres que lo lance? —Paró sus orejas y giró su cabeza hacia un costado sin quitarme la vista de encima. Le sonreí con complicidad, tomé el dildo y lo tiré—. ¡Vamos, Puddle! ¡Ve por él!

Puddle miró el consolador que había caído unos metros delante de nosotros, pero se quedó quieto y atento. Luego, me volvió a mirar y, al notar mi falta de reacción, desganado, bajó la mirada hacia donde estaba el gomoso juguete. Se acercó hasta él, lo olfateó, bajó las orejas y, con un triste llorisqueo, se echó al lado.

Bien. No soy interpretadora de perros, pero claramente algo no le agradaba o lo hacía sentir mal. Quién sabe...

Bufé. Sin dudas, mi humor no era el mejor, aunque no tuviera motivos para estar así. Era simple: necesitaba distraerme. Miré hacia todos lados y, al fin, encontré las momentáneas soluciones: película y refrigerador

(refrigerador = pote de helado de chocolate suizo). Rápidamente, tomé el helado, una cuchara tamaño «megafamiliar», puse el DVD de mi película favorita y me despatarré en el sillón.

No supe cuánto tiempo había pasado hasta que el grito de Kate me despertó y noté, por la escena del film, que había pasado una hora y ocho minutos.

—¿Qué demonios es todo esto, Mel?! —exclamó inclinándose para levantar el... dildo. Suspiré. Ella, con el ceño fruncido, bufó y caminó hasta quedar cerca de mí. Luego miró la pantalla del LCD y volvió a bufar, aunque con los brazos en forma de jarra—. ¿Otra vez la misma? —Miró mis manos y luego mi cara—. ¿Te has visto cómo tienes la boca de chocolate? Pareces un maldito payaso psicópata, Mel... —terminó de expresar en una mezcla de enojo con preocupación.

—OK... OK... —dije mientras trataba de poner mi cuerpo en una posición civilizada.

—¿«OK»? Olvídate de las chicas Bennet^[7], ¿quieres? —Apagó el LCD—. No tenemos nada en común con ellas.

Enarqué una sola ceja y dibujé una media sonrisa.

—Te equivocas. Yo siempre digo que tú eres igual a Jane. —Ella rio y negó con la cabeza—. Claro que Jane en su versión prostituta... —Reí, dándole una última lamida a la cuchara bañada en helado derretido.

Se sentó en el sofá y, sonriente, entrecerró los ojos clavándolos en mí.

—Estoy de acuerdo, «Lizzy»... Lizzy en la versión que se tira a Mr. Darcy, a Mr. Bingley y a medio Derbyshire al mismo tiempo.

Reímos sin tapujos.

—Dios santo... Estoy segura que Jane Austen está haciendo todo el papeleo para que vayamos directo al infierno —dije alegre mientras dejaba todo en la cocina y volvía a calentar el café.

—Bueno, ahora vomita todo... No el helado, claro.

Sonreí y luego suspiré agobiada.

—No lo sé, Kate... Me siento rara... —expresé con el ceño fruncido, pues ni yo podía entenderme.

—Mmmh... Digamos que motivos tienes. Te has pasado una noche genial, para luego comenzar el día de la mejor manera, además... —dijo, pero no pudo continuar pues el ruido de la cafetera hacía imposible la conversación. Recién cuando terminó, pudo seguir—. ¿Puedes decirme cuándo cambiarás esa vieja máquina de una puta vez?

Sonreí.

—Sabes que no lo haré. Fue un obsequio de María. De hecho, fue lo primero que me regalaron cuando logré comprarme el apartamento.

—Pues guárdalo como una reliquia si quieres, pero esa cosa ya no es funcional. Hasta me da miedo beber lo que produce —expresó con una mueca de desagrado.

—Suficiente. Asunto cafetera: cerrado. ¿OK? —dije mientras vertía el café en las tazas.

Bufó resignada.

—OK... —Se sacó los zapatos sin hacer uso de sus manos—. Y dime, ¿qué ha pasado con el «doc»? —dijo entusiasmada—. Qué buen culo... —agregó en un susurro y con la mirada perdida.

Sí. El tema de «los culos» y su salud mental comenzaban a preocuparme...

—Estoy empezando a creer que si pudieras casarte con un enorme trasero con patas serías la mujer más feliz del mundo. ¿O estoy equivocada? —Y negué con la cabeza.

—Mmmh... Fantasía tentadora... —Se hacía la pensativa—. Aunque, pensándolo bien, esa cosa no haría más que cagar el resto de mi vida y, para eso, ya están los hombres, ¿no? —Suspiró—. Si tuviera que casarme con algo, mejor sería una pelvis masculina, con buenas piernas y un hermoso trasero sin ano. ¡Sí! ¡Ese sería el compañero ideal! —vociferó enérgica y con una alegría exagerada.

Horrorizada, fruncí el ceño.

—¿Ese es el príncipe azul del que debo hablar en mis próximas notas? —Puse las tazas en la pequeña mesa.

Bufó.

—No, Mel. Este es el príncipe azul que mejor me queda a mí... —Tomó un sorbo del café e hizo una mueca de asco—. Al menos por ahora. —Luego, volvió a mirar el consolador fucsia y, astuta, sonrió—. Y tu ideal pareciera no estar muy lejos del mío...

—Ufff... —Me levanté, lo tomé y lo tiré al cesto de basura, pero Puddle comenzó a llorar. Harta, lo saqué y se lo di—. Eso —dije, señalando el nuevo juguete de Puddle— es culpa de tu amigo James.

Kate abrió los ojos como platos.

—¡Wow! ¿No ha pasado un día y ya extrañas su...?

—¡Shhh! ¡Kate! —Carcajeó por mi expresión—. Sabes que no me refiero

a eso... —Volví a sentarme.

—Bueno, bueno, ya... Ahora, volviendo al tema: ¿qué hay con el «doc»?

Revoleé los ojos, pero le conté todo, incluso que había conseguido mi dirección gracias a mi ficha de paciente que la recepcionista no dudó en dejarle ver. Argumento: «La paciente olvidó unos papeles importantes. Por favor, chequeemos su dirección así se los enviamos». Claro que no dio tiempo a que la chica se objetara o se ofreciera a hacerlo por él. Y, por supuesto, no olvidé mencionar todas y cada una de las palabras emitidas en el almuerzo, en especial, las últimas del brindis.

—¡Me jodes! ¡¿«Nuestra felicidad»?! —Reía con los puños cerrados de la emoción y los movía de un lado a otro, al son de sus piernas que parecían dar una especie de saltitos, a pesar de estar sentada.

—Sí... —respondí preocupada.

Al instante, Kate cesó todos esos movimientos extraños y dejó caer sus hombros como cuando uno se desgana.

—Nooo... No me digas que no estás siquiera esto de entusiasmada —me mostró la falange más pequeña de su dedo meñique.

—No dije que no lo estuviera, Kate. Simplemente... Me siento preocupada... —Tomé un sorbo del café. Estaba horrible. Puaj.

—Sí, yo también lo noté, por eso mi taza aún está llena y lo seguirá estando... —dijo al notar mi rostro de asco—. Como sea... Mel —dijo, tomándome las manos—, no sé por qué te sientes así. No deberías preocuparte por nada y menos por esto. —Suspiró y pensó por unos segundos hasta que volvió hablar con su entusiasmo—. Mira, haremos un ejercicio que me enseñó mi instructora de yoga para esos momentos de estrés. —Se sentó cruzando sus piernas, al modo de un aborigen, y cerró los ojos.

«Oh, no, por favor, no otro de sus ejercicios tergiversados...», pensé al mismo tiempo que puse los ojos en blanco.

Luego, abrió uno de sus ojos para ver si yo estaba haciendo lo mismo y, al notar que claramente no era así, movió su cabeza invitándome... obligándome, en realidad.

—OK... Espero que esta vez funcione, Kate —dije, imitando su postura.

—Bien... —Suspiró—. Ahora, con los ojos bien cerrados, respiramos muy muy profundo... —Ambas lo hicimos—. Lo repetiremos tres veces más, pero tratando de despejar nuestra mente de todo aquello que nos altera hasta dejarla en blanco... Sí, en blanco... —dijo con un tono raro que, creo, tenía la intención de infundir ¿tranquilidad? Definitivamente, este papel no le

sentaba muy bien que digamos... Esperó unos segundos y volvió a hablar—. Y ahora, solo dejamos que venga a nuestra mente una primera y hermosa imagen que buscaremos retener todo lo que nos sea posible, pues será la puerta a nuestra paz interior... Paz interior —repitió suave.

Y así pasamos unos diez segundos en silencio, o al menos eso intenté, pues mi imagen, que no había tardado ni un segundo en llegar, amenazaba destruir aquel «pacífico» momento con una cruel carcajada. Endurecí los labios, intentando no reír, y abrí un solo ojo para espiar el rostro de Kate. La perra tenía la misma expresión que yo. Estaba a punto de cagarse de risa. Enseguida, abrió un ojo y, al verme, empezó a carcajear, contagiándome al punto de casi hacerme mear.

—OK... Dime cuál fue tu imagen —logró preguntarme, aún entre risas.

Tragué saliva.

—Su pene.

Volvimos a reír sin parar.

—¿Ya te tiraste al doctor? —me cuestionó asombrada.

Negué con la cabeza.

—Eres una guarra... Con él solo almorcé —dije tranquila, pero sus ojos estaban abiertos como platos al darse cuenta que me había referido al miembro de... James—. Bueno, creo que es normal no olvidarlo. Después de todo, un «Salta, Willy, salta» no se ve todos los días, ¿verdad? —argumenté nerviosa.

—No, claro, claro... —expresó Kate, no muy convencida.

—Bueno, ya... Ahora te toca decir tu imagen. Vamos... Sin vueltas —la apresuré.

Y antes de lanzar una nueva carcajada, lo pudo decir aunque muy rápido.

—¡El culo de tu doctor! —Reímos sin parar hasta que las costillas no lo soportaron más—. Bueno... Definitivamente, esto no sirvió.

—O nosotras estamos jodidas, Kate.

—Sí, mejor pasemos al plan «B».

—Sí, mejor... ¿Y cuál es el plan «B»?

—Date una ducha, asegúrate de eliminar todos los rastros de «payaso psicópata», vístete como siempre lo haces y luego te diré. —Desconfiada, enarqué una ceja, pero con su dedo índice me hizo el gesto de silencio—. No hay lugar a «peros» ni a ningún tipo de reclamo. Confía en mí. Soy tu amiga, ¿no?

Suspiré, pero obedecí. Y ya en la ducha, sonreí de solo recordar lo

equivocada que había estado Kate al decir que su sesión de yoga no había funcionado.

No había lugar a dudas. Era mi amiga.

**

Era obvio. El bar Ofelia era la respuesta al misterioso plan «B» de Kate. Qué sorpresa... Sí...

—Escúchame —le dije, tomándola del brazo antes de entrar—, no creas que esta vez me la pasaré observando cómo gritas en el escenario o te aferras al micrófono como si fueras un niño al que le quieren sacar su paleta, ¿OK?

Pícaro, me miró y dibujó una media sonrisa.

—Y seguramente esta advertencia es porque la última vez que ocurrió todo eso, la pasaste terriblemente mal, ¿verdad? —dijo sarcástica—. ¿O será que tienes miedo de volver a divertirte, Mel?

Tardé unos segundos en contestar. Mi boca, que no pudo emitir respuesta rápida, parecía la de un pez tratando de respirar.

—No... No es eso... —Acomodé mi pelo y me enderecé—. Simplemente no quiero que hagas el ridículo y menos por el estúpido de Martin, ¿OK?

Kate enarcó las cejas.

—¿«Ridículo»? ¿Eso piensas de mí? ¿Qué soy una ridícula?

—¡No quise decir eso, no! Sino que...

—Déjalo así, Mel —me interrumpió. Su rostro decía que la había herido, pero trató de disimularlo—. Lo que haga no debe ser un problema para ti. Si te avergüenzo, simplemente niega conocerme y asunto cerrado, ¿sí? —Sonrió fugazmente—. Ahora, entremos. —Y sin dejarme contestar, pasó al interior del bar.

Yo y mi bocota. Kate no merecía lo que le había dicho y menos después de lo que estaba haciendo por mí... Pero ya no podía hacer más que entrar. Y eso hice.

Digamos que... no había cambiado nada. Lind en la barra, la oscuridad de siempre, alguna que otra mesa con clientes y, en el escenario, Francis arreglando un aparato. Kate, desesperada, se acercó hasta él. Parecía que algo no andaba bien con el karaoke... «Gran problema»

Me acerqué hasta la barra y estuve a punto de sentarme en el mismo banco de la noche anterior, pero, repentinamente, no lo hice, aunque sí en el de al lado. Alcé la vista y Lindsay estaba mirándome extrañada.

—Cariño, ¿hay algún problema con ese asiento? —Trató de acercarse su vista a la banqueta, pero se lo impidió con aguda voz.

—¡Claro que no! Quiero decir, en realidad, creo que... —traté de pensar lo más rápido posible—. Creo que tiene pegada una... —Acomodé la voz... Sabía lo ridículo que sonaría—... una goma de mascar. ¡Pero déjame a mí, Lind! ¡Yo la quito! —Y antes de que pudiera objetarse, continué—: Mientras tanto, ¿qué tal si armas algo helado para las dos? Tenemos toda la noche para conversar. —Sonreí nerviosa.

Lindsay frunció el entrecejo sin entender mi extraña actitud, pero asintió, dejándome unos segundos sola en los que no hice más que mirar aquel asiento. ¿Por qué había actuado así? ¿Estaba en esa edad en la que mi mente retrocedía a sus quince años?

«¡Boba!», me dije a mí misma en un susurro que se suponía nadie debía escuchar. Pero claro, «se suponía»...

—¡Wow! ¿Has tenido un ataque de sinceridad contigo misma o ha ido dirigido para otra pobre mujer?

Sí, su distinguido acento era inconfundible, pero su aroma lo era aún más.

—¡Oh! ¿Es esa la voz de un duende o la de un pitufo[8]? ¡Demonios! ¡Me he equivocado de lugar! ¡¿Estoy en un maldito bosque mágico o algo así?! —dije sonriente al mismo tiempo que giré mi cabeza hacia él.

Estaba... Estaba... muy bien vestido, sí, eso. Una camisa negra al cuerpo y que, digamos, no le quedaba nada mal con los botones del pecho desabrochados. Su cabello oscuro todavía estaba mojado y su barba crecida seguía allí tan sex... Mejor dicho, tan crecida como el día en que lo conocí. Se sentó en la banqueta que yo había esquivado al entrar al bar y me miró con esa media sonrisa llena de seguridad.

—¿Así que ahora he pasado de ser un duende a ser un pitufo? Creo que ya estás exagerando con eso de la estatura, mi querida «corresponsal».

«Sí, sí, ya. Capté tu estúpida ironía.»

—Sí, claro, puede ser... —expresé desinteresada y con los párpados caídos. Giré mi rostro y me quedé observando cómo Lind terminaba de acomodar los dos refrescantes tragos. Tomé el mío para darle un sorbo, pero no llegué a hacerlo. Su desvergüenza lo evitó.

Volví a girarme hacia su lado y, con el ceño fruncido, me quedé mirando cómo bebía del segundo trago que, por supuesto, no era para él. Lind rio y se retiró.

—¿Qué demonios crees que haces?

Él con los ojos abiertos como los de un cordero me miraba al mismo tiempo que bebía de la pajilla. No voy a negar que su infantil expresión me diera ganas de reírme, pero las contuve endureciendo mis labios. Miró el vaso largo y luego mi rostro que seguía igual de serio.

—Creo que estoy bebiendo. Y, si no me equivoco, es un trago especial de Lind. —Sonrió de oreja a oreja—. Gracias por la atención.

«No me digas, ¡pero qué tonta yo que no me di cuenta!»

Puse los ojos en blanco y bufé frustrada.

—No era para ti. —Di un sorbo al mío.

—Mmmhh... Qué raro... Nunca vi que una persona sola pidiera dos tragos iguales para sí misma y al mismo tiempo.

«Eso porque no me has visto después de la boda con Rich Bob.»

—¿En serio? —pregunté con aire altanero—. Pues para ser dueño de un bar has visto muy poco. Tal vez debas volver a tu aldea mágica. ¿No crees?

Enarcó una ceja. Señal de desafío.

—Sí, quizás, aunque en ese caso sería bueno que vengas conmigo. Digo, así aprendes nuevas bromas...

—¡Oh! ¡Claro! ¡Ya lo había olvidado! Cierto que estoy sentada al lado del mejor payaso de Nueva York. Disculpa, disculpa... —expresé punzante, dando otro sorbo.

Se encogió de hombros y también tomó de «su» trago.

—Al menos soy más divertido que tú.

«Oh, no, a mí no.»

Apoyé el vaso con todas mis fuerzas sobre la barra.

—¿Estás diciendo que no soy divertida? —inquirí indignada.

—Sí —dijo a secas.

«¡Maldijo hijo de...!»

Mi boca se endureció y mis cejas seguían fruncidas, pero esta vez porque me sentí ofendida.

—¡¿Y qué sabes de mí como para decir tal estupidez?! ¡Jamás nadie me ha dicho semejante tontería! Payaso de cuarta...

—Quizás no te lo han dicho para no perder sus trabajos o porque no te han visto dos noches seguidas sentada en la misma barra de un bar, criticando a su divertida amiga.

Abrí mi boca horrorizada. ¿Es que no tenía filtros?

—¡Eres un...! —empecé a exclamar con toda la intención de estamparle una hermosa bofetada, pero su grito lo evitó.

—¡Nooooooooooooooooooooooooooooo, Francis, nooooooooooo! —vociferó Kate agitada y con todas sus fuerzas, antes de tomar, desesperadamente, su cabeza.

Ambos, sorprendidos, miramos en dirección al escenario. Kate, a los gritos desaforados, perseguía a Francis que, tapándose los oídos, se acercaba hacia nosotros.

—No funciona —expresó serio y cansado de los gritos de Kate que seguían y seguían sin parar. El karaoke había muerto, algo por lo que mis oídos estarían agradecidos el resto de la semana.

—Oh... y bueno, será para la próxima —dijo James con su típico tono despreocupado.

—¡¿Qué?! —Sus ojos se pusieron como dos enormes huevos celestes—. ¡Noooooooo! —volvió a gritar, lanzándose sobre mi regazo.

«OK... Esto ya es demasiado.»

—Calma, Kate, ya encontraremos otra forma de divertirnos —le dije, dándole unas palmaditas en su espalda. Aun así, no me soltó.

James rio y casi se ahoga con el trago.

—¡Nooooo, Kate, por favor, noooo! —exclamó gracioso—. ¡No le preguntes a Miss Diversión! ¡Ten compasión! —Volvió a reír y Francis con él—. Ya puedo ver en los titulares de los periódicos «Bar Ofelia: Escenario de un suicidio a causa de aburrimiento».

Me dieron muchas ganas de reír y, de hecho, hasta Kate lo hizo. Pero, otra vez, me contuve. No podía creer que él también hiciera chistes imaginando titulares de periódicos.

—Oh, pero mira qué graciosos son los duendes y las bolas de *bowling* — dije, mirando la calva cabeza de Francis. Este frunció sus cejas. Luego, volví a dirigirme a James—. ¿Y por qué mejor no escuchamos tus sugerencias, arlequín irlandés?

Francis atisbó con reír, pero él lo fulminó con la mirada.

—¿Es un desafío? —me preguntó con los ojos entrecerrados.

Crucé los brazos.

—Tómalo como tú quieras.

Y su media sonrisa apareció.

—Hecho. —Extendió su mano como cuando se espera cerrar un negocio.

—¿Hecho? —cuestioné sin entender.

—Sí, hecho. Veremos cuál de los dos es más divertido.

Miré su mano, tomé aire y, sin pensarlo —por supuesto—, le di la mano.

—Hecho.

Capítulo 7

Mi boca apestaba más que la de una momia egipcia y mi cuerpo parecía haber sido atropellado por un enorme camión. Por supuesto que esto solo pude descubrirlo al despertarme con un molesto y conocido ruido: el de mi cafetera.

Bufé y maldije por no haber hecho caso a Kate. Quería mucho a ese artefacto, pero juré que, a partir de aquel fastidioso momento, pasaría a ser solo un recuerdo. Me acomodé como pude en la cama y me tomé la cabeza. ¡Cielos! ¡Iba a explotar! La sacudí un poco, me fregué los ojos y suspiré. Necesitaba tranquilidad, pero al parecer mi cabeza no procesó lo mismo, pues, en contra de mi voluntad, me hizo tararear un viejo tema que (aunque no lo crean) solía gustarle a la aguafiestas de R: *Super Freak* de Rick James. Me reí al recordarla cantarlo y seguí con el ritmo hasta que intenté salir de la cama. Sí, «intenté», ya que no pude hacerlo.

—¡Mierda! —insulté al apoyar mi pie izquierdo en el piso.

Enseguida comencé a acariciármelo y, claro, lo descubrí tan ancho e inflamado que pensé que estaba masajeando el tobillo de un elefante. ¿Qué demonios había hecho para quedar así? Pero no pude continuar: la maravillosa melodía de mi cafetera cesó.

—¡Puaj! —escuché luego del fino sonido de un escupitajo.

—¿Kate? —inquirí a un volumen que, por supuesto, nunca me permitiría obtener una respuesta.

Como pude me levanté y, rengueando, me acerqué hasta la puerta para asomar uno de mis ojos en dirección a la cocina.

«¿Qué demonios...?!», me pregunté por dentro no sin antes volverme a escabullir en mi habitación. Me apoyé contra la pared para darme un respiro y, muy lejos de conseguirlo, mi corazón comenzó a latir desesperadamente al recordar por qué había estado tarareando aquella maldita canción... Es al día de hoy que jamás podré borrar esas imágenes en las que, al ritmo de *Super Freak*, movía mi gordo trasero hacia un lado y hacia el otro. Claro que esto no hubiera sido nada de no haber sido porque lo hice parada sobre la barra de Lindsay y con la vista fija en James que parecía hacer movimientos similares a los míos en la otra punta de la barra. Pero, por supuesto, todo esto bajo la magnífica atmósfera de un patético desafío que la gente del bar disfrutaba

gritando y aplaudiendo nuestros ridículos movimientos... Entre esas personas, Kate y Francis, cómo no...

—Maldición... —dije, cerrando los ojos de la vergüenza. Bufé, tragué saliva y, con lo poco que me quedaba de dignidad, me animé a verme en el espejo... Consejo n° 1: Nunca hagan eso... ¡No si la noche anterior fue uno de los peores descontroles de sus vidas!

Parecía un oso panda que había logrado escapar de los ataques de cazadores furtivos. Mis ojos chorreaban delineador y máscara de pestañas. Mis labios estaban más secos que el desierto de Sahara y mi pelo... Bueno, decir que estaba como la melena de Mufasa de *El rey león* es demasiado generoso de mi parte.

No lo pensé dos veces: corrí al baño y me encerré lo más rápido que pude. No volvería a verme al espejo, no sin antes darme una salvadora ducha. Pero, evidentemente, nada en ese día saldría bien. Tomé la toalla y, para cuando quise vestirme, noté que no había llevado una sola prenda más que las asquerosas del día anterior y que por nada en el mundo volvería a ponerme. Casi me largo a llorar de impotencia hasta que vi lo único que podía taparme: mi bata. Desde ya que al «taparme» no puedo agregarle el «civilizadamente», puesto que «esa» bata no era una de esas prendas de la pudiera mostrar en público. El hecho de que tuviera un estampado repleto de corazoncitos rosas y cabecitas de *Hello Kitty* lo explica todo (regalo de Kate). Y entonces vendría lo peor: salir. Cautelosa, tomé el picaporte de la puerta y comencé a girarlo sumamente despacio hasta que logré quedar fuera. ¿Mi idea? Volver a entrar al dormitorio. Eran solo tres pasos que debía dar para llegar. Solo tres malditos pasos...

—Hum... Hummm —Acomodó adrede su voz—. Buenos días..., aunque no falta mucho para que se convierta en un «buenas tardes».

Yo aún estaba de espaldas a la cocina. Pegué mi frente contra la puerta del baño y, rendida, suspiré. No tenía sentido seguir huyendo. Ya me había visto con la bata.

—Buenos días —dije de mala gana, dejándome caer sobre el sofá.

Me miró de arriba abajo y contuvo esa sonrisita que me enfureció hasta hacerme bufar.

—No lo compré yo... Fue un maldito regalo, ¿está bien?

Enarcó una ceja.

—Oye, oye, yo no he dicho nada... —Me miró una vez más y, ya sin poder contenerse, lanzó una risotada—. ¡Pero no puedo evitarlo! ¡Al

demonio! ¿Por qué usas algo como eso, eh?

«Maldito y estúpido hombre sin filtros.»

—Oh, gracias por el elogio —ironicé—. Eres tan caballero que casi olvido por qué demonios estás aquí —dije, fulminándolo con la mirada.

Entrecerró los ojos, tomó la bandeja y la dejó sobre la isla de la cocina.

—¿Lo preguntas en serio? —cuestionó, sentándose en una de las banquetas. Con una seña me invitó a que me acercara.

«Oh, Dios mío, dime que es mentira. Dime que no he hecho nada de lo que pueda volver a arrepentirme (además del baile sobre la barra de Lindsay).»

Tragué saliva, acomodé la voz y, de forma altanera, como si no supiera de lo que hablaba, me senté enfrente de él.

—No sabía que además de tragos hacías desayunos —cambié de tema.

James sonrió, pero me siguió la corriente.

—Bueno, creo que no es mucha ciencia hacer uno —dijo, dando un bocado a una de las tostadas.

«Si cada mañana tuvieras que degustar un desayuno hecho por mí, rogarías ser la maldita bella durmiente para no despertar jamás.»

Tomé un panecillo, lo unté con una crema de color rosa que se veía buena y le di un mordisco.

—¡Cielos! —Creo que abrí los ojos como pocas veces—. ¡Está buenísima! —Miré su rostro satisfecho y me retracté, calmando mi expresión—. Quiero decir... Está deliciosa. Bien hecho... —Y sonreí tímidamente.

—Bueno, al fin me dices algo agradable. —Sonrió.

—Es de tomate, ¿cierto? —pregunté con la boca llena.

Él asintió con la cabeza.

—Crema de tomate. Y las tostadas están bañadas en aceite de oliva con ají molido. —Tomó un sorbo de su café—. Espero que no te enojas... Estrené tu horno.

Reímos.

—Creo que eso no me enfadará tanto como los kilos que subiré al comer todo esto. —Sonreí—. ¿Quién te enseñó a hacerlo? ¿Fuiste a un curso?

Su sonrisa se llenó de nostalgia.

«Oh-Oh. Mel has dado en el clavo.»

—No. Me lo enseñaron hace algunos años. —Tomó otra de sus cremas, untó otra tostada y me la dio—. ¿Probaste esta?

Negué con la cabeza y enseguida la saboreé.

—Wow... Realmente es rica... —No dejaría que se fuera con la suya—. Y dime, duende, ¿quién te ha enseñado?

Agobiado por la pregunta, suspiró. Tomó un sorbo de su café y clavó sus oscuros ojos en mí.

—Una mujer. ¿Está bien? —Apoyó su taza y volvió a suspirar, aunque con el rostro serio. Creo que fue la primera vez que lo vi así—. ¿Ya has probado tu café?

«Alerta roja: el pequeño irlandés intenta desviar el tema.»

Di un sorbo y, otra vez, lo felicité.

—Delicioso... Y puedo asegurar que no fue hecho con mi cafetera. —Le sonreí.

—Dalo por hecho. Y gracias por el cuarto elogio...

Enarqué las cejas.

—¿Cuarto? Te recuerdo que las felicitaciones por la crema de tomate y las tostadas cuentan como uno.

—Lo sé.

«Oh-Oh.»

Yo lo miraba sin pestañear mientras él, muy gracioso, seguía devorando las tostadas.

—Yo no he dicho ningún otro cumplido —dije no muy convencida.

—Oh, sí que lo has hecho. —Me miró a los ojos—. Me lo has dicho anoche... —Y, dando fin a una de sus tostadas, me guiñó.

Vencida y con ganas de golpear mi cabeza por la falta de memoria, suspiré y me tapé el rostro con ambas manos.

«Esto no puede ser cierto. ¡No puede ser cierto!»

Alcé la mirada y con el ceño fruncido de preocupación, volví a expresarme con toda la vergüenza del maldito planeta.

—Tú y yo... —No me animé a continuar.

Él asintió con una sonrisa de oreja a oreja.

Yo cerré los ojos, pero cuando los volví a abrir, James estaba haciendo un viejo paso que desbloqueó mi memoria por segunda vez.

Sí. Recordé otra de esas escenas que no podré borrar nunca más: James y yo bailando el tema musical *Macarena* de Los del Río. Claro que para hacerlo tuve que, previamente, subir un poco mi ajustado vestido... Sí, de tal manera que mis caderas parecieron estar tapadas por un minúsculo top.

—¿En serio? —pregunté, aunque ya supiera la respuesta.

Volvió a asentir, aunque con las cejas extremadamente enarcadas de lo

divertido que estaba.

—De hecho, lo dijiste justo antes de caer. ¿Recuerdas?

Cielos... y hubiera preferido no hacerlo. Pero creo que si hay algo imposible de olvidar es la regordeta y dulce cara de Lindsay preguntándome «Mel, ¿estás bien?». Aunque, por sobre todo, sería difícil dejar a un lado el «Me duele el culo... Ah, y el pie también», respuesta que le di, tirada en el suelo y de su lado de la barra. Pero por supuesto que todo eso no hubiera sido posible si no hubiera caído tras intentar hacer el saltito del baile español con un par de preciosos Louboutin en los pies...

—Maldición... —expresé por lo bajo, pero sabía que no había sido lo único que había pasado en la noche o, al menos, eso pensaba yo—. Y... ¿nada más? —inquirí, frunciendo el ceño.

Me miró fijo a los ojos y, como si muy de a poco se le fuera lo gracioso, tragó saliva y sonrió, aunque con cierta melancolía.

—Y nada más —aseveró. Se levantó, tomó su chaqueta y, ya cerca de la puerta de entrada, continuó—: Será mejor que me vaya. Déjale mis saludos a Kate. Está en el cuarto de invitados... —intentó decir de forma graciosa. Mostró su media sonrisa y, sin más, se fue tras cerrar la puerta.

Habré estado unos cuantos segundos con la mirada fija en la entrada hasta que escuché el sonido de desilusión de Puddle. Él, desde el extremo del sillón, también miraba la puerta, aunque triste y echado.

**

Sí, lo sé. Demasiada información para un solo fin de semana, ¿verdad? Pues estoy de acuerdo. Creo que jamás en mi vida entera había tenido uno igual, a excepción de aquel en el que celebré mi casamiento/divorcio con Rich Bob.

Ya era lunes y mi cabeza aún pedía por más descanso, algo imposible si trabajas para *Revista Emotiva*. Por lo que hice un gran esfuerzo y, después de haber pasado el resto del domingo en cama y con hielo en el pie, me levanté. Esto luego de que mi eficaz despertador «lengua de *bulldog* francés» cumpliera su función como era debido. Me desperecé e, instintivamente, tomé mi móvil: Treinta y cuatro correos sin leer... Todos del trabajo, claro. Suspiré y, antes de salir de la habitación, lo dejé sobre uno de los cojines. Me di un baño relajante, hundí mi cabeza en el agua y, al menos por unos segundos, traté de no pensar. Volví a la superficie y respiré profundo. No me

pregunten por qué, pero aún no podía quitarme de encima ese aire de angustia. Bufé, pero me sentí agradecida al recordar que ese mismo día tenía cita con *Sísifo*... Bueno, Albert, mi terapeuta. Salí, me sequé, me arreglé el cabello y me maquillé lo más natural posible. Entré a mi vestidor y mi cabeza volvió a dar vueltas. Lo primero que vino a mi mente fue «R» y luego «resultados de ventas». Así que tomé mi mejor vestido, zapatos y bolso: la batalla debía ganarla yo..., aunque no estuviera segura de las estadísticas, por supuesto. Tomé las llaves y, lista ya en mi Volvo, fui rumbo al trabajo.

Estaba a solo unos pasos de la entrada. Y el silencio reinaba... Algo extremadamente extraño como peligroso. Suspiré profundo y, armándome de la típica valentía que solía mostrar, entré. El serpentario completo dio media vuelta para observarme. Ni una palabra. Ni una.

Mis sienes comenzaron a sudar, mis manos a temblar y cuando creí que me iba a ir de culo, Florence, mi gran salvador, me tomó del brazo por detrás.

—Cariño, ¿qué haces aquí? —Acomodó la voz y, tratando de disimular, volvió a hablar con un tono alegre—: Acompáñame, cielo, hay una serie de vestidos que debes preseleccionar...

No tardamos más de diez segundos en salir que Florence no me dejó hablar.

—Gracias, Florence, yo...

—¡¿Acaso estás loca?! —exclamó, pero recobró la calma al observar que unos oficinistas acababan de llegar al piso. Me tomó del brazo y, muy disimuladamente, continuó murmurando en mi oído mientras caminábamos hacia el ascensor—. ¿Te has dignado a leer siquiera uno de mis miles de correos, Melany?

¡Puf! Cómo odiaba que me llamaran así...

—¿Es necesario que aclare que no, Florence, o puedo directamente tomarla como una pregunta retórica?

Bufó sin perder su postura refinada.

—No es momento para bromas, Mel —dijo antes de que ingresáramos al elevador. Marcó el piso doce y solo cuando las puertas se cerraron, continuó—: Tu entrada en el blog, ese que tienes, ha generado un gran alboroto y de más está decir que el sector más afectado ha sido el mío, «querida» Adams.

Enarqué una ceja.

—No sé por qué vienes con eso ahora si la maldita entrada ya es noticia vieja, Florence. Tú mismo la leíste el viernes. Digamos que ya estabas al tanto de lo que podía ocurrir, ¿no es cierto?

Giró hacia mí con una mueca de disgusto.

—No hablo de «esa» entrada, preciosa.

Reí.

—Entonces no sé de cuál «otra» estás hablando, capullo —expresé sonriente y sarcástica—. La última fue la del viernes, ¿OK?

Florence se envaró y, hecho una furia, tomó su móvil. Sus dedos nerviosos no hacían más que buscar torpemente algo que, por supuesto, me mostraría en cuanto lo encontrara.

Yo seguía sonriente y segura hasta que, muy lentamente, unas confusas imágenes comenzaron a aparecer en mi mente...

«—Yyyyy eso fue lo que pasó con el idiota de Rich Bob. Deeee todas formassssshhh, ya no me interesa un céntimo su malldddita vida... —Hipo —. ¡A la mierda con Rich y a la mierda connn R tambbbbién! —recuerdo haber expresado colgada del cuello de... James.

Alguien abrió la puerta de mi departamento y sentí estar dentro por un alegre ladrido de Puddle.

—Francis, tú deja a Kate en el cuarto de invitados. Luego ve a tu casa. Yo me encargo —le escuché decir.

—¿Pero sabes? —Hipeé, despegando mi rostro de su cuello para mirarlo a los ojos—. Ya no seguiré más tooooddlla estaaasdd patraña, nooo. —Hipo y risa—. ¿Sabes por qué?

—No —dijo a secas mientras con una mano intentaba hacer a un lado el cobertor de mi cama.

Me recostó como pudo, me tapó y, a punto de irse, lo hice: lo tomé del brazo.

Él me miró fijo a los ojos. Yo no había dejado de mirarlo. Se hizo un silencio... un extraño, pero asentador silencio.

—¿No quieres saber por quéddd? —Hipo de nuevo.

Suspiró y noté cómo su pecho había comenzado a agitarse. Tragó saliva y, luego de unos segundos, se sentó en el borde de la cama... a solo unos pocos centímetros de mí.

—Adelante. Dímelo —sentenció con seguridad.»

Y no pude recordar más, pues Florence me volvió a la realidad al pegarme en las narices su enorme móvil. Y en él estaba la última entrada del blog...

Queridos lectores:

No lo puedo contener más...

La próxima boda será la última... La última porque, al fin, estoy enamorada.

Publicado por AdamsMel en 4.27

Sí, era claro: el comienzo de mi fin estaba escrito... y literalmente hablando.

Mierda, mierda, mierda.

**

—Cariño, piensa algo antes de entrar —me dijo Florence con tono preocupado. Enseguida supo que aquella entrada en el blog no había sido más que un «accidente».

—Tranquilo, Florence. En estos casos es mejor dejarse llevar —le mentí con la intención de creérmelo a mí misma.

«Oh, sí, déjate llevar como las últimas veces. A lo sumo, despertarás al lado de un irlandés en pelotas», me dijo mi cerebro.

Pero ¿qué más podía decir? La había cagado como nunca y la razón no me daría una idea creíble. Dejaría que la creatividad (si era que la tenía, claro...) llegara a mí y de forma espontánea.

Suspiré e irguiéndome tomé el brazo de Florence para entrar a la inmensa sala de reuniones.

La larga mesa estaba repleta de los directores y jefes de todos los departamentos de la revista. Y claro, como no podía ser de otra manera, R en la cabecera.

Todas las miradas se clavaron en mí, incluso la de mi madre que, particularmente, era seria y fría. Aunque, en realidad, no era nada raro en ella...

Sonreí y, en cuanto di el primer paso, comenzaron los murmullos. Florence se sentó al lado de Kate quien aún permanecía atónita y con el ceño fruncido. Seguro recién se enteraba. Y yo, solo para fastidiar a R, me senté en la cabecera opuesta a ella y sonreí con suficiencia para sellar aquella

magnífica escena.

R hizo una mueca de disgusto.

—Buenos días —saludé alegre y con seguridad.

«Cielos... ¡¿Qué es lo que diré, qué mierda es lo que diré?!»

—Buenos días... —saludaron casi al unísono.

—Para mí no tan buenos —expresó R sin quitarme la vista de encima.

Otra vez el murmullo.

—Pues qué raro... Deberían serlos.

WTF?!

—¿En serio? —Se acomodó sobre su distinguida silla—. ¿Realmente crees eso? Porque, de ser así, deberás dar una explicación —dijo a secas.

«OK... ¿Por dónde comienzo, querida madre? ¿Por el baile sobre la barra o con la conversación borracha es suficiente?»

—¿Debo explicarlo? —expresé con soberbia—. Vamos, R, es obvio. Me voy a casar y, esta vez, en serio.

Se hizo un largo y profundo silencio.

«Vamos, maldita tierra, ¡trágame de una puta vez!»

R entrecerró los ojos y enarcó una ceja.

—¿Pues entonces no ha sido un simple... «error»? —inquirió sagaz, remarcando la última palabra.

Tragué saliva, pero mantuve la estúpida sonrisa firme.

«¡Oh, vamos! ¿Es un chiste? ¡Claro que no! ¿O acaso piensas que escribí aquella entrada totalmente inconsciente y ebria? ¡Por favor! ¡Qué pregunta!»

—Claro que no, R. ¿O acaso ya te has olvidado lo que hablamos el viernes? —Todos aspiraron alarmados. Y sí, aquello era una especie de insulto a la «gran directora»—. Aunque no te culpo... Sé que fueron muchos los asuntos que organizamos —dije, tratando de arreglar la situación.

—Oh, claro que no lo he olvidado. Simplemente quería que lo confirmaras de esta manera para que todos pudieran ver que hablas en serio, Mel. Ya sabes... Ninguno lo creyó cierto. —Sonrió—. Hasta pensaron que se trató de una de esas «baratas» estrategias a las que, últimamente, nos tienes acostumbrados.

Sí, sí, murmullo y más murmullo. No era para menos, ¿no?

—¿Y por qué «baratas»? ¿Se puede saber qué quieres decir con eso, R? —inquirí ofendida mientras cruzaba mis piernas con altanería.

Una media sonrisa se dibujó en su pálido rostro.

—¿Por qué, seguramente, no dan los resultados esperados es explicación

suficiente? —preguntó irónica. Luego dirigió su mirada a George, Director de Ventas—. George, por favor, ¿puedes darnos los detalles de las ventas? Tal vez eso nos ayude a entender mejor la situación, especialmente a Melany Adams —expresó con ese tono asquerosamente fino y tranquilo.

—Por supuesto, R. —Acomodó su voz y comenzó a dar cada uno de los resultados finales de ventas conseguidos en cada Estado del país—. El porcentaje obtenido en Florida, en comparación a la tirada anterior, ha sido de...

Sí, realmente aburrido y desesperante a la vez. Tuve que contener el deseo de revolearle algo por la cabeza. ¿No podía decir el resultado final y ya? Maldito chupamedias...

Mi respiración estaba más agitada de lo habitual y mis dedos golpeteaban el apoyabrazos de la silla. R no me quitaba la mirada de encima y, por cada resultado bajo que largaba George, enarcaba una ceja e intensificaba su media sonrisa. Por supuesto que yo no me quedé atrás, pues por cada resultado que superaba al anterior, elevaba mis dos cejas y le sonreía satisfecha. Ay, ay, ay... El amor entre madre e hija es único... y, en mi caso, tan especial que se torna insoportable.

Y así parecía que seguiríamos toda la maldita mañana. Sin embargo, y repentinamente, George calló. Su cabeza, totalmente pelada, comenzó a perlarse del sudor (puaj... qué asco) y sus ojos, después de quedarse un buen rato estancados en la parte inferior de la pantalla de su *tablet*, comenzaron a moverse de un lado a otro. Sí, tenía el resultado final y, por su expresión, parecía realmente preocupado. R y yo nos lo quedamos mirando con una ansiedad que nos devoraba a las dos, pero él parecía no reaccionar, pues no hacía más que turnar su mirada entre las Adams. Y pasaron unos tres segundos hasta que ninguna lo soportó más.

—¡¡¡¡Dilo!!!! —exclamamos y ambas al mismo tiempo.

El pobre hombre se sobresaltó y volvió a enfocar su mirada en la pantalla.

—Pues... —Las dos teníamos los puños cerrados—. De acuerdo a los porcentajes finales de cada Estado, la diferencia de ventas entre el número anterior y el último es de... —Tragó saliva—. Es de... —Suspiró—. Cero.

Todos largaron el aire que mantuvieron contenido en sus pulmones. Pero R aún parecía no caer en la situación. Y yo tampoco, pues jamás en toda la historia de la empresa la diferencia había dado cero. Siempre fluctuaba, en especial antes de la estrategia de «mis bodas». Subían, bajaban, pero jamás eran iguales. Y, desde que empecé a casarme y divorciarme las ventas no

habían hecho otra cosa más que aumentar.

Se hizo un molesto y profundo silencio.

—¿Cero? —preguntó R a George, aunque me miraba a mí.

El hombre, nervioso, asintió con la cabeza y se sentó. Creo que intuyó la batalla que allí se libraría.

—Es un buen resultado —dije sonriente y elevando un poco el mentón.

Oh, sí, aquello enfurecía mucho a R...

—Claro que no lo es —afirmó sin quitarme la mirada de encima.

—Sí, lo es —volví a decir.

—No, no lo es.

—Sí, R, es buen resultado.

—No, Melany, cero no es un buen número.

Y así seguimos un par de veces más. Parecía entretenido, pues las miradas de todos iban de una punta a la otra como si se tratara de un partido final de tenis. ¿Quién ganaría el US Open de la moda?

—Diiisculpen... —interrumpió lo que hubiera sido un eterno partido. Acomodó la voz y mejoró su postura a una más firme—. Si me lo permiten... No se trata de un resultado negativo —dijo mirando a R—, ni tampoco de uno positivo —agregó, mirándome inquisitivamente—. Es simplemente un «cero», o sea ¿nada? —expresó Florence con un leve tono sarcástico.

Las dos endurecimos los labios y suspiramos profundamente, aunque sin dejar de mirarnos.

—Florence tiene razón. Estos resultados solo reflejan que las ventas se han mantenido —dije para calmar las aguas. Alguna debía ceder y era claro que R no lo haría.

—Sí, lo que no significa que para mí sea un buen resultado.

Por supuesto... ¿Podía ser de otra manera?

—Claro, R, como tú digas... —dije con desgano y revoleando los ojos.

—Claro que sí. ¿Ahora comprendes por qué digo que tus impulsivas estrategias no son más que basura? —Sonrió y todos se quedaron atónitos por lo que había dicho.

—Pues no dijiste lo mismo, hace dos semanas, cuando las ventas ascendieron al triple gracias a otra de mis efusivas y «baratas» entradas en el blog, «querida» R...

«Toma, perra.»

—¿Obra de la casualidad? —expresó sin vergüenza.

—Puede ser... Aunque, siendo así, deberemos ser muy agradecidos con el

azar, pues hace más de un mes ocurrió exactamente lo mismo con otro número, adorada R —le respondí, entrecerrando los ojos.

—Hum... Humm... —interrumpió Florence—. En fin... —volvió a intervenir con una sonrisa sumamente superficial que iba de oreja a oreja—. ¿Por qué mejor no nos adentramos en la última noticia? —preguntó sin pensarlo.

Yo lo miré abriendo los ojos como dos platos mientras las aletas de mi nariz se abrían de la desesperación. Florence, automáticamente, hizo una mueca de arrepentimiento y sus labios, sin emitir sonido, expresaron un «lo siento, cariño.»

R sonrió maquiavélica.

—Buen punto, Florence. Agradezco que alguien de esta mesa sí piense. —Entrecerró los ojos y relajó su espalda en el respaldo—. Somos todo oído, Mel Adams... Cuéntanos sobre tu «verdadero» prometido.

«Oh, claro que sí... ¿Por dónde empezar? A ver... Veamos... ¡Pero cierto! El tema es que... ¡NO TENGO NINGÚN MALDITO PROMETIDO!»

Sonreí como estúpida y, a punto de no decir nada, mi mente se iluminó.

—Me encantaría hacerlo, pero... Ya sabes, R. No me gusta arruinar tus estrategias. Tú misma me lo pediste expresamente: «No digas quién será el novio hasta el día del evento.»

«¿Y ahora quién es la que manda, capullo?»

R sonrió otra vez.

—No tienes por qué decir el nombre. —Se enderezó, suspiró y, seria, dio una fugaz mirada a la mesa—. La reunión ha terminado para todos, excepto para los departamentos de Moda, Marketing, Relaciones Públicas, Publicidad y Redacción. Gracias y continúen con sus labores diarios. —Aquellos se levantaron y, solo cuando se marcharon, R volvió a hablar—. Bien, Melany, ahora sí podrás hablar con libertad... ¡Oh! Casi lo olvido... Te ahorraremos el trabajo de que lo hagas por sí sola. Cada uno de ellos, en orden y por turnos, te preguntará todo sobre tu novio, menos el nombre, por supuesto. —Hizo una breve pausa y, apuntando con el mentón, se dirigió a él—. Florence, comienza tú, por favor.

Maldita y apestosa víbora. Quería asegurarse condenarme de por vida.

—Humm... Hummm... —Acomodó sus anteojos de marco turquesa y me miró con marcada pena—. Pues, nos interesaría saber sobre su contextura física. —Me sonrió y guiñó.

De todo lo que pudo haberme preguntado, aquello era lo menos

complicado, por lo que me daba un poco más de tiempo a pensar.

«Oh, bueno, ya sabes, tiene un rostro sumamente varonil, unas gruesas manos que saben tomarte de... ya saben dónde y tiene pedazo de... Esperen... ¿no estoy hablando de...?»

Mierda.

—¡Hum! —expresé al recordar a James. Pero no tardaría en enfocarme—. Bueno, es fornido, con eso quiero decir que tiene buena figura. Su rostro es muy varonil y es alto, sí... alto. —Tragué saliva.

R enarcó una ceja al modo «¿Eso es todo?».

—Yyy, Mel, ¿puedes decirnos el color de cabello o algo más como para guiarnos un poco mejor? Necesitaremos saberlo para la elección de los tonos. Ya sabes cómo son los diseñadores con eso... —se apresuró a cuestionar Florence. Y Dios lo salve... No sé qué hubiera sido de mí si R hubiera intervenido.

—¡Oh! Claro, Florence, disculpa... —Sonreí y luego de que mis ojos vagaran por el techo, volví a expresarme—: Bueno... Es rubio, pero su piel es tostada, pues... Suele viajar a... algunos lugares. Tiene una boca muy... —Sí, lo estaba recordando—... muy sensual y su voz es muy particular.

—¿Color de ojos? —inquirió R veloz y astuta.

—Oscuros.

«WHAT?!»

Ella sonrió de oreja a oreja. Siempre que quería descubrirme usaba la misma maldita estrategia: tomarme por sorpresa.

Pero no fue ella la más asombrada. Kate me miraba con el ceño fruncido y su expresión típica de «WTF???!».

Tragué saliva y, aún sonriente, recé por dentro. No veía las horas de que aquello terminara.

—Bien. ¿Alguna pregunta más, Florence? —Y frente a la negativa del Director de Moda, continuó—: Entonces sigues tú, Kate Lawrence.

«Que no pregunte sobre su pene, que no lo haga, por Dios...»

—Bien... ¿Está bien dotado? —Mierda... Todos, incluso R, abrieron los ojos como pelotas—. Humm... Hum... Quiero decir si su disposición económica es buena, por supuesto...

«Sí, claro... Como si no te conociese, maldita perversa.»

Todos suspiraron frente a la aclaración.

—Bueno, digamos que sí.

—¿Le gusta la moda?

«¿Y cómo demonios voy a saber eso?! ¡Maldita y sonriente Kate!»

—Mmmhhh... Creo que no le gusta el color rosa. —Rieron.

—Y... ¿le gustan los cojines?

«OK... ¡¡¿¿Qué tipo de pregunta es esa??!!»

La descarada mantenía la mirada en su *tablet*.

—Podría decirse que sí —respondí, fulminándola con la mirada esperanzada en que, en cualquier momento, se prendiera fuego.

—Parece que sabes algunos detalles más que nosotros, Kate... —dijo R con suspicacia.

Kate sonrió, pero no le dio chance a seguir escarbando.

—Y última pregunta —Gracias a Dios—: ¿Puedes darnos algún indicio de su profesión?

Consejo n° 2: Intenten que sus mejores amigas no sean compañeras de trabajo. La relación puede terminar en un ring de boxeo o en un asesinato de primer grado.

—Qué buena pregunta... Gracias, Kate —dije con un tono irónico que, al menos ella, detectó—. Digamos que... Arregla corazones...

Sí, la Jefa de Redacción volvió a fruncir el ceño, pero con marcadas ganas de mearse de la risa. Aquella entrevista estaba siendo un completo y absoluto desastre.

—Bien —dijo para luego perfilarse en dirección a «ella»—. No tenemos mucho tiempo más... Así que, Sophy, tú harás las preguntas para Marketing, Publicidad y Relaciones Públicas.

«¡Genial! ¡Adelante, Sophy! ¡No te imaginas las ganas que tengo de responder a tus, seguramente, benévolas y bien intencionadas preguntas!»

Sonreí y dirigí mi mirada a la maldita zorra.

—Por supuesto, R. —Y me miró con esa cara de «te haré pedazos, capullo»—. Bien, Mel, no quedan muchas preguntas por hacer, pero... dinos, ¿es famoso o pertenece a alguna de las altas esferas?

«¿En serio? ¿Altas esferas? ¿Qué quiso decir con eso? Estúpida...»

—Oh, no, esta vez, no.

Todos murmuraron. Aquello sí que era una sorpresa, pues era la primera vez que me casaría con un completo desconocido. R enarcó las cejas. Cómo no...

—Interesante... Y ¿ha hecho algún acto de beneficencia o algo por el estilo?

«Oh, por supuesto que sí. De acuerdo al novio que estuve describiendo,

que no es más que una estúpida e irreal fusión entre dos hombres que conocí hace solo dos días, podría decirte que ha viajado a África para curar enfermos. Ahora también podría decirte que su mayor acto de ‘beneficencia’ ha sido cobijar en su bar cientos de almas en pena, como la mía y la de Kate. Claro, eso quitando que me ha llevado hasta mi apartamento para arrojarme como a una niña de siete años...»

—Claro que sí, Sophy. De hecho su profesión se relaciona con eso.

Maldita fuera mi boca.

Abrió los ojos como dos platos y sonrió al modo *Revista Emotiva*.

—Pues qué bueno que hayas dicho eso porque me has dado el pie ideal para la última pregunta... ¿Es médico, Mel?

«¡Zorra! ¡Maldita zorra asquerosa! ¡Te arrancaría todos y cada uno de esos bucles y los usaría para adornar mi maldito árbol de Navidad!»

—Pues... Digamos que, al menos, ha salvado mi vida.

Todos rieron complacidos por aquella respuesta, aunque ella no hizo más que mirarme con los ojos entrecerrados. Era claro que no pararía hasta averiguar quién era realmente «mi prometido»... Sin dudas, estaba dispuesta a lo que fuera con tal de demostrar que aquello no era más que una pantomima. Y por supuesto que para arruinar mi imagen y carrera que, por cierto, ya pendían de un hilo.

—Bien, eso ha sido todo por hoy. Pueden retirarse, y Florence, por favor, encárgate de todos los diseñadores que no han dejado de llamar. —Luego se dirigió a Kate—. Tú hazte cargo de armar una buena nota anunciando, como es debido —remarcó—, la gran nueva noticia. Y tú, Sophy, serás la asistente de Mel. A partir de este momento, estarás al pendiente de todas las citas, entrevistas, cosas y detalles que puedan necesitar Mel y su novio.

¡Genial!

Kate empalideció en un santiamén.

—Por supuesto, R —expresó Sophy ansiosa de aprovechar aquella magnífica oportunidad para cagarme la puta existencia.

—Oh... Creo que eso no será posible, R —dije sin pensar.

—¿Por qué no? Y no me digas que es por ese asunto personal que hay entre Kate y ella porque sería lo único que me falta esperar de ti, Mel. Quiero creer que aún queda algo de esa periodista profesional que solías ser.

¡Sí! ¡No podía ser de otra manera! ¡Nada más dulce y maternal que un puñal directo y sin escalas al corazón de tu hija!

Tragué saliva, entrecerré los ojos y puse mi rostro serio como pocas veces.

—Tendrás que perdonarme, R, pero, esta vez, necesitaré el mejor equipo de profesionales posible. —Miré a Sophy que, por la expresión, estaba a punto de escupirme a la cara. Jiji... Estúpida—. Lo siento, Sophy, pero necesitaré que el nombre del novio se mantenga en absoluto secreto. Y con esto no quiero decir que fueras a divulgarlo. —No, claro que no—. Simplemente es que para poder llevar a cabo esto, y que es lo más importante a los fines comerciales de la revista, necesito de alguien sumamente observador, especializado en despistar a esos periodistas que estarán al acecho de descubrir el nombre del novio. ¿Comprendes?

—Sí, pero yo... —quiso continuar, pero R la interrumpió.

—¿Y a quién sugieres? —cuestionó fría y veloz.

Dibujé una media sonrisa.

—¿Es necesario que lo diga? —Ya no había nadie más que nosotras cuatro. Sus miradas estaban clavadas en mí, especialmente la de Kate que parecía no saber el nombre que diría—. Vamos, es obvio... No hay nadie mejor que Ralph.

—¿Norman Bates?! —expresaron Kate y Sophy al unísono.

Sonriente, despacio y segura, asentí con la cabeza.

R pareció meditarlo por unos segundos, pero no tardó en dar su veredicto.

—Tiene sentido.

—¿Qué?! —exclamó Sophy, horrorizada—. Pero, R, yo sé que puedo...

—Ya está dicho —sentenció—. Sophy, puedes retirarte. Desde ahora, y con respecto a este evento, responderás únicamente a las cuestiones de Relaciones Públicas. Y solo lo harás de acuerdo a lo que Mel y Ralph digan que puedes dar a conocer. ¿Entendido?

Sophy endureció los labios y tragó saliva.

—Está bien, R. Así será —respondió, conteniendo la rabia.

—Bien, ya pueden retirarse.

Sophy salió disparada de la rabia. Kate fue la segunda en salir y, cuando me dispuse a ser yo la tercera, R se me acercó hasta quedar delante de mis narices, impidiendo que continuara.

—Y tú, Mel, asegúrate de «corregir» la entrada del blog. No sea cuestión de que «algún oportunista» descubra que la escribiste bajo «estado de... inconsciencia», para ser sutil... —Me miró de arriba abajo con ese aire despectivo y, al ver que no podía decir nada de mi apariencia, dio media vuelta y se retiró.

Suspiré de la rabia, pero más rápida que un rayo, tomé mi teléfono móvil y

busqué la última entrada.
«*Queridos lectores:*»
Maldición...

Capítulo 8

Estaba exhausta, pero aun así tuve la suficiente claridad para dar aviso a todos los sectores de que no publicaran ni dijeran nada sobre los indicios que había dado sobre «mi novio». No hasta que pasara al menos una semana... Claro que para esto Kate fue de gran ayuda, pues informó que armaría una nota especial en la que daría la gran noticia y, si lo que queríamos era aumentar las ventas de esa semana, teníamos que mantener la tensión hasta que saliera el número con su nota. Tampoco daría muchos detalles en esa primera publicación, por lo que volvería a ser atestada por cientos de periodistas del espectáculo, diseñadores y lectores, pero por lo menos me daba un tiempo más para organizar lo que ahora sí involucraba mi vida personal.

No quería saber más nada de nadie, solo quería seguir encerrada en mi maldita oficina hasta que se hiciera la hora de salir para ir a ver a *Sísifo* (Albert). Y así, no tardé más de diez segundos en silenciar todo tipo de aparato tecnológico y cerrar con llave la puerta para echarme sobre mi hermoso y mullido sofá blanco. Los párpados me pesaban como si hubieran estado hechos de plomo y, cuando estuve a punto de cerrarlos, sin querer, contemplé las paredes repletas de las fotografías de mis bodas. Mierda... Eran muchas, pero al menos en todas había sonreído, incluso en la de Rich Bob (tomada antes de encontrarlo ya saben cómo...). Quise olvidarme de todo aquello y para cuando, otra vez, quise abandonarme en el puto sueño, observé mi escritorio. Creo que hacía bastante tiempo que no había tenido un día tan angustiante, pues noté que, a diferencia de los típicos escritorios decorados con fotografías de la familia, yo solo tenía una foto de Puddle de cuando era un pequeño cachorrito. Ni siquiera había puesto una foto de ambos... Pero claro que esto no lo había hecho porque jamás me había preocupado en tomar una foto en la que estuviéramos los dos. Aunque también porque no había alguien, en el día a día, que le naciera hacer eso por mí. Y sí... sentí ese mismo agobiante vacío que venía sintiendo desde... desde hacía unos días. ¿Qué increíble, no? Haber cumplido el sueño veinte veces, estar rodeada de tanta gente que desea lo que tienes y haces, que te admira, que quiere leerte y saber más de ti para luego encontrarte sola todas las noches preguntándote lo mismo: «¿Esto es ser feliz?».

Suspiré y, enfurecida, me tapé el rostro con ambas manos. ¿Qué había hecho con mi vida? Y más aún: ¿Qué acababa de hacer con ella que, por más que hubiera pataleado contra R, terminé haciendo lo que ella quiso desde el principio?

«¡Vendí mi puta alma al Diablo!», pensé mientras me sacudía como un niñita sobre el sillón.

De pronto, se oyó la puerta abrir.

—¡Felicidades, cariño! ¡Vendiste tu alma al Diablo! —exclamó Kate coincidente mientras entraba.

WTF?!!!!

—¿Me puedes decir cómo demonios es que tienes la llave de mi oficina? —inquirí sin salir de mi sillón.

—¡Oh! ¿Es necesario que lo diga? —expresó burlona, intentando imitarme, aunque con un tono mucho más chillón.

Ja-Ja-Ja. Qué «graciosa»...

Bufé.

—¿Ralph? —le pregunté.

Kate asintió sonriente mientras se sentaba en el otro sillón de un solo cuerpo.

—Tiene sentido... —dije sin pensar.

—Oh-Oh... Empiezas a sonar como R.

Revoleé los ojos y volví a bufar.

—OK. Si vienes a darme un gran sermón, no entiendo por qué no lo hiciste antes. Pudiste haberlo hecho en el correo en el que te pedí que se retrasara lo de publicar los detalles sobre toda esta mierda del novio, ¿no? —dije fastidiosa.

Kate suspiró y me miró durante varios segundos, aunque con cierta pena. Cómo odiaba que hicieran eso.

—Mel... Vamos, ¿por qué lo hiciste? —me preguntó preocupada como pocas veces. Sí que era raro escuchar a Kate hablar en serio.

Tragué saliva.

—¿Por qué escribí esa entrada en el blog o por qué le mentí a todos, incluida R?

—Mmmhh... —Kate revoleó los ojos, haciéndose la pensativa hasta que volvió a mirarme—. Me interesan las dos.

Suspiré.

—Pues no lo sé... —respondí vencida y volviéndome a tapar la cara.

—Genial... Tal como lo esperaba —dijo con el ceño fruncido. Luego se paró y caminó para sentarse donde yo estaba echada—. Vamos, intenta pensar al menos una de las dos, Mel. Debes aclararte un poco, no puedes vivir haciendo lo que te sale en el momento. Tú no eras así...

—¿Y tú qué recomiendas para impulsar mi madurez, querida Kate? ¿Convertir a los hombres en pelvis con patas o mirar el trasero de mi médico hasta que se me acabe la baba? —pregunté sarcástica.

—«Culo», Mel, se dice «culo» —respondió con suma tranquilidad mientras me abrazaba y acariciaba el cabello.

OK. No hablaba tan en serio. Si había una salida y esa era Kate, mi vida ya estaba condenada al putito infierno.

—Oh, Kate... —Suspiré—. ¿Qué es lo que tengo que hacer?

Me tomó de los hombros y me hizo mirarla fijo a los ojos.

—Mel, el asunto es más que sencillo. No tienes por qué cometer semejante locura. Ve, habla con R y dile que no puedes hacerlo. Dile la verdad, Mel.

—No puedo hacerlo —dije mientras negaba con la cabeza—. No, no puedo hacerlo. Sería como... sería como... rendirme.

Kate frunció el entrecejo.

—¿Rendirte? ¿De qué estás hablando, Mel?

—Sí, rendirme. —Segura, me erguí y, sonriente, continué—: Y no dejaré que eso suceda. Le demostraré que mis estrategias no son basura, como ella dice, y que mi creatividad no es pura coincidencia. —Se hizo un silencio—. Veremos quién gana... Eso, veremos quién gana esta vez —dije, recordando a mi madre.

—¿En serio? ¿Y para hacerlo necesitas terminar de venderle tu vida? ¡Qué demonios, Mel! ¿Te casarás y vivirás con alguien que no amas solo para demostrar a tu madre que eres capaz de hacer cualquier cosa para que gane más y más millones? ¡Eso sí que es ridículo! Vamos, ¿es que no puedes decirle que solo se ha tratado de un simple error? Porque eso es lo que ha sido, ¿verdad? —Otra vez, pero peor: se hizo un largo y profundo silencio—. Ha sido solo un error, ¿verdad, Mel? —volvió a preguntar con un tono del que se podía percibir cierta incertidumbre.

Tragué saliva. Las palabras no me salían. Pero para cuando la petrificada Kate estuvo a punto de volver a intervenir, la voz de Ralph anunciándome, desde detrás de la puerta, la cita con Albert me salvó de responder.

—Debo irme, Kate. *Sísifo* me espera. ¡Te veo mañana! —Y le tiré un beso justo cuando ella, con su típica expresión de desesperación, abría los ojos

como dos huevos para expresarse en un desafinado grito de ansiedad frente al desconcertado Ralph.

—iiiiiiiiiiMeeeeeeeeeeeeell!!!!!!!

**

Abrí la puerta y, sin que elevara la vista de su anotador, me saludó con su simple y clásico «Hola». Ya estaba listo para el maratón. Y pobre Albert, no lo hacía de grosero, sino porque nos conocíamos hacía años y sabíamos que el tiempo en mis sesiones era más que preciado. Si de mí dependía, podía instalarme a vivir en su consultorio. Y él lo sabía. Pero, esta vez, yo estaba extrañamente más... ¿cómo decirlo? ¿Tranquila por no hablar?

—Hola, Sisi[9] —expresé risueña. Sabía que odiaba que lo llamara así.

—Ya te lo he dicho: O Albert o *Sísifo*. Que sea gay no quiere decir que me guste que me llamen como a la emperatriz austríaca, Mel... —dijo con desgano—. Ahora, ¿podemos ir a lo nuestro? Ya hemos perdido unos cuantos segundos de oro, cariño.

Reí y él, aunque no había elevado la vista, también sonrió. Ay, cómo nos conocíamos...

—Bien... —dijo al notar que yo ya me había despatarrado en el sillón—. ¿Lo has hecho? —preguntó seco.

—Sí.

Anotó.

—¿Cuántas veces?

—Una.

Se hizo un silencio.

Albert, lento y con los ojos entrecerrados, elevó su mirada y la clavó en mí.

—¿Una?

Suspiré. Me estaba poniendo nerviosa.

—Sí, Albert, una. ¿OK?

Asintió.

—Y llegaste al final, ¿verdad? —preguntó como si aquello fuera obvio.

Me tomé unos segundos, pero respondí.

—No.

Volvió a mirarme, pero esta vez lo hizo tan rápido que tuvo que acomodarse los anteojos.

—Humm... Humm... Bien... Pero, al menos, ¿lo disfrutaste?

—No lo sé... Digamos que... me dormí —respondí sin ganas.

Albert frunció el ceño.

—Mmmmh... Ya veo... ¿Cuánto duró?

—Una hora y ocho minutos, Albert.

Tragó saliva.

—Ajam... —Volvió la vista a su anotador—. ¿Y con cuántos?

Suspiré. Sí, maldita sea, suspiré...

—Con uno solo.

—OK. —Tiró el anotador sobre la pequeña mesita que estaba a su lado, suspiró muy profundo y me miró directo a los ojos—. ¿Esto es una broma? En todos estos años jamás, ¡jamás! me has dado una sola vez respuestas como estas, Mel.

—Pues... Yo...

Sacudió su cabeza y, tratando de recobrar la calma, volvió a mirarme.

—¿Te has oído, Mel?! ¡Acabas de decirme que viste *Orgullo y Prejuicio* una sola vez, que no terminaste de verla y encima con un solo pote de helado! ¡Vamos! ¡No lo entiendo! ¡Habla ya, Mel! —exclamó en una mezcla de ansiedad con felicidad, y con ambas manos sosteniendo su mentón. Parecía un niño a la espera de un cuento de hadas.

Y sí, no era para menos. Realmente era algo sorprendente para nosotros dos. Aunque, viéndolo así, ya puedo deducir las puerçadas que ustedes habrán imaginado... ¡Cochinos!

—Por dónde empezar... Es que... No sé si tenga deseos de hablar, Albert.

Enarcó una sola ceja.

—¿En serio? Pues no te irás de aquí sin antes explicarme qué demonios ha sucedido este fin semana, preciosa —afirmó con media sonrisa.

—Humm... Con decirte que conocí a un médico que me hizo sentir la más estúpida y babosa de las mujeres no será suficiente, ¿verdad?

—Oh, cielos... Pues tú me dirás, Mel —dijo, acomodándose en su lugar.

Sí, la función había comenzado.

—Bueno, si eso no alcanza, tampoco será suficiente si te digo que esa misma noche fui al bar donde Lindsay me hizo un trago que me dejó de culo y donde también, gracias a Kate, discutí con un hombre que más bien se parecía a un duende irlandés. Pero no desesperes, Sisi. Eso no hubiera sido nada de no haber despertado, al día siguiente y en mi cama, con aquel hombre totalmente en pelotas...

Albert metió los labios hacia dentro para no cagarse de la risa.

—Sí, adelante, puedes reírte... —Revoleé los ojos.

—Lo siento, lo siento, Mel —dijo, tratando de recomponerse. Luego acomodó la voz, se acercó un poco más y me miró fijo, con los ojos entrecerrados—. Y dime... ¿En qué lugar de la escala está?

Yo también entrecerré los ojos y sonreí.

—¿Eso es realmente relevante para la terapia, Albert? —inquirí, enarcando una ceja.

—Por supuesto, Mel. Debo ayudarte a descubrir las causas de tu angustia... —dijo sugerente y moviendo las cejas varias veces hacia arriba.

—Claro, por supuesto... —Suspiré—. Bien, digamos que era un... «Salta, Willy, salta».

Albert se sacó los anteojos y se mordió el labio inferior.

—Oh... Vamos, no te creo.

—¿No?

Y con mis dos manos le di una idea de sus... dimensiones.

—¡Oh! ¡Por todos los cielos, Mel! —dijo alegre—. ¿Qué es lo que puede tenerte mal entonces? ¡No lo entiendo!

—Pues nada me hubiera puesto mal si aquel hombre con el que desperté no fuera James O'Brian... —Bufé.

—¿James?! ¡¿El dueño del bar por el que tú escapabas antes de casarte con Rich Bob?!

—El mismo, Albert, el mismo...

—¿Pero no era que lo conocías ya? Vamos, Mel, hace años que tú y Kate van a allí.

—Pues no, Albert. Solamente lo conocía de nombre y por los comentarios de Lindsay.

—No puedo creerlo, Mel. Hasta yo lo conozco... Y ahora que me dices esto, nunca hubiera imaginado que con su estatura fuera a tener... —Sus ojos vagaron hacia un costado y su sonrisa fue de oreja a oreja. Sí, lo estaba imaginando el baboso—. Quién iba a decirlo... Un «Salta, Willy, salta»...

—OK. Ya basta, Sisi. Para babosas ya estoy yo.

—¡Wow! ¿Acabo de percibir un ataque de celos?

Bufé y puse los ojos en blanco.

—¡Claro que no!

—¿Entonces...?

—Entonces que no es todo, Albert.

—OK, tú quieres infartarme, ¿verdad? Perdóname, Mel, pero después de tantos años con lo mismo, que vengas hoy y me digas todo esto es demasiado para mí. ¿Comprendes?

—¿No quieres que te siga contando?

—¡OK! ¡Borra lo último que dije y prosigue! —exclamó, moviendo sus manos de un lado a otro.

«Chismoso...»

—Aunque no lo creas, no fue todo. Al día siguiente, vino el médico a buscarme a mi departamento. Se llama Alex, por cierto. Pero como no podía ser de otra manera, el metiche del conserje, dejó que pasara y... ¿Sabes qué, Albert? Alex entró a mi casa y vio al irlandés con todo al aire... Bueno, casi, porque puso uno de mis más caros cojines en sus... «ballenísticas» partes. Me desmayé y, al despertarme, Kate no tuvo mejor idea que decir que James era un primo mío que acababa de llegar de Irlanda. Sí, claro... —Suspiré—. Aun así, Alex lo creyó y fui a almorzar con él... al lugar más elegante de toda La Gran Manzana, Sisi. Y hubiera deseado que fuera un engreído estúpido como ese duende, pero no. ¡He aquí que tenemos al mejor hombre de todo el maldito planeta! ¡Sí, cariño! ¡He encontrado al puto príncipe azul! —vociferé, perdiendo todo el aire de mis pulmones.

—¿Y no deberías estar feliz? —cuestionó en un susurro. Creo que me tenía miedo.

—¡Oh! ¡Qué coincidencia! ¡Lo mismo me pregunté yo, Albert! —ironicé—. ¿Y sabes qué? ¡No siento una puta gota de felicidad! —Me dejé caer sobre el respaldo del sillón.

Albert tragó saliva.

—OK... —Anotó en su libreta—. ¿Y ocurrió algo más?

—Claro que sí. Tras mi angustia, mi segunda «terapeuta», o mejor llamémosla Kate, no tuvo mejor idea que volver al bar. ¿Y sabes qué? ¡No pude recordar absolutamente nada de lo que pasó hasta el día siguiente minutos antes de entrar a la reunión semanal de la revista!

—Está bien, Mel. Cálmate y dime cómo descubriste lo que sucedió... —dijo, intentando serenarme.

Pero mi corazón no podía más, así que tomé el teléfono móvil y, al estilo Florence Le Bon, le mostré la pantalla con la última entrada en la que declaraba mi enamoramiento y boda final.

Albert tragó saliva.

—Bien... ¿Y ya comentaste en el trabajo que no ha sido más que un error?

Suspiré irónica.

—¿En serio? ¡Ni en sueños, Albert! De haberlo hecho, hubiera sido como rendirme ante mi madre.

—¿Rendirte?

—Oh, cielos, ¿tú también? —Bufé—. Estoy cansada de que mi madre diga que todas mis ideas son poco profesionales. ¿Entiendes?

—Sí, Mel. Y estaría de acuerdo contigo si lo que declaraste en blog fuera cierto. Pero por lo que intentas decirme, solo fue un error, ¿verdad?

Oh, sí. Otra vez en el mismo laberinto sin salida.

Tragué saliva.

—Estaba ebria, Albert... —dije. Mi pecho se estaba agitando.

—¿Con eso quieres decir que fue un error o...?

Me erguí de un solo salto.

—¡Oh! ¡Claro! ¡Ahora dirás que mi borrachera no hizo más que dejar a la luz mis verdaderos sentimientos hacia ese estúpido y engreído irlandés! ¿Cierto? —le pregunté enfurecida.

—Pues yo no he dicho nada, Mel. Lo que acabas de decir no es más que lo que tú piensas...

Maldito *Sísifo*.

Reí con sarcasmo.

—Sí, claro... —Me dejé caer de vuelta sobre el sillón—. No me hagas caso, Albert. Y perdóname... Todo lo que hago y digo no son más que boberías.

Él sonrió con cariño.

—Pues nada de lo que me has contado hoy es una bobería y menos aún si alguna de todas estas «cosas» ha hecho que dejes de ver menos de cuatro veces aquella película y que comas menos tres potes de helado, Mel. Disculpa si te molesta, pero este fin de semana ha sido un gran progreso en tu vida. Creo que eso es lo que te angustia, cielo, pues estás saliendo de tu espacio de comodidad... Digamos que «algo grande te ha movido». —Rio sugerente.

OK, OK. No voy a negar que también reí con esa última frase, pero sabía que nada de esa angustia se iría de mi maldita cabeza sin enfrentar la realidad: tendría que hablar con James... Y con Alex, claro.

Capítulo 9

Sí, tenía que hablar con James. No era que me encantaba la idea, pero la realidad era que no solo había sido el último en verme antes de escribir aquella estúpida entrada en el blog, sino que, además, mi gran bocota le había dicho algo que todavía no podía recordar (y seguro que se relacionaba con la entrada). Claro que había intentado recordarlo en el ascensor, pero la enorme pantalla del móvil de Florence me lo impidió. Desde entonces, como si mi infantil memoria lo hubiera hecho a propósito, no pude recordar más nada.

Y de nuevo estaba ahí, en la puerta de «Ofelia». Qué destino el mío...

—Hola, Lind —la saludé al mismo tiempo que me sentaba en una de las banquetas.

—Hola, preciosa. ¿Cómo estás? —preguntó sonriente mientras terminaba de limpiar la barra—. ¿Te traigo algo de beber?

«Jeje... No esta vez.»

—No, te agradezco, hermosa. Estoy un tanto apurada y solo pasaba por aquí para saber si está... —Acomodé la voz. ¡¿Qué demonios era lo que me sucedía? ¿Acaso su nombre era «señor Pene» o algo así que no podía siquiera pronunciarlo con normalidad?! ¡Cielos!—... James —logré decir.

—Oh... —Silencio—. ¿James?

Mierda.

Tosí y volví a mirarla con una sonrisa que pretendía disimular mi vergüenza.

—Ehh... Sí, Lind, necesito hablar con James por... —Me miraba expectante y con los ojos entrecerrados—... por algo relacionado a... ¡al bar! ¡Eso es!

«¡¿Que, qué?!»

Lindsay frunció el entrecejo.

—Pues él no está, cielo, pero si es porque quieres comprar el bar, ya puedo adelantarte que...

—¡No, Lind! ¡Para nada! —Reí de forma boba—. Es solo por... ¡por el karaoke! —dije, riendo de los nervios al mismo tiempo que asentía con la cabeza—, y bueno, ya sabes...

Lind hizo una mueca de «no te entiendo una mierda, cielo».

—¿Quieres hablar con James sobre el karaoke roto?

«¡Oh, Lindsay, bendita seas por tus buenas ideas!»

—¡Exacto! —expresé, señalándola—. Sé que aún está roto y como Kate es la que siempre lo usa... Ya sabes, me gustaría poder ayudarlo con eso. —Sonreí—. Pero necesitaría que se comunique con cierta urgencia. —Saqué una tarjeta de mi bolso y se la di—. ¿Podrías entregársela?

Lind enarcó las dos cejas como si aquello la hubiera sorprendido, pero la tomó y guardó.

—Claro, preciosa. En cuanto llegue, le aviso para que te llame.

—Gracias, hermosa. Me voy, pues Puddle me espera.

Le tiré un beso al aire y salí para subirme de nuevo a mi automóvil.

La realidad era que estaba a solo una manzana y cualquiera que me hubiera visto salir con el Volvo, hubiera pensado que no estaba bien de la cabeza. ¿No podía caminar unas malditas cuadras? Pues claro que sí. Pero si lo tenía era solo para esas veces en las que tenía que viajar a alguna zona más alejada del centro por alguna cita con un diseñador, planificador o lo que fuera. Y... ¡Oh! ¡Por supuesto! También lo usaba para ir a la revista los días en que se hacía la reunión semanal. ¿Por qué? No lo sé. En fin... Me subí, cerré la puerta y en cuanto encendí, la radio estaba pasando el tema musical *Super Freak*. Por qué... ¿Puede alguien explicarme por qué?! Y sí. Lo recordé: James a mi izquierda (sobre la barra, por supuesto), con los labios apretados al modo de un pico de pato y moviendo las caderas con una seducción tan graciosa como envidiable. ¿Acaso podían los hombres mover sus traseros así de bien? Santo cielo... Kate y su obsesión por los traseros comenzaban a hacer efecto en mí. Dejé caer mi frente sobre el volante y maldije unas cuantas veces. ¿Ni siquiera por dos minutos podía escapar de él? ¿Era una especie de maldición que lanzaban los duendes irlandeses?

«OK, ya basta, cariño. Aquel tema lo conocías antes que a él. Incluso, te recuerdo, solía evocarte imágenes de tu madre. Así que... Oh-Oh. Está bien, esto tampoco es de mucha ayuda. Lo siento. Sigue como estabas.», sentí a mi cerebro inútilmente intervenir.

Suspiré profundo y, dispuesta a poner la mente en blanco para relajarme, recordé que aquello era lo peor que podía hacer. No hacía falta más que remontarse a lo que había ocurrido la última vez con Kate y su sesión de «yoga-meditación»...

Sacudí la cabeza y, simplemente, arranqué.

Llegué en un parpadeo. Y me hubiera encantado aprovechar todo ese maravilloso tiempo que me ahorraba de viaje en entrar lo antes posible a mi

maldito departamento. Pero no. Otra vez las llaves. Metí mi mano hasta el fondo del bolso y nada. Lo moví para un costado, luego para el otro y hasta encontré cosas que jamás en mi vida pensé que estuvieran allí (si hubiera salido un conejo, no me hubiera sorprendido...). Sí, de todo, excepto las putas llaves.

—¡Al fin, malditas! —exclamé con una enorme sonrisa al sacar mi mano del bolso y verlas pendidas de mi dedo meñique.

—Mmmhh... ¿Problemas para entrar?

Me di vuelta y las llaves cayeron al suelo.

Oh, sí. Mi boca quedó entreabierta y por muy poco la baba no cayó al estilo Homero Simpson frente a una rosquilla. Sus ojos penetraban los míos y su media sonrisa hizo que se le formara ese hoyuelo que tanto me exci... eh... que tanto me gustaba. Reí como boba y, lentamente, aunque sin quitarle un ojo de encima, me agaché hasta llegar al piso para tomar las llaves. Claro que tardé varios segundos, pues, evidentemente, mi sistema motor estaba dañado. Temblaba como un puto papel. Y cuando al fin decidí volver a erguirme, no lo pude evitar. La cochina pervertida que había en mí se escapó de su jaula. No había terminado de enderezarme que al llegar a la altura de su pelvis me quedé mirando su entrepierna. ¡¿Pero qué carajo...?! Uno, dos, tres segundos. ¡Sí!

—Mel, ¿estás bien? —me preguntó, ayudándome a erguirme.

«Oh... Ahora que he encontrado lo que buscaba, estoy mejor que nunca, capullo... ¿Qué tal si me echas un... una mano?»

Puerca. Babosa.

—Oh, sí, disculpa, Alex. Es que... Agacharse con estos zapatos es un tanto complicado.

«Aunque arrodillarse es más fácil. ¿Quieres que te muestre cómo lo hago?»

Sonrió.

—Sí, lo imagino. De hecho, cuando las veo usando esas cosas, agradezco ser hombre —dijo risueño, haciéndose a un lado el cabello.

«Yo también agradezco que lo seas y no sabes cuánto...»

Reí nerviosa.

—Mmmhh... E imagino que estás por aquí de paso, aunque tu consultorio quede al otro lado de la ciudad, ¿verdad? —Sonreí sugerente.

Alex enrojeció y sonrió al mismo tiempo con una pizca de timidez... Esa timidez que tantas ganas tenía de corromper.

—Creo que con una o dos citas más dejaré de ser un misterio para ti. Me tienes muy bien calado, Mel —dijo risueño, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón color caqui.

«¿Si te tengo calado? Puff... Digamos que hasta los huesos, cariño...»

Reímos sonrojados.

—Yo... Si tú... —Y no pude terminar de completar la frase. El metiche del conserje, Peter, entró nuevamente en acción. ¿Acaso era como uno de esos superhéroes que no sabemos cómo, pero siempre aparecen en el momento clave?

—¡Pequeña Mel! —exclamó tan sonriente que sus regordetas mejillas se veían más voluptuosas de lo habitual. Estaba a varios metros de distancia.

¿«Pequeña»? ¡¿Qué demonios tenía yo de pequeña?!

Alex enarcó las cejas.

—Pues parece que te aprecia mucho, «pequeña Mel» —intervino gracioso mientras Peter caminaba hacia nosotros.

—Hola, Peter...

—¿Cómo se siente? ¿Ya está mejor?

Alex frunció el entrecejo.

OK. Borremos lo de «superhéroe».

—Oh, sí. Ya estoy mucho mejor —respondí esquiva—. Gracias... Ahora si no es molestia, nosotr...

—¿Qué te ha sucedido, Mel? ¿Otra vez has tenido una recaída? —me interrumpió Alex preocupado.

«¿Recaída? Bueno... Digamos que sí, pero desde la altura de una barra de bar.»

—Sí, pero no es nada. No debes preocuparte, Alex. Solo...

—Oh, sí. Al parecer está mucho mejor —dijo, enfocando sus ojos abiertos como platos en mi tobillo—. Y menos mal que James la llevó en brazos. —Sonrió, turnando su mirada entre Alex y yo—. Yo no hubiera podido, señorita Adams, pero según él no es pesada, sino «pe-que-ña». —Y rio al decir aquella última palabra.

Geeeenial... ¡Oh, sí! Ahora no solo la maldita radio o los ejercicios extraños de Kate, sino también el conserje me recordarían su existencia. Pero encima... ¿James? ¿Le había dicho su nombre a Peter? Puff... Enano descarado.

—¡Oh, sí! ¡James! El prim... —intentó decir mi inocente doctor.

—¡Alex! —lo interrumpí, llamando la atención de Peter—. ¿Qué piensas

de ir a mi departamento? Ya sabes... Tal vez puedas decirme si está todo bien con mi tobillo... —Y como Peter puso esa cara pícara de «sí, claro...», continué dirigiéndome a su metiche sonrisota—: Y lo digo simplemente porque Alex es médico, por supuesto...

El conserje hizo un gracioso ademán para que pasáramos, pero no di dos pasos que, inesperadamente, Alex me tomó y alzó, con extrema masculinidad, en sus brazos.

«OK... Calma... No, Mel, no le puedes lamer la cara. No, Mel, no puedes succionar su atractivo cuello como si fueras el vampiro más sediento de todo el puto planeta. No, Mel, no puedes ahogar su rostro entre tus pechos... No aún, Mel. Eres civilizada. Sí, eso eres...»

—Oh... —dije sin quitarle los ojos de encima. Podía sentir su aliento a menta y sus pupilas apuntar a mi boca—. Eres todo un caballero, Alex...

—No, Mel. Solo hago lo que cualquier hombre haría en mi lugar.

«¿En serio? ¿Lo que cualquier hombre haría? ¡¡¡¿¿¿Pero de qué demonios estamos hablando, capullo?!!! ¡¡¿¿¿Realmente quieres saber lo que otro hombre estaría intentando hacerme en este preciso momento a punto de entrar al ascensor???! Bueno, porque si no quieres, al menos puedo decirte lo que yo te haría. Pero no. Tú eres el príncipe azul, por lo que, según Kate, mi madre y los lectores, debería comportarme como la maldita y estúpida princesa, ¿verdad? Vaya suerte la mía...»

Sonreí.

Subimos al ascensor. Un piso, dos, tres en absoluto silencio. Yo abrazaba su cuello como si mi vida dependiera de ello y él trataba de mantener la compostura, aunque muy bien no le salía porque podía sentir los latidos de su corazón. No se oía más que el suave sonido de nuestras respiraciones. Pero, sonrojados por la situación, nuestras miradas comenzaron a ir de un punto a otro hasta que ambas cayeron en los ojos del otro. Suspiramos, tragamos saliva y, sin parpadeo de por medio, nuestras bocas comenzaron a acercarse, pues deseaban fundirse, devorarse, quemarse de la pasión, arder como...

«Tin-tun.»

La puerta del ascensor se abrió y la señorita Wilson, mi vecina, entró con su cara de «¡Oh! ¡Sacrilegio!», cagando y tirando a la mierda lo que hubiera sido «el mágico» momento. Alex, completamente avergonzado, alejó su rostro del mío, metió los labios hacia adentro y me bajó con delicadeza. No era para menos, cualquiera en su lugar hubiera hecho lo mismo. La cara de la señorita Wilson, soltera extremadamente conservadora (usaba una camisola

con cuello tan cerrado y alto que, por poco, le tapaba la boca), mostraba tal espanto que no sabíamos si sufriría un ataque cardíaco o algo por el estilo. Como fuera, mi «querida vecina» me había arruinado el momento que me hubiera alegrado aquel puto día.

—Buenas tardes —dijo a secas, dándonos la espalda.

Los dos casi nos meamos de la risa, pero en cambio la saludamos en un tímido susurro.

¡Y al fin! La puerta del ascensor volvió a abrirse y en el piso en que los tres debíamos bajar.

La señorita Wilson marchó hacia la puerta de su departamento y, sin emitir palabra alguna, nos miró de reojo y de arriba abajo antes de entrar.

Cielos... Ni bien cerró la puerta, descomprimimos nuestros pulmones y solo cuando entramos a mi departamento reímos.

—Qué personajes tan interesantes tienes en tu vida, Mel. Creo que hacía mucho tiempo no veía algo así.

«¿Interesantes? Ja... Espera a conocer la verdadera historia de Rich Bob, mi difunta tía Violet y dirás que todo esto es más que eso, cariño...»

—Pues sí, ¿no? Realmente el universo ha conspirado para que la mujer más conservadora del planeta viva al lado de la que se ha casado veinte veces —dije, dejándome caer sobre el sillón.

—Cierto. Y a eso habría que sumarle tu primo irlandés que tiene esa... ese... estilo de... ¿cómo llamarlo?

—¿La moda del cojín? —dije en voz alta. La idea era no decirlo.

—Oh... ¿Así se llama? —preguntó.

«No. ‘Andar en pelotas’ es más adecuado.»

—Mmmhh... En realidad, solo andan «en cojines» cuando están frente a desconocidos. Pero una vez que ganan confianza, caminan directamente en pel... —Tosí y acomodé la voz—... como Dios los trajo al mundo. Digamos que es una forma de... honrar al invitado.

WTF!!!

Sí, no pude elegir mejor momento y tema con el que empezar a ser graciosa.

Alex enarcó las cejas totalmente sorprendido y yo contuve la risa.

—Cielos... No conocía esa costumbre irlandesa. Y mira que mi abuela es de allí.

«iiiiiiiiiiiiiiiiiiii¿¿¿¿¿QUÉ?????!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!»

Adiós ganas de reír.

Comencé a atragantarme con mi propia saliva y tosí tan fuerte que desperté a Puddle, pues vino corriendo desde mi alcoba para lanzarse sobre mí.

Genial... Lo que me faltaba.

Alex tomó a mi cariñoso can y lo bajó para ayudarme con mi «ataque de tos» por no decir de desesperación estúpida que bien merecida tenía. Solo a mí se me podía ocurrir bromear con semejante bobería.

—Gracias, Alex... —dije un poco más tranquila. Puddle lo miraba serio y fijo—. Hoy no es mi día.

Sonrió.

—Y ayer tampoco, ¿verdad? —dijo, señalando mi tobillo—. ¿Puedo verlo?

«¿Solo eso quieres ver?»

—Claro... —expresé en un susurro.

Y sí. Tal como se lo imaginan, se arrodilló ante mí y él mismo me quitó el zapato para tomar mi pie de una forma tan delicada que hizo que los pelillos de mis brazos se erizaran (por suerte no los de mis piernas. ¡Bendita sea la depilación definitiva!).

—Pues aún lo tienes un poco hinchado, pero si has podido caminar con eso —señaló el zapato—, te aseguro que estarás más que bien.

—Buen punto.

Y sonreí. Pero no de esa forma clásica. No. Le sonreí con la mirada clavada en la suya, pues él aún sostenía mi pie. El semidiós tatuado se dio cuenta de aquello, pero al ver mi aprobación, no lo soltó. Su rostro se llenó de esa expresión seria y sensualmente segura que hizo latir mi corazón de forma desbocada (menos mal que era cardiólogo...). Su mano comenzó a subir por mi pantorrilla y al llegar a la rodilla no hizo más que tomarse de ella para acercar su cuerpo al mío. Oh, Dios. Estaba arrodillado aún, pero entre mis piernas. Sus manos, traviesas y astutas, tomaron mi cintura acortando aún más la distancia entre nosotros. Sí, podía sentir el calor de su aliento sobre mis labios. Pronto, muy pronto, nuestras bocas se fundirían en un solo y pasional bes...

Bajó la mirada y luego giró su rostro hacia su pierna derecha.

Sorpresa.

Puddle nos miraba satisfecho y con la lengua afuera. Sí, lo había hecho.

Había meado la pierna de Alex.

—Oh, Alex... Puddle nunca hace estas cosas... No sé por qué, pero yo...

Él sonrió y negó con la cabeza para que me olvidara de eso. Sin dar vueltas, puso su dedo índice sobre mi boca al mismo tiempo que emitió un sensual «Shhh». Volvía a acercarse a mí, pero esta vez tomándome de la nuca. Y a dos centímetros de fundirnos, me miró a los ojos y sonrió de una forma que, por poco, hizo que abriera mis piernas como suele hacer Puddle cuando quiere caricias en la barriga.

—Eres única... —susurró antes de deshacer sus labios en los míos.

¿Mariposas? Nooo... ¿Cosquillas? ¡Por supuesto que no! ¡Al demonio con toda esa mierda! Mi cuerpo estaba a punto de convertirse en la versión femenina de Hulk. Parecía un puto volcán a punto de estallar y que lo único que pedía era que me arrancara aquellas molestas prendas.

Y era lo que tenía pensado hacer. Mi mente, ni tonta ni lenta, ya tenía todo absolutamente planificado:

1) Esperar a que aquel intenso pero dulce beso termine;

2) Abrir los ojos lentamente y al mismo tiempo que él;

3) Mirarlo con esa mirada «perdida e inocente» por unos dos segundos. Pero hacerlo bien creíble, pues este es el que hará al éxito del próximo punto;

4) Dejar salir la bestia hambrienta. (Traducción: agarrarlo de los cabellos y hundir tu lengua en su boca hasta dejársela seca para dar inicio a los puntos 5, 6, 7, o más, cuya cantidad dependerá de lo que ambos hayan leído y entendido del *Kama sutra*).

¡Sí, sí! Ya estaba terminando el exquisito punto número 1). Así, no tardé en comenzar el número 2): abrir los ojos tan despacio como fuera posible. No veía las horas de terminar de abrirlos para regalarle aquella mirada que sé él esperaba. Y al fin, ambos nos miramos. Solo quedaba contar los segundos. ¡Solo dos segundos!

Uno...

Dos...

Y...

—Cielos... Perdón.

Suspiré para no levantarme y cometer homicidio en primer grado.

Sí. Era su voz.

Maldito duende irlandés.

Capítulo 10

Mis piernas seguían abiertas al estilo Puddle y Alex entre ellas, claro...

Sus ojos se habían cerrado y su boca, esa carnosa y jugosa boca, había comenzado a acercarse nuevamente a la mía para continuar lo que se suponía ¡ocurriría sin problemas! Pero no. ¡Por supuesto que no puedes continuar si de golpe, y mágicamente, aparece un maldito duende irlandés que no deja de mirarte!

Sí, James no dejaba de mirarnos con una sonrisa de oreja a oreja. Perverso. Y Puddle lo festejaba en dos patas con el dildo en la boca. Genial... Ideal para una foto familiar.

—Hum... Humm... —Alex acomodó la voz mientras volvía a ponerse de pie.

«¡iiiiiiNooooo!!!! ¡Vuelve a mí! ¡No te vayas! ¡Dame todo lo que tenías pensado darme! ¡Dámelo!»

¡Maldito, Jaaaames!

Suspiré frustrada.

—¿Me puedes decir qué demonios es lo que haces aquí? —Alex frunció el ceño. ¡Mierda! ¿No se suponía que era mi primo recién llegado de Irlanda? —. ¡Hum! Quiero decir... ¿No deberías llegar más tarde? —Sonreí nerviosa y al mismo tiempo que volvía a sentarme «civilizadamente».

James levantó su dedo índice del que pendían mis llaves. Carajo... Las había dejado puestas del lado de afuera. Yo y mi maldita desesperación.

De pronto, enarcó una ceja. Me miró una vez y luego lo miró a Alex que parecía estar arreglándose el pantalón. Frunció el ceño.

Enseguida, miré en dirección a mi *hot* príncipe azul y... Cielos... ¿Alex se estaba acomodando el pene?

«Mmmhh... Lástima que el pantalón y su mano no me dejan ver bien, pero pareciera tener un buen...»

—Lindsay me dijo que necesitabas hablar conmigo —dijo a secas e interrumpiendo mi baboso pensamiento.

Bueno, tan baboso no. Después de todo, no estaba haciendo más que verificar uno de los puntos que, según Kate, hacían al príncipe azul, ¿cierto?

—Bueno, sí, pero no hacía falta que llegaras tan de prisa... —dije, entrecerrando los ojos.

Él también los entrecerró y, con una sonrisa que fue dibujando de a poco, tomó en brazos a Puddle que, hasta entonces, no había dejado de saltarle en dos patas.

—¿En serio? Porque, según ella, me dijo que necesitabas verme «urgente». Aunque, por lo que veo, entiendo el motivo, querida periodista... —Tomó el dildo fucsia que Puddle tenía en su boca y lo arrojó en dirección a Alex que, de espaldas a James, aún seguía «acomodándose».

Juro que de haber estado en mi lugar habrían recordado aquella escena como yo lo hago hoy en día: en cámara lenta y con las voces graves y distorsionadas.

La enorme goma fucsia no dejaba de dar vueltas en el aire y había tomado tal vuelo que, en cuanto cayera, golpearía la cabeza de Alex. Pero como si eso fuera poco, las orejas de Puddle se habían parado en alerta y sus patas no habían hecho más que tomar la fuerza necesaria para saltar de los brazos de James en busca de su «juguete». Puddle también caería sobre Alex.

Oh, sí... Mis ojos abiertos como dos platos no dejaban de contemplar lo que parecía la misma toma del magnífico salto de «Willy, la ballena», pero con Puddle y el dildo. Qué ironía...

Pero, por fortuna, mi mente fue capaz de comprender que aquello no era una película, sino una extraña aunque real escena de mi vida. Y la desesperación, gracias al cielo, me hizo reaccionar.

—¡Nooooooooooooooooo! —grité con los brazos extendidos y corriendo para atajar, al menos, a Puddle.

Alex giró al oír mi grito y, sin poder reaccionar de otra manera, recibió a Puddle en su pecho mientras que el dildo siguió de largo. Claro que no se cayó, pero dio unos cuantos pasos hacia atrás.

¿Y el irlandés? Bueno, no hacía más que cagarse de la risa...

Alex, aún sin comprender lo que había sucedido, puso a Puddle sobre el piso, pero al hacerlo este empezó a olfatearle la pierna y luego a escarbársela como si allí tuviera algo. Alex empezó a reír de forma nerviosa, tratando de hacerlo a un lado, pero no pudo pues...

—Oh... Parece que te quiere —dijo el duende sin parar de reír—. No, no. Creo que te ama.

Y yo no pude hacer más que taparme la boca con ambas manos, pues Puddle se le había prendido a la pierna y no dejaba de hacer «esos» movimientos lujuriosos. Pero como si eso no alcanzara, de forma repentina, Alex se tomó su entrepierna y abrió los ojos con la desesperación que se tiene

cuando se pierde algo.

«WTF?!»

Automáticamente, se sacó de encima a Puddle y se tomó el tobillo que mi perro había escarbado y abrazado para satisfacerse.

—Cielos, Mel... —Estaba nervioso—. ¿Puedo pasar al baño? —me preguntó torcido y sin dejar de sostenerse la base de su pierna.

«Respira profundo... Respira profundo. Todo tiene una explicación racional. Tal vez no ahora, pero con el tiempo seguramente entenderás...»

—Alex... ¿Estás bien? ¿Te has lastimado el pie? —dije, acercándome confundida.

—¡Estoy bien! ¡Estoy bien! —exclamó, espantándose.

Al ver que no le daba una respuesta, miró a James y este le señaló la puerta del baño. Y sí, en esa extraña posición corrió hasta allí. Por supuesto que Puddle aguardaba por él en la puerta.

¿Si imaginé que podía arruinarse mi primer encuentro con mi príncipe azul? Claro que sí... ¡pero jamás de esta manera! ¡¿Quién demonios hubiera pensado que además de no hacer nada en la cama, el maldito príncipe sería humillado por un lujurioso perro?! Y más aún... ¡¿Cómo carajo me libraría de aquellas imágenes?!

¡Mierda, mierda y más mierda!

Pero en todo esto solo había un culpable: Él.

Con el cuerpo que echaba chispas, comencé a caminar hacia James. Su sonrisa, muy lentamente, empezó a desdibujarse y sus ojos no podían dejar de moverse de forma nerviosa.

A solo dos centímetros quedé del estúpido y creído enano.

—¿Te has dado cuenta de lo que acabas de hacer? —le pregunté enfurecida. Mis manos estaban cerradas en puños.

—¿Hice feliz a tu perro? —Tragó saliva al ver que mis ojos se entrecerraron con más tensión, pero aun así mantuvo su típica forma de contestar—. Creo que deberías estar agradecida. —Y sonrió efímeramente.

—Eres un...

—¡Cielos! —exclamó Alex aliviado al salir del baño—. Creí que... —Suspiró—. Creí que había perdido mi pulsera tobillera.

«¿En serio? ¿Usa pulseras en el tobillo?»

James y yo fruncimos el ceño.

—¿En serio? ¿Usas de esas cosas? —preguntó James. Sí, ni que me hubiera leído la mente—. ¿Puedo verla?

Alex, nervioso y sonriente, abrió los ojos como platos y, esquivando responder, dirigió su mirada a mí.

—Mel, ¿no tenías que hablar con tu primo? Siendo así, será mejor que parta. Mañana podemos vernos...

James lo miró serio.

—Muy cierto. Pero no hace falta que te vayas, Axel...

—Alex —lo corrigió.

—Como sea... —dijo, poniendo los ojos en blanco—. Puedes quedarte. No tengo secretos que ocultar y calculo que tú tampoco, ¿verdad, mi querida periodista? —preguntó, enfocando su oscura y penetrante mirada en mí.

«OK. Es en este preciso momento en el que agradecería que entrara la descarada de Kate o el metiche de Peter.»

Miré hacia la puerta de entrada y nada. ¡Por supuesto que no ocurriría eso! ¡Nada que fuera a mi puto favor!

Ambos me miraban expectantes. Mejor dicho, los tres, pues Puddle también lo hacía, pero sentado y con su enorme cabezota hacia un lado.

Tragué saliva.

«OK... Plan B: ¡creatividad, ven a mí!»

—Por supuesto que no, querido primo —dije risueña al mismo tiempo que lo abracé. Sí, sé que eso no se lo esperaba, pues su respiración se agitó de golpe—. De hecho, era simplemente para saber si este fin de semana estarías disponible para salir con nosotros. —Miré a Alex—. Perdóname, es que era una sorpresa para ti. —Volví a James—. Pero ahora que lo recuerdo, estarás ocupado. No te imaginas cuáaaanto lo siento... —Puse cara de falsa pena.

James enarcó las cejas y suspiró de forma irónica.

—Pues sí... Lamento no poder compartir alguna de sus «elegantes» salidas, pero la playa de Miami me espera, así que...

—¡Oh! ¡Pero eso es una gran idea! —exclamó un impulsivo Alex—. Perdona, Mel, si tenías pensado otra salida, pero ¿qué tal si vamos con tu primo a la playa? ¡Estaríamos con él como en tu plan original y la pasaríamos de maravillas! ¿Qué dices? —expresó sonriente y lleno de vida.

«¿Qué digo? ¿¡Qué digo?! ¡Digo que todo esto apesta! ¡Apesta y asquerosamente, maldición!»

Creo que mis expresiones y las de James fueron las mismas: Sonrisa dura, frentes fruncidas, aletas de la nariz abiertas y respiración nula. Y la respuesta, luego de varios segundos en silencio, también.

—Claro... —dijimos al mismo tiempo y con desilusión.

—¡Genial! —dijo Alex, creyendo complacer a todos.

Sí... Genial... Maravilloso... Estupendo.

Un fin de semana juntos.

Un «caluroso y largo» fin de semana juntos.

Corrección: «todos» juntos.

Mierda...

**

¿Qué? ¿Cómo me levanté a la mañana siguiente? Bueno, además de insatisfecha, con la boca bañada de helado de chocolate derretido al estilo «payaso psicópata» y completamente contracturada por haber dormido en el sillón, podría decir que... ¡me desperté de maldita casualidad! De no haber sido por la lengua de Puddle que aprovechaba a saborear el dulce que estaba en mi cara y que le tenía tan prohibido, habría dormido hasta la medianoche y sin interrupciones.

—¡Mierda! —exclamé, dando un salto que hizo que Puddle ladrara y la cuchara cayera junto al pote en el piso.

Y... Oh, sí. Otra vez la maldita angustia. Pero esta vez no la pude contener mucho más. En cuanto me puse de pie, empecé a llorar. Y no dejé de hacerlo (vaya a saberse por qué), aunque, claro, sin perder un solo segundo del valioso tiempo que me quedaba para higienizarme, vestirme y maquillarme. Puddle, sentado, no hacía más que mirarme cómo iba de un lado a otro. Del baño a la habitación, de la habitación al vestidor, del vestidor al baño y así constantemente, ¡aunque a los saltos y sin dejar de llorar! «Damas y caballeros... ¡La nueva *Wonder Woman*[\[10\]](#) ha llegado al mercado! ¡Mucho más práctica y superahorrativa! ¡Se arregla, se viste, llora y se vuelve a arreglar en solo dos minutos! ¡Cómprala ya!» Sí... Y no reparé en lo patético de aquella escena hasta que quedé frente al espejo. Por Dios... ¿Tan importante se había vuelto mi trabajo que ahora también buscaba ser eficiente con el tiempo que dedicaba a sufrir? ¡Puff! Mejor que no se enterara R. Ya la imaginaba comercializando la nueva idea con innovadoras y estúpidas notas en la revista: «Cómo sufrir en menos tiempo y sin reprimirse». Cielos...

Suspiré profundo y, vencida, tomé el bolso para marchar a la revista. Sin embargo, la puerta sonó.

¿Quién sería? ¿El irlandés para retractarse o inventar una buena excusa

que nos librara a ambos de pasar el fin de semana juntos? ¿O acaso sería Alex para finalizar lo que apenas habíamos podido comenzar el día anterior? Sí, lo sé, lo sé. La segunda opción no era para nada viable siendo que eran las ocho de la mañana de un día corriente. Pero... Tal vez...

«¡Abre la maldita puerta, cochina desesperada!», me dijo mi cansado cerebro.

Bufé y, enfurecida conmigo misma, fui hasta la entrada, pero...

«Oh... Qué sorpresa... Magnífico.»

—Ya... Ni me lo digas. El metiche del conserje te dejó entrar como si nada en cuanto pronunciaste mi nombre, ¿cierto? —expresé desganada al mismo tiempo que me hacía a un lado para que entrara.

—Buenos días, señorita Adams —dijo Ralph mientras ingresaba y miraba todo a su alrededor—. No sé a qué conserje se refiere, pero si pude entrar fue por... —acomodó la voz; se sentía incómodo—... porque la señorita Kate Lawrence me cedió la llave de la puerta de abajo.

Enarqué las cejas y estoy segura que con una expresión de «asesina potencial», pues el rostro de Ralph empalideció dos tonos más de su blancura vampírica.

—¿Que Kate hizo qué?! —le dije, avanzando muy despacio hacia él y, claro, sin cambiar la expresión de mi rostro.

Ralph tragó saliva y comenzó a caminar hacia atrás al mismo ritmo que yo avanzaba. El pobre chico ya no sabía qué decir. Sus ojos se movieron de un lado a otro y cuando estos encontraron lo que buscaba, señaló el LCD.

—Por favor, enciéndalo. —Volvió a tragar saliva.

Entrecerré los ojos, lo miré unos segundos y suspiré vencida. ¿Más sorpresas? Cielos, estupenda manera de comenzar el puto día.

Encendí el aparato y... ¡voilà!

«—Y Mel Adams no deja de sorprendernos. La última revelación en su blog ha sido todo un evento al punto de tener en vela a miles y miles de sus seguidores. Y no es para menos, pues la famosa columnista ha declarado que la próxima boda será la última de su vida. ¿Motivo? Muchos imaginarían que por cansancio, pues, luego de veinte matrimonios, quién puede seguir teniendo deseos de casarse... —Risa—. Sin embargo, queridos amigos, la misma periodista nos evitó el terrible suspenso, pues sin rodeos ¡confesó estar enamorada! ¿No es cierto, Jess? ¿Qué puedes decirnos desde el móvil? —La pantalla se dividió en dos: a la izquierda la imagen de la insoportable y

chismosa conductora, y a la derecha la reportera de voz chillona sentada en un hermoso y conocido sillón.

—¡Buenos días, Steph! Y sí, es muy cierto lo que dices. La misma Mel Adams lo ha declarado en su blog personal con escuetas, pero claras palabras. Aun así, son muchas las preguntas que han surgido en todos los medios, incluso entre los mismos *fans*. —Sonrió con picardía.

—Pues me imagino todo lo que la gente debe estar pensando, y seguro que entre esas preguntas debe estar la de si todo esto es cierto o es solo una estrategia como la de su primera boda con el *sexy* roquero Rich Bob, ¿cierto?

—Así es, Steph. Pero en segundos podremos librarnos de esta duda, pues la directora de *Revista Emotiva*, Rachel Adams, nos ha dado la exclusividad de responder a algunas de estas preguntas. Buenos días, Rachel. —La cámara enfocó a R. La reportera y ella estaban en una de las salas que teníamos específicamente diseñadas para entrevistas.

—Buenos días, Jess. Buenos días, Steph —dijo con su tono tan lleno de vida...

—¡Oh, cielos santos! ¡Buenos días, Rachel! ¡Realmente es un honor tenerte en nuestro programa, aunque a la distancia! —expresó la conductora con exageración y R solo sonrió satisfecha—. Claro que nos encantaría preguntarte sobre temas de moda, pero creo que esta última noticia nos ha dejado a todos, incluso a los no fanáticos de la *wedding fashion*, más que sorprendidos. ¿Qué puedes decirnos al respecto?

—Bueno... Calculo que te refieres a la noticia de Mel, ¿cierto? —Las tres rieron—. Sí, realmente ha sido una sorpresa, pero de las buenas, sin dudas.

—¡Me imagino! ¡Y más siendo tú la madre de esta controversial novia! —R sonrió, aunque con esa «sonrisa-mueca»—. Sin embargo, las especulaciones y los rumores no han dejado de correr desde que llegó la noticia a los medios. Seguramente, tú misma has visto algunos de estos programas que ya han afirmado que todo esto no es más que una renovada estrategia para llamar la atención como aquella primera vez con Rich Bob. ¿Es eso cierto, Rachel?

—Pues, como ya sabrás, Steph, no pierdo mi tiempo en mirar programas de mala fama ni de poca cosa —dijo con su inigualable aire soberbio—, y mucho menos en contestar a sus infundadas acusaciones. Pero responderé para que la audiencia se dé cuenta que lo que hacen estos programas es simplemente vender mentiras, aunque ello implique perjudicar la imagen de una revista como la nuestra que, a diferencia de ellos, siempre se ha

manejado con absoluta «profesionalidad» —dijo, remarcando la última palabra y con los ojos mirando a la cámara como si hubiera sabido que yo la estaba mirando.

—No dudamos de tus palabras, estimada Rachel —dijo la conductora más seria—. Por eso somos puro oído.

—En primera instancia, el matrimonio con Rich Bob fue algo completamente diseñado con fines claramente especificados en su momento y que no volveré a repetir. Pero mucho menos explicaré las diferencias con esta última boda, pues la cuestión es tan sencilla y clara como lo que ha expresado Melany Adams en su blog personal.

—Wow... Rachel, entonces con esto nos afirmas que realmente Mel se casará y... ¿por amor?

—Tú misma acabas de decirlo, Steph.

—Cielos... Ya era una gran noticia, pero con tu exclusiva afirmación ha pasado a ser un hecho contundente, Rachel. Y dinos... ¿Se puede saber quién es el afortunado?

—Por el momento, no. Es una gran sorpresa, pero que se sabrá en un tiempo. Hasta ahora solo puedo decir que Mel es la afortunada. —Sonrió con suficiencia.

—¡Oh! ¡Por todos los cielos! ¡Qué declaración acabas de...!»

Y apagué el maldito aparato.

¿Presión? No, claro que no... ¡Simplemente no veía las horas de tirarme por el maldito balcón! ¡Puff!

—¡Estúpida, hipócrita, comercial y estratégica R! —vociferé en dirección al LCD. ¿Algo más? Claro que sí, aunque casi lo olvidaba—: ¡Y soberbia! —exclamé, dejándome caer sobre el sillón.

Estaba indignada y ya no sabía qué hacer. ¿Cómo demonios le explicaría a Alex? Claro que eso solo podría pensarlo después de que me diera la oportunidad de hablarle...

R había llevado aquello al extremo. Con su imprevista declaración, era claro que había ahuyentado al posible y repentino novio descrito en la reunión. Y si no lo había hecho, al menos me había puesto en el aprieto de tener que actuar a la perfección el papel de «novia enamorada». Como fuera, con tal de «triunfar», se aseguró de una u otra manera mi final: o bien era el fin de mi carrera profesional o bien el de mi vida privada. O ambas posibilidades al mismo tiempo, por qué no.

Y hubiera seguido hundida en mi pensamiento de no haber sido por los enormes ojos de Ralph que me miraban de esa forma penetrante que me hacía entender muy bien por qué lo apodaban «Norman».

Bufé.

—¿Puedes dejar de mirarme así?

—Es que se ve muy preocupada... —Tragó saliva y se acercó un poco más. Daba miedo—. Hum... Humm... —Se tomó unos segundos, pero luego se animó a volver hablar. Mal hizo—. ¿Acaso no está segura de casarse con el irlandés?

WTF!!!!

«OK. Es lo único que me falta. ¿Alguien puede decirme dónde está la maldita cámara oculta? Es una broma, ¿cierto? Es solo una maldita y molesta broma, ¡¿verdad?!»

—¡¿Y cómo mierda es que tú sabes que hay un irlandés en todo esto?! ¡¿Otra vez Kate?! —inquirí indignada y enfurecida.

Ralph, asustado, negó con la cabeza.

Pero no gastaría saliva. Simplemente enarqué las cejas para evitar decirle: «habla si no quieres ser tú el motivo por el que yo me adueñe de tu querido apodo, *Bates*».

—Es que... Cuando me dijo que ya tenía un novio elegido, yo... —Tragó saliva. Evidentemente mi rostro debía parecerse al de Hulk... la seguí —dijo rápido y en voz baja, pensando que había pasado desapercibido para mí.

Me levanté como si una bomba hubiera estallado en mi mullido trasero.

—¡¿Que hiciste QUÉ?!

Y a punto de cometer un, por qué no, posible crimen, el timbre volvió a sonar.

«Salvado por la puta campana, metiche Norman...»

¿Quién más querría entrar a mi casa? ¿La señorita Wilson? ¿El edificio entero? ¿Mis veinte exesposos? ¿O toda la maldita Gran Manzana?

Bufé y me acerqué al comunicador.

Como no podía ser de otra manera, la gran autora de más de una de mis inolvidables vivencias.

—¡Mel! ¡Abre la puta puerta ya!

Entendía bien por qué. Su rostro casi estaba pegado al comunicador, pues un enorme grupo de periodistas chismosos la escoltaban con sus micrófonos. Por poco se los hacían comer. Pero el buen Peter estaba haciendo lo posible por sacárselos de encima. Al fin hacía algo por el bien.

—¿Y por qué debería hacerlo? Ya enviaste a Ralph para que «se ocupe de mí», aunque, claro, sin contar con un pequeño gran detalle: ¡mi maldito consentimiento, Kate! —expresé con ironía.

Puso los ojos en blanco. Parecía haber perdido las pocas pulgas que solía tener.

—¡Vamos, Mel! ¡Ábreme de una vez! ¡Esto es serio! —exclamó como pudo. El bullicio de los reporteros era ensordecedor además de molesto.

—¿Serio? ¡No hace falta que lo digas, cariño! ¡Acabo de ver a R condenándome para el resto de mi vida!

—¡Shhhhhhhhh! —exclamó, poniendo los ojos como huevos. Todavía algún que otro micrófono se colaba empujando de forma graciosa sus mejillas—. No es ese el problema, dulzura —dijo sarcástica y moviendo los ojos de un lado a otro para evitar más rumores—. ¡Enciende de nuevo la TV y ábreme de una maldita vez, por todos los santos!

Pero no hizo falta que lo hiciera, pues Ralph ya lo había vuelto a encender.

Mis ojos se abrieron como dos enormes pelotas de baloncesto y mi trasero cayó sin remedio sobre el piso. Puddle ladró asustado.

«—¡Esto es realmente escandaloso, amigos! ¡Jamás nos hubiéramos esperado una imagen como esta y mucho menos a poco de casarse de verdad como, hace pocos minutos, declaró su propia madre! ¿Si lo que ven es real? ¡Absolutamente sí! Y para su tranquilidad, o no —risa—, *Producción* acaba de confirmarnos que la fuente es totalmente fiable además de que no se trata de una imagen trucada. ¡Quién iba a decirlo! ¡Mel Adams en este estado! Y más aún... ¿Será realmente cierto lo de su enamoramiento recientemente declarado? ¡Pues esta imagen parece decir que no! —Más risas.»

Por más que hubiera deseado que fuera una maldita mentira, aquella imagen era real: Yo tirada en el suelo, borracha y boca arriba, sostenida por Lind. Y mi falda... Oh, cielos... Mi falda (casi inexistente) apenas tapaba la parte superior de mis muslos.

Sí. Era una fotografía de aquel momento que les dije jamás olvidaría.

¡Era una puta foto de mi caída al otro lado de la barra cuando bailé con James!

¡Mierda!

Capítulo 11

¿Puede alguien, sin estar borracho o encerrado en un manicomio, padecer tantas locuras en cuestión de solo minutos? ¡Cielos santos!

Me senté en el sillón para tratar de entender lo que estaba ocurriendo, pero no hubo caso.

Kate, por su lado, se mantuvo de pie, pensativa, con los ojos entrecerrados y una mano en su mentón. Su mirada seguía fija en el LCD observando la bendita imagen que la conductora y su compañero de estudio no dejaban de comentar.

—Al menos este programa ha sido creativo... y considerado, Mel. No he visto otro que tapara... digamos... tu «zona».

Sí. Este programa había tapado mi entrepierna (que apenas se veía) con una graciosa carita sorprendida exclamando un «OMG!»[\[11\]](#). Aun así, no sabía si era peor a que directamente dejaran ver mis bragas color rosa.

—Rayos, Kate... —dije, tapándome el rostro.

—No es tan malo. Además —se acercó al LCD—, por lo que veo... ¿combinas tus bragas con los zapatos? Lo pregunto porque no ha sido una mala idea. Al menos has dejado en claro que nunca dejas de pensar en la moda.

¿En serio? ¿Esos eran los primeros comentarios que podía hacer una amiga en situaciones de mierda como esta?

«Bueno, Mel, tú eliges a quién primero: ¿Kate o Ralph?», me dijo mi cerebro dispuesto a descargar su furia.

Y hubiera escogido a Kate, por supuesto, pero repentinamente, la luz de alerta roja se encendió al recordar a Norman.

Miré una vez más la fotografía que seguían comentando en la TV y luego clavé mis ojos en Ralph, haciéndolo temblar instantáneamente.

—¡Maldito hijo de...! —Salté con mis dos manos posicionadas para ahorcar.

—¡Mel! ¡¿Qué demonios haces?! —exclamó mi amiga, interponiéndose entre Ralph y yo.

—¡¿Qué hago?! ¡Intento matarlo, Kate! ¡Matarlo!

—¡¿Pero por qué demonios?! —

—¡Yo no fui, señorita Adams! ¡Le juro que yo no fui!

—¡Señorita tus cojones! ¡Te mataré, te mataré!

—¡Ya basta, Mel! —gritó, tomándome de las muñecas—. ¡Tranquilízate! Suspiré con fuerzas.

—¡Se lo juro! ¡Jamás le hubiera hecho algo así! ¡Lo juro!

—¿Qué mierda es lo que juras tanto? Sabes que estamos en la casa de Mel y no en una iglesia, precisamente, ¿cierto?

Bufé.

—Me ha estado persiguiendo, Kate... —expresé, dejando en cada palabra la furia que sentía por ello—. ¡Hasta sabe de James!

—Oh... —dijo Kate, deduciendo la situación—. Y por eso tú crees que...

—¡¿Qué creo?! ¡Es obvio! Como no lo he elegido como futuro esposo, algo que NUNCA hubiera hecho —dije hiriente—, se ha vengado de la peor manera.

—¿Norman? —me preguntó, frunciendo el ceño al mismo tiempo que lo señaló con el pulgar—. No lo creo, Mel. De lo único que es capaz es de comportarse con tus calzones de la misma manera que Puddle con el dildo.

—Puff... No lo creo, Kate. Es el único que a la vista tiene un motivo y sabía lo perjudicada que podía salir de todo esto.

—Mel, te ha jurado mil veces que él no ha sido —y antes de que Ralph volviera a jurar, lo interrumpió—, algo que, por cierto, no quiero volver a oír, pues me da arcadas... —Volvió a dirigirse a mí—. Además, vamos, Mel, este chico no tiene filtros, si dice «no» es «no». Si hubiera sido él, no te hubiera confesado que te ha estado persiguiendo, ¿no crees? Claro, a menos que sea un psicópata medio estúpido y despistado. Y ya sabes, es claro que es de los buenos, si no, no llevaría tan merecido apodo, cariño.

Ralph sonrió orgulloso y yo, horrorizada, fruncí el ceño.

Qué carajo... Sí que le chiflaba el moño...

Negué con la cabeza y suspiré.

—Bien, puede que tengas razón... Pero aun así no entiendo. Estoy segura de que no vi a nadie conocido esa noche.

Kate enarcó una ceja y entrecerró los ojos.

—¿En serio? Sacando que ni siquiera viste a Ralph, algo difícil de no detectar más con esos pantalones que por poco le llegan a las axilas, te recuerdo, cielo, que tu estado no era el más óptimo como para que recordaras siquiera tu nombre... —Señaló la pantalla. La fotografía seguía allí, firme.

¿No tenían más noticias que lo único que pasarían por el resto de la mañana era mi deplorable imagen con bragas rosas?

Pero Kate tenía razón. Si apenas había podido recordar algo de aquella noche, fue solo gracias al cuestionamiento en el ascensor de mi querido Director de Moda, Florence Le Bon.

Me dejé caer de nuevo sobre el sillón.

—Cielos... Esto es una puta pesadilla. Tiene que serlo... —Me tapé el rostro con las manos.

—Tranquila, Mel. Estoy segura que hallaremos una solución —me dijo, sentándose a mi lado.

—No lo creo, Kate. ¿Cómo le explicaré todo esto a Alex? Ni siquiera sabía cómo decirle lo del «repentino enamoramiento». Esperaba tener al menos unos días más para justificarme... Y ahora esto... ¿Cómo mierda me creerá? ¡¿Qué demonios haré, Kate?! ¡Dímelo, por favor!

Suspiró.

—Antes que nada, te recuerdo que las descripciones que diste del príncipe-novio no encajan del todo con Alex, cariño. Por lo que podríamos buscar a alguien que se asemeje a lo que dijiste. Será difícil, pero no imposible. Lo que sí será complicado es el tema de... Tú sabes... ¿Amor? ¿Enamorarse? —Acomodó la voz—. Y, por cierto, aún me debes una explicación de eso. ¿Es cierto lo que escribiste en el blog o solo...?

Chasqueé la lengua.

—Ya te lo he dicho, Kate. Estaba borracha.

—Bueno, ya sabes lo que dicen por ahí: los niños y los borrachos son los únicos que dicen la verdad...

—Por todos los cielos... Eso no es cierto. Lo único que dicen son... son impulsos. Nada más.

—Mmmh... —Puso esa cara de «pensativa intelectual»—. Bueno, pero ¿no son los impulsos expresiones de los deseos, querida Mel? Y los deseos son lo único real, ¿no es así?

Bufé.

—¿Empezarás de nuevo con tus tergiversadas sesiones de psicología o primero harás alguna de yoga, querida amiga? —Negué con la cabeza—. Avísame cuando publiques uno de esos «maravillosos» manuales de autoayuda. Sin dudas, será un puto *best seller*...

—Mmmhhh... No es mala idea.

WTF!!!!!!!!!!

—¡Cielos! No me digas que acabo de darte la peor de las ideas. ¡Ahora sí que jamás entraré al maldito paraíso!

—Incluso ya imagino la portada con algún «lomazo» lleno de músculos...

—Por favor... Yo solo veo la portada con la imagen de una pelvis con patas.

—¡Cierto! Aunque preferiría un buen «trasero», uno de esos bien duros y firmes por los que te baboseas hasta quedar seca. De hecho... Podría pedirle a tu querido médico que posara... Madre mía... Qué buen culo... —dijo con la mirada perdida en algún punto del techo.

«OK. Suficiente.»

—Ya basta, Kate, o te enviaré a un manicomio.

—No me molestaría, siempre y en tanto haya muchos médicos como el tuyo, cariño. Eso sí que sería el paraíso.

¡Genial!

Suspiré desilusionada.

—Como el mío... Alex no es mío ni lo fue. Y si pudo haber sido, ya no lo será. Después de todo esto ni siquiera querrá atender una sola llamada mía, Kate.

—Estoy segura que ni siquiera lo has intentado aún. Vamos, intenta.

Tomé mi móvil y luego de hacerlo tres veces, lo lancé hacia un costado.

—Ahí tienes. A la mierda con el príncipe azul...

—Bueno, Mel, no es tan grave...

De pronto nuestras miradas se enfocaron en la pantalla del LCD.

«—Sin dudas, son muchas las conclusiones, pero creemos que esta no tiene desperdicio. ¿Tú qué crees, Steph? —dijo el estrafalario compañero de estudio de la conductora.

—Pues, realmente, no deja de llevarme de una sorpresa a otra, Carl. Pero diría que tiene sentido...

—¡Sin dudas! Con una influencia como esta, es claro que nuestra querida amante de bodas no conseguirá jamás casarse en serio. ¿Ustedes qué creen, queridos amigos?»

Mierda. Si todo hasta entonces había sido complicado, con aquella imagen de la despedida de soltera de Kate, ya tenía asegurado un *ticket* al infierno. Y no exagero, pues era la misma imagen que hizo que Martin, su exprometido, la dejara a horas del altar: Kate, vestida al estilo *Moulin Rouge*, despatarrada sobre la cama junto al *stripper* enano que parecía también dormitar, aunque con una mano sobre el seno izquierdo de mi querida amiga. Sí, una imagen

para postal.

Su boca se abrió, dejando caer su mandíbula hasta el piso.

—OK. Es grave... —dijo casi en un susurro.

—Y creo que ya podemos deducir quién es la «fuente fiable».

Sophy, claro.

Y como lo mejor siempre se hace esperar, lo peor llega rápido.

«Clink»

El móvil de Kate sonó.

Las dos nos pegamos mejilla con mejilla para leer el mensaje que acababa de llegarle.

De: Rachel Adams

Para: Kate Lawrence

Asunto: Escándalo

A la Jefa de Redacción, Kate Lawrence:

Mejor será que encuentres una buena solución a todo este escándalo, pues, si no lo haces, lo que buscarás será un nuevo empleo.

P.D: ¿Debo aclarar que, de darse la segunda alternativa, tu puesto será ocupado por alguien cuyo nombre de pila es «Sophy»?

Atte,

Rachel Adams

Directora de Revista Emotiva

Mierda. Las dos tragamos saliva. Sabíamos que no había solución. Estábamos, definitiva y absolutamente, jodidas.

—Ralph...

El pobre chico se acercó con miedo. Seguro estaba espantado por nuestros fantasmales rostros.

—¿Sí?

—Trae helado... —le dije con un tono apagado.

—Pero no...

—¡Trae el puto helado! —vociferamos las dos al mismo tiempo.

—¡Está bien! ¡Lo haré! ¡Lo haré! —afirmó asustado, con las manos

delante del rostro—. Solo necesito saber dónde...

Ambas le señalamos el refrigerador.

Sí, esa parecía ser nuestra única salida. O, al menos, un pequeño consuelo.

**

—¿Por qué, Kate?! —Me metí la vigésima cucharada de helado en la boca y continué hablándole, a pesar de la tenerla llena—. ¿Es que no se da cuenta que frente a ella tiene al hombre perfecto? ¡Y va a rechazarlo, Kate, va a rechazarlo! —exclamé en una mezcla de tristeza con desesperación al mismo tiempo que señalaba la pantalla con la cuchara.

Oh, sí. Ignorar la realidad hundiéndonos en el maravilloso y puto mundo de la perfección cinematográfica. ¡Qué buena idea! ¡Sí!

Kate, en el mismo estado que yo, devoró lo último que le quedaba de helado en el pote y, sin que fuera necesario decir una sola palabra, Ralph se levantó en busca de un nuevo cuarto de chocolate suizo que ella no tardó ni un minuto en abrir.

—No lo sé, Mel, no lo sé... Yo en su lugar hubiera sellado nuestro amor tirándomelo bajo la lluvia. Fin de la historia. —Se quedó muda contemplando al actor—. Por Dios, qué bueno está Mr. Darcy...

Afirmé con la cabeza sin quitar los ojos de la pantalla.

—¿Y ella? Es magnífica... No importa las veces que vea esta versión. Se me eriza la piel de solo verla actuar. —Puse cara de «a punto de llorar»—. ¡Merecía ganar el puto *Oscar*! ¡Merecía ganarlo, maldita sea!

Ambas afirmamos con la cabeza y, simultáneamente, llevamos una cucharada a nuestras bocas.

De pronto, se hizo un silencio. Las dos nos paralizamos y fruncimos nuestros ceños con toda la atención puesta en la conversación entre Lizzy y Darcy e, inconscientemente, nos acercamos a la pantalla quedando de rodillas. Sí, venía «esa parte» en la que ella le hacía una última pregunta que haría a Mr. Darcy declinar, aunque a centímetros de la boca de Lizzy.

—No, por favor, bésense...

—Lizzy, por todos los cielos, recapacita, cariño... —Kate le habló a la pantalla.

Unos segundos más y...

—¡Noooooo! ¡¿Por qué?! ¡¿Por qué?! —vociferamos las dos indignadas y con los ojos llenos de lágrimas de impotencia.

Ralph, cuya mirada se turnaba entre la pantalla y nuestras figuras, mantenía el ceño fruncido. Creo que estaba pensando seriamente en enviarnos a algún manicomio.

—Ralph, ¿puedes hacernos un favor y matar a Jane Austen? —dijo que Kate, secándose las lágrimas.

—Señorita Lawrence, ella ya está muerta... —dijo preocupado.

—Cielos, es cierto... —Se enjugó las lágrimas.

Ralph, extrañamente horrorizado, negó con la cabeza.

—¿Por qué, Kate? Ella es perfecta para él y él es perfecto para ella. ¿Por qué desperdician el tiempo así? ¿Es que no se dan cuenta que, por culpa de estúpidos prejuicios y un orgullo sin razón, están perdiendo la mejor oportunidad de sus vidas? ¿Tan difícil les es ver que las apariencias engañan? —Y ambas nos abrazamos hundidas en un llorisqueo.

De pronto, el ceño de Ralph pasó a relajarse para luego llenarse de entusiasmo. Su expresión parecía la de «¡Eureka!».

Se puso de pie y sus ojos, tan enormes como siempre, parecían perdidos en una luz que acababa de ver.

—¡Eso es! ¡Las apariencias engañan! —exclamó con suma alegría.

Nosotras, aun moqueando, fruncimos el ceño.

—Y ahora, ¿qué? No me digas que aprovecharás nuestro momento de debilidad para intentar convencer a Mel de que, a pesar de «las apariencias», tú eres el maldito príncipe azul, ¿verdad? Te recuerdo que aún no estamos tan jodidas, querido Ralph...

El joven chasqueó la lengua.

—No, no me refiero a eso —dijo de mala gana. Se sentó al lado nuestro y, nuevamente, con entusiasmo, continuó—: La audiencia cree que las imágenes de ustedes no son más que una muestra de una vida sin control, pero eso solo es porque no le han dado un contexto.

Las dos entrecerramos los ojos.

—Ve al grano —dijo Kate.

—Lo que quiero decir es que aún hay una salida. Tenemos una oportunidad y más que creíble. —Ambas movimos las manos para que prosiguiera—. Solo necesitamos divulgar que esa imagen corresponde ni más ni menos que ¡a la sorpresiva despedida de soltera de la señorita Adams!

Ambas abrimos los ojos como platos y sonreímos satisfechas. Definitivamente, siempre hay una luz al final del camino y sin Ralph no habríamos logrado hallarla.

Kate, impulsiva, lo tomó de su huesudo rostro y le estampó un beso en la boca. Por poco el pobre Ralph muere de un infarto.

—¡Eres un genio, Ralph! ¡Un maldito genio! —expresó, poniéndose de pie.

El muchacho sonrió satisfecho y yo, aliviada, suspiré para luego sonreírle agradecida.

—Pues bien... No hay mucho más que decir. ¡Manos a la obra! —exclamó Kate.

Sí, manos a la obra... ¿Pero qué demonios es lo que haríamos?

**

El LCD seguía encendido, pero nuevamente en los programas chismosos. Y allí estaba Kate, en la puerta de mi casa, enfrentando a todos los periodistas que no dejaban de hacerle preguntas. Pero eso no fue un problema para ella. Si había alguien lleno de carisma, esa era Kate. Además se veía tan bien en TV...

Y no pude evitar pensarlo una vez más: «Estúpido Martin. Hiciste sufrir a una de las más maravillosas mujeres de todo este maldito planeta». Pero claro, aún no les conté la historia de Kate. Bueno, en realidad, no hace falta explayarse mucho más... Con aquella fotografía y las palabras «despedida de soltera» a Martin le alcanzó y sobró para acabar con años de noviazgo en solo cuestión de segundos. Aunque como dijo Ralph: las apariencias engañan. Ahora eso no quita que el disfraz de *Moulin Rouge*, el estado ebrio y el enano fueran reales. Como fuera, todo eso no fue elección de Kate, sino de la oficina entera. Sabíamos lo divertida que era y que disfrutaría a lo grande con nuestra fiesta, más aún que no solo festejaríamos su despedida de soltera, sino también su reciente ascenso como Jefa de Redacción. Todos, absolutamente todos, estábamos felices. Sin embargo, toda regla tiene una excepción, en este caso, Sophy. Digamos que nunca hubo mucha química entre ellas, pero si existió alguna posibilidad de que la hubiera, se esfumó en cuanto R aclaró que la elección de la nueva Jefa de Redacción estaba entre ellas dos. ¡Puff! ¡Seguro que no supo la batalla que incitó! ¡Seguro! En fin... Ambas tuvieron la oportunidad de ejercer como Jefas de Redacción por una semana cada una y, de acuerdo a la creatividad y número de ventas (esto último, lo más obvio para R) se escogería la nueva jefa. Por supuesto (y no porque sea mi amiga...) Kate la hizo pedazos, en especial por la nota con *tips*

para conseguir al hombre de tus sueños y la exclusiva entrevista a Rich Bob que, claro, no dudé en conseguirle en cuanto me lo propuso. No era que la entrevista a la mejor chef de Norteamérica y la nota sobre «cómo ser la mejor empleada en tu trabajo» fueran malas, pero... ¡Vamos! ¡Estamos hablando del más deseado roquero y de los secretos que toda mujer (aunque muchas a escondidas) quiere saber! Como fuera, la victoria fue contundente y merecía el más grande de los festejos. Y así fue, aunque... no todo salió como esperábamos. No tiene sentido que diga que Kate bailó sobre la barra del bar de James con el *stripper* enano hasta el hartazgo (de hecho, el festejo continuó en mi departamento) ni que el nivel del alcohol hizo estragos con la mayoría de la oficina al punto de decretarse «libre» el día siguiente a la despedida, ¿cierto? Claro que no, aunque lo que sí fue sorprendente fue lo que ocurrió horas antes de llegar al altar. Todas las damas de honor — vestidas con un ridículo y horrible vestido color... no sé cómo llamarlo... tal vez, ¿mostaza?—, estábamos ayudándola a relajarse (y varias copas de fino *champagne* también) mientras Connie Jo (otra de mis contadas amigas, pero además, mi planificadora más querida y favorita) se encargaba de los últimos detalles del evento. Kate no dejaba de mirarse una y otra vez en el espejo; los nervios la estaban carcomiendo. Pero, para cuando logró relajarse, inesperadamente, la puerta se abrió al punto de golpear contra la pared. Todas giramos hacia esta y allí estaba Martin, vestido de novio, aunque furioso y con un papel en la mano. Enardecido como jamás en mi vida pensé verlo alguna vez, empezó a caminar en dirección a Kate.

—Cariño, es de mala suerte que me veas vestida de novia y antes de la iglesia... —le dijo nerviosa mientras él se le acercaba, aunque sin cambiar aquella aterradora expresión.

—¿Y verte acostada junto a un enano en pelotas es de buen augurio?! —inquirió, poniendo la fotografía frente a la nariz de Kate.

Sí. Todas, estúpidamente, nos llevamos las manos a la boca. Y no ayudó mucho que digamos...

—¿Qué...?! —Kate se dio vuelta, preguntándonos con la mirada si habíamos sido alguna de nosotras, pero tras la negativa, volvió a él—. Fue solo una despedida, Martin, nada de lo que puedas estar pensando ocurrió, cariño. Me conoces, y bien sabes que jamás...

—¡No, maldita seas! ¡Después de esto —le revoleó la fotografía en la cara —, lo único que puedo decir es que no te conozco un carajo! ¡Vete a la mierda, Kate! —fueron sus últimas palabras antes de darle la espalda para

marcharse, dejándola, desde entonces, sin posibilidad alguna a réplica.

Y cuando digo «desde entonces» es en serio, pues, a pesar de las constantes llamadas de Kate, Martin jamás atendió una sola de ellas. Tampoco contestó sus *emails* (supimos que bloqueó la dirección de correo) y hasta se mudó de su apartamento. Digamos que, literalmente, desapareció o, al menos, borró de su vida todos los años que había compartido junto a Kate. Pero eso no fue todo, claro que no. No pasó mucho tiempo que, de pura casualidad, en una de esas noches que acompañaba a Kate en sus largos, incontenibles y mocosos llantos frente a la famosa fotografía, descubrimos un mensaje al dorso: «Cómo perder al hombre de tus sueños en solo dos segundos...» y, como firma, una carita feliz, guiñando un ojo. La furia fue tal que creo que no hubo cojín que se salvara de la paliza de Kate. Y aunque nos fuera bastante obvio que la autora no era ni más ni menos que la envidiosa y mal perdedora de Sophy, nadie pudo deducir nada de aquello hasta que las sospechas se levantaron al verla en uno de los eventos de la revista junto a Martin como su nueva pareja. Oh, sí, fue tan devastador como se los acabo de contar. Aun así, y se lo he hecho saber a la pobre Kate, creo todo lo que vivió tuvo su lado positivo. Sí, lo sé, parece una maldita locura lo que estoy diciendo, pero, vamos, seamos realistas, ¿qué tipo de hombre es el que te deja plantada en el altar por semejante estupidez y sin posibilidad a una explicación? No solo es alguien que no confía en ti, sino además un estúpido que no tiene idea de lo que en realidad vales. Y más aún, es alguien, me aventuro a decir, que no te ama realmente... ¿Si fue de buen augurio que Martin viera esa fotografía? Para mí, absolutamente, sí. En fin... Kate jamás lo pudo ver así.

Pero, como si arruinarle la boda y robarle el novio hubiera sido poco, ahora iba a lo que, en realidad, más deseaba: su puesto de Jefa de Redacción. Y, claramente, a R le importaba una mierda aquello. Incluso creo que su amenaza fue muy consciente, pues, aunque se trate de mi madre, lamento asegurar que disfruta de este tipo de competencias crueles. Sin ir más lejos, vean cómo ha sido conmigo misma...

Y esa es la historia de Kate. ¿Si tuvo un final feliz? Pues no se los diré ahora, pero que tuvo un fin, seguro, aunque no más sorprendente que el mío. Y para conocerlo, pues, tendrán que fumarse lo que queda de mi historia. Oh, sí. Era de esperarse, ¿cierto? ☹

Como fuera, yo seguía allí, tirada sobre mi sillón sin saber bien qué hacer, aunque por lo menos sabía que salir de mi apartamento no era una buena

opción. Así que me concentré en «disfrutar» de lo que los programas decían de mí y, a la vez, de lo que Kate respondía frente a ello.

Pero por más que mi mejor amiga remontara mi imagen pública... ¿qué sería de mí sin el príncipe azul? ¡Cielos! Era seguro que luego de todas esas imágenes escandalosas no había dudado en volver a Etiopía para nunca jamás volver a verme. ¿Hombres para casarme? ¡Claro que había y miles! Frente a las sospechas de que todo se tratara de algo falso, más de un oportunista se ofrecería como prometido en busca de publicidad o más fama, pero R jamás sería tan estúpida como para no darse cuenta de ello. La pregunta, en realidad, era si existía algún hombre que, de verdad, quisiera casarse conmigo... Algo poco probable, pues lo menos certero era que hubiera alguno que me amara y, a la vez, yo lo amara a él. Y si hubo una posibilidad, al menos tentadora para mí, esa fue la que tuve con... con Alex, por supuesto. Pues es claro, ¿no? Era el único que cumplía con lo más importante: los requisitos de un príncipe azul. En fin... Ninguna idea venía a mí y la única que me ofrecía mi infantil cerebro era la de un pote de helado con patas y carita feliz. Ese era el único y mejor príncipe azul que mi cabeza había podido crear. Definitivamente, estaba jodida.

—Listo, cariño —dijo Kate agitada al entrar—. Asunto solucionado... —Miró hacia un costado con dudas—. O mejor digamos que, al menos, por ahora.

—¿Por ahora?

—Sí... —Se sentó a mi lado y me tomó las manos—. Steph, la conductora del programa del canal ocho, ha tenido la gentileza de adelantarme algunas cosas.

—¿Gentileza? ¡Puff! Más gentil hubiera sido evitar que mostraran esas fotografías, ¿no crees?

Kate bufó.

—Vamos, Mel, ya sabes que es su trabajo y no puede hacer mucho más que defendernos cuando puede y avisarnos de... ciertas cosas.

Cerré los ojos y suspiré.

—¿Ahora qué más, Kate?

Me miró asegurándose de que estuviera bien sentada en el sillón.

—Bueno, digamos que... —miró su reloj—, en menos de un minuto pasarán un video tuyo que acaba de llegarles —dijo con un tono que «intentaba» no mostrar preocupación.

—¿Video? ¡¿Pero qué carajo es lo que...?!

Kate, con el ceño fruncido y los labios hacia adentro, señaló la pantalla.

¿Si me sorprendió? Ja... Después de todo lo que había vivido hasta entonces, nada podía sorprenderme tanto.

Lo primero que mi cerebro identificó fue el tema musical: *Macarena*. Y, automáticamente, deduje las imágenes que ese programa y varios más repetirían rebobinando y dándole *play* con suma crueldad innumerables veces durante todo el puto día. Sí, era un video que mostraba el momento más ridículo y vergonzoso de toda mi maldita vida: mi caída de la barra luego de intentar seguir el ritmo del pasito español. Y, por supuesto, no quedaron fuera James (también bailando) ni Lindsay agachándose a mi rescate.

Genial... ¿Imagen pública? ¿Credibilidad? ¿Seriedad profesional? Maravillosos conceptos que, gracias a una foto y un estúpido video, jamás volverían a identificarme.

Bufé y me tapé la cara.

—Tranquila, Mel. Con mi declaración ha sido más que suficiente. Además, ya sabes... Estas cosas son noticia hoy y, al día siguiente, nadie las recuerda.

«—¡Tremendas imágenes, Steph! —dijo su mequetrefe compañero de estudio.

—Pues, sí, Carl. Pero creo que son acordes a lo que uno espera en una divertida despedida de soltera. ¿No crees? —Risas.

—Eso está más que claro, Steph —dijo con una forzada sonrisa que iba de oreja a oreja—. Sin embargo, no me digas que no te estás preguntando lo mismo que yo... —Murmullo de incertidumbre.

—Pues no, Carl. ¡Dinos, por favor, no nos dejes con la duda! —dijo animada y sonriente.

Carl carraspeó.

—*Producción*, por favor, repitan el video y hagan un *zoom* en donde les indiqué hace unos segundos. —Más murmullo.

—¡Ohhhh! ¿Tú crees que...?

—¿Quién será este joven y *sexy* hombre? ¿Será el futuro esposo de Mel Adams o solo un hermoso muñeco de diversión que, con estas imágenes, podría arruinar su última y real boda?»

Apagué. Listo. Ahora sí era mi fin.

Mi vida no solo había dado un espantoso giro de ciento ochenta grados:

ahora también lo incluía a él.

Mi destino estaba en las manos del enano irlandés.

Yo, Mel Adams, dependía de James.

Capítulo 12

—OK... Es probable que mañana no olviden nada, pero... —Suspiró profundo, intentando sonar creíble—... Dentro una semana, casi seguro, Mel. —Endureció la boca y con el ceño fruncido.

¿Esa expresión era una mezcla de lástima con ganas de cagarse de la risa?

Entrecerré los ojos y los clavé en los de ella. Tuvo que comerse los labios para contenerse.

—¡Kate! —le reprendí ofendida, pues ya sabía lo que vendría en tres, dos, uno...

Y se meó a carcajadas. Sí, eso hizo mi mejor y queridísima amiga. Estuvo unos cuantos segundos haciéndolo hasta que los ladridos de Puddle la volvieron un poco a la realidad.

—Oh, Mel, disculpa, es que... —Volvió a reírse—... Perdón, perdón. No quise hacerlo, pero ¡vamos! Creo que jamás en mi vida había conocido a alguien meado por tantos elefantes juntos y a la vez.

«No, Mel, no te encabrones. No dejes que salga la zorra que hay en ti, porque es tu amiga y...»

—Oh, ¿en serio? Porque yo sí. Y la tengo frente a mis narices —dije, levantándome para ir a la cocina a prepararme un sándwich.

Mierda. ¿Yo, impulsiva? Nooo...

La risa de Kate se cortó de golpe. Sí, tal como si le hubiera dado un puñetazo a lo *Mortal Kombat*[\[12\]](#).

—Bueno, es cierto. Y al menos no padecerás los ojos de Rocky Balboa[\[13\]](#) de tanto llorar. No se lo deseo a nadie, ¿sabes? A nadie... —dijo con tono apagado y... ¿a punto de llorar?

—¡Oh, por todos los cielos! La novela melodramática déjamela para otro día, ¿quieres? —Bufé al mismo tiempo que cerré el refrigerador, pero ella continuaba con ese «puchero» de quinceañera despechada—. Lo dije por la fotografía tuya que publicaron junto a la mía por la tarde. No «por otra cosa»... Y, además, ya te lo he dicho mil veces, Kate: te has ganado la puta lotería. No quiero imaginar lo desdichada que hubiera sido tu vida al lado de ese conjunto de músculos sin cerebro —expresé con enfado mientras convertía a los sándwiches en dos enormes Empire State de condimentos y fiambres.

—¡Oh! ¡Sus músculos! —vociferó Kate antes de... llorar.

Bufé en una mezcla de furia con pena. Odiaba verla así, llorando a moco tendido por alguien que, seguramente —y por qué no—, en ese mismo momento, estuviera tirándose a su competencia. Pero ella también detestaba sollozar, y no solo por su dolor, sino también por su..., ya saben, irrefrenable ronquido de cerdo.

—Kate... Tranquilízate, porque si sigues así de angustiada, no podrás evitar el...

Y no pude continuar, pues su porcino sonido comenzó a salir.

Cielos...

Dejé las dos torres sobre la isla de la cocina y fui directamente a abrazarla para no soltarla hasta que se calmara. Sin embargo...

«Ding-dong»

—Ve a... ¡Oinc! ¡Oinc! —Roncó—. ¡Mierda! —Trató de calmarse—. Ve a atender...

Sí, pobre, era un asco y el ruido a cochina no la ayudaba mucho. Suspiré.

—No, Kate, seguro que es alguno de los periodistas. Nada importante como para dejar de abrazarte.

«Ding-dong, ding-dong, ding-dong, din-dong». Y multiplíquelo por diez veces más.

—¡Ve, Mel! ¡Quien sea ya me está volviendo loca! ¡Oinc!

Bufé y me acerqué a la pantalla del comunicador.

Hablando de «músculos»...

—Abre la puerta.

—En este momento estoy ocupada. Hablamos luego, James —le dije, simulando seguridad e indiferencia.

—Ábrela, a menos que quieras que hable con estos alacranes —dijo con un tono elevado, haciendo que todos los micrófonos se le pegaran aún más en su rostro sex... Hum, hum... en su rostro de duende.

Carajo... Se lo notaba enfurecido. La miré a Kate y, al asentirme, lo dejé pasar al edificio.

—Iré al... ¡Oinc!... cuarto de visitas así hablan tranquilos, Mel.

—OK. Relájate y si lo necesitas, recuéstate un poco. No tardaré. —Y le sonreí antes de que partiera al dormitorio.

De pronto, Puddle se pegó a la puerta. Con las orejas en alto, empezó a olfatear hasta que, lleno de ansiedad, comenzó a llorar, poniéndose una y otra vez panza arriba, sin saber qué más hacer.

Me acerqué hasta su pancita y lo acaricié, aunque no sin aclararle algunas cosas...

—Y tú será mejor que te vayas olvidando del pitufo gruñón... Si quieres seguir comiendo, claro.

Pero siguió en su trance. Puff... Ya ni Puddle tomaba en serio mis palabras.

Sonó la puerta. Me acerqué, puse mi ojo en la mirilla y sin dudas que estaba él, pues «muy gracioso» puso su mano para que no pudiera verlo. ¡Ja! Como si hubiera podido olvidar esas manos que, según él, lavaba luego de ir al baño... Cochino.

Abrí. Lo miré de arriba abajo y él hizo lo mismo conmigo hasta que ambas miradas se encontraron incómodas... En realidad, debo aclarar que fue más fastidio que incomodidad, por supuesto...

—Pasa —le dije, haciéndome a un lado.

James entró y, como si la misma Kate me lo hubiera susurrado al oído, miré su trasero.

«Mmmhh... Nada mal...»

Puddle empezó a saltarle desesperadamente hasta que lo alzó en brazos. Así vistos parecían una especie de dúo dinámico a punto de complotar contra mí.

Hice una mueca de disgusto al verlos tan unidos y crucé los brazos.

—¿Ahora también hechizas perros? Porque siendo así, podría conseguirte un espacio en TV... ¡Oh! ¡Pero qué tonta! ¡Casi olvido que eres un duende! Si quieres, puedo encontrarte un espacio como animador infantil. ¿Qué dices? —Sonreí con falsa pena—. Perdona, es que aún no me acostumbro a todo esto de la magia y los bosques encantados...

—Deberías, a menos que no hayas visto la televisión... —Bajó a Puddle—. Y claro que, sin contar que, además de perros, «también» hechizo mujeres. —Puso «esa» sonrisita—. No creas que no me di cuenta de cómo me has mirado el trasero... entre otras cosas, claro. —Y a la sonrisa molesta le agregó una ceja enarcada.

Engreído hijo de...

—¡Puff! ¡¿Tu trasero?! ¡No me hagas reír! —expresé, acercándome a la isla para evitar que viera mi rostro sonrojado y para, de paso, tomar los dos sándwiches.

«Anotación mental: Nunca más mirar traseros ajenos sin antes pedir estrategias ‘disimuladoras’ a tu gran mentora y especialista en ‘culos’: Kate.»

—Sí, trasero. Y aclaré que «entre otras cosas» —remarcó las últimas palabras.

De solo escucharlo, recordé la mañana en que lo vi por primera vez desnudo y el plato con las dos enormes torres casi se me cae al suelo de no haber sido por él que, veloz, se acercó a sostenerme.

Ridículamente al unísono, ambos llenamos nuestros pulmones de aire. Nuestras manos se habían tocado. Nos miramos y, en un extraño silencio, tragamos saliva.

«OK, cariño, resuelve esto antes de que me fulmine: o te le tiras encima o, como siempre, lo descargas con *Sísifo*», escuché a mi cerebro decir.

—¡*Sísifo*! —exclamé, con los ojos abiertos de par en par y dando varios pasos hacia atrás.

—¿Sisi qué? —preguntó confundido, pero no tardó en distraerse al notar el tamaño de los sándwiches. Frunció el ceño, un tanto horrorizado, y señaló el plato—. ¿Matando angustias o jugando a construir edificios de comida?

Chasquéé la lengua y fui directo al sillón.

—Matando al hambre. Las mujeres también comemos, ¿sabías? —le dije mientras me sentaba.

Enarcó las cejas.

—Sí, ya veo..., aunque, para ser sincero, te imaginaba comiendo una hoja de bambú por día.

—No soy un panda. —Di un mordisco al sándwich. En realidad, un gran mordisco... OK, mentira. Un mordisco estilo tiburón blanco.

—No, acabo de descubrir que más bien eres Po de *Kung Fu Panda*[\[14\]](#).

Puse los ojos en blanco.

—En fin...

—Sí, en fin... —Suspiró—. Vine a pedirte que aclares todo antes los medios.

«¡Patada al pecho! ¡Patada al pecho, por favor!»

Me atraganté con las «migas» del sándwich y tosí hasta que logré calmarme.

—¿Aclarar qué?

James seguía allí, estático, con los brazos cruzados y una expresión que resumía el «Ya basta. Sabes muy bien a qué me refiero.»

Me mantuve en silencio, con una estúpida cara de inocentona y, cuando volví a morder el sándwich, suspiró cansado.

—Pues bien. —Comenzó a caminar en dirección a la puerta—. Si no lo

sabes, entonces no te importará que lo aclare yo mismo. De hecho, al venir aquí solo te he hecho un favor, pues no han dejado de perseguirme. —Tomó la manija dispuesto a irse.

—¡Noo! —interrumpí su acción. Él se giró y me miró harto—. ¡Espera, James!

—Oh... Por lo que veo, tu memoria se refresca bastante rápido... —ironizó.

Puff...

—OK, OK... —Dejé el plato y el resto de sándwich sobre la pequeña mesita y me acomodé, cruzándome de piernas—. James... —Suspiré—. Sé lo que sucedió entre nosotros aquella noche... —Recordé su desnudez apenas disimulada por mi cojín y miré su entrepierna, pero evité que me descubriera cerrando los ojos—. Hum, humm... —Volví a abrirlos... y algo de la última de la que, por cierto, aún debes aclararme mejor lo que sucedió, pero no puedo decirles eso a los medios y mucho menos a punto de casarme... Porque sabes que no será contigo, ¿cierto?

James volvió a cruzar los brazos y entrecerró los ojos, aunque sin dejar de fulminarme. Tal vez estuvo así unos tres incomodísimos segundos hasta que empezó a reírse con cierta indignación que no comprendí hasta que volvió a hablar.

—Esto es increíble... ¡Realmente increíble! —dijo al mismo tiempo que se acariciaba el cabello hacia atrás—. ¿Y quién demonios dijo que yo pretendía algo así? —Bufó enfurecido—. Mira, no sé quién demonios te crees, pero lo único que sé es que eres la última mujer con la que me casaría... ¡Engreída! —dijo furioso.

—¡Oh! ¿Y ahora a quién le falta creatividad para las bromas? Te recuerdo que eso lo dije primero yo aquel día en tu bar —contesté, poniéndome de pie e imitando su postura reticente.

—Es que no entiendes, ¿no? —Sonrió, negando con la cabeza—. No hablo en broma.

Y ¡Pum! Aquellas palabras fueron como un combo de piñas y patadas que me dejaron al borde de una *Fatality*[\[15\]](#).

Tragué saliva y pestañee varias veces.

—Yo... Solo estaba bromeando... —mentí, claro. Mi soberbia, otra vez.

—Sí... Seguro —dijo irónico—. Como sea... —Suspiró—. Ya te habrás enterado de todo y con esto que, por lógica, han corrido directo al bar en mi búsqueda, ¿cierto?

—Lo último no —dije no tan sorprendida.

Él hizo una mueca de disgusto.

—Bueno, de todas formas, no hacía falta aclararlo. —Tenía razón.

—Te agradezco que no hayas dicho nada —me adelanté.

Su expresión indicó cierta incomodidad.

—Pues no te voy a mentir: si no dije nada, fue solo porque Lindsay me detuvo. Sabrás que odio que me enreden en asuntos que no tengo nada que ver y menos aún que intenten inmiscuirse en mi vida privada. Pero ella... —Expulsó el aire de sus pulmones—... En fin, como es demasiado considerada con todo el mundo, no pudo evitar pensar en tu imagen y me pidió que, antes de hacerlo, viniera a hablar contigo... —Me miró de arriba abajo—..., algo por lo que me arrepiento definitivamente.

Y *finish her! Fatality! Irish dwarf*[16] *wins. Flawless victory*[17].

Aquella declaración fue como unas veinte puñaladas directas a mi pecho. No sé por qué, pero me dolió. Tal vez, porque fuera de mi madre, nadie me había hablado así en toda mi puta vida.

Me senté, miré el piso y, aún «shockeada», volví a él.

—Ya veo... —Lo miré con intensidad y, perdida en lo que sentía, continué—: Lo siento...

James me miró fijo a los ojos como si buscara adivinar si aquel arrepentimiento era real o no. Y yo no esquivé aquella inconsciente inspección que duró unos pocos segundos, pero que, para ambos, se tornaron una eternidad.

Lentamente, su expresión comenzó a relajarse un poco, aunque, como si su razón lo hubiera vuelto a la realidad, desvió su mirada hacia distintos puntos hasta que volvió a hablar.

—Como sea... —dijo, tornando a su desconfianza—. No estoy acostumbrado a estas cosas. O les dices tú que yo no soy nada de ti ni tú de mí o lo digo yo. Elige.

Tragué saliva y me puse de pie.

—Lo diré yo.

—Promételo —me ordenó sin poder mirarme.

—Lo prometo —dije sin dar vueltas.

—Bien. Así será mejor —expresó como si se lo dijera más a sí mismo.

—Sí... Así será mejor.

Me miró a modo de despedida y yo hice lo mismo con él. Sin embargo, y como si fuera poco...

—¡Oinc!

James frunció la frente y su mirada bastó para saber que preguntaría «¿Un cerdo en tu alcoba?».

—No, es Kate.

Y sus ojos se abrieron horrorizados, algo que no disimuló ni siquiera frente a la presencia de mi nueva Rocky porcina Balboa.

—Mierda... ¡¿Qué te pasó?!

«¿Hacía falta, estúpido hombre sin filtros?»

Kate le clavó lo que le quedaba de «mirada» y James, como no pudo ser de otra manera, puso cara de horror exagerado.

—Vete en busca de tu maldito arco iris y no me molestes, James.

—Es mejor idea que quedarme aquí junto a dos extrañas especies porcinas —dijo, señalando con la mirada mis sándwiches. Luego, se agachó hasta la altura de Puddle—. Te compadezco, amigo. Entre esto y moños rosas, es como estar en el mismísimo infierno.

Puddle, atento a lo que le había dicho, le lengüeteó la nariz.

Perro chupamedias.

—¡Oh, vamos! ¡Ya me dan asco ustedes dos! —expresé harta. Puddle agachó la cabezota y James negó con la cabeza, reprobando mi actitud—. Si no tienes nada mejor que hacer, puedes irte, ¿sabes?

—No hace falta que me eches, casa-divorcios. —Se irguió—. No me queda mucho tiempo. El avión y la playa me esperan —dijo orgulloso.

—Espera... —dijo Kate que se había acercado para traerme mi móvil, pues había sonado por un mensaje recibido—. Acabo de darme cuenta, Mel. —Me mostró la pantalla—. Creo que, no todo será tan gris, al menos para ti.

Miré el móvil. ¡Oh, Dios mío! ¡Sí! ¡Era un mensaje de Alex!

—Igual no festejemos aún. Lo más probable es que sea para mandarme a la mierda, Kate —dije temerosa, devolviéndole el teléfono.

Kate chasqueó la lengua.

—¿Y yo qué demonios tengo que ver con Axel y toda esta porquería?

—¡Alex! —vociferamos las dos al mismo tiempo.

James puso cara de «Sí, OK, al demonio. Es lo mismo.»

Kate abrió el mensaje, lo leyó, me miró y, lentamente, se giró para apuntar sus enormes ojos celestes hacia James.

—Ahora sí que estás realmente jodida, Mel. —Y tragó saliva.

De: Alex Said

Para: Mel Adams

Asunto: Dime que todo esto no es cierto...

Hola, Mel. ¿Por dónde demonios empezar? Bueno, primero quiero explicarte que si no te he contestado es porque estoy en California. Sí, tal vez te suene extraño, pero me encanta surfear. Como sea... Estaba a punto de llamarte cuando, bueno, no hace falta que te recuerde lo que pasaron en los programas, ¿cierto? Realmente no entendí nada, Mel. Pero luego, cuando tu amiga habló aclarando que no se trató más que de tu despedida de soltera no supe si alegrarme o enojarme aún más. ¿Estás a punto de casarte en serio con otro hombre y saliste conmigo? Dime que estoy equivocado, Mel, dime que no es cierto. Y, por favor, dime que no es James. ¿No es tu primo? Me niego a creer que me hayas mentado. Me niego. Yo lo he visto y y... estoy convencido que has sido sincera conmigo. Sí, eso es. Cielos... Ayúdame a entender mejor todo esto, Mel. Por favor. Quiero creer que hay una explicación, no sé... Quiero creer que es así, Mel, porque, siento decírtelo así y bajo estas circunstancias, pero no puedo evitarlo, no sé por qué... Me importas, Mel... y mucho.

Rayos.

OK, al demonio. Voy para allí. Necesito verte a los ojos y que me digas lo que de verdad sientes.

Cuando terminé de leerlo en voz alta, James me miró durante unos tres segundos hasta que dejó salir su estúpida risa. Kate y yo fruncimos el ceño.

—OK, OK... Perdón, pero realmente es un ñoño... —Volvió a reír y, al son de su risa, Puddle daba vueltas en círculo y sobre sí mismo.

«¿Ñoño? ¿Y qué te parece el término ‘cretino’? Es más bonito, ¿cierto? Pues será mejor que te encante porque te queda a la perfección, arlequín estúpido.»

—¿Cuál es tu problema con Alex? ¿Por qué lo odias tanto, eh? ¿Qué rayos te sucede, James? —inquirí ciertamente enojada.

Él entrecerró los ojos y se acercó hasta quedar a solo unos pocos —muy pocos— centímetros de mí. Kate dio marcha atrás, dejándose caer de culo sobre el sillón.

—Oh... ¿Ahora te importa lo que los demás sienten, casa-divorcios?

Porque te recuerdo que tú has sido la autora de que este pobre tipo se sienta así, ¿sabes?

Tragué saliva.

—Pues... Sí que me importa. Y... y no estoy orgullosa de lo que hice y dije, pero...

—Pero le has mentido —dijo, acercándose más—. Habiendo hecho eso, ¿aún tienes el atrevimiento de decir que te importa?

Mi corazón latía a cien por hora. No sabía si el combustible era la furia o el sentirlo tan cerca.

—Sí, me importa.

James me miraba directo a los ojos, escarbaba en ellos.

—Claro que no. No eres más que una mentirosa egoísta y...

—¡Basta! —lo interrumpí casi a punto de llorar—. Sí que me importa, James. ¡Me importa!

Se sorprendió por mi expresión y, con los ojos menos tensos y más abiertos, siguió mirándome a los ojos. Yo hice lo mismo con él.

—¿En serio? —me preguntó casi en un susurro—. Entonces dime qué sientes por él.

«Ups.»

Se hizo un breve silencio y mi mirada comenzó a moverse de un lado a otro.

—Yo...

—¿Lo ves? Nada. —Estaba a punto de darse media vuelta, pero mi grito lo evitó.

—¡Lo necesito! —Largué todo el aire de mis pulmones.

«Qué palabras de mierda, cariño», dijo mi cerebro.

—Palabras de mierda... —me dijo, sorprendiéndome.

—¡¿Pero qué rayos es lo que sucede?! ¡¿Ahora también lees la puta mente?! —expresé enfurecida. Bufé y, resignada, me acerqué a él que no había entendido mi reacción—. James...

—¿Qué quieres? ¿Qué más quieres, Mel? No estoy dispuesto a más nada, ¿entiendes? ¡A más nada! —dijo como si no hubiera querido decirlo.

OK. Stop. WTF??!!

Fruncí el ceño.

—¿Hacer más nada? ¿A qué te refieres? —le pregunté, acercándome aún más. Clavé mis ojos en los suyos. Él se tensó.

—Que no estaré dispuesto a que sigas usando mi puerta de emergencia...

—decía mientras su mirada, nerviosa, esquivaba la mía—. Y... tampoco te traeré cuando estés ebria. Eso... —Y solo al terminar me miró.

—Tienes ojos de cachorro —dije impulsiva.

«*WHAT?!*!»

«¡Ups! Lo siento, cielo, pero una pequeña parte mía acaba de quemarse. Veré si podemos retornar al modo cuerdo.»

—¿Qué?! —me preguntó con el pecho agitado.

Yo también empecé a excitarme... ¡Digo mi pecho, mi pecho, cielos...!

—Que... Que tu mirada me dice que no es eso lo que has querido decir.

—Yo no miento.

Bufé.

—OK, OK... Que no fue «lo único» que quisiste decirme. Eso. —Y se hizo el silencio. Sí, ese maldito incómodo y reconfortante silencio. ¿Y qué hice? Pues lo que dictó la parte quemada de mi adorado cerebro: le tomé la mano—. James, no sé si te agradecí el día que me trajiste hasta aquí en brazos. En el trabajo lo pude recordar..., aunque no todo, claro. Y sé que, a pesar de que «no me mentiste» —aclaré para evitar que me interrumpiera ofendido—, algo más sucedió y, no sé por qué, evitas decírmelo. —Suspiré y él también—. Por favor, necesito saber lo que sucedió; necesito saber qué dije. —Lo miré con intensidad y él a mí, pero cuando estuvo a punto de hablar, interrumpí. Y la cagué, claro...—. Estoy segura que, de alguna manera, se relaciona con Alex, ¿entiendes? Y no lo quiero hacer sufrir, de verdad me importa. No lo quiero perder.

James cerró la boca y soltó mi mano. Su mirada apuntó hacia un costado, pensó por unos segundos y volvió a mis ojos, aunque más frío y distante. Quizás hasta dolido, no lo supe traducir.

—¿Y qué es lo que quieres? ¿Qué mienta por ti y por él? ¿Realmente crees que eso es lo mejor que puedes hacer? ¿Así piensas solucionar el problema? —preguntó indignado.

—No, sé que no está bien, pero...

—Claro que no está bien. Si realmente sientes algo por ese... por Axel, entonces dile toda la verdad y asunto terminado. Yo no tengo por qué estar en todo esto. Fue innecesario desde el principio.

—James, no, por favor. ¿No entiendes? Nada es tan fácil, por favor.

—No voy a mentir, Mel. No soy así y no cambiaré por ti.

Cielos...

—No te pido que mientas, solo que omitas.

—Es lo mismo que mentir.

—No, eso no es cierto y lo sabes. Solo te pido que finjas ser mi primo. Nada más.

—No soy tu primo.

—Pero podría decir que eres como uno. —Miró hacia un lado y hacia otro, confundido, perdido—. Vamos, no le estaré mintiendo. De alguna manera, nos conocemos hace muchos años, es una relación de hace mucho tiempo, James.

—Pero se enterará que no soy familiar tuyo. Lo preguntará y no mentiré.

¡Puff! ¡Maldita sinceridad irlandesa!

—OK, OK, te entiendo. Solo déjame decirle que para mí eres «como un primo» o que la relación es de ese estilo por... la confianza que hay entre nosotros. Y que, bueno, no me animé a aclarárselo de entrada porque no sabía si me entendería. ¿Está bien?

Su rostro había empalidecido de golpe.

—Como un primo... Pues yo no diré eso. Si quieres dilo por ti.

—OK. Trato hecho. Le extendí la mano.

James entrecerró los ojos.

«Oh, no. Su media sonrisa de nuevo...»

—Espera. ¿Cómo que «trato hecho»?

Aún con la mano extendida, enarqué las cejas y sonreí intentando mostrarme inocente, algo que, por supuesto, no funcionó con él.

Cielos... Había estado tan cerca de que cayera...

—Vamos... —Él, con una sonrisa que iba de oreja a oreja, negó suavemente con la cabeza. Bufé—. ¡Mierda! —grité, descubriéndome. Lo miré y continué—: OK. Además de lo que acabo de pedirte, «por lógica», y por eso omití decírtelo, necesito que sigas en mi vida. Recuerda que le dije que vives momentáneamente aquí.

—¿No acabas de decir que le dirías que somos «como primos»? No creo que tenga nada de malo aclarar que también has mentido con eso de que vivo aquí.

—Pues no creo que sea muy conveniente, querido duende. Te recuerdo que si mentí en eso fue porque te vio nada más y nada menos que en pelotas y en mi propia casa. —Suspiré y cerré los ojos al recordarlo con mi cojín como única vestimenta, pero pude volver a hablar—. Alex es bueno y, tal vez, pueda comprender mucho de lo que le aclare, pero no es estúpido. Si le digo que también ha sido mentira que vives en mi casa, es obvio que pensará que

somos algo más que «amigos-primos», ¿no crees?

—Pero no voy a mentir.

«¿Es lo único que sabes decir, maldito enano sin filtros?»

Puse los ojos en blanco.

—No vas a mentir.

Se acercó hasta quedar mucho, muchoooo más cerca.

—Entonces, ¿qué es lo que me estás pidiendo, casa-divorcios?

—Vive conmigo. Así no sería una mentira —dije a secas y sonriente, aunque sin quitar mis ojos de los suyos—. ¿Qué dices? ¿Trato hecho?

James sonrió y sus entrecerradas uvas negras me decían que, claramente, había un «pero».

—Con una condición.

Por supuesto. ¿Podía ser de otra manera? Puff...

—Cuál —dije con el mismo tono negociante.

—Me deberás un favor y... —Su dedo índice estaba a la altura de su maldita sonrisa—... harás todo lo que te pida.

—No me prostituiré, te lo aclaro.

Puso cara de indiferencia.

—No, eso no. De hecho, lamento decirte que es lo último que me interesa de ti.

«¡Estúpido! ¡Estúpido, enano de cuarta!»

—OK.

Y tomó mi mano con suma satisfacción.

Demasiada.

—Trato hecho, casa-divorcios.

—Trato hecho, duende oportunista.

¿Si fue un buen negocio? No lo sé, pero que fue un excelente *show*, seguro, pues Kate empezó a aplaudir mientras con sus rodillas sostenía el pote de helado que vaya a saberse cuándo fue a buscar.

Ambos la miramos con el ceño fruncido.

—¿Qué?! —Ofendida, tomó la cuchara y la llenó de helado que fue directo a su boca—. ¿No me iba a quedar sin hacer nada, no?

Capítulo 13

—¿Lo necesito? ¡Ja! —expresó Kate, echándose sobre el sillón.

Bufé.

—Y es cierto. Lo necesito.

—¡Por supuesto que sí! ¡Tanto como yo a su culo para la portada de mi futuro libro!

—¡Oh, por favor! ¡Acaba con eso antes de que crea que lo dices en serio!

Movió sus cejas y sonrió mostrándome su blanco piano. Luego, suspiró.

—Vamos, Mel. No puedes estar hablando en serio... —Lentamente, comenzó a abrir sus enormes pelotas celestes—. A menos que...

—No empieces, Kate, te lo advierto.

Bufó.

—Realmente no te entiendo.

—¿Qué no me entiendes? ¡Vamos! ¡Deberías ser la primera en hacerlo! ¿Acaso tan difícil es? —inquirí indignada.

—Pues, sí, Mel. —Cruzó las piernas—. Dices que lo necesitas, cuando en realidad sabemos que no es así, pero a la vez niegas y evitas rotundamente que sospechemos que la base de tu «necesidad» sea un posible enamoramiento. ¿Qué demonios es lo que sucede en tu cabeza, cariño? —preguntó medio chistosa, medio en serio.

Bufé, pero sabía que tenía razón.

—No lo sé, Kate, no lo sé...

—OK... Hagámoslo más fácil: ¿por qué dices que lo necesitas? Podríamos encontrar a otro hombre. Y no vengas con eso de que tu madre podría darse cuenta porque con Alex estamos en la misma situación, a menos que... —me detuvo con la mano para no la interrumpiera—... ya sabes, estés enamorada de él. —Me miró directo a los ojos—. Vamos, Mel. Sé sincera. Al menos conmigo puedes serlo, ¿OK?

Tragué saliva y me dejé caer sobre el sillón.

—Pues, es cierto. No quiero engañar a R, pero tampoco quiero engañarme a mí misma. ¿Entiendes?

—¡Wowowowowooooow! Espera un momento... ¿Qué no quieres engañarte a ti misma y estás a punto de casarte con alguien del que dices estar enamorada, pero en privado lo niegas? *WTF*, Mel!? —preguntó exasperada.

Suspiré.

—No es tan así, Kate... Lo necesito, sí. Eso es cierto. Alex es el único hombre que... que cumple con todos los requisitos del puto príncipe azul.

—Cielo, eso es fácil de conseguir, ¿sabes?

Chasquéé la lengua.

«¿En serio? Pues dilo un poco más alto y te aseguro que tendrás que poner una empresa *on-line* de *delivery* para abastecer a todas las mujeres de Nueva York, cariño. Incluso con la opción de ‘recicle a su marido’.»

—No entiendes...

—No —dijo a secas y pestañeando más de la cuenta.

—Él tiene todo lo que una mujer quisiera tener a su lado, Kate. Y no es de mentira. Existe...

—Ajám... ¿Y?

—Y... Y es la primera vez que alguien así me desea tanto y en tan poco tiempo... No lo sé, Kate.

—Pues... Te recuerdo que la última vez que viviste aquello fue con Rich Bob y... no te fue muy bien que digamos, corazón —dijo, frunciendo la nariz.

Bufé.

—Sí, lo sé. Pero no fue como con Alex. Es el primero que ha abierto su ¿corazón? —Pestañeé varias veces y rápido por esa «noña» expresión—. No lo sé... Con él me siento deseada, cuidada por lo que soy y...

—¿Por lo que eres? —me interrumpió—. Creo que no sabe lo suficiente como para que puedas decir eso, Mel... —Miró el plato con el sándwich a medio devorar.

—Ya, Kate...

—En fin... ¿Estás enamorada entonces? ¿Eso quieres decir y no te animas? —inquirió con poca paciencia.

—¡No! —Fruncí el ceño—. No lo sé... Quiero decir... Cuando pienso en lo que escribí en el blog... Sí, fue un atropello, pero estoy segura que si lo hice no fue más que por...

—James —dijo Kate.

—Alex —expresé yo al mismo tiempo que ella. Entrecerré los ojos—. ¿James? —Me tomé dos segundos—. ¡¿James?! ¡¿Pero qué demonios dices, Kate?!

—Bueno, o el pene de James. ¡No lo sé, Mel!

—¡Oh, por todos los cielos! —Revoleé los ojos—. ¡¿Cuándo hablarás en

serio!? ¡¿Cuándo?!

Kate enarcó las cejas.

—Siempre hablo en serio. —Miró hacia arriba y volvió a mí—. O casi siempre. En fin... No quiero ser aguafiestas ni arruinar tu «repentino» y frágil enamoramiento, cielo, pero te recuerdo que cuando escribiste eso estabas con James, el duende irlandés de enorme pen...

—¡Shhhhhh! ¡Deja de decir «pene»!

—OK, puedo llamarlo «p...»

—¡No! ¡Está bien! ¡Prefiero «pene»! ¡Cielos! ¡Cielos!

—Como te decía... Estabas con «él», Mel.

—¿Y qué tiene que ver eso? Pude haberme confesado con James, lo que no quiere decir que...

Kate ladeó la cabeza hacia un lado y me miró con los ojos entrecerrados omitiendo decir «Vamos, ni tú te lo crees...»

Suspiré.

—Creo que lo mejor será que le pidas a James que te explique con «lujo detalle» —me guiñó, por supuesto— lo que ocurrió esa noche, Mel.

—Está bien, pero aun así estoy segura de lo que haré.

—Mel...

—Kate... Ya no soy una niña y mi cabeza sabe muy bien discernir entre un roquero inmaduro o el verdadero hombre de los sueños.

«Oye, a mí no me comprometas, eh. Aún me debes varias explicaciones, cariño...»

Maldito cerebro.

—¿Y Alex es el hombre de tus sueños, Mel?

—Es el hombre perfecto, Kate.

—Perfecto ¿para quién?

—Es perfecto y punto. Y si existe una chance de que me enamore, estoy segura de que es con él.

Kate entrecerró los ojos de nuevo.

—Con que perfecto... Eso quiere decir que ya sabes que tiene un «Salta, Willy, salta», ¿verdad?

OK. Demasiado. ¡Demasiado!

—¡Kate!

—¡Oye! Solo me preocupo por mi amiga. No vaya a ser que el príncipe azul sea igual a uno de esos muñecos con los que juegan las niñas: muy bonitos, musculosos, pero sin nada allí abajo. No sería justo, no...

Puse los ojos en blanco.

El timbre sonó.

—Yo atiendo.

—Y yo me voy. Ya sea el señor de tres piernas o el de excelente parachoques con palanca de cambios a confirmar, no querrás que esté observándolos, ¿cierto? —preguntó con picardía.

—Muy cierto. —Me acerqué al comunicador. Cielos...—. Hola...

—¿Puedo pasar?

Asentí con la cabeza y dejé que entrara al edificio.

Kate se quedó mirándome por unos segundos.

—¿Duende o príncipe?

Suspiré.

—Príncipe.

Kate abrió los ojos al mismo tiempo que la puerta de entrada.

—Suerte con eso, cariño... —dijo, cerrando la puerta, aunque... no lo terminó de hacer sin antes asomar su cabeza una vez más—. Y no te olvides de confirmar el tamaño de su...

—¡Basta de penes! —exclamé enfurecida.

—¡Pene! —Y sonrió, saludándome con un infantil movimiento de manita.

Y, sin embargo, sabía que aquella orden mía no iba a ser posible por mucho que quisiera... No hasta el día de la bendita boda.

**

No cerré la puerta. Kate recién había salido y Alex no tardaría en subir. Preferí esperarlo.

Los nervios me estaban carcomiendo por dentro y mi corazón latía a mil por hora. Sinceramente, ya no sabía en qué enfocarme si en la explicación que intentaría darle a Alex, en lo que sentía hacia él o en el estúpido enano que pronto volvería con sus cosas a instalarse.

Suspiré.

De pronto, el ascensor llegó a mi piso. Oh, cielos... El lento abrir de las puertas me estaba matando hasta que, preparada para mirarlo directo a los ojos, la sorpresa fue... ¿cómo decirlo? ¿Extraña? Pues no lo sé... Con todo esto ya no sé a qué llamar «extraño» o «normal».

En fin... Muy lejos de ser mi fuerte semidiós, el alto cuello de su vestido y su pelo recogido me hicieron creer que delante de mis narices y que quien me

miraba con repulsión no era ni más ni menos que la señorita Rottenmeier de *Heidi*. La señorita Wilson, mi vecina. Claro que revoleé mis ojos para otro lado, pero evidentemente aquello no alcanzó para evitar que siguiera mirándome asquerosamente, pues seguía firme en la puerta del ascensor impidiendo que este siguiera su curso. Fruncí las cejas y la miré: seguía con la mirada fija y enojada. Le sonreí con toda la incomodidad que alguien pudiera sentir al ser juzgado de esa manera, pero ella no hizo más que toser. Entrecerré los ojos y ella hizo lo mismo: no se iba a mover de allí.

«OK... ¿Qué estás tramando, Rottenmeier?»

Hice un gesto de «¡Oh!», como si me hubiera dado cuenta de lo que me pedía, parpadeé varias veces y me metí dentro del departamento, apenas apoyando la puerta. Y, por supuesto, clavé mi ojo en la mirilla. Sin embargo, mi santurrón vecina me tapó la visión al quedar de espaldas a mi puerta que daba directo al ascensor.

«¡Maldita bruja!»

Bufé desesperanzada de ver lo que evidentemente estaba escondiendo y cuando me dispuse a despegar las pestañas de la puerta, su figura se movió despidiendo a «alguien» que había quedado dentro del ascensor. No pude ver mucho, pero lo que sí fue claro fue su estatura. ¿Sería un niño? ¿¿Rottenmeier tenía un hijo?! ¡Woowwwww! ¡Aquel chisme le encantaría a Kate!

En fin... En cuanto la señorita Wilson entró a su apartamento, volví a salir.

Y el ascensor llegó.

Y las puertas se abrieron.

Y sus ojos... Esos hermosos celestes ojos se clavaron en mí.

**

No hizo falta que le dijera nada. Sin quitarme de encima esa mirada llena de una nostalgia que me dieron ganas de... descubrir, entró hasta quedar a solo unos pasos del sillón. Puddle, como si hubiera sabido lo que tenía que hacer, se bajó y, en silencio, marchó a mi alcoba.

—Alex, debes estar exhausto. Por favor, siéntate —dije con un tono un tanto apagado.

Él me volvió a mirar con esos ojos que no hicieron más que destacarse, pues la luz de la noche pegaba en ellos haciendo que su celeste se tornara más intenso. Pero no emitió sonido alguno. Simplemente, negó con la cabeza.

—¿Un café? —pregunté, volviendo a romper el silencio.

«Oh, cariño, si lo que deseas es recomponer las cosas y finalmente tener con quién casarte, hazme el favor de no hacerle uno de tus ‘cafés’, por todos los santos...»

¿Estaba atentando contra mi propia suerte? Cielos...

—No, gracias.

«¡Gracias a ti, Alex, gracias a ti!»

Dejé la taza que había tomado y me acerqué hasta la sala.

—Alex, yo...

Dio dos largos pasos y, en un santiamén, tenía su fuerte pecho a la altura de mi nariz. Su perfume, su olor, su... Mmmmhhh... Sí, le hubiera arrancado la camisa para pasarle la lengua por toda esa coraza de cuero hasta bajar a su...

—Mel... —Me tomó la barbilla con suma delicadeza y penetró mis ojos con los suyos. ¡Oh, Dios!—. Solo dime qué es lo que sientes. Solo eso.

Tragué saliva.

«‘Te quiero’, no queda bien, no. Ni que fuera mi hermano. ‘Te amo’, es demasiado. Dejémoslo para el final. Entonces...»

—Te necesito, Alex. Mucho.

Su pecho largó todo el aire que tenía contenido y, para mi sorpresa, con una expresión de esperanza.

—¿En serio? —Su mirada, llena de ansiedad renovada, se turnaba entre mi boca y mis ojos.

Asentí y me animé a acariciarle el... rostro. Si era el príncipe azul, entonces la escena tenía que ser digna de él. O, al menos, eso me hubiera dicho Kate... Aunque estaba muy lejos de lo que ella hubiera hecho en mi lugar, por supuesto.

—No sé cómo explicarlo, pero contigo me siento especial, Alex. Yo siento que eres el hombre ideal y...

Y me penetró la boca con su lengua.

«¡Oh, sí! ¡Qué buena forma de ahorrarme problemas! ¡Cállame todas las veces que quieras, cariño! ¡Resolvámoslo siempre así! ¡¿Qué dices, eh?!»

Su mano tomaba mi cuello con una seguridad que no hizo más que volverme loca. Esas manos... y, claro, me acordé de su tatuaje. Cielos... Bajé mis dedos para acariciar su pecho y pude sentir cómo se agitó. Sin previo aviso, tomó mi cintura y me aprisionó contra su macizo cuerpo y...

«¡Wow! ¡Sorpresa! ¿Pero qué tenemos por aquí, dulce príncipe azul? Me

parece que ya podemos confirmarle ciertos ‘importantes’ detalles a nuestra querida Kate. ¿Qué dices? O no. Mejor terminemos de asegurarlos con mis propias manos...»

Intenté descender, pero me tenía tan apretada contra su... su cuerpo que mis manos solo pudieron ir en dirección al destino favorito de Kate: su culo. Bueno, algo es algo, ¿no?

«Vamos, hazlo de una puta vez. Tócaselo, pero no lo hagas como si fuera una bo...»

Tarde, muy tarde. Mi inexperiencia en traseros hizo que mis impulsivas manos lo tocaran como si se hubiera tratado de... una bocina. Sí, una maldita bocina.

Automáticamente, Alex dejó mi boca y empezó a reírse de tal manera que no quedó más opción que separar nuestros cuerpos.

—Cielos, Alex, yo no...

—¡Eres una caja de sorpresas, Mel! ¡De sorpresas! —dijo sin dejar de sonreírme. Y, seguramente, al ver mi sonrojado rostro, pasó a mirarme con una dulzura que no hizo más que hacerme sentir una estúpida. Me tomó de las manos y continuó—: Eres tan dulce...

«¿¡Eh?! ¿Dulce, yo? Digamos que más bien eso eres tú para mí..., en el sentido literal, jaja. Y menos mal que no puedes leer la mente que si no, hubieras deducido que soy la bruja de Hansel y Gretel, pues solo pienso en comerte.»

Sonreí al mejor estilo virginal y suspiré. Tenía que cortar con la actuación o pronto se daría cuenta de lo mala que era para eso.

Caminé hacia el sillón y me senté, aunque dejando entrever cierta amargura, vergüenza.

—Oh, Alex... —Lo miré y él, con la misma pureza, se acercó y se sentó a mi lado—. No sé por dónde empezar. Te mereces una explicación.

Miró hacia el piso y volvió a mí.

—Bueno, antes que nada quisiera saber si es verdad lo de James...

«OK. No has aclarado qué cosa respecto a él, así que mi respuesta será...»

—Conozco a James de hace muchos años, Alex. —No estaba mintiendo, no. Aunque no lo hubiera visto nunca físicamente, era muy cierto que manteníamos una relación por medio de Lindsay y su puerta de emergencia.

—Entonces no es tu primo —dijo con marcada tristeza.

—Es como si lo fuera.

Frunció el ceño.

—Y vive aquí, contigo...

—Sí.

Cerró los ojos y suspiró.

—Entiendo... —Se puso de pie, listo para marcharse—. Lamento mucho que todo esto ocurriera. Espero que sean muy felices y...

Lo tomé de la muñeca.

—Espera, Alex. ¿Qué es lo que estás pensando?

Volvió a fruncir la frente.

—Es claro, ¿no? Tienen una relación hace años, vive aquí y los medios mismos lo han dicho. Se van a casar, ¿cierto?

Negué sonriendo.

—No, Alex. Te he dicho que lo quiero como a un primo.

«¿Qué lo quiero? WTF?!»

Pestañeó varias veces y volvió a sentarse.

—No entiendo, Mel. ¿Qué es lo que estás diciendo? ¡¿Hay otro hombre?! ¡¿Eso es lo que quieres decirme?! Porque si es así, yo prefiero no...

—Sí, tú —lo interrumpí a secas.

Tragó saliva, cerró los ojos y, luego de unos segundos, los volvió a abrir.

—Espera... ¿Estás diciendo que...?

Suspiré.

—Sí, Alex. No fue mi intención que fuera de esta manera, pero no tuve opción. Ya sabes cómo es esto de los medios y mi trabajo. Me persiguieron y a tal punto que tuve que decir que esta vez...

Hice silencio.

—¿Qué, Mel?

Cielos, rayos, relámpagos, mierda.

—Dije que estoy enamorada. —Tragué saliva. Pero no estaba mintiendo, pues nada más dije que «dije», ¿verdad?—. Y bueno, desde entonces no han hecho más que perseguirme y presionarme a tal punto que hasta se dio lo de «la despedida de soltera». —Volví a suspirar—. En fin... Alex —mi tono era más serio—, antes que nada quiero que sepas que no fue mi intención hacerte sentir mal ni enrollarte en todo este lío. Realmente no fue mi intención. Para mí fue muy especial el haberte conocido y no quiero arruinarlo por toda esta mierda mediática. Quiero conocerte de verdad, porque realmente me gustas mucho y...

Volvió a callarme con un beso. Esta vez, suave e intenso. Diría que fue la primera vez que sentía que alguien me besaba con... ¿sentimiento?

Poco a poco, sus labios se desprendieron de los míos y su mirada volvió a fundirse con la mía.

—Mel, ya te lo he tratado de decir en el *email* que te envié hoy. No sé qué rayos es lo que me ha sucedido contigo, pero siento que nos puede ir muy bien juntos. Disfruto de tu presencia, me atraes con locura y no dejo de pensar en ti. —Se hizo a un lado uno de sus mechones rubios. Mmmhh...—. Sí, sé que suena a locura, pero ¿sabes? Hay veces que es necesario dar un salto al vacío, un salto de fe. Al menos eso siempre dice mi abuela y, hoy, siento que puedo hacerlo contigo.

«¿En serio? Pues te recomendaría pensarlo mejor, cariño. Algunos ‘saltos al vacío’ te hacen caer en destinos insospechados, por ejemplo, una cama ocupada por tu octogenaria tía abuela y tu esposo roquero.»

Sonreí con ternura y le acaricié el rostro.

—Lo sé, Alex, pero no tienes por qué sentirte presionado por todo esto. No tienes por qué...

—Mel Adams —me interrumpió, arrodillándose frente a mí—, ¿quieres ser mi esposa?

W-T-F??!!

La sorpresa me arrebató el aire. Mi boca se abrió sin poder emitir sonido alguno. Y la puerta del departamento también.

Era James.

**

Ahora sí estaba completo el cuento de hadas. Príncipes, duendes y princesas (si así se me podía considerar). Todos juntos en el mismo palacio.

James acababa de entrar y no despegaba un solo ojo de la escena. Alex aún no se había percatado de su presencia y seguía mirándome con esos ojos de infarto.

Yo, aún aturdida, miré una vez al duende que permanecía firme y serio, y volví a Alex que pestañeó a la espera de mi respuesta.

—Cla... Claro, Alex. ¡Claro! —tartamudeé hasta que logré decirlo de forma completa y alegre.

Alex frunció el ceño, aunque sonriente.

—¿Eso es un «sí» al estilo Mel Adams? —expresó risueño.

Yo con una sonrisa forzada y dura por los nervios, asentí con la cabeza tan rápido que casi se me sale del cuello.

Alex rio y me besó en los labios.

—Felicidades —dijo a secas al mismo tiempo que cerró la puerta.

Mi sexy doctor giró su rostro lleno de sorpresa.

—¡James! —Se puso de pie y se acercó a saludarlo, extendiéndole la mano, pero el estúpido duende (estoy segura) se hizo el despistado, por lo que Alex tuvo que guardársela en... el bolsillo, claro—. No sabía que estabas aquí.

—No estaba aquí. Acabo de llegar. ¿No ves mi maleta? —dijo con cierta malicia que yo, al menos, detecté de inmediato, pues sus ojos se entrecerraron clavándose en mí.

Maldito enano.

Entrecerré los míos y lo fulminé con la mirada. Él solo me miró enarcando las cejas con gran seguridad.

—¡Claro! ¡La maleta! —dije, poniéndome de pie—. Recuerdas, Alex, que este fin de semana iremos a Miami, ¿cierto?

—¡Oh! ¡Claro que sí! ¡Casi lo olvido! Y sinceramente, me viene como anillo al dedo —Sonrió por el juego de sus palabras. James puso los ojos en blanco, pero él no lo notó.

Yo sonreí y pestañeeé sin entender.

—Claro... Sí... Y, ¿por qué dices que resulta como anillo al dedo? —pregunté.

—Oye, dulzura, tú ya tuviste tu despedida de soltera. Ahora me toca a mí, ¿verdad, James? —expresó sonriente y con ambas manos dentro de los bolsillos.

—¿Dulzura? —inquirió James, señalándome con el pulgar.

—¡Cierto! ¡Tu despedida, Alex! —lo interrumpí antes de que Irlanda comenzara a hablar sobre la ausencia de mi dulzura y me acerqué hasta tomar a James de su fuerte... de su brazo—. ¡Pues no tengas dudas de que mi queridísimo James nos ayudará con eso! ¿Cierto, «mi duendecito»? —pregunté con tono empalagoso.

James me miró con los ojos entrecerrados y negó con la cabeza casi imperceptiblemente.

—Por supuesto, «dulzura»... —ironizó, enarcando una ceja.

—¡Genial! Pues entonces ya me pondré a reservar los pasajes.

—Oh, Alex... Por ese tipo de asuntos no tendrás que preocuparte. De hecho, hay una serie de temas que tendré que explicarte. En especial, respecto a los medios y a la revista.

—Pues bien. Con sus vidas hagan lo que les plazca. Yo ya tengo mi pasaje. Y el de Puddle, claro.

«¿En serio? ¿Crees que te llevarás a mi Puddle?»

—Pues eso no hace falta, querido James. Puddle siempre viaja conmigo.

—Pero ahora lo tienes a él. —Señaló a Alex.

¿Tacto? ¿Delicadeza? No, definitivamente no estaban en su diccionario mágico.

Alex rio. Gracias al cielo todo lo tomaba con humor. De hecho comenzaba a dudar si algo realmente podía caerle mal.

—¡Es cierto, Mel! Déjalo con James. De hecho, entre ellos parecen entenderse mejor, ¿cierto?

O tal vez no todo ni cualquiera le cayera bien...

James enarcó una ceja, dejando a la vista su fastidio.

—Cierto... Conmigo al menos no intenta escarbar o descubrir extrañas tobilleras que en realidad...

—¡Genial! —lo interrumpió Alex, sorprendidamente—. Ahora, si me disculpan, me marchó. Seguramente, viajemos mañana temprano, ¿verdad, Mel?

Yo pestañeé aún sin entender lo que había ocurrido entre ellos.

—Claro. Llamaré a Ralph. Él se encargará de todo y te avisará. Mañana, ya en el avión, te explicaré todo con mayor detalle, Alex.

—Claro. —Se acercó hasta mí y, sutilmente, haciendo que James se hiciera a un lado, me tomó de la cintura y me besó hasta dejarme sin aire. Luego, me miró y sellándome un suave beso más, se despidió tan sensual como siempre—. Hasta luego, dulzura.

Yo solo sonreí y lo seguí con la mirada hasta que cerró la puerta del departamento.

Y la realidad volvió a mí.

—Puaj... —Hizo un ademán de arcada—. ¿No hubiera sido más fácil que te quitaras las bragas y se despidiera de «esa manera» que tanto deseas y dejas a la vista? —preguntó burlón.

—Claro que sí, pero cierto bufón siempre llega para arruinarla.

—Pudieron haber continuado. Por mí... —Sonrió con suficiencia y cara de baboso.

—¡Puff! Cochino descarado... —susurré, marchando a mi habitación—. Y ni se te ocurra entrar a mi alcoba. Ya sabes dónde puedes dormir.

Pero antes de cerrar la puerta lo pude oír susurrar...

—Tranquila... Por nada en el mundo volvería entrar.

Y me dolió... Por supuesto que como una patada en culo, nada más.

Hice caso omiso y me acosté. Nada de lo que dijera el enano debía importarme o, al menos, no ese tipo de juicios, ¿cierto? Sin embargo, mis ojos no pudieron cerrarse un segundo y mi mente no dejó de atormentarme con la misma pregunta una y otra vez: «¿Por qué?»

Capítulo 14

Sí. No solo había logrado dormirme luego de dar ochenta mil vueltas en la cama al mejor estilo pollo al *spiedo*, sino que además estaba disfrutando el más delicioso de los momentos con él: Alex.

—Alex, yo...

No me dejó terminar. Rápido, me tomó de las caderas y me elevó en el aire. Estaba en cuero, aceitado como si fueran a ponerlo en el horno y sus músculos solo desprendían masculinidad y fuerza. Una suave brisa —que, por supuesto, jamás podré saber de dónde venía...— acariciaba sus cabellos rubios y gloriosos dotados de una gracia que solo un semidiós podía desprender. De hecho, de las caderas para abajo, solo un pequeño taparrabo y unas sandalias griegas hacían a su vestimenta total. «Grrr... Por favor, hazme tu esclava, Hércules», pensé al verlo tan *hot* con esa diminuta ropa. ¿Mis atuendos? Pues eran muy parecidos a los de él, pero ya ni recuerdo. Eso sí, no sabría decirles cómo demonios es que estábamos en un prado verde, infinito y vacío, lo importante es que quedaba más que bien.

—Ya no digas más nada, Mel... —Con una mano me tomó de la nuca y con la otra seguía sosteniendo mi amplio culo. Wow... Qué fuerza... Ja—. Solo déjame hacerte mía... Solo mía... —dijo con voz ronca y a un centímetro de mi boca.

—Oh... Alex... —dije, haciendo descender mis manos por aquellos resbaladizos y tostados pectorales. Quise seguir descendiendo y al no poder hacerlo por delante, pues estaba aprisionada contra su pecho, lo hice por detrás—. ¡Oh, Alex! ¡Estás completamente desnudo! —expresé, acariciando su precioso, suave y duro trasero. ¡¿Pero no tenía un taparrabos?! ¡Ja! Pues la práctica magia de los sueños había hecho de las suyas.

Me miró dibujando una media sonrisa que hasta entonces no había visto en él y su ceja se enarcó pícaro.

«¡Haz algo ya mismo o te abandono para siempre, maldita masoquista!»

«Shhh... Tranquilo, cerebro. Aquí nadie nos interrumpirá.»

Salvaje y agitada hasta los huesos, lo agarré de los cabellos y lo apretujé con mis piernas.

«¡Esta vez, sí o sí serás mío! ¡Sííí!»

Los labios de Alex comenzaron a abrirse y yo no dudé en empezar a hacer

lo mismo.

«Cielos... ¡Cielos! ¡Voy a explotar!»

Pero...

«¡Pin... Piiinn!» comenzó a escucharse a lo lejos. Una melodía que aún no podía distinguir. Alex frunció el ceño mirando hacia todos los puntos del horizonte.

—Oh, Alex, ¿qué es lo que sucede?

—Es un aviso. Se acercan las tropas de Irlanda.

WTF???!!!

—¿Tropas de Irlanda? ¡Pero qué caraj...?! —Sacudí mi cabeza.

Me miró y frunció aún más su frente.

De pronto, la melodía comenzó a ser más clara a mis oídos hasta que... Por todos los santos... Era el tema de *Psicosis*.

Comenzó a agitarse cada vez más.

—¡Espera! ¡Espera, por favor! ¡No es nada! —Sus movimientos atentaban con desprenderme de su cintura—. ¡Aún nos queda algo de tiempo! ¡Concéntrate, Alex, concéntrate! —exclamé, tratando de convencerlo.

Pero no pude hacerlo, pues mis ojos se enfocaron en mis brazos y luego en el resto de mi cuerpo. Ya no vestía al estilo amazona. El cuento de hadas estaba llegando a su fin, pues el pijama de *Hello Kitty* había vuelto a cubrir mi cuerpo. Y el escenario, lentamente, parecía desvanecerse...

«¡¡Mierdaaaaaa!!!»

Lo tomé a Alex de sus cabellos y lo obligué a mirarme para que se enfocara en mí. Y lo hizo... Más bien digamos que se paralizó. Sus ojos, fijos en mí de una forma escalofriante, se llenaron de una inocencia repentina y extraña de ver en un cuerpo como el suyo.

Horrorizada, fruncí el entrecejo.

—¿Alex...? —pregunté preocupada.

Pero lejos de darme una respuesta, veloz, ladeó su cabeza hacia un lado con el ceño también fruncido.

WTF???!!!

Y, sin hacerse esperar más, se lanzó a lengüetear toda mi cara.

—¡Noooo! ¡¿Qué rayos haces?! —Su lengua se estaba metiendo hasta en los orificios de mi nariz—. ¡Puaj! ¡Ya basta! ¡Yaaa! —exclamé mientras intentaba sacármelo de encima.

Y lo logré. En realidad, a quien pude sacarme de encima fue a Puddle que no quería dejar de chupar toda mi cara hasta que abriera los ojos.

—Ya, Puddle... —Bufé y él se sentó, aunque sin quitarme la mirada de encima. No iba a dejar que volviera a cerrar los ojos. Pero como si hubiera sido poco, el puto móvil volvió sonar con *Psicosis*—. ¡Demonios! —vociferé y, antes de tomar el teléfono que no dejaba de aturdirme, miré el reloj. Las cuatro de la mañana. Genial... Atendí—. Será mejor que sea muy importante o esta vez sí morirás, Ralph...

Bufó.

—Buenos días, señorita Adams...

—«Buenos», tus bolas, Ralph...

Suspiró.

—Bien. Seré breve. La llamo simplemente para avisar que el vuelo que tenía reservado el señor O'Brian se ha cancelado y solo he conseguido disponibilidad para hoy, pero con salida a las 4 p.m.

—Ajám... ¡¡¡¡¿Y qué mierda tengo que ver yo con eso, Ralph?!!! ¡¡¿Acabas de despertarme del mejor sueño que he tenido en años para hablarme sobre los asuntos personales de ese estúpido duende?! ¡Llámalo a él! ¡Cielos!

—Mmmhhh... Créame que es lo primero que hubiera hecho. Pero ayer por la noche, cuando lo llamé para informarle la posibilidad de cancelaciones, me pidió, expresamente, que en caso de que ocurriera, le informara solo a usted. Lo siento, señorita Adams...

Maldito enano hijo de...

—OK, OK... —Bostecé—. ¿Y sabes algo de nuestros pasajes? Sé que Alex estaba entusiasmado por partir pronto, pero prefiero que siga siendo como lo planifiqué al principio. Viajar el fin de semana me dará más tiempo para organizar todo este desastre mediático, ya sabes...

«Y para volver a la cama a hacer realidad tu sueño interrumpido, cariño.», atacó mi devastado señor sesos.

—Bueno...

Cielos... Esa vacilación sonaba a... ¡R!

Suspiré.

—Te llamó, ¿verdad? Y ahora, ¿qué demonios es lo que ha pedido R?

—Señorita Mel...

—¡Puff! Si deseas conservar sano y salvo tupreciado trasero, será mejor que empieces a simplemente llamarme «Mel». Me haces sentir que pronto me convertiré en la señorita Wilson.

—¿Wilson?

—¡Oh, Dios! Olvídalo... Ahora, hazme el favor de resumirme la nueva lista de deseo de mi madre, ¿quieres?

—Oh, claro, claro, seño... Hum... Hum... Mel. —Suspiramos ambos—. Pues verá... Recuerdo a la perfección todo lo que hablamos por la noche y no es una mala estrategia, pero al rato, R llamó a mi móvil para preguntarme cómo había quedado todo. Cuando le comenté, pues... Hizo un extraño silencio.

«Oh-Oh...»

—No voy preguntarte qué demonios habrá sido lo que le contaste, porque imagino que tus filtros no funcionaron lo suficientemente bien como para evitar cerrar la bocota con ciertos temas. Que R se haya quedado en silencio, te delata, querido Ralph. —Suspiré con frustración—. Aun así..., me ahorraste varios problemas o, al menos, que yo se lo dijera. En fin... Continúa.

El pobre Ralph largó todo el aire de sus pulmones.

—Bien... Como decía, hizo un largo silencio, pero contestó con seguridad.

—Qué dijo —cuestioné ansiosa y a secas.

—La boda...

—La boda ¿qué, Ralph? —Cielos... Me estaba agitando.

—La boda se... —Tosió.

—¡¡¡¿¿La boda qué, por todos los santos??!!! ¡¿Se cancelará?! ¡¿Eso dijo?!

—Se adelantará, Mel, se adelantará...

«WHAT?!»

—Que se ade... —Me quedé sin palabras. Sí, mi cerebro se paralizó enfurecido—. ¿Cómo has dicho, Ralph?

—La boda será en menos de dos semanas, Mel...

Silencio. Más silencio y... al fin reacción.

—No. No es algo sobre lo que pueda decidir ella. Hablaré para que todo quede como...

—Me dijo que dirías eso —me interrumpió para luego suspirar ciertamente apenado. Pude detectar su compasión y las pocas ganas de ser él quien me transmitiera la nueva «buena»—. Es por eso que ordenó a Sophy a redactar la gacetilla de prensa y a enviarla a los medios. En unas horas saldrá la noticia. Lo siento, Mel. Si hubiera podido hacer algo, yo...

Perras.

Tragué saliva.

—Tranquilo, Ralph. Un mes más, un mes menos... Tampoco voy a pelear con ella porque es lo que en realidad quiere. Además, de hacerlo, no haría más que generarle dudas sobre si es verdad que estoy enamorada. En realidad, nunca lo ha creído, pero si hay algo que deseo es que, al menos esta vez, se dé cuenta de lo equivocada que puede estar... —dije rencorosa y más a mí misma, olvidando que quien estaba al teléfono era Ralph.

—Es decir que con tal de demostrarle que ella también puede cometer errores, ¿será capaz de fingir casarse por amor? ¿O... realmente está enamorada, señorita Mel?

Mierda...

—¿Qué demonios fue lo que te dije respecto al «señorita», Ralph? —Bufé —. Como sea... Calculo que todo este «adelanto de planes» hará que viaje antes a Miami y etc, etc, etc... Necesitaré que armes algo bueno para despistar la atención que pudieran tener sobre Alex. Y creo que no hace falta decir que la última en enterarse de quién es mi prometido debe ser Sophy, ¿verdad?

—Con eso no habrá problema.

—Bien. Entonces programa una cita para hoy con Connie Jo. Estaremos solo tú, ella, Alex y yo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, Mel.

—Genial... Ahora déjame dormir un rato más.

—Seguro... Pero, por favor, no olvide avisarle al señor James que...

—¡Puff! ¡Sí, quédate tranquilo! ¡No olvidaré avisarle que su viaje mágico ha sido cancelado y reprogramado! ¡Adiós, Ralph!

Y colgué al mismo tiempo que bufé.

¿Acaso ya no habría conversación en la que el irlandés no estuviera metido?

Cielos...

Estuve a punto de volver a acurrucarme en mi mullida cama, pero las orejas alzadas de Puddle me advirtieron que eso sería imposible. Estaba atento y su lengua no opondría resistencia en cumplir su función de despertador. Volví a bufar por no saber qué hacer, pero luego recordé que entre lengüetearme y dormir junto a su nuevo amiguito del bosque, no dudaría en escoger la segunda opción. Y claro, aprovecharía la ocasión para «avisarle» de la cancelación de su vuelo.

Me levanté, ya más animada por mi nuevo plan, y fui directo a la cocina. Vertí agua helada en un vaso y, seguida de Puddle, entré de puntillas a la habitación de «visitas».

Estaba todo en silencio... Bueno, eso sin contar el espantoso ronquido que hacía el pitufo irlandés. Despacio, me senté en el borde de la cama y, dispuesta a lanzárselo a la cara —solo para avisarle cuanto antes de su cancelación, claro...—, su ronquido se frenó, llamando mi atención.

«¿Habrás dejado de respirar? Bueno... Digamos que no es asunto tuyo, así que...», quiso convencerme mi cerebro.

Chasquéé la lengua.

Comencé a acercar mi mano hacia su cara para verificar que aún estuviera vivo, pero no terminé de hacerlo que James, de un solo movimiento, hizo a un lado las sábanas. Jeje... Sí, estaba en pelotas. Muy... muuuuyyy desnudo, pero a tal punto que mis ojos no pudieron evitar hacer un escaneo, no, una resonancia magnética de todo su cuerpo. Tengo que reconocer que aquellas dimensiones eran realmente innegables... Me refiero a su estatura, claro. Si bien no era un enano, tampoco era tan alto como el guapo de Alex...

Puddle, sentadito, me miraba y jadeaba de esa forma que lo hacía parecer estar sonriente. Casi me rio, pero me contuve y le besé la cabezota. Miré el vaso y empecé a dudar si debía o no tirarle el agua en la cara. Se veía tan bien y se notaba en su rostro que era un duende bueno. Suspiré de la pena, me tomé unos segundos y... me perfilé para arrojárselo de una vez por todas. ¿Corazón? ¿Compasión? Nooo, esos términos no iban conmigo y mucho menos con la situación. Y se lo merecía, pues quien estaba despierta a las 4 a.m. era yo y no él. Sin embargo, a solo medio segundo de volcar todo en su inocentón rostro, su voz, hundida en sueño profundo, me detuvo.

—¡No, por favor, no me dejes! ¡No lo hagas, por favor! —exclamó de forma entremezclada con un sutil llanto que jamás hubiera imaginado en alguien como él.

No pude pestañear por varios segundos. Aquello me había llegado tan profundo que lo único que pude hacer fue salir de allí.

Me acosté en mi cama y, sin poder pegar un ojo, mi mente no dejó de revivir una y otra vez aquella súplica.

Pobre James.

**

¡Pero por todos los cielos! ¿Qué ruido había sido ese que me despertó? Pues... Mi estómago. Y no era para menos. El exquisito aroma a pan tostado estaba torturando mi olfato y, por supuesto, a mi barriga.

Me levanté y, aunque al principio me preocupé por el pijama con las caritas de gatitos, no tardé ni tres segundos en relajarme, pues James ya me había visto con la bata del mismo estilo aquella mañana posterior a... a esa noche que apenas recordaba.

Me higienicé y, sin más, caminé a paso pesado hacia la cocina.

Wow...

—¡Cielos! Creo que no me habías dicho que eras chef, duende... —dije sin quitar la mirada de la isla de la cocina, pues estaba repleta de manjares y el olor a *bacon* estaba enloqueciendo a mi estómago. De hecho, su horripilante e incontrolable sonido hizo que James riera y yo lo viera. Rayos... Estaba en cuero.

Él no paró de reírse hasta que se percató de que mi babosa mirada apuntaba a su pecho. Por unos segundos, contuvo el aire.

—¡Humm! ¡Humm! El largo y denso hilo de baba que cae de tu boca es por la comida o por mis...

Se acomodó en una posición al estilo Hulk y no solo endureció los músculos de sus brazos, ¡sino que también comenzó a mover sus pectorales! ¡Por todos los santos! ¡No sabía que los hombres podían hacer ese tipo de cosas!

«Oh, cariño, claro que ese tipo de cosas es común. Sin ir más lejos, tú también los mueves, aunque... de forma involuntaria y escandalosa cada vez que corres tras un taxi. Como sea... algo es algo, ¿verdad?»

De solo recordar los viejos babosos enarcándome sus cejas o sacándome sus lenguas juguetonas cada vez que eso me ocurría, casi me largo a llorar.

Fruncí la frente. Y él seguía moviéndolos concienzudamente y al son de una extraña melodía... ¿infantil?

Y no lo pude evitar. Me meé de la risa.

James dejó de mirarse los pectorales y, sonriente, me dio una humeante taza de café.

—¿Cómo rayos haces eso? Es... ¿Cómo decirlo?

—¿Asombroso? —dijo con su tono engreído y una sola ceja alzada.

—Iba a decir «asqueroso»... —Lo miré y sus ojos ya estaban entrecerrados—..., pero bueno, no voy a negar que algo, muy muy ínfimamente, me ha «asombrado» —dije, entrecomillando con mis manos la última palabra.

Esbozó una media sonrisa.

—Pues creo que si lo logro es porque no tengo en ellos una pelota de

glándulas molestas alimenta-bebés.

Reí.

—Buen punto. —Y di un bocado al *bacon*—. Oh, cielos... ¿Esto estaba en mi refrigerador?

—Claro que no, Po. Como lo único que encontré fueron millones de pots de helado de chocolate suizo, bajé a comprar comida de verdad.

Lo miré con los ojos entrecerrados, aunque sin dejar de comer.

—Mmmh... —Tomé un panecillo y un sorbo del café—. *OK, OK*, no voy a discutir. —Devoré el panecillo y él frunció el ceño—. Lo que sí, no olvides pasarme la cuenta.

—No tenía pensado hacerlo, pero viendo cómo tragas, creo que cambiaré de parecer...

Sonreí.

—¿Y tú por qué no comes? ¿O eres un vampiro y no me lo has dicho? —Lo miré de arriba abajo—. Mmhh, en realidad, un extraño producto de un infortunado encuentro amoroso entre un duende y una vampiresa borracha...

Sonrió y, sin dejar de mirarme, tomó un tenedor y un cuchillo, cortó una porción del preciado *bacon* que estaba en mi plato y lo devoró con esa mirada de «¿satisfecha?»

Sonreí y le pasé mi taza de café.

—No dejarás de molestarme hasta que no me veas comer a la par tuya, ¿cierto, Po?

—Es que no entiendo por qué no desayunas conmigo —dije, restándole importancia al asunto.

Sin embargo, él miró hacia un costado algo ¿dolido?

—No estoy acostumbrado a estas situaciones.

Enarqué las cejas.

—Pues para no estar acostumbrado haces desayunos extrañamente espectaculares, James.

Tragó saliva.

—Sí...

Oh-Oh... ¿Otra vez mi inquieta mano había metido el dedo en la llaga?

—Oye... —Me acomodé y dejé de engullirme... Solo por un rato—. Quería comentarte que hoy, a la mañana muuuy temprano, estuve a punto de despertarte con un vaso de agua...

Alzó las cejas.

—¡Oh! Hubiera sido una encantadora forma de comenzar el día... Lo

tendré en cuenta, «dulzura» —ironizó con sus clásicos gestos exagerados.

—Sí, como sea... No era eso lo que tenía para decirte, sino que al estar a punto de arrojarte el agua, no pude hacerlo pues tú...

Su sonrisa se borró y sus oscuros ojos se clavaron tanto en los míos que casi me quedo sin habla.

—Yo... ¿qué?

—Tú... —Acomodé la voz; me sentí nerviosa—. Tú... Gritaste que no te dejaran... o algo así —dije, volviendo a mi plato con la intención de restarle importancia.

—Humm... —Miró hacia el piso y, sin dar explicaciones, comenzó a tomar algunos platos vacíos que yo había dejado para llevarlos a la cocina.

Se hizo un breve silencio. Y digo «breve» solo porque mientras él lavaba los platos, yo decidí romper el hielo. Sin dejar de comer, claro.

—¿Te dejaron alguna vez? —inquirí sin anestesia.

James estaba de espaldas. Pude oír esa corta risa de «¡Oh, gracias! ¡Esa era la pregunta que tanto esperaba que me hicieran!»

—Claro... Me han dejado en varios sitios: en la escuela, en la universidad. Incluso me han dejado plantado y... —intentaba ser gracioso.

—No me refiero a eso y ya lo sabes. Solo quiero saber si tú has sido...

—¿Abandonado? —completó mi duda al mismo tiempo que giró para clavar su melancólica mirada en mí. Asentí con la cabeza—. Sí, Mel. He sido abandonado. ¿Tú no? —Y volvió a darse vuelta.

«No sé si decir abandonada, pero de solo recordar a Rich Bob con tía Violet, podría decir que ‘reemplazada’ es un mejor término. En realidad, más adecuado, pues entre ser abandonado o reemplazado, creo que prefiero el primero...»

—Sí —dije escueta.

—¡Bien! ¡Algo más que tenemos en común!

—¿En común? —Reí—. ¿Qué más podríamos tener tú y yo en común?

—Creo que ambos nos aborrecemos mutuamente, ¿no crees?

«Bueno, no sé si tan así... Humm... Digo, alguien que cocina tan bien no merece ser aborrecido, ¿verdad?»

Reí nerviosa.

—¡Claro! ¡Claro! ¡Jajajajaja! ¡Es tan natural que ya lo daba por hecho! ¡Jajajajajaja! ¡Aborrecernos! ¡Por supuesto! ¡Jajajajajaja!

¿Exagerada?

Él apenas giró su rostro y me miró de reojo con la mirada entrecerrada.

Negó con la cabeza y volvió a los platos.

Puff...

—Te llamó Ralph, ¿cierto? —dijo, afortunadamente, cambiando de tema.

Suspiré más tranquila.

—Sí... Y por lo que veo o bien estás muy bien informado o bien sabías a la perfección que aquello ocurriría.

Rio por lo bajo.

«Oh, sí, ríe todo lo que puedas ahora, porque la venganza será fría y dulce, querido duende...»

—¿Sabes si consiguió un nuevo vuelo?

—Por empezar, no soy tu secretaria, querido James. Y, por otro lado, ya tienes su móvil como para preguntárselo directamente. El mismo Ralph me ha dicho que habló contigo por la noche —dije con suficiencia.

James cerró el grifo, se secó las manos y, muy tranquilo, caminó hasta la isla. Se veía... Se veía seguro, sí, eso...

—¿En serio? —Se sentó y cruzó los brazos, apoyándolos de tal manera que hizo que quedara a centímetros de mi rostro. Wow... Y solo digo «wow» porque su barba crecida le quedaba muy... muy varonil. Hum...—. Pues te recuerdo, querida engreída casa-divorcios, que tenemos un trato cuya cláusula principal es... —simuló pensar y luego como si se le hubiera encendido la lamparita—: ¡Que harías lo que yo dijera! —Y sonrió de esa manera molesta.

Entrecerré los ojos, declarándole la guerra.

—Bueno, pero eso no quiere decir que yo sea tu...

—A menos que quieras que me vaya de tu casa y vida, claro.

—¡No! —dije impulsiva, aunque enseguida lo disimulé. O al menos eso intenté—. Está bien. Está bien, duende oportunista. Tú ganas.

Sonrió exagerado y satisfecho. ¡Ay! ¡Qué rabia me daba eso! ¡Puff!

—¡Genial! —Se sentó y acomodó—. Ahora, ¿puedes decirme si Ralph logró reprogramarlo?

Bufé y luego puse mi mejor sonrisa de «¡Vete al demonio!», pero contesté.

—Claro que sí. Solo me rodeo de personas capaces, eficientes y... —Lo miré y fruncí el ceño—, aunque, por supuesto, siempre hay excepciones. En fin... No es el caso de Ralph, así que puedes estar tranquilo. Tu viaje ha sido reprogramado para hoy a las 4 p.m. ¿Contento?

—Sí. ¿Y ustedes cuándo viajarán?

«¿Y tú desde cuando te interesas en mí... y en Alex?»

Parpadeé varias veces.

—Pues... Con los cambios de planes, creo que mañana por la madrugada... —respondí aún atónita.

—¿Cambio de planes? ¿Qué cambios de planes?

—Algunos cambios relacionados a la boda.

—¿A la boda? ¿Puede haber cambios tan importantes en una boda? Pensé que eran todas más o menos iguales, a menos que te refieras a que cambiarás de novio otra vez o que te casarás con dos al mismo tiempo. Eso sí que sería un cambio.

Bufé.

—No, no es eso... —Tomé un sorbo del exprimido—. Es algo relacionado con el tiempo.

—¿Tiempo? ¿Y qué puede tener que ver eso con que viajes antes? Creo que sería mejor que lo hicieras el fin de semana, así nos das a Puddle y a mí unos días de paz, ¿no crees?

Ja-ja-ja...

Suspiré y clavé mis ojos en él que mantenía esa fastidiosa expresión divertida.

—Primero, no sé por qué solo te refieres a mí sola. Te recuerdo que, junto a mí, viajará Alex. —Hizo una mueca de disgusto—. Y por otro lado, no hay nada que desee más en el mundo que compartir la menor cantidad posible de días contigo, pero lamentablemente, no puedo. La boda será en menos de dos semanas. —Y di un sorbo al jugo.

Se hizo un silencio. Un laaaaargo y denso silencio que hizo que lo mirara. Estaba un tanto... digamos, asombrado.

Parpadeó varias veces y, al percatarse de mi mirada cuestionadora, volvió a hablar.

—¿Dos semanas? —Dio un sorbo a mi jugo—. ¿No es muy pronto? Digo..., por toda esa mierda de la planificación y el vestido.

—¿Mierda? Ja... —Suspiré—. No me ofenderé por lo que acabas de decir solo porque sé que no tienes ni puta idea del trabajo que implica llevar a cabo una boda.

—Sí, claro... Como sea...

—Sí, como sea... —Me levanté y sacudí mi sexy e infantil pijama—. Ahora, si me disculpas, debo ir a arreglarme, pues tengo cita con toda esa «mierda».

Bufó.

—Ni pienses que seré partícipe... —dijo con soberbia.

Ja... ¿Partícipe?

—¡Claro que no! ¡Por todos los cielos! —expresé altanera y a punto de entrar a mi alcoba—. Se trata de una cita privada entre mi planificadora, Alex y yo —dije, obviando al pobre de Ralph—. Tú solo preocúpate por lo tuyo. Asegúrate de no perder a quien aguarda por ti. Mmmhhh... Mejor dicho, de lo que aguarda por ti... porque me refiero al avión, por supuesto.

Y entré a la habitación con un sabor a victoria que solo conseguí al ver el rostro serio y molesto que había puesto al escucharme.

Periodista sexy —a pesar del pijama—: 1.

Duende de pectorales bailarines: 0.

Capítulo 15

—Claro que vendrás —le dije a Kate. Mi hombro y mejilla sostenían el móvil mientras terminaba de colocarme la sombra verde claro que hacía juego con mis ojos.

—Pero Mel... —Bostezó y luego bufó—. Ya estoy en la oficina y sabes que tengo mucho por hacer...

—Te recuerdo que es mi última boda. —Sería, me miré al espejo por unos segundos—. En realidad, mi última y real boda, Kate. Y tú, junto a Connie, serán mis damas de honor.

Se hizo un silencio. Sí, uno de esos malditos, importantes y repetitivos silencios de los que está llena mi particular historia. Acostúmbrense.

—Cierto. Y eso es porque estás enamorada, ¿verdad, Mel?

—Eso es porque me casaré con el príncipe azul, hombre al que ninguna mujer se resistiría, hombre del que toda mujer se enamoraría y...

—Y claro que tú eres una de esas mujeres y no la excepción. ¡Por supuesto, Mel!

Bufé.

—Kate... Ayer soñé con él.

—¡Oh! ¡Eso sí que es una señal! —comenzó a ironizar—. Pues yo soñé con un enorme emparedado, así que... ¡preparate porque después de ti, me caso yo con uno enorme de jamón y queso, amiga!

Ja...

—Kate...

—OK, Mel. No voy a seguir cuestionando tu absurda decisión. Ya has sido clara o, al menos, eso es lo que has intentado.

—Entonces, vendrás, ¿cierto?

—Sí, Mel. Iré a acompañarte a ti y a tu emparedado de... ¡Oh, disculpa! Ya lo estaba confundiendo con mi sueño. Te acompañaré a ti y a Alex, el príncipe azul irrechazable... —dijo, intentando apelar a mi consciencia.

—¡OK! Con eso me alcanza, cariño. ¡Nos vemos!

—¡Oye! ¡Esa no es la respuesta que...! —fueron las últimas desesperadas palabras que escuché antes de cortar la comunicación.

Jajaja. Cómo me gustaba hacerle eso.

De pronto, el sonido de las patitas de Puddle me hizo apuntar hacia abajo.

Sus orejas estaban bajas y, con los ojos del gato de *Shrek*, me miraba al mismo tiempo que llorisqueaba.

—Ohhh... —Me agaché para acariciarlo y acercarlo un poco más a mí—. ¿Qué le pasa a mi pequeño pastelito de crema y chocolate? —le dije con una extraña y aguda voz de niña.

Puddle me lengüeteó mimoso y yo reí.

—Cielos... Es más grave de lo que pensaba. ¿También quieres comerte a Puddle? —dijo con el ceño fruncido y los ojos con expresión de desquiciado.

Se apoyó sobre el marco de mi puerta. No voy a mentir. Sabía cómo pararse y lucir bien. La camisa blanca entreabierta le daba un toque de galán latino que me hizo sonreír. Creo que él se dio cuenta.

—Parece que entiendes muy poco sobre cariño, pero mucho sobre cómo lucir como un *latin lover*, ¿cierto?

Chasqueó la lengua.

—Te recuerdo —me miró de arriba abajo—, querida azafata, que voy a la playa. —Sonrió.

—¿Azafata?! —inquirí indignada.

Él asintió con la cabeza sin dejar de mirarme. Enfurecida, fruncí el ceño y, automáticamente, me miré en el espejo. Mi vestido estaba genial. Era azul marino y quedaba a la perfección con mis zapatos *nude* y los brazaletes con piedras verdes como únicos accesorios.

—Las azafatas no visten así, torpe... ¡Puff!

—¡Oh, vamos! Ese azul... —señalaba mi vestido con sus inquietas manos—, no sé cómo rayos lo llaman... ¿oscuro? Te hace lucir como una. No puedes negarlo.

Bufé y volví a mirarme en el espejo, pero con más detenimiento.

—Quiero decir... —Se tomó unos segundos mientras yo no quitaba la vista del espejo tratando de resolver si el duende tenía o no razón—. Te pareces a una... —Vaciló un momento, pero luego continuó más rápido y casi imperceptible—, aunque no te queda «mal» con ese pelo que tienes así, rubio y medio despeinado. Como sea...

Me paralicé y mi respiración se detuvo.

¿Había sido eso una especie de halago primitivo?

Giré y apenas me miró. Estaba sonrojado con una mano en la manija de su ¿valija? y la otra en el bolsillo, moviendo los ojos de un lado a otro.

Una media sonrisa se dibujó en mi rostro. Y hubiera sido maravilloso continuar con el tema, pero mi sentido de moda e imagen pudo más.

—Ese es tu bolso de mano, ¿cierto?

Sorprendido por mi observación, clavó sus ojos en la descuidada valijita.

—Claro que no. Este es mi equipaje. —Y sonrió orgulloso de sí mismo.

Arrugué mi nariz espantada.

—¿En serio? ¿Esa sucia y pequeña porquería es todo lo que llevarás a Miami? No has pensado que son muchos los medios que nos perseguirán, ¿cierto? ¿O lo sabes y por eso solo has empacado el cojín que usarás de vestimenta?

Puso los ojos en blanco.

—No necesito más ropa.

—¿Usarás la misma ropa durante todos estos días?! —Él, lentamente entrecerrando los ojos, sonrió con malicia—. ¡Puaj! ¡Ni lo sueñes! ¡Me encargaré de prenderla fuego antes de que eso ocurra!

—Pues entonces no me quedará más opción que usar el cojín que seguramente tengo aquí —dijo, moviendo su ridículo equipaje—. O, ahora que lo pienso mejor, quizás ni haga falta usarlo...

Mis ojos y boca se abrieron de tal forma que solo logré cerrar al escuchar el timbre.

Oh, sí... Salvada por la campana.

Hice un gesto con mi mano para que se hiciera a un lado y él hizo una reverencia exagerada típica de los arlequines.

Bufé y revoleé los ojos.

—Dios mío... Jamás dejas de ser un payaso. —Caminé hasta el comunicador y *voilà*: todo el equipo unido—. Hola, Kate. Hola, Ralph. —Y más romántica y dulce, continué—: Hola, Alex...

Todos saludaron menos Kate que frunció el ceño y puso cara de «hazme el favor y compórtate».

—Cielos... ¿Quieres también saludar de forma personalizada a Peter y al resto del edificio, cariño? Porque de ser así, se pasará la fecha de la boda.

—Kate... Solo quise ser cortés, ¿OK?

—Valía con un «hola» general, ¿sabes? Nadie se iba a ofender. En fin... Baja de una vez que Connie nos espera y hay mucho tráfico. ¿Quieres? —expresó impaciente.

Asentí y, al cortar la comunicación, noté que James me había estado mirando durante todo ese momento.

—Y tú ¿qué? ¿Seguirás con eso de que parezco una azafata?

—Podría... —Maldito tonto—, pero no. Caminó con Puddle y su

«equipaje» hasta la puerta y la abrió.

—Espera... —dije impulsiva—. Espera porque... porque...

«Cerebro, funciona. Funciona, por favor.»

—... porque podemos bajar juntos.

¡Sí! No estaba totalmente quemado.

—No, prefiero irme antes —respondió a secas, pero a un paso de salir, volvió a entrar para hacer lo que jamás en mi existencia hubiera esperado: me besó en la mejilla, casi en la comisura, de forma absolutamente inesperada—. Adiós... Nos vemos mañana.

OK...

«¡¿QUÉ RAYOS FUE TODO ESO?!»

¿Si el tiempo se detuvo? ¿Si mi respiración se alteró en contra de mi voluntad? ¡Claro que sí! Pero no duró mucho, pues el timbre comenzó a sonar desenfrenadamente bajo el poder de Kate.

Bufé, pero, como pude, me recompuse, tomé el bolso y bajé.

**

—¡Oh! ¡Pero miren quién se ha dignado a bajar del balcón! ¡Es un honor su presencia, princesa Mel!

Entrecerré los ojos y aproveché que Alex se estaba atando sus cordones para mostrarle mi dedo mayor a Kate. Ella sonrió y luego apuntó a Alex.

—Y qué bueno que hayas bajado por tus propios medios, porque tu príncipe no hubiera podido ir a tu rescate. —Fruncí la frente—. Digamos que un monstruoso duende lo pisó con su fuerza maligna.

WTF...

Enarqué una sola ceja.

—¿En serio?

—Oh, jajajaja... —Rio un tanto incómodo mientras se ponía de pie—. Fue solo un accidente, Mel. Ya sabes lo... Humm... inquieto que es tu pequeño perro. Y bueno... James, al quitármelo de la pierna, pues... pisó mi pie, sin querer, claro.

Kate metió los labios hacia adentro, pues estaba a punto de mearse de la risa y Ralph solo enarcó las cejas, tratando de disimular la gracia que le había causado el resumido y sumamente cortés relato.

—OK... —dije para no preguntar más.

Alex se acercó, me acarició la mejilla y posó sus labios sobre los míos con

una suavidad que me recordó a la brisa de la escena de bajo presupuesto de mi entretenido sueño.

Sonrió con marcada dulzura y marchó hacia la entrada.

—Iré a abrirles la puerta.

Ambas asentimos sonrientes y complacientes como él.

Pero Kate, al ver a Alex a una distancia considerable, se acercó a mi oído.

—¿Estás segura que es el príncipe azul y no Flanders de *Los Simpson*, Mel?

Elevé mis hombros para evitar decir «Quién sabe...»

—Vi varios capítulos y no estaba nada mal. De hecho, el pulóver verde no hacía más que ocultar flor de lomazo, cielo...

Puso cara de pícara.

—¿Eso quiere decir que ya viste lo que hay debajo de sus pantalones?

Puse los ojos en blanco y la tomé del brazo para irnos de una vez por todas.

Y...

—¡Oh! ¡Bonito automóvil! —Era un Audi rojo—. ¿Dónde lo encargaste, Ralph?

—No encargué ningún auto, seño... ¡Hum! Mel. El señor Alex prefirió traer el suyo.

Kate abrió los ojos de par en par y entró sin chistar. Ralph y yo la seguimos.

El viaje fue... ¿Cómo decirlo? Tranquilo hasta que le conté a Kate sobre lo de la señorita Wilson y el extraño pequeño que despidió en el ascensor. ¡Puff! Si yo soy cotilla, no puedo explicarles lo que es ella.

—¡Woowowowow! ¡Espera! ¡¿Un hijo?! —vociferó.

Alex miró hacia atrás por medio del espejo retrovisor y Ralph giró la cabeza al estilo *El exorcista*. Yo, simplemente, sonreí... más incómoda que nunca. Sí, estaba sentada al lado de Kate y no adelante con Alex, pues la idea era ir debatiendo algunos temas sobre la boda.

Mi doctor, con los ojos llenos de romanticismo, me miró de una manera tan tierna que pude sentir el temor en todo mi cuerpo, en especial en la abertura de mi fábrica de niños que, por supuesto, se cerró en un santiamén frente a la posible amenaza, ESTÚPIDAMENTE, inducida por mi mejor y futura examiga, Kate.

Pero... Gracias al cielo, Ralph anunció la llegada al destino y Kate se salvó de ser ahorcada en el más fastuoso y bello Audi de Nueva York.

Bajamos del coche y, al mismo tiempo que mi amiga huyó con Ralph hacia el edificio, Alex se acercó a mí al punto de hacerme sentir su exquisita fragancia.

Mi corazón comenzó a palpar. *OK*, no solo mi corazón. Jeje...

Me tomó de la barbilla y la elevó hasta que logró hundir sus celestes ojos en los míos.

—¿Sabes que un hijo es uno de los principales sueños que ansío hacer realidad?

«¿En serio? Pues no te prometo nada, cielo, pero si lo deseas tanto podemos empezar a practicar ahora y aquí mismo, en la puerta del edificio de Connie. No creo que tenga ningún problema, no...»

—Alex, yo...

No me dio tiempo a contestar vaya a saberse qué, pues con su lengua penetró mi boca de una forma tan deliciosa que solo maldije por no estar en mi apartamento.

Despacio, salió de mí y tomó mi mano para que entráramos. Sí, a pesar del temblor de mis piernas —y otras partes—, pude caminar con «normalidad».

Nos acercamos a la recepción y, autorizados, ingresamos al ascensor.

¿Cómo fue el corto viaje? Pues tranquilo, incómodo, con la salvadora musiquita de elevador refinado, sin nada relevante que contar hasta que las puertas se abrieron y...

Los pardos y mansos ojos de Connie Jo, mi más preciada y talentosa planificadora de bodas, comenzaron a abrirse y a llenarse de un brillo tan particular que me recordaron a los de los *anime*^[18] japoneses. Su cuerpo se paralizó de tal forma que hizo que el hecho de que uno de sus mechones rojizos cayera sobre uno de sus pómulos quedara perfectamente *sexy* a la situación. Era claro. Sus ojos apuntaban solo y directamente a él: Alex. Y lejos de molestarme —pues no soy para nada celosa—, sonreí de solo imaginar que en su mente también ocurría todo lentamente y con el tema de *Five de fondo*, tal como me había sucedido a mí cuando lo vi por primera vez. Pero, conociéndola, más que ese tipo de música la imaginé soñando con Alex al son de algo más romántico y celestial, algo como el tema de *El guardaespaldas* o... ¡No! ¡Mejor aún! El de *Titanic*, de hecho, hasta parecían la pareja de la película. Y por supuesto que con deseos más puros que los míos. Era claro que Connie no era una degenerada asquerosa como yo...

—Alex Said —se presentó mi futuro esposo al mismo tiempo que extendía la mano hacia Connie.

—Co-Co... —Cerró los ojos y, con cierta timidez, movió su cabeza hacia un lado y hacia el otro, tratando de salir de aquel claro ensueño—. Connie, Connie Jo. —Y extendió su mano, aunque sin mirarlo y con el rostro hecho un tomate.

Kate, por su parte, no hizo más que fruncir la nariz y hacer el gesto de arcada.

—¿Esto es demasiado dulce o ingerí excesivas cantidades de helado en tu casa que no puedo tolerar una gota más de azúcar?

Revoleé los ojos y suspiré.

—Ya basta, «amante de traseros masculinos». Te recuerdo que tú también tienes tus embelesos.

—OK, OK. No lo voy a negar, pero reconoce que son más carnales y realistas, Mel.

—Oh, por supuesto, que son más realistas, adoradora de pelvis masculinas con patas, pooo supuesto... —ironicé al mismo tiempo que me acercaba a la romántica eterna escena entre Alex y Connie.

—¡Connie! —exclamé alegre al mismo tiempo que nos abrazamos con gran cariño—. Él es Alex, mi prometido y, resulta extraño decirlo, pero esta vez, mi futuro real esposo. —Sonreí.

—Mel... ¡Es tan bueno saber que al fin has encontrado al amor de tu vida! —Y volvió a abrazarme con sincera felicidad.

Sí, Connie es una de esas pocas personas que quedan en el planeta y que yo tuve la suerte de conocer. No solo es una excelente profesional, sino además una persona de gran corazón. ¿O me van a decir que son muchas las personas que se alegran —de verdad— cuando uno logra o consigue algo que lo hace feliz? Y eso sin contar la pureza de sus sentimientos. ¡Cielos! No lo saben muchos, pero, a pesar de su belleza que le permitiría tener a cuanto hombre quisiera a sus pies, ella solo «guarda su corazón» para ese «hombre que llegará en algún momento». Palabras textuales de Connie.

En fin...

—Gracias, Connie. —Sonreí.

—Por favor, pasen. Dentro hablaremos. Necesitaré que me cuenten su historia para que el evento sea el más grandioso de todos. ¿Sí?

«¿En serio? ¡¿Debo contar la real historia que nos une?! Porque de ser así, creo que la decoración incluirá duendecitos maliciosos como centros de mesa y la música incluirá temas españoles o bastante movidos, de esos que te hacen caer de la barra que deberá ir sí o sí, mi querida Connie. Todo eso sin

contar la foto que debería ir en el mural y que ni quiero recordar, aunque medio país ya se la sepa de memoria...»

—Oh, no hará mucha falta eso, querida Connie. Que lo central de la fiesta sea la conocida historia de príncipes y princesas. Lo clave aquí es que Mel ha encontrado al... Hum... Humm... ha encontrado a su príncipe azul —finalizó Kate con una enorme sonrisa.

Después de esa ayuda, debo confesar que decidí no ahorcarla por lo ocurrido en el automóvil.

Connie parpadeó varias veces hasta que volvió a la realidad.

—OK, perfecto. Creo que no será tan complicado entonces. De todos modos, le daremos un toque especial y personalizado. —Sonrió.

¿Personalizado? Cielos... Él podía ser el perfecto príncipe, pero si algo de mí debía reflejarse en la fiesta principesca, se iría todo al demonio.

Caminamos y, a punto de entrar a su oficina, decidió llevarnos al salón que ella solía llamar «de prueba» en el que, semanas antes de la boda, armaba una especie de simulacro para que los clientes vieran como quedaría, más o menos, todo lo referido a decoración. Nos sentamos en una de las blancas mesas y, luego de conversar sobre las cuestiones básicas como los colores, Connie nos invitó a caminar por el salón para que fuéramos tomando ciertas decisiones respecto a cortinados, centros de mesa, estilo de manteles, etc. Pero ¿saben? Siendo la vez número veintiuno, lo último que quería hacer en ese momento era tomar decisiones sobre aquello. Sí, lo sé. Se trataba de mi boda real, la última, pero sinceramente, el sueño me estaba aniquilando —les recuerdo que había dormido poco y nada— y el solo pensar que en unas pocas horas estaríamos en Miami, me estresó hasta los huesos.

Alex, con una sonrisa de oreja a oreja, se puso de pie junto a Connie. Ralph estuvo a punto de hacerlo, pero al verme sin ninguna intención de despegar mi trasero de la silla, se quedó en su lugar. Kate también optó por no levantarse.

—Oh, tendrán que disculparme, pero no me siento muy bien —dije en un susurro dulce.

«Zorra mentirosa...», dijeron los pícaros ojos de Kate.

Alex, preocupado, se arrodilló y me tomó las manos.

—¿Te habrá bajado la presión, dulzura? —Su mano paseó por mi rostro, frente y, finalmente, hizo parada en mi pecho.

«Creo que es el ajustado sostén el que, en realidad, hace que suba la presión, Alex. ¿Por qué mejor no me revisas con un tanto más de

profundidad? Creo que así bajará la tensión, ¿no crees?»

—Puede ser, pero no te preocupes. —Sonreí—. ¿Por qué mejor no caminas tú junto a Connie y le dices lo que más te gustaría para nuestra boda? Tenemos el mismo gusto y lo sabes... —Volví a sonreír, aunque bañada de una inocente picardía.

Parpadeó sin cesar.

—Claro, claro, Mel. No tardaré mucho, ¿sí? Pero, por favor, no te levantes. Solo eleva las piernas un poco. —Tomó la silla en la que había estado sentado y colocó mis piernas en ella—. Así estará bien. —Sonrió.

«¿Así está bien? Pues yo creo que debo elevarlas un poco más. ¿Por qué no las levantas tú desde los tobillos y de paso cumplimos la posición del *Kama sutra* número...»

—¡Puaj! Eres pésima actriz, Mel. El papel de princesa no te queda ni un poco. Va..., en realidad, podría funcionar si se tratase de unas de esas películas baratas en las que después de la mediocre actuación quedan completamente en pelotas para empezar la parte de «acción»... —dijo, entrecomillando con sus manos la última palabra.

—Como en mi sueño.

—¿En serio? ¿Qué has hecho con tu creatividad, cariño?

—Creo que te la he donado toda a ti, «señorita de las pelvis».

Ambas reímos. Y luego no pudimos evitar enfocarnos en ver cómo Connie, elegante, fina y celestial, le explicaba todo con lujo de detalle a un Alex que se mostraba lleno de vida, esperanza y romanticismo. Ambos reían de lo que váyase a saber estuvieran intercambiando mientras señalaban los cortinados.

—Mierda... Es perfecta, Mel.

—Sí, los dos. Y Jane Austen estaría contenta de saber que sus personajes existen en la vida real... Al menos podría asegurarse que el mundo aún tiene esperanzas.

—Mmmhh... No lo sé, Mel. Te recuerdo que tú estás a punto de corromper a uno de los malditos príncipes azules. Quizás, el último de la faz de la Tierra.

Sonreí.

—Bueno, no es nuestro problema. Después de todo, nosotras estamos del lado oscuro de La Fuerza, ¿cierto? Deberíamos estar contentas.

Reímos y, para cuando terminamos, sus enormes ojos nos miraban horrorizados. Kate, ofendida, frunció la nariz.

—Y tú, Ralph, no puedes decir nada. Con esos pantalones y esa mirada de potencial asesino serial, también estás de este lado, ¿OK?

Enarcó las cejas.

—Tómalo con gracia, Ralph... —Hubiera continuado observando a Alex y a Connie eligiendo cortinas, de no haber sido por lo que me recordó mi cerebro y que merecía una profunda atención—. Oye, Ralph, conociéndote, me sorprende que, a poco tiempo de la despedida de soltero de Alex, aún no me hayas dicho nada sobre los preparativos y estrategias con los medios. ¿Ha sucedido algo?

Ralph suspiró.

—No... La verdad, Mel, es que no puedo decírtelo. —Su mirada fue directo al piso.

Ja...

«¿Qué no puedes decírmelo? ¡¡¡¿¿Qué demonios es lo que NO quieres decirme??!!!»

Mi rostro estaba cambiando a uno parecido al de Freddy Krueger, pues los ojos de Ralph se abrieron como dos platos.

—Te recuerdo que soy tu jefa y toda decisión que se tome no será más que mía, querido Ralph... —dije, poniéndome lentamente de pie—. A menos que...

«Desees morir» era lo que seguía, pero no hizo falta decirlo. Mi rostro hablaba por sí solo.

Tragó saliva y dio varios pasos hacia atrás.

Alex y Connie, desde el fondo del salón, se giraron por el ruido lento y grave de mi silla al moverse. Y me vieron de pie, claro.

—No es lo que usted cree... Eh... Digo, lo que tú crees, Mel —dijo más asustado para, luego, empezar a tartamudear—. No nonono fue deci-cisión mi-mi-mía... De hecho...

—De hecho, ¿qué, Ralph? —expresé con una falsa y cínica sutileza, al mismo tiempo que acaricié su extraño cabello peinado hacia el costado.

—Dee... Humm... De hecho, fue un pedido del señor James O'Brian. —Cerró los ojos a la espera de lo peor.

—¡¿Qué?! —exclamé enfurecida.

Ralph volvió a mirarme. Se acomodó la ropa y suspiró.

—Sí, me pidió que todo lo relacionado a la despedida solo lo hablara con él y no le... no te dijera nada, Mel.

—Pues lo siento, Ralph, tendrás que cantarme todo y con absoluto detalle,

porque si no...

—Eso también me dijo que ocurriría... —me interrumpió.

—Que ocurriría ¿el qué? —inquirí fastidiosa.

—Dijo que me amenazarías si no te contaba todo, así que me pidió que en cuanto esto ocurriera, te recordara que...

—Eres mi ayudante y debes hacerme caso a mí, ¿OK? —le dije, acariciando otra vez su cabello—. Así que, empieza por contarme...

—No, dijo que le recordara... —Acomodó la voz—: «el trato» —expresó las últimas dos palabras en un tono misterioso y entrecomillándolas.

Abrí los ojos y enarqué las cejas, suspirando todo el puto aire que había en el salón.

—Mmmhh... El trato.

«¡Maldito duende estafador y metiche! ¡¿Cuándo podré deshacerme de tu molesta presencia?! ¡¿Cuándo!?!»

—Estás jodida, Mel —dijo Kate que parecía disfrutar la escena.

—¡¿Todo bien allí?! ¿Mel? —exclamó Alex, estirando el cuello.

Sonreí al mejor modo «estúpida» y abracé a Ralph.

—¡Excelente, Alex! ¡Excelente! —grité, dándole palmaditas en la cabeza al pobre Norman.

Sí, excelente...

Capítulo 16

OK. El fugarme a los confines del mundo era una buena idea. Y tampoco voy negar que lo pensé con seriedad en más de una ocasión. Vivir en medio de una jungla, rodeada de gorilas, felinos y lo que fuera, me parecía una buena opción o, al menos, mejor que estar rodeada de duendes, príncipes y vestidos vaporosos. No es que estuviera mal, pero realmente estaba empezando a desesperarme. Por un lado, literalmente, era un cuento de hadas, pues la cuestión con el príncipe azul, digamos... ¡Hum!... no pasaba del beso y eso estaba por acabar con lo poco que quedaba de mi devastado cerebro. Y, por otra parte, comenzaba a sentirme la bruja del cuento que, con tal de corromper y quedarse con el príncipe azul, acude a sus más oscuros recursos como... un duende maligno.

Sí, lo sé. El *staff* del lado oscuro no era el mejor (mujeres aulladoras, psicópatas, versiones prostitutas de Lizzy y Jane) y menos, considerando que el personaje principal no era ni más ni menos que un enano irlandés. Como fuera, gustara o no, era la realidad: dependía de James.

¿Y por qué no hui de una buena vez? Bueno... ¿Quién renunciaría a casarse y pasar el resto de su vida junto al más perfecto y deseado hombre? ¿Quién? Jamás fui la encarnación de la cordura, pero ¡vamos! Tampoco era tan estúpida como para no distinguir que Alex era el hombre con el que debía compartir el resto de mis días... Esto quitando que, en caso de haber huido, jamás hubiera podido sobrevivir en una selva y que, de haber sido posible, R me habría encontrado y ahorcado después del escándalo que se hubiera generado en la revista.

Y así, la historia continuó... en el avión.

—Es bueno que tanto Connie como Kate hayan accedido a ser mis damas de honor, ¿no crees? Y la mejor parte es que, al tratarse de sus trabajos, también compartirán este viaje con nosotros. Creo que será muy divertido, Alex. Lo único que no debes olvidar, por nada en el mundo, es disimular. Nadie debe enterarse de tu nombre hasta el día de la boda. Y, por el momento, con hacer de cuenta que eres un pasajero más del avión, alcanzará ¿OK? —comenté tranquila, al mismo tiempo que apoyé mi mano sobre la suya.

Pero muy lejos de recibir un beso o un «sí, dulzura», Alex temblaba como

un papel. Su mirada se movía de un lado a otro sin parar y lo único que obtuve de él fue una sonrisita rápida y forzada.

Qué rayos...

Fruncí el ceño.

—Alex, ¿estás bien? —inquirí al mismo tiempo de sentir el avión despegar.

Su mano apretó con todas sus fuerzas la mía. Sus sienes chorreaban sudor y su rostro parecía hacer tanta fuerza que cualquiera hubiera pensado que se haría en sus propios pantalones...

«¡Cielos santos! Si este hombre se hace encima, jamás en tu vida lo superarás, cariño. ¡Jamás!»

¡Estúpido cerebro!

«Oh, Dios mío... ¿Qué hago?»

—Alex... ¿Necesitas ir al baño?

¡Oh! ¡Sí! Preguntar aquello creo que fue lo mejor que pude haber hecho... Sí...

Cielos.

Alex me miró con la frente fruncida, aunque sin poder evitar la agitación nerviosa de todo su cuerpo. Rápido, negó con la cabeza hasta que, una vez terminado el ascenso del avión, su cuerpo «pareció», lentamente, calmarse.

—Ufff... —Largó todo el resto de aire que tenía contenido—. Discúlpame, Mel. Debí decírtelo antes, pero no me animé a hacerlo.

Sonreí, aunque sin quitar mi expresión de preocupación.

—Tranquilo, Alex. Es simplemente una reacción de tu cuerpo al viajar en avión. No tiene nada de malo, pues...

«O sí lo tiene.»

Corté automáticamente lo que estaba diciendo al ver a Alex inflar sus mejillas y abrazar su estómago.

«Estúpida eres tú que preferiste el lado del pasillo, cariño», oí a mi cerebro decir.

«Oh-Oh. No sobre mi hermoso vestido y mi par de...»

Tarde. Muy tarde. Alex había lanzado toda la porquería de su estómago en el piso, aunque no había llegado a tocar mis zapatos.

¡Puajjj! ¡Príncipe cochino! ¡Príncipe cochinoooo!

—Oh... Alex... —expresé, tratando de sacarme el cinturón de seguridad con una mano mientras con la otra le daba palmaditas en su hombro.

—Oh, disculpe señorita, pero aún no puede desabrocharse el... —La

azafata vio el asqueroso charco—. Oh, cielos... Yo la ayudo, yo la ayudo.

Y de pronto, cuando la mujer logró liberarme, pude sentir otro espantoso olor que provenía del asiento de Alex y que no quise saber si había sido producto de su fuerza.

Cerré los ojos y me erguí, dándole paso al «descompuesto príncipe» o, mejor aún, al «príncipe en descomposición».

—Gra... Gracias, dulz... —no terminó de decir, pues salió corriendo hacia el baño del avión.

—Corre, Alex, corre... —dije, tapándome la nariz para evitar las arcadas.

¿Tiene sentido describirles el resto del viaje? Pues no. Con multiplicar esta misma escena por unas siete veces más —y en la última, uno de mis zapatos se manchó—, será suficiente.

¿Cómo serían sus viajes a California? ¿Cómo habría sido su viaje a Etiopía? Puff... Casi se lo pregunto, pero de solo ponerme en el lugar de las azafatas, preferí no hacerlo. Imaginarlo fue más que suficiente...

Bajamos del avión y, disimulando, me acerqué a Alex —cuyo rostro parecía el de un zombi neófito— para ultimarle algunos detalles.

—Cielo... —el sonido de su estómago era una advertencia. Tragué saliva—. Creo que será mejor que cada uno vaya por su cuenta, ¿sí? Los medios están cerca, así que... —Otro ruido volcánico cuyo órgano de origen no pude distinguir. Puaj—. Humm... Hummm. ¡Nos vemos en el hotel! —Él asintió y yo le apreté la mano a modo de saludo para luego salir corriendo en dirección contraria.

Y la cuenta regresiva comenzó.

«Cinco, cuatro, tres, dos, uno y...»

A varios metros de distancia, pude escuchar el asqueroso sonido.

Pobre Alex.

**

—¿Y Alex? —inquirió Connie una vez estuvimos los cuatro en el taxi.

«¿Alex? Pues seguramente arruinando el baño del aeropuerto o algún desafortunado taxi que aceptó llevarlo.»

—Oh, Connie. Arreglamos que fuera por su cuenta para evitar sospechas. Ya sabes... Algunos programas ya se enteraron de nuestra llegada a Miami.

—Sonreí.

—Oh... Claro, tiene sentido. —Parpadeó varias veces.

Kate me miró con los ojos entrecerrados hasta que su nariz se arrugó.

—¿Qué es ese olor? ¡Este automóvil apesta! —expresó, tapándose la nariz con la manga de su perfumada chaqueta.

El chofer la miró por el espejo retrovisor con cara de «vete a la mierda, nariz parada...».

Y mis ojos se movieron de un lado a otro hasta que, disimuladamente, bajé la ventanilla.

Era claro. No era el taxi el que apestaba, sino mi zapato. Mi hermoso, elegante y carísimo zapato...

Suspiré profundo —aunque tosí porque el aire realmente era nauseabundo—. Todo fuera por el príncipe azul. Todo fuera por mi... futuro esposo.

Y llegamos. No puedo explicarles el alivio que sentí al salir de aquel vehículo, aunque creo que no fui la única que suspiró, jajajaja.

Entramos. Cada uno tenía su habitación y si bien estaban en el mismo piso, la de Alex estaba uno más arriba. Por un momento, lo único que pensé fue despatarrarme en la mullida cama, pero la consciencia pudo más. Subí y, ya sabiendo la habitación que tenía reservada, llamé sutilmente.

Oh, mi príncipe zombi...

Su rostro aún estaba que daba pena, pero se lo notaba mucho más recuperado.

—Hola, dulzura... —Abrió más la puerta para que entrara.

Miré hacia ambos lados y, sin más, entré.

—Tal vez prefieras descansar y yo no estoy haciendo más que fastidiarte el momento, Alex. ¿Prefieres que pase un poco más tarde?

Hinchó su pecho, ese pechazo de guerrero, y como si su poder de semidiós le hubiera devuelto la vida, se acercó a mí abandonando la puerta.

—Estás loca, preciosa... —Me aprisionó por la cintura de una forma que ni con un cric me hubieran podido separar—. Este es nuestro momento, este cuarto será testigo del fuego que siento por ti, Mel...

«¿Solo tu fuego? Pues ya verás cómo se incendia la habitación y hotel entero luego de que mi cuerpo desate su furia, cariño...»

—Oh, Alex... Si supieras... —Coloqué mi mano en su nuca y él cerró los ojos del placer, lo que me impidió continuar hablando. Ay, Dios...

—Si supiera ¿qué, preciosa? —Y de un solo movimiento me elevó, tomándome de mi culo y obligándome a aprisionarlo entre mis piernas. Sí, como en mi sueño.

No pude responder. Como si mi peso se tratara del de una pluma, me llevó

—¡Kate! —la reprendí.

Alex sonrió incómodo y, enseguida, volvió a girarse para acomodarse el... ¿pene?

Oh, Dios...

Kate me miró y, pícara, enarcó sus cejas.

—Creo que no me siento muy bien, Mel. Iré al baño. —Corrió.

—Seguro que lo necesitas, cielo... —dijo Kate, conteniendo la risa.

Puse los ojos en blanco. Y al ver que Connie seguía de espaldas, tapándose el rostro, me acerqué a ella.

—Tranquila, Connie. Ya... Ya estamos en «modo civilizado».

—Eso, parece que han podido dominar a la anaconda, Connie. Puedes abrir los ojos.

—Siempre tan delicada, Kate... Y oportuna, claro.

Connie aún tenía el rostro rojo.

—Disculpa, Mel. No quisimos interrumpirlos.

—¡Oh, vamos! ¡¿A quién no le gusta hacerlo?!

—¡Kate! —exclamé, abriendo los ojos como huevos.

—OK, OK... Discúlpame, querida Mel. Jamás quisimos ver ese precioso trasero, ¡jamás! —ironizó.

—Fue un accidente, Mel. La puerta estaba entreabierta y pensamos que Alex recién había llegado y tú lo estabas ayudando con el equipaje.

—Eso lo pensaste tú, Connie. Aunque, analizándolo bien, de alguna forma, Mel se estaba encargando de su «equipaje». —Y rio.

—OK, ya basta, Kate. ¿Qué es lo quieres?

Puso los ojos en blanco.

—Vinimos a invitarte a la playa. No, en realidad, a obligarte a ir, Mel. — Sonrió.

Y de pronto, un lejano, pero claro ruido de una arcada se escuchó desde el baño.

Las tres fruncimos el ceño.

—Cielos... —dije sin dejar de mirar en dirección al baño. Luego volví a las chicas—. Alex no tuvo un buen viaje y...

—¡Oh! Y ahora entendemos el espantoso olor en el taxi. Gracias, Mel, por haber compartido tu experiencia con nosotras.

—Ya, Kate... No puedo dejarlo así. No... Vayan ustedes, luego las alcanzo.

—¿Cuándo nos alcanzarás? ¿Cuándo termine de infestar el baño? Oh, no,

cielo. Te recuerdo que las sospechas no tardarán en llegar, pues varios empleados del hotel ya dieron aviso a los medios de tu hospedaje. Será mejor que nos acompañes.

Suspiré. No sabía qué hacer. Realmente no quería dejarlo solo y, además, si se recomponía tendría la posibilidad de volver a empezar nuestro momento de...

—No se preocupen. No me agrada la playa. Pediré algunas infusiones para que Alex pueda relajarse y, para aprovechar el momento, llamaré a Ralph para que venga aquí. Así los tres podremos terminar de ultimar los detalles de la despedida de soltero.

«Gracias, Connie. ‘Muchas gracias’. No te imaginas lo feliz que me hace, en este instante, tu virtud de servicio...»

Demonios.

Un momento... ¿Connie también sabía lo de la despedida y yo no?

Vaya...

—¡Hecho! —exclamó Kate, amarrándome de la mano para salir de la habitación antes de que pudiera decir algo más que «¡Dile que lo veo luego, Connie!».

—Gracias, Kate. Tú sí que eres de esas amigas que hacen ver mis mejores virtudes, por ejemplo, la rapidez que tengo en cagarme en el bienestar de mi futuro esposo —le dije sonriente mientras entrábamos al elevador.

Kate puso los ojos en blanco y no tardó en salir del ascensor para dirigirse directo a su habitación que, por supuesto, estaba al lado de la mía.

—Espero que estés depilada porque, en menos de diez minutos, ya estaré lista. ¡Nos vemos en la recepción, futura esposa!

Y cerró la puerta sin dejarme opción de mandarla a la... En fin. Un poco de agua fría me vendría bien.

La playa me esperaba.

**

—Mmmhhh... No lo sé, Kate. Creo que debería volver al hotel. No solo por Alex, también quiero saber cómo llegó Puddle. Aún no he podido verlo.

Entrecerró los ojos y los clavó en mí.

—¿Es en serio? Puff... Comienzas a perder el sentido de diversión, cariño. Además, si te traje aquí es porque te conozco... —Sonriente, me mostró su móvil. Fruncí el ceño y ella puso los ojos en blanco—. Cielos... —Lo volvió

a guardar en su bolso—. Llamé a James... para saber sobre Puddle —se adelantó para que yo no le dijera nada— y me dijo que estaban aquí. Así que, si quieres, puedes empezar a agradecer mi desempeño como amiga, ¿no crees?

Revoleé los ojos y suspiré.

—Estamos saldadas. No creas que me he olvidado el aprieto en el que me metiste dentro del automóvil de Alex.

—OK, OK... Como sea... —dijo mientras buscaba su protector solar en el bolso—. ¿Dónde demonios...? —empezó a decir Kate, haciéndome reír hasta que elevé la mirada hacia el mar y...

Sí. Tal vez el cálido clima tropical, tal vez la falta de aire, no lo sé. Pero el oxígeno no llegó a mi cerebro y el tema musical *Don't Cha* de The Pussycat Dolls comenzó a sonar en mi cabeza. Los movimientos, por supuesto, eran todos a cámara lenta y siguiendo el ritmo de la música, algo que haría que mi mente jamás lo olvidara.

Como si se hubiera tratado del Dios Poseidón en una versión erótica, su escultural cuerpo salió del agua desprendiendo una masculinidad salvaje, incontrolable. Su pecho, fornido y bañado de cristalinas gotas, relucía por el sol que lo acariciaba. Y sus caderas —¡Alabados fueran todos los bosques mágicos del planeta!— se destacaban de una manera que pocos hombres hubieran podido con semejante... semejante... cuerpo. Hum... Humm... Y sus piernas, oh, Dios mío... Se las notaba trabajadas, fuertes y seguras. Y al lado suyo, Puddle, sí, mi Puddle que parecía imitarlo en sus masculinos movimientos, incluso en el último que pude disfrutar antes de que Kate me volviera a la realidad. Ese movimiento en que James agitó su cabeza de un lado a otro para librar su oscuro cabello de los restos de agua que le quedaban y que tan *sexy* lo hacían lucir.

Cielos... ¿Estaba soñando? ¿Era un sueño o la desesperación había hecho que mi cerebro confeccionara aquel fantástico y sensual videoclip para terminar de acabar con mi cordura?

—OK, Mel. ¿Quieres que llame a «Alex médico» para que vuelva a colocar tu mandíbula en su lugar o prefieres que llame a los bomberos para que apaguen el fuego que desprendes antes de que incendies todas las putas palmeras de la playa? ¿Mmhh? ¿Qué dices, eh? Aunque... si llamamos al cuartel de bomberos, estoy segura que irás tras sus mangueras y no queremos que nos denuncien por acoso sexual, así que... mejor, la primera, ¿cierto?

Tragué saliva. Sí, de lo contrario, mi boca hubiera quedado seca por

haberla tenido durante tanto tiempo abierta. Respiré profundo y, antes de que pudiera darse cuenta, bajé la mirada para intentar negociar con mi cerebro.

«Te lo mereces por maldita torturadora, cariño. Y, ¡oh! Por cierto, no fue un sueño. Yo solo agregué la música de fondo y ralenticé sus movimientos, nada más. A ver qué haces ahora, jajaja», me dijo mi señor sesos.

Mierda.

—Oh... Cuánto siento haberte deslumbrado, querida casa-divorcios, pero no puedo evitarlo... —Señaló su cuerpo... cuerpo. Y con esa estúpida sonrisa de suficiencia en su rostro, claro.

—Pues estás más que bien, James —dijo mi amiga sin tapujos.

—Gracias por tu honestidad —respondió altanero.

—¡Oh! ¡Por todos los cielos! ¡¿Es que ninguno de ustedes dos tiene filtro alguno?! —exclamé molesta.

—Para eso estás tú, cariño. ¿O acaso pensabas decir lo mismo que yo?

—No hace falta, querida Kate. Pude ver su cara desde la orilla... —Se cruzó de brazos sin quitarme la vista de encima.

Estaba muy bueno, no se los voy a negar. Pero obvio que no fue lo que le dije.

—¡Por favor! —Su mirada estaba fija en mí... o en mi bikini, no sé. El tema es que estaba a punto de ponerme roja, por lo que no tardé en envolverme en mi toalla—. Si miré así fue porque noté que a Puddle le falta su moño rosa. En cuanto a tu cuerpo... —Aproveché para mirarlo de arriba abajo. Mmmh... Jiji—. No pareces más que un duende traga-esteroides.

Kate abrió los ojos como platos y empezó a mearse de la risa. Y no pararía, no. James, por su parte, frunció el ceño y no perdió oportunidad para replicar.

—Ja-ja-ja... Pues tú no sé por qué te tapas con esa toalla. Que yo recuerde no hay mucho que mostrar.

¡Ja! ¡Como si no conociera mi tentador y mullido trasero! Enano estúpido...

—Pues no es lo que piensa Alex. —Comencé a guardar algunas cosas en el bolso. Me quería ir—. Después de todo, su opinión es la que cuenta... —dije sin pensar.

Kate dejó de reír. Sí, ese silencio de nuevo.

Hasta que lo miré.

Fue una milésima de segundo, una milésima que de no haberse dado en ese entonces no sé lo que hubiera sido de mi historia, pues fue en ese

momento que descubrí en su mirada «ese algo» que le había visto la mañana cuando le pregunté si alguna vez había sido abandonado. Es que... ¿sentiría algo por mí para yo haberme percatado de eso o solo había sido un producto de mi egocéntrica y desesperada imaginación?

Enseguida, con su típica expresión de desinterés, enarcó las cejas y miró hacia uno de sus costados.

—Pues bien por ti. Me alegro que al fin hayan podido hacerlo.

—No es eso. Es que...

Pero no pude terminar, pues la voz de Francis hizo que James se girara. Venía corriendo.

—¡James! —Llegó luego de un largo trote—. Juanito dice que la lancha ya está lista —dijo tras dar un rápido vistazo a Kate.

Ella sonrió.

—No disimulas muy bien, Francis. Aunque no hace falta. —Lo miró de arriba abajo con total y absoluto descaro. Genial...—. Estás bastante bien..., aunque demasiado pelado. ¿Por qué no te dejas crecer el cabello? Tal vez así te consiga un papel en una *remake* de *Baywatch*. —Y rio.

—Ja... —Y como si no le hubiera afectado, se agachó hasta quedar a dos centímetros del rostro de ella—. Porque no me crece, Kate. Y avísame cuando tú te tiñas el cabello de negro, pues así sabré que estoy en un casting de los nuevos *Locos Addams*. —Sonrió con suficiencia y volvió al lado de James que intentaba contener la risa.

Kate, muy poco afectada, largó una risita irónica y con los ojos entrecerrados, le mostró su dedo mayor. Francis le sonrió en respuesta haciendo, por supuesto, el mismo gesto.

Oh, sí, tremendo cambio. Habíamos saltado del perfecto mundo de príncipes y princesas al callejón más asqueroso y sucio del planeta.

—Humm... Hummm —Acomodó la voz James—. Así que Juanito ya tiene todo listo...

Francis asintió.

—¿Quién rayos es Juanito? —preguntamos las dos al mismo tiempo.

El duende señaló con su pulgar hacia la orilla. Y Juanito saludó.

Rayos... Sí que estaba bueno el tal «Juanito». Su tez morena y ese enorme cuerpazo lo hacían la golosina tamaño familiar más deseada del puto mundo.

Kate me codeó.

—Vaya... Creo que ya puedes ir reemplazando el cuarto de chocolate suizo por más de un kilo de chocolate cubano. ¿Qué dices, Mel? ¿Tendremos

que agregar un nivel superior a «Salta, Willy, salta»? Yo creo que sí... Mira el pedazo de cuerpo que tiene... Mejor vayamos pensando en un nombre para el nuevo nivel. ¿Qué te parece «Nessie, el monstruo del Lago Ness»? ¿«Anaconda»? ¡No! ¡Mejor «Godzilla»!

Cielos...

Y hubiéramos continuado de no haber sido porque James se interpuso tapando nuestra más bonita vista con su... pelvis.

Chasquéo la lengua.

—Ya. No permitiré que se coman a Juanito. Lo necesito vivo, par de viudas negras.

Qué gracioso. Como si no se hubiera notado que solo se interpuso por celos.

—Tranquilo, James. Un segundo lugar no está nada mal. Nunca dejarás de ser el primer «Willy» que vimos. Cuenta con eso —dijo Kate sin problema alguno.

—¿Willy?! ¿De qué demonios hablan?! —inquirió Francis, perdiendo la paciencia.

Yo, totalmente roja como un tomate, abrí los ojos y lo fulminé a James.

—Nada, Francis, nada... —Se peinó el cabello hacia atrás. Aún lo tenía mojado—. Vayamos que no veo las horas de empezar. Vine por esto, ¿no?

—¿Y a qué has venido si se puede saber? Aunque si se trata de algo íntimo con Juanito, no queremos saberlo, querido James.

Puso los ojos en blanco.

—*Parasailing*[\[19\]](#). ¿Quieren venir? —preguntó Francis apurado.

—¿*Parasai* qué?! —inquirí sin entender un céntimo.

Kate, con la nariz fruncida y los ojos fijos en Francis, parpadeó más de la cuenta.

James suspiró y negó con la cabeza.

—Olvidalo, Francis. No hay más lugar. Además —dijo, señalando mi entreabierto bolso—. ¿Crees que subirían sin llevar esa enorme valija encima? —Rieron—. Y agradezcamos que no trajeron los zapatos-zancos de circo que usan «hasta para dormir» —expresó exagerado, refiriéndose a mí.

—¡Al demonio! ¡Vámonos, James!

Y corrieron (también Puddle) en dirección a la costa. James saludó y yo solo sonreí. Francis, «cálido», se despidió de Kate mostrándole su dedo mayor y ella lo hizo de igual forma, aunque más sonriente.

—Idiotas primitivos... —susurró.

—¿Qué rayos es eso del *parasai* y no sé cuánto más?

—¡¿Y yo cómo demonios voy a saberlo, Mel?! ¿Me ves cara de venir seguido a la playa y con ellos? —Bufó y empezó a guardar las cosas en su bolso.

—¡Wow! ¡Calma, Kate! No sabía que Francis te alterara tanto...

Se frenó instantáneamente y me clavó su mirada que parecía intentar prenderme fuego.

—¿Francis? ¡¿Qué mierda dices, Mel?! —Continuó guardando sus cosas—. Solo estoy así porque tampoco sé de qué se trata eso... Por si no lo recuerdas, trabajo para una de las revistas más vendidas, cariño. Conclusión: ya ni sé cuándo fue la última vez real que tomé vacaciones.

Suspiré.

—Sí, Kate, seguro que es por eso...

Y a punto de replicarme, mi móvil sonó.

—*Howdy*, cariño... —No podía ser otro con ese acento fino, aunque amistoso. Era Florence Le Bon.

—¿Y cómo está mi más maravilloso Director de Moda? Seguro que lleno de trabajo, pero feliz como siempre, ¿cierto, cielo?

—Mmmhh... Digamos que más bien preocupado por encontrar el trasero más buscado de Nueva York, preciosura. —Suspiró—. ¿Dónde diablos estás, Mel?

Podía imaginarlo acomodándose sus coloridos anteojos.

—¿Qué pregunta es esa, Florence? ¡En Miami! ¿Ralph no te avisó?

—¡¿En Miami?! ¡Pero qué ray...! —Se contuvo y volvió a su finura—. Espera un segundo... —Podía imaginar sus delicados dedos sobre la pantalla de su *tablet*, verificando el correo de último momento—. *OK... OK...* No lo había visto. Pues entonces, nos vemos mañana, cariño.

—¿Mañana? ¿Vendrás para Miami, Florence? No creo que haga falta. En unos días estaré allí para que puedas mostrarme los diseños y...

—¡Oh! Resulta que no solo yo soy el mal informado... —Suspiró—. Cielo, no sé si también te ha llegado la invitación que, por cierto, acabo de ver de casualidad, pero si no asisto a la despedida de soltero del hombre más deseado y misterioso de este momento, tu madre tomará el velo más hermoso de los que has usado para estrangularme. —Rio indignado—. En realidad, a mí y a cualquiera de la revista que no vaya. Como sea, te dejo, hermosura. Si quiero llegar a tiempo, debo preparar mi equipaje ya mismo. *Ciao!* —Y cortó.

¿Si hablé? Claro que no hizo falta. Kate, de solo ver mi expresión, supo que debíamos marchar cuanto antes.

Capítulo 17

«No, Mel, no lo asesines. Él no tiene la culpa... Bueno, digamos que no tiene toda la culpa. Solo una parte... Una buena parte, claro, pero... *OK*, haz lo quieras. Esta vez creo que estaremos de acuerdo», escuché decir a mi señor sesos.

La pobre Kate —que cargaba con su bolso y el mío— no podía seguir mis largos y rápidos pasos. De hecho, hasta me suplicaba que fuera más despacio. Pero no. Mi furia solo quería ser descargada con él: Ralph.

Y así, sin más, abrí la puerta de la habitación de Alex.

Los tres, alegres y felices como si estuvieran en el maldito mundo de *My Little Pony: La Magia de la Amistad*, reían inocentes de váyase a saber qué demonios. Claro que solo hasta que mi portazo anunció la llegada de la tormenta «arrasa mundos felices».

—¿Qué ponen esas caras de espanto?! ¿O acaso esperaban a que entrara brincando y lanzando una lluvia de polvo brillante con corazones rosas?!

Los tres fruncieron el ceño.

OK, lo sé, fue demasiado.

—¡Oh, cielos! ¿Cómo rayos haces para caminar tan rápido, Mel? —dijo Kate agitada y con ambas manos sobre sus rodillas. Recién llegaba.

Pero hice caso omiso. Decidida, me acerqué a Ralph y, sin permitir que se pusiera de pie, me importó una mierda hablarle delante de Connie y Alex.

—¿Te das cuenta de que todo esto puede llegar a ser un desastre?

—Yo...

—¡Calla! —le grité—. De no haber sido por Florence, ¡jamás me hubiera enterado de que toda la puta oficina vendrá a Miami! ¿Sabes qué significa eso? ¡¿Sabes qué significa?! —Se hizo un silencio. Creo que di miedo—. ¡Que la estúpida de Sophy también vendrá! ¿Y qué crees? ¡No tardará un segundo en descubrir la verdad! —Bufé, giré y, acariciando mi descontrolado cabello hacia atrás, me di cuenta de mi impulsivo comentario.

—¿Verdad? ¿De qué verdad hablas, dulzura?

Se hizo ese profundo silencio.

Sorprendida, me di vuelta y clavé mis ojos en Alex que, despacio, se levantó hasta quedar de pie. Las palabras, simplemente, no me salían... Mi mente no hizo más que imaginar cómo todo lo armado hasta entonces se iba

por la borda. Estaba a segundos de perder a mi príncipe azul. Estaba a un respiro de perder al más perfecto hombre, a mi futuro esposo. Y todo por culpa de mi estúpida bocota que se abría y cerraba en los momentos menos indicados.

Alex, hundido en una mezcla de dolor con incertidumbre, entrecerró los ojos y luego frunció la frente a la espera de mi tardía respuesta. Respuesta que, muy probablemente, estuvo a punto de deducir, de no haber sido por... Él.

—De que serás su esposo, Axel.

Creo que jamás agradecí tanto escuchar su voz como en ese momento. El alma volvió a mi cuerpo. Aliviada, abrí los ojos y lo primero que hice fue mirar a James para agradecer su inesperada intervención. Él, sin poder mantener sus ojos en los míos, se acercó hasta quedar cerca de Kate.

—¿Eso? —preguntó Alex más animado. Se acercó a mí y, llevándome a su pecho, me abrazó tan tiernamente que me sentí la más sucia y asquerosa mentirosa del maldito mundo—. Dulzura, dulzura, dulzura... —Mientras, acariciaba mi cabello—. No tenías por qué ponerte así. Justamente, tu asistente me estaba comentando su interesante plan para evitar cualquier sospecha, incluso la de esa jovencita que, por lo que acabo de escuchar, no es muy buena, ¿cierto?

—¿Plan? —inquirí, despegándome de su fuerte y fornido pecho.

(Ahora que lo pienso debí aprovechar a quedarme apoyada en él durante un rato más. En fin...)

—¡Claro! De hecho, por seguridad, me advirtió que no saliera del hotel hasta que me lo comentara. —Sonrió en dirección a Ralph.

—Pero ¿de qué plan estás hablando, Alex? Yo no sabía de ningún...

—Tranquila, dulzura, tranquila —me dijo, acariciando mi mentón—. Su plan era hacerme pasar por el nuevo médico de la revista, pero luego, conversando los tres, tuvimos una mejor idea.

—¿Mejor?

—Ajám —afirmó sonriente—. Diremos que soy tu profesor de vals.

«WHAT?!?!»

—¡¿Mi qué?! —exclamé espantada.

Alex rio y, sin perder tiempo, me elevó tomándome de la cintura.

Kate metió sus labios hacia dentro para evitar cagarse de la risa y el irlandés, menos disimulado, tapó su boca con una sola mano.

—¡Lo que oíste, preciosa! ¡Tu profesor de vals! —Me hizo dar una vuelta

y, colocando mis pies en el suelo, volvió a apresarme entre sus brazos.

—Sí, Mel —intervino la dulce Connie—. Entiendo que estés tan sorprendida porque para nosotros también fue todo un evento descubrir que Alex sabe bailar a la perfección este tipo de danza. En realidad, es sorprendente saber que frente a nuestras narices tenemos un hombre que durante su adolescencia supo disfrutar del ballet clásico.

Sí, lo sé, todos lo pensamos.

—¿Eres gay, Axel?

Pero solo «James sin filtros» lo expresó.

Alex suspiró.

—Por empezar, te recuerdo que mi nombre es «Alex», querido James. Y, en cuanto a lo otro, no. No soy gay. Aunque, por cierto, no tendría nada de malo si lo fuera, pues los respeto mucho, pero no soy uno... Simplemente, aprecio ese tipo de danza porque como ha mencionado Connie, he practicado todo tipo de baile durante mi adolescencia. La verdad es que, por vergüenza, ningún joven se ofrecía como bailarín para las clases. Y al ver a las muchachas tan apenadas por ello, pues no pude evitarlo...

—Claro... Aunque con esa explicación, querido Axel, y, sin ánimos de ofender, no haces más que opacar tu «heterosexualidad»... —dijo con un tono ofensivo y furioso.

—¿En serio? Pues no es lo que dirían mis excompañeras de baile... —Me miró apenado—. Disculpa esta aclaración, Mel, pero no es más que pasado, ¿sí? —Y volvió a James—. Puedo asegurarte que, aún hoy en día, todas ellas me recuerdan y mucho... —Se acercó hasta él—. Aunque claro, solo muy pocos hombres tienen la valentía de conquistar a las mujeres, dándoles lo que piden, ¿cierto, James? ¿O me dirás que tú también has sido lo suficientemente capaz para deducir que no hay mejor técnica de conquista que saber apreciar la sensibilidad de una mujer?

Las tres suspiramos. Sí, sí. Kate, Connie y yo.

Y una media sonrisa se dibujó en el rostro de James.

—Lo único que sé es que de haberte descubierto bailando con tutús para conquistar jovencitas, te hubiera dado una buena paliza... —le dijo sin quitarle la mirada de encima.

—¿Tutús? —Rio—. Creo que no entiendes mucho de danza, querido James. De todos modos, dudo que hubieras podido tocarme un solo dedo. —Se tomó unos segundos para pensar—. De hecho, no me hubiera permitido pelear contigo... A menos que, en ese entonces, tú también fueras un

cinturón negro. Siempre fui una persona justa y, ya sabes, solo hubiera peleado de igual a igual...

James, indignado, sonrió y negó con la cabeza.

—¿De igual a igual? ¿Pues qué te parece si traigo a Puddle? —Los ojos de Alex se abrieron furiosos, nerviosos y como platos—. Ya sabes, él puede contigo. Más bien con tu pierna... No, mejor dicho, con tu...

—¡OK, OK! —Se interpuso Kate, separándolos—. Ya nos quedó todo más que claro, ¿sí? —Primero se dirigió a James—. Tú no eres más que un duende «estereizado», traga-esteroides o como demonios se diga, y tú —se dirigió a Alex— no eres más que el hombre perfecto que hace ver al mismísimo príncipe de la *Cenicienta* como un vagabundo fracasado. ¡Fin del asunto!

Los dos, confundidos, fruncieron las cejas. Creo que todos nos sorprendimos por la no tan desacertada conclusión de Kate.

Y estoy segura que habría agregado algo más, sobre pelvis masculinas o sobre el trasero de Alex, de no haber sido por su móvil que sonó al mismo tiempo que el mío y el de Ralph.

Correo de R.

De: Rachel Adams

Para: Mel Adams, Kate Lawrence, Ralph B.

Asunto: Exesposos

Kate, Mel y Ralph:

Siendo que, de la revista, solo nosotros tres sabemos quién es el verdadero futuro esposo, tuve una excelente idea que no solo servirá para proteger la identidad del prometido, sino también para atraer más atención de los medios y, por supuesto, del público.

Disculpa, Ralph, si me he entrometido en lo que es tu función, pero por cuestiones de tiempo y eficiencia, preferí encargarme por mis propios medios.

He invitado a la despedida de soltero a los veinte exesposos de Mel. Todos no solo han confirmado su asistencia, sino también han aceptado la propuesta de hacer creer que cualquiera de ellos puede llegar a ser el próximo verdadero y final esposo.

Oh, casi lo olvido. Como el primero en aceptar y confirmar fue ni más ni

menos que Rich Bob, pues tuve la gentileza de obsequiarle el mejor hospedaje. Por ende, estará en el mismo hotel que ustedes.

Así que, por favor, recíbanlo tal como merece.

Saludos.

Rachel Adams

Directora de Revista Emotiva

Los tres elevamos la vista al mismo tiempo. Kate y Ralph tragaron saliva, clavando sus horrorizados ojos en mí. Y yo...

—Ri... ¿Rich? —logré preguntar, aturdida.

Pero no pude hacer mucho más, pues al primer intento de volver a expresarme, caí desmayada, siendo la sorprendida y confusa mirada de James lo último que vi.

**

—¿Dulzura? ¿Dulzura? —escuché a Alex decir al mismo tiempo que mi nublada vista se restablecía.

Me fregué los ojos y, ansiosa por reincorporarme, me senté. Todos seguían mirándome con preocupación, aunque en James parecía destacarse una cierta pizca de curiosidad.

—Oh, disculpen. Es que... hay ciertas ideas y noticias que me superan.

—Tranquila, Mel. —Me acarició el rostro—. Ralph acaba de comentarnos. Pero no debes presionarte tanto. Piensa que, después de todo, es una buena idea que los veinte también asistan. Nos ayudará a disimular mejor y no tendremos que preocuparnos tanto por mi inexperiencia con los medios —dijo Alex, colocándome uno de mis mechones detrás de la oreja.

—Y sin dudas hará que, en pocos días, la revista rebalse de millones y millones de dólares —expresó Kate entre risas.

—Si una idea, además de creativa, genera tanto dinero, sabemos que viene de R... —dije con tono rabioso.

—¿Quién es R?

«Oh-Oh. No, Ralph, no lo digas, por favor solo di que es...»

—Es la madre de Mel —afirmó Ralph sin darme tiempo a contestar.

¡Maldito Norman!

—Es la dueña de la revista, James —dijo Kate.

Bufé.

El duende, sorprendido, enarcó ambas cejas.

—En fin... —Me levanté y, simulando seguridad, me acerqué a mi prometido y le tomé las manos—. Nos esperan tres largos días, Alex. Será mejor que descansemos.

Él me sonrió y, a punto de besarme, un griterío y alboroto que provenían de afuera del hotel hizo que todos, excepto yo, se acercaran a la ventana.

No hizo falta que fuera a ver. De hecho, no quise hacerlo.

Kate fue la primera en girarse para mirarme directo a los ojos, aunque con esa comprensión y pena que solo una amiga puede infundirte.

—Ya llegó —dijo casi en un susurro.

—Sí, lo sé —sentencié fría.

Y antes de dar la vuelta para salir del cuarto, noté que James había dejado de ver por la ventana. Su mirada, intensa y penetrante, se había enfocado en mí.

Tragué saliva y me fui.

**

No quise bajar a cenar. Sabía que todos los medios estarían atrás de él... de Rich Bob. Pero menos quería cruzármelo. No sé bien por qué —aunque aquella secreta infidelidad fuera más que un perfecto motivo, claro—, pero recordarlo me revolvía una serie de... ¿emociones? que no deseaba sentir de nuevo. Imagínense lo que podía generarme volver a verlo en carne y hueso... Como fuera, no bajé a cenar y preferí quedarme enroscada en mi mullida cama haciendo... ¿Adivinen qué? Sí, me quedé encerrada con mi film favorito y con el cuarto de helado en mis manos. Sin embargo, no solo no pude terminar de ver la película, sino tampoco pude comer más de dos bocados. Intenté acostarme a dormir y, por supuesto, no lo conseguí. Sentía rabia, dolor, tristeza y ya ni sé cuánto más. Pero lo peor era que no encontraba forma de deshacerme de toda esa mierda. Mi pecho parecía querer estallar y mis manos romper todo lo que se me cruzara por el camino, pero aquello no hizo más que quedarse en la fantasía, pues no me nació hacerlo. Tal vez mi cerebro supo que no era la solución. Y así, solo hice lo que mis piernas dictaron: salí del hotel.

Estaba ventoso, pero no me importó, pues caminé el corto tramo hasta

llegar a la playa. Oh, cielos... El aire puro y de mar llenó mis pulmones tranquilizándome..., aunque solo por un momento.

—Mel...

Como si se tratara de una película en la que entra a escena un nuevo personaje, la guitarra eléctrica sonó en mi cabeza.

Suspiré, pero no me di vuelta. Seguí con la mirada firme en el oscuro mar.

—Rich... Se nota que has llegado —dije a secas, aunque tratando de disimular mi estado de ánimo.

Sin verlo, supe que sonrió. Maldito roquero narcisista.

—Y tú sigues igual de preciosa —expresó con ese tono sensual que hacía que se te cayeran las bragas.

Aunque, claro, conmigo ya no funcionaba. Bueno, casi, porque cuando me giré para mirarlo no les voy a negar que estuve a punto de sacármelas por mi propia voluntad. Esos jeans rotos y esa camisa apretada le quedaban tan bien que a cualquiera le hubieran dado ganas de lanzarse para devorarlo ahí mismo sobre la arena. Pero, en contra de mi instinto, solo seguí firme y de brazos cruzados.

—¿Y tu trasero sigue tan velludo como la noche de bodas, Rich?

Con media sonrisa en su rostro y un andar gatuno, se acercó hasta tomarme pasionalmente de la cintura.

—Eres salvaje, Mel Adams... —Y me besó el maldito cuello.

Ay, Dios. Esa voz... Ese cabello lacio, ni largo ni corto, oscuro como la noche y esos terribles ojos azules estaban a punto de hacer conmigo lo que quisieran.

—Tú también, Rich. No creas que me he olvidado de cómo dejaste a tía Violet.

Rio por lo bajo. Sí. ¡El estúpido y cínico rio por lo bajo!

—Déjame disfrutarte, Mel. —Volvió a besarme, pero en la mandíbula—. Libérate, olvídate de esas tonterías, ¿quieres?

«¿Tonterías? ¡¿Tonterías?! ¡¿Una anciana muerta y la más humillante de las traiciones son solo parte de una tontería?!»

Y le hubiera dado un rodillazo en las pelotas solo para verlo revolcarse en la arena como un pobre gato mojado. Pero no pude. Su boca besó mi comisura paralizándome por completo. Cerré los ojos y, al sentir su lengua degustar mi labio inferior, creí desfallecer, pero —mágica y extrañamente—, giré mi rostro hacia un costado para hacer lo que mejor me salía: hablar ☹

«Gracias, cerebro. Te debo una.»

«Humm... Me debes unas cuantas.»

—Basta, Rich. Estoy a punto de casarme.

Rich, con una ceja enarcada, rio.

—Siempre estás a punto de casarte, Mel —dijo seguro, intentando volver mi boca hacia la suya. Pero me resistí, haciéndole la mano a un lado.

—Esta vez es en serio.

Me tomó de la barbilla y me obligó a verlo directo a sus ojos que no hicieron más que inspeccionar mi mirada a fondo. Ja... Me hizo acordar a la discusión que había tenido con el enano irlandés en mi casa.

—Es mentira. Eso no es verdad... Te conozco, Mel.

«¡Oh! Ahora, resulta que todos, menos yo, me conocen a la perfección.»

Fruncí las cejas y sonreí divertida por su expresión.

—¿Cuánto me conoces? ¿Una semana? —Intenté desprenderme de él, pero no lo logré. Estaba tenso, firme y duro como nunca... Su cuerpo, vamos...

—Di que no es cierto, sé que es así —sentenció con un tono de orden. Su mirada parecía, lentamente, llenarse de una rabia que jamás había notado en él.

—Déjame en paz, Rich. Y deja tus arranques de niño treintañero para tus *shows*, ¿quieres?

Su ceño se frunció, pero de la furia y a tal punto que me besó sin darme espacio a reacción.

Sí, pataleé..., aunque solo un poco. No voy a negar que me gustó ese repentino —y probablemente efímero— interés en mí. Pero claro, no se lo demostraría, por lo que, después de disfrutarlo unos segundos, lo empujé «ofendida».

Él sonrió satisfecho. Y sí, no era estúpido, algo me conocía. Aunque digamos que bastante...

—Vamos, ven aquí, Mel. Ambos sabemos lo que quieres... —Y me tomó de la muñeca.

OK. Esa actitud tan altanera ya me molestaba.

Me solté.

—No creo que tú lo sepas, pero yo sí y, por cierto, no te incluye, Rich. Así que vete y déjame en paz, por todos los cielos... —dije, dándome media vuelta para volver a ver el mar.

Sentí cómo Rich respiró con profundidad. Estaba realmente molesto.

—¡Eso es mentira y lo sabes! —me tomó nuevamente de la cintura y me

abrazó, apoyando todo su cuerpo en mi espalda. Cómo me gustaba eso... Y comenzó a besar mi cuello, pero de una forma que solo me hizo sentir una mezcla entre placer y tristeza.

—Rich... Por favor... Déjame en paz... —le supliqué con la voz quebrada mientras él continuaba besándome—. Por favor, déjame...

—Eso no es lo que tu cuerpo pide, Mel... —dijo, acercando su mano a uno de mis senos. Pero no llegó a tocarme, pues justo cuando mi razón volvía para propinarle la mejor de las bofetadas que se merecía, él, por sus propios medios, me soltó repentinamente.

En realidad, creo que no lo hubiera hecho de no haber sido por aquel tibio y fuerte chorro de meo que le estaba empapando una de sus botas favoritas.

Sí, mi pequeño Puddle había llegado al rescate... junto al enano irlandés, claro.

—¿Pero qué mierda...?! —exclamó Rich, sacudiendo su pie.

Puddle solo lo miraba sentado y con su lengua fuera.

—Oh, lo siento. No quise interrumpirlos, pero creo que Puddle sintió tu olor, Mel —expresó James. Sus ojos no dejaban de mirarme con cierta comprensión, preocupación.

Y allí fue cuando noté que tenía mis propios ojos llenos de lágrimas. Cielos... Disimuladamente, me di vuelta, los cerré y me fregué un poco para evitar que cayera alguna. Luego volví a ellos.

—Pues no pudieron haber llegado en mejor momento, James. —Lo alcé—. Gracias, justamente iba a preguntar por Puddle en la recepción.

El duende me sonrió. No dejábamos de mirarnos.

Rich, con el entrecejo fruncido y con la mirada que no hacía más que ir de mí a James y de James a mí, se acercó hasta tapar mi vista.

—¿Este es tu futuro esposo?! —Miró a James con desprecio, rio y luego volvió a mí—. ¡Vamos! ¡Es un chiste! ¿Cierto?

Chasquéé la lengua.

—Hum... Por lo que veo tú no debes ser más que uno de los ex, ¿verdad? —replicó Irlanda.

«Oh-Oh...»

—Yo soy el gran Rich Bob, idiota. ¿Acaso eres ciego? —Estaba que echaba chispas. Pero le quedaba muy *hot*, sí, jajaja.

—Por supuesto que lo sé. Y por eso vuelvo a repetir: no eres más que un ex. ¿O me equivoco? —volvió a decir, dando un paso al frente.

Sí, lo sé. Hubiera estado genial ver cómo el musculoso duende rey de la

playa y el roquero más caliente del país se molían a palos, ni más ni menos que por mí, ¿cierto? Pero no, debía pensar en la revista, las estrategias, los medios y, claro, en Alex también.

—Ya, Rich. Vete a descansar. Mañana tendrás entrevista con Steph del canal ocho, si no he escuchado mal. —Me acerqué hasta James y, sin darme vuelta, meneé la mano para despedirme—. ¡Que descanses, «gran Rich»!

Y pude oír como bufó de la furia mientras James, Puddle y yo nos íbamos en dirección al hotel.

**

Caminamos en silencio. Y sí, no fueron más que unos cuantos metros.

Ya cerca de la entrada, me frené. Tampoco quería que se levantaran más sospechas estúpidas en relación a James y a mí.

—OK. Gracias, James. Te debo una.

Media sonrisa. Cielos...

—Me debes varias. Sin ir más lejos, la de hoy a la tarde, casa-divorcios —dijo con las manos en los bolsillos.

Reí.

—Cierto... Y estoy empezando a creer que más que un enano mágico eres Droopy. Ya ni sé cómo es que apareces siempre en todos lados.

Reímos.

—Bueno, en realidad, vi cómo te ibas de la playa.

—Pero ¿no estabas haciendo eso del *parasai* no sé cuánto?

Sonrió.

—*Parasailing*. Y no. Justo antes de empezar, vi cómo te ibas bastante agitada. Digamos que... es difícil ignorar un trasero como ese... —Miró hacia un costado (y puedo jurar que hasta se puso rojo).

«Filtros, James, filtros.»

Sonreí y reconozco que con cierta timidez.

—¿Debo interpretar eso como otro halago primitivo?

Rápido y nervioso, aunque sin mirarme, negó con la cabeza.

—Claro que no. Solo lo dije por lo amplio y enorme que es... —Rio.

Y yo también, aunque le di una palmadita en su grueso brazo. Vaya que estaba duro, jiji.

—OK...

—OK...

Creo que no sabíamos cómo despedirnos.

—¿Estarás bien? —preguntó en un susurro.

Hice una mueca de duda.

—Creo que sí...

«Filtros, filtros. ¿Dónde demonios es que se activan estos?»

—..., aunque creo que prefiero dormir aquí afuera. Estoy segura que Rich no parará hasta entrar a mi cuarto...

Carajo. Yo y mi estúpida bocota.

—Pues por mí te dejaría dormir afuera. Sería un gran *show* verte intentar sobrevivir una noche en «la naturaleza» —entrecomilló risueño—, pero... —Volvió a mirar hacia un costado—, si la arena no te resulta un buen colchón, puedes pasar la noche en mi apartamento. No tengo historia con eso. Ya sabes... —dijo, tratando de restarle importancia a la propuesta.

—¿Apartamento? ¿Ralph no reservó una habitación para ti? —pregunté realmente sorprendida.

—Le pedí que no lo hiciera. —Me miró y, al notar que aún yo no entendía, continuó con menos paciencia—. ¿Y para qué iba a hacerlo, si tengo dónde dormir?

—¿Tienes un apartamento aquí en Miami?

Bufó.

—¿Qué es lo que acabo de decir, casa-divorcios?

—OK, OK... No lo sabía, pensé que te hospedarías en el hotel. Jamás hubiera pensado que tenías tu propio espacio.

—En fin... ¿Vienes o no?

«Mel, esta vez no haré nada por ti y lo sabes...»

«¡Shh! ¡¿Acaso no ves que el duende irlandés está intentando ser cortés?! ¡Jajajaja! ¡Esto no tendrá desperdicio, querido cerebro!»

«Hummm... Creo que muchas cosas no tendrán desperdicio...»

—OK. Voy.

Cielos...

Capítulo 18

Está bien. Tengo que reconocerlo. Esperaba entrar a una especie de pocilga maloliente, llena de latas de cerveza vacías y cuyo único espacio apto para dormir imaginaba sería el balcón. Pero no. Si bien no era mi apartamento de Nueva York, estaba bastante bien. Al menos limpio, aunque, sin sentido alguno de estética, por supuesto. En fin... Entré y, además de ver miles y miles de cds en una estantería, noté que el único portarretrato que lucía el departamento estaba vacío. Ups... Señal de la ruptura-abandono. Aun así, traté de que no notara mi rápida inspección y seguí con la conversación que habíamos iniciado durante el camino.

—Así que por eso no trajiste equipaje... —dije, sentándome en un pequeño puf totalmente deformado.

—¿En serio creíste que lo que llevaba en el bolso de mano era tu cojín o algún pobre calzón? —preguntó risueño mientras cerraba la puerta.

—De ti, puedo esperar cualquier cosa, duende...

—Humm... —Se hizo el pensativo—. Creo que tienes razón —terminó de decir al llegar a su cocina.

Puddle se echó encima de mí y comenzó a lamerme el rostro como si de un exquisito hueso se tratara.

—¡Puddle! —exclamé al mismo tiempo que caí de espaldas. Y me hubiera vuelto a incorporar de no haber sido por lo que vi atornillado en el techo—. Ehmmm... James...

—¿Sí? —preguntó mientras servía algo de beber.

—¿Eso que veo en el techo es una ilusión óptica o... es una guitarra?

¡Una guitarra atornillada en el puto techo! ¡¿A quién demonios se le puede ocurrir semejante tontería antiestética?!

—Sí, es una guitarra —se limitó a decir mientras continuaba con los tragos.

«¿En serio? ¿Eso es todo lo que tienes para decir?»

—Oye... creo que deberías hacer algún curso de expresión verbal, ¿sabes?

—¿Por qué? —preguntó a secas, restándole importancia.

—¡¿Por qué?! —Reí nerviosa—. ¡¿Crees que tener una guitarra atornillada en tu techo y no explicar qué rayos hace ahí no es motivo suficiente?!

—Mmmhh... —dijo mientras se acercaba con los dos largos vasos—. Si

me hubieras preguntado «qué rayos hace ahí una guitarra», te hubiera contestado algo distinto a «sí, es una guitarra». Pero no fue lo que preguntaste, ¿cierto? Y por otro lado, no es menos normal que usar tacones de tu estilo «todo el día» o dormir con pijamas de niñas... —Sonrió y extendió su brazo, ofreciéndome una de las bebidas.

Entrecerré los ojos y le «saqueé» el vaso.

—Parece que eres bastante simple y directo a la hora de hablar, por no decir «básico». —Tomé un sorbo.

Enarcó una ceja y también entrecerró los ojos. Eso era guerra, sí, jajaja.

—Y tú pareces bastante confusa e indirecta para expresarte, por no decir «complicada». —Bebió un sorbo más largo que el que yo di.

—OK. Dime por qué mierda tienes una guitarra atornillada en tu techo, maldito enano irlandés.

Abrió los ojos como huevos.

—No lo esperaba tan directo, pero... lo prefiero. —Bebió un poco más y dejó el vaso en una pequeña mesita que estaba al lado del puf en el que yo estaba—. Pues... —Miró hacia el techo—... Porque cada vez que vengo y no puedo dormir, me echo aquí. Y como mi mirada se clava en el techo... —Sonrió y elevó sus hombros.

Enarqué las cejas.

—¿Estás diciendo que atornillaste una guitarra en el techo porque ver una allí te relaja y ayuda a dormir?

—Ajám. —Y dio un sorbo sin quitarme la mirada de encima.

Yo hice lo mismo.

—OK. Sabes que no es normal lo que estás diciendo, ¿verdad?

Sonrió.

—¿Normal? Después de haberte casado y divorciado veinte veces, no eres la persona más indicada para juzgarme, casa-divorcios. Y a eso súmale lo que haces tú. Estoy seguro que si te pregunto qué haces para relajarte o poder dormir, tendrás un motivo perfecto para empezar a escribir tus columnas desde un psiquiátrico.

Suspiré y tragué saliva. Pero estaba muy equivocado si pensaba que le confesaría mis noches de films románticos con los cuartos de chocolate suizo. Eso sí que no.

—OK... ¿Pero no es más relajante y práctico tocarla directamente? —Pícaro, enarcó una ceja—. La guitarra... La guitarra... —aclaré, negando con la cabeza.

James suspiró y desvió la mirada. Tomó su vaso que ya estaba vacío y se acercó hasta la cocina para lavarlo. Sí, si había algo que me estaba gustando de este duende es que cada vez que se sentía presionado lavaba cosas sucias.

—Eso no... —se le quebró la voz y su rostro pareció tensarse de la angustia—. Eso solo es pasado —dijo serio y a secas.

Su tono frío fue señal de que no respondería mucho más. Mis preguntas no estaban más que hurgando sobre un pasado que, evidentemente, deseaba mantener oculto y callado. Se le notaba el dolor, en su voz, en sus manos, en su mirada perdida en el grifo de la cocina. Me sentí mal. Y no me pregunten por qué rayos aquello me ¿ablandó?, pero o bien mi cerebro definitivamente ya no funcionaba o bien experimenté, impulsivamente y por primera vez, una especie de empatía. ¡Y con un hombre!

—Bueno... Ya que lo preguntarás, prefiero confesarme. —Sorprendido, cerró el grifo y me miró expectante—. Cuando no logro conciliar el sueño, yo... pues... Miro mi película favorita y me relajo comiendo helado de chocolate —dije rápido antes de tomar un largo sorbo del vaso.

Una amplia sonrisa comenzó a formarse en el rostro de James. Se acercó hasta donde yo estaba y, dándole un sorbo a mi trago, clavó su mirada en mí.

¿Mi corazón? Sí, latía a mil. De la vergüenza, claro...

—Ajám... Interesante... E imagino que esa película no es *RoboCop* ni *Terminator*, ¿cierto?

—Cierto —expresé a secas y arrepentida de la estupidez que había sido confesar algo tan íntimo solo para que él se sintiera más entretenido.

—Y calculo que esas ridículas cantidades de helado superan el promedio normal de lo que una chica debería comer...

Lo miré efímeramente y terminé de tomar la bebida haciendo fondo blanco. Él rio.

Puddle ladró y movió la cola. Maldito metiche... ¿Acaso eso había sido una afirmación a la suposición de James?

—OK. —Apoyé el vaso vacío sobre la mesita—. Suficiente. No insistas más, enano, porque puedo hacer lo mismo contigo...

James metió los labios hacia dentro y alzó las manos en pose de «Aquí me quedo».

—Y, solo por curiosidad... —Ja... qué no hacía por curiosidad...—. ¿Hoy intentaste hacer lo mismo y no funcionó? Digo... Saliste a caminar bastante tarde.

Suspiré y miré hacia el piso.

Mierda.

—Sí... —dije a desgano y con cierto aire de tristeza—. Algo así...

Se hizo «ese» silencio.

—Parece que aún lo quieres.

Alcé la vista sorprendida. Los ojos de James indicaban preocupación y que hablaba en serio.

—¿A Rich? —Reí, largando el aire que quedaba en mis pulmones—. Claro que no. Solo es que...

«No, Mel, reprime, reprime y cierra la puta boca de una vez»

—... es un idiota —dije, conteniendo mi angustia.

—Pues eso no es noticia, lo ha dejado bastante claro. Pero tú... No sé... Parecías no poder con él.

—Él fue mi primer esposo, James.

«Oh-Oh... Deberás explicar, cariño, deberás explicar...»

—¿Y eso qué tiene que ver?

Sonreí angustiada. Desde ese momento, James no hizo más que clavar una preocupada mirada en mí que me hizo sentir, ¿cómo decirlo? Tranquila, segura, no sé...

—Es una larga historia, pero puedo resumirla diciéndote que con él se suponía que el matrimonio sería en serio, ¿comprendes? Pero no duró más que unas cuantas horas...

—Entonces aún lo sigues amando y por eso te sientes así.

Sonreí enfurecida.

—No... No lo amo. Ni siquiera sé si en realidad sentí algo por él.

—Por lo que pude ver, pareciera que sí. Incluso me animo a decir que hasta él se veía... especialmente interesado en ti —dijo con tono apagado.

Reí.

—¿Rich? ¿Interesado en alguien? Claro que no...

—¿Estás segura? Deberías preguntárselo primero, no sé... Tal vez esté arrepentido. Ya sabes, muchas personas descubren el valor de otras solo cuando las pierden. No es algo nuevo lo que digo.

—No, James. No es el caso de Rich. Él solo me desea porque «otro» me quiere para sí. Es como un niño que tiene millones de juguetes y no le da valor a ninguno hasta que otro pequeño se interesa en uno de ellos. Es cuestión de esperar a que ese «otro niño» deje en paz el juguete que él también lo hará y volverá a dejarlo ahí, tirado con los demás... —dije ciertamente dolida.

—Pues es un estúpido —dijo sin pausa.

Sonreí. Su tono compasivo, pero seguro me hacía sentir mucho mejor.

—Gracias... Aun así, no lo odio más que a mí misma —logré decir, aunque con la voz quebrada en la última palabra.

No pude seguir hablando, pues el solo hecho de sentir los ojos llenos de lágrimas creó un nudo en mi garganta, impidiéndome expresar.

Y hubiera contenido el llanto, lo hubiera hecho de no haber sido por sus brazos que, impulsivos, me llevaron a su pecho donde descargué cada una de las lágrimas que, por años, habían estado dentro de mi corazón, pudriéndose por culpa de mi estúpido orgullo.

Nos mantuvimos en silencio unos cuantos minutos hasta que el calor de su pecho y su sereno latido me calmaron. Abrí los ojos y, sin despegarme de él, los volví a cerrar, pero envuelta en una paz que solo hizo que cayera rendida a un profundo sueño hasta la mañana siguiente.

**

—¡Mierda! —expresé sobresaltada y sentándome en la cama de ¿James?

Ya era de día y, frente a la ausencia de mi habitual despertador perruno, mi perezoso reloj biológico decidió actuar por primera vez. Me levanté y, a punto de salir de la habitación, pude notar mi facha.

WTF...

Tenía puesto la sudadera violeta que había usado James la primera vez que... Hum... Humm... la vez que nos conocimos. Y de la cintura para abajo unos pantalones extremadamente sueltos (y mal ajustados en la cintura) que apenas llegaban a mis tobillos. ¡Qué horror! Ni quise verme al espejo. Aquella ropa no era más que un insulto a mis años y años de moda.

Como fuera, estaba desesperada. Debía avisar a Kate que distrajera a quienes me buscasen, en especial a Alex, pues nadie, ni siquiera él mismo, creería el verdadero motivo por el que me había quedado en lo de James.

Cielos...

Sin saber dónde buscar, comencé a revisar por todo el cuarto para encontrar mi bolso y así mi móvil. Busqué en la pila de pantalones que estaba sobre la silla, en su ropero, en el pequeño sillón donde había dejado mis prendas, pero nada... ¡Nada de nada!

—¡¿Dónde rayos lo habrá...?! —dije sin terminar y al mismo tiempo que asomé mis narices en el último lugar que me quedaba por revisar.

Me quedé en silencio. Muy lejos de chocarme con el típico mundo paralelo que se forma debajo de las camas de los hombres, encontré un pequeño y misterioso cofre que, sin duda alguna, tomé. Me senté sobre la cama, de espaldas a la puerta y, rogando porque no tuviera un candado, lo miré.

«¡Qué suerte! ¡No tendré que poner en práctica las habilidades que usaba con el diario íntimo de Kate!»

Lo abrí y... ¡Voilà!

Un *cassette*. Una vieja cinta con una única inscripción.

Para James, el tesoro máspreciado que me pudo haber dado la vida...

Con amor,

Ofelia

Miré el lomo de la cajita y al leer *If You Leave Me Now* enseguida recordé la hermosa melodía del grupo Chicago.

Guardé todo como estaba, me coloqué boca abajo sobre la cama y, con la cabeza colgando, apoyé el cofrecito en el piso y lo empujé para dejarlo como estaba.

Listo. Como si nada hubiera pasado allí. Aunque...

—Bonito trasero y perfecta postura para ser pateado —escuché la voz de James—. ¿Se puede saber qué demonios haces?

Mi corazón pareció detenerse. ¿Por qué siempre aparecía en todos los momentos más comprometedores?! ¿Por qué?!

—Deberías imaginarlo, duende. —Me incorporé hasta quedar sentada como indio sobre la cama. Puse mi mejor cara de disimulo y lo miré. Cielos. Otra vez en pelotas, aunque tapando, al modo Adán y Eva, sus «agraciadas partes» con lo que parecía ser un *boxer* enrollado. Cerré los ojos, suspiré y volví a mirarlo... a la cara, claro—. ¿No hubiera sido más práctico ponértelo directamente? —pregunté nerviosa, señalando su...

Él bajó la mirada a su entrepierna y, descaradamente, dejó caer la ropa íntima que había evitado su desnudez completa.

—No, en realidad, no. Es más práctico andar sin nada, como suelo hacer aquí en mi casa. ¿No crees?

Humm... Humm... Hubo un *delay*, sí. Hasta que mi querido cerebro envió la información a mis ojos y mandíbula, mi expresión no fue más que la de

una «princesa desesperada» si es que existe tal categoría o si directamente se la denomina omitiendo el «princesa». Y así, recién luego de tres segundos, mi boca se cerró, mis ojos también y mis manos taparon mi rostro que, al menos, mostró un poco de vergüenza.

—¡Cochino! ¡Tápate esa cosa! —exclamé, moviendo una mano en el aire mientras con la otra sostenía mis párpados tentados de abrirse otra vez.

—¿Cosa? ¿No es que le habían puesto un nombre propio? ¿Cómo era? ¿Wendy? ¿Wally? ¿Willy?

Quise reírme, pero solo pude corregirlo.

—¡Willy, tonto, como la ballena! —Contuve la risa.

—¿Willy, la ballena? —El granuja empezó a reírse hasta que, repentinamente, un ruido grave y acompasado llamó mi atención, pues parecía como si «algo» golpeará la puerta de la habitación—. ¡Pues a Willy no le gusta que lo llamen «cosa» y se ha ofendido!

Abrí los ojos y... no podía ser cierto, ¡no podía ser cierto! James estaba parado junto a la puerta haciendo que su «Willy» chocara suavemente contra ella. Por supuesto que una de sus manos era la que creaba el grave ruido contra la puerta... quiero creer.

Inmediatamente volví a cerrar los ojos, aunque sin parar de reír.

—¡James! ¡Eres un puerco asqueroso! —exclamé entre risas.

—Ah, no, eso sí que no. Te aseguro que está muy limpio.

¿Hacía falta aclarar eso? ¡¿Hacía falta?! ¡Puaj!

—¡Por todos los cielos, James! ¡Ya basta! —Pero yo no podía parar de reír—. Dime dónde rayos dejaste mi bolso, por favor. Debo irme antes de que inventen falsas noticias sobre tú y yo. Nadie creería una sola palabra si explico por qué estuve aquí. Y menos después de... todo «esto». —Reí.

Gracias al cielo, el sonido cesó.

—Lamento decirte, casa-divorcios, que no has traído ningún bolso, pero si necesitas llegar rápido... ya sabes, aquí está el mejor helicóptero humano. Te aseguro que el viaje será toodo un placer...

No... ¡Nooo!

No quería abrir los ojos, pero, ¡vamos! ¡Tenía que hacerlo!

Y sí. James estaba con ambas manos en la nuca moviendo sus caderas en forma de círculo, haciendo que... bueno, Willy también se moviera de la misma manera.

—¡James! —exclamé, meándome de la risa. Y como no pudo ser de otra manera, Puddle vino corriendo para sumarse a la fiesta de risas, aunque

ladrando y girando sobre sí mismo.

El duende se sentó en la cama y, muy consciente de lo que hacía, cruzó las piernas de forma graciosa para que mis ojos no se desviarán a Willy.

—Bueno, si no aceptas este transporte, al menos puedo acompañarte caminando... y vestido, lo prometo.

Negué con la cabeza y con una sonrisa que ya me hacía sentir dolor.

—Me encantaría, enano, pero no es buena idea. Necesito una excusa, un motivo creíble. No puedo llegar como si nada y con la ropa de la noche anterior. No sé si comprendes...

Puso cara pensativa y volvió a hablar.

—Bueno, podrías decir que te acompañé a dar un paseo con Puddle. Después de todo, hasta ahora ha quedado como mi responsabilidad, ¿no es cierto?

Era una buena idea, pero...

—Sí, pero ¿con qué ropa? Rich tiene buena memoria y, con tal de armar escándalos, no dudará en usarlo en mi contra levantando sospechas estúpidas.

—Mmmh... Déjame ver... ¡Cierto! —exclamó, poniéndose de pie y obligándome a cerrar los ojos. Claro que no por mucho tiempo, pues al acercarse hasta su ropero, quedó de espaldas a mí, permitiéndome contemplar, descaradamente, su bonito trasero. O «culo», como dice Kate.

Tomó unas prendas y, a punto de darse la vuelta, volví a cerrar los ojos. Él volvió a sentarse y así, lo miré otra vez.

—No sé por qué aún te empecinas en taparte los ojos si, apuesto lo que sea, me has inspeccionado el culo como si tuvieras licencia profesional para ello —expresó, haciéndome reír—. En fin... Toma. Creo que con esto alcanzará.

Extendí las prendas y... ¡Wow! Un femenino y *sexy* conjunto deportivo.

—Oh... Está genial, James —dije, pensando por qué él tendría una ropa como esa en su departamento.

—Sí, realmente. Y aquí el calzado. Espero sea de tu talla.

Lo tomé y, al verlo, supe que me quedaría un poco grande.

—Mis pies son más pequeños, pero no importa, servirán. Ahora, ¿no crees que...?

—Tranquila —me interrumpió—. Ni sabe que las ha olvidado aquí... Y tampoco dirá nada. Puedes usarlas sin problema.

Wow. Me sorprendió que lo dijera con tanta seguridad, sin rastros de dolor.

—OK... Y agradezco que también hayas accedido a esta pequeña «ficción» solo para ayudarme —expresé para no decir «mentira».

Entrecerró los ojos y sonrió.

—Oh, eso sí que no, señorita zancos. Te pondrás esa ropa deportiva y, como la misma indica, harás ejercicio.

«WHAT?!»

Carcajeé.

—¿Ejercicio?! —Seguí riendo, pero él solo mantuvo la mirada fija en mí al mismo tiempo que asentía con la cabeza.

—Sí, ejercicio. Dirás que salimos a pasear a Puddle y, de paso, a ejercitar. Algo que, para evitar que se convierta en una mentira, harás. —Y sonrió satisfecho.

Maldición.

Capítulo 19

Podía ver a lo lejos la imagen de Kate y los medios esperando por mí. Sí, los distinguía, a pesar de mi extrema sed e insoportables jadeos, producto de haber trotado aquellas pocas cuadras que había de distancia entre el departamento de James y el hotel. Por todos los cielos... Sentí que acababa de participar en un triatlón cuyo último tramo de carrera era ni más ni menos que en el desierto de Sahara. Hasta el pobre Puddle, que iba a mi lado y con su correíta puesta, quería parar. De haber hecho unos metros más, su lengua se hubiera convertido en la próxima alfombra roja. Y James, muy tranquilo y aparentemente acostumbrado a tal práctica, trotaba a mi izquierda con una enorme sonrisa dibujada en su bufonesco rostro.

—¡Hola, Mel! ¡Mel! ¡Mel! ¡Aquí! —gritaban los reporteros que se agolparon de tal forma que no me dejaron llegar a la puerta del hotel.

James felicitó a Puddle y, tomándolo en brazos, se ubicó detrás del grupo de periodistas.

—Antes de que pregunten cualquier cosa... —Miré directo a una cámara que no dejaba de enfocarme—. Sí, hago ejercicio... —Puse mis manos en la cintura en forma de jarra—... No habitualmente, pero es algo que tengo pensado seguir haciendo —expresé de forma entrecortada y agitada.

—Y, Mel, ¿es cierto que has pasado la noche fuera del hotel? Hoy nadie te ha visto salir.

Malditos hijos de...

Sonreí.

—Me he levantado muy temprano para salir a correr junto a... —Tomé aire. Necesitaba hacerlo—... James y Puddle. Nada más. ¿OK?

El brazo de una periodista superbajita se hizo espacio y estampó su micrófono en mi boca. Todos rieron. Genial... Lo que me faltaba.

—Oh, perdona, Mel. —Acomodó la voz y continuó—: Por lo que podemos ver, James es el joven con el que se te ha visto en tu despedida de soltera... ¿Es él tu futuro esposo o solo un...?

Le arranqué el micrófono de las manos y, a pesar de sus graciosos y fallidos intentos por volver a tomarlo, me adueñé del mismo para que no prosiguiera.

James me miró. Sus ojos estaban expectantes de lo que diría. Y yo...

Yo... solo diría lo que habíamos acordado, por supuesto, aunque sin quitarle la mirada de encima.

—James es como un primo para mí... —Se hizo un segundo de absoluto silencio en el que él tragó saliva—... Es mi... Es un gran amigo, se los aseguro. —Sonreí y James, tímido, hizo lo mismo, aunque desviando la mirada hacia distintos puntos.

Le devolví el micrófono a la joven y, a pesar de las insistentes preguntas de los periodistas, me hice espacio hasta llegar a la puerta.

El enano logró lo mismo, aunque no sin antes ser acosado por los enormes micrófonos.

—¡James! ¡James! ¿Nos puede decir algo más sobre ti?

Y el duende respondió. Claro que sí, aunque con su magnífica capacidad de expresión...

—No. —Y caminó hasta entrar al hotel.

Genial... No hubiera esperado menos.

**

—Así que ejercicio... —dijo Kate, siguiéndome por detrás.

James rio.

Me frené y la tomé de los hombros.

—Kate, por todos los cielos. Deja las preguntas para otro momento, ¿quieres?

Me miró de arriba abajo y clavó su mirada en mis pies. Se había dado cuenta que ese calzado no era mío, pues, claramente, mis pies parecían canoas.

—Vamos... No está tan mal. Algún ejercicio debe hacer —dijo James, mirándome efímeramente de reojo.

¿Otro primitivo, aunque más pulido elogio?

—¡Ja! —Rio Kate—. Si levantar cuartos de helado, y mover la mandíbula sin parar pueden ser contados como ejercicio, entonces sí.

—¡Kate!

—Pues yo doy fe de que es una joven de actividad física —interrumpió Alex.

Mmmmmhhh... Qué bueno estaba... (y cuándo no).

Su sonrisa, blanquísima y perfecta, casi me deja sin aliento, pero su sensual postura con las manos en los bolsillos y sus mechones rubios rozando

sus pómulos fueron los que terminaron de dejarme sin aire.

James hizo una mueca de disgusto.

—¿En serio? —inquirió Kate, pícara.

Le di un codazo, claro.

James suspiró serio por aquella indirecta sugerencia.

Alex sonrió.

—Claro que sí. De hecho, fue así como nos conocimos. ¿Verdad, dulzura?

Sonreí nerviosa.

«¡Aclara de una puta vez!»

—Por supuesto. Fue en el consultorio. Fui a pedir un certificado que avalara mi buena salud para poder continuar en el gimnasio —dije rápido y nerviosa.

—Exacto —afirmó Alex, acercándose para darme un intenso beso en los labios—. Bien... ¿Qué te parece si desayunamos, preciosa? —me invitó, envolviéndome en sus fuertes brazos.

—Claro, solo necesito ir a ducharme. ¿Por qué no te acercas adonde esté Ralph y Connie? Así evitaremos sospechas, ¿te parece, cariño? —pregunté con dulzura, pero algo alterada.

Alex, sorprendido, asintió y marchó saludando en general.

—James... ¿Quieres... acompañarnos? —dije más calma, aunque incómoda por cómo había sonado la pregunta.

—Yo... —Suspiró, pero, a los segundos y decidido, puso a Puddle en el piso—. Debo irme. Tengo asuntos que atender.

Y sin más, salió del hotel.

No dejé de mirarlo hasta que su figura desapareció de mi campo visual.

—Mel... —dijo suave, pero no le presté atención—. ¡Mel! —me llamó con una sonrisa. Ya sabía lo que me preguntaría.

—¡Oh, ya basta, Kate! Es solo que... que se ha portado muy bien conmigo... —Sonriente, frunció el entrecejo—. ¡En serio! Solo...

—¿Hicieron ejercicio? —inquirió insinuante.

Chasqué la lengua.

—No seas guarra, ¿quieres? Y sí, hicimos ejercicio. Tú misma nos viste corriendo, ¿OK?

—Ajám... —dijo de brazos cruzados—. Pues me alegro que hayas encontrado una buena excusa, Mel, aunque también deberás explicar por qué no decidiste hacerlo directamente aquí. No sé si lo sabías, pero el hotel cuenta con gimnasio...

Enarcó sus cejas.

Mierda...

Me encogí de hombros, suspiré y la tomé del brazo para entrar al ascensor cuyas puertas recién se abrían.

**

—¡Un, dos, tres! ¡Un, dos, tres! —exclamaba Alex, lleno de vida mientras intentaba enseñarme el puto vals.

Y claro, Kate estaba cómodamente sentada con su típica expresión de estar siempre a punto de mearse de la risa. Connie, en cambio, tenía sus ojitos brillosos, estilo *anime*, clavados en nosotros dos que no parábamos de dar vueltas.

«Cariño, o dejas de jugar a la calesita o lanzarás como este muñeco en el avión. Escoge.»

Oh, sí. Ya me estaba mareando.

Suspiré y, para cuando quise hablar con la intención de terminar el día de práctica, su voz lo impidió.

—¿Qué es esa mierda? —expresó Rich apoyado en la entrada del exclusivo salón del hotel en el que practicábamos.

Alex y yo frenamos. Lo miré de arriba abajo y bufé.

—Lo que debimos bailar en nuestra boda, pero que fue reemplazado por uno de tus alocados temas, Rich.

Rich sonrió con solo escuchar que hablé o nombré algo de él.

—Te refieres a *All this shit is mine*[\[20\]](#)?

—Sí, Rich, exactamente esa canción es la que escogiste en lugar del vals... —Sonreí irónica mientras me limpiaba la frente con una toalla.

—Mmmh... Rich Bob... —dijo Alex, mirando de arriba abajo a mi primer exesposo.

—¿Y tú quién mierda eres? —inquirió a punto de encender un cigarro.

—Ni se te ocurra encenderlo —lo interrumpí—. Lo haces y te lo coloco de adorno en el vell...

—¡Bellísimo trasero que tienes! —exclamó Kate, salvándome de develar que Rich poseía, en las profundidades de su «parachoques», un tupido y oscuro paisaje.

Mi ex, satisfecho con el elogio, sonrió a Kate.

—Soy Alex, Alex Said. Médico cardiólogo. Pero aquí, mi función es la de

profesor de danza. Más precisamente, de vals —respondió a destiempo, extendiendo su mano.

Rich observó la mano tatuada de Alex y, con esa mirada de celos típica de él, rechazó su saludo encendiendo el puto cigarro.

—Seeee... *OK*, muñequita... Que te den... —respondió despreciativo, con el cigarrillo en la boca. Y sin importarle una mierda, pasó por el costado de Alex para acercarse a mí.

Mi *sexy doctor* entrecerró los ojos, pero contuvo su furia.

—Después de mí, sí que has decaído, preciosa. No te has rodeado más que de bobotes come calzones...

—Pues en realidad, querido Rich, yo diría que fui mejorando —lo corregí con tono punzante.

Chasqueó la lengua.

—*OK*... Me gusta cuando te pones en perra... —Y quiso tomarme de la cintura, pero Alex, rápido aunque elegante, lo hizo primero.

—Disculpa, «muñeco», pero esta dama está conmigo. Y lo seguirá estando, digamos que por un largo tiempo... —Kate enarcó las cejas para que se avivara—... es decir, hasta que terminemos de practicar. A menos que tú también sepas bailar y quieras enseñárnoslo —expresó desafiante.

Rich hizo una mueca de disgusto. No le quitó la mirada de encima por unos cuantos segundos. Luego, tiró el cigarro al piso, lo apagó pisándolo y se acercó a mí para... intentar bailar.

—Que suene, muñequita... —dijo, abrazándome con brusquedad.

Y sí, el vals empezó, aunque los pies de Rich hicieron cualquier cosa menos seguir el «un, dos, tres» clásico y básico. Por supuesto que todos empezaron a reír, especialmente «Kate sin filtros» y el orgullo de Rich estalló perjudicando a la única posible víctima: a mí.

Sus pies se entrelazaron con los míos y, para cuando quise desprenderme antes de seguir siendo pisoteada por sus botas texanas, ambos caímos al suelo. Resultado: Chorros de risa y mi pie doblado.

—¡Hijo de...!

—¡Mel! ¡Dulzura! —exclamó Alex, acercándose a mí.

—No es lo tuyo, «gran Bob»... —dijo mi amiga entre risas.

Rich se levantó furioso y, mientras marchaba, lo último que hizo fue contestar a Kate.

—¡Al demonio con toda esta mierda! —Caminó sin darse la vuelta y mostrando los dos dedos mayores de sus manos. Oh, sí, ese era Rich Bob...

**

—Mira, por todos los cielos, parece una puta empanada exageradamente rellena... —dije, retirando el hielo de pie.

—Ya, Mel. Ya pasará —expresó Kate, con la mirada en su *tablet*.

—¿Qué rayos estás leyendo? ¿Otro mail sorpresivo de R? —Reí suspirando.

—No, princesita. Estoy repasando todo lo que deberás hacer la semana siguiente. Tengo que prepararme, más aún con lo del domingo.

«Oh-Oh... ¿Y ahora qué?»

—Domingo, eh... ¿Y qué se supone que pasará el puto domingo, Kate?

Automáticamente, dejó de leer y apuntó a mí con el ceño fruncido. Acababa de decirme algo que, seguramente, R le pidió no me dijera.

—Ay, Mel...

—«Mel», tus tetas. Ahora me lo cantas —dije furiosa y señalándola con el hielo.

—Sesión de fotos —dijo rápido y corriendo hacia la puerta.

Zorra. Sabía que no podía levantarme.

—¡Hey! ¡No te irás sin explicármelo bien!

—¡No importa! ¡No es nada! —Abrió la puerta de mi cuarto y se colocó detrás, lista para huir—. Tú solo preocúpate por tu agenda. Recuerda que el martes tienes la degustación de platos y el miércoles el asunto de los vestidos, ¿sí? ¡Adiós, «dulzura»! ¡Muack! —Simuló lanzarme un beso antes de cerrar.

Maldita y condenada Kate... ¿Sesión de fotos? ¿R quería que yo hiciera una sesión de fotos? ¿Qué carajo...?

Y el tema de *Psicosis* sonó.

—Ralph...

—¿Mel?

—No, tu madre, querido Norman... —irónicamente—. ¡¿Y quién si no?! ¿Acaso no marcaste tú mi número? —Bufé.

El pobre Ralph suspiró.

—OK... Mel, simplemente te llamo para avisarte que la discoteca en donde celebraremos la despedida de soltero de Alex ya está casi lista.

—Oh, qué generoso de tu parte, Ralph... Hasta hace unas horas no podías siquiera decirme dónde lo festejaríamos y ahora me llamas para avisarme que es en una discoteca y ya está todo arreglado... ¡¿Pero qué rayos es lo que te

sucede?! —exclamé, acercando el móvil a mi boca—. Y además... ¡¡¿¿una disco??!!

Ralph, harto, bufó.

—Pues sí, Mel... James... —Suspiró—. James ya lo tiene todo armado.

—¡¿James?! ¿Cuánto más se va a inmiscuir en asuntos que no le conciernen?, ¡¡¿¿eh??!!

—Pues... Eso mismo quería preguntarle a usted... ¡Hum! Digo a ti, Mel —se corrigió rápido.

Suspiré.

—OK, Ralph... Yo iré a hablar con él —respondí desganada.

—Está en la playa —aclaró seguro.

—Lo sé, lo sé...

**

—¡Oh, vamos, Alex! ¡No seas tan tímido! —le decía mientras tironeaba de su brazo.

Si quería hablar con James, debía acercarme a la playa, algo que no haría sola ni tampoco únicamente con Kate. La última experiencia no me había ayudado mucho que digamos. Por el contrario, si Alex venía, no solo haría que me controlara, sino que también me daría la chance de presumir frente al enano traga-esteroides. Por supuesto que para no levantar sospechas, Connie y Ralph también vinieron. Oh, y Kate, claro...

—Sí, Mel, solo es que no quiero correr tanto. Yo... —Disimulado, se acomodó su entrepierna.

Ups, ¿se le estaría por escapar? ☹

Los demás solo iban unos pasos detrás. Me detuve, me puse de frente a él y, gatuna, lo miré. No había dudas de que ese bañador turquesa, largo y suelto hasta sus rodillas, resaltaba con su piel tostada. Pero si de «resaltar» debíamos hablar, pues... Digamos que la zona de su misterioso pene estaba más que interesante. Enarqué mis cejas y, sugerente, me lancé a sus brazos. «Si la montaña no va a Mahoma, Mahoma va a la montaña». Y podría decir que en su sentido más literal...

—Alex... —le ronroneé, entrecerrando mis ojos. Él me apretó un poco más hacia su pecho para que sintiera su particular *Everest* en mi vientre—. Ohhh... —Mis manos se colaron por debajo de su camisa blanca y le acariciaron la espalda hasta descender, disimuladamente, a su firme trasero.

—Pícaro... —Y me besó, tomándome de la nuca.

Por supuesto que no me quedaría allí por lo que mi desvergonzada manita se coló por debajo de su holgado traje de baño y...

«¡Cielos! ¡¿Alex usa *sunga*[21]?!»

Él, al percibir mi mano en su bonito culo, dio un pequeño sobresalto.

—Eres muy traviesa, Mel Adams... —me dijo, separándose un poco.

Mi rostro mostró una media sonrisa.

—Y tú también, estimado doctor... ¿Puedo ver el color o tendré el honor de hacerlo en público?

Alex rio sonrojado.

—No, preciosa, solo la uso por si se me... Humm... Humm... desajustan estas bermudas... —Suspiró—. Pero en privado puedo mostrarte el color y algo más...

Ambos empezamos a reír.

—OK, ustedes dos: a menos que quieran arruinar todo, será mejor que se vayan despegando porque en cualquier momento, puede...

Y ¡Flash!

Un astuto fotógrafo nos encegució con su cámara. No estábamos besándonos ni nada, pero las sonrisas sugerentes y la montaña de Mahoma seguro habían salido.

—... venir un fotógrafo y cagarla —completó Kate, desanimada.

Oh, sí. Aquello había sido una mierda. Primera imagen para dar lugar a sospechas...

Bufé. No podía dejar de maldecirme por dentro. «Si hubiera esperado un poco más, solo un poco más y esto no hubiera sucedido...»

«¿Un poco más? ¡¿Una semana de manoseo con semidioses y tú me pides un poco más?! ¿Acaso crees que soy un puto mago? ¡Vete a la mierda, Mel!», me dijo mi cerebro.

—No importa —dijo Ralph.

Sorprendidos, los cuatro nos dimos la vuelta.

—¿Acaso no viste al estúpido fotógrafo, Ralph? —preguntó Kate.

—Sí, pero no está mal. —Fruncimos nuestros ceños—. De hecho, es una excelente estrategia que, en lo que quedan de días, saquen este tipo de fotografías. Por supuesto que, sin querer fastidiarte Alex —este sonrió amigable—, Mel deberá aparecer en situaciones parecidas, pero con otros «posibles futuros esposos».

Kate, más feliz que nunca, mostró su enorme piano dental y dio una

especie de saltito infantil.

—¡Esto será más que divertido!

Puse los ojos en blanco y suspiré, aunque para cuando quise volver a hablar, noté que cada uno de ellos no solo estaba en silencio, sino también con sus miradas clavadas en algo que debía estar en la orilla y a varios metros de distancia, pero que, aun así, llamaba la atención. Giré para descubrir qué era aquello y...

Oh, por Dios.

Mi cerebro le dio *play* al último tema de Enrique Iglesias y, por supuesto, comenzó a ralentizar cada uno de los movimientos de... de ellos.

Sus cabellos, salvajes y oscuros como el azabache, se movían de un lado a otro como en las publicidades de champús o acondicionadores. Sí, exactamente así. Su piel, aceitunada y claramente tersa, brillaba de tal manera que parecía haber sido cocinada en el más caro aceite de oliva. Pero sus piernas..., puff..., largas y perfectamente torneadas, eran las creadoras del tan maravilloso trote que hacía que sus enormes y redondeadas *boobies*[\[22\]](#) saltaran hacia arriba y abajo amenazando con escapar del minúsculo sujetador fucsia que las «contenía». Rayos... Y lo peor era que todo ese cuerpo español e indescritiblemente hermoso corría, entre risas juguetonas, hacia los brazos de un solo hombre: James.

Ella terminó saltando hacia el pecho del enano irlandés quien, risueño (y seguramente más que agradecido...), la abrazó haciéndola girar unas dos veces hasta que...

—Cielos... ¿Es real lo que estoy viendo o...? —preguntó Kate con el ceño fruncido y sin terminar.

Sí, James la acostó en la arena para empezar a hacerle cosquillas.

WTF...

«Jeje... Entre tu enorme culo y tu blanquísima piel que pronto se pondrá roja como un tomate, sabes que no eres competencia, ¿cierto?»

Fruncí el ceño. Qué rayos...

«¡Jaja! ¿Creíste que íbas a engañarme, querido sesos? Pues te recuerdo que me importa una mierda esta chica porque... Hum... ¡porque simplemente me importa una mierda James! ¡Jaja!»

«Pues avísale a tu cuerpo porque, al parecer, yo ya no tengo el control, cariño...»

Maldición. Mis puños estaban cerrados y me estaba mordiendo el labio de la ¿rabia?

Agité la cabeza hacia un lado y el otro. Me fregué los ojos y pestañee bastante rápido para disimular.

—¡James! —saludó Kate para romper la perfecta escena que, percibió, me había afectado.

Irlanda y *boobies* de oliva miraron hacia nuestra dirección. Sonrientes, como si hubieran comido perdices, movieron sus manitas y se irguieron para reunirse con nosotros.

«Oh, no, no quiero... Siento que mi cuerpo no parece más que una fresa invertida con patas, a punto de ser devorada por esta diosa de fuego... No quiero, no...»

—¡Hola! —expresó llena de carisma, mirándome de arriba abajo.

«¿‘Vete a la mierda’ vale como saludo?»

—Hola... —Sonreí falsamente y extendí mi mano—. Mel Adams.

Pero en lugar de tomar mi puta mano, la descarada me abrazó, haciéndome sentir lo firme que era ese par de melones.

—¡Qué bueno conocerte! ¡Esperé tanto este momento! —Se separó de mí y, mostrándome su más perfecta y blanca sonrisa, me tomó de las manos rebozando una felicidad que yo ni en un millón de años hubiera podido simular—. Yo soy... —Suspiró. Estaba agitada—. Yo soy Ofelia.

Y mi sonrisa... Mi sonrisa se borró.

Capítulo 20

«Ofelia». Ahora el maldito círculo de curiosidad se cerraba. Y tenía sentido. El nombre del bar de James, la firma del mensaje de amor escondido bajo su cama y la ropa de mujer en su apartamento tenían, obviamente, en común aquel extraño y particular nombre. Aunque claro, por lo que había dado a entender James, aquella relación había llegado a su fin. Pero como si fuera poco, la tal Ofelia era una bestia infernal llena de sensualidad y que, por cierto, me llevaba cerca de una cabeza. ¿Cómo pude deducir esto? Pues, típico de las más perras, casi no hubo segundo en que se despegara de mí.

—¡Oh, Mel! No te imaginas, en serio, lo que esperé por este momento. — Esa maldita sonrisa no se le borraba por nada—. Y todo gracias a ti. — Se acercó a James y lo miró de una manera tan... tan asquerosamente llena de dulzura que casi vomito.

«OK... Esa mirada está durando más de lo que se supone se mirarían dos ex...»

Suspiró con todas sus fuerzas y, sin previo aviso, abrazó al duende... ¡Apoyando sus *boobies* como lo había hecho conmigo!

«WTF!»

¡Zorra cínica! ¡Solo alguien como ella podía hacer eso! ¡Pobre James!

El enano parpadeó más de la cuenta y sonrió nervioso, desviando su mirada hacia sus tostados pomelos.

Cochino baboso.

«¡Ja! Para qué te preocupas por sus sentimientos si él parece haber olvidado todo al hundirse en su paisaje montañoso. Humm... Aunque, en su lugar, yo también lo hubiera hecho...»

«¡Cállate, cerebro, cállate!»

Suspiré profundo y, decidida a no seguir viendo cómo *boobies* de oliva seguía torturando con su cuerpo al pobre duende, me dirigí a él...

Oh... Alex.

¡Estaba tan *sexy*! Y qué bueno que decidí desviar mi mirada hacia él, pues justo estaba quitándose la camisa. ¡Por todos los cielos! ¡Ese lomo era mío! ¡Y en unos días para siempre!

Mis ojos se entrecerraron y solo se centraron en disfrutar su figura perfectamente torneada brillar bajo el sol.

—Qué bueno está tu príncipe, Mel —dijo Kate, sentándose a mi lado.

—Humm... —expresé sin abrir la boca y aún concentrada en Alex que, vivaz, se hundía en las cálidas aguas del mar.

Pero yo no era la única. *OK*, sí era la única a punto de chorrear un litro de baba, pero Connie también lo observaba, aunque con más timidez y sus mejillas tan rojas como su cabello.

—Oye, Connie, dime si no le darías un mordisco a ese culo, ¿eh? ¿No es perfecto?

Pobre Connie. Al instante, bajó su mirada y se puso a buscar algo en su bolso.

—Nunca dejarás de ser una guarra, ¿verdad?

Kate rio.

—Nunca. —Sonrió satisfecha.

—Calma, Connie —le dije, apoyando mi mano en su pierna—. Sabes que lo dice en broma...

—Claro que no —me interrumpió Kate ya con los ojos cerrados y en posición para tomar sol.

Bufé y negué con la cabeza. Connie sonrió.

Y, a punto de relajarme, recordé a lo que había ido: debía hablar con James sobre la despedida. Aquella idea de la discoteca no me convencía y, además, me molestaba en sobremanera que se metiera tanto. Decidida, giré mi torso hacia atrás y, esperando a que Ofelia ya no estuviera ahogándolo entre su par de «amigas», abrí mi boca para llamarlo. Pero ningún sonido salió. Ninguno. Mis ojos se abrieron como platos y mis oídos dieron alerta roja a mi cerebro cuando escuché su estúpida y sensual voz.

—¿Estás seguro, James? ¿Hacia allí? —preguntó una divertida Ofelia.

Divertida, sí. ¡Y cómo no iba a estarlo si en su mano tenía el dildo fucsia con el que tanto amaba jugar Puddle! Aunque no solo por eso estaba tan alegre, sino porque su mano apuntaba ni más ni menos que en dirección a... ¡Mi príncipe!

James, a punto de cagarse de la risa, asintió. Yo, desesperada como aquella vez en el departamento, traté de levantarme para evitarlo. Pero no hubo caso. El gelatinoso consolador voló con una fuerza maravillosa hasta caer a solo unos pasos de mi Alex que recién salía del mar. Puddle, con su larga lengua fuera, corrió desesperado en busca de su juguete hasta que se frenó de golpe en posición de alerta. El tiempo pareció detenerse para él. Sus orejas se pararon y su bocota se cerró en cuanto detectó que, a solo unos

metros, estaba su particular fetiche: Alex.

Mi prometido se paralizó y lo único que llegó a hacer, antes de salir corriendo, fue tragar saliva.

«¡Cielos! ¡No!»

Ver las patitas de Puddle correr como nunca detrás de Alex fue totalmente devastador. Y a eso súmenle las carcajadas del enano traga-esteroides... ¡A la mierda los *sexies* semidioses de mis sueños! ¡¡A la mierda!!

Rápida, me levanté y empecé a correr tras Puddle, pues no quería que ocurriera lo de aquella vez, no. Tenía que agarrarlo, tenía que alcanzarlo antes de que...

Tarde. Muy tarde...

Puddle había alcanzado a Alex..., aunque de la manera menos esperada por mí, pues firme mordía el borde de sus bermudas turquesas. Sí, Puddle, colgado al mejor estilo piraña, ¡tironeaba del traje de baño de Alex!

—¡Oh! ¡Mel! ¡Ayúdame! ¡No me lo puedo quitar! ¡No me lo puedo quitar! —exclamaba al mismo tiempo que daba saltitos, temeroso de que mi perro le mordiera algo más que su ropa.

—¡Oh, por Dios! ¡Puddle! —lo reprendí sin caso.

Y no tuve más opción. Desesperada, tomé a mi lujurioso pastelito y lo abracé con fuerzas para empezar a tironear.

Alex abrió los ojos como platos.

—¡No, Mel! ¡No hagas eso, por favor!

Pero poco caso hice, pues, con toda mi energía tiré y...

Resultado: Alex cayó al suelo. Yo también. Y Puddle nunca soltó las putas bermudas.

Conclusión final: Alex quedó en sunga.

—¡Oh! —escuchamos a más de uno exclamar.

Mi doctor se paró como pudo y, luego de eso, pude entender por qué la gente había reaccionado así...

—¡Pedazo de...! —no terminó de expresar Kate, pues Connie le tapó la boca con su mano.

Madre mía... ¿Qué era lo que tenía allí, oculto bajo la sunga?

Mis cejas se fruncieron y Alex, totalmente avergonzado, se tapó (como pudo) su entrepierna con ambas manos.

—Demonios... —se lamentó lleno de vergüenza—. Disculpa, Mel, disculpa. Nos vemos luego... —llegó a decir antes de salir corriendo hacia el hotel.

Rayos...

Suspiré sin dejar de mirar cómo se alejaba a toda prisa.

—¿Pero que tenía allí? ¿Una pitón enroscada? —me preguntó Kate, acercándose.

—Oh, por favor, no empieces...

—En serio, Mel. No bromeo. Tenía como una enorme pelota... —dijo, mirando a Alex huir. Connie también iba tras él. Evidentemente, era la única que se había sensibilizado y puesto en su lugar.

—Por el tamaño, me animo a decir que esconde a la anaconda y Jennifer Lopez juntas. Quién sabe... —expresó el risueño culpable de todo esto.

Suspiré todo el aire que pude y, enfurecida, me acerqué a él. Solo unos pocos centímetros nos separaban.

—Y tú... —dije amenazante, sin quitarle la mirada de encima.

—Para ya haber estado con él, pareciste bastante sorprendida al ver su... —quiso fastidiarme, aunque Ofelia lo salvó con su interrupción de cuarta.

—¡Oh, Mel! ¡Fue toda mi culpa! ¡No te enojas con James! ¡Por favor, no lo hagas! —suplicó sensual y al mismo tiempo que me abrazó.

¿Pero qué tenía esta mujer? ¿Una obsesión por ahogar a medio planeta con sus *boobies*? Cielos...

—OK, OK... —intenté responder mientras, como podía, me desprendía de ella.

Pestañeando más de la cuenta, sonreí forzada y volví a James.

—Como sea... James... —Suspiré—. Tú y yo debemos hablar. Y no solo por lo que acaba de ocurrir.

—Por supuesto... —dijo, dando media vuelta, pero volvió a girar—, aunque después de cenar... y en mi discoteca. —Sonrió, y sin más, se marchó junto Ofelia, quien me regaló esa sonrisa que, desde entonces, empezaría a odiar cada vez más.

—¿Qué rayos...?! —Me giré hacia Ralph.

Tragó saliva.

—Sí, Mel. La discoteca de la que te hablé... es de él. Y la cena de hoy será también allí... Lo siento.

Bufé indignada. ¡Jamás en mi vida me había sentido tan pisoteada!

—¿Alguna novedad o decisión más de la que no me haya enterado y termine por infartarme, querido Ralph?

—Sí. —Se enjugó la frente y suspiró—. La cena incluye a todo el personal de Revista Emotiva...

—Genial... —respondí harta.

—Y a tus veinte ex —agregó sin anestesia.

—¡¡¡¿¿Qué??!! ¡¿No alcanza con ya verlos en la despedida?! ¡¿Por qué demonios...?!

—Decisión de R.

Vencida, volví a suspirar.

«Decisión de R»... Como si aquellas palabras se relacionaran a una indiscutible deidad.

Sin dudas, mi vida era una completa farsa y yo no más que un estúpido títere bien vestido.

Y R, mi madre...

¿Qué más decidiría por mí?

**

—¿Qué voy a hacer? —empecé en voz baja—. ¡¡Qué mierda voy a hacer!! —exclamé, abrazándome a mis piernas sobre la cama.

—Ya, Mel, ya... Al menos no te llevas la peor parte. Yo deberé fumarme a la zorra de Sophy dos veces.

Fruncí las cejas.

—¿Me estás jodiendo? ¡¿Ese para ti es el peor problema?! ¡Te recuerdo que hoy cenaré con mis veinte ex!

—¿Y qué? —Se sentó—. Es solo trabajo. Además, no significaron nada para ti. No debería ser un problema...

Elevé la vista. Estoy segura que lo hice llena de angustia.

—Kate...

—Ups... Excepto por ese pequeño y enorme gran detalle llamado Rich Bob. Lo siento. Sí que estás bien jodida.

Suspiré y, rendida, dejé que mi cuerpo se desplomara a lo ancho de la cama.

—Todo esto me está hartando.

—Pues no te cases. Problema resuelto.

—No es eso... —Volví a incorporarme—. Es que... No soporto que maneje mi vida.

—Por eso mismo: no te cases y listo —me repitió, abriendo de forma exagerada sus ahuevados ojos celestes.

—No, Kate. Aunque no lo creas, quiero casarme. Siempre ha sido mi

sueño, solo que esta vez no quiero que se arruine. Ya sabes, quiero que todo sea como yo siempre quise...

—Algo que ya has hecho en tu primera boda con Rich —me interrumpió, enarcando una ceja.

—Sí, pero sabes que, de algún modo, R siempre estuvo en el medio. Esta vez quiero que sea diferente, ya sabes...

—Quieres casarte enamorada. Lo sé. Y he aquí el problema, ¿cierto? No sabes con quién hacerlo...

¡Pum! ¡Inesperada patada en el culo!

—¿Qué?! ¿Qué estás diciendo, Kate?! Yo solo iba a decir que quiero que sea distinta, con ese toque especial que imaginé algún sentiría, con ese toque...

—De amor, Mel, de amor. —Bufó y se puso de pie, dispuesta a irse—. ¿Sabes? No entiendo cómo es que habiéndote casado veinte veces aún no hayas captado que la diferencia entre todas esas bodas y tu estúpido mágico sueño es eso: «amor». ¿En qué mundo vives, Mel?

Y agradecí que apareciera Connie, pues me había quedado petrificada. No hubiera podido decir una sola palabra.

—¿Mel? —llamó apenas asomando su naricilla.

Kate puso los ojos en blanco.

—En fin... No es asunto mío y tampoco hace falta que sea yo la que cuestione. Es hora de que lo hagas tú y por ti misma. Nos vemos en un rato...

—Se acercó hasta la puerta y, antes de salir, le tocó el hombro a Connie—. Te dejo el paquete a ti, cariño. Suerte con eso...

Mi más querida planificadora sonrió, al mismo tiempo que negó con la cabeza.

—Oh, Connie... —Extendí mis brazos a la espera de su abrazo que no tardó en llegar.

—Calma, calma... —Se despegó un poco y me miró—. Vine para decirte que todo estará bien. Puedes quedarte tranquila. La discoteca es muy bonita y hoy solo estará abierta de forma exclusiva para la revista, Alex y tus ex. Oh, y James, claro. —Sonrió dulce—. De todas formas, Ralph y yo hemos organizado todo al estilo y nivel de *Emotiva*. Ya verás... —dijo, acariciándome el cabello.

—Pues me has devuelto parte del alma al cuerpo, querida Connie.

—¿Parte? Creí que solo esto es lo que te mantenía tan preocupada. Suspiré.

—Pues... Era esto y algunas tonterías más que aún no he planificado bien. Pero no te preocupes, lo veremos luego. —Sonreí.

Connie hizo lo mismo y, viendo que ya no había más de qué hablar, se levantó y despidió.

—Nos vemos luego, Mel. Y no olvides usar ese hermoso vestido que envió tu madre, ¿sí? Está sobre el sillón. —Movi6 su manita y se esfum6.

Genial. Ahora tambi6n me escogía la ropa como a una muñeca o beb6.

Estúpida R.

O no tan estúpida, pues cuando abrí el envoltorio, entendí por qué era hija suya. Al menos teníamos otra cosa en com6n y eso, sin dudas, era el gusto por la moda.

**

«Ofelia II»

¿En serio?

Entiendo que fuera hermosa, que su acento mezclado con el espa6ol resultara excitante para cualquiera y que su simpatía (para mí odiosa) completara a esta mujer, convirtiéndola en aquel ideal que todo hombre desea tener en su cama, casa, mesita de noche, escritorio, etc., etc. Pero... ¿tanto había significado para James que no uno, sino dos de sus lugares llevaban su nombre? ¿O simplemente carecía de creatividad?

Kate y yo seguíamos con la mirada clavada en el nombre del lugar que, al menos por fuera, se veía totalmente distinto al bar oscuro de Nueva York.

—Mmmh... parece que Irlanda está bastante enredado con señorita melones.

—¿Enredado? —Chasqueé la lengua—. No, Kate. Él mismo, en su apartamento, me dio a entender que no.

—Bueno... De ser así, no lo parece —dijo, señalando el letrero—. Y claro que solo sería creíble si hundirse en tetas y hacerse cosquillas recostados sobre la arena pasaran a ser demostraciones de cari6o fraternal...

Bufé. Tenía raz6n.

—Como sea, Kate. De todos modos, no tiene por qué interesarme —dije al mismo tiempo que ingresábamos.

Kate frunci6 el ce6o como si hubiera recordado algo.

«Oh-Oh.»

—Oye... Espera... ¿Dijiste «apartamento»?

Enarqué una ceja, sonreí y le guiñé. Sabía que eso la volvería loca, aunque solo lo hice porque sabía que seríamos interrumpidas.

Kate abrió los ojos y boca para reclamarme una respuesta instantánea, pero mi querido Le Bon llegó sin saberse un inesperado rescate.

—¡Por todos los cielos, Mel! —exclamó, mirándome de arriba abajo unas tres veces. Me tomó de las puntas de mis dedos y me hizo dar una sensual vuelta—. ¡Perfecta!

Oh, sí. R sabía lo que me quedaba bien. Aquel vestido verde y largo (con una abertura en uno de sus costados que pasaba la altura de mi rodilla), de caída única y con toda la espalda descubierta era más de lo que hubiera esperado.

Pero Florence no se quedaba atrás. Nunca. Su traje oscuro, aunque con una fantasía que solo era notoria con la luz, era el marco perfecto para sus siempre llamativos anteojos, en esta ocasión, dorados.

Kate aplaudió despacio e irónica.

—¡Muy bien! —Sonrió sarcástica—. Ahora, ¿por cuánto tiempo más seguirán lamiéndose los traseros? No creo que les importe, pero mi estómago está empezando a rugir...

Florence frunció la nariz, la inspeccionó y, suspirando, clavó sus ojos en los de ella.

—Por mí, ahora mismo, a menos que quieras que te asesine por tu falta de accesorios.

Kate puso los ojos en blanco.

—Ya, ya... Vayamos antes de que ambos se arranquen los ojos... —dije convencida de que aquello sería lo ideal.

Pero no. Lo que decido nunca resulta ser una buena elección.

Hubiera sido mucho mejor no haber ido, escoger no casarme o volver a plantear la posibilidad de vivir en la jungla. Cualquiera de estas hubiera sido mucho mejor que ver decenas de mesas repartidas por todo el salón con el personal de *Revista Emotiva*. Decenas, sí. Y todas apuntando a un solo lugar: mi mesa. Una enorme y larga mesa en la que aguardaban todos mis ex. ¿Mi silla? Por supuesto que estaba en el medio. Diez de un lado, diez del otro. ¿Y qué fue lo que tanto me impactó? Pues que, al lado de aquel espacio vacío en el que debía sentarme, estaba ni más ni menos que... Rich Bob.

Dios... Sería una larga noche. Una larga y acalorada puta noche.

Capítulo 21

En cuanto subió al escenario, que se hallaba al costado de la barra y de las mesas, todos comenzaron a aplaudir. Excepto yo, claro.

—Gracias... Gracias —Apareció esa fina y fría sonrisa típica de ella—. Es para mí un gran honor contar con la presencia de la mayoría del personal de la revista. Como ya sabrán, se trata de un momento único en la vida de Mel, aunque parezca una broma... —Todos rieron desviando las miradas hacia mi mesa. Genial—, pues, como ella misma lo ha confirmado, esta será su última boda. —Se escuchó un murmullo y se vieron varios flashes de cámaras—. Y no hay nada que me alegre más que esta noticia, ya que el motivo no es la moda ni los sentimientos de los lectores, sino el corazón de nuestra querida periodista. —Hizo una pausa y dirigió su mirada a mí—. Sí, Mel Adams se casará por amor. —Aplausos. Y mientras regalaba mi más falsa sonrisa, vi a James que desde la barra me miraba casi sin pestañear. Suspiré y volví mis ojos a R. Ella enarcó una ceja—. Pero, como bien saben, nada de todo esto se hará de otro modo que no sea al estilo Adams. —Risas—. Dicho esto, solo aclararé que el nombre del prometido y futuro esposo de mi querida hija —puaj... odiaba que me llamara así solo por conveniencia— será de conocimiento público el mismo día de la boda. —Murmillos—. Sin embargo, sí aclararé que todo en la vida es posible y es por eso que hoy, y no por nada, están presentes sus veinte ex... —dijo sugerente y con astucia. Todos sonrieron y murmuraron con más énfasis—. Como sea, si sigo entrando en detalles, terminaré develando más de la cuenta. Que tengan una espectacular cena y, por supuesto, nos vemos mañana en la despedida de soltero de nuestro misterioso novio. Gracias. —Todos volvieron a aplaudir.

Pensé que sería mucho peor, pero, para mi suerte, R se había contenido bastante. Muy distinto al ex que tenía a mi lado, pues, descaradamente, había acercado su pierna a la mía para acariciarla por debajo de los manteles.

—Así que «no por nada están presentes sus veinte ex». Buena idea, gatita... —dijo Rich en voz baja mientras yo sonreía como estúpida a la espera del plato que todos estaban recibiendo.

—Cierra el culo, Rich. Y, por favor, quita tu sucia bota de mi pierna —expresé disimulada.

—Con su permiso, señorita Adams —dijo un camarero que recién llegaba

para servir mi entrada.

—Claro... —Y en cuanto me enderecé a la espera de que mi plato fuera, de una puta vez, colocado frente a mis narices, la revoltosa mano de Rich se coló (gracias a la pronunciada abertura) por debajo de mi vestido—. ¡Ohohohoh! ¡Wooooow! —exclamé sin contenerme.

El camarero me miró y frunció el ceño. El idiota de Rich contenía la risa y yo no hice más que sonreír al pobre extrañado hombre.

—¿Me habló, señorita Adams?

Y... *WTF!*

Otra vez la mano.

—¡Wooooow! —Di un salto. Un gran salto sobre mi propia silla. Tragué saliva y volví a sonreír, pero la expresión del pobre ya era de preocupación—. No... Simplemente estoy asombrada por el «gran» plato que... que usted me ha traído... Solo eso... —Y mostré los dientes con esa sonrisa incómoda y tenebrosa que me salía cuando intentaba actuar.

El hombre miró lo servido y, sin querer cuestionar más, se retiró, aunque bastante estupefacto. Tenía razón... La entrada no era más que un «algo» del tamaño de una aceituna junto a una hoja verde de vaya a saberse qué.

—¡Estúpido Rich! ¡Deja de tocarme o si no...!

—O si no ¿qué? ¿Te levantarás y dirás lo que estoy por hacerte?

—¡¿Por hacerme?! ¡¿Qué demon...?! —inquirí alarmada y abriendo los ojos como dos pelotas.

—¡Querida, Mel! —me saludó de forma imprevista Tony Vegas, mi séptimo exesposo, un jugador de baloncesto profesional al que Kate amaba por su... Tratándose de ella, ya pueden imaginar a qué me refiero, ¿verdad?

Y los dedos de Rich de nuevo, pero esta vez, el ataque fue directo a mis pequeñas bragas que bajó de un tirón hasta la altura de mis muslos.

Carajo...

—¡Tony! —lo saludé intentando incorporarme, aunque enseguida me volví a sentar, pues... ¡Plaf! La mano de Rich tiró del elástico de mi ropa interior, haciéndome sentir el dolor en mi mullida pierna. Me sentí un chanchito golpeado con un látigo—. ¡Wooooow! ¡Qué guuuusto veerte! —exclamé, variando los decibeles.

Tony frunció el ceño y miró hacia todos lados.

—Jeje... Hummm... ¿Estás bien? —me preguntó con la frente fruncida y algo de vergüenza.

Creo que mi inamovible sonrisa ya daba miedo. Estoy segura que me

parecía a la novia de Chucky.

—¡Claro! Jeje... —Tragué saliva—. Si no me equivoco, estás sentado junto a... —¡Mierda! Otro latigazo. Suspiré y tomé aire de golpe—... a Carlo Montieri, ¿cierto?

Carlo Montieri = Decimosexto exesposo. Chef de nombre reconocido a nivel internacional. Alto, moreno de ojos verdes. *Sex simbol* de la cocina. Luego de la boda, su fama creció y obtuvo su propio programa de cocina semierótico: *Calentando el horno con Carlo* (su vestimenta televisiva: un gorro de cocina y un *slip* del mismo tono. El resto en cuero).

—Humm... Sí, y junto a Robert Collins... —Sonrió forzado. Su mirada empezó a turnarse entre Rich y yo.

—Oh... Robert... —Otro latigazo.

Robert Collins = Noveno exesposo. Famoso empresario superdeseado por todas las mujeres. Estatura media, rubio, cuerpo marcado y ojos intensamente oscuros. Gay. Muy gay. Pero no declaró su homosexualidad hasta que el tirano de su padre fue a mejor mundo. Y, por supuesto, no quiso que tal evento pasara desapercibido. La revista con su tapa fue una de las más vendidas en el país gracias a su contradictoria declaración que solo se comprendió días después al concretarse nuestra boda: «Soy gay, pero me casaré con una mujer».

—Sí... —dijo incómodo—. Bueno, venía para saludarte, pues aunque en la misma mesa, estamos bastante alejados.

Risas mutuas y de compromiso.

—Sí... Muy cierto. De todos modos... —¡Plaf! Y un nuevo saltito al estilo saltamontes demente—. ¡Hum! —Otra sonrisa horrible—. De todos modos, nos veremos mañana. Saluda al resto de los chicos de mi parte.

—¡Pero hermosura! Al menos asómate y salúdalos desde aquí. Digo... con tu mano —sugirió el estúpido de Rich con una sonrisa que, enseguida supe, algo escondía.

Reí nerviosa, pensando que Tony no se quedaría para verme saludar. Pero no. Como todo en mi ridícula vida, no fue lo que cualquiera hubiera esperado. Simplemente, ¡porque en mi vida NADA es normal!

—OK... Jeje... —Pestañeeé sin descanso y, aunque de forma efímera, fulminé con mis ojos a Rich. Era una advertencia... Advertencia que no sirvió de una mierda, pues, en cuanto me puse de pie, el idiota tiró de mis bragas y me las arrancó, dejándome completamente en pelotas. Enseguida, mis manos taparon mi boca para que nadie escuchara el suspiro de horror que

hice. Pero lejos de salvarme, todos miraron hacia mi mesa. Fueron unos tres segundos de silencio absoluto en los que mis sorprendidos ojos no hicieron más que mirar a cada uno de los invitados con cara de «WTF!».

Consejo n° 4: Jamás usen frágiles braguitas estilo «hilo dental» en una fiesta y con un vestido con abertura... ¡Pero mucho menos si tienen al lado al más perverso y desenfrenado de sus ex!

«OK... ¿Otra vez deberé entrar en acción? ¿Ya sabes cuántas me debes? Puff... Mejor será que, luego de esta, me des unas buenas vacaciones, Mel.», dijo señor cerebro.

Automáticamente, saqué mis manos de la boca, sonreí, carcajeé al estilo Miss Universo y saludé con mi mano en dirección a Robert y Carlo.

—¡Los quiero, chicos! ¡Los quiero! —exclamé, sentándome elegantemente en mi silla. Y claro, cerrando con mi mano la larga abertura que, por cierto, Rich había roto hasta mi cadera para poder arrancar mis bragas de un solo tirón.

—¡Maldito hijo de...!

—Shhhh... —se puso el dedo índice en los labios para indicarme silencio, ¡pero mis bragas colgaban de él!

Le bajé la mano hasta que el mismo Rich, meándose de la risa, las escondió debajo del mantel.

—¡Dame eso, cochino perverso! —exclamé, aunque en voz muy baja.

No paraba de reírse.

—¿Quieres que te las dé? ¿Eso quieres? —Asentí mientras miraba hacia todos lados, controlando que nadie se percatara de lo que, en realidad, estaba sucediendo—. Pues te las daré, pero en su presencia...

Fruncí el ceño y, al ver que sus ojos apuntaban a alguien que se acercaba por mis espaldas, giré lentamente hasta que descubrí que era... Alex.

«Por Santa Violet, Rich. No lo hagas, te lo suplico...»

Cerré los ojos y suspiré. Sí, eso hice, pues sabía que de esa no me salvaría nadie.

—¡Hola, preciosa! —Casi me besa, pero gracias al cielo se dio cuenta y se mantuvo de pie—. Kate te busca a ti y a todos tus exesposos para la foto de lo que será la próxima portada de la revista. Me ha dicho que, como soy tu profesor del vals, debo aparecer también. Buena idea, ¿no? —me guiñó. Y eso sé que fastidió a Rich...—. ¿Me acompañas, dulzura?

Suspiré, pero actué tan rápido como pude.

—Claro, Alex. Con permiso... —dije, levantándome lo más veloz posible.

Pero Rich no es tonto. No.

Escuché cómo, al mismo tiempo que yo, hizo a un lado su silla.

—Creo que te olvidas de algo importante, muñeca... —Y sin más, revoleó mis braguitas rotas por el aire.

Lo pude ver todo en cámara lenta. Las rosadas y pequeñísimas volaban y giraban sin cesar. Pasaron por encima de mi cabeza, siguieron de largo y, a punto de caer sobre la fruncida nariz de Alex, una mano... una mágica mano apareció para adueñarse de ellas.

Mi suspiro fue tan fuerte que todo el salón giró hacia mí.

—Gracias, cariño. Es lo que estaba buscando —expresó James, guiñándole seductoramente.

—¿Qué rayos...?! —no terminó de quejarse Rich, pues Kate también llegó, inconscientemente, al rescate.

—¡Vamos, preciosuras, al escenario! —exclamó graciosa a todos los comensales de mi mesa que, despacio y junto a Alex, empezaron a desfilar hacia el lugar preparado. Y por supuesto que, al hacerlo, miró el culo de Tony —. Vamos que esta será la foto más importante de esta noche. —Estuvo a punto de marchar hacia el mismo sitio hasta que, al ver a James caminar en dirección opuesta, se frenó y entrecerró los ojos—. Y tú también, James. —El enano se paralizó. Todos lo miraron, incluso R—. Al escenario. Ya.

«WHAT????????????????????!!!!!!!»

El duende me miró y yo, sin saber bien qué hacer, lo tomé del brazo y sonreí.

—¡Claro, James! ¡Eres mi mejor amigo! ¡Debes estar! —Sonreí a todo el que miró confundido y, con las cejas fruncidas, lo penetré con una mirada de súplica.

Pobre enano. Tragó saliva y, dando un profundo suspiro, me acompañó.

—Sabes que esto tiene precio aparte, ¿cierto? —me dijo casi sin mover los labios.

—Lo sé, come melones tostados, lo sé... —Enarcó una ceja por aquella expresión.

**

Foto aquí. Foto allá y la noche continuó al típico ritmo de R. Pero yo no quería más. Ya no. Por lo que me escurrí entre los invitados y fui al único lugar que parecía ajeno a todo el salón.

—Oh, por Dios... No puedo más... —expresé, apoyando mi copa en la barra. Todo el mundo seguía hablando y riendo con fino *champagne* en sus manos.

—¿Y por qué no te vas?

«Droopy. Sí, ese es el mejor apodo hasta ahora.»

Estaba detrás de la barra. Y su rostro como siempre: con esa media sonrisa segura y esos oscuros ojos que apenas parpadeaban.

—Qué simple es tu vida, James, qué simple... —dije desganada.

—Lo tomo como un halago —expresó seguro. Fruncí la nariz y él sonrió de forma completa—. En serio... Si no deseas estar aquí, ¿para qué te quedas? —¿Filtros? Nooo, no en James. Solo se acomodó apoyando su antebrazo—. Seamos realistas. A ninguno de ellos, y me refiero a todos los que están aquí, le importas.

Fruncí las cejas horrorizada por lo que acababa de escuchar.

—Oh... Gracias por tu maravillosa y estúpida opinión sin fundamento, James —ironicé—. ¿Quién rayos te crees para dec...?

—Espera —me interrumpió—. No quise ofenderte... —Suspiró. Sí que le costaba expresarse, eh—. Lo que quise decir es que, salvo ese estúpido de botas con pinta de roquero barato, ninguna persona de aquí se ha acercado a ti para conversar. Ni siquiera te miran. Y con esto quiero decir que tienes la increíble oportunidad de huir... a donde quieras... a hacer lo que desees.

Tragué saliva y me lo quedé mirando por varios segundos. Me gustara o no, tenía razón. Pero...

—No puedo. Debo esperar a Kate que no sé por qué, pero aún sigue discutiendo con tu Francis por la música que han pasado durante la cena. Creo que no pusieron a Roxette...

Su respuesta fue simplemente un ascendente movimiento de cejas.

«¿En serio?», me dijeron sus entrecerrados ojos.

—Mmmhhh... ¿O será que, en realidad, necesitas ser necesitada porque no sabes dónde quieres estar ni tampoco tienes idea de qué deseas hacer? —Sonrió—. En pocas palabras: porque no sabes qué es lo que quieres...

Aspiré aire y, a punto de contestar, lo retuve y miré hacia el gentío. Todos estaban encerrados en sus mundos de carcajadas falsas y exageradas. Largué todo de mis pulmones y no hice más que apuntar al suelo para luego volver, vencida, a él. Pensé que me miraría con burla, pero (sorprendentemente) no fue así. Sus ojos parecían llenos de ¿comprensión? Y parecían querer entrar en mi cabeza. No sé... Fue extraño, pero lo único claro de todo eso fue que

James tenía, otra vez, razón.

Se hizo un silencio... «Ese» silencio.

Nos sonreímos tímidamente y, como si no estuviéramos rodeados de toda esa gente, su mano comenzó a acercarse a mi brazo apoyado sobre la barra. Estaba a punto de posar sus dedos sobre mí cuando...

—¡Hum!

Llegó ella: Sophy.

En un santiamén, mi postura volvió a ser firme y desafiante. Moví mi brazo, esquivando sin querer la mano de James, y en el mismo movimiento tomé la copa de *champagne* que había abandonado durante la inesperada charla con Irlanda.

—Hablando de lugares, uno en el que no me gustaría estar es el infierno. Mucho calor... ¿O no tengo razón, Sophy? Tú deberías saberlo mejor que nadie, ¿cierto?

Entrecerró los ojos al estilo «zorra elegante».

—Pues no hará falta que te dé parte del clima. Muy pronto tú misma podrás contárnoslo, Mel...

Jeje... Qué respuesta esperable, por todos los santos.

—Si lo dices por las fotos que ya vimos, parece que no han alcanzado para comprarme ni siquiera el pasaje, querida. —Bebí de mi copa.

Río cínica.

—Oh... Sí que eres ingenua. —Se cruzó de brazos—. ¿Crees que no sé que te acostaste con este barman de cuarta? —Volvió a reír, seguramente, por mi expresión. James iba a contestarle, pero con mi mirada lo detuve—. No pararé hasta que esto se descubra y todo el puto mundo se ría de la decadente Mel Adams. Ni tu madre querrá tenerte en su revista. Pero no me agradezcas, Mel. Es lo menos que puedo hacer por ti... —ironizó la perra.

—¿Qué es lo menos que puedes hacer por Melany?

La estúpida, cuyo ondulado pelo la hacía parecerse a *Medusa* en versión contemporánea, tragó saliva y abrió los ojos como platos. No era para menos. Debía contestarle a R, a menos que quisiera ser despedida, claro.

—Que... Que...

—Que, personalmente, llevará mi vestido a la mejor tintorería de la ciudad, R. —Sonreí con malicia—. ¡Oh! Y que hará lo mismo con la ropa de Kate. Ya sabes, ambas somos muy quisquillosas...

«¿Te gusta sentir mi tacón en tu flacucho culo, perra?»

—Excelente —dijo R. Se hizo a un lado el mechón de cabello que cayó

sobre su pómulo y, con marcada intensidad, miró a James. ¡Dios! Si hubieran visto su expresión, hubieran pensado que más que R, ¡parecía Scott de *X-Men* a punto de incendiarlo con los ojos! Y él, por supuesto, no desvió la mirada. Ninguna sorpresa, ¿verdad?

—Hum... Hum... —Tosí para que dejara de intentar asesinarlo con los ojos.

—Será mejor que me marche. —Caminó dos pasos y, como siempre, se giró para terminar de enloquecerme—. ¡Oh! Casi lo olvido. Dile a tu prometido que la semana que viene almorzaremos ambas familias. —Suspiró con falso y refinado agotamiento—. Y en tu departamento, claro. Sophy —la perra sonreía llena de satisfacción—, acompáñame. —Me miró una vez más y se marchó.

—Mierda... mierda... ¡Mierda! —terminé de exclamar para luego hacer fondo blanco a la copa.

—¿Otro trago? —me preguntó con el entrecejo fruncido.

—No. Aire, por favor.

—Que marche un tanque de oxígeno entonces —respondió, tomando su chaqueta para salir de Ofelia II.

Capítulo 22

El aire fresco me estaba haciendo bien o, al menos, al señor sesos. James se mantenía en silencio y solo caminaba a la par mía. Así estuvimos durante unas cuantas cuabras hasta que...

—Tu madre, ¿cierto?

Ups...

—Mi «madre», sí...

—Wow, me encanta el énfasis que le pones al reconocerlo.

Sonreí con angustia.

—La llamo por su apodo... Eso debería ser suficiente para que entiendas por qué hablo de ella con tanta pasión y cariño...

—Hum... —Silencio de unos cuantos segundos—. Pero es tu madre.

Me detuve y lo miré directo a los ojos. ¿Qué es lo que estaba intentando hacer?

—¿Mi madre? ¿Dices que es mi madre? No creo que pueda llamarla así, perdona.

—¿Pero te ha hecho algo para que digas eso? No sé... Tal vez... ¿Te robó el amor de tu vida y por eso no dejas de casarte y divorciarte sin cesar? —dijo, tratando de sonar divertido, pero borró su sonrisa al ver mi cara de fastidio.

—¿Sabes? No siempre debes hacer algo malo para que alguien no te quiera. El simple hecho de «no hacer» es más que suficiente... —dije, retomando la caminata.

—Claro... ¿Y tú has hecho algo?

—¡Oh! ¡Vamos! ¡Ya tengo mi propio terapeuta, duende! ¿O acaso quieres sensibilizarme de forma barata para... humm... para obtener algún beneficio más?

Media sonrisa.

—No necesito hacer todo esto...

Puse los ojos en blanco y crucé mis brazos, pues la brisa estaba bastante fresca. Pero solo la sentí por un segundo, pues James me cubrió con su chaqueta de cuero...

—¡Wow! ¡Increíble, James! ¡Acabas de evolucionar a *Homo sapiens*!

—Gracias. Siempre me gustó cuidar a las criaturas carentes de mi

inteligencia.

—Ja-ja-ja... Duende tonto —susurré.

Rio.

—¿Y? No has respondido a mi pregunta, casa-divorcios.

Puff... Jamás se olvidaba de nada.

—¿Si he hecho algo? Malo, creo que no. Bueno... salvo hacerle caso. Pero de pequeña siempre fui demostrativa con ella y, de hecho... —No pude seguir hablando, pues al instante recordé a R bailando el tema de *Super Freak*, lo que me hizo sonreír.

—De hecho... ¿qué?

Volví a la realidad.

—Ella no era tan... tan «R».

—¿En serio? ¿Y por qué cambió?

Ja... Lo que no tenía en delicadeza, lo ganaba de metiche.

Ya estábamos cerca del hotel, pero queriendo o no, nos desviamos hacia la playa, muy cerca de donde había ocurrido la escena con Rich.

Miré hacia el mar y, suspirando, me senté en la arena. James me imitó.

—Bueno, es un poco largo...

—No hace falta que lo digas. Creo que por algo has apoyado semejante peso en la arena, ¿no? —dijo, señalando mi trasero con su pulgar.

Reí. Siempre encontraba una manera de hacerme sonreír, quisiera o no.

—Eres un tonto, James...

—Eso ya me lo has dicho. Ahora, no hagas más tiempo y sigue con tu relato, a menos que quieras que te quite la chaqueta.

—OK, OK... —Suspiré—. Fue hace mucho tiempo, más de treinta años, seguro.

—Eso quiere decir que la casa-divorcios ya no es una niña, sino que está cerca de los cuarenta...

Lo fulminé con la mirada y él solo hizo un gesto de «cremallera cerrada» en su boca.

—En fin... Como te decía, «han pasado varios años», pero aún puedo recordar a R bailando... Era mucho más alegre, no un payaso, pero sí más humana. Jugaba conmigo, me hacía bailar y me llevaba a ver con ella todo nuevo diseño de vestido de novia que surgiera. Y eso sin contar que ella misma me relataba los cuentos de princesas para que yo pudiera dormir.

—Cielos... Es más macabra de lo que pensaba...

—Cállate, James... Como sea, era otra persona.

—Entonces no es como me has dicho. Algo ha hecho y, según lo que dices, algo bueno.

Suspiré.

—Sí, algo... —dije no muy convencida—. Pero luego todo cambió y esos primeros años no se comparan con los casi treinta siguientes, James.

—OK, pero ha hecho algo bueno, quizás en tus años más importantes.

—No los únicos importantes, querrás decir —me atajé.

Suspiró.

—¿Y por qué ha cambiado?

—Por qué ha cambiado... Bueno, creo que todo se resume en dos palabras: mi padre.

—Auch.

—Sí... Linda mierda has revuelto, maldito enano.

—Bueno, nunca viene mal ensuciarse un poco las manos, ¿no?

—Puerco asqueroso... —dije, esbozando una sonrisa. Miré hacia el mar y estaba calmo, contrario a la brisa que hacía a mis cabellos danzar hacia distintas direcciones. Pero James, extrañamente delicado, los colocó detrás de mi oreja. Yo le agradecí con una sonrisa.

—¿Y qué ha hecho tu padre?

—¿Mi padre? Pues... Simplemente, huyó, James.

Se hizo un silencio. Un profundo e intenso silencio que nos permitió disfrutar del sonido del mar.

De pronto, sus brazos me aprisionaron de una forma tan tierna que parecía increíble que provinieran de James-cavernícola. Suave, dirigió mi cabeza hacia su pecho, haciéndome sentir segura, cuidada, comprendida. Me hizo sentir que no estaba sola. Y cuando una lágrima salió caprichosa de mi ojo, decidí acabar con aquello. Odiaba sensibilizarme así.

—No sé qué es lo que tramas, duende cavernícola, pero si tu próximo movimiento es dirigir mi cabeza hacia tu pelvis que, dicho sea de paso, no está muy lejos de mi rostro, puedes olvidarlo, ¿OK?

Ambos reímos y deshicimos el abrazo.

—Has leído mi mente. Creo que mi maquiavélico plan quedará para la próxima.

—Sí, claro... Ni en tus sueños.

—Jeje... Tal vez en los tuyos, quién sabe...

Reí dándole una palmadita en su brazo y allí fue cuando me di cuenta de que tenía piel de gallina.

rodillas al suelo.

Así desperté. Totalmente sudada y agitada por la espantosa pesadilla que acababa de tener. ¡Rayos! ¡¿Qué mierda había sido todo eso?!

Necesitaba relajarme. Y por eso no tuve mejor idea que...

—Te comunicaste con el móvil de Kate Lawrence. En este momento, no te puedo contestar. Deja tu mensaje luego de la señal y, tal vez, luego te llame. ¡Piiiiip! —Ella misma grabó el ruido de la señal. Payasa...

Intenté unas ocho veces más hasta que, cansada de escuchar el mismo mensaje una y otra vez, decidí ir a su habitación.

Ay, yo y mis decisiones...

**

«¡Toc-toc!»

Nada y, para mi sorpresa, mi llamado a la puerta hizo que descubriera que estaba abierta.

Genial.

Entré y, pensando que aún dormía, caminé sigilosa por el recibidor hasta que...

—¡Ohhhhhhhhhhhhhhhhhhhhh! —escuché en varios decibeles.

«¡¿Kate?!»

Fruncí el ceño y, al mismo tiempo, la llamé en voz alta, pues pronto ingresaría a su alcoba.

«Ay, Mel... Cómo se nota mi ausencia...», dijo sesos.

Tenía razón. En realidad, nunca tendría que haber ido.

Kate estaba de espaldas y sentada como indio sobre su propia cama.

Qué rayos...

—Kate... ¿Fuiste tú la del grito? ¿Qué es lo que estás haciendo?

—Yoga —dijo muy rápido y algo agitada.

—¿Yoga? ¡¿Sin sostén y a las cinco de la mañana?!

—Sí. —Espiró todo el aire para disimular.

—Kate, ¿crees que soy idiota? ¿Qué fue ese alarido? Y no me digas que fue de meditación, ¿OK? —Empecé a inspeccionar con la mirada todo el cuarto hasta que ¡Bingo! El ventanal estaba abierto y, aunque imperceptible, un rayo del naciente sol brilló sobre su... pelada.

—Hice un «Ommmmmmmmmmmmmmmmmmmm». Eso es lo que escuchaste, Mel. Y sí, estoy sin sostén porque la filosofía budista dice que

hay que estar conectado con la naturaleza. Entonces, ¿por qué querría un sostén? —Empezó a aspirar y espirar.

¡Jajajaja! ¡Siempre tenía una respuesta para todo!

—¡Por supuesto! ¡¿Para qué lo quieres si no es más que un estorbo para «tu» Buda baboso y personal, cierto?! —expresé, mirando hacia el balcón.

Kate se dio vuelta con el ceño fruncido, tapándose sus pechotes con la sábana.

—Por favor... —expresó desesperada y moviendo lentamente sus labios, aunque sin sonido.

Asentí conteniendo la risa y di marcha atrás para irme de la habitación. Era perra, pero no tanto como ella, así que opté por dejarla en paz con el mal escondido de Francis.

Sí, Francis...

**

«¿Y ahora qué?», me pregunté yendo hacia mi habitación.

Estaba sola, realmente sola. Y para cuando ya había decidido hacer el pedido de «solo un poco» de helado, mi móvil sonó.

—¿Sí?

—¡Oh! ¡Agradezco a Dios que me hayas atendido, preciosa! —dijo Le Bon aliviado.

—¿Qué sucedió, Florence? ¿R?

—No, cariño. ¡Si todo fuera tan sencillo! ¡Oh! —expresó agobiado—. Estoy recibiendo centenares de llamados de diseñadores, *sweetie*. ¿Sabes qué significa eso?

Bufé, pues lo sabía: día de shopping. ¿Para qué? Era obvio. Para que los metiches de los fotógrafos me sacaran cuanta imagen fuera posible. Y otra vez, ¿para qué? Pues simple. Cada una de esas fotografías sería vendida a distintos medios, haciendo, directa e indirectamente, publicidad a las marcas de indumentaria.

—Oh, Florence... Yo... —dije desganada y caprichosa.

—No quiero oír un solo «pero» ni ninguna excusa de esas que tan creativamente surgen en esa cabecita, ¿sí? Ya sabes que odio que me llamen a mí. De hecho, no corresponde, cariño. Ahora si prefieres que notifique a R...

—¡No! —dije sin pensarlo dos veces. Aquello era función del pobre Ralph y si R se enteraba que hubo un pequeño desliz en su habitual eficacia, no

dudaría en despedirlo, pues así era R de estricta. Ridículamente estricta—. OK, Florence. Yo me encargo. Descansa, ¿sí?

—Es lo que tenía pensado hacer. Si esta noche resulta como la de ayer, que Dios nos tenga en su gloria... —Suspiró—. Adiós, belleza. —Y cortó sin más.

Genial. Debía ir de compras. Kate no podía acompañarme (ni podría) y, además, debía hacer las cosas al modo de Ralph. Lo llamé y no hubo respuesta. Otra vez y nada.

OK... ¡¿Acaso todos habían tenido una noche estupenda menos yo?! ¡Qué miseria! Puff...

En fin, no tuve más opción que... «pensar como Ralph».

Wooowww... Eso sí que me dio miedo, pero bueno, lo hice solo para deducir la estrategia que me hubiera planteado.

Y entonces lo recordé: «Cada día aparecer con un hombre distinto al del día anterior».

Idea que fascinó a Kate... y que, por cierto, no me disgustó para nada. ☺

«Mmmh... Entonces, ¿a quién escoger?»

**

—La pasé estupendo, Carlo —Sonreí intentando seducirlo. Era imposible no hacerlo.

«¡Oh, Dios! Mira cómo te sonrío... Ese hoyuelo... Mmmh... Deberías ir como invitada especial a su programa, Mel. Seguro que sabes cómo aumentar la temperatura del horno, ¿no crees? Jeje...»

—Yo también, muñeca. Deberíamos repetirlo... —Y me guiñó, abandonándome en la puerta del hotel.

«¡Carlo! ¡No! ¡No te vayas! ¡Podemos hacer un piloto del próximo programa en mi cuarto!, ¿qué dices, eh? ¡Carlo, Carlo!»

Cochina. Jejeje.

Sonreí y lo saludé con un elegante movimiento de manita.

Caminé hasta que, cerca de la recepción...

—Señorita Adams... Disculpe, pero un hombre pidió por usted. Se llama... —Miró su cuaderno.

—James, lo sé... —lo interrumpí segura y risueña, aunque, al mismo tiempo, él respondió confundido.

—Alex...

Me quedé sin aire. Simplemente, no lo esperaba y... si nombré a James solo fue porque... porque le debía la chaqueta, por supuesto.

—¡Oh! ¡Claro! ¡Qué torpe soy! —dije sonriente y animada—. ¿Ha dejado algún mensaje?

—Sí. Ha pedido que le avisemos que espera poder ir junto a usted a la despedida en la discoteca Ofelia II.

—Lo imaginaba. Infórmele que así será y que, por favor, no olvide llevar la credencial que asegura que es mi profesor de vals. ¿Puede ser? —le dije para evitar sospechas.

—Por supuesto. Ya se lo informaremos al señor Said. Que tenga una buena noche, señorita Adams.

Sonreí en respuesta a su deseo, pues me hubiera gustado que así fuese, pero el «clink» de mi móvil fue una señal de lo contrario.

De: James O'Brian

Para: Mel Adams

Asunto: Chaqueta y favor

Oye, casa-divorcios de cuarenta, como me debes la chaqueta y todavía no he tenido noticias sobre ti, me preguntaba si quieres que vaya a buscarla y de paso te alcanzo hasta mi discoteca.

Solo para hacerte un favor, claro...

Cielos... ¿otro primitivo halago? O, mejor dicho, ¿era una invitación al estilo cavernícola irlandés?

Mi corazón bombeó como nunca y mi cerebro, esta vez, no me habló. Me sentí entre la espada y la pared. Sentí algo... «Sentí», maldición.

Alerta roja, Mel. Alerta roja...

Capítulo 23

«OK... ¿¿Qué rayos hago, cerebro?! ¿Cerebro? ¿¿Cerebro?? ¿Estás ahí?»

Pero nada. ¡Absolutamente nada! Ni siquiera un «Vete a la mierda, Mel». ¡Nada! El corazón no paraba de bombear a lo loco, pero aun así, traté de contenerme hasta que llegó el puto elevador. Entré y, ni bien se cerraron las puertas, empecé a insultar de todas las formas posibles. ¡Cielos! ¡Parecía una maldita loca desenfrenada! ¿Pero por qué? ¡Pues ni yo lo sabía! Lo único que sentía era rabia, furia, impotencia y... miedo. Sí, pavor de tomar la decisión incorrecta. Quién iba a decir que yo, Mel Adams, sentiría temor, ¿no? En fin, no dejé de insultar, tomarme el cabello de forma histérica e incomprensible hasta que... «ding-dong». Llegué a mi piso. Respiré profundo, me enderecé, y, al abrirse las puertas, salí creyendo que estaba tan decente como «casi» siempre, aunque la extraña mirada de una refinada pareja que entró al elevador me indicó que no era tan así. Entré a mi habitación, revoleé el bolso y fui directo a la zona de alcoba. Me saqué los zapatos, suspiré profundo y, dispuesta a lanzarme sobre la cama, pasé por delante del espejo. Me detuve... Mejor dicho, la imagen me detuvo.

Parecía una fusión entre *Jem and the Holograms*[\[23\]](#) e *It, el payaso asesino*[\[24\]](#). Mi pelo revuelto y mi maquillaje corrido por el ataque histérico en el elevador habían hecho de mi imagen una de las peores de mi vida. Pero lejos de reírme, me enfureció. ¿Por qué había reaccionado así? Yo no era ese tipo de persona y no tenía motivos para haber actuado de esa manera... ¿O sí?

Y... «Toc-toc».

Con desgano, me acerqué y abrí la puerta.

—Mierda... —dijo Kate horrorizada mientras entraba junto a Ralph.

Yo me di la vuelta para volver hacia la zona de la cama.

—Ya, Kate. Acabo de verme al espejo. No hace falta que me recuerdes cómo me veo —expresé, lanzándome sobre el colchón.

—Está bien, pero entonces deberás decirme por qué rayos es que estás así... —Hizo un corto silencio—. ¿Rich?

—¡Puff! Eso es lo único que me falta para cerrar el día...

—¿Entonces?

Suspiré.

—Alex pidió ir conmigo esta noche...

—Ajám... ¿Y qué tiene de malo eso?

—Nada... Por supuesto que nada. De hecho, confirmé que iría con él.

—Pero... —dijo, incitándose con la mano para que continuara.

Le di mi móvil para que lo leyera ella misma junto al callado Ralph.

Terminaron de leerlo y, sin expresión aparente, me miraron como si no entendieran la situación. Enarqué las cejas, sonreí, moví las manos para que dijeran algo, pero no emitieron sonido alguno.

Bufé.

—¿Acaso no es claro? —pregunté temerosa.

—No —dijeron los dos al mismo tiempo y con los ceños fruncidos.

Oh, cielos...

—Dije que sí a Alex, pero a los minutos recibí ese mensaje de James. ¿Entienden? ¿Recibí ese mensaje de James!

Ambos se miraron mutuamente y relajaron sus expresiones.

—Demonios, Mel... —Se sentó en el borde de la cama y me tomó la mano—. Estás superembobada con James.

«Oh-Oh...»

—¿Cómo? ¿Embobada? —Reí nerviosa—. ¡Claro que no, Kate! Es solo que él, otra vez, se ha portado muy bien conmigo y...

—«Otra vez». Ajám...

Bufé con impotencia.

—No entiendes, no entiendes. No es lo que tú piensas ni tan importante como lo haces ver...

—No, claro... Para nada importante. Tu impecable estado lo confirma —me interrumpió, mirándome de arriba abajo.

Abrí la boca, pero enseguida la cerré. Me sentía totalmente frustrada. Miré hacia un costado y, decidida, opté por hablar con la máxima sinceridad.

—No sé qué hacer. Mi cabeza ya no responde, no piensa más...

—Quizás porque no deba ser algo que tengas que pensar, Mel.

Fruncí la frente y la miré. Kate, con una mirada llena de comprensión, me dio un toquecito con su dedo índice en el pecho del lado del corazón. Sonreí, aunque ciertamente incómoda.

—Eres una ñoña, Kate. Solo me siento mal porque... porque siento que debo devolverle su generosidad, y todo esto de estar a punto de casarme evita que pueda hacerlo. ¿Comprendes?

—¡Siento, siento, siento! ¿Te estás escuchando? En mi puta vida te oí

repetir tantas veces la palabra «sentir». Vamos... Déjate llevar...

Entrecerré los ojos y sonreí. Esta nueva versión de Kate «viva el amor» era realmente graciosa.

—¿Dices que me deje llevar como tú, amante de la filosofía budista?

—¡Humm... Hummm! —Tragó saliva y pestañeó sin cesar—. Bueno, bueno... —Me dio varias palmaditas en la mano—. ¿Qué es lo que prefieres hacer?

Suspiré y negué con la cabeza. Se la dejé pasar solo porque necesitaba una solución rápida y eficiente, por lo que miré a Ralph.

—Bueno... —dijo, turnando la mirada entre Kate y yo que no dejábamos de mirarlo—. Podemos hacer algo más que interesante y en el que nadie saldrá herido, pero... —remarcó—... ninguna podrá oponerse.

—OK, siempre y en tanto no sea ir contigo, querido Ralph.

—No... —dijo de mala gana y poniendo los ojos en blanco.

—¡Perfecto! —exclamé feliz.

**

Feliz, una mierda. La idea de Ralph había sido la más estúpida y molesta de todas. Claro que solo para mí, porque, en realidad, aquello era excelente a los fines comerciales de la revista.

—Mmmmh... Esta noche será más fácil quitarte las bragas, muñeca —dijo el idiota de Rich.

Sí, Rich.

Mi queridísimo Ralph no tuvo mejor idea que avisar a Alex que, por cuestiones estratégicas, yo no debía entrar con él. Lo mismo le dijo a James, aunque, a pedido mío, agregó que yo no había visto su mensaje, pues él se había hecho cargo de mi móvil durante toda la tarde que pasé en el shopping junto a Carlo. Y claro, el mejor remate fue resolver que con quien debía ir a la despedida del misterioso futuro esposo era con Rich Bob. Sin dudas, aquello levantaría falsas sospechas y generaría grandes confusiones acerca de la verdadera identidad de mi prometido. En sí, la idea para que fuera lo suficientemente comercial y redituable era hacer creer (al menos por esa noche) que mi primer exesposo sería el último y definitivo novio con el que me casaría.

—Ni te atrevas a intentarlo, a menos que quieras que haga lo mismo contigo para que todo el puto mundo descubra tu parte más oscura, Rich... —

dije, acomodando mi corto vestido dorado. Estábamos a punto de llegar, y bajar de la limosina con ese vestido sería todo un desafío.

—Para cuando intentes hacerlo, te aseguro que estaremos solos, preciosa... —Puso su mano en mi muslo y lo acarició hasta llegar a mi...

«¡Ufff! ¡Cieeeeeloss...!»

Y de pronto (¡gracias a Dios!), el automóvil frenó.

Cerré las piernas y suspiré.

—Contrólate —le ordené a punto de salir.

«Jajaja... Mejor será que te controles tú, cariño.»

«¡Oh! ¡Pero qué sorpresa!! ¡Señor cerebro se ha dignado a volver!»

«Ilusa... Ambos sabemos por qué y cuándo me callo...»

«OK... OK...»

Tragué saliva y, sin querer pensar más, bajé.

Los flashes me estaban matando, pero no se podían comparar a los que aparecieron cuando descendió Rich. ¡Por todos los santos! ¡De tantas luces pensé que me daría una convulsión, dañando la parte sana que quedaba de mi adorado cerebro!

Rich me ofreció su brazo y, sonrientes al estilo Hollywood, ingresamos a Ofelia II. Claro que no sin antes Rich dar su toque «me importa una mierda todo esto», pues me palmeó el trasero, haciendo reír a todos los *paparazzi*.

«Estúpido. Ya me vengaré...»

Entramos y... Oh, mi Dios. El lugar deslumbraba. El día anterior ya me había impactado bastante, pero en esta ocasión estaba más que genial. Innumerable cantidad de medios, diseñadores superreconocidos, famosos y todo el personal de *Revista Emotiva* allí, juntos, disfrutando de la música de una banda que tocaba sobre el escenario lleno de luces. Pero lo más sorprendente de todo esto —al menos para mí— era que el enano irlandés fuera dueño de ese lugar tan fabuloso... ¿Quién lo hubiera imaginado?

De pronto, una hermosa, pero preocupada Kate apareció junto a Ralph.

—¡Wow! ¡Estás preciosa, Kate! Aunque...

Hizo fondo blanco a un trago y le encajó el vaso a Ralph.

—Necesito ir a la barra por más.

—OK... Si eso me libera de Rich, entonces no esperemos más, cariño.

Me tomó del brazo y, literalmente, me arrastró hacia la barra. Nos sentamos y ¡sorpresa!

—¡Hola, hermosas! —dijo más sonriente de lo habitual.

—¡Lindsay! —exclamé sorprendida—. ¡No sabía que vendrías! Aunque la

verdad es que tampoco lo hubiera esperado, porque hace muy poco me enteré que James tenía un «segundo» Ofelia.

—¡Jajajaja! Pues, en realidad, casi nadie lo sabe. Ya conoces lo comunicativo que es James... —dijo mientras empezaba a armar unos tragos.

—Tienes razón. Aun así, no esperaba que tuviera un lugar así. Es muy diferente al de Nueva York.

Nos dio los dos vasos.

—Sí, eso es cierto. Lo que ocurre es que Ofelia II no es solo de James, sino que lo abrieron entre los tres. Fue un sueño compartido hecho realidad.

—¿Tres? ¿Quiénes?

—Francis, James y... —Señaló con el pulgar al barman que estaba a solo unos metros de ella.

Era un hombre más bien regordete, de barba descuidada y rostro muy poco amigable. En pocas palabras, su estilo bien desprolijo era el del roquero malvado de los ochenta.

En cuanto Lind lo señaló, nos miró de una forma muy *freak* y no dejó de hacerlo hasta que Kate decidió hablar. Wooow... Qué escalofríos...

—«Sociable» no parece ser una de tus cualidades, ¿cierto? —dijo mi amiga, dando un sorbo a su bebida.

El hombre, sin dejar de mirarnos, se limpió la nariz con su brazo (puaj... Cochino) y, sin filtro alguno (como buen amigo de James), nos mostró el dedo mayor antes de dirigirse a la otra punta de la barra.

—Genial... —dije, poniendo los ojos en blanco.

—Disculpen al «pequeño John». No está de muy buen humor...

—No hace falta que lo aclares, Lind. Eso está tan a la vista como que no le gusta hablar —dijo Kate con la mirada clavada en el otro extremo de la discoteca.

Lindsay rio.

—Bueno, muy pocas veces habla. En realidad, nunca. Solo cuando él cree que hace falta.

Ambas fruncimos las narices.

—Y Lind, ¿por qué has venido? No es que quiera ofender, pero, si tú estás aquí, ¿quién ha quedado a cargo de Ofelia en Nueva York? —pregunté, al notar que Kate estaba, pero de forma totalmente ausente.

—James me pidió que lo cerráramos por este fin de semana. —Abrí los ojos como platos. Hasta entonces nunca, nunca, nunca lo había cerrado—. Dijo que habría un evento importante aquí y bueno, con John y Ofelia no

sería suficiente.

—¿Ofelia? —pregunté sorprendida.

Lind asintió con la cabeza y señaló hacia el centro de la pista. La muy zorra lucía un vestidito hipercorto con un escote que llegaba hasta su perfecto y plano ombligo. ¡Cielos! Pero lo peor fue ver que no estaba sola, pues... iba del brazo de James. Casi me dio un infarto.

De un solo sorbo, me tomé lo que quedaba del trago hecho por Lind.

—¡Wow! ¿Otra «Fiebre irlandesa», preciosa? —me ofreció Lindsay.

—Sí, y bien cargada, cariño.

Rio y no tardó en ponerse manos a la obra.

Pero hasta que terminara de prepararlo, necesitaba quitar mi vista de aquellos dos cursis.

—¿Y a ti qué te sucede, Kate? —le pregunté. Pero, al no recibir respuesta y verla con la mirada perdida en el fondo del salón, suspiré.

Sí, la perra de Sophy estaba tomada del brazo de Martin, su exprometido. Ambos reían y se mostraban más alegres que el par que yo había estado mirando segundos atrás. Pobre Kate... Sus ojazos celestes estaban a punto de bañarse en lágrimas.

—Aquí está, hermosa. Una «Fiebre irlandesa» y bien cargada como me has pedido.

Tomé el vaso y lo tomé hasta la mitad de un tirón.

—Pues prepárate, Lind. Necesitaremos muchos más. Y cuando digo «muchos» es en serio...

**

Una hora después...

—Oyeee, Mel... —Hipo y ojos entrecerrados—. Creo que debería ir hasta ellos y decirles que se vayannn bien a la mierda, ¿no creess? —Pestañeó, pero primero un ojo y luego el otro.

«Oh-Oh... Desincronización: detectada.»

—¡Claaaaro que no, tonnta! —Hipo, risa y sorbo—. ¿No entiendesss? Este es el momento para ser más *sexy* que nunca... —dije, sonriente y bastante suelta.

—¿Tú dices? —dijo Kate, practicando poses.

Sensual y lentamente, asentí con la cabeza.

Y, de pronto, se hizo la luz. Tony Vegas bailaba junto a Robert Collins, el

galán gay.

—¡Ups! Miiira quiénes están allí... —dije, señalando con la mirada a ambos bombones.

Kate chasqueó la lengua.

—Oh, vamos... Si me ven con Rooobert enssseguida sabrán que es todo uuuna pantomima, Mel... Además, también estaría arruinando su nnoche. Miiira cómo lo observaan esos bommbones de allí... —Suspiró al ver que un grupo de hermosos jóvenes tenían la vista fija en Collins.

—¿Yyy quién dijo que te quedarías con Robert? ¿Acaso yaa no te gusta el «mullidito» traseero de Tony?

Kate sonrió con picardía.

Jeje... Su zorrita interior estaba volviendo. ¡Sí!

—Peero si bailas con Robert, la estrategiia de Ralph de hacer creer que cualquiera pueede ser tu futuuuro esposo se pinchará, «dulzura».

—¡Oh, Kate! ¡Vamos! Tengo tooda la noche y dieeeciecho exesposos máss con los que dar de qué hablar. Bailar con Robert será como un *break* para mí.

Ambas reímos hasta que...

Crazy in Love de Beyoncé. ¡Yeah!

Simultáneamente, las dos dejamos los vasos en la barra, nos enderezamos al mejor estilo *sex bomb* y suspiramos profundo, pues aquel tema era nuestra señal de largada.

—Nuestro himno, cariño —expresó Kate con energías renovadas.

—Amén... —dije dando el primer paso.

¡Oh, sí! Nuestro caminar era gatuno, seguro, ardiente. La gente se abría paso solo para que pasáramos. Se nos quedaban observando, atónitos, deslumbrados. ¡Sí! Podían sentir nuestro fuego, nuestra imponente presencia. ¡Éramos unas *fatal women*! Nos sentíamos y veíamos como en el mejor de los videoclips, en cámara lenta, con el viento haciendo volar nuestros cabellos al son de aquella canción. Sí, la discoteca era nuestra, era nuestra hasta que...

«¿Dónde está Kate?»

«Mira hacia el piso, cariño...»

Demonios... Mi mejor amiga había quedado en cuatro, al mejor estilo perrito.

Tragué saliva.

«Por favor, señor sesos, invéntate algo...»

Rápida, sonreí estilo Marilyn Monroe y meneé hasta abajo, dando una palmadita delicada al trasero de Kate. La tomé por la cintura y, ni tontas ni lentas, nos levantamos juntas moviendo las caderas de un lado al otro.

—Oh, por Dios, Mel. Otra vez hice el ridículo. Mierda... —susurró sin dejar de sonreír.

—Tranquila. Nadie lo ha notado... —le aseguré.

Por supuesto que eso no fue cierto, pues los *paparazzi* se encargaron de recordarlo y con lujo de detalle. Pobre, Kate. Aun así, no fue lo más tremendo de la noche. Absolutamente, no.

—Hola, preciosas... —dijo Tony mirando a Kate de arriba abajo con más ganas de devorarla que otra cosa.

«Jeje... ¿Quién devorará a quién? Gran pregunta...»

—Hola, guapote. —Sonrisa hiperpícaro propia de Kate—. ¿Te gustaría mover tu deportivo trasero junto al mío?

Tony rio y, sin dudarlo, la tomó de la cintura para seguirle el ritmo. ¡Por todos los santos! ¡Qué bien se veía Kate junto a él! Y todos lo notamos hasta la estúpida de Sophy que no dejaba de fruncir la nariz por ver cómo su «noviesucho», Martin, ponía cara de «Wow... Qué sensual se ve mi exprometida». Idiotas perdedores...

—Hermosa —me dijo Robert que, de no haber sabido su tendencia, me hubiera colgado de su cuello—, creo que dejaré este espacio para ese morocho que no deja de mirarte y que, por cierto, grrrrrrrrr —gruñó—, raja la tierra.

James me estaba mirando y, para cuando yo detecté su penetrante mirada, cerró los ojos y hundió sus labios en la copa para disimular. El corazón me latió a mil y más aún cuando noté que debajo de su elegante saco llevaba puesta aquella sudadera que, evidentemente, amaba: la de color violeta que usó la primera vez que... la vez que nos conocimos.

—¿Raja la tierra? —expresó... Alex. Y, consciente o no, se interpuso tapándome la vista hacia James.

Robert sonrió incómodo, pero enseguida se percató de que mi doctor era algo más que un simple profesor de baile.

—Claro que sí, cariño. ¿Qué otra cosa dirías de esa tremenda mujer de allí? —dijo haciendo referencia a Ofelia que aún permanecía al lado de Irlanda.

Alex se giró y, mostrando completo desinterés por ella, me tomó de la cintura y me fundió contra su cuerpo.

«Bueno, ya sabes, preciosa, distintos remedios pueden curar una misma enfermedad. Alégrate.»

—Oh, Alex... —dije apoyando mis manos sobre su fuerte pecho.

Y ¡Flash! Era obvio que los fotógrafos no perderían oportunidad alguna.

Él sonrió satisfecho.

—Ha pasado demasiado tiempo. Ya no veía las horas de poder estar junto a ti...

Suspiré.

—Yo también tenía muchas ganas de estar contigo —¿mentí? No, seguramente, no. El problema era que mi mente había estado enfocada en otros asuntos, nada más... ¡Vamos! ¿Quién se olvidaría de un hombre como Axel...? ¡Digo Alex!

Y bailamos un buen rato. No voy a negar que sentí una enorme satisfacción al detectar las envidiosas miradas de las víboras de la oficina. No cualquiera podía estar con un hombre tan guapo y, más aún, no cualquiera tenía un hombre así y enamorado. Eso me hizo feliz, aunque mi atención estaba... digamos... un tanto dispersa, pues, tal como en los cuentos de magia, ese enano-duende no dejaba de aparecer, una y otra vez, frente a mis narices. En realidad, por cada vuelta, giro o paso que hacía con el perfecto de Alex, mis ojos terminaban apuntando a James cuya mirada, casualmente, siempre terminaba coincidiendo con la mía. ¡Ay, qué nerviosa me ponía! Pero bueno, estábamos bastante cerca y, habiéndonos conocido un poco mejor ese último tiempo, era normal que aquello ocurriera, al igual que la propuesta que me hizo Alex...

—Mel... —Me acercó a su pecho para susurrarme al oído. Dios, pobre mi cuerpecito. Entre él, Rich y James, se volvería loco—. Esta noche quiero dormir junto a ti. —Me succionó el lóbulo de la oreja—. Y no hay excusas... —ordenó sensual, presionándome contra su pelvis.

«¿Yo? ¿Excusas? ¿Oponerme? ¡Jajajajaja! ¡Ni en sueños! ¡Ni en sueños!»

—Oh, Alex... —expresé con los ojos cerrados y al mejor estilo princesa virginal (jajajaja, ¡virginal!).

Pero cuando los abrí, noté que, a pesar de estar a unos metros de distancia, los ojos de James parecían haber descubierto aquella clara invitación. Incluso, se volvieron más oscuros y fríos que de costumbre, aunque el «fondo blanco a su trago», seguido de una media vuelta que lo hizo quedar de espaldas a nosotros disimularon su extraña expresión.

Y de pronto, el agudo sonido de micrófono sonó, dando fin a esa escena

que tan rara me había hecho sentir. (Sí, otra vez la puta palabra «sentir»).

—Buenas noches a todos —dijo con tono alegre la serpiente de Sophy—. En nombre de *Revista Emotiva*, queremos saludarlos y, por supuesto, felicitar al futuro esposo de Mel. Sabemos que estás aquí entre nosotros, ¡lo sabemos! —Todos rieron. Estúpida...—. Y como no puede ser de otra manera, daremos inicio a, quizás, la parte más divertida de la noche —Comenzaron a murmurar ansiosos—: ¡Karaoke! —exclamó, haciendo que todos festejaran el anuncio.

«Mierda...»

Automáticamente, miré en dirección a Kate. No fui la única, pues Francis había estado haciendo lo mismo por un buen rato, aunque con fastidio y celos, me animo a decir. Pero en cuanto escuchó la palabra «karaoke», solo pasó a expresar marcada preocupación. Kate, por su parte, no hizo más que agitarse y fruncir sus cejas de «esa forma» que anunciaba estar al borde del llanto. Tenía miedo. Mucho miedo.

—Pero por supuesto que todo esto no es a voluntad. ¡Claro que no! —Risas—. Así que, como será por medio de un sorteo bien tradicional, nadie, absolutamente nadie —remarcó, fijando su mirada de zorra en Kate—, podrá negarse. ¡Vamos por el primer participante! —Tomó una bolsita con estampas de la revista, exclusivamente diseñada para la mierda del sorteo, y sacó un papel—. El primero en pasar es... ¡Rich Bob! —Aplausos, gritos y alaridos desesperados. Tomó otra bolsita y, luego de revolver, volvió a tomar un papel—. Y cantará... ¡*All this shit is mine!* ¡Pero qué casualidad! —dijo clavando su mirada en mí. Perra—. Pues bien... ¡Adelante, Rich! ¡La noche es tuya!

Medusa contemporánea bajó del escenario y mi primer exesposo, con el ego más inflado que una palomita de maíz, subió para cantar ese tema de mierda que tanto me recordaba a nuestra boda... Me presioné la frente, miré mis zapatos, suspiré y, para cuando elevé la vista, Alex ya estaba hablando con la dulce de Connie que acababa de aproximarse. Agradecí que sucediera aquello porque, de lo contrario, hubiera tenido que explicarle mi expresión. Sin embargo, apenas giré mi rostro, noté que James estaba nuevamente mirándome y con marcada preocupación. No me quitó la vista de encima, ni siquiera parpadeó. Y me hizo sentir bien. Muy bien... al punto de hacerme caminar hacia él sin despedirme de Alex.

Rayos...

—No había visto esta barra. Al menos, no ayer. —Estaba ubicada frente al

escenario y separada por toda la pista de baile. Me senté al lado de Irlanda.

Sonrió.

—Qué raro... Hasta donde sabía, eras buena encontrando barras.

Hice una mueca de disgusto.

—No, no es así. Y no soy una borracha, ¿OK? —aclaré ofendida.

—Yo no he dicho eso. —Dio un sorbo—. Pero ahora que lo aclaras, es cierto. No eres buena detectando barras... Al parecer, eres excelente para detectar mi presencia.

—Puf... Pues, en realidad, es muy difícil no percatarse de una presencia como la tuya... Un cavernícola no es algo que se vea con frecuencia.

Rio. Se hizo un breve silencio y luego...

—Creo que ya sabes lo que sucederá, ¿cierto? —Clavó sus ojos en los míos y me embobé. La verdad es que no sabía a qué se refería y el idiota de mi corazón empezó a latir como el galope de un caballo emborrachado con energizante y vodka. James entrecerró los ojos y torció su cabeza. Sospeché, por supuesto. Yo tragué saliva y él, aunque confuso, volvió a hablar—: Me refiero al karaoke... Kate y...

—¡Claro, claro que sí! —Reí nerviosa y aproveché para dejar de mirarlo—. No sé qué hará Kate. Creo que lo mejor será decirle que se retire antes de que la llamen —dije acercando mi mano para tomar su copa.

James me miró con reprobación y no me cedió su trago. Tironeé un poco más, pero no hubo caso. Seguía con la mirada firme en mí.

—Eres la mujer más hermosa, fría y egoísta que he visto en mi vida.

Fruncí el ceño. Aquello sí que había sido confuso.

—¿Gracias? —inquirí, aun intentando arrebatarme la bebida.

—Si ser la portadora de la peor combinación de cualidades femeninas te hace sentir orgullosa, entonces, de nada... —dijo para luego tirar con fuerza de la copa y tomar el último sorbo.

Auch. Esa patada en el culo la sentí y bien fuerte, más aun tratándose de Kate.

—No puedo hacer nada más... —Todo el mundo empezó a aplaudir. El creído de Rich acababa de terminar de cantar—. Sé que no me crees nada de lo que digo, y haces bien, pero puedo asegurarte que por Kate haría lo que fuera —dije con honestidad.

Giró su rostro hacia mí y me invitó a que hiciera lo mismo.

—¿En serio?

La falsa de Sophy subió al escenario y empezó a revolver de nuevo.

—Sí, en serio, James —aseguré sin titubeo de por medio.

—Entonces apóyala y sé la amiga que dices ser.

Medusa estaba por anunciar el próximo participante.

Fruncí la frente.

—No entiendo. ¿A qué te refieres, duende?

—Sube y canta junto a ella.

WTF!

—¡Kate Lawrence! —gritó la zorra por el micrófono.

—No... Ppppeerroo nooo enttiend...

—Y si no lo haces de corazón, hazlo porque yo lo digo. *Un trato es un trato*, casa-divorcios... —Media sonrisa.

—Y el tema que cantará es... ¡*Spending My Time* de Roxette! ¡Qué romántico! ¿Verdad?

Tragué saliva y, al oír el nombre de la canción, miré a Kate. Estaba a punto de desmayarse.

Y yo también. Estaba que me hacía encima del miedo, pero lo haría.

Sí, lo haría.

Y solo por Kate.

Capítulo 24

Kate caminaba hacia el escenario como si se hubiera convertido en un zombi. Creo que imaginaba el fin de su carrera. Pero antes de que llegara, me acerqué a toda velocidad, la tomé del hombro y, aprovechando la muchedumbre, me pegué a su oído.

—¡Kate! —Se despertó de su lúgubre estado—. Escúchame. Sé lo significa este tema para ti, y que te lleva a Martin, pero es tu canción no la de ese idiota. —Me miró y frunció el ceño—. ¡Vamos! ¡¿Ya te olvidaste las innumerables veces que me hiciste practicarle junto a ti en tu cuarto?! ¡Pues yo no! Si me lo sé de memoria, es porque tú me lo enseñaste para aquella vez que fuimos al concierto. —Recordé que casi fui vomitada—. Y pensar que ese cochino casi me besa... Puaj. —Me quedé tan hundida en el asqueroso recuerdo que mi expresión de repugnancia hizo reír a Kate.

—OK... Y eso significa que... —expresó para que yo completara.

—Significa que esta vez cantaré junto a ti. —Sonreí.

Ella hizo lo mismo y, luego de un intercambio de sinceras miradas, me abrazó. Cielos... Creo que hacía tiempo no hacía algo tan... tan noble. Y aunque suene duro, creo que fue la primera vez que alguien me dio un abrazo de real agradecimiento.

Kate, con su seguridad clásica, subió al escenario y le arrancó el micrófono a la sorprendida perra de Sophy.

—Gracias, Sophy. Sí que sabes cuál es mi tema favorito —dijo con la mirada fija en ella. Esperó en silencio unos segundos y, al ver que Sophy no reaccionaba, volvió a hablar—: ¡Oh! ¡Disculpa! Cierto que estás acostumbrada a recibir órdenes. Puedes irte. Vamos, vete. —La zorra abrió los ojos como platos y, sin saber cómo más actuar, bajó aturdida—. Y para aquellos que no lo saben aún, este tema me recuerda a una persona maravillosa y a un momento único que jamás olvidaré... —El idiota de Martin sonreía a los lejos—: A Mel, mi mejor amiga, que me acompañó a disfrutar del más maravilloso concierto de Roxette.

El murmullo reinó en toda la discoteca y Martin borró esa estúpida sonrisa para pasar a tener esa expresión que todos reconocemos en las personas que, de un momento a otro, descubren el valor de lo que perdieron...

Subí al escenario y, aunque a punto de mearme encima, acompañé

completamente desafinada y fuera de tiempo a una Kate que cantó, de principio a fin, perfectamente bien. Eso sí, todo el tiempo, entre risas. Es que así debía ser. Y como no pudo ser de otra manera, todo el público nos aplaudió. Incluso hasta la misma R que, muy astuta, estaba escabullida cerca del escenario.

—Cielos, Mel... Jamás pensé que algún día llegaría a cantarlo así... —me dijo mientras bajábamos.

—Yo tampoco. Fue realmente extraño no verte revolver tu sostén.

Nos detuvimos.

—Bueno... Eso no lo hice simplemente porque no llevo uno... —expresó algo avergonzada, señalando sus *boobies*.

Metí los labios hacia adentro, pero ni así pude evitar mearme de la risa. Y entre carcajadas, seguimos el camino hasta la barra donde estaba James.

—Bien hecho, Morticia... —Levantó la mano para evitar que Kate se la devolviera de alguna manera similar—. Antes de que digas cualquier bobería... —Señaló en dirección a Francis—. No sé si lo conoces lo suficiente, pero será mejor que hablen...

Wow... Un enano serio y mandón.

—Creo que debes hacerle caso, Kate, a menos que quieras perecer bajo el poder de una lluvia mortal de tréboles malignos o algo así, ¿no, James? Ese es el tipo de poderes que tienen los duendes, ¿cierto?

—Pues habiéndote divorciado veinte veces, no quiero saber cuál es tu poder, Mel... —Con una mano se tapó su entrepierna y, con la otra, dio un sorbo a su cerveza.

Ja-ja-ja.

Hice una mueca de disgusto y Kate rio.

—Pues como no quiero saber cuáles son sus poderes, prefiero ir con Francis que pareciera ser más normal... —Lo miró y frunció el ceño—. Bueno, no tanto. En fin... —Se fue hacia él.

—Y tú también, casa-divorcios. Bien hecho. Has evolucionado a *homínido*. Quién dice... Tal vez en unos años llegues a *ser humano*... —Me entregó una cerveza.

Otra cortesía cavernícola.

Enarqué las cejas.

—Pues para no ser una *Homo sapiens* como tú, te importo demasiado... —le dije, mostrándole la cerveza que acababa de darme—. La has pedido para cuando llegara.

Sonrió, miró hacia el frente y... ¿se había sonrojado?

—No. Simplemente la pedí porque sabía que volverías a mí. Como siempre... —Bebió para disimular.

Tímidos, reímos.

—Enano creído...

—Casa-divorcios mentirosa...

Ambos elevamos nuestras bebidas y, a punto de brindar...

—¡James O'Brian! —exclamó la insorportable de Sophy mientras revolvía para sacar otro papel—. Y cantará... ¡Comodín! ¡Oh, comodín! Eso quiere decir que puede elegir el tema musical... Aunque, claro, personalmente le recomendaría *If You Leave Me Now*... —expresó con un tono lleno de malicia encubierta.

Auch. Eso fue como una patada voladora directa y sin aviso a la quijada del duende.

El tiempo pareció detenerse para James y no parpadeó hasta que, segundos de procesar lo dicho por Sophy, entrecerró los ojos con un marcado aire vengativo.

Sabía que «algo doloroso» tenía con la música. Él mismo me lo había dejado claro cuando en su departamento dijo, a regañadientes, que «eso solo era pasado».

—James... —Puse una mano en su hombro. Se sorprendió—. No tienes por qué ir...

Relajó la expresión y dibujó su clásica media sonrisa.

Palmeó mi mano y, sin palabras de por medio, llamó con la mirada a Francis y al «pequeño John» quienes no habían dejado de mirarlo desde que escucharon la nominación.

Rayos... Su determinación me dio miedo y los otros dos detrás de él parecían estar en la misma tesitura. ¿Matarían a Sophy? ¿La arrojarían del escenario? No es que fueran ideas que me disgustaran. Para nada... pero no sé... la presencia de los medios me incomodó un poco, jejeje. En fin...

Los tres subieron, la miraron con extremo odio y, cuando todo el mundo pensó que harían alguna maravillosa cosa contra Sophy (quien parecía estar a punto de hacerse encima), Francis se dirigió a la batería que había dejado la banda de inicio, John al bajo y James... James revoleó su saco de vestir, tomó la guitarra eléctrica y le arrancó el micrófono a Sophy (quien, sin dudarlo, bajó en un santiamén) para colocarlo en el pie. Pero eso no fue todo, no... El enano irlandés silbó tan fuerte que más de uno se tapó los oídos.

¿Para qué? Para que subiera Puddle. Sí...

—¿Pero qué mierda...?! —exclamé sorprendida al ver a mi pastelito de chocolate y crema correr hacia el escenario sin su moño y para ponerse al lado de James.

Los tres se miraron entre sí, hicieron un par de sonidos y...

Un solo de guitarra. Un conocido solo de guitarra que jamás me hizo erizar tanto la piel como en ese entonces al ver que provenía de las manos de James... de las caricias que le hacía a esa guitarra. Oh, cielos... Era... Era *Money for Nothing* de Dire Straits.

Ni cámaras lentas ni movimientos ralentizados. Nada de eso. Mis ojos no hicieron más que grabar cada segundo de aquel momento en el que James parecía hundido en un trance, un momento en el que parecía hacer lo que, sin dudas, siempre fue su pasión. Y Dios mío... Su voz se hizo escuchar. ¿Alguna vez vieron a un duende irlandés cantando *rock*? Pues para mí, fue la primera. Les aseguro que jamás hubiera imaginado que cantaba y de esa forma tan... tan magnética, no sé. ¡Y el pequeño John! ¿Hablabas? *WTF!*? ¡Pues él era quien hacía la segunda voz más aguda! ¡Jajajajajaja! ¡¿Quién iba a imaginarlo?! Pero yo no era la única que parecía estar hechizada por este «grupete». Kate, por supuesto, no dejaba de mirar a Francis cuyos enormes y fuertes brazos no descubrí hasta entonces. Y todos en la pista (hasta el estúpido de Rich Bob que, para variar, estaba cerca de mí) parecían disfrutar lo que oían.

No podía ser... No... Nunca había conocido a alguien con tantas sorpresas juntas. Sin dudas, jamás en mi perra vida había conocido a alguien tan extraño y especial como James. Y... ¡Oh, por Dios! ¡Puddle no dejaba de girar y girar como un trompo! ¡Lanzaría todo lo de su pancita en cualquier momento!

Y el final llegó..., aunque lo confieso (y solo aquí): hubiera preferido escucharlo mil veces más.

Suspiré y aplaudí tan vigorosa como los demás. Pero nada terminaría allí.

—Gracias... Pero dejemos de lado las estupideces de un barman de cuarta y pasemos a algo mucho más interesante... —dijo James alusivo a las palabras de Medusa en la noche anterior. Solo una vez que vio a la atemorizada de Sophy sobre el escenario, volvió a hablar—: Y ahora, el próximo participante... ¡Trophy! O, ¿cómo es tu nombre? —le acercó el micrófono.

—So... Humm... Sophy... —dijo en un susurro, pero antes de que James

podiera decir algo más, la zorra volvió a hablar—. Oh... Disculpa, pero no es así el sistema, James. Hay que hacerlo por sorteo. —Sonrió al público y señaló las bolsitas.

Irlanda enarcó las cejas y puso cara de sorprendido.

—¡Oh, pero cierto! ¡Que descuido el mío! —Hizo una seña para que se las acercaran, las tomó, se las pasó por toda la cara, llenándolas de sudor, y le dio una a cada uno de sus amigos. Tanto el pequeño John como Francis imitaron a James empapando por completo ambas bolsas. Sophy frunció la nariz, pero, aun así, estiró la mano con la intención de meterla para iniciar el sorteo. Sin embargo...

—¡Oh, pero qué asco, Francis! ¡Y tú también, pequeño John! —Pusieron ridículas caras de niños inocentes—. ¿Ahora qué haremos con esas bolsas totalmente inutilizables? —preguntó con marcado sarcasmo, haciéndose el pensativo.

Sophy frunció el ceño y, al intentar acercarse para arrebatarles las bolsas, Francis se volcó todos los papelitos dentro del pantalón en la zona de su culo, y John hizo lo mismo, pero en la parte de su entrepierna. Por supuesto, ambos sonrieron satisfechos con su cochinada.

Todo el mundo expresó su horror, aunque los flashes no pararon de iluminar el escenario hasta que James volvió a hablar.

—¡Vamos, Trophy! ¿No quieres revolver? —Sophy, rápida, furiosa y con la mirada clavada en el piso, negó con la cabeza—. Oh, qué pena... Pues entonces, para finalizar esta mierda de karaoke, nuestra próxima y última participante es... ¡Sophy! Y el tema a cantar es... ¡*Bitch*[\[25\]](#) de Meredith Brooks! —Pidió aplausos y el público, confuso, cumplió—. Aunque, claro, «personalmente» recomiendo que solo repitas las primeras cuatro palabras del estribillo. Con eso será más que suficiente... —finalizó punzante, entregándole el micrófono con todo el desprecio posible.

Se hizo un incómodo silencio en el que solo se escuchó el desafinado ruido del micrófono.

Los tres bajaron y, cuando la estúpida e insegura de Sophy parecía prepararse para el ridículo, Puddle, mi hermoso y mareado Puddle, lanzó toda su porquería sobre los zapatos de Medusa.

Oh, sí. ¡Lanzó como predije, aunque en el momento más indicado de toda la puta noche! ¡*Yeah!*

Por supuesto que Sophy no aguantó más. Enfurecida y humillada como nunca, bajó del escenario y, seguida por el estúpido de Martin, salió

corriendo de Ofelia II.

Muerta de risa, caminé hasta el centro de la pista para encontrarme con James. Él sonrió y me guiñó, pero para cuando quise responder del mismo modo...

—Tienes pelotas y bien puestas... —dijo esperando a que él completara.

—James —respondió serio.

—James... —repitió lento y en voz baja, una sorprendida R. Se tomó unos segundos y, como siempre hacía con todo el mundo, lo miró de arriba abajo. Luego clavó sus ojos en mí y, sin decir más, se dio media vuelta para volver a escabullirse en el grupo de los más refinados.

El enano me miró y enarcó las cejas.

—Sí, ¿viste? Mi madre... —le respondí.

La música volvió a sonar y el clima mejoró en cuestión de segundos. De hecho, se armó un alegre alboroto en la pista. Por supuesto, no dejaría de acercarme para ver qué era lo que tenía a todo el mundo tan excitado. Y...

¡¿Era cierto lo que estaban viendo mis ojos?!

Tema musical: *Boogie Wonderland* de Earth, Wind & Fire.

Pareja de baile: Connie y... ¡Alex!

¡Por todos los cielos! ¡Parecían un par de desencajados y poseídos por dos almas de la década de los setenta! Peeerooo... Oh, Dios mío... ¿Mi príncipe era ese que sacaba exageradamente su bonito trasero hacia atrás, moviéndolo de un lado hacia otro como si de un patito supergay se tratara? Oh, rayos...

—Todos los príncipes azules también pueden ser rosas, Mel... —me dijo Kate, sorprendida por los estrafalarios movimientos de Alex—. Y mira a Robert Collins cómo se muerde el labio inferior. Me parece que ese culo ya ha encontrado dueño...

—¡Kate! ¡No es gay!

—¿Bi[26]? No tiene nada de malo, siempre y en tanto no se olvide de ti, ¿no?

—¡Oh! ¡Ya basta! Creo que no hace falta que diga que tus palabras no me ayudan ni un poco, ¿verdad? —Bufé—. Además, mira a Connie, está en el mismo trance y junto a él.

Kate frunció el ceño.

—Mmmhhh... Pues sí, eso es cierto. Ambos hacen el pasito «mi trasero está hambriento: ven aquí, ven aquí».

La miré con la frente fruncida y, horrorizada, negué con la cabeza.

Alex, rebosando alegría hasta por su cu... «trasero pose patito», me llamó

con la mano para que lo acompañara.

«¿¿¿Qué??! Ni en tus sueños te seguiré en esta, bombón. Mejor vayamos al grano: te espero en tu cuarto, ¿qué dices?»

Sonreí y le negué como toda una «princesa» para luego hacerle la seña de «luego, cariño». Sin más, siguió danzando...

—Rayos, pensé que era más normal que yo...

—¿Y para qué quieres a alguien así si tú no lo eres? Además, «dulzura», nadie es completamente normal.

—OK, OK... Pero yo no llego al nivel del paso «culo de patito», ni pienso alcanzarlo, cielo.

—Mel, tú ya has sobrepasado ese nivel y cualquiera que pueda existir desde el día en que tuviste que empezar a anotar, en tu agenda, todos los esposos con los que te casaste y divorciaste sin sentimiento de por medio, ¿OK?

Puse los ojos en blanco.

—OK, lo acepto. Ahora, si me disculpas, y para intentar olvidar el «paso de patito» que tanto me choca, iré por un poco de aire, «señorita normalidad»...

Pasé por la barra, tomé una pequeña botella de cerveza y marché hacia la puerta, aunque al querer abrirla, alguien lo hizo por mí.

Sonreí.

—Gracias, *Homo sapiens* irlandés.

—De nada, ser humano principiante.

Y salimos.

**

Estaba fresco y yo, como no podía ser de otra manera, en pelotas. OK, aclaremos por si acaso...

Vestidito dorado y corto = Casi desnuda = Chiflete de frío hasta por...

—Dentro de poco, el que se quedará sin ropa soy yo y no podrás decirme nada si ando por cualquier lado solo con un cojín. —Se quitó el saco de vestir y lo puso sobre mis hombros.

Reí.

—Qué casualidad que tú también salieras... Pero no voy a decir más nada, a ver si por eso me quitas «mi» nuevo abrigo... —dije pícara.

Sonrió.

—Bueno, en realidad no estamos solo nosotros dos. Ya sabes, tal vez el frío te haya dejado ciega o algo así, pero si te atreves a bajar la mirada hacia mi...

—No miraré tu entrepierna. Dalo por descontado, duende pervertido.

No pudo contener la sonrisa y hasta se presionó los ojos por mi ocurrencia.

—Cierto... Había olvidado que hasta le has dado un nombre. ¿Willy, la ballena? Como sea... —Suspiró entre risas—. En realidad, me refería a otro espécimen... Más bien del orden canino.

Abrí los ojos como platos y miré hacia abajo. ¡Era Puddle! ¡Y caminaba junto a nosotros con su correíta puesta! ¿Cómo es que no me había dado cuenta!

Me agaché y le tomé la cabezota para comerlo a besos. Estaba algo cansado.

—Por eso mi invitación era que miraras hacia... mis pies. Pero, bueno, ya sabes... Tampoco me molesta tu idea de saludar al orden cetáceo y si...

—Cállate y mantén encerrada en tu cabeza cualquier primitiva y cochina invitación, ¿quieres?

—OK, OK... —Rio mostrando esa sonrisa blanca producto de su personalidad «sin filtros».

—¿Quieres que lo lleve yo? —le dije mientras me ponía de pie.

—No hace falta. Tu «pastelito» lanza vómitos ya se ha acostumbrado, ¿o no, Puddle? —le dijo, levantándolo. Y mi pastel jadeó relajado.

—Creo que no se siente muy bien. Será mejor que lo llevemos a descansar.

James asintió, pero cuando volvió a dejarlo en el piso, Puddle comenzó a tirar de su correa en dirección a la playa, al punto de soltarse y salir corriendo.

—¡Mierda! —exclamó el duende antes de correr tras él.

—¡Mi Puddle! —grité, intentando ir tan rápido como me lo permitieron mis adorados zapatitos de tacones y diminuto vestido.

Dios... La carrera fue eterna. ¡No podía más! Creo que, de haber estado viva, tía Violet me hubiera ganado hasta caminando. Aun así, llegué...

—¡Oh! ¡Puddle, Puddle! —exclamaba mientras, por cada paso, mis tacones se hundían en la arena, haciéndome perder el equilibrio.

James frunció el ceño y no dejó de mirar un solo segundo mi ridículo avance por la playa.

—¿Corriste con esas cosas puestas, casa-divorcios?

contar bien... —Señaló con la mirada a Puddle—. Somos tres, «dulzura».

Estúpido enano.

Suspiré de la rabia y, sin dejar de mirarlo, di un sorbo.

—Con que quieres culpar a Puddle, eh... ¿Dónde está toda esa mierda de «yo no miento, Mel, yo no miento»? —dije con burla y voz de tonta sobre el final.

James, divertido, entrecerró los ojos.

—Yo no he mentado, simplemente, no dije nada.

«¡Oh! Con que nos hemos avivado...»

—Veo que aprendes rápido, cosechador de tréboles.

—¿Ahora cosecho tréboles? Cielos, eres muy mala para las bromas...

Sonriente, le negué con el dedo índice.

—No te escaparás tan fácil y menos intentando desviar el tema, duende... Ya que aún sigues con tu bobada de «yo no miento», entonces responde a mi pregunta: ¿fuiste tú el del asqueroso, repugnante y denso gas?

James sonrió con astucia.

—Te recuerdo, casa-divorcios, que soy yo quien pone las reglas. *Un trato es un trato*. Aun así, no temo decir la verdad. Por lo que propongo una idea más interesante...

—Dios... —Puse los ojos en blanco—. ¿Qué puedes proponer tú que resulte interesante?

—Un juego.

—No haré ninguna cochinada.

—Define «cochinada»... —Me guiñó.

Jeje. Pervertido y bonito...

—¡Por todos los cielos, James! Basta de boberías y di de qué mierda de juego hablas.

—*Verdad o consecuencia*[\[27\]](#). ¿Lo conoces?

Interesada, enarqué las cejas y bebí un trago.

—Claro que sí...

—Perfecto. Pues te diré una verdad o haré lo que quieras. Y tú también. Eso sí, habrá un tope. Cada uno tiene cinco oportunidades solamente. Así que escoge bien, periodista mentirosa.

—Mmhhh... Está bien. ¿Quién empieza?

—Piedra, papel o tijera.

—OK.

Primera vuelta: Mel, tijera. Duende, papel.

Segunda vuelta: Mel, piedra. Duende, papel.

Tercera vuelta: Mel, papel. Duende, papel.

—Empatados. Eso quiere decir que... Empiezo yo.

«*WHAT?!*»

—¡No es justo!

Río por mi expresión de indignación.

—¡Claro que lo es! Yo pongo las reglas. Recuerda que...

—¡Uff! Ya lo sé, enano tonto: «un estúpido trato, es un estúpido trato». —

Sonrió satisfecho—. Pues anda, pregunta... —dije de mala gana.

—¿Verdad o consecuencia?

—Claramente, verdad. —Di un sorbo.

—¿Te acostaste con alguno de tus exesposos?

¡Y fuera! Todo el sorbo de cerveza lo escupí como uno de esos angelitos de las más elegantes fuentes de agua.

—¡Oye! ¡No puedes preguntar algo tan...!

—Responde. Reglas son reglas. Y no intentes mentir... Ya sabes que conmigo no puedes.

¡Estúpido minihombre!

Bufé.

—Sí, me acosté. Ahora es mi turno.

—¿Con quién? —inquirió impulsivo y sin haber prestado atención de que ya era mi momento de preguntar.

Sonreí con malicia.

—Si quieres saberlo, deberás esperar tu turno, *Homo sapiens*... —dije con satisfacción. Revoleó los ojos y me arrebató la botella—. *OK*, ¿verdad o consecuencia?

—Verdad. Y no digo «consecuencia», simplemente porque no tengo ganas de que me pidas que te muestre mis generosas partes...

Jijiji. Me leyó la mente.

—Tonto. Como si necesitara pedírtelo... En fin... ¿Qué significa para ti el nombre «Ofelia»?

Sí, lo sé. Fui una estúpida. Pude haber aprovechado mejor la maldita pregunta.

James bebió un largo trago y miró hacia el mar.

—Eres cruel, casa-divorcios...

Bufé.

—Oh, claro, porque tú no, ¿cierto? Revolver mi oscuro pasado con mis

veinte exesposos es algo muy propio de un corazón lleno de bondad y comprensión...

Suspiró.

—«Ofelia» es una de las palabras más importante de mi vida.

—¿Por qué? —inquirí ansiosa.

—Espera tu turno... —Media sonrisa—. Me toca, así que... ¿con qué exesposos te acostaste?

Mierda... ¿Por qué a mí? ¡¿Por qué a mí?!

—Con Rich Bob. —Entrecerró los ojos descubriendo mi omisión—. *OK, OK...* Y con Carlo, el chef *sexy* de la TV. —Robé la botellita y tomé.

—¡Lo sabía! —exclamó al estilo «¡Eureka!».

—Sí, claro... —Me burlé poniendo los ojos en blanco—. Ahora a mí. ¿Por qué «Ofelia» es una palabra tan importante para ti?

—Porque representa a la mujer que me lo ha dado todo y, a la vez, que me ha dejado el vacío más grande que una persona pueda sentir.

Auch. Sentí una extraña sensación en el pecho. «Ofelia» resultó ser más importante de lo que había pensado.

—*OK*. Tu turno.

Se fregó las manos como una mosca. Baboso.

—¿Te acostaste con Axel?

—Alex, torpe... y no, no me acosté aún. Por tu culpa, claro...

Sonrió con suma satisfacción.

Bobo.

—¿Y piensas hacerlo pronto? —preguntó rápido y sin dejar de mirarme.

Entrecerré mis ojos y él chasqueó la lengua.

—Mi turno. —Acomodé mi voz. Preguntaría algo que, no sé por qué, pero sabía me costaría hacerlo—. ¿Te gustaría volver a tener a Ofelia en tu vida?

Me miró y frunció el ceño.

—Tus preguntas son bastante extrañas, ¿sabes? —Suspiró—. Bueno, en realidad, no. La vida es así. Todo tiene un principio y un fin. Sin embargo, daría lo que fuera por tenerla frente a mí para decirle cuánto la quiero. Es algo de lo que me arrepiento no haber hecho antes de... —Se le quebró la voz, pero se contuvo al mirar hacia el océano—... antes de que me abandonara.

Uff. Jamás en mi vida imaginé una respuesta como esa. Lo miré sin pestañear, pero traté de disimular mi desconcierto.

—Tu turno... —le recordé, ofreciéndole un sorbo.

James sonrió agradecido.

—OK... ¿Piensas acostarte con Axel en lo pronto?

Suspiré.

—Me pidió que lo hiciéramos esta noche. Así que mi respuesta es «sí».

Ambos tragamos saliva sin quitarnos un ojo de encima.

—Ya veo... —Bebió y hundió su mirada en la oscuridad de la orilla.

Oh, Dios mío. Su expresión me revolvió todo. Sus ojos parecieron perder ese vigor que solían tener. O no sé, tal vez fue algo que quise ver yo. Lo único que supe fue que mi respuesta lo había alejado unos mil kilómetros, aunque lo tuviera a solo unos pocos centímetros de mi cuerpo. Y yo no quería eso. Absolutamente no.

—¿Sientes algo por mí?

Sí, así de rápido la cagué. Jajaja.

Su rostro se giró en milésimas. Sus ojos escarbaron los míos con tal profundidad que no me percaté del sutil acercamiento hasta que sentí su cálido aliento en mi piel.

—No me preguntaste si verdad o consecuencia... —susurró.

—Hace rato que ninguno de los dos lo hace...

—¿Amas a Alex? —preguntó a un dedo de mis labios.

—¿Dijiste «consecuencia»? Pues entonces si sientes algo por mí, bésame, James... —sentencié sin vueltas y con los ojos penetrando los suyos.

El sonido del mar era el perfecto fondo para ese beso que me quemaba la boca. Ese beso que me hizo cerrar los ojos del placer. Ese beso que me llevó a recordar parte de lo que nunca creí que rememoraría...

«—James... James... —lo llamé desde la cama, aún ebria y con el estómago revuelto.

El enano apareció. Y cómo... Su torso desnudo, su cuero mojado y su cabello desprendiendo cristalinas gotas de agua, pues acababa de salir del baño, envuelto por una pequeña toalla de la cintura para abajo.

—Aquí estoy, Mel, aquí estoy... —expresó, sentándose en el borde la cama.

Le tomé la mano y, aunque mareada, enfoqué mi mirada en su tranquilo rostro de duende.

—Por favor, quédate conmigo, no me dejes sola, ¿sí?

James sonrió con dulzura y se acostó a mi lado para acariciarme el cabello con una delicadeza que ni en sueños hubiera esperado. Pero no pudo hacerlo

por mucho tiempo más, pues yo, Mel Adams cavernícola, lo tomé del brazo obligándolo a abrazarme en posición... en posición «cucharita».

—Ay, Mel... Eres realmente increíble... —me susurró al oído con cierto tono de excitación.

—Y tú, James, eres mi... eres mi...»

Abrí los ojos. ¡No quería recordar más! Todo ese recuerdo no era más que de «aquella noche oscura» en la que... ¡En la que escribí que me casaría por última vez porque estaba enamorada!

James abrió los ojos y al ver mi expresión de espanto, frunció la frente, pero...

¡Flash!

Y sí, otro fotógrafo. Sin dudas, esa sería la imagen de la semana... Cielos.

—Mel, no sé por qué tú...

—iiiiiiiiiiii;Meeeeeeellllllllldddddddd!!!!!!!!!! —lo interrumpió el llamado de... ¿Alex?

El duende y yo abrimos los ojos como platos y nos erguimos en un santiamén. Me puse los zapatos, corrimos en dirección a la puerta de Ofelia II y... Oh, por Dios. Alex totalmente ebrio, sostenido por Robert Collins.

—Cariño, esta vez, es tu príncipe el que necesita ser rescatado... —dijo Kate de brazos cruzados y a unos pasos de mi prometido.

—Sí, parece que te necesita, Mel. —Bajó a Puddle y, regalándome una última intensa mirada, se despidió dejándome totalmente perdida—. Que terminen bien la noche. Adiós...

Y se fue. ¡El maldito enano irlandés se fue!

Pero más allá de toda la mierda de confusión que sentía en ese preciso momento, mi cerebro no dudó en burlarse de mí.

«Jajaja. Pensar que todo esto fue solo para saber si fue el autor del gas y ni eso conseguiste descubrir... Ay, Mel... Ay, ay, ay...»

Mierda.

Capítulo 25

—Está bien, Kate. Te agradezco por la ayuda. Lo mismo a ti Robert. Gracias...

Les dije una vez que me ayudaron a dejar a Alex sobre la cama. Ambos se despidieron, dejándome junto a él. Bueno, en realidad, más bien «sola», pues el príncipe azul estaba devastado, dormido y boca arriba, aunque su misteriosa entrepierna estaba alarmantemente despierta, por decirlo de alguna manera.

«Sí, sí, entiendo todo lo que estás pensando, pero vamos... Sé que tienes curiosidad... Es solo un vistazo, ¿qué dices?», me invitó mi cerebro.

«OK, solo una ojeada. Después de todo, soy su futura esposa, ¿no? Creo que ya puedo darme ciertos derechos...»

Me acerqué hasta la cama, me senté a su lado y, muy despacio, comencé a deslizar la mano hacia el botón de su pantalón. Un movimiento por aquí, otro por allá y ¡listo! Desabrochado. Objetivo 1, cumplido. Quedaba la bragueta, así que, con cautela, la tomé y empecé a abrirla hasta que lo logré. Maravilloso. Objetivo 2, cumplido también. Pero venía el más importante... Ver «la misteriosa anaconda». Aspiré todo el aire que pude, tomé el borde del *boxer* y lo estiré, despegándolo del marcado vientre de Alex.

Oh, sí, solo era cuestión de acercar mi rostro un poco más y...

¡Mierda! ¡No pude hacer nada! La mano de Alex aprisionó mi muñeca y, con esa fuerza que te hacía que el verano llegara en segundos, me arrastró hasta su cuerpo. Ajám... De estar sentada, aparecí acostada a su lado, envuelta en sus brazos, pegada a su pecho y, por sobre todo, presionada por su...

—Grrrr... Mel... Hoy te hago mía, solo mía... —me susurró pasional.

«¡Por Dios! ¡¿Así me lo dices?! ¡Miauuu! ¡¡Grrrr!! ¡Y yo te haré pedazos, cariño! ¡De esta no te salvas!»

—Mmmh... Alex... —dije al mismo tiempo que puse mis manos sobre su pecho.

¡Cómo latía su corazón! ¿Y sus caricias? ¡Wow! Me estaban aniquilando. Su mano derecha acariciaba y apretaba mi seno izquierdo, y su zurda presionaba mi espalda hacia su cuerpo. Oh, cielos... Y esa mano que tocaba mi trasero en forma circular y tan sensual... Esa mano que...

«Un momento... Contemos, por favor.

Mis manos: sobre el pecho de Alex.

Mano derecha de Alex: sobre mi seno izquierdo.

Mano izquierda de Alex: presionando mi espalda.

Eso da un total de... cuatro manos, o sea dos personas. Entonces...

¡¿De quién demonios es la mano que toca mi culo?!»

Horrorizada de ver una mano ajena a nosotros dos, giré mi rostro y...

—¡Cochino pervertido y degenerado! —exclamé, dando un salto que me dejó de pie y frente a... Sí, Rich Bob.

—Gracias, preciosa. Me encantan tus halagos. Ahora, qué tal si mejor vuelves a la cama y me haces un espacio, ¿eh?

La fiebre subió hasta mi cabeza como gaseosa agitada. Tomé el primer cojín que encontré y empecé a darle por todos lados sin parar.

—¡Vete de aquí! ¡Vete ya, puerco asqueroso!

Rich se cubría como podía, aunque no dejaba de reír, el muy idiota.

—Ya, gatita, ya... Es que habiendo visto la puerta abierta, no pude evitarlo. Ahora, si quieres puedo esperar en la sala. El sillón parece muy confortable también...

Frené los almohadazos y lo fulminé con la mirada.

—Escúchame, pedazo de soquete, o te vas de aquí o hago pública la foto de tu culo. ¿Oíste?

Sonrió.

—¿En serio? Pues atrévete y yo haré conocer la verdadera historia de nuestra boda. ¿Qué dices, Mel? —me dijo desafiante y a pocos centímetros de mi boca. Tragué saliva—. Claro, a menos que dejes a este estúpido y decidas volver a casarte conmigo... —Fruncí el ceño y él se ofendió—. ¿Crees que no sé lo que en realidad significa para ti? ¡Vamos, Mel! ¡Es un hecho! Lo veo cada vez que te miro a los ojos. Admítelo... —Susurró las últimas palabras, acercándose para besarme, pero...

—¿Quieres saber qué es lo que ves en mis ojos?

Rich detuvo su avance para contestarme, aunque sin perder la sensualidad.

—No necesito. Lo sé. Pero me encantará oírlo salir de tus labios, belleza...

—Dolor. Tristeza, Rich. Eso es lo que siento cada vez que te veo.

Y apareció el silencio.

Creo que fue la primera vez que vi cierta seriedad y expresión adulta en él. Lentamente, se alejó de mi rostro, aunque sin quitar sus anonadados ojos

de los míos.

—No te creo. Aún recuerdo nuestros momentos de pasión, Mel. Yo lo sentí. Tú estabas enamorada de mí. No lo niegues...

—No lo niego. Pero como bien dijiste «estaba». Ya no. Y disculpa, Rich, pero luego de lo que pasó esa noche, descubrí también que en realidad nunca estuve enamorada de ti, sino de un Rich que solo existió en mi cabeza. —Me alejé acariciando su brazo y bajé la mirada—. Deberías saberlo. No es nada nuevo lo que digo. Aun así..., lo siento.

No dijo nada. Solo me miró una vez más y se marchó en silencio, algo que nunca hacía el «gran Rich Bob».

Suspiré profundo y giré mi rostro. Alex dormía como si nada hubiera ocurrido.

Y mejor que así fue.

Sin dudas, mejor.

**

No había podido pegar un solo ojo en todo lo que quedó de la noche. Pensé que el motivo de mi insomnio era estar acostada al lado de pedazo de hombre sin poder hacer nada, pero al ir al sillón de la sala de su habitación me di cuenta que eran otras las causas. Sí, tal vez todo lo vivido hasta entonces, más los preparativos de la boda y los medios que no dejaban de perseguirme. Pero, muy en el fondo, sabía que lo único nuevo en todo eso y que verdaderamente me preocupaba era... era James. Ahora, por qué rayos me importaba tanto, no lo sabía. Quizás la buena química entre los dos, su ayuda incondicional, más su hombro y oído habían ablandado una parte en mí que hacía tiempo creía muerta. La verdad, no lo sabía. Lo único que supe en ese momento era que quería ayudarlo, pero a la vez no. Y no porque hasta entonces fuera una maldita egoísta, sino porque ayudarlo implicaba esa palabra que de alguna manera sentí atentaba contra mí: «Ofelia». Y sí, en cuanto me pregunté por qué algo tan inofensivo como un nombre podía jugar en mi contra, supe que estaba en un gran lío. A eso súmenle lo del beso y el recuerdo de «aquella noche»...

«Basta, Mel, basta. No confundas amistad o buena vibra con... con algo más. La puedes cagar. Es normal que esto te ocurra y que, por miedo a perder a alguien que acabas de descubrir maravilloso y único, se te confundan los sentimientos, pero piensa bien y contrólate, ¿sí?», me dije.

Aunque...

«Escúchame, cariño. Con los amigos no se siente esa química que está haciendo estragos aquí arriba (y en otras partes también, claro...). Tampoco se está constantemente evitando cualquier roce por miedo a caer en el inevitable y tempestuoso sexo que terminas reprimiendo con sueños pedorros y de cuarta, ni tampoco se está tanto tiempo conteniendo celos estúpidos en torno a un nombre. Así que, sé adulta y enfrenta la puta realidad como tal, ¿quieres?», me interrumpió mi cerebro.

Ups. *Enfrentar...* Quién iba a decir que con mi carácter esa palabra era la que más me costaba, al menos en su sentido profundo, pues, me gustara o no, siempre terminaba haciendo lo que los demás creían mejor y más correcto a la vista de la sociedad.

Cielos.

Me sequé la lágrima rebelde que rodó por mi mejilla y, viendo que eran las 4 a.m., me levanté del sillón y marché a mi habitación. Quería irme antes de que cualquiera se levantara.

Empaqué todas mis cosas, hice un par de llamadas para conseguir el pasaje y, sin dejar aviso alguno, partí al aeropuerto.

El fin de semana terminaba para Mel Adams.

Solo para mí, claro...

**

Veintisiete llamadas perdidas, y cincuenta y dos mensajes en el correo. Esa fue la primera imagen que tuve el lunes por la mañana: la pantalla de mi móvil.

¿Qué pasó el domingo? Dormí. No quise hacer otra cosa que no fuera eso. De hecho, ni bien llegué a mi apartamento, dejé mi valija en el living y, al mejor estilo bella durmiente versión marmota, me lancé sobre la cama sin intención alguna de volver al estado de vigilia. ¿Si apareció algún príncipe para despertarme? Por todos los cielos... Estamos hablando de mí, ¿OK? Y a falta de Puddle, lo que me levantó de mi profundo sueño fue el puto timbre. Magnífica forma de empezar un lunes.

Por supuesto que no quise atender y directamente fui a la cocina para desayunar. Miré la isla vacía y, resignada, apunté a la cafetera.

«No, mejor no...»

Suspiré profundo y, muy en contra de mis deseos, me vestí con la primera

ropa deportiva que encontré y bajé para comprar algo decente que beber.

—¡Señorita Adams! —vociferó Peter justo cuando estaba a punto de salir. Revoleé los ojos antes de darme vuelta.

—Peter... Buenos días. —Y mostré mi «tan» natural sonrisa.

—¡Señorita Adams! ¡Al fin la encuentro! —dijo agitado, al acercarse.

«Mmmhhh... Buena forma de continuar el lunes: hablando con el hombre más metiche de toda Nueva York. Genial, Mel, genial...»

—Sí... Qué bueno... Ahora, si me disculpas, debo...

—Oh, señorita Adams, sé que debe estar ocupada, pero alguien quiere ver...

Y no pudo terminar, pues mi pastelito apareció corriendo lleno de felicidad.

—¡Oh! ¡Mi Puddle! ¡Mi Puddle! —expresé, alzándolo en brazos.

—Jeje... Pues eso. El señor James acaba de acercarse, pero como usted no lo atendió...

—¿James? —inquirí impulsiva.

Definitivamente mi expresión fue contundente, pues Peter se quedó sin palabras al verme tan expectante.

—Exactamente... —dijo incómodo y preocupado.

—¿Y no dijo nada más? —pregunté ansiosa.

Peter negó con la cabeza. Creo que percibió mi desilusión.

Sin saber bien cómo terminar aquella situación de mierda, pestañee varias veces y sonreí de forma efímera. Tomé a Puddle de su correa y, a punto de salir del edificio, me detuvo.

—Espere.

—¿Sí? —Di media vuelta tratando de contener la ansiedad.

—No dijo nada, pero dejó algo. Dijo que era suyo...

—¿Dejó algo? ¿Para mí? —Sonreí entusiasmada.

«¡Wow! Parece que la Era cavernícola va llegando a su fin...»

—Sí, pero no sé si deba dárselo aquí y ahora...

—¡¿Pero qué rayos dices, Peter?! ¡Dame el maldito paquete de una vez por todas!

Frunció el ceño.

—Pues no vino en paquete precisamente, pero... —dijo, acercándose a uno de los cajones de su elegante mesa de entrada. Abrió y, tragando saliva, extendió su mano para entregarme el... dildo.

«¡Trágame, puta tierra, trágame!»

—¿Qué es eso, Peter? Me estás ofendiendo... —expresé nerviosa y mirando hacia todos lados.

Puddle alzó sus orejotas y empezó a llorisquear.

—El señor James dijo que era suyo, pero que se lo entregara discretamente. Aunque, bueno, usted acaba de decirme que se lo diera ahora. Y yo...

—¡Ya basta! —dije enfurecida mientras, disimuladamente, tiraba de la correa, pues Puddle tironeaba en dirección a la «cosa fucsia»—. Eso no es mío y, seguramente, fue una de las estúpidas bromas de James. ¿OK? Así que tírelo —ordené tras mentir.

—¿Qué lo tire? Pero si es suyo...

—¡Que no es mío!

Y, por supuesto, como no podía ser de otra manera, cuando Peter abrió su tacho para deshacerse del gomoso «juguete», Puddle, mi tan querido Puddle, tiró fuerte y logró arrebatárselo para mordisquearlo.

Mierda...

—Disculpe, señorita Adams. Me dijo que era suyo, pero que Puddle lo usaba para «jugar». —Rio al decir la última palabra.

Lo que me faltaba: el conserje riéndose de mí. ¿Y todo gracias a quién?

«Mmmhhh... Tal vez la Era primitiva dure un poco más, Mel. Lo siento.»

Maldito irlandés burlón. Como si no hubiera sabido que lo había hecho adrede...

—Puff... Sí, es de Puddle, ¿OK? Ahora, por favor, hágame el favor de guardarlo, al menos hasta que vuelva. No puedo salir con eso en la mano...

Peter sonrió e, incluso, casi se meía de la risa. Creo que solo se contuvo al ver mi rostro de posible asesina serial.

Abrí la puerta y salí del edificio.

«Estúpida... ¿Qué otra cosa podías esperar de James? ¿Qué te hiciera el desayuno? ¿O acaso eres tan necia que lo imaginabas entrando a tu departamento como si nada?»

Pero...

«Espera. ¿Por qué no quiso subir? ¿Solo para hacer esa estúpida broma? No, no es tan pesada como para ausentarse o huir. Tiene las llaves, no tiene filtros, yo no hice nada malo y... *Un trato es un trato...* Oh-Oh... Esto huele mal, muy muy mal...»

Rápidamente, compré un café y, sin dar más vueltas, me acerqué al puesto de revistas.

—Buenos días... Llevo esta —dije, tomando un ejemplar de *Revista Emotiva*, pero al verme en las tapas de otras dos no pude evitar comprarlas—. Y estas también.

En cuanto subí la mirada, el hombre parecía hipnotizado en mi figura.

«WTF?!»

Fruncí el ceño y, aun así, el degenerado parecía no importarle que yo misma contemplara su cochina y descarada mirada. Pero como si fuera poco...

«¿Se está mojando los labios con la lengua?! ¡Y lo hace lento y sin dejar de mirarme! ¡Oh, por Dios! ¡Es una invitación y... asquerosa!»

Tomé el vuelto y, más rápida que un rayo, volví a mi edificio. Claro que al entrar tuve que llevarme el dildo.

«¡¿Qué mierda fue todo eso?! ¡¿Qué fue?!», me pregunté mientras intentaba abrir la puerta de mi casa. Y claro... ¿Qué mejor momento que ese para cruzarme con la señorita Wilson?

—Oh, Buenos días... —expresé con una sonrisa tímida. Pero no obtuve respuesta, pues los ojos de mi vecina fueron directo a mi mano que... sostenía la «juguetona» goma rosa.

«Tranquila, Mel, recuerda que las apariencias siempre engañan...»

«Sí, claro. Nadie pensará nada extraño de una mujer que a las 7 a.m. entra a su casa con un café, varias revistas y un dildo en la otra mano como si de una rosquilla se tratara, ¿cierto?»

Miré mi mano y reí nerviosa.

—Jeje... Es de... Es de Puddle —dije como si eso sonara mucho mejor a lo que estuviera pensando. Y volví a sonreírle, pero la maldita «señorita decencia», ya en el ascensor, no hizo más que mantener aquella mueca de desagrado hasta que las puertas se cerraron. Largué todo el aire—. Estúpida Wilson...

Tomé las llaves, abrí la puerta, solté a Puddle y entré para abrir velozmente las putas revistas.

Y dejé a *Emotiva* para después.

«Jejeje... O tienes miedo o ya sabes que lo mejor siempre se deja para lo último, ¿no, cariño?», me dijo mi cerebro.

«Oh, cállate, por favor...»

Abrí una de las dos revistas y...

«Mel Adams: ¿Una cenicienta indecisa o Flash reloaded?»

¡Malditos hijos de perra! ¡Lo último que faltaba era que me hicieran ver como la versión prostituta de la *Cenicienta*! Todo una nota llena de insinuaciones, de sarcasmos (en la que aclararon que la analogía con *Flash* fue en referencia a mi necesidad de vivir «en solo unos días» mis últimos momentos de soltera) y, por supuesto, plagada de fotos mías con Carlo en el shopping, con Alex a punto de besarme y... ¡Oh, por todos los cielos e infiernos juntos! ¡Al final de la nota, la foto de James y yo en la playa!

¿Y la segunda revista? Por supuesto que no fue muy diferente a la primera.

«*Una princesa para nada tonta. Mel Adams antes de su último cuento de hadas*»

La nota muy similar, aunque dando énfasis a la posibilidad de Rich Bob como mi futuro esposo.

Sí, cómo no...

«Bueno, hasta ahora no has tenido ningún infarto, aunque...»

Tomé aire con todas mis fuerzas, me dejé caer sobre el sillón y miré la tapa de *Revista Emotiva*.

«*Mel Adams y su última boda*»

Rayos. Era un número especial pura y exclusivamente dedicado a los detalles y preparativos de mi último casamiento. No por nada la portada era la foto que me habían tomado con mis veinte exesposos, Alex y... James.

«Al menos no se nota que estabas sin bragas. Jejeje...»

Puff. De solo recordar ese momento, me volvieron las ganas de ahorcar al idiota de Rich. En fin...

La abrí y empecé a leer las primeras dos páginas para no sorprenderme tanto con lo que fuera a encontrar, aunque...

Primera página (clásica nota introductoria de la editorial):

Editorial

Orgullo y felicidad

Cuántas veces nos preguntamos «¿Qué es lo que nos hace felices en la vida? ¿Es lo mismo que sentir orgullo?». Pues bien, es un tema que podría llevarnos desde varios números a toda la vida. No obstante, no me centraré en ello, pues estas palabras no tienen otra intención que no sea la introducción al contenido general de este número.

Sí, Mel Adams se casará. Y pareciera no ser algo nuevo para nadie y

mucho menos para ustedes, queridos lectores. Pero como bien ya sabemos todos, en esta ocasión, nuestra más famosa y talentosa columnista de moda nupcial se unirá en matrimonio, pero por última vez. ¿Nostalgia? ¿Melancolía? ¿Tristeza? Tal vez esos sean los sentimientos de muchos, pero no los míos. Como Directora y fundadora de la revista, siento orgullo por saber que una de mis mejores periodistas cumplirá su sueño. Pero, como madre, no siento más que felicidad de saber que mi única hija se casará y... por amor. Entonces, ¿qué es la felicidad? No sabría explicarlo con precisión, aunque sí puedo asegurarles que existe, pues hoy la siento al ver a mi hija feliz.

*Rachel Adams
Directora y CEO*

Mierda. Solo eso podía ser proviniendo de R. Puro «bla-bla» comercial y meloso para vender más. Solo eso.

Chasqué la lengua y fui a la página siguiente...

Sumario

06 Historia de Mel Adams. Una vida antes de las bodas.

12 Mel y sus veinte casamientos.

30 Vestidos, diseñadores e ideas inspiradoras.

40 Wedding planners. Detalles de cada evento.

50 Connie Jo. Exclusiva con la planificadora de la última boda.

58 Ciudades y lugares de cada evento.

70 Despedida de soltero del misterioso futuro esposo.

74 Novios, exesposos y... candidatos.

OK... ¿«Candidatos»?

Qué rayos...

Salteé todas las páginas y fui directo a la 74.

«WTF??!!!!!»

¡¿Pero qué era eso?! ¡Jesucristo! ¡Jamás en mi vida hubiera imaginado aquella sección!

¿Cómo explicárselos? A ver... Eran dos páginas dedicadas a cada uno de

mis exesposos. Más bien una entrevista, cuyas profundas preguntas y respuestas contrastaban de forma absolutamente ridícula con lo que veían mis ojos. ¿Por qué? ¡Porque cada uno de ellos aparecía en pelotas! OK, OK, casi en pelotas... Digamos que en... ¡«moda cojines»! Por supuesto que cada uno tapaba «sus partes» con algún elemento alegórico a su profesión. Y por la originalidad y puercada de idea, no tardé en imaginar a quién se le había ocurrido. Cielos... Jamás olvidaré las que más me impactaron.

Título: *«Las segundas partes nunca son buenas. Pero yo soy la excepción»*

Foto: Por supuesto que de Rich Bob, salvaje y desnudo con la guitarra eléctrica como única vestimenta.

Sin palabras.

Título: *«El amor es un juego. Nunca sabes si ganarás o perderás»*

Foto: Tony Vegas, desnudo, aceitado y con una enorme pelota de baloncesto tapando, valga la redundancia, sus propias bolas.

Título: *«¿Amor? Es como todo buen plato hecho con receta. Vive cada etapa en su debido momento y ¡Bon Appetite!»*

Foto: Carlo Montieri, en cuero, también superaceitado, con ambos brazos detrás de su cabeza y con el gorrito de cocinero, ahí, sobre su pelvis, a «noventa» grados de su sensual postura.

No me pregunten cómo lo hizo...

Pero como si eso hubiera sido poco, los últimos dos fueron... fueron los que casi me dan un infarto múltiple.

Título: *«Sí, lo admito. Curo corazones»*

¿Imaginan de quién es?

Foto: Alex Said, con todo el torso desnudo, mojado, con su mano tatuada sobre el pecho del lado del corazón, ojos entrecerrados (su color celeste aturquesado), labios entreabiertos y... vestido solo con un estetoscopio colgado de su cuello. Por supuesto que la imagen solo llegaba hasta el inicio de su misteriosa pelvis...

Y lo peor...

«Al fin lo mejor, cariño...»
«¡Cállate, maldito sesos!»

Título: «*No, el amor no es para mí. Yo solo curo las penas...*»

Oh, sí... Ya deben saber de quién fueron esas ¡malditas y estúpidas palabras!

Foto: James O'Brian en pelotas, apoyado sobre una barra, con una mano acariciándose el cabello, y la otra sosteniendo una gorda, gruesa y laaaarga botella de *whisky* irlandés que tapaba su... puff... que tapaba a Willy.

¿Qué hice en cuanto terminé de ver eso? Bueno, los primeros cinco segundos fueron de absoluto silencio, de mirada perdida en el techo y de respiración profunda para pasar a los próximos en los que no hice más que gritar e insultar ¡al estúpido enano irlandés!

—¡Maldito y sensual James! ¡Acabaré contigo y con la estúpida de Kate! —Vociferé mientras intentaba, inútilmente, destrozar la irrompible revista de R. Puddle me ladraba—. ¡Malditos hijos de p...!

Pero...

«¡Clink!». Sonó mi móvil. Era un correo. Uno más de los ochocientos mil que habían llegado durante la noche del domingo. Pero esta vez lo quise leer (sin poder evitar mis instantáneas respuestas mentales, claro), pues era de Alex.

De: Alex Said

Para: Mel Adams

Asunto: ¿Furiosa?

Hola, dulzura. Seguramente cuando veas de quién proviene este mail ni quieras abrirlo. De todos modos, hago el intento.

Estoy seguro que debes estar hecha una furia por mi... último comportamiento. Debo confesarte que hacía años no me soltaba tanto. (¿En serio? Cielos...) Me dejé llevar por la diversión del momento, el alcohol y la alegría en general (Bienvenido a mi mundo, príncipe). Pero quiero que sepas que estoy arrepentido (WHAT?!). No quiero que pienses mal de mí ni nada por el estilo. Realmente si me abandoné a la situación fue solo por la felicidad y la ansiedad de gritar a los cuatro vientos que yo soy tu futuro esposo y nadie más (No te culpo, no es fácil enfrentarse literalmente al

largo pasado de tu prometida y menos si no puedes decir ni hacer nada). *Pero bueno, ya ves que no salió todo tan bien y arruiné nuestra hermosa noche (En realidad, no fuiste tú, sino la mano de Rich Bob. Pero nunca te enterarás de semejante guarrada, claro).* *Aun así, no creas que estuve tan mal como para haber olvidado lo que te dije mientras bailábamos... (Jeje, lo sé, tu cuerpo lo recordó hasta último momento, cariño).* *Sé que no es el momento de volver a expresarlo, pero no puedo evitar decirte los deseos que tengo de dormir junto a ti, Mel. No te das una idea... (Mmmhh... Si supieras que fue lo único que hicimos esa noche, hubieras utilizado otra palabra, príncipe)*

Bueno, espero que no te enfades al leer esto. Es lo que menos quisiera, más aún a horas del momento que se nos acerca. (Espera... ¿Tan ansioso estás por nuestro casamiento que cuentas los días en horas? Cielos...)

Te adoro, dulzura. (Oh, qué tierno...)

Te necesito, Mel. (Yo también)

«¿La peor mierda del mundo de las princesas? ¿Así te sientes? Jejeje... Pues al fin estamos de acuerdo en algo, Mel.», dijo mi cerebro.

Bufé y suspiré hasta dejarme caer sobre el sillón. Puddle se acercó a mí, me lamió y se echó al lado mío sin dejar de mirarme con esas pupilas enmarcadas de medialunas blancas.

«Rayos... Me siento una mierda con patas... Pero además todo este asunto con el duende... Yo... puff... ¡Al demonio! ¡Llamaré a Sísifo! No creo que le moleste adelantar la sesión.»

Capítulo 26

—No hacía falta que las trajeras. Ya las leí... —dijo Albert, cerrando una de las revistas que yo también había comprado.

Me acerqué hasta el sillón, me senté, las lancé sobre la mesita y bufé con la mirada fija en él.

—Pues aquí tienes dos más, aparte de la que recién estabas leyendo, Sisi. Hizo una mueca de disgusto por el apodo.

—Te acabo de decir que no hacía falta. —Señaló el escritorio del fondo de su consultorio. Había una pila de revistas—. Compré todas.

Mierda.

—Dios me bendiga por tener un terapeuta que se interesa tanto por mi vida y, lógicamente, por mi bienestar... —bromeé punzante.

Sísifo, tranquilo, sonrió y pestañeó solo una vez.

—Adelante, Mel. Te escucho.

—¿En serio? No creo que haga falta. Ya leíste todo sobre mí, ¿no?

—Bueno, si lo que dicen las revistas es lo mismo que tú piensas, entonces no sé qué haces aquí, cariño.

Suspiré frustrada. Lo miré y me sonrió con compasión.

—Albert... Soñé con él.

Sonrió pícaro.

—Ajám... ¿Y dónde estaban? ¿En tu casa? ¿En su consultorio?

Entrecerré los ojos y ladeé mi cabeza hacia mi hombro.

Y...

—¡Oh! Sí, claro. También con él. Sí, sí. Bueno estábamos en una especie de prado, él vestido de guerrero y yo de amazona, a punto de hacerlo con toda la pasión del mundo, pero luego sonó el tema de *Psicosis*, haciendo que yo apareciera vestida con mi pijama de niña, y Alex se convirtiera en Puddle. Jeje... —lancé de un solo tirón y casi sin aire.

Albert enarcó una ceja.

Silencio.

Tragué saliva.

—¿Qué? Sisi... Por favor, no me internes, ¿sí?

Albert rio al punto de tener que sacarse las gafas.

—Oh, Mel... —expresó, secándose las lágrimas.

—Sí, lo sé, contado así pareciera que relaté una película cómica y erótica de bajo costo.

—Pues sí, pero no es eso. De todo lo que dijiste sin respiro de por medio, la palabra que más llamó mi atención fue «también».

Fruncí las cejas.

—¿«También»?

Él asintió con la cabeza. Pensé por unos segundos y... Cierto.

—Claro... El tema es que... —Me rasqué la oreja, luego empecé a mirarme las uñas—. Soñé con James.

—Oh... —dijo, tomándose el mentón.

—Sí... Y creo que, desde entonces, no he hecho más que tonterías...

—Mmmhhh... Ya veo. Y dime, Mel. ¿Llegaron a hacer algo en el sueño?

—¿Algo? ¿Algo cómo qué? —pregunté estúpidamente nerviosa. Albert me miró sonriente—. ¡Oh, claro! «Algo», jeje... ¡Hum! ¡Hum! Pues no... En realidad, estuvimos a punto, pero gracias al cielo, mi cerebro se compadeció de mí y evitó la catástrofe cambiando su voz por la de una niña. Jeje...

—¿La voz? Eso quiere decir que dijo algo y con un nuevo tono que evitó que tuvieran relaciones a las que tú acabas de llamar «catástrofe», ¿cierto?

—Exacto.

—Ajám... —Anotó algo en su libreta—. OK, Mel, ¿y qué dijo esa voz de niña?

—Perdón, ¿que, qué? —inquirí distraída, nerviosa.

Volvió a sonreír. Estúpido *Sísifo*. Ya me estaba recordando a... Mejor ni lo nombro.

—¿Qué dijo la voz de niña que puso James, Mel?

Tragué saliva por enésima vez.

—Hum... Me invitó a hacer lo que siempre hago: ver mi film favorito con helado de chocolate. —Sonreí y pestañeeé más de la cuenta.

—O sea que te invitó a hacer lo que haces para evitar tener sexo con alguien...

—No, eso no es cierto. Es algo que me encanta hacer y lo sabes. Solo que suelo bromear con eso de que prefiero comer un cuarto de helado que a un hombre. —Reí, pero él no—. Ya sabes... «Comiendo helado y viendo una película romántica, recibo más dulzura y amor que los que pueda darme un hombre» —me cité risueña.

—Mmmhhh... «Dulzura y amor». O sea que, más o menos, con lo que acabas de decir, afirmas que sabes que un hombre puede darte ambas cosas.

Suspiré y reí.

—Bueno, sí, pero justamente, menos que viendo mi film favorito y comiendo helado.

—¿Y cómo lo sabes? ¿Acaso ya has recibido ese tipo de amor por parte de un hombre?

Silencio.

—Creo que no... Pero Alex... Siento que Alex lo está haciendo y de a poco. Es un hombre increíble.

—¿Ya te lo ha demostrado en la cama?

«¡Ja! ¡Como si hubiera sido tan fácil!»

—No, siempre por un motivo u otro no hemos podido, pero...

—Me pregunto por qué aquel sueño lo tuviste con James y no con Alex...

—¿Te preguntas por qué? ¡Jajaja! ¡Porque no puedo estar con James! ¡Tan simple como eso, Albert! ¡Está prohibido! Y tú sabes mejor de estas cosas que yo.

—Es cierto. Lo prohibido atrae... Ahora, ¿por qué está prohibido James?

—¿Cómo «por qué»? ¡Jeje! Porque estoy a punto de casarme y no con él.

—Siendo así, debiste soñar eso con todos los hombres que deseas y que no se casarán contigo, Mel. Sin embargo, solo lo soñaste con James. La pregunta es ¿por qué solo con él?

Bufé.

—Porque es un maldito duende irlandés, arrogante, sin filtros, primitivo, cavernícola, extremada y preocupantemente sincero que no soporto. —Respiré recobrando el aire y, luego de unos segundos, ya más tranquila, posé mi mirada en el techo—. Aunque eso no quita que le esté agradecida, claro. Estos días me ha ayudado tanto... —Sonreí al recordar—. ¿Sabes? No cualquiera guarda tus bragas para que nadie descubra que estás en pelotas... —Albert frunció las cejas, pero luego volvió a concentrarse—. ¿Dime cuántos hombres, a cambio de nada, te han salvado de volver a caer en las garras de un idiota? Hasta entonces, a mí ninguno. Y eso sin contar la buena intención de acercarme a mi madre o de empujarme a ayudar a mi amiga...

Se hizo «ese» intenso silencio.

—Lo quieres, ¿verdad?

Miré a Albert a los ojos. Estuve a un paso de llorar, pero logré contenerme.

—Claro que lo quiero... Pero...

—Tienes miedo a perderlo.

Largué todo el aire y, vencida, asentí con la cabeza. Pero al darme cuenta de la magnitud de lo que había dicho, volví a hablar, aunque con un tono más «racional».

—No quiero perder a alguien como él. Es un gran amigo, lo sé. Y... confundir los sentimientos no hará más que echarlo todo a perder.

—Exactamente, Mel. Tú misma lo has dicho. Confundir los sentimientos hará que lo pierdas —me dijo, sonriendo dulcemente—. Relájate, te traeré un café para beber.

Suspiré profundo, puse los ojos en blanco y me apoyé en el respaldo del sillón.

«Confundir los sentimientos hará que lo pierdas.»

Menuda, estúpida y precisa frase.

Maldito *Sísifo*.

Maldita yo.

**

—¡Al fin! —dijo Kate, abriendo los ojos como dos pelotas de básquet—. ¿¿Dónde rayos estabas?? ¿No viste mis trecientas llamadas perdidas, «dulzura»?

—Tú... —dije enfurecida y señalándola—. Dame un solo motivo... ¡uno solo para no asesinarte! —Cerré la puerta de un solo golpe. Por experiencia, no volvería a dejar una abierta.

Kate frunció el ceño.

—¿Y ahora qué se supone que hice, eh? —Bufó enojada.

«¿En serio?», le dije con la mirada. Ella se encogió de hombros. Suspiré, tomé la revista y se la lancé.

—Ahórrate el trabajo y ve directo a la 74.

Y lo hizo.

—Oh, por Dios... Solo escuché lo que había salido, pero esto... Mmmhh... —Su primer gesto fue de sorpresa, pero luego, muy típico de Kate, frunció el ceño y mordió su labio inferior de forma asquerosamente babosa.

—¡Hum! —Tosí para captar su atención. Pero nada—. Ehhhh... Te recuerdo que son mis ex, Kate.

—Ajám... Tú misma lo has dicho: ex. —Y sonrió, mostrándome su blanco piano al mejor estilo payaso desquiciado.

Cielos...

—OK... ¿No crees que me debes una explicación a toda esa mierda?

Kate rio con cierto tono de indignación.

—¿Yo?! Pues si estoy aquí, es para que tú me des una explicación a mí, Mel.

Fruncí la frente.

—¿Es una broma? ¿Por qué soy yo la que debería darte una explicación, Kate? Tú eres la maldita Jefa de Redacción y, por ende, ¡eres la responsable de esa mierda de número especial! —Señalé la revista que aún mantenía en las manos.

—¡Felicidades! ¡Respuesta correcta! —Aplaudió irónica—. El problema es que no pienso ser responsable de lo que tú misma enviaste a «reemplazar», minutos antes de que se enviara a impresión, Mel.

—¿Qué? ¡¿Por qué demonios haría algo como eso?! ¡Yo no he enviado nada a nadie! Y de haberlo hecho, ¡jamás hubiera sido ese manojito de fotos cochinas! —exclamé indignada.

—¡Pues lo peor es que en cada una de las entrevistas adornadas de hombres en pelotas figura mi maldito nombre! ¡Pero esas fotos, por Dios, no son las que pedí, Mel! —Suspiró y volvió a mirar la revista—. No digo que estén mal, de hecho...

Su mirada se tornó la de la versión «Kate babosa».

—¡Enfócate! —le exigí.

—¡Hum! —Despertó del ridículo ensueño—. Estas fotos no son lo que le pedí al estúpido fotógrafo, Mel.

WTF!

—¡Pero qué rayos, Kate! ¿No sueles quedarte cuando se hacen?

—¡Estuve, Mel, estuve y hasta el final de la sesión!

—Entonces no puede ser...

Silencio.

Kate entrecerró los ojos y se mantuvo pensativa, analítica durante unos cuantos segundos hasta que...

—¡Maldita perra! —exclamó, lanzando la revista al piso.

—¿Quién?!

—¿Y quién va a ser!? ¡La zorra de Sophy!

—¿Sophy?!

—En cuanto terminó la sesión, la muy perra se llevó a todos tus ex y «candidatos» para una supuesta reunión que pidió R con ellos. —Furiosa, se

dejó caer contra el respaldo del sillón—. Ni se me ocurrió preguntar nada, pues es algo clásico en tu madre... ¡Mierda! Ahora estoy segura que no fue más que una mentira de esa puerca de Sophy para hacer la sesión cochina. ¡Oh, maldita zorra barata!

Suspiré.

—Ya, Kate, ya... Aun así, no termino de entender. Yo no he enviado nada ni tampoco Norman...

Instantáneamente, ambas nos miramos espantadas.

—Ralph... —dijimos al mismo tiempo.

Sí, algo raro había sucedido y sabíamos que eso involucraba, sin duda alguna, al pobre de Norman.

Me cambié lo más rápido que pude y salimos.

**

—Cielos, seguramente Sophy tomó su móvil y envió desde su cuenta de correo tu supuesta directiva de reemplazar mis fotografías con las que salieron, Mel —me dijo mientras ingresábamos al elevador.

—No lo dudo. El pobre de Ralph ha tenido que lidiar con ella desde que R aceptó que fuera el principal asistente. Y durante este fin de semana la ha tenido más cerca que otra cosa. A eso súmale las estupideces que le habrá pedido R y que, inevitablemente, lo han llevado a tener que estar cerca de ella, aún en contra de su voluntad.

—Pobre Ralph...

—Y pobre de ti. Incluso, pobre de mí... Creo que ninguno de los tres saldremos con vida.

—Estamos jodidos...

Suspiramos en simultáneo.

Se abrieron las puertas del ascensor y ¡voilà!

—¡Oh, por todos los cielos juntos, Mel! ¡Al fin aquí estás! —exclamó Florence, tomándome de los hombros.

—Dime que aún no ha ocurrido ningún despido ni asesinato.

Suspiró y se acomodó los anteojos naranjas.

—Creo que aún no, pero por la sonrisa de la piraña aquella —señaló con la mirada a Sophy. Sonriente, aguardaba junto a varios empleados en la puerta de la sala de reuniones—, no creo que falte mucho, Mel.

—¡Maldita zorra asquerosa! —exclamó, llamando no solo la atención de Sophy, sino también la del resto que enmudeció al oír el insulto de Kate.

—¡Shhhh! —La tomé de la muñeca y sonreí en dirección a Sophy. La perra me devolvió el gesto con una media sonrisa—. Ahora no, Kate, ahora no. Debemos esperar...

—¿Esperar qué? ¿A que lo despidan y no tenga oportunidad de conseguir otro empleo? ¿A que me echen y a ti también? ¿Qué rayos es lo que debemos esperar, Mel? ¿A que R cambie mágicamente de opinión hasta que vea este número como lo mejor que le ha pasado en su trayectoria? ¡Por todos los cielos, Mel! ¡Reacciona!

«Reacciona»

Oh, sí. Y funcionó.

«¿Qué es lo único que puede hacer que R cambie de parecer de un momento a otro, querida Mel?», me preguntó sesos.

Mis ojos se iluminaron instantáneamente. Solo había una cosa que hacía que R cambiara de opinión tan fácil y rápido, como si de un cambio de calzones se tratara. Solo debía ponerme en movimiento antes de que fuera demasiado tarde. No había otras alternativas y, sinceramente, era la última esperanza.

—R cambiará de parecer.

—¡Ja! —expresaron Kate y Florence, al mismo tiempo.

—Lo digo en serio. Ustedes solo esperen aquí.

**

Dos horas después...

Yo, nuevamente, yo, caminando en dirección a la sala de reuniones, pero con mi típico paso seguro, firme, dominante. En una mano mi móvil y en la otra, la *tablet*.

—¡¿Dónde demonios estabas?! ¿Acaso no te importa lo que acaba de ocurrir? —inquirió una nerviosa Kate.

—Ralph ha sido despedido e incluso saldrá en una rueda de prensa para pedir disculpas por...

—¿Por qué? Él no ha hecho nada malo. No tiene por qué asumir culpa alguna —interrumpí a Florence.

—Oh, qué bueno que dices eso... ¡porque ahora no sirve de una mierda! ¡Ralph ya no trabaja con nosotros, Mel! ¡Todos creen que lo que ocurrió con

la revista fue un ataque de celos de él por no formar parte de los candidatos!
¡Y tú solo pensando en otra reunioncita más de las que tanto ama tu madre!
Más te vale que sea para algo bien bueno como... ¡Descubrir a Sophy!
¡Despedirla! ¡O no! Mejor aún: ¡asesinarla!

Dibujé una media sonrisa en mi rostro.

—Eso no, Kate. Lamentablemente, la zorra ha sido muy astuta..., aunque no tanto. —Le guiñé—. Confía en mí. Ahora entren. Quiero ser la última en hacerlo.

Y así fue.

Claro que, esta vez, aquello no fue por mi marcado egocentrismo, sino porque no entraría sola.

—¿Y Mel? —escuché a R preguntar—. Aún me debe una explicación por esta «reunión de emergencia». Mi tiempo es oro y por lo tanto...

—Y por lo tanto, es precioso —dije al entrar—. Justamente por eso los he convocado. —Abrí un poco más la puerta y lo llamé—. George, pasa, por favor.

El Director de Ventas, cuya pelada sudaba en cuanto R le pedía cualquier cosa, entró y se sentó en la silla que estaba a mi lado.

Los rostros de sorpresa fueron instantáneos.

—Será mejor que expliques qué es todo esto. El tiempo es dinero, Melany.

—Lo sé, R, Lo sé —al pronunciar aquellas palabras tan típicas de ella, entrecerró los ojos. Sophy hizo lo mismo, pero con la mirada fija en George. Oh, sí, esa sonrisa parecía desvanecerse, lenta, pero claramente—. Y como el tiempo es oro, nadie mejor que George para explicarnos que el trabajo hecho por Ralph, mal despedido por cierto, ha seguido fielmente la política de la revista y, por supuesto, el principal objetivo de la empresa.

El murmullo no se hizo esperar. Kate estaba paralizada y Florence no me quitaba los ojos de encima. Y Sophy... Oh, qué placer fue verla contemplarme con tanta incertidumbre. Jajajaja...

R suspiró y, con esa asquerosa frialdad, se cruzó de piernas y brazos.

—Mel, te recuerdo que estamos a días del más importante evento. Tú deberías saberlo mejor que nadie. De hecho, no sé qué haces aquí. Tienes asuntos más importantes y urgentes que atender. Además, nadie de esta empresa soportará una más de tus estúpidas explicaciones baratas, y mucho menos si es para justificar la vulgaridad publicada en uno de los números más importantes de la revista. Ralph ha sido despedido y no hay marcha atrás. Así que si...

—¿Aunque él mismo haya sido el causante de los mejores resultados de ventas en todas la historia de *Revista Emotiva*?

El silencio fue absoluto.

R frunció el ceño y miró a Sophy. Esta, nerviosa e insegura, negó con la cabeza. ¡La muy idiota o bien había olvidado chequearlo o bien había mentido sobre algo tan crucial como aquello!

Hice una señal a George y este, poniéndose de pie, empezó a nombrar las ventas del día lunes.

—El siguiente informe se basa en las ventas realizadas en cada Estado del país, aunque solo del corriente día, lunes 16 de marzo, puesto que coincide con su fecha de lanzamiento. —Acomodó la voz y empezó—. El resultado de ventas en el Estado de Florida es de...

Por cada número que George iba anunciando, los ojos de R se fueron abriendo como jamás en su maldita vida. Creo que fue la primera vez que la vi tan sorprendida. El murmullo del resto de los estrategas era infernal y el rostro de Sophy estaba más blanco que el de Robert Pattinson en *Crepúsculo*.

—Es... Eso no pue... no puede ser. Yo misma me encargué de la sesi... —dijo Sophy tentada de confesar que no había sido Ralph, sino ella misma la que había mandado a cambiar las fotografías. El magnífico número de ventas era, en realidad, un inesperado producto de su astuto plan. Pero no continuó, pues los ojos de R apuntaron a ella de tal forma que supo que si se daba el crédito, sería igualmente despedida por haber tramado todo aquello para lograr el despido de Ralph y por haber intentado perjudicar a Kate, a mí y a la revista, en definitiva.

—... Y, finalmente, el número de ventas en Nueva York ha sido el 200% superior al del número anterior. —George se enjugó la frente, miró rápidamente a todos y, suspirando todo el aire posible, anunció el resultado final—. En conclusión, el resultado de ventas de este último número, teniéndose en cuenta que solo hablamos de su primer día en el mercado, es el más alto histórico de la empresa.

—Cielo santo... —expresó R sin poder evitarlo. Apoyó su cuerpo en el respaldo de la silla y tragó saliva.

«Jeje... Mira cómo cambió tu rostro. Creo que huele a mucho dinero, ¿no madre?»

—Gracias, George. Puedes sentarte. —Sonreí con suficiencia—. Pero por supuesto que eso no es todo. Si bien el objetivo de que la empresa sea redituable ha sido absolutamente cumplido, quedan otros tan importantes

como la imagen y reputación. De aquí que los medios de comunicación y las organizaciones sin fines de lucro son nuestras principales fuentes de información. —Encendí el LCD y lo puse en canal 8. Esperamos unos segundos a que empezara el programa y...

«—Buenas tardes, Carl.

—Buenas tardes, Steph.

—Y realmente buenas, pues Mel Adams y *Revista Emotiva* no dejan de sorprendernos.

—Sin lugar a dudas no dejan de ser noticia. Debo reconocer que este último número me ha asombrado y de una manera muy positiva, aunque me cueste reconocerlo. Pero creo que no he sido el único. Ya son varios los programas que se han reservado hasta la tarde para poder dar una opinión de semejante número.

—Así es, Carl. No solo se trata de un ejemplar especial por su extensión, sino también por su sorprendente contenido.

—Exactamente. Por supuesto que los lectores han quedado fascinados con lo clásico y esperado sobre las bodas pasadas, pero la sección de los exesposos y los nuevos candidatos ha generado estragos en todos los puntos de venta.

—Ha sido una total revolución. Creo que jamás nadie hubiera esperado tal soltura. Es que ¡vamos! Conocíamos a todos esos hombres, pero a ninguno con tanta profundidad. ¡Y mucho menos los imaginábamos tan *sexies*!

—¡Las fotos, Steph! ¡Las fotos! —Los dos rieron y se sonrojaron—. Sabemos que no son del estilo «Emotiva», pero en contraste con las profundas entrevistas ¡han quedado perfectas!

—¡Claro que sí! Bueno, esto no solo lo pensamos nosotros, Carl. Son varias las organizaciones que han mostrado su agrado por este número, a diferencia de sus quejas por las pasadas y clásicas publicaciones de la revista.

—Sin dudas que así ha sido. Les ha encantado este contraste entre la imagen y las palabras, ¿cierto? Todas han coincidido en lo magnífico que les ha resultado ver que detrás de una típica imagen *sexy* y vacía yace un hombre que piensa, siente y se preocupa por el amor.

—Exactamente, Carl. Todas han aplaudido esta postura de la revista en mostrar que detrás de una apariencia, de una imagen totalmente «construible», existen valores, sentimientos, pensamientos que exceden a lo que se percibe a simple vista.

—Creo que es la primera vez que vemos cómo una revista de este estilo supo explotar ambos polos, ¿cierto, Steph?

—Exacto, Carl. Y como ya hemos dicho, no solo las ventas lo han demostrado.»

Apagué el aparato.

El silencio era extraordinariamente sepulcral. Y mi sonrisa incontenible.

«Agradece que todavía estoy aquí, que de ser por ti estarías dando saltitos como una niña de cuatro años, Mel.», me dijo señor cerebro.

—Por las expresiones que veo, no soy la única que piensa que Ralph debería volver. —Hice una pausa y me crucé de piernas—. Claro que con una disculpa previa, ¿cierto?

Las aletas de la nariz de R se abrieron y sus ojos se clavaron en los míos sin pestañeo de por medio.

—Pues bien... —Tratando de disimular su disgusto, se puso de pie—. Lo que expones es razonable. Por favor, Mel —Wow... Su «por favor» fue definitivamente de lo más extraño que le escuché pronunciar—, comunícate con Ralph y hazlo volver. Por supuesto que no ingresaría en el mismo puesto de antes. Ofrécele la Jefatura en Relaciones Públicas. —Giró su rostro hacia Sophy—. Y tú, a partir de este momento, pasarás a ser la asistente de Ralph.

Sophy estuvo a punto de hablar pero, al ver el siniestro rostro de R, se contuvo. Debía estar agradecida de aún mantener su trabajo. Aunque, tratándose de mi madre, no sé si aquello fue lo mejor que le pudo haber pasado...

Todo el mundo se retiró y, al salir, me quedé en la puerta a la espera de R.

Creo que ella sabía muy bien lo que le iba a decir, pues sin darse siquiera la vuelta, me habló.

—Ya lo sé, Melany. —Como siempre, claro—. Yo misma me encargaré de pedirle disculpas. Ahora déjame en paz y solo haz tu trabajo. Estás a horas de algo importante.

«¿Otra ansiosa más que cuenta los días en horas? Cielos...»

Y se fue sin perder esa refinada gracia que tenía al andar.

Yo sonreí. Otra vez había hecho algo bien y no por mí. Otra vez...

Capítulo 27

Sí. Lo que había ocurrido había sido un gran golpe de suerte. Pero era que ni Sophy ni nadie de la revista había contado con que la gente no siempre piensa e interpreta igual. ¿Cómo se me ocurrió a mí? Pues la verdad es que tampoco lo pensé. Lo único de lo que estaba segura fue que si algo había generado aquel escandaloso número, eran grandes ventas por el impacto de sus fotos y notas. Ya con eso hubiera sido casi suficiente para hacer volver a Ralph, pues lo principal para R se resumía en una sola palabra: «dinero». Pero que los medios y la gente pensaran algo bueno de la última revista fue, paradójica e inesperadamente, el mejor complemento para terminar de patear el trasero de Sophy.

Sin embargo, y más allá de eso, yo no había podido dejar de pensar en... en todo lo ocurrido con James. Cielos... La conversación del *Verdad o consecuencia*, el recuerdo de «aquella noche oscura» y... el beso. Ese beso que me quemó por dentro con un sabor dulce al saber que venía de él, pero amargo al recordar aquella palabra: «Ofelia».

Puse las llaves y entré al departamento. Estaba oscuro, pero no prendí la luz, pues mi urgencia por el remedio a ese dolor fue más fuerte.

«Helado de chocolate, helado de chocolate, helado de chocolate, helado de chocolate...»

«OK, OK, querido señor sesos, pero luego de eso me ayudas a pensar en cómo solucionar ese pequeño y desastroso problema con el enano.»

«Lo siento, pero aquello ya no pertenece a mi jurisdicción.»

«¿En serio? Pues olvídate del helado de chocolate. Y de ver *Orgullo y Prejuicio*, claro...»

«¡Noooooooo, Mel! ¡No me hagas eso, por favor!»

«Entonces, compórtate como el cerebro que eres y cumple tu puta función, ¿quieres?»

«Trato hecho...»

Oh, Dios, esa frase... De todas las que había, ¿tuve que recordar esa? Instantáneamente, me acordé de sus dos ojos de uva y esa sonrisita burlona típica en él. Rayos...

Furiosa, abrí el refrigerador y apenas rocé el pote de helado...

—¿Puedes decirme qué culpa tiene ese helado que está a punto de ser

devorado por ti?

Casi me dio un infarto. Era «él», sentado en el sillón al mejor estilo James Bond y con la mano aún en la perilla del velador que encendió de golpe.

«Jeje... Se ve *sexy*, no lo niegues, Mel.»

—¿Culpa? —Cerré el refrigerador y reí indignada—. ¡Tú tienes la culpa!

«Oh-Oh. No aclares por qué, no aclares por qué...»

Como típico arlequín barato, puso su expresión de sorpresa y se señaló.

—¿Mi culpa? ¡Jajaja! ¡¿Ahora yo tengo la culpa de que seas una versión humana de Pac-Man?! ¡Vamos, Mel! Creo que lo que estabas a punto de hacer no es algo nuevo en tu rutina... Hasta me animo a decir que se trata de eso que haces para encontrarle sentido a tu vida, ¿no es cierto? —preguntó con esa media sonrisa que me dio ganas de borrar.

Auch.

—¡Claro que no!

«Mentirosa...»

—¿No? ¿Seguro? ¿Y qué me dices de esto? —Con una lentitud misteriosa, sacó de detrás de su espalda mi... Oh, santo cielo... Mi película favorita.

Sonrió y movió sus cejas, estúpidamente, divertido.

—¡Deja eso ya mismo donde estaba! —exclamé, corriendo hasta él.

James estiró su brazo hacia arriba y yo hice lo mismo para intentar sacárselo, aunque sin éxito.

—¡Hum! ¡Hum! ¿No me llamas más «duende»? Porque a pesar de tus enormes zapatos de circo no logras quitármelo, casa-divorcios...

Aquella incitación fue lo que me faltó para saltar lo más alto que pude.

¿Si logré arrebatarme el DVD? Pues imaginen esos tres segundos en cámara lenta. Yo flexionando mis piernas e impulsándome hacia él con mis bellísimos y altos zapatos, con los brazos extendidos, la nariz fruncida y presionando los dientes al mejor estilo *Rambo* con el cuchillo en su boca. Y él... él estirando su musculoso brazo de duende como si lo que tuviera en su mano fuera la poderosa espada de He-Man. Claro que a esto hay que sumarle el hecho de que su pequeño y «esteroideo» cuerpecito tuvo que recibir el impacto del mío.

Resultado final: He-Man, versión enano-irlandesa, boca arriba sobre el sillón. Mel Adams, guerrera salvaje de tacones, boca abajo sobre su cuerpo.

Su nariz rozaba la mía...

Y se hizo «ese» silencio.

Ambos tragamos saliva sin dejar de mirarnos.

Mierda.

—Devuélveme... mi... ¡Hum! Mi película... —dije, estirando un poco más uno de mis brazos, mientras que con el otro mantuve mi propio peso.

Pero... El no haber ido al gimnasio por tanto tiempo, tuvo su efecto en aquel pésimo esfuerzo. Mi flacucho bracito tembló en milésimas y caí nuevamente sobre James, aunque... aunque tan de frente, tan perfecta y exactamente de frente, que mi boca quedó a un centímetro de la suya.

Cielos... Pude sentir su calor, su aliento, su agitada respiración acompañada con la mía. Pero peor aún... Pude sentir su mirada penetrar mis ojos que se vencieron al primer intento, pues sus labios y lengua no tardaron en unirse los míos.

Sí. Bosques mágicos, arcoíris megabrillosos, ollas y monedas de oro por el aire y mucho más imaginé con ese beso. Pero lo que sentí... no lo puedo expresar. Simplemente no puedo...

—James, yo... necesito... —dije, aunque sin abrir los ojos.

—Necesito de Willy, James, ¡por favor, te lo suplico! —completó la degenerada de Kate.

Carajo. Otra vez la puerta abierta...

Me puse de pie tan rápido que cualquiera hubiera sospechado que mi trasero contaba con resortes integrados. James, por su parte, y muy tranquilo consigo mismo, apenas se enderezó quedando «civilizadamente» sentado en el sillón.

—¡Hum! —Tosí aplanando mi ropa—. ¡¿Qué rayos haces aquí, Kate?! —inquirí con una falsa sonrisa y mirada fulminadora.

—Una mejor pregunta sería «¿por qué acosas a James, Mel?» —Sonrió.

Boba.

Entrecerré los ojos.

—Juro que no pude hacer nada. Amenazó con clavarme uno de sus tacones en mi trasero si no le entregaba una noche más de placer. Y bueno, ya ves... No tuve opción... —bromeó Irlanda.

—Oh, pobre, James... Que suerte que vine a salvarte, ¿cierto? —ironizó Kate.

—¡Ya basta los dos! —Bufé y di media vuelta—. Malditos cochinos sin filtros... —murmuré antes de acercarme a la nevera para tomar un poco de agua. Había quedado bastante seca después de... ese «accidente» con James—. ¿Puedes decirme a qué viniste? ¿Pasó algo con Ralph?

Kate puso los ojos en blanco.

—No... —Cansada, dejó caer su precioso culito sobre el sillón—. Vine porque él me lo pidió. —Lo señaló con el pulgar.

Casi escupo el sorbo de agua.

James, exagerado, sonrió mostrando sus perfectos dientes.

Tonto.

—¿Él? —Lo miré—. ¿Para qué demonios llamaste a Kate, enano metiche?

—¿Cómo «para qué»? —Se puso de pie, se acercó a la puerta de entrada y la abrió—. Tu vestimenta está sobre la cama, Mel. La tuya también, Kate. —Salió, pero no tardó en volver a asomarse—. Ah, y no se te ocurra faltar, casa-divorcios mentirosa. *Un trato es un trato...* —Sonrió y, sin darme tiempo a contestarle, se fue.

—¡Espera, James!

—Ya, Mel... Seguro no es tan grave.

—¿Qué cosa no es tan grave? —Mi corazón empezó a latir a mil por hora. Cada vez que Kate decía eso era sinónimo de «¡Oh, por todos los santos! ¡Solo a mí me pasa esto!»

Enarcó una ceja.

—¿En serio lo preguntas? —Asentí con la cabeza—. Mi amiga cerró los ojos y metió los labios para adentro.

—Kate... —dije con tono de advertencia, pero no me habló. Directamente, señaló la puerta de mi alcoba.

En dos largos saltos llegué y, sin perder un segundo más, abrí el blanduzco paquete que había sobre mi cama.

Oh, por Dios...

Era... ¡Era un ridículo y espantoso disfraz!

WTF!

—Debería esperar unas pocas horas más —dijo apoyada contra el marco de la puerta—, pero a la vista de los hechos... Feliz día de San Patricio, Mel.

¡Mierda!

**

—No quiero entrar, Kate, ¡no quiero! —exclamé, resistiéndome a los tirones de mi «amiga».

—¡¿Crees que a mí me enorgullece entrar con este par de antenitas con tréboles en las puntas?! ¡Parezco la maldita Hormiga Atómica de la buena suerte!

—¡Y agradece por eso! ¡Mírame, Kate, mírame! ¡Soy Tinker Bell en modo prostituta!

Mi amiga frunció las cejas y me miró de arriba abajo.

—Pues sí... En realidad pareces la protagonista de una película erótica barata, de temática «hada a punto de enfiestarse con grupo de duendes borrachos» o algo así...

—¡Oh, por todos los cielos! —exclamé, tapándome el rostro con ambas manos.

Kate me abrazó. Aunque claro, de más está decir que tenía todas las ganas de mearse de la risa. Qué más daba, ¿verdad? No era ella la que llevaba un corsé verde chillón con encaje negro y un minishort hiperajustado que en mi mullidito culo parecía un culote a punto de convertirse en hilo dental. Todo eso complementado con las ridículas alitas llenas de purpurina y las zapatillas de baile que, para variar, también eran... verdes. Y con esto es claro que lo que más temí hasta entonces, finalmente, ocurrió: ¡No tenía tacones! ¡¡No tenía tacones!! ¡Maldito enano hijo de...!

—¡Oh! Miren quiénes han llegado...

Ambas alzamos la vista. Un segundo fue el que tardamos en inspeccionarlo para luego escupir la más grotesca de las carcajadas.

Era Francis, sí, pero con una barba postiza y vestido como un duende tamaño familiar, pero con su lustrosa pelada al aire.

—¿Quién eres? ¿El tatarabuelo de James? —dijo Kate sin poder parar de reír.

—Déjenme pensar... —Puso cara de pensativo—. ¡Oh! ¡Pero claro! ¡Ustedes deben ser las dos payasas de bajo costo que alegrarán el bar! —contraatacó con una sonrisa de oreja a oreja que daba escalofríos.

Ja-ja...

Las dos dejamos de reír. Kate le mostró el dedo mayor y, sin más, fuimos hasta la puerta. Claro que solo pudimos entrar una vez que nos dejamos colocar un trébol en el pecho, del lado del corazón... Y de pronto, lo vi. Venía desde el fondo del bar, atravesando y haciendo a un lado a la gente que ya había empezado a festejar con líquidos solo de color... verde. Tenía un sombrero negro, típico de enano irlandés, con un enorme trébol brillante en uno de sus lados. Por supuesto que no le faltaron los tiradores, el short y mucho menos sus calcetines blancos hasta la rodilla. Ridículo. Simplemente, ridículo... Pero como si eso hubiera sido poco, sus ojos estaban delineados de negro y sus pestañas supermaquilladas.

WTF!!!

—¡Oh, Kate! ¡Creo que llegamos a «Trebolandia»! ¡Y mira! ¡Parece que aquí está su soberano! ¡Oh, alabado sea el rey de tréboles!

James, que recién había llegado a nosotros, enarcó una ceja con los ojos entrecerrados.

—Francis, creo que deberás traer algún medicamento para ingesta de porquerías. Esta hada se ha comido un payaso en mal estado y dentro de poco lo vomitará...

Ja...

—Espera, Kate... —Sobreactué la sorpresa, tomándola del brazo—... No, no... ¡Pero mira! ¡No es más que un *leprechaun*[\[28\]](#) afeminado y sin ningún tipo de sentido de estética!

Se cruzó de brazos y me miró de arriba abajo.

—Creo que no eres la más indicada para hablar de estética, Tinker Bell de las calles...

—¡Oh, vamos! Primero, esto no lo escogí yo, ¿OK? Y aun así, creo que estoy mejor que tú, producto amoroso y casual de la mamá de Bambi con un duende degenerado...

Sonrió.

—Bueno, este estuvo mejor que el de «Trebolandia», pero, para tu información, si llevo así los ojos no es más que en honor al protagonista de *La naranja mecánica*, hada en promoción... —dijo estúpidamente orgulloso.

Mi rostro dibujó una media sonrisa.

—¿En serio? Pues tendrás que pedir los anteojos a *Harry Potter* para poder imitar bien, pues no llevaba pintados los dos ojos, sino uno solo, *leprechaun* postaccidente de tránsito.

Miró a Francis. Este tosió y desvió la mirada hacia el otro lado del bar. Clara señal de que yo tenía razón. James puso la boca como pico de pato, miró hacia distintos puntos y, sin mirarme, volvió a hablar.

—Como sea... Es una versión original. Digamos, mi propia versión... — Sonrió rápido y, dándose media vuelta, nos señaló la barra de Lindsay y otras (armadas exclusivamente por la festividad) ubicadas en cada pared del lugar. Pero, por supuesto, siguió solo su recorrido. No quería que yo siguiera humillándolo, jeje.

El centro estaba totalmente liberado de las mesas y en el pequeño escenario, en el que solía cantar Kate, una banda de estilo irlandés preparándose para tocar. Mientras tanto, escuchábamos lo último en música.

La cuestión era clara: aún no era la medianoche.

El barman de la barra en la que estábamos me entregó un largo *cocktail* verde y, al girarme para empezar a beberlo, pude ver a Lindsay supersonriente hablando con un más que animado... ¡Ralph!

WTF!!

—¡Oh, por todos los santos, Kate! ¡Mira allí, mira allí, por favor! — exclamé, tratando de disimular mi entusiasmo.

Kate abrió sus dos pelotas celestes y las clavó en Ralph.

—¡Mierda! ¡Parece un Peter Pan pervertido!

Chasquéé la lengua.

—¡Boba! ¡No lo digo por eso! —aunque tenía razón, claro—. ¡Mira cómo habla con Lind! ¡Creo que se gustan y mucho!

Kate frunció el entrecejo.

—Pues sí... —Dio un sorbo a su trago, pero algo decaída—. Me alegro mucho por ellos.

«*WHAT?!*»

—Kate... ¿Qué rayos te sucede? Estamos viendo la más inesperada pareja frente a nosotras ¿y tú solo te limitas a decir «Me alegro mucho por ellos»? —inquirí burlona, imitando su voz.

Suspiró.

—No pienses que es envidia ni nada de toda esa mierda, pero empiezo a preocuparme, Mel. Todos encuentran el amor, menos yo —dijo desanimada mientras revolvía su bebida con la pajilla.

Mierda. Pobre, Kate... Aunque yo no podía hablar mucho, por supuesto.

—¡Hum! —Tosí enérgica—. Disculpa, pero qué me dices de tu Buda personal, ¿eh? No creas que me he olvidado de aquella mañana de «meditación en pelotas»... Aún tienes mucho por contarme.

—Puff... No, Mel. No confundas. Fue solo una noche, nada más. Estábamos algo animados, divertidos y bueno... Ya sabes... —Bebió y, astuta, cambió de tema—. Y por cierto... Qué raro que Alex no haya venido.

¡Por todos los cielos! ¡Me había olvidado de mi futuro esposo!

—Mierda... Olvidé avisarle... Bueno, en realidad, ni sabía de esto así que... —Tomé el móvil y le mandé un mensaje—. Aunque... Espera —dije al ver que cerca del escenario estaban... Estaban Sophy y Martin.

—¿Qué cosa, Mel?

Tragué saliva.

—Nada, nada... Estaba pensando que quizás el duende invitó a Alex y no

nos avisó. Eso, eso solamente —expresé nerviosa y, en cuanto vi a James, nuevamente cerca, lo tomé del brazo y lo arrastré hasta nosotras de tal modo que nos tapara la visión. No quería que Kate viera a ese par de estúpidos.

Irlanda entrecerró los ojos.

—Oye, *leprechaun*, invitaste a Alex, ¿cierto?

—Tinker Bitch, he invitado a quienes me caen bien. Así que...

—Lo invitaste. Tal como hiciste con Ralph —completé.

—Acabo de decirte que invité a quienes me caen bien... —Entrecerró los ojos—. Aun así, las puertas están abiertas a todo tipo de seres, incluyendo a Axel.

Puse los ojos en blanco.

—Alex, bobo, Alex.

—Sí, lo sé. —Sonrió satisfecho, dando un largo sorbo a su cerveza estilo Hulk. A punto de darse la vuelta para marcharse, aproveché que Kate giró para pedir otro trago y lo arrastré hacia mí. Aunque debo confesar que lo hice con tanta fuerza que lo dejé a un centímetro de mi boca. Jeje...

—Entiendo tu deseo por mí, Tinker, pero ahora... —empezó a decir altanero.

—¡Cállate, enano ridículo! —le susurré al oído, aunque furiosa—. No me digas que ahora te cae bien la perra de Sophy, porque de ser así puedes ir contando con mi inmediata ausencia. ¡Y me importará una mierda el trato!

James frunció la frente. Chasquéé la lengua y lo giré en dirección a la estúpida pareja.

—¿Qué demonios...?!

—¿Entonces no los invitaste tú?

—Soy cruel, pero no tanto como para invitar a Trophy.

—Y al ex de Kate...

—Auch... ¿Trophy está con el ex de Kate?

Asentí con la cabeza.

—Es una larga historia, Irlanda.

—Genial. Ahora me cambias el nombre por el de un país...

«Nombres...»

—Y hablando de nombres... ¿Ha venido Ofel...?

No pude terminar, pues como si hubiera escuchado mi llamado, apareció *boobies* de oliva. Pero claro, no crean que pasó desapercibida. La muy curvilínea lucía una faldita verde (por supuesto) más parecida a un top que a otra cosa, pues apenas le tapaba, ya saben, su «zona». Pero como si fuera

poco, también llevaba unos calcetines blancos hasta las rodillas y un *bandeau* blanco que, además de permitirle lucir su desnudo y plano ombligo, tenía estampado dos enoooooormes tréboles. Pueden imaginarse dónde estaban posicionadas ambas figuras de la suerte, ¿cierto? Saludó, me tiró un sensual beso al aire y, como si nada, siguió entregando tragos en medio de la pista.

—Hermoso par de *shamrocks*[\[29\]](#)...

«¿En serio?»

—Sí que eres vulgar, James...

Frunció la nariz.

—Oh, cierto, perdona. Olvidé tus celos, casa-divorcios. Bueno... —Rápido, dio un vistazo a mi trasero—. Hermosas alitas, hada de Nueva York... —Y me guiñó, el muy baboso.

Revoleé los ojos y, de un solo sorbo, tomé mi bebida. Con soberbia, lo miré de arriba abajo.

—Lo siento. No puedo decir lo mismo. No dejas de parecer un pobre *leprechaun* afeminado y ridículo a punto de prostituirse. —Pedí otra bebida.

James dibujó en su rostro esa media sonrisa.

«Oh-Oh... Creo que de esta no podrás salvarte, Mel. Y yo no haré nada...»

Me tomó de la cintura y, en un solo movimiento, me giró, haciéndome quedar de frente a él... Y a una distancia ínfima de su sex... ¡Hum!... de sus labios.

—¿Por qué será que, apenas halagué el original top de Ofelia, tú te enfadaste?

«Oh, cielos, Mel... Estos ojos están derritiendo todo aquí. Y cuando digo *todo* es, literalmente *todo*, cariño...»

Tragué saliva y tomé el aire que pude. Mi corazón latía tan rápido que pensé lo largaría por la boca, jaja.

—¿Original? Puff... «Vulgar» es poco para ese par de tréboles completamente deformados y estirados por sus enor...

Sonrió y me abrazó tan fuerte que no pude seguir.

«OK, hada madrina, si a tu disfraz le faltaba una vara mágica aquí abajo he encontrado una bastante grande que puede funcionar...»

«¡Cerebro cochino!»

«Jeje... Soy *tu* cerebro, Mel. *Tu* cerebro...»

—OK, te parece vulgar la prenda de Ofelia. Lo acepto. Ahora, ¿eso es lo único que te molesta? Porque si mi instinto no me falla, siento que hay algo más...

«Oh... Qué perspicaz...»

Entrecerré los ojos.

—¿Estamos jugando a *Verdad o consecuencia*?

—Da igual. Aunque intentes mentirme, no funcionará. No conmigo, al menos... —Media sonrisa otra vez.

Duende engreído.

—Pues, la verdad —dije mientras me desprendía de él—, no eres más que un hipócrita, James.

Frunció las cejas.

—¿Hipócrita? ¿Y eso por qué? —preguntó ciertamente ofendido.

«Jeje... Ha aprendido a actuar y mentir. Buen trabajo, Mel.»

Sonreí, negué con la cabeza y suspiré.

—Me buscas, me persigues, me ayudas, me seduces y me besas, ¿para luego confesarme lo importante que es para ti Ofelia? ¡Puff! O bien no entiendes el significado de «hipocresía» o bien aprendiste de mí muy rápido, James...

Sus ojos se oscurecieron y su expresión se tornó tan seria que con aquel disfraz parecía estar a punto de rodar *Leprechaun, el duende maldito*.

—¿Qué rayos tiene que ver eso con lo que te conté de Ofelia, Mel?

De pronto... «Clink».

Mensaje de Alex.

De: Alex Said

Para: Mel Adams

Asunto: RE: Invitación

Hola, dulzura! No es que no quiera estar contigo, pero ya sabes... Se acerca «el momento» ¡Jajajajaja! Aun así, me alegro que te diviertas. Lo único, trata de no volver tarde y, por favor, dile a James que te cuide...

¡Nos vemos en unas horas, preciosa!

Besos (en la parte del cuerpo que más desees...)

;)

«¡¿Pero qué rayos le sucede a Alex que está tan obsesionado con ‘las horas’?! ¡Cielos!»

Bufé y guardé mi móvil.

Alcé la vista y James aún seguía con la misma expresión, aunque parecía

que estallaría en cualquier momento.

«No, Mel, no seas zorra. Ya sabes que eso no func...»

—Era Alex. —Sonreí—. No podrá venir, pero me pidió que te dijera que me cuidarás... Y, ¡ah! Me envió un beso en la zona que más desee yo...

«¡Bien, Mel, muy bien! ¡Se nota que entendiste excelente lo de enfrentar la realidad como un adulto!»

Entrecerré los ojos y le sonreí con soberbia, satisfacción.

Pero... Él hizo lo mismo. Y más también.

Cuando quise recordar, James me tomó de la nuca y me arrastró hasta su fuerte pecho para besarme con una pasión que, hasta entonces, jamás había sentido en toda mi puta existencia.

Oh, cielos...

—¿Que te cuidara? —dijo al separarse de mi boca—. Pues dile que eso mismo estoy haciendo y tan bien que hasta me he encargado de darte el beso que te envió por mensaje.

«Oh-Oh... ¡Alerta roja, alerta roja, Mel! ¡Todos los filtros y frenos se han desactivado! ¡No puedo controlarlo! ¡Ya no pued...!»

Sentí que una nueva Mel surgía inesperadamente de mi interior, tal como la explosión de un volcán inactivo.

Y apareció la media sonrisa..., pero en mi rostro.

—¿Y quién te dijo que la zona en la que quería recibir el beso era la boca, duende? —dije completa y perdidamente loca por él.

Sensual, sexual, *sexy*, *hot* y de todos los malditos modos que existan para describir cuando te desean como nunca, sonrió y me volvió a comer la boca, aunque...

—¡¡¡¡Feliz día de San Patricio!!!! —gritó todo el bar.

¡Demonios! ¡Era una completa locura! Hombres y mujeres, llenos de energía y alegría, brindaban entre sí con sus bebidas verdes. Y James no se quedó atrás, no. Tomó un vaso y, entusiasmado como nunca, lo chocó contra el mío.

—Feliz día, mi Tinker...

Oh, Dios mío.

El tiempo se detuvo y juro, por lo que más quiero, que jamás en mi vida sentí tanta felicidad de escuchar una palabra tan simple y corta como aquella. Sí. El corazón se me paró en el mismo instante en que sus labios pronunciaron el «mi». Suspiré profundo y, sin ningún tipo de titubeo, me lancé hacia él, pero para esta vez ser yo la devoradora de su boca.

—¡Woowwwww! —gritaron.

No pudimos evitar reír, aunque con vergüenza. Jejeje...

—Y ahora... ¡*céilidh*[\[30\]](#)! —exclamó un descontrolado Francis.

WTF?!?!?!?

—¡James! ¡¿Qué rayos es eso?! —pregunté a los gritos, pues la banda había empezado a tocar sus instrumentos.

—¡Bailaremos! ¡Vamos! —exclamó, arrastrándome hacia el centro del bar.

Cuando quise recordar, ya estaba en medio de la pista. Desesperada, miré hacia mi derecha. En hilera, estaban Lind y, al lado de ella, Kate cuyo rostro indicaba no entender una mierda de todo aquello.

—¡Lindsay! ¡Por favor, dinos qué hacer!

Sin perder diversión alguna, nos mostró un paso que implicaba una especie de patada hacia delante seguida de miles y miles de saltitos.

Kate y yo nos miramos espantadas de lo que nos fuera a salir.

—¡Tranquilas! ¡Con ese alcanza! ¡James y Francis saben bailar! ¡Solo déjense llevar! —vociferó sonriente, ya dando saltos en su propio lugar.

Tragué saliva y miré hacia el frente. James, muy divertido, a su izquierda Ralph, con cara de también no saber qué carajo hacer, y luego Francis, frente a Kate, por supuesto. Pero al mirar a mi izquierda...

Rayos...

Medusa-Sophy y, enfrente suyo, el ganador del *Oscar* al mejor papel protagónico de estúpido: Martin.

Entrecerré los ojos.

—¡Hola, Mel! —dijo la caradura con su sonrisa de víbora.

—¡Vete a la mierda, zorra! —exclamé sin importarme absolutamente nada.

Sophy pareció maldecirme con la mirada y, a punto de querer contestarme con alguna guarrada, la batería se hizo escuchar.

¡Wow! No sé cómo explicarlo, pero ¡era una mezcla de música celta con *rock* irlandés! ¡¿Cómo no lo había pensado?! ¡Todos esos instrumentos clásicos sonaban geniales junto a la batería, bajo y guitarra eléctrica!

Y empezó la fiesta.

Patada, saltito, saltito, saltito. O algo así...

—¡Creo que voy a vomitar todo lo que tomé! —exclamé, mirando a Kate.

Ella sonrió, pero en cuanto quiso contestarme Francis la tomó de las manos.

¡¿Qué carajo?!

Miré a Lind y la imité en los saltitos esos que hacían que parecieras uno de esos adornos-perritos que suelen llevar algunos taxis. ¡Éramos unos malditos resortes humanos! Y fue tan rápido el movimiento de ellos que no me di cuenta que James me había tomado las manos hasta que sentí su jocosa risa, seguida de un afilado comentario.

—¡Aún espero las gracias!

Saltito.

—¡¿Por qué?!

Saltito. Saltito.

Rápidamente, señaló mis pies. Claro... No sé cómo rayos lo hubiera hecho con mis bellísimos tacones. Tal vez, lo hubiera logrado, aunque no sin salir con ambas piernas quebradas.

Le mostré uno de mis dedos mayores.

Sonrió.

Saltito y ¡wow! Cambio de lugar. No sé cómo demonios, pero quedé frente a Martin. El muy bobo me sonrió a modo de saludo. Estúpido.

Miré a mi costado y... ¡Jajaja! ¡James con Sophy!

Ya estaba tramando algo para pedirle a James, pero no hizo falta, pues...

—¡Auch! ¡Eres un idiota! —exclamó la zorra. James le pisó tan fuerte el pie que el grito nervioso de Medusa llegó a los oídos de Kate.

Sus enormes ojos celestes rebalsaron de furia, al ver al par de mequetrefes desvergonzados.

—¡¿Qué mierda hac...?! —gritó Kate, frenando el paso, pero Francis volvió a tomarla de la cintura en un nuevo cambio de parejas.

Yo volví con James que, sonriente y sin dejar de saltar, me guiñó el ojo. Sonreí, sí, como una niña estúpida... ¡treinta y siete años y me sentí como una de quince! ¡Cielos! ¡Lo que era caer en el poder de un maldito duende mágico!

Me tomó de la cintura y, en las vueltas que dimos, vi que Francis, sin dejar de bailar, le susurraba algo a Kate. Ambos sonrieron... Pero no enamorados ni nada por el estilo. Fruncí el entrecejo y... ¡Oh, por todos los santos irlandeses! ¡Habían tramado algo!

Patada, saltito, saltito, saltito. Vuelta, vuelta, cambio de parejas. Vueltas, vueltas, repletas de millares de saltos que estaban endureciendo mi amplio trasero, patada, saltito, saltito, saltito, cambio de parejas y...

«Oh-Oh...»

Kate frente a Martin.

Y Francis frente a Sophy.

Pude ver cómo la zorra tragó saliva. Y el estúpido del ex de Kate no hacía más que mirar a mi amiga con esa intención de hacerla caer nuevamente en sus garras.

«No caigas, Kate, no caigas...», supliqué. «No debo quitarle la mirada de encima. No permitiré que él vuelva a lastimarla. No puedo dejar que eso vuelva a ocurrir porque Kate es...»

«Porque Kate es lo mejor que hay», hubiera completado después de ver cómo su paso «Patada, saltito, saltito, saltito» se quedó nada más en «Patada» y estampada en las bolas de Martin. Claro que ella continuó su baile como si estuviese bailando con el hombre invisible, pues Martin se tomó sus minúsculas partes y se retiró de la pista tan encorvado que de haberse disfrazado le hubiera quedado genial el de Quasimodo de *El jorobado de Notre Dame*.

¿Y Sophy? Pues abrió la boca como el más horrible pez con rulos (si algo así existe) y la fulminó con la mirada de tal forma que era seguro que tenía pensado tomar a Kate del cabello para iniciar una pelea parecida a esas luchas de mujeres en el barro. Jajajaja... Pero no pudo, pues Francis también siguió bailando. La tomó de las manos y empezó a hacerla girar sin parar (algo que todos estábamos empezando a hacer), pero tan fuerte que Sophy desapareció. Más bien, voló. ¿Su paradero? ¡Quién sabe! De hecho, no muchos se percataron de eso, pues tanto Kate como Francis no perdieron tiempo y se tomaron de las manos para seguir con aquel giro que, hacía rato yo también hacía con James y que pronto me haría lanzar todo lo que había en mi estómago.

—¡James! —grité como cuando de niña quería frenar aquel peligroso giro entre dos.

Pero Irlanda no hizo más que reírse de mi expresión, ¡y aumentó la velocidad!

¿Qué hice? Pues cerré los ojos, ¡¿qué mierda más podía hacer?!

Y al mismo tiempo que la canción terminó, mi espalda se apoyó en una fría pared. No quise abrir los ojos para saber dónde estaba... De hecho, no hizo falta, pues el nauseabundo olor a meo alcanzó.

Zona de baños. Qué delicia...

Sonreí y supe que, aunque no estuviera viéndolo, James había hecho el mismo gesto. ¿Pero qué importaba la pared en la que estuviera apoyada?

Todo mi cuerpo, toda yo, esperaba solo una cosa. Y llegó.

De fondo, se escuchaban los aplausos a la banda. Pero por dentro, supe que aquello no pudo ser más ideal al momento, pues James me besó.

Y yo lo besé.

Ambos nos besamos.

Ambos...

Capítulo 28

Su mano derecha sobre mis «nalgotas», yo sobre él, con el rostro apoyado en sus pectorales bailarines (aunque pegado con mi asquerosa baba) y mi mano derecha sobre su...

No hace falta que lo diga, ¿cierto?

Y créanme que me hubiera encantado decirles que me sorprendí de hallarme así con James. Pero no. Esta vez no.

¿Tiene sentido que cuente lo que ocurrió? ¡¡Claro que sí!! ¿Verdad? ¡Jajajajaja!

Pero cada vez que lo recuerdo no puedo evitar sentir una mezcla de emociones que me quiebran la voz... En fin...

Como no pudo ser de otra manera, salimos por la puerta de emergencia, aunque esta vez, muy lejos de estar «ebrios», lo hicimos a consciencia. De hecho, ni bien salimos, y como si lo hubiéramos acordado de antemano, nos miramos, regalándonos una sonrisa mutua. Creo que fue el único momento de calma, al menos hasta llegar a mi apartamento, pues no hubo mucho tiempo para pensar. En unos minutos mis llaves ya estaban abriendo la puerta.

—James... —dije apenas en un susurro. Las llaves se me cayeron al sentir sus labios en mi cuello.

Todo el calor de su cuerpo cubría mi espalda. Cerré los ojos. Mis piernas temblaban demasiado como para ser capaces de flexionarse.

—Mmmh... —gruñó, succionando el lóbulo de mi oreja—. Creo que estas alitas están empezando a ser un estorbo.

Reí.

—No fue mi idea la del disfraz... —le recordé con el hilo de voz que me quedaba.

James, rápido, se agachó para tomar las llaves y fue en ese preciso momento que escuché el timbre del ascensor. Alguien bajaría en mi piso.

Sí, sé lo que están pensando... Pero no. Esta vez me importó una reverenda mierda. Seguí adelante, aunque aquella persona fuera ni más ni menos que... la señorita Wilson. Oh, sí. Ella misma.

Acomodé la voz, preparada para recibir cualquier tipo de mirada inquisidora y cuando las dos puertas empezaron a abrirse, permitiéndome ver que ella era quien estaba en el elevador, el brazo de James impidió que

podiera ver a su acompañante.

En un santiamén, quedé adentro y apresada entre los brazos de Irlanda. Me besó con una pasión que de no haber sido por sus manos que, ardientes, me sostenían, me hubiera derretido allí mismo.

Con eso me alcanzó.

¡Al demonio con la señorita Wilson y su misterioso acompañante!

Y lo primero fue... ¡arrancarme las malditas alitas!

Entre beso y beso, sus manos y las mías intentaban hacerlas a un lado, pero no hubo caso. No existió una puta forma de arrancarlás del corsé. Suspiré fastidiada y lo miré enarcando una ceja. Muy a su estilo, claro.

—Está bien. Lo reconozco. Fue una pésima idea este disfraz. Pero estoy seguro que hay otra manera de deshacernos de ellas... —Media sonrisa.

Otra vez me quemó con un pasional beso y, sin previo aviso, me alzó tomándome de mi trasero. Lo envolví con mis piernas y, veloz, me llevó directo a mi alcoba.

Peerooooo...

Un lloriqueo nos detuvo.

Era Puddle que, sentadito y con las orejotas en alto, nos miraba preocupado.

Suspiramos.

James, sin bajarme, se giró para mirarlo.

—Puddle... —le dijo con un tono de observación tan suave y amigable que me hizo reír.

—¡Jajajaja! ¡¿Así crees que te hará caso?! Tienes que...

No pude seguir, pues mi pastelito de chocolate y crema, aunque disgustado, se marchó a la otra habitación como si nada.

WTF...

Tantos años juntos y jamás pude lograr lo que el enano había conseguido con ese tono tan ridículo como molesto.

Satisfecho, y más aún al ver mi rostro repleto de celos, buscó mi mirada, pero yo lo esquivé.

—Vamos, Mel... —dijo en un susurro para luego volver a hundir su boca en mi cuello.

Cielos... Lo hubiera enviado al lugar de su origen materno, pero sentirlo sobre mi piel pudo con mi orgullo, mis celos y mi razón (si es que aún me quedaba algo de esta).

Suave, me acostó sobre la cama y, sin quitarme la mirada de encima, me

desprendió el corsé. Yo hice lo mismo con él, aunque solo llegué a desabrochar unos pocos botones de la camisa. No podía más. Quería unirme a él cuanto antes fuera posible. Agitados, nos besamos y, vaya a saberse por qué, necesitamos mirarnos a los ojos. Sí. Sin palabras de por medio, nos contemplamos las miradas como si ambos hubiéramos necesitado encontrar una prueba más de lo que, en realidad, ya sabíamos ocurría. Queríamos saber si estaba «eso» que solo en una mirada y en un momento tan límite como ese se puede descubrir. Y seguros de haberlo hallado, sonreímos con una timidez que jamás nos habíamos mostrado y que terminó de disolverse en el dulce beso que nos dimos.

Aunque... toda esa timidez y dulzura desapareció en cuanto el respaldo de mi somier comenzó a golpear de forma seca y rítmica contra la pared que separaba mi casa de la de la señorita Wilson.

«Pum... Pumm... ¡Pum, pum, pum!». ¡Jejejeje!

Me dieron ganas de reír de solo pensar que, muy probablemente, estuviera con un vaso pegada a su pared tratando oír algo más, pero no pude seguir en ello, pues aquel momento con James fue... ¡Puff! Ya ni sé cómo describirlo...

Romántico, pasional y divertido podrían ser algunas palabras que describirían las cinco veces que James y yo disfrutamos en mi cama. Oh, sí... Un *leprechaun* lleno de «energía», ¿no creen? Pero, en realidad, ninguna palabra podía describir aquel momento ni «eso» que ambos habíamos encontrado en nuestros ojos. Bueno, tal vez una, aunque de solo pensarla suspiré profundo y me obligué a dormir junto a él que por nada en el mundo parecía querer soltarme.

Y pasaron las horas. Me desperté con su mano en mi parachoques y yo con la mía sobre... sobre Willy.

Estuve a punto de despertarlo, pero al verlo tan dormido, preferí no hacerlo. Cautelosa, me levanté, me puse la bata infantil, caminé unos pasos y, al pisar su sombrero mágico, sonreí. Lo tomé y, despacio, lo apoyé sobre su cabeza. ¡Jajajaja! ¡Parecía un *leprechaun* en serio! Aunque debo confesar que así dormido me inspiró cierta ternura... Suspiré y, al hacerlo, me di cuenta de lo más obvio e inconcebible a la vez: estaba perdidamente loca por James. ¿Ninguna novedad, cierto? Pues para mí sí lo fue, porque hasta entonces mi orgullo no me había permitido ver ni sentir con total plenitud «eso» que, estaba segura, él también sentía. Nuestros ojos habían sido más que claros. Teníamos que hablar. No solo por esta última vez, sino también por «aquella noche» de la que aún no podía recordar el momento en que escribí en mi blog

la noticia sobre mi enamoramiento y última boda.

Ya lo hablaríamos. Ya lo hablaríamos...

Así, dejé de contemplarlo para ir a comprar café y...

Stop.

Solo su voz pudo detenerme de forma tan abrupta.

—No... Por favor... No me dejes... Ofelia... ¡Ofelia! —exclamó, completamente sudado y afligido, aunque dormido.

Aquello fue un puñal directo a mi pecho. Sentí un profundo frío recorrer todo mi cuerpo. El aire no llegaba a mis pulmones y lo único que escuchaba era el sonido agitado de su respiración entremezclado con los latidos de mi corazón desenfrenado.

Todo dio un vuelco de ciento ochenta grados. En solo cinco apestosos minutos mi vida volvió a cambiar.

Tal vez no tuviéramos que hablar. Tal vez no fuera necesario aclarar nada.

El asunto se tornó más simple y claro después de esas desesperadas palabras, por lo que no pude evitar la conclusión:

«Las apariencias engañan. Las miradas pueden mentir. No sentimos lo mismo.»

El maldito mundo que me había permitido empezar a construir se destruyó en segundos. Y es que, a veces, esos castillos que construimos no son más que de arena. Hermosa, suave, pero débil arena.

James, sin darse cuenta, me había destrozado de todas las formas posibles.

Hubiera llorado, claro, aunque a mi modo, escondida de su mirada, en algún rincón desconocido de la casa. O mejor dicho, tal como había hecho R cuando mi padre la dejó. Pero no pude. Su inesperada voz no me lo permitió.

—¿Mel? —Me miró de arriba abajo, como siempre, pero con más horror—. ¡¿Qué rayos es todo esto?!

Pues esa misma pregunta me hice yo al verla.

—¡¿R?! —logré preguntar.

Mi madre estaba allí, frente a mí... y, de alguna manera, también frente a James.

Mierda.

—Mmmh... —La mano de James comenzó a palmear el colchón. Me buscaba—. ¿Tinker?

R frunció el ceño completamente horrorizada y enfadada.

—¡¿Tinker?! Mel, ¡¿qué demonios es...?!

R no pudo continuar. Con la última gota de dignidad que me quedaba, le

señalé la puerta.

Caminamos hasta la sala de estar. Ella, furiosa, se quedó cerca del sillón a la espera de una explicación, pero yo seguí de largo hasta llegar a la cocina. Prepararía todo para poner en funcionamiento «la cafetera».

—Estoy esperando tu explicación. Creo que no hace falta recordarte que odio que me hagan perder tiempo.

Con toda la calma del mundo y sin mirarla, seguí intentando hacer café.

—Pues siéntate cómoda. Los siglos pasan volando, R.

Entrecerró los ojos y suspiró profundo. Sin perder la elegancia, lanzó su bolso sobre el sillón y se acercó hasta quedar a unos pasos de la cocina.

—¿Qué demonios es lo que esperas, Melany? ¿Que te aplauda? ¿Que te felicite? ¡¿Acaso no es suficiente con que soporte tu estúpida forma de actuar?!
Ja...

Dejé por un segundo la cafetera. Sonreí y la miré con una furia contenida que ella detectó al instante.

—Vienes a mi casa luego de... ¿seis años?, sin previo aviso, irrumpes en ella como si de tu propio hogar se tratara y exiges que sea yo la que dé explicaciones. ¡¿Qué rayos es lo que fumas, R?!
Tragó saliva.

—La puerta estaba abierta —dijo a regañadientes y como si eso la justificara.

«¡Dios! ¡¿Otra vez?! ¡Nunca más me olvidaré de cerrar la maldita puerta! ¡Lo juro!»

—¡¿Y?! ¿Qué tiene que ver eso? —expresé indignada.

—No respondiste a mi pregunta, Melany —cambió de rumbo la conversación.

Revoleé la cuchara al fregadero.

—¿Qué es lo que espero? Lo mínimo, R. Disculpas y una explicación.

La muy cínica sonrió.

—No voy a pedirte perdón por tú ser descuidada. Pude haber ingresado preocupada por ti. ¿No lo pensaste? —estoy segura, ironizó.

—¿Tú? ¿Preocupada por mí? —Reí—. Sin dudas, de las mejores bromas que hasta ahora he escuchado.

—Como sea... No me referí a esa pregunta, Melany... —Seria, me miró directo a los ojos—. Quiero saber qué rayos hace ese hombre en tu cama.

Enarqué las cejas.

—¿Y quién eres tú para preguntarme tal cosa?

—Tu madre.

Reí con indignación.

—¿Mi madre? Pues creo que todavía no has rendido el examen final para merecerte semejante título, R.

Hizo una mueca de disgusto.

—Eso sería muy cierto si fuera un honor y placer tenerte como hija.

Auch.

—Gracias por el halago... —ironicé sin mostrar una pizca de emoción.

—Por nada... —siguió el juego sin mostrarse afectada. Suspiró profundo, se tomó unos segundos y volvió al ataque—. Y entonces, qué hace James en tu cama.

¡Sorpresa! Otra vez alcé las cejas.

—¿Y te acuerdas de su nombre? ¡Wow! ¡Eso sí que es histórico, R! —Negué con la cabeza al mismo tiempo que encendí la cafetera, pero sus ojos aún seguían fijos en mí—. Pues, ¿qué crees? Sexo.

R frunció la frente.

—¿Sexo?

Puse los ojos en blanco. Pero el ruido de «la cafetera» y su agitado movimiento hicieron que yo no pudiera contestar y que R se tapara los oídos. Solo luego de unos segundos, volvió la calma, por decirlo de alguna manera...

—Pues sí. Preferimos dejar los juegos de mesa para otro día... —Pero su rostro serio y sediento de saber más me hizo bufar. Y con tal de no volver a escuchar su voz preguntar lo mismo, se lo afirmé—: Fue solo sexo. ¿Contenta? —escupí sin percatarme que... que James se había acercado hasta la sala.

Mierda...

Mis ojos se enfocaron en su rostro completamente serio pero, en especial, en sus uvas negras que parecían haberse cubierto de una densa capa de hielo.

—James... —susurré inconscientemente.

Ambos nos hubiéramos quedado en silencio, ahogados en nuestras profundas e inentendibles miradas, pero...

—¡¡Oh, por Dios, Mel!! ¿¡Ese hombre está en pelotas?! —exclamó R, tapándose los ojos.

¡Cielos! Ya me había acostumbrado tanto a su desnudez que no reparé en lo impactante que podía ser verlo por primera vez. Jeje...

James miró hacia su entrepierna y la tapó como pudo con ambas manos.

—¡Hum! ¡Hum! —Acomodó la voz. R volvió a abrir los ojos, pero aún seguía espantada—. Buenos días... Me quitaría el sombrero para saludarla, pero de hacerlo... —Amagó levantar una mano.

Oh, sí. James estaba completamente desnudo, pero con el sombrero de *leprechaun* en la cabeza.

—¡Ni se te ocurra! —exclamó R, volviéndose a cubrir los ojos—. ¡Tápate con algo, hombre desagradable y perverso!

James sonrió.

Y lo hizo. Se tapó sus partes, tal como le había pedido R..., aunque con el sombrero.

R abrió los ojos y bufó furiosa.

—No sé por qué tengo que seguir soportando esto...

—No tienes. Puedes irte cuando quieras. De hecho, aún no sé por qué rayos estás aquí, pero poco me importa si ya decidiste irte. Así que...

R volvió a fruncir el entrecejo.

—¿Qué demonios es lo que te está sucediendo, Melany Adams? —me interrumpió para luego negar con la cabeza—. Si estoy aquí es porque en menos de tres horas vendrá Alex con sus padres y abuela recién llegada de Irlanda para almorzar. ¿Leíste el *email*, cierto?

«WHAT?!?!?!»

Tomé mi móvil y...

«Oh, maldición...»

¿Recuerdan los cincuenta y dos mensajes de correo? Pues bien...

Consejo nº 5: Chequeen y lean todos los correos que lleguen a sus cuentas. Piensen que uno de esos puede indicar el día, fecha y hora en el que conocerán a sus familias políticas que, encima, los comprometen a cocinar por primera vez en sus existencias...

Tragué saliva y, al mejor estilo zombi, me dejé caer sobre el sillón.

—No puedo hacerlo... No... No sé cocinar... —dije medio sorprendida, medio asustada.

—Por todos los santos, Melany. Levanta el teléfono y encarga comida francesa. Sabes lo que me gusta...

Chasqué la lengua.

—Tú tampoco has leído todo, ¿cierto? Alex ha puesto que lo único que su abuela espera es un sencillo plato casero e irlandés, pues hoy... hoy es San Patricio.

R frunció las cejas, pero con furia e impaciencia.

—¿Irlandés? —Bufó—. ¡Pues da igual, Melany! ¡Llama a Ralph o a quien sea y que consiga la maldita comida de una vez!

R y sus maravillosas soluciones que jamás implicaban mover su cómodo trasero.

—¡Oh! ¡Qué gran idea, R! —dije sarcástica—. ¿Y puedes decirme cómo mierda le explicaré lo que supuestamente cocine? Hasta donde sé, los irlandeses detectan bastante bien las mentiras... —expresé agobiada, mirando de reojo a James.

—Puedes servir directamente el postre... Al menos tienes helado de chocolate —acotó el muy gracioso duende.

R lo fulminó con la mirada.

James suspiró. Clavó sus ojos en mi desdichada figura por varios segundos hasta que...

—Está bien. Lo haré.

Las dos lo miramos con suma sorpresa e interés.

—¿Tú serías capaz de...?

Enarcó una ceja y mostró su mejor media sonrisa.

—En realidad, haremos —se corrigió—. ¿O ya te has olvidado de que sé cocinar, casa-divorcios?

Oh, Santo James. Alabados fueran los *leprechaunes*.

—¿No era un barman? —preguntó R despreciativa. Bueno, muy a su estilo.

«Oh-Oh...»

Cerré los ojos y contuve la respiración.

—Perdón, pero ¿no es usted la madre de Mel? Porque de ser así, no lo parece. Seis años sin venir a la casa de su hija, no habla muy bien de su «papel» como madre. Claro, esto sin contar que vende su felicidad con el primer hombre que paga mejor por casarse con ella y...

¡Carajo! ¡Había escuchado la conversación con mi madre casi desde el principio!

—¡Ya basta los dos, por todos los cielos! —exclamé para cortar con todo eso. ¡No quería escuchar nada más que no se relacionara con la maldita comida!—. No están ayudando a que piense cómo rayos voy a hacer para comprar todo lo que haga falta y...

—*Boxty* —me interrumpió con una enorme sonrisa.

«WHAT?!?!?!»

Las dos nos miramos sin entender.

—¿Y qué demonios se supone que es eso? —dije, desconfiando de que fuera un insulto.

James puso los ojos en blanco.

—Algo así como panqueques de papa. Y no te preocupes por los ingredientes. Jamás falta uno de ellos en mi casa. Además de ser barman, sé cocinar. Y, por cierto, soy irlandés —dijo, fulminando a R con la mirada—. Ahora si me disculpan, iré a vestirme para salir a buscarlos. Señoritas...

Se quitó el sombrero y, dejando su pene totalmente al aire, hizo una reverencia como forma de saludo. Se giró y, moviendo su pequeño y bien formado parachoques, se marchó a la habitación.

¿La cara de R? De haber creído en Dios se hubiera persignado varias veces, pero, por el contrario, bufó y se giró maldiciendo entre dientes.

Y yo... Yo hice lo que solo él podía lograr en mí, aunque yo no quisiera. Reí.

**

OK. La única vez que tuve interés en visitar una cocina fue cuando tuve una cita con Carlo Montieri (uno de mis exesposos, el cocinero *sexy* del programa *Calentando el horno con Carlo*, ¿recuerdan?) y lo que menos hicimos fue cocinar..., al menos en su sentido literal. Pero como todo en la vida, siempre hay una puta primera vez. Y allí estaba yo, en la cocina de mi propia casa, al lado del hombre que, en contra de mi voluntad, me quitaba el aliento, y con la última espectadora que hubiera querido tener: R.

—Bien. Ahora debes rallar esas patatas. Yo mientras iré cocinando el cordero.

«¿Rallar? ¿Cuáles patatas?»

Fruncí el ceño y lo miré aterrada.

James me miró de arriba abajo, suspiró y sonrió. Por más que tuviera puesto aquel ridículo delantal lleno de colores, obviamente de su propiedad, no significaba que de pronto entendiese todo sobre la cocina. De hecho, ni un poco.

—OK. La cocina no es tu fuerte.

Suspiré, creyendo que, al fin, se rendiría.

—Pero nunca es tarde para aprender y menos cuando los invitados están a pocas horas de llegar.

¡Carajo!

Tomó las «cosas esas».

—Patatas. —Me las mostró sin quitarme los ojos de encima.

Luego un instrumento con agujerillos o algo así.

—Rallador.

Volvió a mirarme para percatarse de que lo estuviera siguiendo y, con movimientos exagerados, frotó las patatas contra el rallador una y otra vez hasta que empezaron a salir una especie de tiritas.

Tragué saliva. Era mi turno.

Pero debo confesar que no fue tan grave. No tanto como cuando tuve que picar la maldita cebolla...

—Creo que debes pensar seriamente en ser actriz, Melany. No cualquiera logra un llorisqueo como ese —dijo R. Por supuesto que ella solo miraba cómodamente desde el sillón.

Era cierto. Lloraba, pero no solo por el efecto de la cebolla. Aproveché el lagrimeo para descargar la furia que sentía de solo pensar que ese horrible olor quedaría impregnado en mis suaves y delicadas manos.

James sonrió.

«Idiotas...»

—Pues me encantaría ver si contigo ocurre lo mismo, R. ¿Por qué no te acercas a picar lo que queda? —dije, alzando la mirada hacia donde estaba ella.

Pero lejos de escuchar alguna afilada respuesta, R se tapó la boca medio horrorizada, medio risueña. Y eso último sí que fue raro de percibir en ella.

James me miró y, muy a propósito, hizo el mismo gesto.

Fruncí el ceño, pero antes de que pudiera decir algo, Irlanda pasó sus pulgares por debajo de mis ojos.

«¿Limpió mi maquillaje?»

—Así está mejor. Ahora sí que eres toda una potencial actriz. Hasta me animo a decir que ya tienes asegurado el papel protagónico de *Kung Fu Panda*.

«WHAT?!?!»

Y lo histórico ocurrió.

R se meó de la risa. Yo no sabía qué hacer, si enviarlos a la mierda o unirme a sus carcajadas. Pero ver a mi madre así, me llevó inevitablemente a la segunda opción. ¿Saben lo que genera ver a una persona reír tanto después de casi treinta años de pura amargura?

James otra vez lo había hecho.

Definitivamente, era un maldito *leprechaun* mágico.

Así pasamos el resto del tiempo. Yo aprendiendo a «saltar la cebolla», cocinar patatas y a volver esa extraña mezcla en un delicioso panqueque. Y no me arrepiento de decirlo con orgullo. Estaba delicioso.

—OK. Creo que será mejor que vayas a cambiarte. No queremos que piensen que eres un panda, ¿cierto? —dijo sin poder fijar su mirada en mí—. Yo me encargaré del resto.

—Pero...

—Tiene razón, Melany. Debes estar más que presentable. No se trata de cualquier invitado. Se trata de la familia de tu futuro esposo.

Volvió la clásica R.

Tragué saliva y fui directo al baño.

Me gustara o no, tenía razón. Pronto conocería a la familia de Alex. Mi príncipe azul. El hombre ideal. Mi futuro esposo.

Preparé la bañera, me quité la bata y, a punto de hundirme en el agua junto a mis preocupaciones, no pude evitar contemplarme en el espejo.

Sonreí. Realmente parecía un panda.

Ay, James...

Ay, ay, ay...

Capítulo 29

«Ding-dong»

«¡Mierda! ¡Son ellos! ¡Son ellos! ¿Estaré bien así vestida o pareceré una zorra neoyorquina? No, no creo que piensen eso. Seguro que respetan todas las culturas, así que...»

—Mmmhh... ¿Creo yo o por lo que veo saldremos a mostrarles lo que es pasar una divertida noche en Nueva York? No sé cómo será su abuela, pero a la mía le hubieras agradado.

Sonrió, el muy estúpido.

—¡Oh, por todos los santos, James! ¿En serio parezco una prostituta? —dije sin poder dejar de observarme en el espejo.

Enarcó una ceja.

—Yo no dije eso ni que a mi abuela le gustaran las prostitutas... —Se rascó la nariz—. Aun así, ¿qué te preocupa si a ti te gusta cómo te ves?

«¿En serio?»

Lo miré con los ojos entrecerrados. Él contuvo la risa.

—Siendo así, podría volver a vestirme de hada y estaría bien, ¿cierto? —ironicé.

—Debo entender que entonces te gustó ser mi hada...

Maldito duende.

—No —dije a secas y sin quitar los ojos del espejo.

«Mentirosa.»

«Ding-dong»

De nuevo el timbre.

—Tu madre nunca atendió una puerta, ¿verdad? —Bufó y se perfiló para marchar a la sala de estar.

Pero mi desesperada voz lo detuvo.

—James, en serio... ¿Estoy bien así? —le pregunté con una inseguridad que jamás en mi vida hubiera mostrado, menos aún tratándose de moda.

Irlanda sonrió. Despacio, me miró de arriba abajo y, penetrando mis ojos con los suyos, afirmó con la cabeza.

—Estás perfecta, Mel. Perfecta...

Suspiró y se fue.

Cerré los ojos, respiré profundo y volví a abrirlos. Vestido verde de falda

estilo «tubo» hasta la rodilla, maquillaje muy suave y zapatos color *nude*. Era cierto. Me veía bien. Y aunque me costara reconocerlo, o bien James sabía de moda o bien sabía convencer. O, más aún, ¿por qué no las dos opciones?

Suspiré. Debía dejar de pensar en él.

Axel me esperaba.

¡Perdón! Quise decir Alex, Alex...

Uff...

**

—¡Oh! ¡Sean bienvenidos! —dije en cuanto ingresaron.

A cada uno le di la mano y sonreí con calidez, aunque a la madre pareció no agradaarle mucho. Alex fue el último en ingresar, lo que no ayudó a su ansiedad por saludarme con una «marcada calidez» que hizo toser a su madre.

—Abuela, madre, padre, ella es mi prometida: Mel Adams.

Su abuela sonrió al igual que su padre.

—Mel, ella es mi abuela, Erin. Él es mi padre, Simon, y ella es mi madre, Lucyna Ferdinand. Ama que recordemos su apellido de soltera, aunque la llamamos simplemente Lucy —los presentó Alex.

—Pues es un placer conocerte, Mel —dijo Erin con ese acento que me recordó al día en que conocí a James. Era una señora preciosa y corpulenta. Sus ojazos dejaban claro que era la abuela de mi príncipe azul.

—Bueno, lo de recién conocerla es un tanto relativo, ¿no crees, Erin? Si fuera por las veces que la vimos en TV o revistas, tendríamos que decir que la conocemos bastante...

«Alerta roja. Víbora venenosa a la vista.»

Lucy era delgada y de baja estatura. Sus ojos claros resaltaban con aquel maquillaje, y su cabello rubio estaba maravillosamente lacio. A simple vista, se notaba que entendía de moda, por lo que de haber trabajado para la revista hubiera encajado a la perfección con el resto del serpentario.

—Es cierto. Y puedo asegurarte que mucho antes de que te conocieras con Alex, querida. Mi nuera hace años que compra tu revista... —Guiñó el ojo.

«¡Gracias, Dios! ¡No estaré sola en la lucha contra Lucifer[31]! ¡Digo Lucy!»

La madre de Alex levantó parte del labio superior como si hubiera sido enganchada por un anzuelo. Aquel comentario la había fastidiado.

Equipo de Irlanda: 1; Lucy-Fer: 0.

—Pues es un honor saber que les agrada nuestra revista. Mi nombre es Rachel Adams. Soy la madre de Mel. —Extendió su mano.

Lucy aceptó el saludo y, luego de escanearse de arriba abajo mutuamente, sus miradas se fulminaron.

Creo que, en ese mismo instante, se declararon la guerra. ¿Quién ganaría el puesto del peor demonio?

No sería una velada fácil, no. Pero debía resistir, al menos hasta luego de la boda. ¿Cierto?

«¡Jajajaja! ¡Ilusa! Si así es el primer día, ¿realmente quieres que te diga cómo será después? Decirte que será como lanzarte en bikini y de cabeza a un lago lleno de pirañas sería solo parte del principio, cariño...», dijo mi *mister* sesos.

Y de pronto...

—Yo soy...

R y yo abrimos los ojos como platos al escuchar la voz del enano. Lo interrumpimos, claro, aunque hablando una sobre la otra.

—Un barman que sabe cocinar —dijo R desesperada y sin pensar.

—Un amigo al que trato como si fuera mi primo —expresé rápido y sin aire.

Todos nos miraron con el ceño fruncido, incluso James que, luego de un profundo suspiro, volvió a tomar la palabra.

—Yo soy James... James O'Brian. —Hizo un gesto con la cabeza, saludando en general. Sonrió de forma efímera y se fue a la cocina.

Lucy-Fer entrecerró los ojos sin quitarle la vista de encima.

—Eres irlandés.

James, desinteresado, la miró y asintió con la cabeza sin dejar de servir en los platos. Yo invité a que todos se sentaran y luego me acerqué hasta donde estaba el duende para ayudarlo a llevar todo a la mesa (que, debo reconocer, estaba maravillosamente preparada).

—Y con lo que estamos viendo queda más que asegurado que lo es. ¡Qué placer ver este plato y servido así, muchacho! —dijo Erin con una enorme sonrisa en su rostro, haciendo que James se sonrojara.

Realmente se veía genial. Cada *boxty* envolvía la sabrosa carne de cordero trozada perfectamente condimentada por el enano. Y unas delicadas rodajas de calabacines hacían que el plato se viera tan fabuloso y distinto como profesional.

El padre de Alex no tardó en probarlo y todos lo seguimos. Pero...

—Oh... Ahora entiendo por qué siendo solo un «amigo» está aquí en un almuerzo familiar... —dijo con malicia.

Auch. Empate.

Alex frunció el ceño.

—No comprendo. —Sonrió ingenuo y, cuando terminó de tragar su bocado, continuó—. ¿Qué quieres decir con eso, madre?

Ella entrecerró los ojos y una media sonrisa se dibujó en su rostro.

—Amo tu inocencia... —La zorra pasó a clavar su mirada en mí—. Dime, Mel, ¿cómo has hecho tan exquisita delicia?

«¡Maldita hija de p...!»

«Tranquila, Mel. Solo haz un poco de tiempo mientras yo busco la información retenida en la memoria de corto plazo, ¿quieres?»

—Pues... —dije sin acordarme una mierda de lo que había hecho.

Se hizo un breve silencio en el que creí moriría devorada entre dos *boxties*. Pero sus ojos, esos oscuros ojos me miraron para salvarme una vez más.

—Vamos, no seas tímida y cuéntales lo que has hecho en la cocina, «panda»... —me dijo James, remarcando la última palabra.

Y como si hubiera sido la contraseña olvidada, «panda» me llevó a mi delineador esparcido y este a las cebollas.

—Puess... ¡Oh! —Reí—. Piqué las cebollas y las salteé. También, rallé las... —Tardé, pero recordé los graciosos y exagerados movimientos del duende intentando enseñarme—... ¡Patatas! Y luego, bueno... Me costó un poco más, pero logré hacer que la mezcla tomara la forma de... ¡de *boxty*!

James, a escondidas, me sonrió y yo hice lo mismo sin poder evitarlo. Pero pude ver, aunque de forma efímera, que Erin se había percatado de aquello. Cielos.

Lucy hizo una mueca de disgusto.

—¿Y el cordero? ¿También lo has hecho tú, Mel? Digo, porque está delicioso... —dijo luego de saborearse los labios con su veloz lengua de reptil.

—¿Acaso quieres una clase de cocina, Lucy? —preguntó Erin harta, aunque elegante—. Porque de ser así, no entiendo por qué justo ahora te interesas en esta materia. Ya sabes... Las décadas han pasado y todavía no has dado indicio de saber cocinar, cariño.

¡Sí! Equipo de Irlanda: 2; Lucy-Fer: 1.

Alex rio por el comentario de su abuela.

—Al menos Mel ya puede quedarse tranquila. Sabe hacer *boxty*... —dijo James risueño y dando un bocado.

Yo fruncí el ceño, pues no entendí qué rayos quiso decir con eso, pero al ver a Erin sonriente me enfoqué en ella.

—*Boxty on the griddle, boxty in the pan. If you can't make boxty, you'll never get a man*^[32] —dijo Erin con tono alegre—. Es una rima popular y divertida. Pero como dice tu amigo James, de ser cierta, ya puedes quedarte tranquila, Mel. Te han salido estupendos.

—Y sabiendo hacer o no un *boxty*, ya lo ha encontrado, abuela.

Me tomó de la mano y la besó.

—¿Sí? —preguntó Erin, dando un rápido vistazo a James que no hizo más que seguir comiendo.

No era ninguna tonta.

—Sí. Y todo gracias a ti, abuela. Recordé tu dicho de «saltar al vacío» y aquí estamos, a solo días de casarnos —dijo efusivo y lleno de felicidad.

—Pues parece nervioso, hijo. Tal vez sea muy pronto —acotó la víbora del Edén.

—No más nervioso que Simon... —La miró sonriente—. Si mal no recuerdo, estuvieron no más de un mes hasta que decidiste traértelo aquí, querida Lucy...

—Veinticuatro días, madre. Veinticuatro... —dijo el padre de Alex con un tono lleno de resignación.

«¡Oh, por Dios! ¡Increíble! ¡Ese hombre habla!»

Erin arqueó las cejas y sonrió. Lucy solo suspiró.

—Jejeje... Bueno, quien no estaría nervioso, ¿cierto? Es un momento... especial —dijo Alex, aunque pestañeando más de la cuenta.

—¿Y tú que piensas, James?

Oh, sí. Solo R podía volver todo más tormentoso.

Irlanda elevó la vista. Todos lo miraban con suma atención, en especial... yo.

Sonrió, hizo a un lado el plato, suspiró profundo, pero no miró a nadie en especial. Simplemente hundió su mirada en un lugar que solo su mente veía.

—¿Del «salto al vacío»? Pues... No está mal. De hecho, no creo que se trate del tiempo que se esté con alguien. Creo, más bien, que depende de esos momentos en los que descubres que la confianza que tienes con esa persona no puedes tenerla con ninguna otra más... —Hizo una pausa y luego sonrió como cuando se recuerda algo grato—. Al menos eso decía mi madre...

Y volviendo a su habitual alegría, se encogió de hombros cortando con aquel profundo silencio que sus palabras habían generado.

—Interesante... —dijeron R y Erin al mismo tiempo.

—¡Oh! Ahora que lo recuerdo, y ya que mencionas lo de la «confianza», no me sorprende que pienses así, querido James. Es coherente con tu cultura. —Alex se dirigió a mí—. Dulzura, ¿cómo es que se llamaba esa moda del almohadón?

«¡OH, POR DIOS! ¡NOOOOOOOOOOOOOO!»

«Eso te ocurre por haber intentado ser graciosa cuando menos debiste serlo, cariño...»

James frunció el ceño hasta que, al ver mi rostro, supo a qué se refería Alex. Despacio, su sonrisa comenzó a formar esos hoyuelos que lo hacían ver tan pícaro como tentador.

«Oh-Oh...»

Tragué saliva.

—Yo no sé a qué te refier...

—¡Moda en cojines! —exclamó Alex contento de recordar.

—¿¡Moda en qué?! —cuestionó el resto al unísono y con la mirada fija en mí.

James, malditamente sonriente, se frotó las manos como una mosca y luego se cruzó de brazos a la espera de mi explicación.

«OK, intenta imitar a Kate que siempre logra hacer ver lo inverosímil y ridículo como algo serio y científico. Vamos, tú puedes, Mel, tú puedes...»

Suspiré profundo y sonreí.

—Bueno... Jejeje... Es un poco difícil de explicar... ¡Hum! Pero... OK. La «moda en cojines» no es más que una costumbre irlandesa... —El duende entrecerró los ojos. No permitiría que mintiera, así que...—... Más bien una costumbre de... de James que, siendo irlandés, disfruta de vagar por la casa como... Dios lo trajo al mundo —traté de decir rápido para que nadie me entendiera—. En pocas palabras, sería algo parecido a lo que yo llamo «moda... minimalista», sí. —Acomodé la voz y seguí comiendo, pues no me animé a elevar la mirada.

—¡Y solo se tapa sus partes con un cojín cuando las personas que están presentes no son de su total confianza! —exclamó Alex estúpidamente inocente y alegre—. De hecho, así lo conocí aquí, en lo de Mel. —Sonrió sin parecer percatarse de la expresión del resto.

«Te has encontrado un príncipe bastante inocente, cariño. Bastante,

bastante...»

Todos parecían peces boqueando por más aire. Sus ojos estaban desorbitados y para afuera como si les hubieran dado una fuerte patada en el trasero. Excepto Erin que, sin dejar de mostrar sorpresa, sus labios estaban endurecidos y contenidos de mearse de la risa. Y yo... cerré los ojos después de ver todo aquello, en especial los furiosos ojos de Lucy y los labios de R pronunciando en silencio un «WTF».

—En realidad, el nombre se lo puso Mel. Y no se me había ocurrido lo de «minimalista». Es una forma elegante de decir que disfruto de andar en pelo...

—¡¡Humm!! ¡¡Humm!! —Tosió R, interrumpiendo la innecesaria aclaración de James.

¡Cielos! Y estuve tan agradecida por eso que le hubiera dado un abrazo de hija a madre.

—¿Y por qué un hombre que no es familiar tuyo andaría desnudo por tu casa, Mel? La cuestión resulta un tanto confusa, ¿no crees?

—Madre, ya te he dicho que... —intentó hablar Alex, pero ella lo interrumpió con un gesto de mano. Su mirada seguía seria y fija en mí.

Sudaba. Sudaba a chorros y los nervios estaban carcomiéndome tan rápido que no tardé en hacer temblar mis labios. Diría cualquier estupidez. Mi cerebro estaba fulminado...

—Porque vivo aquí. —Todos quedaron atónitos con el comentario de James—. Para Mel soy un gran amigo... al que trata como a un primo. Ya lo ha dicho cuando me presenté. Ella... —Miró mis ojos que, claramente, pedían compasión. Suspiró y continuó—: Ella necesitaba de mi ayuda con todo esto de la boda y me pidió que viviera aquí hasta que todo terminara. Solo eso.

Lucy-Fer entrecerró los ojos.

—Eso no explica lo de tu desvergonzada desnudez... —dijo casi chirriando los dientes.

James enarcó una ceja.

—¿Desvergonzada? No me gusta ese término para una costumbre que nació en mi Irlanda y que jamás dejaré de hacer, viva donde viva.

Lucy negó con la cabeza.

—¿Irlanda? —Rio indignada—. Jamás oí ni vi semejante costumbre... —Contuvo la furia y se dirigió a su hijo que parecía entender muy poco de lo que ocurría—. Lo siento, Alex, pero debo decirte que lo que te han dicho no es más que una mentira, cariño. ¿Estás seguro de todo esto?

Todos abrieron los ojos como platos.

—No me gusta lo que estás intentando hacer, Lucy. Tu hijo y mi hija son adultos. Saben lo quieren y no hacer... —dijo R con un tono tan glacial que dio miedo.

—No creo que seas la más indicada para dar tal consejo, Rachel. Dudo que tu propia hija haya sido la de la gran idea de casarse con... ¿veinte? Sí, sí, ahora que lo recuerdo fueron veinte hombres distintos. —R entrecerró los ojos de la rabia, pero antes de que hiciera algo, la miré suplicando compasión. Lucy continuó—: Además, en mi caso solo quiero que se quite la venda de los ojos. Odio las mentiras y más cuando son tan ridículas... —dijo furiosa, clavando su mirada en James.

«Oh-Oh...»

Le dijo «mentiroso».

—¿Mentiras? —preguntó James con los ojos que echaban chipas... No, no, ¡llamaradas de fuego!—. ¡Yo no miento, Lucy, Lucifer o como demonios se llame!

¡Oh, por Dios! ¡No podía ser cierto! ¡James la llamó Lucifer! Y me hubiera meado de la risa... ¡de no haber sido la insultada mi futura suegra!

Todos nos tapamos las bocas del espanto..., excepto Simon que enarcó las cejas y, luego de pensarlo un rato, asintió tímidamente.

Sin lugar a dudas, el almuerzo se había tornado más raro de lo que hubiera esperado.

—Qué amigos interesantes tienes, Mel. Y aún me pregunto si lo único que los une es el placer de mentir e insultar... —dijo Lucy con tono hiriente y arrogante.

Los ojos de James comenzaron hacer una graciosa serie de *tics* nerviosos que anunciaban su próximo estallido.

—Yo no he mentido en nada de lo que he dicho, señora Lucy-Fer. Y menos aún en relación a mi costumbre. Es algo propio de mi familia. Mi abuelo se lo transmitió a mi padre y él a mí.

—Oh, por Dios, qué aclaración más asquerosa... —expresó R, tapándose los ojos.

—Ridículo. Y espera que le creamos... —dijo Lucy, negando con la cabeza. Sin perder la furia, se puso de pie—. Vámonos de aquí, Simon. No quiero seguir escuchando esta clase de estupideces.

—Esperen —interrumpió Erin con los ojos entrecerrados y risueños, como si hubiera recordado algo—. ¿Dijiste abuelo? ¿Cuál es el apellido de tu

familia?

—¡Oh, vamos, Erin! ¡Su apellido es uno más de los miles que se repiten en Irlanda! ¡¿Qué es lo que esperas oír?!

—O'Brian. En el registro lo escribieron mal. Se supone que era con «e», O'Brien, pero el hombre que registró a mi abuelo era un buen anciano, aunque sordo y casi ciego. Así que...

—¡O'Brian! ¡Claro que sí! ¡Aidan O'Brian! —Empezó a carcajear de una forma que dejó a todos boquiabiertos de nuevo.

—No puede ser cierto... —murmuró la madre de Alex.

«¡Claro que puede! ¡Alabadas sean las putas y grotescas coincidencias!»

—¡¿Cómo olvidarlo?! Y tu abuela sí que era graciosa... —Miró a James de arriba abajo y entrecerró los ojos con picardía—. Eres tan guapo como ella, sí... —Suspiró de felicidad y, al ver que todos seguían sin comprender una mierda, abrió los ojos tanto como pudo—. ¡Ups! ¡Casi lo olvido! Lo que dice este muchacho es tan cierto como que mi nombre es Erin. Su abuelo tenía esa costumbre... —dijo en un susurro y entre risas.

—¡Abuela! —exclamó Alex sorprendido.

—Siempre lo supe. Tu madre es una zorra degenerada —dijo Lucy a Simon que, por supuesto, no reaccionó.

—¡Oh, cállate, víbora malpensada! Si digo que es cierto es solo porque la abuela de James, Fiona, era una gran amiga íntima mía... ¡Cómo voy a olvidarlo! Aunque solo hay una diferencia. Ella lo llamaba... ¡*magairlí saor in aisce!*[\[33\]](#)

«WTF...»

James abrió los ojos como nunca y empezó a reír junto a Erin de una forma que, por supuesto, ninguno de nosotros entendió. Hasta que...

—¡Testículos libres! ¡Cómo olvidarlo! —tradujo James, sin poder evitar mearse de la risa.

No les voy a negar que tuve que contenerme para no unirme a ellos dos.

Lucy suspiró de la rabia y se acercó hasta la puerta, dispuesta a irse.

—¡No soporto más estar aquí! —Me miró para que le abriera la puerta y volvió a bufar al ver que James seguía riendo junto a Erin.

Tragué saliva. Pero los nervios porque todo se arreglara me llevaron a la más estúpida invitación que pude haber hecho.

—¿Un café? —pregunté insegura.

R enarcó las cejas y James, de solo oír lo que propuse, exageró más su risa.

OK. No había sido buena idea.

Lucy-Fer frunció el ceño pero, a punto de enviarme a la mierda, miró hacia sus pies.

«Oh, no...»

Era Puddle que, sentadito y con la lengua afuera, no solo le estaba llenando de baba sus zapatos de última moda, sino que además había dejado encima de ellos el... el dildo fucsia.

Se hizo un repentino silencio.

Cerré los ojos y me tapé el rostro. Solo volví a la realidad cuando, segundos después, la madre de Alex, completamente horrorizada, gritó y pateó la goma rosa en dirección a... a R.

Rayos.

—¿Mel?! ¿Esto... esto es tuyo?! —inquirió mi madre, agarrando el largo dildo con la punta de los dedos y con una expresión de espanto jamás vista en ella.

Erin y James volvieron a reír tanto o más que antes. Puddle se enganchó apasionadamente a la pierna de Alex y su madre, viendo eso último, no perdió más tiempo: me manoteó las llaves y abrió la puerta para desaparecer junto a su esposo en solo milésimas de segundos.

Y eso fue lo último que pude contemplar, pues al mismo tiempo que se cerró la puerta me caí de culo completamente desmayada.

Oh, sí...

Alabados fueran los desmayos.

Capítulo 30

—Mel... Mel... Dulzura, ¿estás bien? —preguntó Alex, acariciándome la mano.

Me tomé la cabeza y me senté. Estaba en mi alcoba.

—Cielos... Aún todo me da vueltas. —Suspiré y volví mi mirada a Alex. Detrás de él, estaban R, Erin y James.

Faltaban...

«Uf...»

Largué todo el aire de mis pulmones, al recordar lo que había ocurrido con su madre. Por poco me largo a llorar.

—Oh, no, cariño. No te pongas así... Lucyna siempre fue celosa, rencorosa. Hace muchos años que la conozco y jamás cambió —expresó la abuela de Alex, acercándose a mí.

—Es cierto, Mel... Mi madre siempre fue... digamos... complicada. —Suspiró con arrepentimiento—. Disculpa si no lo mencioné antes, pero no quería que tal tontería fuera motivo de posible pelea entre nosotros. ¿Me perdonas?

«Cariño, la próxima vez que traigas una víbora tan venenosa, avisa así al menos me hago de un buen antídoto...»

—Claro, Alex. De todos modos no tienes por qué pedir perdón. Estas cosas suelen suceder... —Sonreí con timidez.

«¡Oh, sí, claro que sí! Es muy común hablar con tu familia política sobre la desnudez de un hombre presente en el encuentro que no es tu prometido, pero que aun así osa hablar de su asquerosa costumbre como si se tratara del clima. Por supuesto que esto es menos común que ver a tu futuro esposo humillado por tu lujurioso perro, o que apreciar a tu elegante madre cuestionar sobre un juguete sexual que aparentemente te pertenece... Sí, claro. Esas cosas suelen ocurrir en todas las familias...»

Alex sonrió y me acarició la mejilla.

—Gracias, dulzura... —Se puso de pie—. Bien... Es hora de que me vaya.

—¿Te vas? —pregunté sorprendida—. Creí que iríamos juntos a ver el desfile de San Patricio. Al menos esa era mi idea, compartir algo irlandés con tu familia —dije, mirando a Erin. Ella me sonrió con dulzura—. Además, hoy, si mal no recuerdo, tenemos la degustación de platos...

—Y no olvides la prueba de los vestidos que usarás el sábado. Florence me avisó que ya están listos. No quise perder tiempo, así que debes ir hoy para los arreglos finales —agregó R sin atisbo de emoción alguna. Para ella se trataba de un negocio más.

Parpadeé abrumada.

Alex frunció el ceño, suspiró y volvió a sentarse.

—Lo siento, Mel... No es que no quiera, ya debes imaginarlo, pero este último tiempo he dejado a muchos pacientes a la deriva. Se me han acumulado las consultas y no quiero dejarlas para después. Eso implicaría suspender nuestra luna de miel. ¿Comprendes? —Asentí con la cabeza, aunque con marcada desilusión—. Además, hoy tiene cita Connie y, con todo lo que está haciendo por nosotros, no puedo suspendérsela. Necesita el chequeo, Mel —expresó apenado.

James enarcó una ceja.

Yo fruncí ambas.

—¿Connie? —pregunté sin entender—... ¡Oh! ¡Connie Jo! —exclamé más tranquila—. ¿En serio? No sabía que tenía problemas de corazón.

—Pues yo tampoco hasta que... hasta que le ofrecí la consulta. La noche de la despedida sintió una agitación muy fuerte, le faltó el aire y no quiso que la revisara. Realmente me preocupó su estado y, luego de varias insistencias, al menos aceptó la cita. Ya nos enteraremos si está todo bien —dijo con ese tono bondadoso y servicial.

Sonreí casi suspirando.

James revoleó los ojos y chasqueó la lengua. Cómo no...

—Ni lo dudes, Alex. Ve y, por favor, no olvides contarme los resultados, ¿sí? Ella es muy reservada y, con tal de no preocuparme, no dirá nada.

—Por supuesto, preciosa. —Se puso de pie y dirigió su mirada a James. Estaba de brazos cruzados y apoyado sobre el marco de la puerta—. James, sé que ya has hecho mucho por nosotros, pero viendo lo bueno que eres en todo esto, ¿puedo pedirte que acompañes a Mel? Es evidente que sabes de platos mucho más que yo.

Irlanda entrecerró los ojos dispuesto a mandarlo a la mierda, pero se detuvo al mirarme.

Otra vez le supliqué. Suspiró profundo, cerró los ojos y asintió de mala gana.

«Creo que este duende mágico pasó a ser tu *troll* de la suerte, Mel.»

Cerebro tenía toda la razón del mundo.

—Ve, Alex, ve. Yo me organizaré para salir con Erin y luego...

—Oh, no, querida. No tienes por qué preocuparte. He estado hablando con tu madre y ella misma se ha ofrecido a pasear conmigo. Creo que tenemos muchos asuntos de qué hablar... —Se miraron con complicidad.

«Un momento... ¿R? ¿Ella misma haciéndose cargo de algo con sus propias manos? Y más aún... ¿R haciéndome un favor?»

¡Por todos los cielos! ¡Jesucristo debió revolcarse de la risa!

Enarqué una ceja y la miré más que sorprendida, pero ella solo imitó mi gesto y se retiró del cuarto.

Puf...

Sonreí y Alex hizo lo mismo para marcharse tras James. Erin sería la última en salir, pero al sentir una fuerte corazonada en el pecho que me llegó hasta los huesos, dejé que la desesperación se transformara en palabras.

—Erin... —susurré con la voz temblorosa. Ella se detuvo, dio media vuelta y sonrió.

—Dime, querida.

—¿Tú... tú crees en...? —no pude terminar de expresar. Los nervios e inseguridad pudieron con mi garganta.

Me miró con ternura y suma intensidad.

—¿Si creo en el «salto al vacío»? —me preguntó. Asentí rápido y avergonzada—. Claro que sí, cariño. Claro que sí... —Se giró para retirarse, pero antes de hacerlo, volvió a mirarme—. Pero recuerda que todo salto al vacío implica confiar no solo en ti, sino también en él y en lo que los dos son unidos. —Fruncí el ceño y luego suspiré. Ella notó mi angustia y, aun así, continuó—: ¿Tú saltarías sin saber si el otro realmente lo hará?

No pude contestar. La abuela de Alex sonrió y, luego de guiñarme el ojo, se marchó.

El aire contenido en mis pulmones salió de un solo soplido. Pero a pesar de eso, mi mente lejos de haberse quitado peso de encima lo aumentó.

«Confiar en mí. Confiar en él. Confiar en ambos... ¿Confiar en nosotros?»

Mierda...

**

El día era un asco. El cielo estaba completamente encapotado, gris y a punto de tronar. El frío se me colaba hasta los huesos y la humedad había

hecho de mi bonito cabello rubio una horrorosa melena de león electrocutado. Agradecí tener el automóvil a mano, pues de haber dependido de un taxi no hubiera conseguido uno ni en un siglo. El lugar quedaba alejado de la ciudad y, aunque el viaje no duró más que unos cuantos minutos, el silencio absoluto que hubo entre los dos lo hizo parecer de horas.

Llegamos y, sin decirnos una sola palabra, entramos a la majestuosa construcción. Nos recibieron, nos indicaron la mesa y, al poco tiempo, nos trajeron el primer plato. Unos minutos después, trajeron el segundo y, solo luego de probarlo, James rompió con aquel eterno silencio de mierda.

—Bonito lugar —dijo, mirando a su alrededor. Tenía razón. Era la más hermosa de las mansiones de toda Nueva York—. ¿La elegiste tú?

—Sí... Digamos que sí —contesté a secas. La verdad es que no quería seguir sentada allí, frente a James y bajo su mirada inquisidora. Solo faltaba probar el último plato, escoger el más apropiado y listo.

—¿«Digamos que sí»?! —Rio indignado—. ¿Qué tipo de respuesta es esa?! ¿Lo elegiste tú o no?

Bufé.

—Connie, ¿OK? Y da igual... Ella sabe muy bien lo que hace. —Señalé todo el lugar y sonreí para complacerlo—. Los hechos están a la vista. Tú mismo lo has dicho. Es precioso.

James, horrorizado, frunció las cejas.

—¿Te has visto y escuchado con atención, casa-divorcios?

—Sí, ¿por qué lo preguntas? —lancé fastidiosa.

—Porque por más segura que quieras mostrarte, se nota a una legua que no sabes lo que realmente quieres... —dijo con un tono furioso que entendí muy bien adónde apuntaba.

Mis labios endurecidos del enojo estuvieron a punto de contestarle, pero no pudieron, pues el tercer plato había llegado.

Ambos, lentamente, tiramos nuestros cuerpos hacia atrás, apoyándonos en los respaldos de nuestras respectivas sillas, aunque sin quitarnos las miradas de encima.

—Y esta es la última opción propuesta por la señorita Jo. Que la disfruten —dijo el camarero.

Di un bocado y, si bien me agradó, lo creí demasiado fuerte y osado para la ocasión. Lo miré a James y este, con una sonrisa de oreja a oreja, asintió con la cabeza.

—No me digas que este es tu favorito, duende...

Enarcó la ceja.

—Entonces no sé para qué demonios me trajiste, «dulzura».

Puse los ojos en blanco y suspiré.

—No lo sé... Creo que su sabor es demasiado fuerte, picante...

—Intenso —me interrumpió con los ojos fijos en mí.

No lo pude evitar. Lo miré del mismo modo. Ese modo que me recordó a...

—Intenso, sí... —Bajé la mirada. El corazón me estaba latiendo a mil por hora, pero logré contenerme—. No es el indicado —dije sin elevar la vista. No quería volver a mirarlo.

—¿Te refieres al plato o a...?

Esta vez se acercó el chef en persona y James, gracias al cielo, no pudo continuar.

—Buenas tardes, *mademoiselle*. François Paul Dubois a su servicio. —Tomó mi mano y la besó para luego saludar a un James con rostro de pocos amigos—. ¿Les han gustado las opciones?

—Por supuesto. Todas han sido una exquisitez. —Sonreí—. Pero creo que, esta vez, me quedaré con la primera. Su presentación es fina y elegante. Creo que quedará perfecto con el lugar, ¿no cree?

El chef empezó a reír de una manera que me hizo sentir la estúpida del siglo.

—¡Pero qué novia tan divertida! ¿Lo ha escuchado, usted? —preguntó a James—. ¡Dijo «esta vez»! —Volvió a reír. Mierda—. ¡Tenga cuidado, parece tener planeada más de una boda!

James me miró con ambas cejas alzadas y yo no pude más que tragar saliva.

—Jeje... Sí, es que amo esto de las bodas...

«No aclares que oscurece, cariño...»

—Bien... ¿Y el novio? ¿Qué plato ha sido el de su mayor agrado? —dijo, dirigiéndose a Irlanda.

Oh, cielos...

En cuanto el chef lo declaró «novio», los dos suspiramos con los entrecejos vencidos. Pero el hombre aguardaba y entonces James contestó, aunque sin quitarme los ojos de encima.

—Pues yo escogería el tercero. Su sabor es intenso, picante, único..., especial. —Sus ojos penetraron los míos como aquella noche y yo no pude resistir aquella sensación dulce, pero amarga a la vez—. Lo elegiría porque

así es Mel...

—¡Oh, *L'amour*! ¡Jamás oí a un novio suspirar tanto por su mujer!
Dios...

El tiempo se detuvo y mi maldito corazón también. Ya no sabía qué decir ni qué hacer.

Solo tragué lo último que me quedaba de saliva, pues..., pues la garganta se me cerró al ver «eso» en su mirada. Otra vez, sí...

Pero no. Aquello no podía ser cierto, solo era lo que yo quería ver. Lo que mi caprichoso corazón deseaba creer, no la realidad. «Las apariencias engañan, Mel, las apariencias engañan... ¿O acaso ya te has olvidado de lo que con tus propios oídos le escuchaste decir? No hubo nada más real que aquellas palabras, Mel. Nada más real...», me dije a mí misma.

No quería volver a verlo. Negué con la cabeza y, con los ojos a punto de desbordar en lágrimas, me levanté, sonreí al chef de forma superficial, y salí disparada en busca de la salida.

—¡*Mademoiselle*! ¡No se vaya, por favor! ¡Dígame si el 1 o el 3!

No contesté, por supuesto. Al carajo con los platos.

—¡Mel! —escuché a James exclamar. Corría detrás de mí—. ¡Mel!
¡¿Adónde rayos crees que vas?! —gritó enfurecido.

Pero para cuando terminé de escucharlo, ya estaba fuera. Y jamás lo olvidaré, pues el frío me congeló las *boobies* de tal modo que no pude evitar insultar.

—¡Mierda! —grité, abrazándome a mí misma mientras bajaba los escalones de la entrada. Había olvidado mi abrigo dentro del lugar. Pero no volvería atrás. No. Sabía lo que aquello podía significar.

Sin embargo...

En cuanto apoyé mis dedos en la puerta del automóvil, sentí el inconfundible aroma de su chaqueta de cuero, esa misma que me había abrigado en la primera noche en la playa.

Demonios...

James la había colocado sobre mis hombros. Furiosa conmigo misma, cerré los ojos y sentí el calor de las lágrimas rodar por mis frías mejillas. No pude abrir, no pude hacer más nada. Ya no tenía fuerzas. Ya no. James cubría mi espalda con todo su cuerpo y abrazaba mi torso con una ternura tan intensa como el calor que su pecho emanaba.

—Adónde vas, Mel, adónde vas... —me susurró al oído. Sus labios, tibios, acariciaron mi oreja con una suavidad que finalizó en un beso que erizó cada

centímetro de mi piel.

—Suéltame, James, suéltame —le supliqué, reprimiendo el sollozo—. Debo... Debo ir a probarme los vestidos...

Suspiró.

—Qué vestidos, Mel... Tú no tienes por qué probarte ningún vestido más y lo sabes —dijo con amargura, abrazándome más fuerte.

Creo que jamás en mi vida contuve un llanto tanto como en ese preciso instante.

—Basta, James, basta, por favor... —dije tratando, inútilmente, de desprenderme de él.

Suspiró y, pasional, me giró, haciéndome quedar de frente a él. Sus ojos se clavaron en los míos y su nariz, fría, rozó la mía en busca de calor. Ambos cerramos los ojos y nos hundimos en el ardor de nuestros labios, en el fuego del beso que nos unió. Su pecho, fundido en el mío, me dejó sentir su acelerado corazón. ¡Cielos! Mis latidos seguían su ritmo y parecía que nada podría contra aquello. Nada..., excepto mi boca. Mi maldita y estúpida boca...

—No, James. Necesito que me dejes ir. Debo probarme esos vestidos. Debo hacerlo, porque... ya sabes... pronto me casaré.

De inmediato, sentí el frío. James se alejó de mí, dando un paso hacia atrás. Su mirada era... era extrañamente helada y fulminante a la vez.

—¿De verdad eso es lo que quieres, Mel? ¿En serio?

Tragué saliva y tomé aire para contestar, pero no pude, no pude porque...

—No sabes lo que quieres, ¿cierto? —Se hizo un profundo silencio. Mi cuerpo entero estaba desconcertado, mi mente ausente y mi corazón abrumado, agobiado. No pude reaccionar. Pero él... Sus cejas estaban fruncidas del dolor. Era la primera vez que lo veía así. Tragó saliva, tomó aire y, a punto de decirme algo, volvió a tragar como si hubiera preferido devorarse aquellas incógnitas palabras. Miró hacia unos de sus costados con los labios endurecidos como murallas. Pensó, pensó y pensó hasta que sus ojos se vieron humedecidos, brillosos. Sinceramente, yo no podía creer estar viendo aquello. No. Pero no se lo permitió. Era James. Tragó esas lágrimas y las obligó a quedarse estancadas en sus uvas negras. Respiró profundo y, asintiendo con su cabeza de forma veloz y eléctrica, se animó a mirarme de nuevo. Elevó sus manos y, caminando hacia atrás, dijo sus últimas palabras —: Está bien, Mel. Si es lo que tú quieres..., está bien. —Hizo un gesto de saludo con su cabeza y, rápido, dio media vuelta para volver a entrar a la mansión.

—James... —susurré arrepentida, aunque él siguió caminando. No me había escuchado.

Hubiera gritado su nombre, claro que sí. ¿Qué más hubiera querido? Pero no pude hacerlo. El dolor fue muy fuerte. Y el orgullo aún más. No quería volver a sufrir, no quería volver a ser aquella imbécil e ingenua Mel que se casó por primera vez totalmente engañada. No otra vez.

Sus palabras y aquel nombre lo eran todo. Si Ofelia era lo que deseaba y que no se fuera de su vida lo que hasta en sueños reclamaba, pues entonces lo que yo veía en sus ojos, lo que yo creía él sentía por mí no era más que una fantasía. Una mera y estúpida creencia mía...

El cielo tronó y la lluvia no tardó en hacer de mí un desperdicio pasado por agua. Abrí la puerta del Volvo, entré y dejé que mi cabeza se apoyara sobre el volante. Necesitaba un minuto... o quizás toda la tarde y, por qué no, la noche entera, pero el molesto ruidito de la alarma del cinturón de seguridad no me dejaba sufrir ni maldecir en paz. Bufé, levanté la cabeza, miré el horrible cielo y, sin pensar en nada más que no fuera lo que debía hacer, lo puse en marcha. Iría a probarme los vestidos. Estaba a solo días de mi gran y verdadero momento.

**

Mi día había terminado peor de lo que hubiera esperado. Había olvidado el desfile de San Patricio y el infierno del tráfico a esa hora. Pero jamás me hubiese molestado tanto de no haber sido por la silenciosa discusión que había tenido con James. No hubo forma de que me lo sacara de la cabeza. Su calor, su boca, sus besos, sus ojos, sus contenidas lágrimas, su aroma... su chaqueta.

—¡Mierda! —exclamé enfurecida, intentando sacármela. Pero fue inútil, al menos al volante. Los bocinazos e insultos me hartaron hasta que decidí no luchar más. Dejé que siguiera como estaba, cubriendo mi cuerpo del frío y llenándolo de más angustia por cada vez que aspiraba el perfume que le había quedado impregnado. El perfume de él. El aroma de James... Y como estúpida, me largué a llorar, al principio con dolor y tristeza, aunque luego llena de rabia, impotencia. —Idiota... ¡Imbécil! —insulté sin estar segura de a quién le dirigía mis bonitas palabras.

Aparqué y, más tranquila, entré. Florence, el Director de Moda, fue quien me recibió, aunque esta vez sin hacer su habitual inspección. Sus ojos solo

miraron mi rostro y, por lo que vi en ellos, me di cuenta que sabía a la perfección lo que me ocurría.

—Cariño, ¿prefieres que lo dejemos para más tarde? Porque siendo así, podemos reprog...

—Me los probaré ya. No quiero perder más tiempo. Ya no más...

Florence frunció el ceño y, aunque no muy seguro, asintió. Me conocía. Sabía que era mejor así.

Sin emitir palabra alguna, aplaudió y tres jóvenes se acercaron con los primeros tres vestidos.

¿Si eran bellos? ¿Si me quedaban bien? Pues ya ni lo recuerdo. Estaba allí y al mismo tiempo no. Mi cuerpo no era más que un maniquí bien predispuesto. Cualquiera hubiera dicho que parecía la muñeca favorita de una niña a la que le sacaban y ponían todo tipo de vestidos. Y solo cuando llegamos al séptimo, me di cuenta que había estado más de dos horas frente al espejo, escuchando, sin realmente escuchar, los comentarios de Florence acerca de cada vestido. Me miré, esta vez prestando atención a toda mi imagen y suspiré al darme cuenta que odiaba absolutamente todo lo que acababa de ver. Giré mi rostro hacia Florence. Él, sin necesidad de que le dijera nada, dejó de hablar para luego abrazarme con todas sus fuerzas. Estoy segura que tuvo ganas de decirme algo, pero no se animó, pues, sin mirarme, sonrió con timidez para luego dejarme el paso libre. Le agradecí apoyando mi mano en su hombro y me bajé de la pequeña tarima para cambiarme e irme lo más rápido posible.

No quería saber más nada. Lo único que quería era que el día finalmente terminara.

Llegué a casa, abrí la puerta, entré y cerré. El silencio era tan oscuro y profundo que al oír el llorisqueo de Puddle descubrí que la esperanza de que él estuviera allí era lo más absurdo que pude haber esperado. James no estaba. Y tampoco volvería. Eso era lo seguro.

Caminé hasta la cocina y, frustrada, suspiré. Pero no por nada, pues sabía que estaba a dos pasos de lo último que hubiera esperado hacer. Abrí la puerta del refrigerador y lo tomé.

Y así terminó el día, de la peor manera...

Helado de chocolate suizo.

Sin dudas, la última y más inútil solución.

Capítulo 31

Ya no llovía, pero que el día era un asco, era tan cierto como el pronóstico meteorológico de mi vida amorosa: nublado con posibilidad de chaparrones aislados durante los próximos dos días, y posibles tormentas huracanadas para el fin de semana. Altas probabilidades de Apocalipsis.

Fregué mis manos para darles calor y, en cuanto entré, el ruido de sus tacones me anunció que no viajaría sola en el ascensor.

—Menos mal que oí tus tacones. Ya estaba por llamar a la comisaría para denunciar tu desaparición. Te imaginé secuestrada y asesinada por Sophy o algo así... —dije sin darme la vuelta. Conocía su andar. Era Kate.

—Ja...

¿Ja? ¡¿Qué tipo de respuesta era esa?!

Me di vuelta y fruncí el ceño. Era *zombi-Kate*. ¿Maquillaje? No. Era uno de esos días en los que pasaría la inspección de Florence con su barata justificación: «¡Viva la naturalidad matutina!». Por supuesto que si pasaba era solo porque se trataba de la Jefa de Redacción.

Las puertas del ascensor se abrieron y entramos.

—¿Martin? —pregunté. Era lo único que podía hacerla verse así, a menos que...

—Francis... —Suspiró.

«WHAT?!»

Abrí los ojos como dos huevos.

—¿Estás hablando en serio, Kate?! —inquirí entusiasmada.

—No, Mel. Planeé durante un día completo no aparecer en tu vida y venir con esta facha solo para hacerte reír. Me encanta hacer bromas de mierda... —ironizó de brazos cruzados.

Chasquéé la lengua.

—No te pongas así... Fue solo una expresión, *zombi-Kate*. —Sonreí, contagiándola—. Ahora no entiendo... ¿sucedió algo pesado? Porque por tu apariencia debería pensar que tuviste la mejor noche de sexo desenfrenado con una posterior y repentina confesión de homosexualidad...

Bufó.

—No, Mel, no sucedió nada de eso. Solo es que... —vaciló y se tomó unos segundos. Las puertas del ascensor se abrieron. Salimos y, a pesar de seguir

caminando hacia la oficina, yo seguí expectante—. Solo es que pasamos todo el día juntos, como si nada. Como si fuesen años los compartidos. Como si...

—Estuvieran enamorados —completé, deteniéndola llena de entusiasmo. Parecía una adolescente.

Kate entrecerró los ojos y, despacio, negó con la cabeza.

—¿Te inyectaste litros y litros de helado? Tanta dulzura y romanticismo te van a matar de una hiperglucemia severa, Mel...

Seguimos caminando.

—Vamos, no seas tan dura conmigo. La situación lo amerita, cariño. Hacía años que no te veía mal por ser feliz.

Kate frunció el ceño y se detuvo. Había sonado raro, pero era tal cual lo había dicho. Cada vez que le ocurría algo bueno en el amor, solía ponerse así de mal. «Miedo» lo llama la gente normal.

—¿Años?

Asentí segura. Y solo cuando Florence abrió la puerta, me di cuenta que con eso le había dicho que la última vez que la había visto feliz de verdad había sido mucho tiempo antes de su compromiso y «casi» boda con Martin.

Como fuera, su reacción no nos dio tiempo a seguir con el asunto «Francis».

—A la sala de reuniones —expresó Florence al pasar y sin siquiera darnos un vistazo.

Las dos nos miramos sorprendidas.

«Oh-Oh... ¿Y ahora qué?»

**

Florence, Kate y yo ingresamos primero. No mucho después entró Ralph, algunos jefes, gerentes y, finalmente, R. Todos nos sentamos a la espera de las primeras palabras de mi madre, pero antes de que pudiera siquiera abrir la boca, la puerta se abrió. Era Sophy que, tarde y hecha un desastre, ingresaba a la sala de reuniones. Todos, hasta el menos interesado en ella, la miramos sorprendidos de arriba abajo. Su ropa era un «bah...», pero su rostro... Su rostro parecía el de Rocky Balboa luego de hacer las seis películas seguidas y sin descanso de por medio. R frunció el ceño enfurecida y, para cuando Sophy terminó de sonarse la nariz, la miró casi con la intención de prenderla fuego. Medusa contemporánea quiso abrir la boca, pero el gesto de mano de R para que se retirara fue suficiente para que no emitiera sonido alguno. Kate

y yo no sabíamos si seguir sorprendidas o mearnos de la risa. Sophy nos miró con odio (si es que aún podía ver con esos párpados hinchados como labios con exceso de colágeno) y, conteniéndose las ganas de insultarnos, se retiró.

Y se hizo ese breve e incómodo silencio en el que uno o dos acomodaron sus voces.

—Bien... Ahora que sí estamos en condiciones, anunciaremos la última e imprevista estrategia comercial a aplicarse hasta el día viernes. Ralph, por favor... —invitó R.

Cerré los ojos y suspiré. Ya ni sabía qué rayos se le había cruzado por la cabeza. Nada me sorprendería, menos a esas alturas, excepto...

—Votación mediática.

WTF...

Miré a R desgana y enarqué una ceja. Ella, altanera, mantenía sus manos entrecruzadas al mejor estilo señor Burns. Ni siquiera me miró. Su mirada seguía fija en Norman.

El resto murmuró hasta que habló Florence, vencido y harto de que siempre fuera su sector el que más sufriera los cambios repentinos.

—Perdona, R. Perdona, Ralph. Simplemente espero que esta vez no sea nada que afecte directamente a mi sector. Estamos a solo tres días de la boda y, por mucho que quisiese, no puedo hacer ningún cambio más. Los trajes y auspiciantes para cada exesposo ya están determinados, como así también el del novio y...

—Tranquilo, Florence. Esto no cambiará en nada a tu planificación —dijo un Ralph seguro y orgulloso. Se notaba que estaba contento con su nuevo puesto de Jefe en Relaciones Públicas.

—OK, Ralph. Pero explica lo de «votación». De solo oírlo, intuyo otro problema de imagen pública. Recuerda que esta vez su boda va en serio —acotó Kate.

Y «gluc». Tragué saliva. De solo escuchar lo de «esta vez su boda va en serio», se me erizaron todos los pelillos del cuerpo, incluso los del...

—Las estadísticas más recientes han revelado que los últimos miles de comentarios registrados en las redes sociales se han referido a un mismo tema que, a medida que pasan las horas, aumenta la adhesión de más lectores. — Todos lo miramos expectantes. Él sonrió—. La gente ha empezado a votar de manera informal por el novio con el que creen Mel se casará. E, incluso, se han detectado apuestas.

Genial... Me sentí en el hipódromo. Mis veinte exesposos interpretando los

caballos de carrera, R y su *staff* como los jinetes, y yo ni más ni menos que como el estúpido e inservible trofeo.

—Ni en sueños —expresé a secas, poniéndome de pie—. Se trata de mi vida, no de la de ellos. No quiero que este casamiento...

—Único y real... —aclaró Kate.

Suspiré.

—Exactamente. Único y real —repetí—, pase a convertirse en un *show*. Es mi vida, mi momento, mi...

—Lo siento, Melany —me interrumpió R—. No fue una pregunta ni una idea. Ya está decidido. Es una magnífica estrategia y se implementará. La reunión no fue más que de carácter informativo para que todos los sectores procedan con su habitual profesionalidad. Nada más.

Reí indignada y en ello dejé el aire. La sonrisa de Ralph se borró en cuanto vio mi rostro.

¿Hija? No... Esa palabra, definitivamente, no estaba en el diccionario de R.

Tomé aire y me lancé al ataque. Quizás, el último.

—Pues no procedieron tan profesionales al diseñar la estrategia. Nadie ha pedido mi consentimiento para poder hacerlo. Esta boda es en serio y forma parte de mi vida personal que nada tiene que ver con mi faceta profesional.

R dibujó una media sonrisa en su rostro. Típico de ella. Ya podía ver asomando alguna zorrería. Cómo no...

—Imaginé que te opondrías —dijo mientras sacaba unos papeles de su carpeta... Unos papeles que hicieron que yo frunciera el ceño porque me resultaron conocidos. Unos papeles que, al ver con más detenimiento, reconocí. Furiosa, cerré los ojos. Jamás sentí tanto asco de ser su hija—. Es por eso que traje conmigo el contrato que tú misma firmaste luego de tu divorcio con Rich Bob. ¿Quieres que lea las cláusulas o con decir que nos cediste los derechos de cobertura y planificación estratégica de «todas» tus bodas es suficiente para poder continuar con nuestro trabajo? —Estiró el brazo dejando el contrato a la mitad de la mesa.

Mis ojos no podían parpadear, solo se mantenían enfocados en la primera página de aquel trato de porquería. Mis labios se endurecieron y, regalando una última mirada de desaprobación a Ralph, los empujé de vuelta hacia R. La maldita y cínica bruja contenía la risa.

Habría buscado lo que fuera para contradecirla. Mismo me habría encargado de encontrar alguna falla o error en el estúpido contrato, pero no

tenía más fuerzas. Ya no...

—Tú ganas, R. Hagan lo que quieran.

El murmullo fue automático.

—¡Mel! —exclamó Kate enfurecida por mi conducta blandengue.

Todos y cada uno de los que allí estaban me miraban atónitos, excepto R que, más fría que nunca y como si hubiera sabido de aquella inesperadísima rendición de mi parte, asintió.

—Y así será, Mel. Así será... —dijo al mismo tiempo que guardó el contrato.

La miré y, sin esperanzas de algún día volver a llamarla «madre», tomé mis cosas y me retiré de la sala..., aunque no sola.

Sus pasos otra vez.

Mi fiel y loca Kate me siguió, me alcanzó y tomó del brazo para darme, en silencio, lo que más necesité en ese momento: un abrazo.

**

—No le hagas caso, Mel. Después de la última revista, no creo que haya algo peor... —dijo al segundo que se cerró la puerta del ascensor, pero del edificio de mi casa.

Puse los ojos en blanco.

—Cada vez que dices algo así termina ocurriendo lo más inimaginable, Kate. Así que si quieres consolarme, por favor, no vuelvas al tema. ¿Sí?

Revoleó los ojos y bufó. Creo que ya imaginaba lo que le esperaba el resto del día.

Y así, las puertas del elevador se abrieron, aunque...

«Oh - por - Dios...»

Jamás en nuestras vidas hubiéramos esperado ver algo como aquello. Lo digo en serio.

Ella contra la puerta de entrada, los brazos abiertos como si la estuviesen sacrificando y sus piernas abiertas en forma de «A». Y él... no estaba arrodillado, no. Estaba de pie, debajo de su larga y «aburrida» falda.

Claro que nada de todo esto hubiera sido tan traumático y sorprendente de no haberse tratado de la señorita Wilson y... un enano. Esta vez, un «enano» en sentido literal.

Las dos abrimos las bocas como peces y, a punto de mearnos de la risa, mi vecina se percató de nuestra presencia y el enano, algo asustado, salió de la

zona oscura de ella. La falda de Wilson quedó sobre la cabeza del pobre enanillo, haciéndolo parecer más gracioso de lo que su rostro asustado hacía por sí solo.

—¿Señ... señorita Wilson? —pregunté insegura y risueña.

Ambos estaban paralizados. Y Kate también...

—¡Mel! —gritó como si hubiese descubierto algo más escandaloso y gracioso que aquella escena. Fruncí el ceño—. ¡Es el enano *stripper* de mi despedida! ¡El maldito hijo de perra de la foto!

Y... Ups... Era cierto.

Kate, furiosa, entrecerró los ojos y el enano tragó lo que, seguro, creyó sus últimas gotas de saliva.

**

—OK. Calmémonos... —me atreví a decir. Kate me fulminó con la mirada y otra vez tuve ganas de reír. Es que su expresión y la de aquella extraña «pareja» sentada en mi sillón eran... eran increíblemente graciosas.

De solo imaginar a Kate tomando al enano *stripper* por los cabellos y a la señorita Wilson defendiéndolo, vaya a saberse si con una escoba o un crucifijo, me dieron ganas de carcajear.

—El asunto aquí es simple. Podría asesinarte, ¿sabes? Y te aseguro que no sentiría culpa alguna. —Tomó aire—. Pero, en contra de mi razonable voluntad, exijo una explicación.

—Muy cierto. Este asunto no puede quedar así. Esto es serio y realmente perturbador, *little stripper*. Necesitamos saber qué demonios haces con la señorita Wilson.

Kate abrió la boca y frunció el entrecejo.

—¡¿En serio?!

Enarqué las cejas y omití decir «¿¡Qué?! ¡Vamos! ¡Cualquiera esperaría esa explicación y ninguna otra, Kate!»

El minihombre suspiró.

—Primero, mi nombre es Gustave, pero me dicen Gus-Gus[34]. Así que nada de *little stripper*. Y por otro lado...

Ni Kate ni yo pudimos contenerlo más. La carcajada salió sin previo aviso, interrumpiendo su intento de seriedad.

Su voz era tan aguda y diferente que, aun así, no hubiera bastado para hacernos reír tanto. Vamos, ese apodo... ¡Era el nombre del ratoncito favorito

de la Cenicienta!

Gus-Gus bufó y comenzó a moverse para bajar del sillón.

—¡Ni se te ocurra, Gus-Gus! —lo amenazó Kate con su dedo índice. Pensó y entrecerró los ojos—. De hecho, no te lo recomiendo... —Silbó y Puddle se acercó enseguida. Claro, con la goma rosa en la boca—, a menos que quieras ser atacado por esta enorme fiera y su... ¡hum! su arma mortal...

Puddle dejó caer el dildo y se sentó al lado de las piernas de Kate, con su larga lengua afuera, completamente relajado y sin entender una mierda de todo lo que allí sucedía.

Gus-Gus revoleó los ojos.

—¡Ya basta! —exclamó mi vecina—. Te advertí que debía hablar yo... Ya sabía con qué calaña de mujer trataríamos aquí —dijo, fulminándonos con la mirada.

«¡Ejem! Le recuerdo, señorita Wilson, que la estaba en el pasillo disfrutando de un grotesco sexo oral era ni más ni menos que usted...»

—Señorita Wilson... —dije con tono de reprobación.

La muy creída enarcó una ceja. Ja...

—¿Qué? ¿Acaso crees que me oculto de ti, Mel? Pues estás muy equivocada. No tengo nada de qué avergonzarme. De hecho, la única persona del edificio que no sabía de mi relación con Gus-Gus eras tú... —Sonrió maléfica—. Y solo porque él mismo me lo pidió...

«*WHAT?!*»

La señorita Wilson giró su rostro hacia un costado, desviando su mirada de forma altanera.

—Sí, es cierto. Yo se lo pedí. En cuanto vi que esta loca de ojos saltones venía seguido a este piso... —Suspiró—... no tuve opción.

—¡¿Loca?! ¡¿Quién demonios te crees que eres, maldito enano de Blancanieves?! —Se quiso lanzar sobre *little stripper*, pero logré atraparla—. ¡¿Sabes lo que has hecho con mi vida?! ¡¿Lo sabes?! ¡¿O necesitas que te muestre la maldita foto que arruinó mi boda?!

Wilson no pudo evitar mirar con reprobación a Gus-Gus. Este suspiró y volvió a Kate.

—Sí, lo sé... Pero fue una cuestión de negocios... —dijo inseguro, pero al sentir nuestras miradas llenas de furia, se corrigió—... Más bien digamos que no pensé que pudiera traerte tantos problemas. La realidad es que no pude resistirme a esos billetes. Ya sabes... La de los rulos descontrolados no lo consiguió hasta que me dio en mano esos cien dólares.

—¡¡¡¡¿Cien dólares?!!!! —exclamamos las dos horrorizadas.
Gus-Gus asintió.

—Qué económico sale arruinar una vida... —Kate apoyó todo su peso en la pared y se dejó caer hasta quedar sentada en el suelo.

—Oh, vamos... Si Martin realmente supiera lo que vales, nada de lo que hizo Medusa habría funcionado. Aun si hubiera pagado cien mil dólares...

La señorita Wilson y Gus-Gus asintieron.

Se hizo un horrible silencio. Primero los miró a ellos que no dejaban de observarla con pena, compasión. Y luego... Luego me miró a mí, pero con esos ojos que anunciaban lo peor.

Oh, rayos...

Su llanto llegó sin hacerse esperar y, con este, su... su «ronquido» para llamar de alguna manera al «Oinc-Oinc».

Por todos los cielos... Parecía Babe, el cerdito, a punto de ser rebanado en una carnicería.

Me agaché y la abracé, tratando de que se calmara, pero su porcino sollozo aumentó en cuanto lo hice.

Miré a la «pareja» y, sin mucha esperanza de que Kate dejara de sufrir, negué con la cabeza.

Peroo...

«Clink»

El móvil de Kate sonó y esta, en cuanto abrió el mensaje, dejó de llorar. *WTF*... Fruncí el ceño y me estampó la pantalla en la nariz.

De: Martin

Para: Kate Lawrence

Asunto: Oportunidad

Kate... Sé que tal vez sea un poco tarde, pero lo he pensado bien y creo que deberíamos volver. Fueron muchos los años que pasamos juntos...

¿Qué piensas? ¿Aceptas esta segunda oportunidad?

¿Deseos de vomitar? ¡Creo que recién luego de sentir unas inmensas ganas de ahorcarlo con los rulos de Medusa *bitch*!

Y claro... Ahora tenía sentido el estado Rocky Balboa de Sophy. El muy imbécil la había dejado para «intentar» volver con Kate (algo que él, muy probablemente, creyó seguro).

Fue en ese momento, en el que Kate me miró llena de esperanza, que me di cuenta lo malditamente retorcido que es el amor o como demonios se llame.

—No, Kate, no... Por favor, dime que no es cierto lo que creo que harás... —expresé vencida y aún arrodillada junto ella.

Impulsiva y con los saltones ojos alocados, me tomó ambas manos.

—Mel... Esta es mi oportunidad.

Wow... Por su expresión tuve la sensación de que se uniría al club de Ralph.

—Suenas como una demente...

—Suenas y parece una —agregó Gus-Gus, pero el codazo de Wilson lo calló.

Kate chasqueó la lengua.

—No entiendes... Es mi oportunidad para que sepa la verdad, Mel. Él —dijo señalando al enanito, pero sin quitarme la mirada de encima— explicará todo, ¿comprendes?

Sus ojos y tono de voz mostraban un entusiasmo que yo no pude compartir.

—Yo no iré a ningún lado... —acotó Gus-Gus, cruzándose de brazos.

—¡Tú harás lo que yo diga, maldito chichón de calle! —amenazó Kate fuera de sí.

La señorita Wilson, enardecida, frunció el ceño y se irguió dispuesta a mandarla al quinto infierno, pero se detuvo por mi mirada llena de súplica.

—No es necesario que vayas a ningún sitio, Gus-Gus. Con filmarte sería suficiente... —dije lo más delicada posible. El hombrecillo y mi vecina suspiraron, pero no se negaron.

—¡Sí! ¡¡Eso!! ¡Excelente idea, Mel! —Aplaudió como niña y me abrazó. Desganada, palmeé su espalda.

—Sí..., muy buena idea. Pero... ¿para qué, Kate? ¿Para qué? —inquirí con tristeza, tratando de hacerla entrar en razón.

Mi amiga frunció la frente y negó con la cabeza. Le pareció la pregunta más estúpida del mundo.

Me tomó de los hombros y, sonriente como nunca, clavó sus celestes e iluminados ojos en mí.

—¿¿Cómo que para qué?! ¡Es obvio, Mel! Esta es mi gran oportunidad. Es el momento que estuve esperando para, finalmente, empezar a ser feliz... —Se puso de pie y tomó su móvil para filmar «la confesión de Gus-Gus».

Suspiré e hice lo único que estuvo a mi alcance: tomé mi pote de helado y me senté a ver.

Capítulo 32

Eran las nueve de la mañana. El día era una mierda, llovía y el frío terminó por convencerme de que no saldría a ningún sitio, ni siquiera al trabajo. ¿Para qué hubiera ido? ¿Para pasear por el serpentario? ¿Para arriesgarme a ser devorada por la anaconda de R?

«No, gracias. Paso.»

Puse el móvil en modo silencioso, tomé mi pote y, a diferencia de otras veces, preferí no ver ninguna película de las de siempre. Esta vez escogí la más entretenida de todas: la de mi propia vida. Encendí la TV y, acurrucándome junto a Puddle y mi helado, clavé mis ojos en la pantalla.

«—¡Buenos días, Carl!

—¡Más que buenos, Steph! ¡Hoy tenemos un día lleno de sorpresas!

—Ya puedo imaginarlo. Y es que debo reconocer que no creí que la incertidumbre por saber el nombre del novio de Mel Adams fuera tan fuerte. Realmente me ha dejado sorprendida el impacto que ha causado. ¡¿Has visto ya los resultados, y solo momentáneos, de las votaciones?!

—¡Claro que sí, Steph! ¡Y te sorprenderá ver quiénes pelean el podio!

—¡Oh, por todos los cielos, Carl! ¡Veamos las placas!

Aparecieron las fotos de los cuatro más votados y los porcentajes.

Rayos...

—OMG! ¡No puedo creerlo, Carl, no puedo!

—Pues tendrás que hacerlo, querida Steph. Este doctor más que curar, ¡rompe corazones! —Risas entusiastas—. ¡Es increíble que, sin ser alguien del medio, compita con nuestro mimado y adorado Rich Bob!

—¡Sin dudas! ¡No por nada cada uno se ha llevado el 30% de los votos del público! ¡30 %, Carl!

Ambos negaron con sus cabezas simulando sorpresa.

—¡Increíble! ¡Increíble!

—Pero esto tiene su explicación, ¿cierto? —Aparecieron en pantalla las fotos *hot* de Alex casi desnudo, pero con el estetoscopio—. ¡Por todos los cielos! ¡Bendita sea la medicina! —Risas.

—¡Steph! ¡Ten cuidado o te hará mal al corazón! ¡Y no creo que sobrevivas para pedir una consulta a nuestro espectacular Alex Said!

Steph tomó su *tablet* y se abanicó con ella. Más risas.

—¡Tienes toda la razón del mundo, Carl! Y si intento repetir sus palabras, creo que no llegaré siquiera al programa de mañana...

—No te queremos perder, cariño, no aún... —Le puso una mano en el hombro. Risas—. Pero ¿y qué me dices del resto de los candidatos?

Ambos enarcaron las cejas.

—Pues eso sí que está complicado. ¡Solo un 40% se reparte entre los veinte restantes, Carl! Y con decirte que Carlo Montieri, el chef *sexy*, se lleva un 20%, y Tony Vegas, el basquetbolista, un 10%, creo que es suficiente!

—¿Solo un 10% para los otros dieciocho?!

—¡Exacto!

—¡Por todos los cielos! ¿Y qué piensan los lectores y televidentes de todo esto?

—¡Buena pregunta, Carl! Pues aquí tenemos algunos de los comentarios más recientes: Camille de California dice ‘Sin dudas mi voto es para Alex Said. Lo he visto surfear aquí y ¡es un Dios!’.—Sonrisas—. ‘Yo creo que Rich Bob será al fin su esposo. Me arrepiento de haber jugado en contra la primera vez. Jeje...’ dice Tía Violet de Nueva Jersey —Enseguida descubrí la verdadera y «porcina» autora...—. ‘Yo quiero que se case con Carlo Montieri. Así aprendería a cocinar...’ dice Sophy. —Risas. Maldita Medusa—. Y... ¡Oh! ¡Aquí tenemos uno de Irlanda, Carl! Dice Lucy, ‘Para mí Mel Adams no debería casarse, al menos con Alex, pues... —Entrecerró los ojos, ya que no podía ver bien lo que aparecía en pantalla hasta que lo deletreó—... es una... Z-O-R-R-A’. —Se hizo un silencio y luego ambos se taparon las bocas horrorizados por lo que, sin querer, Steph había dicho. Claro que aquellas palabras no podían ser más que de la madre de Alex, Lucy-Fer—. Oh... Rayos... Nos encargaremos de evitar este tipo de comentarios. Nuestras disculpas, Melany... Y el último, por ahora, realmente sí que sorprende: ‘Yo voto por James O'Brian. Es el hombre ideal para Mel’, dice Albert *Sísifo*... —Ambos enarcaron las cejas.

—¡Eso sí que llama la atención, Steph!

—¡Absolutamente, Carl! ¡Absolutamente!

—¡Pues no se olviden de seguir votando. Recuerden: #RevistaEmotivaVotoa... ¡y el nombre del novio que prefieras! Yo ya he votado mi favorito, ¿y tú? —Gritos de alegría.

—¡Vamos a un corte y ya volvemos con más de Mel Adams y su última boda!

Aplausos.»

OK... ¿Era un broma? Albert, mi terapeuta, ¿también había votado? ¡¿Y por James?! WTF????!!!!

Apagué la TV.

Tomé a Puddle y lo miré fijo a esos ojitos tristes.

—¿Por qué, Puddle, por qué a mí? ¿Qué es lo que he hecho mal?

Hizo un llorisqueo y se acercó a mi rostro para lengüetear mi cara. Me sacó al menos una sonrisa, pero la duda siguió hasta que...

«Tal vez ya no se trate de lo que hayas hecho, sino de lo que sigues haciendo mal...»

Mierda. Mi querido cerebro aún funcionaba y mejor de lo que hubiera esperado.

Angustiada, suspiré. No tenía sentido seguir allí encerrada viendo qué hacían y decían los demás de mi vida.

Me levanté, me vestí y, decidida, salí.

Necesitaba aire.

Necesitaba pensar.

**

¿Adónde fui a parar? Pues sin duda al lugar en el que sentía podía hallar la paz necesaria para intentar encontrarme, porque sí: estaba perdida. No me importó la llovizna, ni la humedad ni el insoportable frío. De alguna manera, me hacían sentir viva. Aun así, el paraguas de un rosa tan fuerte como el del dildo de Puddle me cubría lo suficiente como para que mi maquillaje no se desparramara creando el estilo panda. Y el impermeable me cubría del frío que parecía no ceder. Miré el enorme portal que conocía a la perfección y entré al Conservatory Garden del Central Park. Mi lugar en el mundo.

El silencio me reconfortó y, solo cuando mi cerebro consiguió cierta calma, intenté recordar cuándo había sido la última vez que había ido.

«Mierda. Sí que hace tiempo...»

Sí. Un día antes de la boda con Rich Bob. ¿Pero por qué había dejado pasar tanto tiempo? Bufé. De solo pensar que uno de los motivos era porque vivía al pendiente de mi profesión, no quise seguir profundizando. Como había dicho mi cerebro: ya no tenía sentido enfocarme en lo que había hecho mal, sino en lo que seguía haciendo mal.

Pero para hacerlo, opté por caminar por uno de los senderos hacia la zona de la fuente principal. El aire acariciaba mis mejillas y las gotas caían del paraguas, delicadas, silenciosas. Levanté la vista y miré las hileras de árboles. Ni desnudos ni vestidos, así se veían, pues si bien quedaban claros rastros del invierno, la primavera no tardaría en dar su presente. Suspiré sin saber bien por qué, aunque sentí que aquel paisaje no era más que un vivo reflejo de mi interior... Pero tampoco pude pensar mucho más porque unas alegres carcajadas llamaron mi atención. Frené el paso y miré hacia el frente. Una joven pareja de recién casados se detuvo, impulsivamente, al final del sendero. Ella de un blanco inmaculado, aunque en el borde del vestido ya podían verse rastros de la humedad, y él con un esmoquin clásico, negro. Brillaban, parecían los rayos del sol que le faltaban al día. Se abrazaron más de lo que sus cuerpos les permitían y, bajo el mismo paraguas, se besaron con una espontaneidad que no dieron tiempo a que el fotógrafo, que corría tras ellos, les tomara una imagen de aquel inolvidable momento. Se miraron, sonrieron y, con una nueva risa efusiva, llena de felicidad, corrieron hacia la zona del parque estilo inglés.

Qué maravilloso me había parecido aquello. En ningún momento se preocuparon por no haber conseguido una buena toma de ese instante. Ellos solo se enfocaron en vivir su momento, en disfrutar de la felicidad, de vivirla, y no de atraparla, captarla, conseguirla como si se tratase de una cosa que puedes guardar en un cajón. Y sonreí, claro. No pude evitar recordar por qué ese era mi lugar en el mundo. De hecho, si yo era lo que era y amaba lo que amaba, era por ese parque y por... R, mi madre.

Las imágenes de mi infancia arrasaron con mi razón. La risa de ella, su mano tomando la mía, paseando por ese mismo sendero en busca de alguna pareja de recién casados. Porque eso hacíamos: caminábamos y caminábamos hasta encontrar alguna novia en plena sesión de fotos. ¡Jajajaja! Enseguida recordé a R creando historias de amor a mi pedido, mientras yo contemplaba fascinada a la novia y al novio. Y sí, amaba ver sus vestidos, sus peinados, pero si algo de todo eso me volvía loca, era poder contemplar las sonrisas que los recién casados, por nada en el mundo, podían reprimir. Qué tiempos... Cuántas sonrisas contemplé... ¡Cuántas! Hasta llegué a intentar contarlas, ¡claro que sí! Soy Mel Adams, ¿no? Pero llegó un momento en que perdí la cuenta. No por despistada, sino porque mi mente comenzó a preguntarse cuándo sería el momento en que a quien contemplara fuera a mí misma. Y más aún: cuándo dejaría de apreciar para, simple y directamente, vivir,

disfrutar de sonreír...

Cielos... Era cierto. ¿Cuántas veces había soñado con no poder evitar expresar la felicidad del amor con una, aunque sea una sola, sonrisa?

Ser feliz.

Sonreír... Sonreír de verdad. Y sí. No lo pude evitar. Como un relámpago, su sonrisa vino a mi mente. Su maldita y sincera sonrisa.

Suspiré, me senté en uno de los banquillos y miré hacia lo más alto de uno de los árboles para distraerme. Un pájaro, no sé cuál, empezó a canturrear. Era hermoso y, aunque poco entendiera de cantos y aves, no pude evitar sentir la misma alegría que tuve al ver a la impulsiva pareja de recién casados. Lo miré solo una vez y volví a clavar mi mirada en cualquier otro lugar, sin dar más importancia, pues estaba segura que él seguiría allí, fijo en ese árbol cantando para mí, como si ese fuese su único lugar en el mundo. Pero solo cuando el silencio se apoderó del momento, me di cuenta que había abierto sus alas para echarse a volar lejos de donde estaba. Qué estúpida que había sido. El pájaro no era mío, su canto no me pertenecía y su lugar no era más que donde él quisiese. Había desperdiciado aquel instante, enfocando mi mirada en cualquier otro punto, en lugar de observarlo y sentirlo a él. Qué tonta... Y entonces fue cuando entendí que aquel pájaro y su canto no eran más que un reflejo de lo que la felicidad era. Jamás sería mía ni de nadie, tampoco era eterna y constante, pero sí podía sentirla, vivirla, disfrutarla y, por qué no, expresarla con una sonrisa, una de esas que sabía no se podían simular ni evitar...

—James...

Tomé mi móvil y, sin dudar, escribí.

De: Mel Adams

Para: James O'Brian

Asunto: ¿Hablar?

Hola, James... Te sorprenderá que te escriba. O tal vez no, pero esta vez no es para pedirte un favor. O bueno, en realidad, sí... ¿Crees que podemos hablar? Quiero preguntarte muchas cosas y además... Bueno, ya sabes... hablar.

Avísame si puedes. Aunque te parezca mentira, estaré al pendiente...

Besos, leprechaun

Esperé un rato, pero nada. Cientos de correos, aunque ninguno de él. Lo llamé y solo di con el ridículo mensaje de su contestador. Miré el árbol y el pájaro tampoco había vuelto.

El viento se había tornado más frío y la lluvia no quiso desentonar. Era mejor que me marchara. Guardé el móvil y empecé a caminar. Pero no perdería la oportunidad de pasar por el bar cuyo nombre ni quería recordar. Debía agotar todas las posibilidades.

Golpeé el vidrio, pues estaba cerrado. Lind se asomó y, al verme, sonrió.

—Buenas, preciosa. ¿Qué te trae por aquí tan temprano?

—James... —dije instintivamente, pero al ver el ceño fruncido de Lindsay, me corregí—. James, porque... necesito hablar con él. ¿Está aquí?

—¿Es una broma?! ¡Jajajajaja! ¿Viven juntos y no sabes su paradero? ¿O estás con tantas cosas de la boda que ya lo has olvidado, cariño? ¡Jajajajaja! ¡Se fue con Ofelia para ayudarla con la mudanza! ¡Al fin consiguió un pequeño y cómodo departamento aquí, a unas pocas manzanas!

«W-H-A-T??!!»

—¿Ofelia? ¿Pero no vivía en Miami? ¿Por... por qué ha venido a quedarse? —inquirí desconcertada.

Lind enarcó ambas cejas, aunque con picardía.

—No quiso decir mucho, ¿sabes? Pero fue bastante clara... Dijo que dejaba todo atrás porque es aquí donde está el amor de su vida...

Abrí los ojos como platos. No podía ser cierto.

—Y... ¡Hum!... ¿Y James qué dijo?

—¿James? Pues hasta hace poco no pareció importarle mucho, aunque debo reconocer que desde ayer se comporta un tanto extraño, Mel. No ha venido aún y no quiere que lo llamemos. Solo dejó avisado que estaría con Ofelia. —Se encogió de hombros—. De todos modos, no tienes por qué preocuparte. Seguramente, ya esté por llegar. Y si pasa por aquí, le avisaré, cariño, así...

—No te preocupes, Lind —la interrumpí—. No le digas nada. No quiero preocuparlo. Quédate tranquila. A la noche seguramente lo vea —dije sonriente para disimular.

Lindsay me devolvió la sonrisa y yo simplemente me despedí lo más normal posible para volver al lugar del que no tendría que haber salido jamás: mi casa.

No sé cuánto tiempo pasé en la misma pose, acurrucada en mi sillón con la vista fija en el móvil. Horas, seguro.

La poca luz del día desapareció y, ya con la noche cubriendo el cielo, desistí. Me rendí porque sabía que la estupidez humana no tenía límites y, al parecer, se había encarnado toda y exclusivamente en mí al haber pensado que James me contestaría. ¿Es que no había prestado atención a lo que había dicho Lind? Y no hacía falta recordar todo lo hablado; incluso, se podía resumir en cinco palabras: se había ido con Ofelia.

Bufé enfurecida conmigo misma y apagué el móvil. Me iría a dormir. Claro, no sin antes hacer lo de siempre...

Caminé hasta el refrigerador, tomé el pote y, al abrirlo para dar la primera cucharada, mis ojos dejaron de pestañear. Fríos, se clavaron en el delicioso chocolate suizo. Estaban hartos de obligarse a creer que solo al ver el fondo del pote encontrarían la solución a mis problemas. Sabían que no era así, lo sabían... Y así recordé las palabras de Kate y Albert. ¿Es que podía ser cierto? ¿De verdad reemplazaba a los hombres con los helados? Tantos hombres, tantos pretendientes, ¡a punto de casarme!, ¿y aún seguía hundiendo mis penas en el puto helado? ¡¡¿Qué rayos sucedía conmigo??!! Fruncí mis cejas de la furia, endurecí los labios, tomé todo el aire que pude y revoleé el maldito pote contra el sillón (agradecí que no estuviera Puddle...). Oh, sí. Definitivamente, eso había significado un «basta» que me ahorré pronunciar. Pero tan decidida estaba que hasta sentí cómo mi cabeza dio *play* al tema *Eye of the Tiger* de Survivor. ¡Sí! ¡Al demonio con todo el puto helado! Uno a uno fui tomando y revoleando al cesto de la basura. A veces los lanzaba como si de un balón de básquet se tratara, otras intentando hacer jueguito con los pies (al peor estilo fútbol o *soccer*) y, las menos, con ridículas y muy mal logradas patadas voladoras. Pero como fuera, no quedó uno solo. De hecho, al liberar todo el refrigerador pude descubrir que, la botellita de agua para ir al gimnasio no se había extraviado, sino que se había quedado allí, en el fondo, hibernando.

Negué con la cabeza.

«OK, cariño, bien hecho. Pero... ¿Y ahora qué?», preguntó mi reavivado cerebro.

Lentamente, una media sonrisa apareció en mi rostro. Y mis entrecerrados ojos lo dijeron todo.

James había sido más que claro. Dolido o no, se había ido con Ofelia, ¿cierto? Desde el inicio había sido salvajemente transparente. Jamás, a pesar de mostrarse atraído por mí, negó la importancia de Ofelia. Incluso, sin tapujos ni vergüenza, reconoció en mis propias narices lo mucho que ella

significaba en su vida. Y aunque no lo hubiera hecho, el verlo desesperado por ella hasta en sueños era prueba más que suficiente. No volvería a cometer el mismo error de arriesgarme por un hombre y menos por uno que, sin problemas, me había hecho entender que yo era y sería siempre menos importante que su última ex. Pero encima que intentara (confundiéndome seductoramente, claro) arruinar la posibilidad de que me casara con el hombre con el que todas las mujeres sueñan... Eso... Eso sí que me enfureció.

«Maldito enano irlandés. Pensar que casi me ablando por lo de la tarde pasada... ¡Ja! ¿Tan estúpida me crees?»

Muy cierto. La felicidad es algo que no se tiene nunca. Por lo tanto, no puedes perder lo que no tienes. Sin embargo, si hay algo que sí se puede desvanecer es la oportunidad de ser feliz.

Encendí mi móvil y lo llamé.

—¿Mel? —preguntó confundido.

—Sí, soy yo. —Suspiré profundo—. Sé que no es el momento y es muy tarde, pero... necesito verte.

—Cielos... Yo también necesito verte, más que nunca... —Se hizo un silencio de varios segundos—. Ya salgo para allí. Te veo en un momento, Mel.

—Perfecto. Te espero... Te espero, Alex. —le dije antes de cortar.

Y eso mismo haría. No perdería la gran oportunidad de amar al hombre de los sueños. Me había dejado arrastrar por la sensualidad de James, pero aún estaba a tiempo de no cometer el mismo error de antaño. No desperdiciaría la posibilidad de ser feliz.

En unos días, Alex se convertiría en mi verdadero esposo. Pero... antes cumpliría el deseo de mi cuerpo y mente.

Esa noche Alex sería mío.

**

«Ding-dong»

OK. No lo voy a negar. Estaba nerviosa. En realidad, muy nerviosa. Sé que por todas las veces que estuvimos «a punto» no debía sentirme así, pero ¡vamos! Entre la curiosidad, la rabia, las ganas y el miedo de que alguien arruinara el momento, no podía sentirme de otra manera...

Como fuera, agité mi cabeza hacia ambos lados para despejarme. Me alisé

el *sexy baby doll* negro (como si eso hubiera sido necesario) y miré una vez más que ninguna de las velas se hubiera apagado. Y claro, el *champagne* seguía allí, listo para ser «descorchado».

«No te desesperes, Mel. Solo abre la puerta, salúdalo sensualmente y recién luego...»

Solo abrí la puerta. No quería seguir escuchando a señor sesos.

—¿M... Mel?! —Sus ojazos me hicieron una resonancia magnética de urgencia—. ¡Wow! ¡Estás hecha toda una...!

No dejé que continuara. Lo tomé de su corbata y lo arrastré al interior del apartamento. «Cerré la puerta» (esta vez en serio) y lo arrinconé contra la misma para, sin permiso alguno, besarlo... No, más bien digamos, «hundirle mi lengua»... OK, tampoco. Seamos sinceras: lo atraganté. Sí, jamás olvidaré el «efecto taladro» con el que lo atacué, sin darle espacio a respirar. Hasta escuché su voz intentando salir para decirme algo, pero, por supuesto, no dejé que lo hiciera. Je...

Salvaje e impulsiva, me desprendí de su boca (Alex tomó una profunda bocanada de aire) y lo lancé con todas mis fuerzas sobre el sillón. Sonreí por su expresión de sorpresa y, feroz, me senté de frente encima de él, con una pierna a cada lado.

—Mel... Yo... —Tragó saliva y aproveché para empezar a besarle el cuello. En realidad, a dejarle moretones...—. Oh, Dios mío... —El príncipe azul se estaba tornando rojo, o más bien convirtiéndose en príncipe *hot*, jaja. Su mano de diablillo no pudo evitar posarse sobre mi nalga—. Mel, yo... necesito contarte...

—Shhhh... —expresé, colando mi dedo índice entre sus labios. Su respiración se agitó. Yo sonreí y, rápida, aproveché a tomar la botella de *champagne*. El corcho salió de un solo disparo y, como si hubiera sido calculado con precisión matemática, pude sentir cómo la enorme y rechoncha entrepierna de Alex se endureció al verme empapada del vigoroso e incontenible líquido espumante.

—¡Oh, pero qué desperdicio! —dije gatuna, al mismo tiempo que, sugerente, esparcía la bebida por mi pechera.

«Baba». Con esa sola palabra se podría explicar la reacción de Alex, al verme actuar como en una película erótica para principiantes. Y yo no sé si por la furia o el deseo de al fin hacerlo mío, pero creo que lo hice bastante bien. Por lo que sucedía allí «abajo», podía también asegurarlo; me sentí como si me hubiera montado en el balancín de un parque, jajaja.

Pero no me quedaría con eso nada más. Lo tomé de la nuca y chocando mi pelvis contra la suya, le lengüeteé los labios.

Alex suspiró.

—Oh, Mel... Me estás destrozando. Cielos... —Cerró los ojos para calmarse, lo que me hizo sonreír—. Pero antes que nada... Necesito hablar contigo. —Me miró a los ojos y yo fruncí el ceño—. Es sobre Connie, ¿recuerdas?

—Claro que lo recuerdo. ¿Lo confirmaste, Alex? ¿Tiene problemas de corazón?

Revoleó los ojos para un lado y para el otro.

—Digamos que sí, de alguna manera, sí...

Enarqué una sola ceja.

—¿Con eso quieres decirme que no es nada grave? ¿O corre riesgo su salud?

Suspiró.

—No, Mel. Por suerte, su salud no corre riesgos, pero...

—Entonces dejemos ese asunto para otro momento, cariño... —dije para luego besarle el cuello y acariciarle, sorprendentemente, la entrepierna—. ¡Wow! ¡Alex! —exclamé encantada con su tamaño.

—Jejeje...

«¿Jejejeje? No, no, dulzura. Ahora verás cómo no te ríes más de los nervios.»

Me levanté de un solo salto e hice lo mismo con él. Otra vez tomé su corbata y, como si de una correa de paseo se hubiera tratado, lo guíé hasta mi dormitorio.

Lo acerqué hasta el borde de la cama y volví a besarlo, esta vez más tranquila.

—Oh, Alex... —le susurré, fregando mi cuerpo contra el suyo—. No te das una idea lo que deseo que me hagas tuya...

Tragó saliva.

—Mmm... Me... Mel... —logró decir tras sentir mis manos sobre su cuero, luego de estas haberse deshecho de su corbata y camisa. No mucho después, comenzaron a descender hacia el botón de su prenda inferior—. Yo también te deseo, pero creo que deberíamos...

—Hacerlo —completé, al mismo tiempo que le bajé los pantalones de un solo tirón.

Cielos... El *boxer* de Alex estaba por estallar. Jamás en mi vida había visto

algo tan... tan... ¿inflamado?

—Tal vez sea momento de que vaya al baño. No tardaré un...

—¡Ni en sueños! —Tomé el borde de su *boxer* y, sin darle chance, se los bajé en un santiamén que solo le dio tiempo para exclamar inútilmente.

—¡¡¡¡No, Mel, noooooooooo!!!!

El tiempo se detuvo y mi cerebro ralentizó cada movimiento de aquella escena, haciéndola inolvidable para el resto de mi maldita existencia.

En cuanto le bajé el calzón (motivo por el que me arrodillé frente al alto Alex), sentí que mi cabeza fue golpeada por algo que no tardó en descender... Sí, sé lo que piensan, cochinos. Pero no tienen puta idea...

No fue el pene de Alex. No. Aquella mullida y redondeada «cosa» rebotó en mi cabeza para luego caer sobre el piso y rodar, rodar, rodar hasta chocar con las bonitas patitas de Puddle que, al parecer, hacía rato nos miraba desde la puerta. Este, llorisqueando de la emoción, dejó el dildo que tenía en su boca y, sin perder tiempo alguno, se lanzó sobre «la cosa» a hacerle sus lujuriosos movimientos. Sí, mi Puddle realmente tenía extraños estimuladores sexuales...

WTF...

Aún anonadada, ladeé mi cabeza hacia uno de mis hombros, tratando de entender qué era eso hasta que... hasta que descubrí que no era más que un mullido par de calcetines enroscados. Sí, eso era lo que Puddle estaba haciendo suyo. Eso era lo que Alex había tenido guardado en su *boxer* durante tanto tiempo.

No pude evitarlo. Mi cruel memoria cinematográfica empezó a recordar y a atar cabos como si se hubiera tratado del final de una película de suspenso. Así vino a mi mente nuestro casi primer encuentro *hot*, frustrado por el fastidioso *leprechaun*. ¿Cómo olvidar las innumerables veces en las que, supuestamente, se acomodó el pene? Rayos... Y gracias a eso, también entendí que lo que se había ido a acomodar al baño no había sido precisamente una «pulsera tobillera» (claro, lo que se le había caído hasta el tobillo no fue más que la pelota de calcetines). Y la sunga, que usó en Miami debajo de las bermudas, ahora tenía más sentido que nunca, pues que fuera tan apretada le permitió mantener el par de calcetines firme y seguro. Pero, por sobre todo, pude comprender la obsesión que Puddle había tenido con él, y por qué siempre, antes de estar a punto de «empezar», quería ir al baño.

Uf...

Me erguí y, al hacerlo, vi un derrotado Alex sentado sobre mi cama.

Obviamente que, antes de acercarme a preguntarle, miré su entrepierna para ver si al menos había algo. Curiosidad morbosa, nada más. Y sí. Había. No voy a decirles que un Willy, pero tampoco era un «Buscando a Nemo». Tal vez algo más que un Flipper. Mmmmmhhh... ¡Sí! ¡Eso es! Algo así como el hijo mayor de Willy. Más que interesante, ¿no?... Pero aunque así no hubiera sido, no entendía por qué había hecho eso. Como si el tamaño fuera lo único y más importante, al punto de verse en la obligación de exagerar algo innecesariamente. Pero bueno, aquella obsesión no era algo nuevo ni propio de su género. Sin ir más lejos, yo vivía a diario viendo cómo hermosas mujeres, con y sin pechos, se operaban al punto de la exageración como si más siempre fuera mejor.

Me senté a su lado y lo abracé.

«Oye, cariño. Todavía puedes iniciar el juego... Tal vez así le levantes el ánimo. Ya viste que allí aún sigue todo ‘en pie’. Jejeje...»

«¡Cállate, sucio cerebro! Ahora no es el momento.»

«Y por lo que vamos experimentando, nunca habrá un ‘momento’, ¿cierto?»

Respiré profundo e intenté dejar a un lado mis estúpidos pensamientos egoístas. Alex me necesitaba.

—Alex, yo...

Se destapó la cara y, lleno de vergüenza y pena, me tomó de la mano.

—Mel, antes que nada, te pido disculpas. Yo... —Se quebró en llanto y se apoyó en mi hombro. Cielos, me encontré consolando al príncipe azul de una forma que jamás hubiera esperado: palmeando su espalda. Se calmó y volvió a mirarme—. Yo tenía intenciones de contártelo. Lo que ocurre es que es muy difícil, pues...

—¿Pero por qué, Alex? —lo interrumpí—. Así no tuvieras nada, no tienes por qué hacer ese tipo de cosas. Tú vales por lo que eres como persona, ¿sabes? Eres el príncipe azul que todas desean. —Lo empujé suavemente con mi hombro. Él, si bien apenas, sonrió—. Además, no es por nada ni tendría que ir al caso, pero tienes con qué presumir... —le dije, señalando con mi mirada su aún firme miembro. ¿No se iba a bajar con nada? Cielos... Sí que era raro, eh...

—Gracias, Mel, gracias... Es que siempre fue muy duro para mí. Imagínate... Ser el hombre perfecto, el hijo perfecto, el médico perfecto, me llevó a querer ser el amante perfecto también.

—¿Y creíste que con un par de calcetines enrollados allí ibas a lograrlo?

Ambos reímos.

—No, claro que no. Simplemente, el hecho de haber vuelto las otras imágenes tan ideales, me llevó a tener que hacer lo mismo con la primera impresión de... —Sus ojos apuntaron al hijo mayor de Willy.

Ambos, pensativos, nos lo quedamos mirando unos tres segundos. Aún permanecía firme y listo. Madre mía...

Suspiré.

—Pues no hacía falta hacerlo. Ya ves... —Lo señalé con mi mano y sonreí. Él me devolvió el gesto. La sonrisa, por supuesto...

Me puse de pie y Alex me imitó.

—Gracias, Mel. En serio... —Me acarició el rostro y me envolvió en sus brazos, aunque, claro... Su testarudo miembro evitó que fuera un abrazo completo. Jeje. Los dos sonreímos—. Y, no sé si quieras, pero aún podemos... ya sabes...

Miré sus ojos, luego su pene y, finalmente, a Puddle. Sí, este seguía «dándole amor» a la bola de calcetines...

—No, mejor no, Alex. Dejemos este increíble momento para nuestra noche de bodas. ¿Qué piensas? —sugerí con dulzura.

Traducción: «Me encantas tú y tu recién descubierto pene, pero la verdad... creo que me costará concentrarme. No todas las noches se ve un par de calcetines salir de la entrepierna de tu futuro esposo. Pero mucho menos podré enfocarme en hacerlo teniendo a Puddle allí satisfaciéndose. Sinceramente, me llevará tiempo echarlo. De hecho, el único que sabe hacerlo rápido es...»

«Es James», completó mi cerebro.

Suspiré.

—Estoy de acuerdo, Mel. Me parece una idea romántica, y me hace muy feliz saber que ya piensas en un momento posterior a nuestra boda. Por un momento, creí que no estabas tan entusiasmada con la idea, pero de solo escucharte y ver lo que haces por mí, me hace dar cuenta de lo torpe que fui en no mirarte de más cerca. Eres una mujer increíble, Mel... —Sonriente, me acarició la mano.

«¿Te he dicho ya que este hombre es demasiado bueno e inocente?», preguntó cerebro.

Pobre príncipe.

—Gracias, Alex... —Le sonreí dulce, al mismo tiempo que comencé a marchar hacia la cocina. Él aprovechó para vestirse—. ¿Quieres un café? Así

de paso me cuentas acerca del corazón de Connie. Por lo que vi, te tiene preocupado...

Alex, abrochándose el pantalón, suspiró y se acercó. Luego de meditarlo unos buenos segundos, volvió a mirarme, pero con una noble sonrisa.

—No, Mel, no es nada importante. Puedes quedarte tranquila. Será mejor que me vaya. Mañana tengo muchos asuntos que atender.

«Menos mal, cariño. De haber aceptado el café hubieras ido a parar a urgencias y no precisamente para cumplir con alguna guardia médica pendiente...»

Sonreí. Me acerqué hasta la puerta y la abrí.

—Entonces, suerte con eso, Alex.

—Gracias, dulzura. Mañana hablamos. —Me dio un beso en la frente y, ya dentro del elevador, se despidió con una enorme sonrisa.

Cerré la puerta, miré al exhausto Puddle (que al parecer ya había terminado de demostrar todo su amor a la pelota de calcetines) y luego me enfoqué en el, ya saben..., en el refrigerador. Fui hasta la cocina, lo abrí y... Cierto. Estaba vacío. En realidad, casi. Metí mi mano hasta el fondo y tomé lo único que había quedado allí: la botellita de agua.

Y bueno, ¿qué decir? Con todo el calor acumulado, no me venía mal refrescarme.

Nada mal...

Capítulo 33

«Dormí», podría decirse si hacerlo por dos horas luego de llorar las otras seis es suficiente como para usar tal palabra. ¿Que por qué lloré? ¿En serio? Explíquenme cómo hacer para aceptar y digerir, con normalidad, que me ocurrieran tantas cosas «raras», por no decir ridículas y extravagantes, en solo tres semanas. ¡Explíquenmelo y juro no volver a llorar más en mi puta vida!

En fin...

Me desperté y no gracias a Puddle. A diferencia de lo habitual (su lengua despertadora), cuando me levanté él ya estaba despierto. Muy despierto...

—¡Puddle! ¡Deja esa cosa ya! —grité malhumorada.

Oh, sí, mi pequeño pastelito (de ahora en más «perro cochino y degenerado») estaba dándole de nuevo a los calcetines.

Alzó las orejas en alerta, me miró y, temeroso de que le arrancara su nuevo gran amor, lo tomó y salió disparado hacia el otro dormitorio.

Cielos...

Bufé. Sí, bufé porque me hubiera encantado ser él. Claro que con esto no quise decir que me hubiera encantado huir con un par de calcetines como amante, novio o prometido, sino que me hubiera fascinado escapar junto a un gran amor. El único y pequeño detalle era que no tenía la parte del «gran amor», jajaja...

Me reí de solo deducir eso. Sin embargo...

Adiós sonrisa. Y bienvenida amargura propia de la sinceridad.

Allí, sobre la silla del dormitorio y más oportuna que nunca, su chaqueta de cuero me recordó que tal vez aquella deducción no era más que una idiotéz que yo misma me inventaba para evitar sufrir.

«Basta. No quiero ni cuestionármelo. Estoy mil veces mejor así... O, al menos, estaré mejor si dejo de pensar en él y toda la mierda que hasta ahora viví.»

Me propuse pensar en otra cosa y, a falta de la creatividad salvadora, encendí el LCD. No sin antes tomar lo único que, desde anoche, estaba a mi alcance: la botellita de agua.

Pude haber ido a comprar café y algo para comer, pero la verdad era que ya me daba miedo salir de ese apartamento. Entre *leprechaunes* desnudistas y sin filtros, príncipes azules exagerados y desilusionados, enanos *strippers*,

perros depravados y Peter, el encargado, ya no sabía lo que podía ocurrirme de solo abrir la puerta.

Era mejor quedarme allí, a salvo y sobre el sillón viendo...

«—¡Oh, Carl! ¡Qué ansiedad, por todos los cielos!

—¿Ya lo creo, Steph, ya lo creo! Y sí, mi querido amigo que nos acompañas detrás de esa pantalla: ¡hoy es el gran día!

—En realidad, el segundo gran día, Carl. Recuerda que mañana, sábado, será sin lugar a dudas el momento más recordado por los seguidores de Mel Adams y *Revista Emotiva*.

—¡Muy cierto! Mañana será la gran boda real de nuestra querida Melany, pero hoy... —Exagerado, se tapó la boca simulando emoción y ansiedad—. ¡Hoy sabremos lo que piensan ustedes, el público!

—¡Exactamente, Carl! ¡Hoy sabremos los resultados finales de las votaciones! Pero si aún no has votado, tienes unos minutos más para hacerlo. Recuerda #RevistaEmotivaVotoa ¡y el nombre completo del novio! ¡No dejes de hacerlo! ¡Tú puedes formar parte del gran evento de mañana con solo dar tu voto! ¡Famosos, vestidos, música, delicias y mucho más es lo que podrás disfrutar si resultas ganador! No esperes más y...»

«Un momento... ¡¿Hay un premio?! ¡¿Una invitación a mi verdadera boda?!»

Genial... Si quedaba alguna duda, con esto último quedó más que claro que la totalidad de las acciones correspondientes al título de propiedad de mi vida habían pasado a ser pura y exclusivamente de la empresa de mi madre.

Y (como si hubiera sido poco)...

«Ding-dong»

«Oh, no. No... No quiero abrir... No hoy. Tampoco mañana ni pasado ni ¡jamás!»

«Ding-dong, ding-dong, ding-dong, ding-dong». Y así por diez veces más. OK. Era Kate. No había otra posibilidad.

De mala gana, me levanté, abrí y, sin siquiera dirigirle la mirada, volví a lanzarme sobre el sillón a «hacer de cuenta» que prestaba atención al programa.

Pero nada de mi deplorable estado llamó la atención de Kate, pues esta entró prácticamente hablando sola y hecha una loca. Bueno, en realidad, así era Kate.

—¡Que se vaya a la mierda! Estoy cansada de esa mujer. ¡¿Quién demonios se cree que es para opinar así de nosotras?! ¡¡¡¿¿Quién??!! — Suspiró y puso sus manos en la cintura en forma de jarra. No dejaba de caminar de un punto a otro—. Pero ¿sabes, Mel? Yo sé por qué dice todas esas cosas... Yo lo sé...

—Hummm... —Acomodé la voz sin quitar la vista de la TV—. ¿Y de quién hablas?

Mi tono de zombi hizo que Kate frunciera el ceño, pero sacudió la cabeza y, omitiendo mi estado, continuó.

—Anoche... ¿No has visto la puta TV, Mel? —inquirió fuera de sí. Yo negué con la cabeza. Kate bufó—. ¡¿Pero en qué mundo vives?!

—¿En el de los príncipes y calcetines enrollados?

Kate puso cara de «WTF?», pero siguió con su discurso.

—En fin... Anoche en canal 8 apareció la muy idiota de Helen. ¿La recuerdas? La ultradelgada que cursó con nosotras la universidad y cuya voz parecía salir de la nariz como si tuviera una patata atravesada en la garganta...

—Oh, sí, Helen... ¿Pero no es que se había retirado de la conducción hasta que diera a luz su niño?

—¡Pues ahí tienes! Eso hizo, pero la muy estúpida fue como invitada a su propio programa. ¡Ja! Imbécil...

—¿Y?

—¡¡¿Y?!! ¡¿Sabes lo que dijo?! —inquirió furiosa. Yo negué con la cabeza—. ¡Dijo que lamentaba vernos así! La muy maldita ponía esa vocecita ñoña y se acariciaba el inflado vientre explicando que a su futuro niño/niña le enseñaría todo lo necesario para que en el futuro tuviera la estabilidad y seguridad que nos falta a ambas. ¡Maldita perra! Como si no la hubiéramos visto rodeada de hombres, bailando en bikini y con olor a alcohol... ¡Puff! ¡Si solo tuviera alguna de esas fotos, haría ver que esos ridículos vestiditos rosas que usa ahora, estilo Mary Poppins, no son más que una pantomima!

—Bueno, Kate. No es para ponerse así. Además, aunque las hallases, han pasado casi dos décadas de su época alocada o como quieras llamarle...

Entrecerró los ojos.

«Oh-Oh...»

—¿Qué quieres decir con eso, Mel? ¿Estás de acuerdo con ella? ¿Crees que todo lo que hacemos está mal?

—No quise decir nada de eso, Kate. Solo que...

—¡A la mierda con ella, Mel! ¡No tiene ningún derecho a opinar así y de

nuestra vida como si estar embarazada fuera lo correcto y debido! ¿Acaso crees que hablar con vocecitas agudas, cambiar toneladas de pañales repletos de mierda y ver tus *boobies* por las rodillas es lo que deberíamos estar viviendo?!

Enarqué las cejas.

—Pues...

—¡Como te he dicho! ¡Que se vaya a la mierda! Siempre nos ha envidiado y bien lo sabes. Siempre ha querido tener todo lo que nosotras íbamos consiguiendo. Y ahora que, una vez en su vida, se digna a hacer algo diferente, en lugar de enfocarse en disfrutarlo, la muy zorra lo usa para intentar hacer ver una falla en nosotras. ¡Claro! ¡Que más quiere! Pero sé por qué lo hace, claro que sí...

—¿Porque el programa le pagó para que hablara de nosotras para obtener más audiencia? Recuerda que, al menos hasta el sábado, somos la sensación...

Kate estaba a punto de hablar, pero cuando dije eso, frunció las cejas.

—Bueno... Esa es una posibilidad que no se me había ocurrido... —Se mantuvo pensativa varios segundos hasta que volvió a su tono furioso—. ¡Pero tratándose de ella sé que es porque extraña hacer todo lo que nosotras aún sí podemos por no tener que cargar con semejante globo! Jajajaja... Como si no la conociera...

—Tal vez... Pero de lo que sí creo estar segura es que te molesta y bastante que Helen esté embarazada, ¿puede ser?

Chasquéo la lengua.

—¿Es un chiste, Mel?! ¡Por todos los cielos! No es que me moleste que esté embarazada. Lo que me fastidia es quiera hacer ver que lo normal y correcto es lo que ella hace. Ambas sabemos que no es así necesariamente. Y ella también. Eso es lo que me hiere la puta sangre... —Hizo un breve silencio. Su tono pasó a ser más bajo y gris... Además, no me imagino cantando canciones sin sentido ni disfrazándome de algún extraño animal de moda solo para hacer reír a alguien que jamás se acordará de semejante sacrificio. No, gracias. Paso. Dejo el extraño mundo de los pañales sucios y bichos de colores para ella... y para ti que pareces estar bastante de acuerdo y no sé por qué... —Hizo un silencio, aunque sin quitar sus ojos de mí. Y de pronto...—. Espera... ¿Estás embarazada?! —inquirió ansiosa sin dejarme meter bocado—. ¡Yo sabía! ¡Esa hermosa cara de culo y el comentario de los calcetines no podían significar otra cosa! ¡Yo quiero ser la madrina de ese bebito! ¡Yo quiero! —exclamó inexplicablemente alegre, al mismo tiempo

que intentó abrazarme.

«¿Que no podía significar otra cosa? Jeje... En el mundo de Mel Adams puedes esperar cualquier cosa, cariño, cualquier cosa...»

—¡Ya basta de ñoñerías, Kate! —Me la saqué de encima, evitando que me besuqueara sin parar—. ¡No estoy embarazada y, por cómo se están dando las situaciones, diría que jamás lo estaré! Y si quieres un niño, ¡embarázate tú, Kate! Está a la vista que es lo que más deseas... —Al instante sonó mi móvil. Correo de R. Asunto: «Despido de Sophy». «*WHAT?!*» Ni siquiera lo abrí. Clavé mis ojos en Kate—. ¡R despidió a Sophy! ¡R despidió a Sophy, Kate! —vociferé al mismo tiempo que salté del sillón para abrazarla.

Kate respondió a mi abrazo, pero no tan sorprendida. La tomé de los hombros y la obligué a mirarme directo a los ojos. Lo hizo, aunque con una media sonrisa.

—Lo hice, Mel. Al fin, lo hice...

Fruncí la frente aún sin entender.

—OK... Ahora sí que suenas extraña. ¿Que hiciste qué cosa, Kate?

Sonrió y se sentó en el sillón.

—Enfrenté a R —dijo a secas. Yo abrí mis ojos como dos enormes discos de pasta—. Sí, lo hice. Le dije que, aunque amaba mi trabajo y a la revista en sí, no continuaría trabajando allí por cuestiones personales. Pero cuando me dispuse a salir de su oficina, me detuvo. Si te dijera que hasta casi me suplicó que no me fuera, ¿me creerías?

La volví a abrazar.

—¡Qué feliz me hace saber esto, Kate! ¡Te has hecho valorar!

—Sí... Aun así, nunca mencioné a Sophy, ¿sabes? Tampoco me alegra que la haya echado... R simplemente me convenció al decirme que aumentaría mi sueldo y que se encargaría ella misma de modificar algunos detalles en la oficina para que se tornara «un espacio más adecuado a los fines de la revista». De película, ¿cierto?

Ambas reímos.

—Bueno, pero ahora quiero saber «esas cuestiones personales» que han hecho renacer a Kate Lawrence. ¿Reconciliación con Martin? ¿Casamiento en puerta otra vez? Aún no me has contado lo que ocurrió.

Kate frunció la frente espantada.

—¿Pero qué rayos dices, Mel? ¡¿Acaso no eras tú la que me insistía con que lo último que debía hacer era volver con él?! ¡Cielos! ¡Hay veces en las que no termino de entenderte!

Parpadeé más de la cuenta. La realidad era que yo tampoco entendía nada.

—¡Y lo sigo sosteniendo! Solo es que... Te alegraste tanto al recibir el correo de Martin que pensé que irías a hablar para reconciliarte. ¿Acaso no le mostraste la confesión del enano *stripper*?

—Claro que sí, Mel...

—Pues entonces no lo entiendo. Él mismo te escribió y parecía bastante clara su intención de volver, ¿no? ¡¿Qué rayos le sucede a ese tipo?!

—A él no le sucede nada, Mel. A la que le sucedieron cosas nuevas es a mí. —Me miró con una tranquilidad que creo jamás vi en la desquiciada de Kate—. Verás... Hay veces que es tan insoportable la realidad que te toca vivir que prefieres no verla... Y hasta te inventas excusas para percibirla mejor o como te gustaría que fuera, ¿cierto? Como sea, no es bueno, no. En el fondo, sabes que lo que te dices no es más que una maldita mentira, por lo que terminas sufriendo más. Pero por suerte, todavía existen personas maravillosas que te ayudan para que eso no ocurra. —Me tomó la mano—. Creo que las suelen llamar «amigos»...

Fruncí la frente, pero esta vez porque intentaba contener las lágrimas. Claro que no resultó. Y por supuesto, como siempre ocurría entre nosotras, contagié a Kate. Así estábamos ambas: abrazadas y llorando de la emoción.

—Kate... Cielos... Tú sí que sabes hablar. Yo... No tengo palabras, de hecho, sabes lo desastrosa que soy para demostrar mis sentimientos.

—Mel, ya me demuestras mucho al no obligarme a tomar el café que preparas...

—Lo sabía, no dura mucho el momento de «Kate seria» —dije risueña—. Pero y bien, ¿qué sucedió con Martin entonces?

—Pues lo que tenía que ocurrir. Ya sabes... Aún no entiendo muy bien por qué siento tanta debilidad por el pelón ridículo de Francis. Es... es inquietante, pero a la vez tranquilizador. En fin... No va tanto al caso. El tema es que tal vez me llevó tiempo verlo, pero la noche en que descubrimos a la señorita Wilson con Gus-Gus... Mierda... Todo terminó de cerrarse, Mel. Mis ojos ya habían comenzado a abrirse para ver lo idiota que había sido Martin el día de la boda. Pero luego, verlo con Sophy, tan engreído y dejarla para volver conmigo como si solo se tratase de su propia decisión, me iluminó por completo. Claro que si tú no hubieras insistido, tal vez hubiera tardado mucho más. Como sea... El asunto es simple: mientras que él no descubrió nada nuevo en mí y solamente me juzgó, yo conocí un nuevo Martin, un hombre que no es quien yo pensé que era.

—Kate...

Sonrió con tristeza.

—Sí... Y bueno... esa fue mi «gran oportunidad» para hacerle ver lo equivocado que estuvo y también de agradecerle, pues si no hubiera pasado lo de la fotografía, me habría casado con un hombre que no conocía y que, no muy tarde, descubriría que no era para mí, Mel. Claro que no lo tomó a bien, y menos al verme tan calma. Pero bueno, aquí estoy... y mejor que antes.

—Rayos, Kate...

Nos volvimos a abrazar.

—Ahora no creas que se me ha pasado por alto lo de «el mundo de príncipes y calcetines enrollados». Será mejor que me cuentes.

—No creo que quieras saberlo... —Kate, sonriente, enarcó una ceja. Yo bufé—. Aunque tratándose de ti, es obvio que sí...

Pero los gritos de la TV captaron nuestra atención.

«—¡Oh, Steph! ¿Ese sobre es lo que pienso?

Steph, sonriente, asintió con la cabeza.

—¡Sí, Carl! ¡Exactamente! ¡Aquí están los resultados finales de las votaciones!

Aplausos y gritos de ansiedad.

—¡Oh, por todos las bodas de Melany, Steph! ¡No nos hagas esperar más, por favor! ¡Queremos saber quién será el futuro esposo de Mel según la audiencia!

Automáticamente, la producción del canal puso una melodía de tambores para generar más expectativa. Malditos payasos.

Steph hizo un movimiento con sus cejas y, lentamente, sacó el papel del sobre dorado. Lo miró y su sonrisa de oreja a oreja desapareció para dar lugar a dos enormes ojos llenos de sorpresa. El rostro de su compañero, Carl, era indescriptible. Se hizo un silencio de varios segundos.

—¿Steph?

Despertó.

—¡Hum! ¡Hum! Disculpen, es que no pude evitar sorprenderme... Bien... Y el futuro esposo, según la audiencia, es... ¡Alex Said!

Los gritos y aplausos no se hicieron esperar.

—¡Dios mío! Pero eso quiere decir que... ¡ha desplazado a nuestro querido Rich Bob!

—¡Así es, Carl! Y la mayoría de los comentarios han coincidido en lo

mismo: es el hombre que cualquier mujer desearía tener a su lado.

—Pues siento decirles esto, chicas y chicos, pero de ser cierto, ¡Mel Adams se casará con el último príncipe azul de la Tierra!

Carcajadas.

—No seas tan cruel, Carl. Seguro que hay un «Alex» para cada uno.

Ambos enarcaron las cejas.

—Y cambiando de rumbo... Sé que puede sonar un tanto maléfico, pero... ¿quién ha salido en último lugar?

Murmullo.

—Pues...»

Apagué. Aquello ya había sido demasiado.

—¡Hey! ¡Yo quería verlo!

—Ya basta, Kate. Son solo estupideces...

—No lo parece. Después de todo, el público aparenta saber bastante sobre amor. ¿O no acaban de descubrir con quien te casarás?

Bufé.

—El público sabe sobre príncipes y hombres de ensueño, Kate, pero no sobre amor o sentimientos... Al menos, no sobre los míos... —dije furiosa por lo que había visto en la TV.

—Oh-Oh... ¿Escuché bien o acabas de admitir que...?

«Clink». Sonó mi móvil, interrumpiendo a Kate.

De: James O'Brian

Para: Mel Adams

Asunto: RE: ¿Hablar?

Si quieres hablar sobre ti y Axel, olvídalo.

Si no, ya sabes dónde estoy por las noches. No soy tan sorprendente...

Carajo...

Angustiada, miré a Kate y le mostré el correo que acababa de recibir. Ella frunció el ceño al ver mi expresión y, sin dudarlo, me abrazó.

—No sé qué rayos más sucedió entre ustedes dos, pero creo que no hace falta que me lo digas, Mel. Cada vez que lo miras o hablas de él, lo haces como si se tratara de un duende que mea arcoíris mágicos. Ve y habla de una vez por todas... Mira cómo late tu corazón. Ni siquiera pensé que tuvieras

uno... —Las dos, sin dejar de apretujarnos, reímos hasta que...—. ¡¿Es cierto o mi degenerada imaginación acaba de crear un holograma de Puddle dándole amor a... a... un par de calcetines?!

Deshice el abrazo y me giré. Sí, tal como había dicho Kate. Y no era un holograma.

Suspiré.

—Pues, si tienes tiempo, te contaré el cuento de «El príncipe azul y los calcetines enrollados».

Las dos carcajamos sin parar, ¿qué más íbamos a hacer? Después de todo, todavía quedaban unas horas para la noche... Solo unas pocas horas para hablar con James.

**

Agradecí haber pasado esas horas con Kate. Sí, nos reímos por la historia de la pelota de calcetines y mi locura con el *champagne*, pero además pude contarle con lujo de detalle todo lo que sentía y por qué había llegado a esa situación con Alex. Un porqué que se redujo a un solo nombre: James... O, como variantes, *leprechaun*, enano, duende, Irlanda, etc.

Como fuera, ese mismo nombre era el que me había hecho estar allí, frente a la puerta de ese bar... El bar Ofelia. De solo volver a leer el letrero se me encogió el pecho. Sacudí la cabeza y, sin pensar en más nada, entré.

Debo reconocer que, aunque fuera algo común de los viernes, estaba muy lleno. Sin dudas, haber figurado como uno de los candidatos le había generado buena publicidad. Sin embargo, al notar que la mayoría eran mujeres, imaginé lo que verdaderamente las había atraído hasta el bar: la foto de James desnudo con la gruesa botella tapando a «Willy y sus dos amigos». Todas unas cochinas degeneradas. Jejeje...

Caminé hacia la barra, saludé a Lind y le pedí su trago superpoderoso. La verdad es que pude haber ido directamente a buscar a James, pero necesitaba pensar lo que le pediría. ¿Perdón por todo lo que le había hecho pasar hasta el mismo día de la degustación de platos? ¿Explicaciones sobre Ofelia y lo que sentía por ella? O...

«Tal vez ya no se trate de pedir, sino de dar, cariño. Dile lo que sientes con toda tu sinceridad, ofrécele tus sentimientos y espera. Solo eso te queda por hacer... Esperar.»

Tragué saliva, luego un sorbo de la «Fiebre irlandesa» y respiré profundo.

Lo buscaría.

Caminé un poco más y, al escuchar los aplausos, me di cuenta que desde que había entrado alguien había estado tocando una romántica melodía de guitarra. No había reparado en ella, pues no pensé que fuera en vivo. Pero al dar unos pasos más en dirección a la tarima, descubrí que quien la estaba tocando era ni más ni menos que James. Me frené y lo contemplé. Cielos... No sabría decirles con precisión lo que su melancólico rostro y sus ojos, hundidos en un mar de emociones, transmitían. Solo puedo decirles que no pude evitar mirarlo. Era magnético. Y solo después de descubrir que la guitarra que tenía en sus manos era la que había estado colgada en el techo de su apartamento de Miami, sonreí. Al fin se había animado a volver hacer lo que tanto amaba. Y claro... ¡Después de eso le hice una radiografía completa, demonios! ¡Estaba ardiente, el enano! ¡Sí, sí! Esa pose *sexy*, esa camisa al cuerpo que le marcaba los fornidos brazos, y los jeans rotos que le destacaban sus fuertes piernas de duende, hacían que... hacían que... ¿Cómo decirlo? Bueno, hacían que quedaras con los ojos entrecerrados, la lengua fuera y la baba chorreando, ¡al estilo Puddle luego de dar amor! ¡Eso! ¡Jajajaja!

Pero mi momento de baba terminó (gracias al cielo) cuando sus ojos negros se clavaron en mí. Rayos... Tragar saliva fue lo único que pude hacer al sentir su intensidad. Con timidez e inevitablemente, sonreí. James hizo lo mismo, aunque con una media sonrisa llena de nostalgia... O tristeza, quizás. Miró las cuerdas de su guitarra y, luego de tomarse varios segundos, apoyó sus dedos en ellas para dar comienzo al único tema musical que me generó un choque de emociones que nunca jamás en mi vida volví sentir: *If You Leave Me Now* de Chicago.

Oh, sí. El tema de aquel *cassette* dedicado por... por Ofelia.

¿Qué decirles? De solo recordarlo se me viene la piel de gallina. Por momentos, sentía que esa canción era para mí... ¡de James para mí, por todos los cielos! ¡No había dudas de ello! Mi corazón latía a mil cada vez que su voz pronunciaba la letra, cada vez que me regalaba una mirada, fugaz, pero intensa, cada vez que tocaba cada una de esas cuerdas como si de mi cuerpo se hubiera tratado. Sí... ¡podía jurar que él cantaba para mí! Pero, por otro lado..., no podía dejar de recordar la dedicatoria del *cassette*, tampoco sus noches de súplicas porque ella no se fuera, ni sus palabras cada vez que nombraba a Ofelia... y mucho menos podía ignorar que ella estuviera allí, contemplándolo como boba a solo dos pasos de la tarima. No, no podía ignorar eso. Y así entendí que otra vez estuve a punto de dejarme engañar.

Otra vez...

Agradecí al cielo que, justo cuando decidí irme, la canción hubiera llegado a su fin. Di la media vuelta y, completamente segura de que haber ido había sido una total pérdida de tiempo, comencé a hacerme espacio entre la gente para llegar a la salida.

«No mires atrás, no mires atrás», me repetía sin cesar.

Pero, al fin, mi mano acarició el picaporte de la salida, por lo que sentí un gran alivio. Abrí la puerta y, una vez fuera, la fría garúa me refrescó. Respiré profundo. Lo necesitaba.

«Vete de una puta vez. Sabes muy bien lo que puede suceder.»

Tragué saliva y, sin pensarlo un segundo más, enfilé en dirección a mi Volvo. Debía huir cuanto antes, debía marchar y evitar que...

—¡Mel!

Rayos.

Sí, era su voz, pero no me detuve. Nada debía detenerme. Debía mantener mi orgullo intacto y jamás volver a hablar con él. Por nada en el mundo debía hacerlo, excepto...

—Calculo que has venido a saldar tu deuda, ¿cierto? Eso es lo que querías preguntarme; sobre el favor que me debes, ¿verdad? —logró decir aún agitado. ¿Habría corrido para llegar a mí? De solo imaginarlo, me regocijé de placer, jaja.

Automáticamente, frené el paso. Maldito hijo de... Pero tenía razón. Pensándolo objetivamente, aquello era un buen motivo para detenerme. Y más que bueno, era justo. Me mordí el labio inferior y, aunque en contra de mi voluntad, di la media vuelta para caminar de nuevo hasta la entrada del bar.

—Saldar la deuda... —dije, quedando de frente a él. Y al hacerlo, descubrí que en la vidriera había un enorme cartel promocional que anunciaba el *show* que había estado dando dentro. ¿Quieren que les diga cuál era la degenerada imagen amplificada de la publicidad? No hace falta, ¿cierto? La sangre se me hirvió en un santiamén, pero me contuve y solo me crucé de brazos—. Ja... Pues dime, ¿qué es lo que quieres a cambio? ¿Más promoción? ¿Una nueva sesión de fotografías? ¿Una nota exclusiva en la revista? ¿Eso es lo que quieres? ¿Volverte un famoso más? Puedo hacerlo, ¿sabes? Aunque no creo que haga falta, James... —Señalé el cartel—. Vas por muy buen camino...

—No. Sabes muy bien que no es eso lo quiero... —Suave, intentó tomarme la mano, pero lo hice a un lado y volví a cruzarme de brazos.

—¡Cierto! ¡Quieres que sea una cualquiera más de tu vida! No, no. Me corrijo: ¡quieres que no me case con el mejor hombre del mundo para pasar a ser una zorra más de tu propiedad! ¡Qué estúpida! ¿Cómo es que no lo pensé antes?

James, horrorizado, frunció la frente.

—¿Una cualquiera? ¿De mi propiedad? ¿Qué rayos dices? —expresó, creyendo que le diría algo, pero al verme igual de reticente, se enjugó la frente y colocó una de sus manos en la cintura—. Escucha... —Suspiró—. No sé qué demonios quisiste decir con eso, pero... lo que siento por ti es... es evidente, Mel —dijo con marcada dificultad, aunque luego continuó más claro y enérgico—. Y si todo lo que dices y haces es porque eres una cobarde que no se atreve a reconocer lo que siente de verdad, pues... es mejor que lo digas ahora. No juegues más. Conmigo no sirve que mientas, Mel.

Ja...

—¿Yo? ¿Cobarde? ¡Lo que me faltaba! —Furiosa, me adelanté un paso de forma amenazante—. ¿Sabes? Que lo diga cualquier otro, OK, lo tolero. Pero ¿tú? ¿Tú que no tienes vergüenza en decirme todo esto habiendo dedicado una canción a otra mujer hace solo unos minutos atrás? No... No lo toleraré, James.

De haber podido fruncir más la frente, se habría convertido en un *Shar Pei*. La expresión de Irlanda era de total incomprensión. Algo que, por supuesto, me indignó hasta los huesos.

—¿Otra? No te entiendo, Mel...

«Oh-Oh. Adiós filtros.»

—¡No te hagas el idiota! ¡¿O crees que aún no sé que esa canción fue para Ofelia?! ¡¡Hasta cuando duermes la nombras, maldita sea!!

James ablandó su expresión. Pero aquello no hizo más que generarme mayor angustia.

—Sí, es cierto... —Se hizo un profundo silencio—. Ofelia ha sido la mujer más importante de mi vida, Mel. ¿Es que ni siquiera puedes soportar eso?

Y estalló el volcán.

Entrecerré los ojos y me acerqué.

—¡¿Es una broma?! ¡¡¡¿¿Es una maldita y estúpida broma??!!! ¡Maldito cínico! ¡Jamás soportaría estar con alguien que reconoce amar más a alguien de su pasado! ¡Vete a la mierda tú y la zorra esa! —lancé dispuesta a irme, pero su soberbia reacción hizo que me frenara.

—Increíble... Eres malditamente increíble... —Negó con la cabeza y, con

una calma rabiosa, se me acercó—. Jamás conocí a una mujer tan egoísta, fría y narcisista como tú, Melany. ¿Y sabes? Ahora me doy cuenta lo acertado que estuve el día en que te conocí. Ya no hay más nada que dudar... Eres la última mujer con la que me casaría. —Entrecerró sus ojos, llenos de dolor y furia contenida, y los clavó en los míos—. Nunca, pero nunca, podría compartir mi vida con alguien que me pide que deje de amar a la mujer que todo lo dio por mí, a pesar del cáncer que consumió su vida... —Volteó su mirada hacia el empapado piso y, luego de presionarse los ojos, volvió a mí aunque con una frialdad que me dejó sin aire—. Y respecto a tu deuda, puedes quedarte tranquila, pues te será bastante fácil cumplirla: desaparece de mi vista. No te quiero volver a ver nunca más, Melany. Nunca más... —Dio media vuelta y, sin más, volvió al interior del bar, dando un fuerte portazo.

No pude reaccionar. Apenas logré tragar saliva y contener el temblequeo de mis labios.

Jamás había visto a James de ese modo.

Jamás lo había visto tan molesto y lleno de odio.

Jamás, pero jamás, lo había visto sentir tanto dolor.

Y yo, aunque sin entender muy bien cómo, había sido la causante de toda esa mierda... No tenía perdón.

Por supuesto que no cumpliría con el impulsivo y punzante favor que me había pedido. Al menos no desaparecería de su vida hasta arreglar aquel enredo que tampoco terminaba de entender, pero que sabía era más grave de lo que hubiera esperado.

«¿Cáncer...? ¿Ofelia está enferma? Entonces...»

Y fue cuando creí comprender todo.

Estaba casi cien por cien segura que Ofelia, al enterarse de su grave enfermedad, había decidido dejar a James para que este pudiera continuar con su vida. Había hecho todo lo posible para alejarse de él, pero, en sus últimos momentos, no pudo evitarlo y retornó para, de alguna forma, volver a su lado.

No había otra explicación. Así todo encajaba a la perfección.

«Mierda... Jamás lo hubiera imaginado.»

Caminé de un punto a otro, mordiéndome las uñas y sin importarme la lluvia que se había vuelto más intensa. Era una cuestión bastante complicada y más aún reconociendo que mis sentimientos estaban de por medio. Sí, aunque no quisiera aceptarlo, por algo estaba allí, bajo la lluvia pensando en James y su historia. Pero debía tomar una decisión. Si había algo claro era que aquello no podía quedar así.

Tomé todo el aire que pude y entré al bar, pero antes de buscarlo de nuevo, hablaría con Ofelia. Sí, eso había decidido. Me gustara o no, ella era la dueña de ese nombre que tan importante era para él. Y si de verdad yo sentía algo por James, entonces lo mínimo que podía hacer (aunque en contra de mis deseos) era acercarlo a ella. Después de todo, era lo que él más deseaba en el mundo... Eso y decirle cuánto la quería, algo que no pudo hacer antes de que ella lo abandonara. Era lo que me había confesado en Miami, jugando a *Verdad o consecuencia*... Por supuesto que, a todo eso, había que sumarle el pequeño gran detalle de la enfermedad...

Como pude, me hice espacio, y llegué a la tarima, pero... ¡sorpresa! Ofelia ya no estaba allí.

—Mierda... —susurré, al mismo tiempo que golpeé el piso con el tacón.

—¡Wow! ¡Jamás hubiera esperado esa palabra salir de tus hermosos labios, Mel!

«¡Jajajaja! ¡Si supieras todo lo que de ella sale, te asombrarías, cariño!»

Giré el cuerpo y... casi choco contra sus dos enormes murallas de gelatina sabor oliva. Puse mis manos delante de mí, entre su «pecherota» y yo.

—¡Cielos! —Parpadeé sin cesar—. Casi... Casi... Me caigo... Jeje.

Ofelia carcajeó.

—¡Oh, Mel! Creo que eso no hubiera podido pasar. —Se señaló las *boobies*—. Por «suerte», habrías dado con el mejor airbag... —Me guiñó sonriente.

«OK...»

—Jeje... Sí... —Reí sin ganas luego de notar que sus *boobies* lucían aquel top con los dos tréboles ubicados «estratégicamente».

—Dime, ¿buscabas a James?

La miré a los ojos y me quedé en silencio por varios segundos. Estaba bastante animada para tener semejante enfermedad. Sin dudas, era admirable su temple. Y creo que de no haber visto su frente fruncirse, hubiera estado así toda la noche. La verdad es que quería volver a hablar con él para pedirle perdón y explicarle que no sabía todo aquello sobre Ofelia, pero la razón retornó, refrescándome la maldita memoria. Debía hacerlo primero con ella.

—Pues... No, Ofelia. Es contigo con quien necesito hablar. ¿Tendrás unos minutos para mí? —le pregunté dulcemente.

La boca de Ofelia se abrió por la sorpresa y sus ojos parecieron trabarse de tanto pestañear.

—Claro, todos los que quieras... que necesites. Jeje... —se corrigió

rápidamente.

«¡Wow! ¡Cuánta gentileza!»

Con un gesto, avisó a Lind que se tomaría un descanso y luego me pidió que la siguiera hasta la salida de emergencia.

La salida de emergencia...

«Oh, rayos... ¿Precisamente este lugar tenías que escoger?»

—Perdona, Mel, que te traiga hasta aquí, pero creo que podremos hablar tranquilas y con menos ruido. —Sonrió... y me hizo a un lado el cabello.

«WHAT??»

Alcé las cejas y sonreí.

—Jeje... Claro... —Traté de olvidar aquel gesto y acomodé mi voz—. ¡Hum! Bien... Pues verás, Ofelia. Sé que hace muy poco tiempo que nos conocemos y, tal vez, lo que vaya a pedirte te resulte un tanto atrevido, pero... no puedo evitarlo.

—Continua... —me interrumpió intensa y ansiosa para luego esperar mis palabras..., ¿tocándose los senos?!

«¡¡¿¿Pero qué carajo...?!»

¿Sería un tic nervioso?! Cielos...

—Sí... —Tragué saliva—. El asunto es que... —Me detuve para pensar en decirlo de otra manera, pero no funcionó—. Por favor, no te enojas con Lind. Yo fui la que la presionó para que me contara sobre ti... —Respiré profundo y seguí, aunque no mencionaría lo del cáncer ni la discusión con James—. Supe que has dejado toda tu vida de Miami para venir aquí solo por...

—Por amor, Mel. He dejado toda mi vida porque es aquí donde está el amor con el que quiero compartir el resto de mis días... —completó con los ojos llenos de lágrimas.

Auch.

Eso me llegó al pecho.

—Sí, lo sé. Es por eso mismo que necesitaba hablar contigo... —Miré hacia mis pies. Estaban inquietos. Creo que de haber tenido voz propia hubieran gritado para que no continuara, pues estaba a punto de renunciar a lo que, muy profundamente, más deseaba en el mundo. Renunciaría a James. Aun así, no me dejé vencer por los sentimientos. Sabía que lo mejor era terminar todo de aquel modo. James tendría lo que más quería, Ofelia disfrutaría lo que le quedaba de vida junto a él y yo tendría el motivo perfecto para nunca más pensar en James. Respiré y, sin dudarlo más, volví a mirarla directo a los ojos. Le tomé ambas manos, pues quería que le llegara al

corazón—. Ofelia... Por favor, no pierdas más tiempo y demuestra el amor que sientes. Entrégate de una vez y de forma completa. No esperes más. Te pertenece solo a ti...

¿Qué reacción hubieran esperado de Ofelia? ¿Lágrimas, gimoteos y abrazo reconfortante? ¿O algo más cercano a su «desinhibido» estilo, como un contenido grito de alegría acompañado de saltitos enérgicos movedores de *boobies*? Pues yo había aguardado por algo así, pero no... Bórrenlo, porque Ofelia no hizo nada de todo eso.

¿Qué pasó? Pues, digamos que no tuve tiempo a reacción. Quedé paralizada... y literalmente. Mis brazos quedaron pegados al cuerpo (apretujados, más bien), mis pies prácticamente en el aire y mis ojos abiertos como dos malditos platos fijos en el rostro de Ofelia... que estaba a medio centímetro del mío. ¿Por qué? ¡Porque su boca estaba devorando la mía! ¡Sí! Exactamente eso: ¡Ofelia me estaba besando!

«Mmmhhh... por cómo besa creo que hubiera sido una muy buena candidata. Qué pena...»

«Cállate, cerebro cochino. ¿Te das cuenta de lo que está sucediendo? ¡Cielos!»

Hubiera terminado aquel inesperado y *hot* momento haciéndola a un lado, pero la verdad era que Ofelia tenía fuerza y muuuuchaaa pasión, pues me tenía apresada entre sus brazos y ¡en el aire! Gemí, moví la cabeza, pero no había caso. ¡Su lengua no paraba! ¡Hasta ganas de llorar me dieron por la maldita impotencia!

Y de pronto...

El ruido de la puerta de emergencia. Alguien estaba a punto de salir.

«¡Carajo! ¡Carajo! ¡Carajo! Que no sea un fotógrafo... ¡Que no sea un fotógrafo, por Dios! ¡Esta sí que no podré explicársela a nadie! ¡Ahhhhh!»

—¿Mel? ¿Ofelia? ¡¿Qué rayos...?!

Era... Era Lind, gracias al cielo. ¡Benditos fueran los tréboles de la suerte que tenía delante de mis narices!

Ofelia, muy tranquila, deshizo el abrazo, aunque me tomó de la mano.

—Nos amamos, Lind. —Rápido, me besó en los labios—. ¡Pero juro que ibas a ser la primera en saberlo! ¿Lo imaginaste?

«WTF?!!!!!!!»

Desesperada, deshice su agarre. Su rostro mostró sorpresa mientras que Lind aún mantenía la misma expresión de «¡¿Qué carajo...?!»

—¡¡¡¡¿¿Qué demonios dices, Ofelia??!!!! ¡¿Qué rayos sucede contigo?! —

exclamé enfurecida.

—Oh, Mel... Perdona, no sabía que querías mantenerlo oculto. Yo...

—¿Oculto?! ¿Pero qué mierda es lo que has pensado?! ¡Yo no tengo nada que ocultar contigo! No sé qué demonios has entendido, pero todo lo que te dije es por lo de tu enfermedad y para que vuelvas con James. No ha parado de nombrarte desde que lo abandonaste, maldita loca... —Suspiré, al ver que la única reacción de Ofelia fue fruncir la frente—. Increíble... Todavía no puedo creer que te hayas animado a esto, sabiendo lo que él...

—Espera, Mel —interrumpió Lindsay. Luego se dirigió a *boobies* de oliva—. Ofelia... Hubo una gran confusión.

—Pero Lind...

—Ve adentro que en el bar te necesitan. Más tarde te explico.

Ofelia, aún sin comprender, me miró una vez más, pero al verme tan reticente, no tardó en irse.

—¿«Luego te explico»? ¿Acaso hay algo que explicar que yo aún no sepa, Lind? ¿Qué demonios fue todo esto?

Lindsay suspiró. Su rostro se llenó de una tristeza poco imaginable en una mujer tan alegre como ella.

—Mel, acabo de hablar con James. Discutieron, lo sé.

—Oye, Lind, sé lo que estarás pensando, pero no soy la zorra egoísta que él cree que soy, ¿OK? Yo no sabía que Ofelia estaba tan enferma y mucho menos que ya no lo ama porque se ha enamorado de mí. Además...

—Mel, no sigas —me interrumpió a secas. Enarqué las cejas—. Ofelia no está enferma... En realidad, no esta Ofelia que tú conoces. Es cierto que James la aprecia y la ha ayudado mucho, pero no solo por su persona, sino por su particular nombre...

«¿Con una no era ya suficiente? Cielos...»

—No entiendo, Lind... —dije confundida.

—La verdad es que aún no comprendo cómo es que ninguno de los dos se ha preocupado por entender mejor el asunto, pero... En fin... —Suspiró—. James está furioso porque has insultado a su madre, Mel.

«WHAAATTTT????!!!!»

—¿Su madre?! ¿Pero qué...?

—Sí. «Ofelia» era su nombre, Mel. Incluso, siempre la llamó así y no «madre» —Sonrió con nostalgia—. Se amaban con locura y su lazo se hizo más fuerte luego de que su padre muriera en altamar. Fue por eso que vinieron a Nueva York, para empezar una nueva vida. Y fue Ofelia la que

siempre lo impulsó a cumplir todos sus sueños: este bar, la discoteca de Miami y, por sobre todo, la música.

—¿La música? ¿James quería ser un cantante famoso?

—No, Mel... Su único sueño era cantar en su propio bar. Eso es todo con lo que siempre soñó. Ni más ni menos. Incluso, aunque no lo creas, ha tenido varias ofertas de agentes que han venido casualmente y lo vieron. Pero no hubo vez en que no rechazara. Su sueño ya estaba hecho y solo le quedaba vivirlo.

—Pero... ¿No es que había dejado de hacerlo? Al menos hasta hoy, fue así, ¿cierto?

Lindsay asintió con los labios endurecidos y los ojos repletos de lágrimas próximas a salir.

—Sí, Mel. James dejó de hacer música desde que... desde que...

—Ofelia murió... —completé con un lúgubre susurro, al mismo tiempo que abracé a la pobre de Lind. Su voz se había quebrado al intentar decirlo.

«Y de cáncer.», me dije.

Rayos...

Me sentí la peor de todas. De solo recordar cada una de mis reacciones, me odié hasta los huesos. Pero jamás me sentí tan mal como cuando rememoré la dedicatoria del *cassette*:

«Para James, el tesoro máspreciado que me pudo haber dado la vida...

Con amor,

Ofelia»

¿Cómo es que no lo había pensado, si el regalo máspreciado que puede dar la vida es un hijo?

Me maldije varias veces más, pero seguir haciéndolo no solucionaría nada. Yo no era la mejor mujer del mundo ni la más humilde, pero si había actuado como una maldita no había sido más que por una pésima comunicación entre un *leprechaun* y una casa-divorcios, como él decía. Definitivamente, hablábamos dos lenguas distintas. Pero, como fuera, yo no era tan mala como el enano creía. De hecho, de haber sabido aquello, todo hubiera sido más simple. No digo que hubiera estado de entrada con James, pero tampoco lo hubiera tratado tan mal ni hubiera dicho muchas cosas de las que, para entonces, me arrepentí profundamente.

—Lind, debo ir a hablar con él. Todo fue una estúpida confusión. Yo no sabía de...

—No, Mel, no —dijo más calma y deshaciendo el abrazo—. En cuanto imaginé la confusión traté de explicarle, pero no le importó. Cree que aunque así sea, no dejas de ser... —Se mostró avergonzada—... Bueno, todo lo que te dijo. Ya sabes...

—¿Lo dices en serio, Lind? —pregunté agobiada, sin entender todo lo que aquello significaba.

—Sí, Mel... Dijo que no quiere estar contigo, pasara lo que pasara. Y créeme, es mejor dejarlo así...

Lindsay me miraba fijo a los ojos con mucha pena y dolor. Era una buena mujer y, por eso, supe que con tal de no herirme estaba evitando decir las duras palabras que, seguramente, había pronunciado James.

—Dime tal como él lo dijo, Lind. Dímelo, por favor... —le supliqué dispuesta a recibir el más duro puñal.

«Te arrepentirás de habérselo pedido.»

Tragó saliva, suspiró y bajó la mirada. No quiso decírmelo directo a los ojos.

—Dijo que nunca estaría contigo porque no has hecho otra cosa que demostrar lo miserable y egoísta que eres...

—¿Solo eso? —inquirí esperanzada (como si hubiese sido poco, ja), pero Lind negó con la cabeza.

—... Dijo que es lo último que haría en la Tierra porque jamás se permitiría desperdiciar la vida junto a una mujer por la que solo siente... —Suspiró vencida y apenada. No quería reproducirlo—... Por la que solo siente rechazo... Disculpa, Mel.

«Te lo dije.»

Sentí un intenso escalofrío correr desde mi cabeza hasta los pies. El pecho se me encogió, como si el corazón se hubiera estrujado a sí mismo, y la respiración se me cortó al recibir aquellas palabras como un inesperado puñal en la espalda.

Despacio, asentí con la cabeza, aunque no lloré. Solo hice lo típico que podía esperarse de una enseñanza de R: sonreí efímera y superficialmente.

Lind me acarició la mano con la segura intención de invitarme a entrar al bar o acompañarme. No obstante, antes de que pronunciara alguna palabra, le devolví la caricia y me fui.

Di la vuelta en busca de mi automóvil. Entré y, sin ganas de volver a mi

casa, encendí el motor y la radio. Di varias vueltas por la ciudad, pensando adónde ir, si a otro bar o discoteca para ahogar penas, pero nada alcanzaba. Incluso analicé la posibilidad de ir a lo del príncipe de los calcetines enrollados, pero... créanme, no estaba de ánimo para repetir la escena de la noche anterior. La angustia rebalsaba por todos lados hasta que, al fin, logré llorar. Y todo gracias a la canción que había sintonizado. Nada mejor que *Stupid Girl* de Garbage para ese momento en el que acababa de darme cuenta todo lo que había perdido, todo lo que había desperdiciado... Detuve el automóvil y me dejé sufrir con libertad.

«Rechazo»

Una palabra que nunca hubiera esperado se había convertido en mi mayor desgracia.

Pero lo peor no fue eso, sino que James fuera quien la hubiera pronunciado.

«James... James dijo que me rechaza...»

Les juro que nunca en mi vida deseé tanto que algo fuera mentira. Pero, por mucho que quisiera, eso no podía ser cierto. Si había algo seguro e irrevocable era que él, James O'Brian, jamás mentía.

No tenía otra alternativa que aceptarlo: **Él** me había echado de su vida... y para siempre.

Alcé la vista y, cuando quise saber dónde estaba, esboqué una tímida sonrisa.

«Gracias, cerebro.»

Había estacionado en la puerta del edificio de Kate. Corrección: mi incondicional amiga Kate.

Capítulo 34

—Buenos días, princesa remolona. Hoy es el gran día... —escuché a Kate decir dulcemente mientras me acariciaba el pelo.

Yo estaba boca abajo, con el rostro aplastado contra su almohada. La noche había sido... Mejor dejémoslo ahí.

—¿Kate? —pregunté, desperezándome.

Pero...

—¡Oh, mierda, Mel! —Se tapó la boca con ambas manos—. ¡Eres la rana de Los Muppets!

«WHAT?!?!?!»

Salté de la cama y fui directo a su espejo.

—¡¡¡Nooooooo!!! ¡¿Por qué, Kate?! ¡¿Por qué a mí y justo hoy?!

Pataleé y rabié sin parar. No era la rana de los Muppets, era un sapo luego de recibir la peor golpiza de Jean-Claude Van Damme. Mis ojos estaban tan inflamados que no sabía cómo era que aún podía ver. Casi vuelvo a llorar.

—¡No, Mel! ¡No hagas eso! No quedará bien que te cases con anteojos de sol...

Como pude, reprimí.

—¡Carajo! ¿Pero y entonces qué hago, Kate? No puedo quedar así... La peor pesadilla que puede tener una novia y solo se vuelve real para mí... ¡Maldición!

Nos miramos durante unos segundos. No sabíamos qué demonios hacer, de verdad, hasta que Kate salió corriendo de su habitación para volver con...

—¿Qué son esas cosas? —Tenía dos bolsas en sus manos.

—Hielo. —Y sin titubar me estampó una en cada ojo.

—¡Auch!

—Ya... No te quejes, Mel. Es lo único que se me ocurrió. Anda, sostenlas. Yo mientras llamaré a Florence para que venga con su equipo a hacer magia.

Presioné las bolsas sobre mis ojos y me senté.

—¿Kate? —inquirí. No podía ver si ella seguía allí.

—Dime, Mel...

Suspiré.

—Debo hacerlo, ¿cierto?

—Pues... No creo que un par de calcetines enrollados sea tan grave como

para decidir no casarte. Además, qué culo tiene...

Reímos. Cuándo no...

—En serio, Kate...

Hizo un breve silencio.

—Lo único que no quiero es verte así, Mel. Y no solo porque te queda espantoso, claro. Alex no te ha hecho llorar de esta manera, ¿verdad?

—No.

«Ni tampoco reír, suspirar, rabiarse como con...»

—Entonces con eso debería alcanzarte para saber qué hacer. Ahora relájate, ¿sí? Yo solo te apoyaré en lo que decidas... ¿Llamo a Florence o...?

—Llámalo... —susurré, pero acomodé la voz y volví a hablar con más fuerza—. Sí, hazlo.

No quería pensar más. Era momento de solamente actuar.

**

—Estás preciosa... —dijo, acomodándose los anteojos, esta vez, fucsias. Su traje oscuro, con un sutil brillo, le sentaba a la perfección.

—Gracias, Florence. —Apoyé mi mano sobre la suya y sonreí. Ambos nos hablábamos viendo nuestros reflejos en el espejo.

—Es cierto, Mel. Estás relucientemente hermosa —expresó Connie muy emocionada, al mismo tiempo que me abrazó.

—¡Oh, por todos los príncipes azules! ¿Quién la besó? Parece que la rana remolona se convirtió en princesa.

Era Kate que acababa de entrar. Florence respondió a su pregunta, levantando la mano.

—Toda una reina y sin necesidad de beso.

—Ese es mi gran Le Bon. ¡Yeah!

Ambos chocaron los cinco.

—Bueno, Mel. Creo que es hora de que Florence y yo vayamos a ver si Alex necesita algo más.

—Es cierto. Pobre novio, siempre lo dejamos en segundo plano. ¿Necesitas algo más, *my sweetie*?

—No, Florence. Ya luego y durante la fiesta necesitaré que me ayudes. Quedan seis vestidos más por usar...

Lo peor: era cierto.

Reímos.

—Suerte, princesa. Y no olvides colocarte algo azul, pero que no sea ridículo. ¿Quieres?

Sonriente, asentí. Él tiró un beso al aire y Connie se despidió con un delicado movimiento de manita.

Kate y yo solas.

—¿Algo azul? Pero si ya tienes el mejor culo azul del planeta, Mel...

Fruncí las cejas.

Cielos...

—Querrás decir al mejor príncipe azul de la Tierra.

—OK. Perdón. Al príncipe azul de mejor culo en la Tierra.

Puse los ojos en blanco.

—¿Crees que podemos evitar hablar de traseros en el día de mi boda real?

—Claro, podemos conversar sobre penes si prefieres. —Y mostró su sonrisa de piano refulgente.

Entrecerré los ojos.

—No voy a usar algo azul. Tú eres mi dama de honor y tienes los ojos de ese tono, al igual que Alex. Así que por mí está bien así.

Enarcó una ceja.

—¿Vas a ser práctica por primera vez en el día de tu boda? Sabes que es el único momento en que no debes serlo, ¿cierto?

Bufé.

—Está bien así. —La miré de arriba abajo y sonreí—. Tú también estás hermosa, Kate. Mírate...

—Puff... Me falta el sombrerito de Santa Claus y listo. Demasiado rojo para mi gusto, pero debo reconocer que a Connie le sienta de maravilla. ¿Viste el cuerpazo de esa mujer? Lo tenía escondido.

—Claro que lo sabía. De hecho tenemos casi las mismas medidas. Florence la tomó de modelo y conmigo solo hizo algún que otro retoque.

—Oh... Ya veo cuánto te han importado los preparativos de tu boda, en especial tus propios vestidos. Dime, Mel, ¿los escogiste tú?

Suspiré.

—No voy a contestar esa pregunta. —Tomé la copa de *champagne*. Fondo blanco.

—¡Lo sabía!

—¡Ya basta, Kate! ¿O te lanzarás a cantar algún sermón sobre el amor, la eternidad y no sé cuánto más? Si es así, no me hagas perder tiempo y déjame hacer lo que debo, ¿quieres?

—No, Mel. Ya te he dicho todo lo que pienso y siento... Solo intenta sufrir menos, ¿sí?

Me tomó de ambas manos. Largué todo el aire de mis pulmones para dejar aquella expresión gruñona y solo sonreír. Tal como lo estaba haciendo Kate.

Nos abrazamos y, sin más palabras de por medio, se fue.

Estaba sola. Al fin podría tomar una copa más de ese *champagne* que tan delicioso sabía y que...

«Toc-toc»

—¿Mel?

—Vete, Kate. Si te arrepentiste y ahora vienes a sermonearme, no quiero oírlo.

—No... Es que... alguien ha venido para hablar contigo.

Ese tono de Kate, lúgubre, sombrío, suave, apenas audible...

Rayos.

¿Sería...?

El corazón no paró de latirme. El pecho se me agitó como si estuviera corriendo por la medalla de oro en los quinientos metros llanos.

«¡Hum! Reacciona, cariño.»

—Que pase... —alcancé a decir.

«¡¿Qué le diré?! ¡¿Qué carajos le diré?!»

«Podrías no decirle nada y directamente besarlo.»

—Hola, muñeca...

«O tal vez no...»

Las guitarras eléctricas sonaron en mi cabeza.

—Rich... —dije, tratando de disimular el tono de desilusión. Me acerqué al espejo para retocarme los labios. No quería verlo directo a los ojos—. ¿A qué vienes? ¿A seducirme?

Sonrió. Lo podía ver a través del espejo.

—Mmhhh... No es mala idea. —Tomó la botella de *champagne* y le dio un largo sorbo. Se veía tan sexy, el asqueroso, que tuve que reprimir un suspiro—. Pero ¿sabes, Mel? La seducción es solo un arma...

Enarqué una ceja.

—¿Con eso quieres decir que vienes a «intentar asesinarme»?

—Otra buena idea. Pero no. Con eso quiero decir que no alcanza para ganar ninguna batalla en el amor... —Con una mano, se peinó el cabello hacia atrás—. Sin ir más lejos, recuerda lo cobarde que he sido contigo. No lo merecías, Mel. Estoy arrepentido de lo que te hice.

«¿Rich pidiendo perdón? ¡Jajajaja! ¡Qué buena broma!»

Bufé y me di vuelta para quedar de frente a él.

—Escúchame bien, Rich. Si has venido hasta aquí solo para intentar arruinar mi última y verdadera boda, pierdes el tiempo, ¿OK? Ya estoy por salir. Me casaré con Alex.

—Pues no hay nada que desee más en el mundo que evitar que te cases con ese «mariquita», pero no pienso arruinar tu boda ni pedir que te vuelvas a casar conmigo, Mel. Ya te lo he dicho: soy un cobarde y lo seguiré siendo.

—Entonces no sé a qué rayos has venido hasta aquí...

Casi doy media vuelta, pero me detuve al sentir su voz tan... ¿sincera?

—Vine a pedirte que no seas una cobarde como yo. Para amar y ser amado se necesita de mucho coraje...

Se hizo un breve silencio.

—¿Cobarde? ¿Yo? —le pregunté, recordando que aquellas mismas preguntas las había hecho hacía solo unas cuantas horas atrás.

Rich se me acercó hasta quedar a solo dos centímetros de mi cuerpo. Me miraba fijo a los ojos.

—Aprende a aceptar el pasado, muñeca. Lo bueno y lo malo. Y si cometes locuras que sean de esas que se hacen por un buen motivo, no por miedo... — Me hizo el cabello a un lado y me tomó de la nuca—. Te tienes que dar la oportunidad de vivir un gran amor. Y para hacerlo, debes arriesgarlo todo, Mel. ¿Comprendes?

Hipnotizada por su maldita y seductora mirada, asentí con la cabeza y agradecí que no estuviéramos desnudos. Consciente o no, el cochino sabía seducir.

Rich sonrió y yo cerré los ojos dispuesta a recibir un pasional beso de despedida.

Pero no. Había ciertos detalles que solo eran al estilo Bob.

Lento, muy lento, pasó su larga lengua desde la base de mi mentón hasta la punta de mi nariz.

Puerco.

Suspiré profundo y luego me arrepentí de haberlo hecho. El rastro de saliva que me había dejado Rich tenía un extraño aroma que, en contra de mi voluntad, identifiqué al imaginarlo con una señora mayor en la misma pose que había quedado con tía Violet años atrás.

Puaj...

Pero al abrir mis ojos, él dijo unas últimas palabras que me paralizaron.

—Sé feliz, Mel... —Me acarició la mejilla, me penetró con su mirada una vez más y se fue.

Demonios. El tiempo se detuvo. Aquella conversación y esas dos palabras se me tallaron en el pecho como un mandamiento más.

«Sé feliz...»

Y así, recordé el inolvidable «salto al vacío» de Erin, la abuela de Alex.

Tragué saliva, respiré profundo y me armé de la última ráfaga de valentía que me quedaba.

No perdería más tiempo. Necesitaba hablar con él.

**

En quince minutos debía salir hacia el altar, pero estaba segura que Alex aún no estaba aguardando por mí. Por una cuestión de estrategia comercial, él debía salir solo cinco minutos antes que yo. Así todo el mundo se enteraría de quién era el verdadero novio, pero sin opacar a la novia. Magníficas y redituables ideas de R...

Como fuera, todavía tenía tiempo de hablar con él, de verlo a los ojos y de, una puta vez, reconocer la verdad.

Corrí por los pasillos, sin importarme una mierda los flashes de varios periodistas infiltrados y entré a su cuarto, cuya puerta estaba... abierta, por supuesto.

Bien. ¿Cómo decirlo?

Muchas cosas y situaciones puede uno esperar en la vida. La mayoría no las puedes borrar de tu maldita memoria. Algunas pueden ser momentos inexplicablemente profundos y ridículos con enanos irlandeses, otras vergonzosas y extrañas como la de tía Violet y Rich, o desinhibidas como las de Puddle con el dildo y la pelota de calcetines. Pero esta... Esta fue, créanme, la más inesperada y normal situación de mi vida: Alex, mi futuro esposo, estaba besando a... mi amiga, planificadora y dama de honor. Sí, estaba besando a Connie Jo.

«WTF...»

Despacio, caminé unos pasos y solo cuando Alex desprendió sus labios de los de Connie, pude hablar. Cielos, fue el beso más dulce que vi en mi vida.

—¿Alex?

Ambos se asustaron. Los ojos de Alex se abrieron repletos de angustia y Connie, avergonzada, se tapó el rostro, haciéndose a un lado.

—Mel, por favor, no es lo que tú crees... —Negó rápido con la cabeza. Sudaba; estaba asustado y nervioso—... Aunque, en realidad, sí... ¡Rayos! ¡Déjame explicarte!

Connie volvió a mirarme, pero su rostro estaba blanquísimo. Creo que jamás la había visto así.

—Mel, perdónanos. Fue un mal entendido. No es su culpa... —Miró hacia un costado, tomó aire y, llena de coraje, volvió a enfocar su mirada en mí—. Yo lo besé.

—¡No! ¡Eso no es cierto, Connie! ¡No digas locuras! —exclamó furioso de que ella cargara con toda la responsabilidad. Luego volvió a mí—. Mel, yo la besé. Connie... Connie no tiene la culpa.

—No, Mel. El asunto es que... es que en la despedida de soltero de Alex, yo... me sentí mal, el corazón me latió tan rápido que me desmayé. Y todo esto porque... bueno, porque me sentía muy atraída... ¡pero él no lo sabía! ¡Lo juro! —se atajó, desesperada—. Y Alex, preocupado por mi salud, hizo que fuera a su consulta... —Embobada, miró a mi prometido, aunque no tardó en volver a mí—... y no pude mentirle, Mel. Le dije la verdad. Pero, por favor, no pienses mal. No ocurrió nada. Alex es todo un caballero. Lo juro por lo que más quiero en este mundo. Yo...

—No, Connie, no es tan así. Lo vi en tus...

—¡Ya basta, por todos los cielos! —grité enardecida de tantas ñoñerías. Mi cuello ya estaba grueso como el de Hulk de tanto mover mi cabeza por aquella conversación que parecía más bien un partido de tenis. Ambos se callaron enseguida, aunque sus miradas seguían fijas y preocupadas, a la espera de mi perdón. Los miré a los dos durante unos segundos. Aquello me había caído inesperado, pero no alteraría en absoluto el motivo por el que yo me había acercado a verlo. Incluso me dio más seguridad sobre lo que realmente debía hacer. Suspiré, me acerqué un poco más a Alex y le tomé las manos. Iría al grano—. Alex, solo vine para mirarte a los ojos y preguntarte...

—¿Lo que siento por ti, Mel? Yo...

—Shhh... No, Alex. No digas nada. —Le puse mi dedo índice en los labios para que no continuara. Su expresión se relajó y llenó de ternura—. Solo vine para que me respondas una sola pregunta: ¿Estás dispuesto a saltar al vacío?

Sus manos presionaron las mías y su pecho se agitó al sentir mis ojos fijos en los suyos, cristalinos y claros. Alex giró su rostro, miró a una Connie totalmente agobiada, pero luego volvió a mí.

—Sí, Mel. Claro que sí.

Ambos sonreímos. Nuestros ojos, nuestras miradas habían hablado por sí solas. No había nada más que explicar.

Sin embargo, ya no quedaba mucho tiempo. Teníamos que apresurarnos. La boda estaba por comenzar.

**

«—¡Pero qué gran sorpresa, Steph! Esto es realmente magnífico y sabes que no lo digo solo por la lujosa boda que estamos por disfrutar en este maravilloso salón de una de las más exclusivas mansiones de Nueva York.

—¡Absolutamente, mi querido Carl! Y hay que decirlo: ¡el público tenía razón!

—¡Sin dudas! Y creo que esto no es obra de la casualidad, ¿cierto? Cuando hay amor, es muy difícil no verlo. Alex Said no solo ha despertado pasiones en miles y miles de mujeres, sino que también ha emanado una dulzura y caballerosidad que solo un príncipe perfecto puede tener. Y seamos sinceros, ¿quién no se casaría con uno como él?

Risas.

—¡Exactamente! Lo siento por el resto, pero es imposible no querer casarse con Alex. Creo que hasta quien haya votado por otro candidato, debe estar arrepitiéndose en este mismo momento. Mira, Carl, ¡está hecho todo un galán! ¡Sus ojos! ¡Esa mirada! ¡Y mira su traje! ¡Le queda perfecto!

—Definitivamente, es un príncipe. Lo único que criticaré es la ausencia de un corcel. Habría quedado ideal para la ocasión.

Risas.

La música de entrada comenzó a sonar.

—¡Oh, cielos! Hablando de príncipes, parece que está por entrar la princesa...

Las puertas se abrieron.

—¡Ay! Es cierto, Steph... Pero los fotógrafos parecen estar más excitados que en la primera boda de Mel. ¡No dejan ver a la novia! ¡Qué ansiedad! ¡¿Será por su vestido?! ¡De que diseñador será?

Y al fin, entramos. Damas de honor y novia.

Se hizo un largo y profundo silencio en toda la sala.

Me habían visto.

—Por todos los cielos, Carl... ¡¿Estás viendo lo mismo que yo?! ¡Esto es...

es increíble!»

Oh, sí. Esa fue parte de la transmisión en vivo más vista por los televidentes.

Pero ninguno de los relatos pudo mostrar lo que en realidad yo viví por dentro.

De tantos flashes creí que me daría un ataque de epilepsia, pero no. Por suerte pude resistir. El murmullo había pasado a tener casi el mismo volumen que la música de entrada. Y no era para menos. El vestido, de estilo princesa, era absolutamente fabuloso. Tenía el brillo justo, la caída perfecta y una cola (desmontable, claro) de más de cuatro metros. ¿El peinado? Cielos... Era hermoso. De hecho, era igual al de Kate: recogido y con pequeños cristales distribuidos por todo el cabello, aunque tenía una delicada tiara diferenciadora. Sí, realmente bellísimo.

Pero eso no era lo más importante. Lo que sentía en ese momento era muy diferente a lo que había vivido camino al altar con Rich Bob. No sentía dudas, ni presión. La verdad es que me sentía libre. ¡Sí! ¡Libre! Y eso solo podía deberse a una cosa: porque estaba feliz. La sonrisa no pude reprimirla y mucho menos cuando vi a Alex. Sus ojos... Sus ojos demostraban que lo que estábamos por hacer era, definitivamente, lo correcto. Creo que jamás me había sentido tan bien por hacer algo con tanta seguridad. Haber ido a hablar con él sobre «el salto al vacío» y haber permitido a nuestras miradas hablar con sinceridad fue de las mejores decisiones que tomé en mi vida. Por primera vez, había elegido no ser ciega y ver más allá.

Caminamos al marcado paso que nos había enseñado Connie y, entre cientos de flashes y miradas inquisidoras (entre ellas la de Lucy-Fer), llegamos al altar.

Bueno, y aunque estaba muy feliz, no voy a negar que aquello fue un tanto extraño, pues los ojos del ministro no parpadeaban. Creí que el pobre hombre caería de culo, pero afortunadamente mi querido y eficiente Ralph se encargó de todo para que saliera a la perfección. Tomé el ramo de flores, miré a Kate (superorgullosa de verme tan feliz) y luego a Ralph que, junto a Lindsay, me guiñaron más que contentos.

El ministro acomodó su voz para que hicieran silencio y tomó el papel que el mismo Ralph había preparado minutos antes de la ceremonia.

—Bien... Como saben, estamos aquí reunidos para celebrar la unión de dos hermosas almas... Estas dos hermosas almas que, gracias a esos

maravillosos giros que da la vida, acaban de reconocer el profundo amor que se profesan, un amor lleno de magia y por el que, sin dudas, están dispuestos a «saltar al vacío». Es así, mis queridos hermanos, que hoy no festejaremos lo que la ley y Dios unirán en lo pronto. —El murmullo volvió a reinar—. Hoy simplemente celebraremos la decisión de estos dos seres de amarse incondicionalmente para el resto de sus vidas... Es así que bendigo esta nueva unión. Bendigo el amor que acaba de nacer entre Alex Said y Connie Jo. Aplausos para los novios, por favor.

(Sí, sí, lo sé... Se estarán preguntando «WTF?!?!», ¿verdad?)

Alex envolvió a Connie en sus brazos y la besó como si se hubiera tratado del fin del mundo: con la clásica y conmovedora felicidad que solo dos seres como ellos podían volver real. Verlos así me hizo sentir en el final feliz de un maldito y perfecto cuento de príncipes y princesas.

La gente aplaudió absolutamente sorprendida y yo también, aunque muy alegre de haber sido la que sostuvo el ramo de Connie. Estaba preciosa y tenía que reconocerlo: el vestido de novia estaba hecho para ella. De eso no había dudas. Aun así, no me quejé. El vestido de dama de honor rojo furioso me quedaba bastante bien, al menos mi parachoques lucía de maravilla, jeje.

Y sí. Indudablemente, había tomado una de las mejores decisiones de mi vida... ¿O acaso habían pensado otro final? Calculo no estarían esperando que llegara al altar para, a minutos del «sí, quiero», convertirme en una maldita novia fugitiva, ¿cierto? ¡Vamos! ¡Eso jamás! ¡Soy Mel Adams, por todos los santos!

Como sea...

El asunto fue que, luego del eterno beso que ambos pudieron, al fin, darse sin culpa, Alex se acercó a mí y me abrazó.

—Gracias, Mel. Gracias...

Palmeé su espalda y, a punto de soltarlo, lo recordé enseguida.

—De nada, Alex... ¡Ups! Casi lo olvido: confiésale lo de los calcetines, ¿quieres? —le susurré con disimulo.

Alex rio.

—¿Recuerdas el día de playa en Miami? Pues... Yo huí, Mel, pero Connie me siguió. Y no sé si puedas entenderme, pero sentí que podía contárselo. Ya sabes...

Sonreí.

—Claro que te entiendo, Alex, claro que sí...

Recordé el almuerzo irlandés con su familia, la comida y así aquella

magnífica palabra pronunciada por el *leprechaun*: «confianza».

Suspiré.

Todavía quedaba algo más por hacer.

Le di el ramo a Connie y, despidiéndome de los dos, corrí en dirección a la salida, bajo una nueva y más intensa lluvia de flashes.

Cielos... ¿Qué titulares irían a poner? «Mel Adams: la nueva novia fugitiva disfrazada de dama de honor» o «¿Quieres huir de tu propia boda con elegancia y no sabes cómo? ¡Mel Adams te enseña a hacerlo!». ¡Jajajaja! Como fuera, me daba igual.

Desesperada, salí de la sala, tomé mi móvil y marqué su número. Tenía que verlo. No me importaba nada más. Seguiría el único buen consejo que mi propio primer exesposo había dado en toda su vida: arriesgaría todo por amor. Sí. Daría todo por el amor de James. Me lanzaría al vacío, más allá de su respuesta.

Pero...

—«Emmhhh... Te comunicaste con el móvil de James... Bueno, si marcaste este número no hacía falta que lo dijera... Como sea, deja tu mensaje después de la señal y tal vez te llame... o no. No lo sé.»

Era el mensaje de su contestador al que le siguió el famoso «piiiiiiiiiii».

—¡Mierda! —exclamé, cortando la llamada y sin intención de dejar de correr, aunque...

—No sigas intentando. No te atenderá.

Automáticamente, me detuve.

Era R. Estaba parada en la puerta principal de salida.

«Rayos...»

—¡Oh! ¡¿Pero cómo pude ser tan tonta de no pensarlo?! Era seguro que estarías aquí. Y dime, R, ¿qué piensas hacer? ¿Obligarme a volver para casarme con Alex o con alguno de mis ex que esté dispuesto a salvar el momento? O mejor aún, ¿piensas echarme de mi trabajo? Porque siendo así estoy dispuesta a dar mi renuncia, ¿sabes?

R dibujó una media sonrisa en su rostro. Maldita engreída.

—Claro que lo sé, Mel, claro que sí. Y no sería una mala idea... Pero no estoy para nada de todo eso.

Me crucé de brazos.

—Entonces, ¿a qué vienes? ¿A reírte de mí? ¿A burlarte de cómo corro tras un hombre que probablemente me rechace una vez más? Porque seguro que ya también «sabes» que me odia, ¿cierto? Después de todo, mi vida te

pertenece y tú jamás pierdes de vista tus inversiones...

R clavó sus pequeños y fríos ojos en mí. Me miró de arriba abajo y se acercó hasta quedar a unos pocos centímetros de distancia.

—He venido para felicitarte.

«WHAT?!?!»

Fruncí las cejas y la miré para tratar de encontrar el tono irónico en alguno de sus gestos, pero no lo hallé. ¿Lo había dicho en serio?

—¿Felicitarme? ¡¿De qué rayos...?!

Elevó una mano para que dejara de hablar.

—Por primera vez en tu vida has tomado una decisión decente, al menos relacionada a esas sandeces sobre el amor. —Suspiró profundo y me entregó dos especies de boletos—. Toma... Y respecto a lo otro, no digas estupideces, Melany. No te odia y lo sabes. Además, de haber sido así, no estaría yo aquí haciendo esto. Así que deja de una vez por todas de engañarte a ti misma. Ve y haz lo tengas que hacer.

Se dio la media vuelta y comenzó a caminar para marcharse. Yo miré los boletos. Eran dos pasajes a Miami.

—¡Espera! —R se detuvo—. ¿Cómo dedujiste que no me casaría con Alex? ¿Y cómo rayos supiste que James estaría en Miami?

R suspiró. Era claro que no me lo diría. Estamos hablando de «la gran R»... Sin embargo, en contra de lo que hubiera esperado, giró su rostro y me miró directo a los ojos.

—Lo supe, Melany, simplemente porque... porque soy tu madre...

Por primera vez en años, sentí que su mirada y sonrisa eran las de esa R que solía pasear conmigo en el Central Park. Sí. Era la expresión de felicidad que solo puede tener una madre al ver feliz a su propia hija.

Volvió a girarse y, al son de su típico altanero andar, se marchó.

Cielos...

Esa R... Esa era mi madre.

Suspiré y, decidida a marcharme de una puta vez, tomé el picaporte de la puerta, pero...

—¡¡¡¡Mellll!!!! ¡Espérame! —gritó Kate mientras corría lo más rápido posible. Y claro, se dobló un pie—. ¡Malditos zapatos de dama de honor!

Miré los dos pasajes y sonreí.

R sí que sabía lo que hacía.

—Tiempo de partir.

—Uff... ¡¿Ahora?! ¿Adónde? No me digas que a «Trebolandia»...

Puse los ojos en blanco y negué con la cabeza.
—Miami nos espera, cariño. Miami nos espera...

**

Sé lo que piensan. Llegada rápida y en taxi al aeropuerto seguida de una corrida pasional tras el avión. Pero no. El asunto fue más tedioso, aburrido y real de lo que cualquiera hubiera esperado. Y sí, por cada minuto que pasaba dentro del maldito automóvil estancado en el tráfico, sentía que James se alejaba más y más de mí. Eso sumado a la larga y densa espera del embarque, a la insoportable señora amante de los gatos (no paraba de contarnos anécdotas sobre cada uno de sus cientos de gatitos) y al viaje en avión, vestidas de dama de honor...

Todo eso para llegar a Miami y, por fin, reaccionar como en las malditas películas de amor.

O no.

—Mel, no sé lo que tienes pensado hacer, pero mi precioso culo necesita recobrar su forma redondeada y mis pies deshincharse. Míralos, parecen los de un yeti.

Entrecerré los ojos. Pero tenía razón. No podíamos andar averiguando por todos lados dónde estaba. Llamarlo no tenía sentido y comunicarme con la discoteca tampoco. Hablar con su «simpático y extrovertido» amigo John no nos ayudaría demasiado.

Solo me quedaba una opción.

—Está bien, Kate. Solo haré un intento y si no está donde creo, nos vamos a un hotel.

Bufó.

—¿Y dónde queda eso?

—En la playa, pues solo hay una cosa que lo apasiona y que yo jamás haría.

—*WTF*, Mel?!

Sonreí con astucia.

—*Parasailing*, Kate. *Parasailing*...

**

¿Si fui a la playa? Sí. Y para no perder tiempo fui tal cual había llegado:

vestida de dama de honor y, por supuesto, con los enormes tacones puestos. Claro que no fue muy cómodo correr por la arena, pero no quise sacármelos. En realidad, lo olvidé. Solo estaba pensando en James, hasta que...

—¡Hola!

Juanito nos saludó con ese seductor acento cubano. Mmmhhhhh... Juro que de no haber conocido a la crema irlandesa de James, habría cambiado todos los chocolates suizos por ese cubano. Jeje...

«¡Torre de control, llamando a Mel!»

Por suerte el hilo de baba no cayó.

—«Hola», Juanito... —dije seductora y tratando de imitar, estúpidamente, su tono. Gracias al cielo, Kate me codeó—. ¡Hum! Jeje... Verás, necesito...

No pude seguir. Una lancha a toda velocidad pasó cerca de nosotros. Esta arrastraba por el aire a un hombre eufórico que no dejaba de gritar como si volar con un paracaídas fuera la mejor experiencia del mundo. De haber estado yo allí, habría lanzado todo al mejor estilo Alex en el avión. Maldito loco...

Como fuera, Kate y yo nos miramos.

—James... —dijimos al mismo tiempo. Juanito nos miraba sonriente.

Tragué saliva.

—Y... ¿tú harás eso, Mel? —preguntó una muy preocupada Kate.

Ambas no dejábamos de ver cómo se mantenía en el aire.

—¿No hay otra manera de llegar a él, Juanito? —Señalé el paracaídas que seguía en el aire.

—Pues podría enojarse mucho si lo hacemos bajar... Acaba de subirse.

«¡Rayos!»

—¡Uff! Maldito irlandés testarudo... Pues si no hay otro modo, hagámoslo —dije, acercándome al sensual cubano.

—Oh, Mel...

No había dudas que aquello me haría pasar un mal rato, pero sería nada comparado a estar una vida lamentándome no haber intentado reconquistar el amor de aquel duende molesto que había trastocado mi maldita vida en solo unas semanas.

—Estupendo, señora, pero debería vestirse más cómoda y sacarse los zapatos. Puede perderlos...

«¿En serio?»

Después de esas palabras pueden borrar todo lo bonito que dije del bobalicón de Juanito.

¿Me había dicho «señora» y que me sacara los zapatos?!

Caminé hasta él, con toda la seguridad que me permitió «la arena vs. los tacones», y clavé mis ojos en los suyos de tal forma que pude leer en su mente la analogía que hizo de mí con Cruella de Vil.

—Uno: el «señora» guárdatelo para otra, niño. Todavía soy «señorita». Y dos: Jamás, por nada en el maldito mundo, me sacaría mis hermosos zapatos. ¡Jamás!

Sin importarme una mierda que se mojaran, caminé hasta meterme en la puta lancha donde Juanito, bastante tranquilo, me colocó el arnés que me permitiría volar cerca de James.

—Pues no diga que no se lo advertí, «señorita»...

Río.

Estuve a punto de contestarle, pero para cuando decidí hacerlo...

«¡iiiiiiii;Mierda!!!!!!!!!!»

—No... No, no... ¡iiii;Nonononononononoooooooo!!!! ¡Esto no es para mí! ¡No es para mí! —grité desahogada, al ver cómo lentamente, mi cuerpo quedaba flotando en el aire y cada más más alto.

«¡No mires hacia abajo, Mel! ¡No lo hagas! ¡Ya sabes lo que te sucede con las alturas!»

Y miré hacia abajo, claro.

Una arcada. Dos arcadas. Tres arcadas y...

«¡Contrólate y solo mira al frente! ¿O qué esperas? ¿Convencerlo con aliento a porquería?»

¡Por todos los cielos! ¡Mi cerebro tenía razón! Si James había dicho que me rechazaba, pues no quise imaginar cuánto más en estado de putrefacción...

«Descarga por otro lado, Mel. Ya estás más cerca de James. No falta mucho.»

Era cierto. Faltaba solo un poco más. Pero yo debía descargar por algún lado, debía relajarme haciendo algo que...

«Prrrrrtzzzzzzz...»

Oh, por Dios...

«Lo siento, Mel. Tuve que hacerlo. Todo sea por el bien mayor.»

«WHAT?! ¡¿Acaso, yo, Mel Adams, acabo de tirarme un apestoso gas en el aire y vestida de elegante dama de honor?! ¡¿Qué rayos...?!»

Pero no pude seguir reprochándome. Juanito me hacía una seña con la mano que indicaba que no podía acercarse más.

Genial. No estábamos lejos, pero dudaba que fuera a escucharme.

—¡James! ¡James! —exclamé con todas mis fuerzas, pero no hubo caso. Seguía en su euforia.

Y entonces... ¡Voilà!

Alabados fueran los zapatos.

Como pude, me saqué uno y lo revoleé directo a la espalda de James. El problema fue que nunca fui de buena puntería y... se estampó en su cabeza.

—¡Auch! —Giró su rostro y... Oh-Oh... No era el enano. Era un turista que acababa de ser atacado por mi hermoso y para siempre perdido zapato—. *Mas o que porra você está fazendo*[\[35\]](#)?!

Rayos...

Y si el volador no era él, entonces debía ser... Alguno de los que estaban en la lancha. Ahora, ¿alguien me puede explicar por qué demonios Juanito no me aclaró que James no era el que volaba?! ¿Acaso no era obvio que buscaba a Irlanda?! De hecho... ¡Pude haber evitado subirme al maldito arnés!

Suspiré profundo y puse mi mejor sonrisa. Ya estaba allí, volando como una maldita desquiciada con un solo zapato.

—¡Lo siento!

—¡Louca! —Y por supuesto, me mostró su dedo mayor.

Genial...

Pero debía llegar a James y gritar no alcanzaría. Hacerle señas a Juanito tampoco. Estaba en su mundo, al lado del conductor.

Cielos... No tenía otra opción.

Usaría mi última arma.

Sí.

Lanzaría mi otro zapato.

Miré hacia la lancha, pero no pude descubrir cuál era el duende, si el acompañante o el conductor. Como fuera, lo único que debía asegurarme era de hacer llegar mi zapato. Solo así llamaría su atención.

Me saqué el tacón, entrecerré los ojos, enfoqué la mirada y, sin más vueltas, lo lancé.

¿Si llegó a destino? Pues ¿alcanza con decirles que desde ese entonces me convertí en la primera y mejor francotiradora de zapatos? No solo llegó, sino que hasta le di al acompañante... Y con eso descubrí que tampoco era James, pero bueno... Al menos logré captar la atención de ambos, jeje...

Irlanda, que conducía la lancha, miró hacia arriba y, con una mano, se tomó del cabello.

Creo que enseguida supo que la que volaba era yo. Después de todo, tampoco era algo inimaginable. ¿Cuántas locas se hubieran subido vestidas de fiesta para lanzar zapatos?

Ambas lanchas giraron y se perfilaron hacia la orilla. Mientras, Juanito comenzó a tirar de la cuerda para que yo pudiera volver con ellos. Aunque, por supuesto, la palabra «decentemente» no se manifestó en ningún momento del descenso.

Mis gritos desaforados y mis dos piernecillas moviéndose como las de un dibujito animado desesperado por tocar tierra, no fueron nada comparado al vergonzoso aterrizaje amortiguado por mi amplio y mullido trasero. Y ¡Oh! Casi lo olvido. Lo peor de lo peor no fue eso, sino que Juanito lo hubiera filmado todo para que me llevara «la experiencia en video»...

¿Reemplazaría mis noches de películas de amor por ver mi propio film protagonizado por mis zapatos y mi trasero?

No. Definitivamente, no.

Y si todo lo anterior fue lo peor de lo peor, en cuanto llegamos a la orilla tocó la parte más complicada. Digamos, lo más difícil de lo ya difícil que había sido dar con él.

James, con el zapato en la mano, aguardaba más serio que nunca.

Respiré profundo, tragué saliva y, sin pensar en más nada, bajé para ir directo a él.

—James...

—¿Qué rayos es esto?! —inquirió, levantando el zapato a la altura de su mejilla.

—Yo...

—¿Te das cuenta de lo que has hecho?! ¡Pudiste haber lastimado a alguien!

—¡Lo sé! ¡Lo sé! ¡Es que estaba desesperada y...! —Bufé. No me salían las palabras.

James, completamente agobiado, suspiró.

—Escucha, no tengo tiempo y, aunque lo tuviera, no lo perdería hablando contigo. Creo que he sido bastante claro. No quiero volver a verte. —Estiró su brazo, queriéndome devolver el zapato.

Miré el tacón durante unos segundos, pero no tardé en ver su mano temblar. Alcé la mirada y lo noté. James no podía siquiera mirarme. Sus ojos estaban clavados en la clara arena, perdidos en un dolor que intentaba ocultar a toda costa. Mi pecho comenzó a latir como todas esas veces en las

que nuestras miradas se penetraban en busca de «eso». Y entonces, lo supe... Era el momento. Saltaría al vacío.

—¿Verdad o consecuencia?

James abrió los ojos como platos y frunció las cejas quedando estilo *Shar Pei*.

—¿Pe... pero qué rayos estás haciendo?! ¡No pienso jugar y menos en esta situación! ¡¿Acaso no has oído lo que acabo de decirte?! —expresó furioso y confundido a la vez.

—Sí, te escuché. Y te aseguro que me iré, solo después de un último juego. Claro, a menos que no quieras porque... eres un mentiroso. —Me crucé de brazos de esa forma altanera que él tanto odiaba de mí.

James entrecerró los ojos, dejó caer el zapato y, furiosamente despacio, se acercó hasta quedar a solo unos pocos centímetros.

—Escojo «verdad», algo que tú parece no conocer...

Auch.

—Bien... Entonces dime qué ocurrió «esa» noche...

Enarcó una ceja.

—¿De verdad quieres saberlo? —Me preguntó con media sonrisa. Qué más daba... Asentí—. Pues eres más cochina de lo que hubiera imaginado...

«Oh-Oh»

No era que me preocupara tanto, pero jeje... No estábamos tan solos... Juanito, los de la lancha, el turista eufórico y Kate. Bueno, a esa última bórrenla. Hablar sobre cochinas con ella era como conversar sobre el clima.

—Puedes ahorrarte ciertos detalles, ya sabes...

—¿Querías la verdad? Pues la tendrás.

—James... —dije preocupada y con las cejas fruncidas.

—Ahorremos tu caída de la barra del bar. Ya medio país la conoce, ¿cierto? Lo más interesante vino después cuando, completamente ebria, tuve que cargarte hasta tu apartamento. Claro, no estabas sola. Tu querida amiga «lanza-sostenes» estaba en el mismo estado, aunque fue cargada por Francis hasta la habitación para huéspedes o como demonios la llames. El asunto es que luego de arrojarte como a una niñita, estaba dispuesto a irme, algo que ningún hombre hubiera hecho en mi lugar, ¿verdad? Sin embargo, no te bastó todo eso que me tomaste del brazo para confesarme... para confesarme... —Suspiró—... La verdad es que no sé qué rayos era lo que ibas a decir. ¿Sabes por qué? ¡Porque lanzaste toda la porquería de tu pequeño estómago sobre

mí!

Puaj...

El murmullo no tardó en aparecer.

Pobre James... Eso sí que no lo recordaba.

—Oh... Lo siento. Yo no...

—Sí, claro... —Bufó.

—¿Y pasó algo más entre nosotros? —El recuerdo de él envuelto en la pequeña toalla y mi imposición de que durmiera a mi lado necesitaba de más explicaciones.

Irlanda entrecerró los ojos.

Demonios.

—Es mi turno. ¿Verdad o consecuencia?

—Verdad.

—¿Cuál es tu verdadero y actual estado civil?

Tragué saliva.

—Soltera... Digamos que podría decirse divorciada veinte veces, pero actualmente soltera. Sí...

—¿Te dejó Axel?

Sonreí con malicia.

—Mi turno. ¿Sucedió algo más esa noche? Es decir, entre nosotros...

James suspiró y sonrió, pero lleno de una dulzura que creo no quiso demostrar.

—Si te refieres a si tuvimos sexo, no, Mel... No hicimos nada. Solo me di una ducha para quitarme tus asquerosos aromas estomacales y... —Miró a su alrededor—... me acosté un rato mientras esperaba a que la ropa, que tuve que lavar, se secase.

No había mentido, pero había ocultado las caricias que me había hecho y mi pedido de que se quedara junto a mí, en la cama.

No pude evitar mirarlo y sonreírle con timidez. Él hizo lo mismo, pero enseguida volvió en sí.

—Me toca. ¿Axel te dejó plantada en el altar?

Buena pregunta.

Me acerqué y lo penetré con mi mirada.

—No, James. Los dos decidimos hacer lo correcto.

—¿A qué te refieres con eso?

Le negué con el dedo índice.

El enano chasqueó la lengua.

—Ahora a mí. Y dime... Aquella noche, ¿fuiste tú el que escribió la entrada en mi blog, anunciando mi última boda? ¿O fui yo y aún no lo recuerdo?

James frunció la frente.

—Ehhhhmmm... ¡Hum! ¡Hum! Mel... En realidad no fue James y tampoco tú... —interrumpió Kate nerviosa. Puso esa mirada de «¿me perdonas?»

Ay...

—¿Fuiste tú, Kate?! ¡¿Pero qué carajo...?!

—¡Es que se veían tan lindos juntos que no pude evitarlo, Mel! Además... Ya sabes... No estaba del todo lúcida y... no hace mucho que pude recordarlo... —Se tomó unos segundos, aunque retomó con coraje, la sinvergüenza—. ¡Aun así, volvería hacerlo! No creo que ninguno de ustedes dos sea capaz de negarme lo que, desde el principio, sintieron el uno por el otro, ¿o sí?

Ni James ni yo respondimos. Nerviosos, acomodamos las voces y volvimos al juego.

—OK... Mi turno. ¿A qué te referiste al decir que con Alex decidieron hacer lo correcto? Y, por favor, quiero una respuesta completa...

Sonreí, lo miré directo a los ojos y me acerqué para tomarle las manos. Necesitaba hacerlo. Necesitaba sentirlo.

—James... ¿Recuerdas «el salto al vacío» de Erin, la abuela de Alex? —Asintió despacio y de forma casi imperceptible—. Pues bien... Tanto Alex como yo entendimos que solo puede hacerse cuando sientes esa confianza de la que tú hablaste. Esa confianza que solo se tiene cuando existe... verdadero amor.

Se hizo un breve silencio en el que nuestros ojos no hicieron más que penetrarse como aquella vez, en busca... en busca de «eso».

—Y... con esto quieres decir que...

—Mi turno —lo interrumpí. De no haberlo hecho, mi corazón le habría completado la frase con lo que más deseos tenía de decirle. Tragué saliva y no dejé de mirarlo. Por nada en el mundo dejaría de hacerlo y menos en ese momento—. ¿Es verdad todo lo que le dijiste a Lindsay? ¿Es cierto que... que lo único que sientes por mí es rechazo, James?

Su expresión fue como si le hubieran clavado un puñal bañado en culpa. Los ojos de Irlanda se llenaron de lágrimas y solo se cerraron durante los pocos segundos en los que aprovechó a suspirar.

—Pues... Aunque me cueste reconocerlo, debo ser sincero contigo, Mel.

—Hizo un silencio que me mortificó—. Tuve que hacerlo. No podía soportar más dolor... Te mentí, Mel. A ti, a Lindsay e, incluso, intenté engañarme a mí mismo. Pero aquí estoy de nuevo. No hay forma en que deje de pensar en ti. No te rechazo, Mel. Intenté hacer todo lo posible para que así fuera, pero no pude lograrlo. No pude...

—James... —susurré, acariciando su rostro.

—Entonces lo que dijiste sobre el «salto al vacío»... Significa que...

—Te amo, James. Te amo...

Los ojos del duende se llenaron de una ternura y pasión que hicieron que mi pecho latiera como el galope de un caballo luego de haber tomado litros y litros de energizante.

—Mel... Yo... —Estaba agitado y no pudo evitar tomarme de la cintura.

—Shhhhh... —Le puse mi dedo índice sobre sus labios y continué el juego. A mi modo, claro—. ¿Cómo dijiste? ¿Consecuencia? Pues entonces si sientes lo mismo que yo, no digas nada y solo bésame. Solo bésame, James...

Irlanda dibujó su clásica media sonrisa y, sin dar más vueltas, me besó, haciéndome sentir en el final feliz de un cuento de hadas y duendes... Bueno, en realidad, en el final de un cuento protagonizado por un *leprechaun* degenerado y un hada un tanto «ligera».

En fin... No importa.

Lo único que cuenta es que, fuera como fuera, James y yo habíamos saltado al vacío. Y no en vano, claro que no.

Saltamos para vivir un gran amor y, por sobre todo, para cumplir ese nuevo mandamiento que, desde entonces, regiría nuestras vidas: ser felices.

Epílogo

OK. Me olvidé de decir que en la vida hay más de un «salto al vacío». Siento no haberlo mencionado antes, jeje...

El asunto es que mi segundo gran salto fue... Ya pueden imaginarlo, ¿verdad?

—¡Lo digo en serio, Mel! Creo que James y tú no deberían pensarlo más, porque... —No. No hizo silencio, siguió hablando, pero no pude entenderle una mierda, puesto que estaba atragantándose con tres sándwiches a la vez. Tragó y, por supuesto, continuó como si nada hubiera pasado—. ¡Imagínate! ¡Los dos podrían corretear juntos por el parque y hasta ver los mismos dibujos animados, Mel! Y ¿sabes? No es tan malo. ¡Puedes comer todo lo que quieras!

La había estado mirando por el espejo mientras me daba los últimos retoques, pero eso fue demasiado. Entrecerré los ojos y me di vuelta.

—Punto número uno: hace solo un mes que estás embarazada, Kate. Si sigues devorando todo lo que ves a tu paso, no te quejes si luego te conviertes en Godzilla con problemas de colesterol. Y punto número dos: antes de seguir insistiéndome con todas esas ñoñerías que antes odiabas, ¿me dejas ir a casarme? Ya sabes... James me está esperando.

Kate ladeó su cabeza hacia un costado y, con los ojos llenos de lágrimas, extendió sus brazos hacia mí.

¿Hipersensibilidad de embarazada?

Cielos...

—Oh, Mel... —Me apretujó hasta dejarme sin aire—. Estás hermosa, a punto de cumplir uno de los sueños más importantes de tu vida y yo hablándote sobre comida y bebés que espero no hereden la calvicie de Francis. ¡Cuánto lo siento! ¡Soy una maldita tragona egoísta! —dijo, largándose a llorar.

—Oh, no, Kate. Por favor, no llores... —La acaricié para que se tranquilizara, pero no hubo caso—. Tienes que calmarte. Ya sabes lo que te ocurre cuando...

—¡Oinc! ¡Oinc!

Tarde. Muy tarde...

Suspiré y le di varios pañuelitos para evitar que el maquillaje se

desparramara hasta convertirla en un «cerdo-panda».

Y de pronto... La voz de Florence Le Bon, mi gran salvador.

—¿Mel? ¡¿Escucho mal o allí dentro hay una especie de puerco?! — preguntó antes de entrar.

—¡Pues sí! ¡Está abrazando a la cerda más asquerosa y egoísta de toda la puta playa!

Florence, luciendo unos hermosos anteojos verdes, entró y vio a la desconsolada Kate. Su maquillaje ya era un desastre.

—OK... Si no te arreglas ese maquillaje ya mismo, no probarás un solo bocado hasta que termine la fiesta. Y lo digo en serio, mapache porcino.

Kate frunció el ceño del horror, tomó los restos de sándwiches que habían quedado y corrió hasta quedar cerca de la salida.

—¡Pues tendrás que atraparme, pelón! —Le mostró el dedo mayor y, antes de irse, me tiró un beso al aire seguido de un guiño cómplice.

Florence bufó y puso los ojos en blanco.

Sí. Era cierto. Ni embarazada cambiaría. Y ojalá nunca lo hiciera. Esa era mi Kate.

—¿Estás lista, cariño?

Le tomé las manos y sonreí.

—Más lista que nunca.

Florence me miró y no pudo evitar dejar caer una lágrima que, rápido, secó. Sonrió, me acarició la mejilla y, sin más, se fue.

Quedaban solo unos minutos para salir y no hubo nada mejor que haberlos pasado sola. Me acerqué al espejo y, al ver mi reflejo, no solo encontré el vestido de mis sueños, creado por mis siete favoritos diseñadores, ni el maquillaje más perfecto que haya lucido alguna vez. No, no solo encontré eso. Aquella mujer que tenía frente a mis narices sonreía y de verdad. Esa mujer, al fin, estaba feliz. Esa mujer era yo.

Tal vez piensen que me sentí así porque mi boda sería, por fin, con el hombre de mis sueños. Pero, gracias a Dios, no. Mejor aún: me casaría con la persona que cambió mi existencia, que me ayudó a descubrir lo mejor y peor de mí, que me enseñó lo libre y feliz que puede ser un alma. No, no me casaría con el hombre de mis sueños, el ansiado príncipe azul. Me casaría con el hombre de mi vida: James.

Ya era el momento. Todos aguardaban por mí. Y más aún, Irlanda me estaba esperando.

Acomodé mi vestido y, ni bien di el primer paso hacia el exterior, sentí

cómo los rayos del sol de Miami acariciaron cada centímetro de mi piel. Era un hermoso día. Para mí, el más bello. Y allí estaba, a metros del altar. El sonido del mar era el fondo musical perfecto y más aún cuando se entremezcló con una lenta y romántica versión de piano de *If You Leave Me Now*. Una hermosa forma de hacer presente a Ofelia, la madre de James. Sí, ya era tiempo de que caminara hacia él. ¿Nervios? Pues ¿alguna vez sintieron que no podían dejar de carcajear o sonreír? Bueno, así lo viví yo. Mi sonrisa era imborrable. Parecía la maldita novia de Chucky, pero creo que nadie se dio cuenta. Mientras caminaba hacia él, miraba hacia mis lados. Me parecía increíble que en tan poco tiempo hubieran cambiado tantas cosas. Lindsay con Ralph, Kate con Francis (y esperando un hijo), Alex junto a una enamoradísima Connie, la señorita Wilson comprometida con el enano *stripper* (Gus-Gus), Albert separado de su pareja, pero saliendo con Robert Collins (uno de mis exesposos) y Ofelia (*boobies* de oliva) junto a una de nuestras más elogiadas modelos, ¡al fin había encontrado su verdadero amor! Cielos... Pero eso no era todo. También estaban mis exesposos, muchos con nuevas parejas y otros, como Rich, fieles a un único amor, en su caso, la música (y lo dejó bastante explícito al poner su guitarra en una silla como si de una invitada se hubiera tratado. Rayos...). Como fuera, todos me sonreían, pero no de compromiso. Sus sonrisas eran sinceras, me recordaban a mí cuando de pequeña miraba a las parejas recién casadas. Eran sonrisas de felicidad. Sin embargo, no hubo una que me sorprendiera más que la de esa mujer que estaba en primera fila. La sonrisa de R... o, mejor dicho, de mi madre. No lo voy a negar. Desde mi «no casamiento con Alex», el apodo «R» lo dejé exclusivamente para cuando estuviera enojada con ella.

Wow... Realmente, había cambiado todo en muy poco tiempo. Y cuando digo «muy poco» no lo digo en broma. ¿Recuerdan mi primera entrada en el blog? Pues hubo un pequeño detalle que la absurda honestidad de mi querido enano irlandés no me dejó pasar por alto.

«Mi próxima boda será en... ¡DOS MESES!»

Y bueno. Calculen. Luego de nuestra declaración *posparasailing* tuve solo un mes para organizar todo. Nada extraño ni imposible, tratándose de la vida de Mel Adams, ¿cierto? Pero para completarlo, *Revista Emotiva* cumplía treinta años. Ya imaginarán cómo fue el número de esa semana...

En fin...

¿Sabes? El camino al altar no es eterno, jaja. El asunto es que luego de ver todas esas sonrisas no hubo manera de borrar la mía. Pero mucho menos al

enfocar mis ojos en la última y más importante de todas: la de James. Sí, a solo unos pocos pasos de llegar, mi mirada se hundió en la de ese hombre que había hecho que mi vida diera un vuelco de ciento ochenta grados. Nuestros ojos se fundieron y disfrutaron mutuamente, pero ya no en busca de «eso». No hizo falta. Si estábamos allí, justamente, era por ese motivo que algunos, en lugar de nombrarlo «eso», lo llaman «amor».

James me tomó las manos y, sin dejar de mirarnos, el ministro comenzó la ceremonia. No recuerdo todo lo que dijo. La verdad es que no pude hacer otra que cosa que no fuera mirar a James... y a Puddle, claro. Mi pastelito de chocolate y crema estaba sentado a su lado. ¿Quieren saber cómo? Pues vestido como James: con un hermoso traje blanco (con un trébol en la solapa), pero luciendo debajo de este una sudadera violeta... Sí, James llevaba puesta aquella prenda que usó el día en que lo conocí. Ay, cielos... Hice un gran esfuerzo por contener la risa.

—Entonces, Melany Adams, ¿aceptas a James O'Brian como tu legítimo esposo?

—Sí, acepto —dije sin poder dejar de sonreír. Rayos... Las manos me temblaron como papel, pero James las presionó con tanta ternura que logré calmarme.

—Y James O'Brian, ¿aceptas a Melany Adams como tu legítima esposa? Irlanda me miró y dibujó su mejor media sonrisa.

—Claro que sí. *Un trato es un trato.*

Los dos reímos.

—Pues así, en nombre de Dios y bajo las leyes del hombre, los declaro marido y mujer hasta que la muerte los separe.

Los aplausos y gritos de alegría nos hicieron dar el beso más intenso y lleno de felicidad. ¡Sí! El beso más grandioso y pasional hasta que...

«Prrrrttttzzzzzzzz...»

«WTF?!?!»

Fue automático. Ambos nos miramos con las cejas fruncidas.

—¿Eso... fue un repugnante gas?

James enarcó las cejas y, despacio, bajó su mirada hacia Puddle. Mi asqueroso pastelito lo miró y, entre llorisqueos, le ladró.

OK...

Suspiré y cerré los ojos por unos segundos.

—¿Verdad o consecuencia? —me preguntó James con su típico tono de arlequín.

—No, por todos los santos. ¡No quiero saberlo! ¡Jamás! ¡Jamás! ¡Jamás!
James rio y, gracias al cielo, me volvió a besar solo como él sabía hacerlo.
Oh, Dios mío... ¡Al fin un buen final!

Fin

Agradecimientos

Creo que no me alcanzarían las páginas para agradecer a todos los que me apoyaron. Pero trataré de expresar lo mejor posible lo feliz que me hace saber que estuvieron conmigo.

Marcelo, mi esposo, gracias porque fuiste el primero en creer en mí y darme las fuerzas para seguir este camino (además de haber sido el primero en leer esta novela, jaja). Mamá, ¿qué decirte? Sos, como siempre digo, la luz que ilumina el camino de mi vida. Papá, Lu y Rochito, por escucharme y estar siempre, algo para nada fácil, ¡jajaja! ¡Mis cuñadas! Maru y Sil que no solo leen las locuras que escribo, sino que también me apoyan y acompañan como grandes amigas. De hecho, ¿vieron la modelo de la portada? ¡Gracias, hermosa! A Selma... ¡Ay, Selma! Mi compañera de locuras, de tristezas, de alegrías: mi amiga incondicional. Creo que en cada escena he puesto ese toque especial de nuestra amistad. Dama, mi amiga del otro lado del océano, tu apoyo es tan fuerte que al fin puedo decir que no hay distancia que pueda con el cariño verdadero. ¡Y por nada podría olvidarlas a ustedes, Mimi, Kathi y Eliz! Gracias por darme las fuerzas de seguir adelante y acompañarme en todos los momentos: los lindos y los no tan lindos. Quiero, también, agradecer a María Del Pilar Aguado Conde y a Miguel Ángel Gasch, dos personas de corazones y almas increíbles que conocí en este mundo de la escritura.

Pero si existe alguien al que le debo muchísimo es a usted, lector. ¡Gracias por leer mis historias! ¡Gracias por darles vida!

[1] Sísifo: Personaje de la mitología griega conocido por el castigo impartido por los Dioses. Cada día debía empujar una enorme piedra hasta la cima de una montaña, pero antes de llegar la piedra volvía a caer hacia abajo. La condena consistía en repetir dicho proceso todos los días y por el resto de la eternidad.

[2] Onomatopeya para representar el sonido que suele hacerse cuando se tose o se acomoda la voz.

[3] Sigla que representa la expresión del idioma inglés *What the fuck?!* Se la traduce como «¡¿Qué demonios?! ¡¿Qué carajo?!»

[4] Personaje del libro (y película) *Psicosis*. Se trata de un asesino en serie caracterizado por tener dos personalidades, una de estas es la de su madre.

[5] Se hace referencia a una conocida frase de la película *Liberen a Willy*, protagonizada por una ballena.

- [6] Personaje de ficción y principal villana de la película *101 dálmatas*, basada en el libro *The Hundred and One Dalmatians* de Dodie Smith.
- [7] Se hace referencia a Elizabeth, *Lizzy*, y a Jane Bennet, personajes de la novela *Orgullo y Prejuicio* de Jane Austen.
- [8] Nombre con el que se conoce a cada uno de los personajes de *Los Pitufos*. Criaturas azules de pequeño tamaño equivalente al de un duende. Fueron creados por el dibujante belga Peyo.
- [9] Se hace referencia a *Sisi* o *Sissi*, una emperatriz austríaca. Existen películas e incluso muñecas.
- [10] En castellano, «Mujer Maravilla».
- [11] OMG!: *Oh, my God!*, en español «¡Oh, mi Dios!».
- [12] Videojuego de peleas.
- [13] Se hace referencia al protagonista (boxeador) de la película *Rocky*.
- [14] Película de dibujos animados cuyo protagonista es un enorme panda amante de la comida.
- [15] Término utilizado en el juego *Mortal Kombat* que expresa un movimiento especial mediante el cual el vencedor asesina a su contrincante de forma brutal.
- [16] En español, «enano irlandés».
- [17] Frase del juego *Mortal Kombat* que aparece cuando el vencedor ha ganado sin haber sido golpeado una sola vez.
- [18] Término que suele utilizarse para referirse a los dibujos animados japoneses.
- [19] Actividad recreativa, muy conocida en la zona del caribe, en la que una persona, con un paracaídas, es remolcada detrás de una lancha. El vehículo y el arnés están unidos por una cuerda, haciendo que la persona viaje en el aire, en cuanto se toma velocidad.
- [20] En español «Toda esta mierda es mía».
- [21] Slip de baño, tanga o traje de baño masculino apegado al cuerpo. Sus tejidos suelen ser de *lycra*. Prenda originaria de Brasil.
- [22] En español «senos, tetas, pechotes».
- [23] Serie de dibujos animados de Estados Unidos creada en la década de los ochenta. Sus protagonistas (grupo de música *rock*) se caracterizaban por sus llamativos cabellos y maquillaje.
- [24] *It*, película del género horror basada en la novela de Stephen King. Su protagonista es un payaso maldito.
- [25] Tema musical de la cantante Meredith Brooks. En castellano, «perra, puta». Las primeras cuatro palabras del estribillo son *I'm a bitch*.
- [26] Término, abreviatura que suele utilizarse para referirse a una persona bisexual.
- [27] También conocido como «Verdad o reto». Por cada turno, los participantes deben elegir entre responder con sinceridad una pregunta habitualmente íntima o cumplir un desafío que se estipula en el momento.
- [28] Criatura de la mitología irlandesa. Tipo de duende (hombrecillo de muy baja estatura) que se relaciona con hadas y suele dedicarse a arreglar zapatos. Se lo conoce por esconder una olla con monedas de oro al final del arcoíris.
- [29] Trébol de connotaciones mágicas propias de la tradición celta.
- [30] Actualmente, se refiere a la danza tradicional de pueblos como el irlandés o escocés.
- [31] Uno de los nombres con que se conoce al Diablo.

[32] En español, «Boxty a la plancha, boxty en la sartén. Si no puedes hacer un boxty, nunca conseguirás un hombre.»

[33] En español, «testículos libres».

[34] Nombre con el que se conoce a uno de los ratones amigos que tiene la Cenicienta.

[35] En español, «Pero ¿qué mierda estás haciendo?»